GEORGE VERNADSKY

HISTORIA DE RUSIA



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Título del original inglés:
A HISTORY OF RUSSIA

Traducción de
Luis Echávarri

Adquiridos los derechos exclusivos para
todos los países de lengua castellana

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

PRINTED IN ARGENTINE

Este libro se acabó de imprimir el día 7 de agosto de
1947, en Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, Ameghino 838,
Avellaneda - Buenos Aires.

P A N O R A M A S

Colección dirigida por
GUILLERMO DE TORRE

RICARDO ROJAS:	RETABLO ESPAÑOL (Nueva edición en prensa).
CHARLES SEIGNOBOS:	HISTORIA COMPARADA DE LOS PUEBLOS DE EUROPA (Nueva edición en prensa).
ALBERT THIBAUDET:	HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA (*Desde 1789 hasta nuestros días*).
IGNAZIO SILONE:	LA ESCUELA DE LOS DICTADORES
BERTRAND RUSSELL:	EL PODER EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS
L. MANDIN Y OTROS:	HISTORIA DE LAS REVOLUCIONES (*De Cromwell a Franco*) (Nueva edición en prensa).
C. E. M. JOAD:	GUÍA DE LA FILOSOFÍA
GERMÁN ARCINIEGAS:	LOS ALEMANES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA
JOSÉ Mª MONNER SANS:	PANORAMAS DEL NUEVO TEATRO
RICARDO ROJAS:	ARCHIPIÉLAGO (*Tierra del Fuego*) (Nueva edición en prensa).
GUILLERMO DE TORRE:	LA AVENTURA Y EL ORDEN
A. BRAGHINE	EL ENIGMA DE LA ATLÁNTIDA
ANDRÉ MAUROIS:	HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS (2 vols.).
ERNEST R. TRATTNER:	ARQUITECTOS DE IDEAS (*Historia de las grandes teorías de la Humanidad*).
PABLO SCHOSTAKOWSKY:	HISTORIA DE LA LITERATURA RUSA (*Desde los orígenes hasta nuestros días*).
SHERWOOD TAYLOR:	BREVE HISTORIA DE LA CIENCIA

NOTA DEL AUTOR

Han transcurrido quince años desde la primera publicación de este libro, ¡y qué años! Durante ese período el mundo entero —inclusive Rusia— ha pasado por un ciclo histórico completo. De una era de paz y prosperidad —así lo creíamos, por lo menos— caímos en primer lugar en una crisis económica ruinosa y luego, durante cierto número de años, nos vimos obligados a permanecer impotentes ante la marcha hacia adelante de los dictadores y el crecimiento inexorable de su poder. Más tarde se produjo la conmoción de la segunda guerra mundial. Hoy día podemos mirar al futuro con bastante confianza, pero la aurora no hace más que asomar y el ganar la paz puede resultar una tarea aún más difícil que la de ganar la guerra.

Esos quince años fatales han tenido para Rusia quizá más importancia que para el resto del mundo. Cuando apareció la primera edición de este libro en 1929, y quizá un poco más claramente cuando era revisado al año siguiente, uno podía discernir vagamente el comienzo de una nueva era en Rusia, pero nadie podía interpretar bien las nuevas tendencias en esa época. El primer Plan Quinquenal comenzaba a ser puesto en ejecución, y bien fuese uno entusiasta o escéptico con respecto a sus posibilidades, no podía haber previsto con certeza toda la importancia del cambio. Sólo ahora, después de que Rusia ha resistido durante cerca de tres años una terrible prueba a sangre y fuego, hemos llegado a comprender algo de su verdadera fuerza.

Podemos aprobar o desaprobar los métodos de gobierno de Rusia. Pero toda valoración del sistema soviético debería basarse en un intento honrado y realista de acercarse a Rusia sin prejuicios de ninguna clase. Después de hacerse cargo del poder bajo la bandera de la revolución internacional, los dirigentes soviéticos se vieron obligados más tarde a adoptar la política de la

"construcción del socialismo en un solo país". El colectivismo se convirtió así, necesariamente, en una parte de la economía nacional rusa. El hecho de que el sistema colectivista haya hecho fuerte a Rusia no significa que los métodos rusos deban ser adoptados en otros países de diferente fondo histórico, ni siquiera que no hayan existido para la propia Rusia —con anterioridad a 1917— otros caminos que podían haber sido seguidos. Sin embargo, la tarea del historiador es la historia y no la especulación política o moral. Tiene que describir la evolución de un país tal como la entiende, le agraden o no sus tendencias.

Es muy natural que nuestra interpretación de la revolución rusa difiera en la actualidad de cualquier opinión que pudimos tener hace quince o veinte años. En consecuencia, todos los capítulos finales de este libro, desde el Capítulo XV en adelante, han sido redactados de nuevo para la presente edición y se les ha agregado nuevo material con objeto de poner la historia al día. El Capítulo I fué revisado por completo para incluir en él nuevos datos acumulados en los años recientes. El autor ha querido incluir también los resultados de sus propias investigaciones sobre el tema, llevadas a cabo durante la preparación de su otra obra, *La antigua Rusia.* El texto de todos los demás capítulos ha sido, asimismo, comprobado cuidadosamente y revisado cuando se consideró necesario. Mr. Melvin Evans ha incluído el nuevo material en esta edición. Le expreso aquí mi agradecimiento más sincero.

G. V.

New Haven, Connecticut.

INTRODUCCIÓN

1

La historia de Rusia es considerada a veces como demasiado larga y complicada. No lo es. No es más larga que la historia de las naciones más modernas y las complicaciones son más aparentes que reales. Es cierto que, geográficamente, Rusia abarca un territorio vasto y variado que puede ser poco conocido para muchos lectores. Es también cierto que en ese país viven muchos pueblos cuyos orígenes son probablemente oscuros para la mayoría de los extranjeros y cuyos nombres poseen casi siempre un sonido extraño para los oídos no rusos. Pero se trata a lo más de dificultades superficiales: una mirada detenida a un mapa, la repetición en voz alta de unos pocos nombres y un breve estudio del amplio marco de la historia rusa, contribuirán mucho a eliminarlas. Las dos primeras sugestiones quedan a cargo del lector, pero el objeto de esta introducción será llevar a cabo la tercera: un examen breve y general del material de la historia rusa.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es actualmente el país más grande del mundo. Tiene cerca de tres veces el tamaño de los Estados Unidos e incluye dentro de sus límites casi una sexta parte de la superficie de la tierra, un área de 8.819.791 millas cuadradas en la vasta extensión de dos continentes desde el Pacífico Norte hasta el Golfo de Finlandia. Su población era calculada en 1940 en más de 192.000.000, y aunque estaban incluídos en ese total los representantes de más de un centenar de nacionalidades, más de 150.000.000, o sea cerca de las cuatro quintas partes, son étnicamente rusos. El gran número de habitantes de Rusia y la enorme área que ocupan han hecho hoy en día de ese país una gran Potencia de la historia mundial.

La conversión de Rusia en un gran factor del sistema mundial es, en la historia, relativamente reciente. Hace mil años la pobla-

ción rusa no era más que de unos pocos millones y sólo ocupaba una parte del territorio incluído ahora en las fronteras de la Unión Soviética. Su historia es variada, pero toda ella gira alrededor de un hecho dominante y sorprendente: el crecimiento extraordinario de ese grupo relativamente poco importante y su expansión por una parte tan enorme de la superficie de la tierra.

Pero los rusos son algo más que prolíficos. Constituyen un pueblo bien dotado cuyas contribuciones a la cultura mundial en los campos de la literatura, la música, las bellas artes, el teatro y el *ballet* son apreciadas desde hace mucho tiempo por quienes conocen más que de pasada la historia de las artes. Los nombres rusos aparecen inscritos en los anales de la ciencia y las proezas de los rusos en campos tales como los de la medicina y las ciencias abstractas son reconocidos ahora universalmente. Todos admiten hoy día que hasta en la tecnología moderna —un campo en el que Rusia fué considerada durante mucho tiempo como atrasada e incapaz— los rusos pueden alegar una participación fundamental en la invención de la máquina de vapor y la luz eléctrica, por ejemplo, y que han demostrado una prioridad concreta con respecto a la invención de la radio. Sólo la industrialización rápida y afortunada de Rusia durante los últimos cincuenta años —y particularmente durante los últimos veinte— ha revelado plenamente la capacidad de los rusos en este campo. Constituye, quizá, una de las ironías más sutiles de la historia que este desarrollo espectacular, basado tan firmemente en capacidades que se suponía ajenas al espíritu ruso, haya hecho más que nada en la historia reciente para que se reconozca con algún retraso las potencialidades de ese pueblo y para demostrar su adaptabilidad innata a las exigencias de la nueva época tecnológica.

2

Es conveniente, quizá, iniciar la historia de Rusia con unas palabras acerca de su población. Los rusos son fundamentalmente eslavos, una parte de la familia eslava mayor perteneciente al grupo indo-europeo de pueblos, una familia que incluye, entre otros, a los checos, los polacos, los servios y los búlgaros. Su idioma, como todos los idiomas eslavos, posee muchas características comunes con el lituano, el alemán, el griego, el iranio y otros idiomas arios.

Esta gran familia eslava a que pertenecen los rusos puede ser dividida aproximadamente en tres partes: una sección occidental que incluye a los checos y los polacos; un segmento meridional

formado por un grupo de eslavos de los Balcanes; y una gran sección oriental, los rusos. Como todos los pueblos modernos, los rusos, a través de los siglos, han adquirido cierta mezcla de sangre extraña. En el curso de los siglos VIII y IX cayeron bajo el dominio de los escandinavos, que descendieron hasta ellos desde Escandinavia, pero esos invasores nórdicos —varangianos, como se los llamaba en aquel tiempo— eran relativamente pocos en número, no pasaban en verdad de 100.000, y, en consecuencia, fueron absorbidos con rapidez y facilidad por los eslavos. Tanto antes como después de la invasión nórdica, los eslavos orientales se mezclaron libremente con pueblos de la familia Ural-Altai: los mogoles, los turcos y los fineses. Aunque no existe, por supuesto, medio alguno de calcular la extensión de la mezcla con esos pueblos, es evidente que en todo caso no fué lo bastante grande para modificar apreciablemente las características raciales de los eslavos.

Los rusos siguen siendo, por lo tanto, esencialmente, un pueblo eslavo. Con el tiempo se produjeron entre ellos ciertas diferencias culturales e idiomáticas que tuvieron como consecuencia su división en tres ramas principales: los grandes rusos, que comprenden hoy día alrededor del 65 por ciento de la población total; los ucranios (o pequeños rusos, como se los llamaba en otro tiempo), algo más que el 25 por ciento; y los rusos blancos (bielorrusos), que constituyen el resto, o sea menos del 10 por ciento. Se fija el comienzo de esta subdivisión nada menos que en el siglo XII, y su persistencia se ha debido en gran parte a los acontecimientos políticos. Desde el siglo XIV hasta el XVIII los rusos estuvieron divididos en dos Estados: el oriental, o Reino de Moscú, y el occidental, bajo el dominio de los polacos y los lituanos. Aunque algunas partes de la Pequeña Rusia y la Rusia Blanca fueron anexadas al Reino de Moscú hacia mediados del siglo XVII, otras partes fueron agregadas solamente a fines del siglo XVIII, en la época del reparto de Polonia. Hasta fines del siglo XIX no se unieron en un solo Estado las tres ramas del pueblo ruso. Como es muy natural, la influencia polaca a que estuvieron sometidos los ucranios y los rusos blancos durante varios siglos se reflejó tanto en su cultura como en su idioma. La separación política del pueblo ruso no había terminado ni siquiera en el siglo XX, pues después de la revolución de 1917 se planteó una vez más la cuestión de su reparto y desde 1921 hasta 1939 volvió a quedar bajo el gobierno polaco una gran parte de la población ucrania y rusa blanca.

3

La manifestación externa de esta división del pueblo ruso son las diferencias idiomáticas que se han desarrollado en él. Al estudiar estas variaciones es importante, sin embargo, hacer una distinción entre los idiomas literarios o escritos y los idiomas hablados o dialectos populares. En Rusia, como en todas partes, los dialectos no se confinan en límites nacionales o provinciales. Dentro de cada uno de los tres grupos rusos, el lenguaje popular varía considerablemente en las distintas regiones; tanto, en verdad, que es imposible hablar de ningún dialecto como del lenguaje de la Gran Rusia, o de Ucrania, o de la Rusia Blanca. Como las ramas del pueblo ruso no están separadas entre sí por divisiones impenetrables, sus lenguajes tienden a mezclarse poco a poco y se diferencian principalmente en base a los usos y costumbres.

Los idiomas literarios, empero, están separados por una línea de demarcación más clara. Con anterioridad al siglo XIX no había más que un solo idioma ruso que se basase principalmente en el antiguo eslavo religioso y en el dialecto moscovita de los grandes rusos. Incluía, no obstante, muchos elementos de origen ucranio que habían sido absorbidos en el lenguaje a fines del siglo XVII y principios del XVIII, época en que los ucranios desempeñaron un papel importante en la Iglesia y el Estado. A causa de esas adiciones y modificaciones llegó a ser de una manera considerable un idioma de todos los rusos más bien que el mero lenguaje de los grandes rusos.

Sin embargo, durante el siglo XIX, los intelectuales ucranios y rusos blancos trataron de crear lenguajes separados y distintos para los dos grupos rusos menores. Hacia fines del siglo podía ya reconocerse al ucranio como un idioma diferente, pero el ruso blanco comenzó a tomar forma sólo en la época de la revolución y ni siquiera hoy día puede decirse que ha adquirido una personalidad definitiva.

En su inspiración original, por lo menos, los dos nuevos idiomas parecen haber dado importancia a diferencias que eran en parte artificiales. Se inventaban con frecuencia nuevos términos tomados de idiomas extranjeros con el único fin, al parecer, de aportar formas distintas del ruso; esto era especialmente cierto con respecto a los términos científicos y a los modos de expresión técnicos. Sin embargo, ambos idiomas parecen haber conseguido el apoyo popular y en la actualidad han sido adoptados oficialmente por las Repúblicas Socialistas Soviéticas de Ucrania y Rusia Blanca.

4

Durante los siglos XVIII y XIX los geógrafos alemanes y rusos idearon una división puramente arbitraria de Rusia en dos partes, las llamadas "Rusia europea" y "Rusia asiática". Esta concepción de una Rusia dividida en dos partes no sólo es injustificada e irreal históricamente, sino que además es falsa y errónea geográficamente. Según esta teoría, la cordillera de los Urales debe ser considerada como la frontera oriental de la Rusia "europea", pero un breve examen del mapa demostrará que los Urales no constituyen en sentido alguno una "frontera natural", ni pueden ser presentados como tal frontera. Ninguna argumentación puede cambiar el hecho evidente de que, geográficamente, la Rusia europea y la asiática son una y la misma, de que a ambos lados de los Urales se extienden las mismas zonas de tundra, bosques y estepas que han desempeñado un papel tan importante en el desarrollo del pueblo ruso. Lejos de dividir al país, la cordillera de los Urales, en virtud de sus peculiaridades topográficas y geológicas, ha unido en realidad a las partes oriental y occidental de Rusia en la única unidad posible: la "Rusia eurasiática".

La Rusia que vamos a estudiar es una unidad geográfica particular, Eurasia, y merece la pena que se comprenda ese término para aclarar los conceptos erróneos que han surgido a su respecto. Tal como nosotros lo emplearemos, Eurasia se refiere no a una vaga combinación sociológico-histórica de Europa y Asia, sino más bien a un área geográfica precisa de la gran masa de tierra continental central. Está formada de una serie de grandes llanuras unidas entre sí: la caucásica del Mar Blanco, la siberiana occidental y el Turquestán. Esta gran área se divide a su vez en varias franjas latitudinales que se distinguen entre sí principalmente por sus variaciones en la vegetación y la tierra vegetal. Puesto que gran parte de la historia rusa gira alrededor de las relaciones entre esas franjas, conviene tenerlas en cuenta claramente desde un principio. La primera, que se extiende a lo largo de toda la costa del Océano Ártico, es la tundra, una tierra yerma, sin bosques e incultivable; inmediatamente debajo de ella hay una zona de espesos bosques, cuyos límites meridionales se extienden desde los Cárpatos meridionales, aproximadamente a lo largo de la línea de Kiev-Kazán-Tiumen, hasta los Montes Altai, y desde allí a lo largo del borde septentrional de las estepas y desiertos mogólicos; al sur de los bosques se hallan las estepas, grandes llanuras que se extienden sobre tierra negra y fajas de tierra de color castaño; la cuarta franja y la más meridional es la zona desierta del área aral-

caspiana y mogólica, la que, como la tundra septentrional, es ancha en el este y se estrecha hasta desaparecer por completo en el oeste.

Todas las vastas extensiones de esta área eurasiática han sido ocupadas por los rusos en el curso de un largo proceso histórico. Cuando el pueblo ruso apareció por primera vez en el escenario de la historia, en el período entre los siglos III y IX, ocupaba solamente el extremo occidental de Eurasia, al norte del Mar Negro. Desde ese pequeño rincón se extendió hacia el este, en dirección contraria a la del sol, hasta que a mediados del siglo XVII la corriente de la colonización rusa había llegado ya al Pacífico y dos siglos más tarde alcanzó al Tien Shan, en el Asia Central. Tanto con esta enorme expansión hacia el este como con la notable persistencia con que ha mantenido durante todo ese tiempo su frontera occidental a lo largo de los Cárpatos contra los feroces ataques de sus vecinos, el pueblo ruso ha demostrado una fortaleza y una determinación extraordinarias.

El impulso fundamental que dirigió al pueblo ruso hacia el este se halla profundamente arraigado en la historia y no es fácil resumirlo en un párrafo. No se trataba de "imperialismo" ni era la consecuencia de las pequeñas ambiciones políticas de los estadistas rusos. Era quizá, en último análisis, simplemente la lógica inevitable de la geografía que yace en la base de toda historia.

5

Todas las civilizaciones son hasta cierto punto el fruto de factores geográficos, pero la historia no aporta un ejemplo más claro de la profunda influencia de la geografía en la cultura que la evolución histórica del pueblo ruso. Eurasia se divide, como hemos visto, en cuatro zonas distintas, y en las dos centrales —los bosques del norte y las etapas que se extienden hacia el sur bajo ellos— se han desarrollado los dos patrones culturales dominantes en que se basa la civilización rusa. Actualmente hay poco que diferencie a esas franjas que a través de los siglos se han soldado en una sola y ancha área agrícola, pero en la antigüedad los bosques y las estepas estaban claramente divididos. Escabrosa, difícil y a veces casi impenetrable, el área boscosa estaba habitada originariamente por una población cazadora muy dispersa y organizada en pequeños Estados independientes. Las estepas, por otra parte, eran vastas zonas abiertas por las que erraban los pastores con relativa comodidad y en las que, con el tiempo, pudieron establecer grandes Estados basados en su manera nómada de vivir.

El papel que han desempeñado en la historia las culturas

nómadas merece una mención especial. Se cree con demasiada frecuencia que el nivel de cultura de los nómadas ha sido invariablemente bajo, y su papel en el desarrollo de la sociedad moderna es considerado muchas veces como puramente negativo. Tales generalizaciones son, por supuesto, falsas y peligrosas. El nivel cultural de los nómadas, como el de cualquier otro grupo, no tiene límites constantes y absolutos. Ha variado según los pueblos, las épocas y los lugares. Las tribus mogólicas, para aducir un ejemplo conveniente, realizaron evidentemente progresos considerables en lo que respecta a las formas y las organizaciones políticas y sociales en el curso de los siglos XII y XIII. En la historia abundan los casos de dos o más grupos de nómadas que han vivido juntos, cada uno de ellos en una etapa claramente distinta de la evolución cultural. Conviene recordar, por lo tanto, que en el sentido cultural "nómada" no es una medida cualitativa, sino más bien un término descriptivo, utilizado únicamente para indicar un *tipo* de civilización y no su relativo estado de desarrollo.

El papel de los pueblos nómadas en la historia cultural de Eurasia —y, en realidad, de todo el mundo antiguo— tuvo gran importancia. Había en ese tiempo tres centros principales de civilización agrícola en el mundo: uno en el Lejano Oriente, en China; otro más al oeste, en la zona central de Asia llamada Khorezm; y un tercero en la zona del Mediterráneo, al sudoeste. Aunque esas regiones pueden haber estado conectadas en la era prehistórica, las pruebas posteriores indican que sólo se asociaban de la manera más ligera y que cada una de ellas vivía una vida relativamente independiente dentro de su propia esfera.

Al lado y entre esas zonas de poblaciones fijas se hallaban las estepas, el reino de los nómadas. Esta vasta región azotada por las tormentas —y que en su borde meridional se confundía imperceptiblemente con el desierto— servía a los nómadas como sirve el mar a los pueblos marítimos. En las cercanías contaban con una fuente fértil y hospitalaria de subsistencia, y más allá del horizonte con una carretera serpeante y peligrosa por la que mercaderes audaces viajaban en misiones pacíficas y bandas de guerreros cabalgaban para llevar a cabo sus rápidas y mortíferas incursiones de saqueo. Pero en medio de la paz o de la guerra, los nómadas mantuvieron a través de los siglos los lazos culturales entre los puestos avanzados, muy diseminados, de la civilización. Los caballos, el ganado vacuno, los cueros y la lana, productos de los grupos de pastores, eran esenciales para la economía de sus vecinos mucho más adelantados, y a cambio de ellos los comerciantes nómadas recibían los cereales y otros productos agrícolas que necesitaban. Además de estos artículos comerciales primarios,

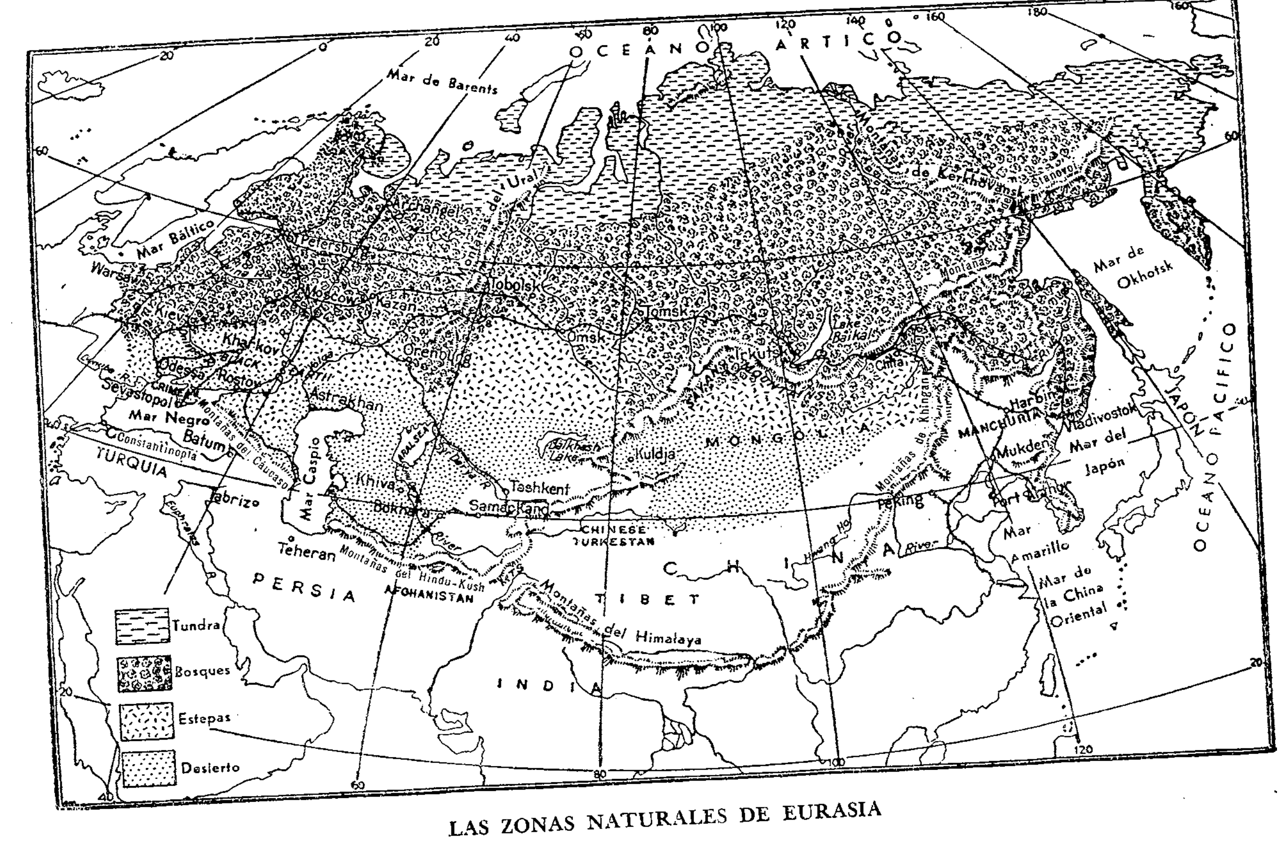
los pastores ricos y los jefes de tribu comerciaban muchas veces con objetos artísticos, paños preciosos, vasos de oro y plata, joyas y ornamentos de todas clases. A veces se creaban grandes talleres dentro de las organizaciones tribales y los artesanos se dedicaban a la fabricación de armas, utensilios, arneses y atavíos ricamente ornamentados. Mediante el comercio y el saqueo las tribus podían acumular a veces en sus tiendas grandes riquezas, pero cualquiera fuera su situación económica, vagaban a lo largo y lo ancho de las estepas y en sus séquitos transportaban los elementos culturales de todas las civilizaciones con las que se ponían en contacto.

Aparte de los contactos normales y constantes que seguían la pauta mencionada, las estepas eran barridas de vez en cuando por grandes olas de migraciones. Antes del comienzo de nuestra era, la región central que se extiende entre el Mar Ngro, el Cáucaso y Khorezm, estaba ocupada por los escitas, en tanto que el lazo de conexión oriental entre Khorezm y China era mantenido por los turcos y los hunos. En los siglos IV y V los hunos, marchando hacia el Occidente bajo la dirección de Atila, trataron de dominar toda la extensión de las estepas y llegar a ser así los únicos intermediarios entre el Lejano Oriente y el Occidente. Siglos más tarde los mogoles aspiraron a la misma posición, y a las órdenes de Genghis Khan y sus descendientes pudieron fundar en el siglo XIII un Imperio que se extendía desde el Océano Pacífico hasta el Mar Adriático. Cada una de esas invasiones aportó nuevas pautas culturales y cada una de ellas, al retirarse años o siglos más tarde, dejó sus marcas indelebles en el país que iba a convertirse en Rusia.

6

Eurasia es una entidad geográfica particular y desde tiempo inmemorial ha estado unida bajo un solo Estado. En los tiempos primitivos una federación de tribus turco-mogólicas fundó un Imperio de las estepas, y su gobierno, que se extendía a lo largo de los bordes de la zona boscosa, puso a las tribus rusas bajo su dominio como vasallos y súbditos. Más tarde, sin embargo, desapareció la Potencia turco-mogólica. Los rusos fueron absorbiendo poco a poco los territorios eurasiáticos que habían estado bajo el dominio del Imperio nómada, y, a medida que subyugaban a los turcos y mogoles, iban llevando el centro del Estado de las estepas a los bosques.

Este movimiento del centro del poder producido durante la formación del Estado ruso fué un acontecimiento de importancia



LAS ZONAS NATURALES DE EURASIA

fundamental, pues tuvo como consecuencia la destrucción de la barrera que había separado a las dos grandes zonas centrales. Impulsado por la necesidad económica y dirigido en parte por las nuevas pautas culturales que había tomado de las tribus vecinas y vasallas, el pueblo ruso alteró grandemente en ese período el carácter natural de la Eurasia primitiva. Las costumbres agrícolas se extendieron rápidamente por toda la región y, a medida que el área de cultivo penetraba desde las estepas en las tierras boscosas, las zonas septentrional y meridional fueron confundiéndose poco a poco. Esta identificación fué conseguida a un precio increíble en recursos naturales, pero los rusos —como todos los pueblos dedicados a la tarea de amoldar una tierra a sus necesidades— no tenían tiempo para pensar en el costo. Grandes bosques fueron derribados e incendiados, los animales que proporcionaban pieles fueron cazados y exterminados y los arroyos fueron despojados a medias de sus peces. La transformación llegó a su término natural y cuando el humo y el polvo de la destrucción se alzaron sobre una tierra despejada, los rusos volvieron a unirse para construir una nueva economía. El arado mordió en una tierra que nunca había sido despedazada, los bosques desaparecieron hacia el norte y el ganado pastaba donde los cazadores solían perseguir antes a los animales salvajes. En toda Eurasia surgieron nuevos comercios y nuevas industrias; la tierra negra comenzó a rendir sus riquezas en productos agrícolas y minerales; líneas de comunicación nuevas y permanentes llevaban a los puntos remotos de la tierra y proporcionaban nuevas oportunidades para el comercio y la industria. Los rusos se habían apoderado de la vital zona de conexión entre el bosque y la estepa y mediante su ocupación y utilización del nuevo territorio se habían asegurado el dominio de toda la vasta extensión de Eurasia.

7

Los rusos eran políticamente los sucesores de los turcos-mogoles. Culturalmente, eran los herederos de Bizancio. Muy al comienzo de su historia establecieron contacto con el poderoso Imperio del sur, pero hasta los siglos IX y X, cuando la cultura bizantina había alcanzado su expresión más brillante, no se produjo el cambio grande y decisivo en la evolución cultural de Rusia: la conversión del pueblo ruso al cristianismo ortodoxo.

En esa época Bizancio era una de las capitales culturales del mundo y la inspiración fundamental de la civilización occidental procedía de los templos y las bibliotecas de la antigua Constan-

tinopla. En consecuencia, la aceptación del cristianismo por los rusos fué en su primera etapa un movimiento en la dirección de una cultura común ruso-europea, ya que durante un tiempo ambas se sustentaron de una fuente común. Todos los elementos principales de la civilización, la literatura y el arte bizantinos penetraron en Rusia con las doctrinas de la Iglesia, y aunque la cultura trasplantada fué recibida por el pueblo ruso sólo después de haber sufrido muchas modificaciones, sentó la base para una relación más estrecha entre Europa y Eurasia. Esta influencia unificadora tuvo, no obstante, una duración relativamente breve, pues la adhesión de los rusos a la ortodoxia griega en la época de la escisión de las Iglesias romana y bizantina tendió nuevamente a separar a Rusia de los pueblos occidentales. La separación se amplió todavía más gracias a la constante presión militar ejercida contra las fronteras de Rusia por sus vecinos occidentales, los polacos, los alemanes y los suecos. Esta nueva hendidura entre el Oriente y el Occidente subsistió hasta fines del siglo XVII, cuando la necesidad de adquirir las capacidades técnicas que habían desarrollado los europeos condujo a otro intento de afinidad cultural. Pero para esa época se había ampliado tanto la brecha que ni siquiera las medidas más enérgicas del gobierno ruso pudieron hacer más al principio que obligar a una imitación franca. Las circunstancias de esta mezcla final de Rusia con el Occidente fueron quizá las causas principales del dualismo y de la crisis en la psicología religiosa y nacional del pueblo, que se pusieron de manifiesto en el curso de los siglos XVIII, XIX y XX.

8

La historia es un proceso constante y continuo. No se detiene a intervalos regulares para la conveniencia del estudioso y todas las divisiones que hagamos tienen que ser, por supuesto, puramente esquemáticas y arbitrarias. Sin embargo, la historia sólo puede ser estudiada en segmentos, y la división necesaria del tema en períodos puede tener un valor positivo si no es meramente mecánica y se funda en acontecimientos significativos del proceso histórico. Las secciones precedentes tenían por objeto indicar en sus contornos más amplios los acontecimientos objetivos y subjetivos en que se basarán las divisiones de la historia presente. Una recapitulación de esos acontecimientos, con referencia a sus posiciones relativas en la evolución del pueblo ruso, puede proporcionar al lector una perspectiva histórica que le será útil en los capítulos siguientes.

La base fundamental para las divisiones adoptadas en esta historia es la relación variable entre la zona boscosa y la de las estepas, relación que será considerada principalmente desde el punto de vista de sus ingerencias y efectos sociológicos. En la víspera de la historia rusa ya se habían iniciado los esfuerzos para unificar a esas dos áreas de manera que ambas pudieran beneficiarse con el intercambio de las riquezas naturales de cada una de ellas. Estas primeras tentativas elementales comenzaron mucho tiempo antes de que surgiera Rusia como una entidad histórica independiente y fueron hechas por los habitantes tanto de los bosques como de las estepas, y después de aparecer el pueblo ruso las realizaron en primer lugar los khazares y más tarde los príncipes varangianos. El último intento de unificación durante ese período fué dirigido por el príncipe Sviatoslao, quien se esforzó por unir bajo su poder al Dniéper, el Volga inferior y el Danubio inferior. Este primer período, cuyo final tuvo también importancia como la época del acercamiento gradual de los rusos al cristianismo, llegó a su término natural con el desmoronamiento del Imperio de Sviatoslao, después de su muerte en 972.

La era entre mediados del siglo X y mediados del siglo XIII —o, más exactamente, entre los años 972 y 1238— se caracterizó por la lucha cruel entre el bosque y la estepa. Las relaciones entre ambas zonas quedaron rotas durante ese período de lucha salvaje entre los príncipes rusos y los cumanos que recorrían a caballo las estepas y obligaron poco a poco a los rusos a volver a los bosques. A pesar de las penalidades que soportó el pueblo ruso durante cerca de tres siglos de lucha desesperada por la existencia, su desarrollo cultural, aunque retardado, nunca llegó a detenerse. Las empresas agrícolas arraigaron en toda la zona dominada por ellos y los cultivos se extendieron lentamente a la región boscosa. Al mismo tiempo nunca perdieron por completo los contactos con el exterior y la asociación con Bizancio fué particularmente importante, pues estimuló todavía más la adhesión de los rusos a la ortodoxia griega.

El tercer gran período de la historia de Rusia (1238-1452) comenzó con la invasión de los mogoles, la que por fin puso término al largo conflicto entre el bosque y la estepa. La victoria de los nómadas invasores fué, en realidad, una victoria decisiva de las estepas y tuvo como consecuencia la unificación oficial de los diversos Estados rusos bajo el dominio de la "Horda Dorada". Aunque Lituania y Polonia poseían durante ese tiempo la Rusia occidental, la población de la Rusia oriental era al final del período lo bastante fuerte para alinearse bajo el Estado de Moscú y apoderarse del poder del Khan mogol cuando su Imperio comenzó a

desintegrarse. Con la fundación de un principado tártaro vasallo en Kasimov, en 1452, Moscú había señalado su asunción del papel de sucesor de la "Horda Dorada".

La paz interna que los mogoles pudieron mantener durante la mayor parte de dos siglos llevó a rápidos cambios culturales que involucraban casi todos los aspectos de la vida, desde el desarrollo del derecho civil hasta una mayor expansión de la agricultura. Fué particularmente importante la independencia religiosa que consiguieron los rusos hacia el final de ese período. La Iglesia rusa se había fortalecido mucho cuando el Khan mogol decidió otorgarle su protección, y el debilitamiento gradual del Imperio bizantino liberó todavía más a los rusos de la dependencia administrativa de Constantinopla. La Iglesia rusa mejoró su posición todavía más cuando en la época de la unión florentina de 1439 permaneció independiente en tanto que la Iglesia bizantina se sometía temporariamente a la autoridad del Papa. Con el derrumbamiento del Imperio bizantino y la toma de Constantinopla por los turcos otomanos en 1453, Rusia asumió a los ojos de su propio pueblo la posición de Estado principal de la cristiandad ortodoxa.

El cuarto período se caracterizó por la gran expansión rusa al sudoeste, hacia la frontera turco-mogólica, y la consiguiente refirmación del poder de la zona boscosa sobre la cultura nómada de las estepas. Los dos siglos y medio que siguieron a 1452 presenciaron la conquista de Kazán, Astrakán y Siberia, así como la segunda ocupación, después de muchos siglos, de la desembocadura del Don. La toma de Azov por Pedro el Grande en 1696 puso fin a esa era. Los acontecimientos principales en el campo de la evolución religiosa fueron la división de la Iglesia rusa en dos distritos metropolitanos —Moscú y la Rusia occidental— y la evolución del Patriarcado en el reino de Moscú; la defensa de la ortodoxia contra la presión del catolicismo romano desde la Rusia occidental y el cisma de los "viejos ritualistas" en Moscú.

El quinto período, que se extiende desde 1696 hasta la revolución de 1917, vió la expansión gradual del Estado ruso casi hasta la fronteras naturales de Eurasia. Fué la época en que se alcanzó la unificación final del bosque y la estepa y las dos grandes zonas se fundieron por fin en una sola unidad económica. La agricultura alcanzó una posición dominante en toda Eurasia, y a medida que se extendía el área de cultivo a través del Continente, las industrias comenzaron a explotar las tremendas riquezas naturales descubiertas y desarrolladas en el país. La historia cultural de la época se caracterizó por nuevos conflictos y efervescencia, y la vida espiritual fué perturbada por una grave crisis en la conciencia

religiosa del pueblo cuando la Iglesia y sus ramas administrativas quedaron sometidas a la autoridad del Estado.

La era presente de la historia rusa comienza, por supuesto, con la revolución de 1917. En sus primeras etapas constituyó un período de violenta actividad, increíbles penalidades y reajustes sorprendentemente rápidos. Sus acontecimientos posteriores han llevado a la estabilización gradual, la enorme expansión interna e industrial y la preparación concentrada para el conflicto titánico de la segunda guerra mundial.

CAPÍTULO I

LOS ORÍGENES DEL ESTADO RUSO
(HASTA 972 ANTES DE C.)

1

El Estado ruso nació en el rincón occidental de la superficie territorial que hemos llamado Eurasia, en la que, por lo menos en el siglo III, el territorio que se extiende entre el Mar Báltico, el río Don, el Mar Negro y el Danubio inferior estaba poblado en parte por tribus eslavas orientales. En el curso de los siglos VIII y IX esas tribus se unieron bajo el dominio de los escandinavos que habían penetrado en tierra firme por el Báltico, y este acontecimiento es considerado comúnmente como la fecha de la fundación del Estado ruso. En realidad, no obstante, la vida política de los territorios ocupados por los eslavos orientales se había iniciado mucho antes en la Rusia meridional, en las formas sociales y políticas que giraban alrededor del comercio entre las regiones boscosas y las tierras de pastoreo de la Eurasia occidental, el Mar Negro y el Oriente.

2

Los primeros habitantes de las estepas rusas meridionales de que tenemos un conocimiento preciso fueron los escitas, una tribu que pertenecía lingüísticamente a los pueblos iranios, pero que en su manera de vivir se parecía mucho a los turco-mogoles. En realidad, es probable que hasta en esa época se hubiera producido ya una mezcla de grupos raciales y que entre los escitas hubiese por lo menos un poco de la raza mogol.

Esos escitas —cuya ocupación favorita parece haber sido la

guerra y cuyo compañero más íntimo era el caballo— aparecieron en la Rusia meridional en algún momento del siglo VII antes de Cristo. En las estepas eurasiáticas se encontraron en la vecindad de los turcos que habitaban Altai y Mogolia, y ambos grupos mantuvieron los lazos de conexión entre China y Grecia. La orilla septentrional del Mar Negro estaba ocupada en esa época por colonias griegas: Olbia, en la desembocadura del Bug; Quersoneso, junto a la actual ciudad de Sebastopol; Panticapea, donde está ahora la ciudad de Kerch, y otras muchas; y los escitas mantenían un comercio activo con esos puestos avanzados de la civilización griega. Los artesanos y artífices griegos hacían artículos caseros para los reyes escitas y para las clases más ricas, y los excavadores en la Rusia meridional han descubierto muchas obras de arte greco-escitas, algunas de las cuales se hallan ahora en el Museo del Hermitage de Leningrado.

Los autores griegos nos han dejado una información interesante acerca de la vida y las costumbres de los escitas. Herodoto, el historiador griego del siglo V, nos refiere en una descripción de Escitia que ésta se extendía desde la desembocadura del Íster (el Danubio), aguas arriba de los ríos Borístenes (el Dniéper) y Tanais (el Don), hasta muy al norte y al este del Mar Negro. Por los datos de que disponemos con respecto a los escitas y particularmente por la información acerca del volumen de su comercio con los griegos, al sur, y con los mogoles y chinos, al este, parece probable que consiguieron unir a veces bajo su poder no sólo a las estepas, sino también a parte del norte boscoso, y en realidad existen pruebas arqueológicas de que fundaron factorías a lo largo de las fronteras de ese territorio boscoso.

3

A comienzos del siglo IV antes de Cristo, otro pueblo iranio, los sármatas, comenzaron a presionar a los escitas y para fines del siglo II habían ocupado ya las costas del Mar Negro.

La tribu más poderosa de los sármatas eran los alanos, quienes, hasta la llegada de los hunos, fueron considerados como los mejores jinetes de las estepas. En los relatos contemporáneos son descritos como altos y apuestos, rubios y bien formados. Durante siglos gozaron de fama como armeros y joyeros muy hábiles y muchas de sus armas favoritas, una larga lanza y una larga espada de hierro, han sido descubiertas en los túmulos del norte del Cáucaso y de la Rusia meridional. Desarrollaron un estilo artístico peculiar, una variante del "estilo animal" escita que se caracte-

rizaba por el uso profuso del esmalte y de las piedras preciosas en la incrustación. El famoso tesoro de Novocherkassk, descubierto en 1864, se cree que representa una parte de las riquezas de una reina alana que vivió, probablemente, en el siglo I antes de Cristo.

Aunque los alanos fueron originariamente nómadas típicos, algunos de sus clanes se establecieron con el tiempo en lugares fijos y se mezclaron con la población agrícola nativa, y así llegaron a dominar poco a poco a algunas de las tribus eslavas orientales. Muchos de los príncipes eslavos primitivos llevaban nombres alanos, y el antiguo nombre de la más fuerte de las tribus eslavas orientales —los antes— es de origen alano. Los alanos caucásicos eran llamados *As* u *Os,* nombre que todavía llevan sus descendientes, los osetes; y *Antes* era el plural de *as*. Uno de los clanes era llamado *Rukhs-as,* "los alanos brillantes", y de ese nombre se deriva probablemente el de *Ros* o *Rus* (y de ahí Rusia y rusos).

Estos *Rus* (en la variante de *Rhos)* son mencionados por primera vez en una crónica siríaca de mediados del siglo VI; más o menos en la misma época el historiador godo Jordanes, quien escribió en latín, habla de los *antes* en relación con acontecimientos del siglo IV, cuando ya habían creado un Estado organizado. Las pruebas arqueológicas y lingüísticas nos hacen creer que los antes —quienes sin duda vivían en la Rusia meridional como una tribu eslava bajo el dominio de caudillos alanos, desde el siglo III y probablemente el II después de Cristo —alcanzaron pronto un grado relativamente alto de civilización. Se dedicaban tanto a la agricultura como a la cría de ganado, poseían huertos de legumbres y cultivaban las artes mecánicas como el tejido y la cerámica; además forjaban herramientas y armas de hierro. A veces los clanes y comunas familiares más pequeños se unían para formar uniones y asociaciones tribales mayores, y no puede caber duda de que tenían ideas precisas acerca del orden social y la organización. Es interesante recordar a este respecto que las palabras que significan "justicia" *(pravda)* y "ley" *(zakon)* figuran entre las más antiguas del vocabulario eslavo.

Los eslavos han sido desde tiempo inmemorial un pueblo artista conocido por su afición particular a la música y al canto. Su religión era un sistema conglomerado de creencias, tomadas de una variedad de fuentes, que involucraban la adoración de los antepasados del clan y las fuerzas naturales, tales como el rayo, e incluían los ríos y los árboles, considerados como las moradas de las ninfas y los espíritus. Más tarde se desarrolló un sistema más complicado bajo la influencia de las creencias religiosas iranias, por una parte, y de la mitología escandinava, por la otra. En tanto que el Perun eslavo, dios del trueno y del rayo, se parece

al Thor teutón, otras deidades del panteón ruso primitivo se asemejan más a los dioses y los genios iranios. Durante todo el período sármata subsistió la adoración a la Gran Diosa de los escitas, y su imagen quedó firmemente impresa en el arte popular ruso, llegando a ser, por ejemplo, un motivo prominente de los bordados primitivos. La "Madre Tierra" del folklore ruso es otro ejemplo interesante de la persistencia del recuerdo, en otra forma, de esa misma época irania.

Según Procopio de Cesárea, el historiador bizantino del siglo VI, los antes se hallaban organizados originariamente en una democracia política en la que todos los asuntos públicos eran discutidos en asambleas de clan o de tribu. No obstante, por otras fuentes se sabe que en un período posterior algunos de los príncipes antes poseían una autoridad personal considerable y, según parece, fué creándose poco a poco una clase aristocrática a medida que los caudillos se enriquecían con el botín de guerra y los prisioneros. En Pereshchepino, provincia de Poltava, se descubrió un rico tesoro de oro y piedras preciosas que, según se cree, formaba parte de las riquezas de uno de esos príncipes; ahora se encuentra en el Museo del Hermitage. Varios ornamentos menos espectaculares, pertenecientes al parecer a los miembros comunes de la tribu —placas y anillos de bronce, plata y oro— han sido descubiertos y sirven como prueba adicional de un sentimiento y de una capacidad artísticos muy desarrollados entre el pueblo.

4

En el siglo III después de Cristo, el dominio sármata en las estepas rusas meridionales fué desplazado por tribus germanas de godos que descendieron del norte a lo largo de los ríos Dniéster, Bug y Dniéper. Una vez que conquistaron el rincón occidental de las estepas eurasiáticas, los godos adquirieron pronto tanto las costumbres nómadas como la cultura material de la población que habían desplazado. Con el tiempo se convirtieron también en guerreros a caballo y hacia mediados del siglo IV organizaron una fuerte potencia militar bajo la jefatura de Ermenrich. Durante un tiempo, a medida que conseguían subyugar una tras otra a las tribus eslavas orientales y obligar a los campesinos a trabajar para ellos, pareció que estaban a punto de alcanzar un dominio permanente de los eslavos por los teutones.

No obstante, hacia fines del siglo IV, una nueva invasión procendente del este destruyó a su vez el poder de los godos. Esta vez los invasores fueron los hunos, tribu turco-mogólica dirigida por

una aristocracia militarista mogol semejante a la de los mogoles-tártaros que invadió a Rusia mucho más tarde, en el siglo XIII.

El Khan de los hunos avasalló en primer lugar a los alanos, y luego se volvió contra los godos, a quienes derrotó fácilmente. Avergonzado por esta derrota, el rey godo, Ermenrich, se suicidó, y la tribu inició la retirada hacia el Occidente, en la dirección del bajo Danubio. Sin embargo, en la zona del Bug que se extendía entre ellos y su refugio vivía una tribu de los antes, y la negativa de este grupo a dejar pasar a los godos por su territorio tuvo como consecuencia un conflicto sangriento. Los godos deshicieron a uno de los ejércitos de los antes y el sucesor de Ermenrich ordenó que su rey, Boz, todos los hijos de éste y unos setenta *boyardos* fuesen crucificados. Para entonces, empero, el Khan de los hunos había permitido a los alanos bajo su gobierno que acudieran en auxilio de sus parientes, los antes, y los godos volvieron a ser derrotados y expulsados más al oeste. Ni aun entonces se libraron por completo de la soberanía de los hunos, pues éstos los siguieron más tarde hacia el oeste y bajo el reinado de Atila llegaron a dominar a la mayor parte de la Europa central.

Durante los últimos años de su vida, el centro del poder de Atila se hallaba en Pannonia, el puesto avanzado occidental de las estepas eurasiáticas, conocido ahora con el nombre de Hungría. Estratégicamente situada para las expediciones de merodeo contra la costa del Mediterráneo, Roma y Bizancio, Pannonia fué durante mucho tiempo la meta favorita de las invasiones nómadas y la ocuparon finalmente los magiares a fines del siglo IX. Aunque el Imperio de Atila se extendió en un tiempo sobre un área inmensa de este a oeste, después de su muerte fué disminuyendo rápidamente y dejó libre el camino para la formación de nuevas organizaciones políticas, y el resto de los hunos terminó por retirarse a la región del Azov, donde llegaron a ser conocidos con el nombre de búlgaros.

5

Mientras los iranios nómadas y las tribus mogólicas se desplazaban entre sí en las estepas meridionales de Rusia, los bosques de ambos lados de los Urales eran ocupados por tribus finesas. Los fineses eran del mismo tronco racial que los mogoles y los turcos y constituían la rama nórdica o ural de los pueblos ural-altaicos cuyo grupo meridional estaba formado por magiares, grupo relacionado culturalmente con la rama altaica de los mogoles nómadas. Estas tribus finesas nórdicas vivían sumergidas en las regiones boscosas y eran, en consecuencia, un pueblo cazador y

pescador; la pesca era su principal alimento y las pieles les servían tanto para vestirse como de artículo principal en el comercio con sus vecinos. Como su contacto mutuo se limitaba a uno muy tenue a lo largo de los ríos y cursos de agua, no consiguieron establecer un fuerte poder militar y cuando la ola de la colonización eslava se lanzó hacia el norte no pudieron resistir su presión. A medida que los esclavos avanzaban por su territorio, los fineses, o bien se retiraban, o bien eran absorbidos poco a poco por el número constantemente creciente de los invasores.

Al mismo tiempo vivía en el noroeste de Rusia, en las cuencas de los ríos Dvina occidental y Niemen, un grupo de tribus baltas o lituanas emparentadas lingüísticamente con los indo-europeos. La región que ocupaban era principalmente boscosa y no muy distinta de la de los fineses, pero hasta en aquel período primitivo habían sido despejadas algunas zonas de ella y una buena parte de la población se dedicaba a la agricultura. Esos lituanos primitivos parecen haber vivido no en comunidades aldeanas corrientes en la época, sino en granjas aisladas, como hicieron sus descendientes mucho más tarde, en los siglos XVI y XVII. La unidad social básica era la familia, cuyo jefe ejercía una autoridad absoluta sobre los miembros de la misma y los sirvientes que poseían. En el caso de peligro externo, algunos de estos clanes familiares solían unirse para la defensa común, y gracias a estas uniones terminaron por constituirse las tribus lituanas mayores. Con el tiempo llegaron a ser una población belicosa de jinetes, y los túmulos de esa región han proporcionado mucho ejemplares de alabardas, lanzas y espadas de hierro, así como de bocados, estribos y otros arreos de sus caballos.

6

En la época del predominio de los hunos habían ocupado los antes la región que rodea a los ríos Donets y Bug y enviado colonias a las zonas del Don inferior, la Crimea y probablemente hasta un lugar tan lejano como el norte del Cáucaso. Avanzando hacia el sudoeste en el período que siguió al desmembramiento del Imperio de los hunos, ciertos grupos de antes se extendieron por la Besarabia y en el curso del siglo VI se unieron a otras tribus eslavas —antepasadas de los servios y los croatas— para llevar a cabo incursiones devastadoras contra las posesiones bizantinas al sur del Danubio.

Con una maniobra típica de la diplomacia bizantina, los emperadores de la Potencia meridional se esforzaron por contener la

amenaza ante-eslava por medio de medidas diplomáticas y militares. Sembraron asiduamente las semillas de la discordia para provocar la lucha entre los diversos grupos étnicos y sociales y a veces la estratagema dió tan buenos resultados que los antes y los "sclaveni" (servios) olvidaron a su enemigo común, Bizancio, y se lanzaron los unos sobre los otros. En general, no obstante, Bizancio se vió obligado a valerse principalmente de sus fuerzas armadas, parte de las cuales, es interesante observar, estaban compuestas de "bárbaros" a sueldo, del mismo tronco racial que los enemigos. Muchos de estos mercenarios ocupaban altos puestos administrativos y militares y fué a uno de ellos —Chilbudio, general de ascendencia antica— a quien el emperador Justiniano I confió la defensa de la línea fortificada del Danubio. Aunque Chilbudio peleó con lealtad y valentía contra los ante-eslavos, infligiéndoles severos golpes en una campaña al norte del Danubio, terminó por ser muerto en el campo de batalla (534). Sin embargo, algunos años después circuló entre los antes el rumor de que Chilbudio no había sido asesinado, sino que había desertado en secreto para unirse a sus allegados, entre quienes vivía oculto. En el momento oportuno, un hombre que decía llamarse Chilbudio fué presentado a la tribu, la que lo aclamó como su caudillo, pero este primero de la larga serie de pretendientes de la historia rusa fracasó miserablemente. Atraído a Constantinopla con el pretexto de llevar a cabo negociaciones, fué detenido traicioneramente en el camino y desapareció del escenario de la historia. A pesar de este episodio, los antes se aliaron más tarde con el Imperio durante breve tiempo.

Hacia el año 560 el equilibrio político de las estepas pónticas fué alterado de nuevo por otras dos tribus nómadas que se dirigían al oeste. El grupo principal era una tribu de avaros, los que, al aparecer en el este, fueron perseguidos vehementemente por una tribu de turcos que había vivido originariamente en la región del Altai. Cuando los antes de la Besarabia se opusieron con valor a sus intentos de irrupción, los avaros se declararon dispuestos a negociar el paso. Esta oferta, sin embargo, demostró no ser más que un ardid, pues en plenas negociaciones fué asesinado el enviado de los antes y los avaros reanudaron de pronto el ataque con la esperanza de tomar desprevenidos a los antes. Aunque éstos no quedaron aniquilados por completo en el primer ataque, como habían esperado los avaros, quedaron tan desorganizados que los atacantes pudieron finalmente cortar la retirada a sus líneas en Pannonia (568) y dominar a una parte importante de los eslavos pannonios y balcánicos.

Sin embargo, mientras se realizaban estos ataques y contra-

ataques en la Rusia meridional. los eslavos, en su conjunto, siguieron ejerciendo una firme presión contra las posesiones bizantinas al sur del Danubio, y en el curso del siglo VII terminaron por ocupar la mayor parte de la península balcánica hasta el Egeo y el Adriático.

7

Los turcos altaicos que habían expulsado a los avaros de la Rusia meridional se establecieron en las estepas situadas entre el bajo Volga y el Don y en la zona norte del Cáucaso. De la mezcla de los turcos con las tribus huno-búlgaras conquistadas y los aborígenes caucásicos surgió un nuevo pueblo, los khazares, quienes hacia mediados del siglo VII habían organizado un Estado estable. Las tribus búlgaras que no quisieron someterse al gobierno de los khazares se vieron obligadas a emigrar y a diseminarse al norte y al oeste del nuevo Estado. Una horda búlgara fijó su residencia a lo largo del curso medio del Volga y en la cuenca del Kama, en tanto que otra, que se dirigió hacia el oeste y penetró en la región del bajo Danubio, derrotó a los bizantinos y fué extendiendo poco a poco su dominio por todo el oeste de la península balcánica. Aunque vencieron a los antes y a las tribus esclavenias que poseían esa región, cayeron bajo la influencia de la cultura eslava y con el tiempo hasta llegaron a adoptar como propio su idioma. Así, pues, aunque el nombre búlgaro se aplicó en un principio específicamente a esa horda gobernante de conquistadores, posteriormente llegó a significar el pueblo eslavo heterogéneo que surgió de ese trasfondo de mezclas: los búlgaros modernos.

Al mismo tiempo otra horda "bárbara", los ugrianos o magiares, fueron expulsados hacia el norte desde el Cáucaso. Primero poblaron el territorio situado a lo largo del alto Donets y, aunque reconocían la soberanía de los khazares, obligaron a su vez a los antes que habían vivido durante mucho tiempo en aquella región a someterse a su gobierno. Más tarde los magiares se dirigieron al Bug y desde allí, a fines del siglo IX, emigraron a Pannonia, que se convirtió en su hogar permanente con el nombre de húngaros.

Entre tanto, los alanos y eslavos del bajo Don y el Azov —las antiguas tribus *As* y *Rus*— se convirtieron también en súbditos de los khazares. En cierto sentido eran realmente aliados, pues se les concedía un grado desusado y considerable de autonomía. En los momentos de peligro se les obligaba a enviar tropas auxiliares en ayuda de los khazares, pero esas tropas conservaban su

identidad y luchaban a las órdenes de sus propios oficiales. Toda la brigada alano-eslava estaba a las órdenes de un comandante llamado *As-Tarkhan*, "el caudillo de los alanos", y de este título deriva probablemente su nombre la ciudad de Astrakán.

El poder de los khazares alcanzó en ese período su culminación en un Estado que se extendía desde el Mar Caspio y el bajo Volga hasta el Dniéper y el Mar Negro. La autoridad se dividía legalmente entre dos caudillos, el Kagan (o *khagan*, literalmente el gran khan) y el *beg*. Aunque el Kagan poseía la autoridad oficial en las cuestiones pertenecientes al Estado y la religión, era el *beg* quien ejercía el verdadero poder, puesto que era el jefe reconocido del ejército.

Aunque los khazares habían desarrollado ya en esa época una considerable capacidad agrícola —se dedicaban a la cría del ganado, el cultivo de la tierra y la pesca— su interés principal estaba en las actividades comerciales. La gran ruta comercial del norte pasaba a lo largo del alto Volga, a través del territorio búlgaro hasta el Caspio, y a través del Cáucaso hasta el Oriente Cercano y Medio, que en esa época (fines del siglo VII) se hallaban bajo el gobierno árabe. A lo largo de esa ruta desarrollaron los khazares un activo comercio entre el Lejano Oriente y el Mar Negro por una parte, y entre el sur árabe y el norte eslavo por la otra.

Uno de los resultados de estos contactos comerciales con pueblos tan distintos fué la variedad de las influencias religiosas a que estuvieron sometidos los khazares. Aunque los árabes les ofrecían el islamismo y los griegos el cristianismo, el Kagan khazar, probablemente por razones políticas, se mostró reacio a aceptar ninguno de ellos, por temer que una fe religiosa extranjera fuese seguida por el dominio extranjero. El Kagan terminó resolviendo el dilema con la elección de una fe religiosa neutral, el judaísmo, fe que no llevaba consigo amenaza política alguna.

Desde mediados del siglo VII en adelante, los khazares y sus aliados, los alanos, habían librado una serie de guerras prolongadas e indecisas contra los árabes del sur. Repetidas veces habían reunido la fuerza suficiente para introducir una cuña en la Trascaucasia y ser expulsados de ella por los árabes. En 737, no obstante, los árabes pudieron por fin infligir una derrota aplastante a los khazares y, atravesando el norte del Cáucaso, penetraron hasta el Don. Unos veinte mil eslavos fueron tomados prisioneros en esa campaña y trasladados a Siria. Los resultados políticos de esta invasión fueron de largo alcance, pues tanto los alanos como los eslavos —los *As* y los *Rus* aliados y vasallos— perdieron su

fe en la capacidad de los khazares para protegerlos y comenzaron a buscar nuevos aliados, que encontraron por fin en los escandinavos invasores.

8

Los escandinavos —o vikingos, como son llamados a veces— gozaban desde hacía ya mucho tiempo de fama como marineros intrépidos y piratas, comerciantes y exploradores. Ya en los siglos VI y VII, los suecos particularmente, habían explorado las costas orientales del Báltico y con el tiempo, ascendiendo por el Dvina, llegaron a la "Mesopotamia" central rusa, la región del alto Volga y del Oka. A fines del siglo VII se habían establecido firmemente en los alrededores de Yaroslavl, Rostov y Suzdal y compartían el dominio de las tribus finesas nativas con los pobladores eslavos de Novgorod y Smolensko. Los datos de esta colonización han sido confirmados ampliamente por los descubrimientos arqueológicos de numerosos objetos, tales como broches y espadas de hierro que son inconfundiblemente de origen escandinavo.

Como no podían avanzar más Volga abajo, debido a la presencia de los búlgaros en sus zonas más bajas, los suecos se dirigieron hacia el oeste remontando el curso del Oka. Utilizando los transportes entre los tributarios del Oka meridional y los del alto Donets, los suecos penetraron hasta la región del Donets que poseía desde fines del siglo VII un grupo de los antes sometidos a los magiares. Son vagas las fuentes documentales sobre la historia de este período, pero la escasa información de que disponemos, apoyada por los hallazgos arqueológicos, indica que los suecos vencieron pronto a los magiares, sometieron a parte de ellos a su autoridad y expulsaron a la horda principal hacia el sudoeste, hasta el Bug.

Los antes liberados de ese modo del yugo magiar aclamaron sin duda a los suecos como liberadores y la noticia de los liberadores escandinavos llegó sin duda en poco tiempo hasta los alanos y los eslavos del bajo Don y el norte del Cáucaso. Éstos se dirigieron naturalmente a los suecos en demanda de protección después de la devastación producida por la incursión árabe de 737.

Sin embargo, los suecos no eran numerosos, y como se mezclaban sin reservas con los pueblos a los que gobernaban, sufrieron muy pronto la influencia de la cultura nativa y hasta asumieron el nombre de *As* y más tarde el de *Rus.* Aunque la región de más allá del Don fué llamada durante un tiempo la "Gran Suecia", la capital que fundaron, y que parece haber estado situada en al-

guna parte de la península de Tamán, recibió el nombre de *Asahein* o *As-Grad,* "Ciudad de los As". Los suecos asumieron durante un tiempo las mismas obligaciones, con respecto a los khazares, que habían asumido anteriormente los alanos, sustituyendo con una brigada sueco-alana a la anterior unidad auxiliar alana y cambiando el título del comandante, el antiguo *As-Tarkhan,* en *Rus-Tarkhan,* "caudillo de los rus". No obstante, aprovechando el debilitamiento del poder de los khazares después de otro ataque de los árabes, hacia el año 825, el comandante sueco-ruso desafió la autoridad de aquéllos y se proclamó independiente. Asumiendo el título de Kagan ruso, estableció un nuevo cuartel general, probablemente en Tmutorokan, en la península de Tamán.

Este primer Kaganato ruso se apoderó del comercio internacional de los khazares y los búlgaros del Volga, y al llevarlo adelante cumplió las mismas funciones sociológicas y económicas. Sus principales artículos comerciales parecen haber sido espadas bellamente forjadas, producidas principalmente en Escandinavia, y pieles preciosas de los bosques del norte de Rusia. La zona que se extiende a lo largo de la costa meridional del lago Ilmen y que tiene como centro a una ciudad que lleva todavía el nombre de "Rus Viejos" *(Staraia Russa)* llegó a ser una importante factoría septentrional para el Kaganato ruso. Una corriente continua de mercaderías descendía por el Oka, el Donets y el Don, y se estableció un activo comercio de exportación no sólo con Bizancio, sino también con el Oriente, donde los datos del director general de correos del califato indican que durante el siglo IX los comerciantes rusos visitaban regularmente ciudades como Bagdad.

La emancipación política de los rusos y su competencia económica eran consideradas por los khazares como casi igualmente amenazadoras. A manera de defensa contra ambas, el Kagan khazar apeló al emperador de Bizancio con objeto de que le enviara arquitectos e ingenieros para erigir una cadena de fuertes a lo largo del bajo Don y del Donets. El emperador se complació en acceder al pedido y en el año 835 los bizantinos habían construído ya en el Don, cerca de la actual ciudad de Tsymlianskaia, una formidable fortaleza llamada Sarkel (en ugrico *Casa Blanca* o *Torre Blanca*), la cual es mencionada en las crónicas rusas primitivas. Protegidos por esas fortificaciones, los khazares se hallaron en situación no sólo de dominar las rutas rusas hacia el este, sino también de cortar las comunicaciones entre los rusos de Tamán y la Rusia septentrional. Utilizando hábilmente esta ventaja, a los pocos años de la construcción de Sarkel los khazares habían conquistado a los eslavos de la región del Oka y puesto a sus vasallos magiares a cargo de la zona de Kiev.

Encontrándose así virtualmente cercado, y habiendo experimentado las consecuencias de las negociaciones que sus enemigos, los khazares, habían llevado a cabo con el emperador bizantino, el Kagan ruso decidió en 838 enviar a sus propios delegados a Constantinopla. No obstante, el emperador acogió fríamente su proposición y no sólo se negó a concluir un tratado con los rusos, sino que retuvo a los enviados y les impidió regresar a su patria. Utilizando como un pretexto la turbulenta situación política que se había producido por esa época en las cercanías del bajo Danubio, instó a los enviados para que regresasen por un camino más indirecto y terminó por aconsejarles que viajasen con una embajada suya que enviaba al emperador de los francos, Luis. Según los llamados *Anales Bertinianos,* los enviados llegaron a Ingelheim, Franconia, con la embajada bizantina, el 17 de enero de 839. Ni siquiera entonces terminaron sus dificultades, pues cuando demostraron que eran suecos por nacimiento más bien que rusos, el emperador Luis sospechó de ellos y ordenó que fuesen detenidos y sometidos a una investigación. No se sabe cuánto tiempo permanecieron detenidos, pero, según parece, al fin se les permitió regresar a Rusia.

No puede sorprender que el trato de que hizo objeto el emperador bizantino a los enviados rusos provocase el resentimiento del Kagan, quien inmediatamente comenzó sin duda a idear una represalia adecuada. Hay indicios de que hacia el año 840 realizaron los rusos una incursión contra Amastris, una ciudad bizantina situada en la costa meridional del Mar Negro, y veinte años después atacaron a la misma Constantinopla. Esta última incursión, sin embargo, parece haber sido hecha en cooperación con otro grupo ruso que había aparecido entre tanto en el norte, y a los orígenes de esta segunda rama debemos volver ahora nuestra atención.

9

La política agresiva de los khazares, como hemos visto, tuvo como consecuencia la interrupción de las relaciones comerciales entre los rusos de la península de Tamán y las regiones productoras del norte, y afectó no sólo al Kaganato ruso, sino también a Staraia Russa y a toda la región del lago Ilmen. Pronto se hizo evidente que el envío de una gran fuerza expedicionaria desde el norte para restablecer las rutas comerciales era la única solución factible de la grave crisis económica que se había producido rápidamente en toda aquella zona. Sin embargo, el plan no podía ser

llevado inmediatamente a la práctica, pues, al parecer, no se disponía en el norte de Rusia de tropas escandinavas suficientes para intentar una empresa tan seria. Esa escasez de tropas parece haber sido el motivo para que fueran llamados "los varangianos del otro lado del mar", acontecimiento que ha sido considerado durante siglos como "el comienzo de la historia rusa" y que, según la tradición, tuvo lugar en 862, aunque en realidad ocurrió hacia 856.

El llamamiento fué contestado por Riurik (en los Anales Francos, Roric), el famoso aventurero y pirata escandinavo que, como vasallo del emperador Lotario, era entonces el gobernante de la Jutlandia meridional y Frisia. Aunque restableció pronto el orden en el norte de Rusia y se estableció firmemente en Staraia Ladoga y más tarde en Novgorod, no mostró interés por extender sus dominios hacia el sur, como habían esperado los rusos. Siguió interesándose principalmente por los acontecimientos de la Europa occidental y en varias ocasiones se vió obligado a acudir apresuradamente al oeste para asegurar su posesión de Frisia. Aunque Riurik nada hizo para mejorar la situación de los comerciantes sueco-rusos de Staraia Russa, no puso objeciones a que organizasen una expedición por su cuenta. Ellos lo hicieron, y hacia 858 una banda de sus guerreros consiguió llegar a Kiev y establecerse allí mediante un acuerdo con los magiares. Desde Kiev pudieron unir sus fuerzas a las de los rusos de Tamán y realizar con ellos, en junio de 860, el ataque contra Constantinopla mencionado en la sección precedente.

No obstante, ni siquiera esa unión de los dos grupos rusos constituyó una fuerza militar suficiente para alcanzar sus objetivos y al final se vieron obligados a retirarse. Esta campaña tuvo, sin embargo, un resultado indirecto importante, pues el patriarca bizantino Focio aprovechó la oportunidad para enviar misioneros detrás de los rusos en retirada. Algunos años más tarde fué bautizada una gran parte de los rusos y en 867 aceptaron a un obispo cuya sede se hallaba probablemente en Tmutorokan, en la península de Tamán.

Cuando falleció Riurik en 873, su sucesor, Oleg, noruego por nacimiento, dirigió su atención hacia el sur. Unos cinco años después entró en Kiev a la cabeza de un fuerte ejército y, luego de dar muerte a los caudillos de los rus suecos que habían dominado aquella ciudad, se estableció como gobernante independiente. Así surgió un nuevo Estado, la llamada Rusia de Kiev.

El Estado de Kiev, de carácter militar y comercial, se basaba económicamente en el dominio de las aguas del Dniéper en vez del área de Azov. Siguió siendo el intermediario entre el norte boscoso, las estepas del sur y Bizancio, y los rusos trataron asi-

mismo de mantener abierta la antigua ruta comercial con los árabes. Dos veces durante la primera mitad del siglo X emprendieron campañas militares en el Cáucaso y a lo largo de las costas suroccidentales del Mar Caspio, campañas que tuvieron un aspecto adicional y secundario por el botín que produjeron.

El carácter comercial del nuevo Estado queda demostrado de la manera más ortodoxa por las relaciones con Bizancio, las cuales fueron, en su conjunto, de un carácter más organizado. Todas las primaveras descendían desde Kiev por el Dniéper expediciones de comerciantes varangianos y eslavos, en largos y toscos botes hechos con troncos de árboles. Llevaban pieles, cera, miel y esclavos y en Constantinopla recibían a cambio buenos vinos y tejidos magníficos. La protección militar necesaria para un cargamento tan valioso la daban el príncipe y su *druzhina* y, en consecuencia, el príncipe participaba en la empresa como uno de los mayores accionistas y principales beneficiarios.

A pesar de sus relaciones comerciales con Constantinopla, los rusos emprendieron varias veces, durante la primera mitad del siglo X, campañas militares contra el Imperio bizantino. Aunque algunas de esas incursiones no tuvieron más fin que el saqueo, otras tuvieron por objeto proteger los derechos de los comerciantes rusos y defender su libertad de comercio en Bizancio. Durante todo este período los rusos parecen haber trabajado asiduamente para establecer alianzas comerciales en el sur, y en 911, y otra vez en 944, lograron concluir tratados con los griegos.

Sin embargo, Bizancio, que había atraído en un principio a los guerreros y comerciantes rusos por sus riquezas y el brillo de la Corte y la capital, los afectó igualmente de una manera más general. Esos rusos dedicados al comercio en el sur comenzaron pronto a sentir la influencia de la cultura espiritual de Bizancio y para mediados del siglo X muchos de ellos se habían convertido ya al cristianismo. Que esas conversiones crearon una situación diplomática delicada lo indica el tratado de 944, el cual disponía concretamente que una parte de los comerciantes rusos debían realizar sus ritos de acuerdo con las costumbres cristianas, en tanto que el resto debía seguir realizóndolos a la antigua manera pagana. Más tarde, sin embargo, la propia princesa Olga se convirtió y fué recibida en 957 por la Corte, en la que, según el "Libro de Ceremonias" del emperador Constantino Porfirogeneta, que contiene una descripción detallada de la recepción de la princesa en el gran palacio bizantino de Constantinopla, fué reconocida como jefe de los rusos, pero, siguiendo la costumbre bizantina, no se le acordaron los honores más altos.

10

La verdadera expansión del Estado de Kiev se inició en el reinado del hijo de Olga, Sviatoslao, hombre de una fuerza y una ingeniosidad extraordinarias y, en verdad, uno de los personajes más enérgicos de la historia primitiva de Rusia. Aunque se hizo cargo de las riendas del gobierno en vida de su madre, había poco que le interesase en la administración interna del país, que dejó casi por completo en manos de Olga. Prefirió invertir casi toda la duración de su reinado, de 964 a 972, en emprender campañas lejos de la capital.

Sviatoslao parece haber gozado con la vida dura del guerrero. Cuando su madre le suplicó que aceptase el cristianismo, se dice que le contestó: "¿Cómo puedo cambiar de fe yo solo? La *druzhina* se reiría de mí". Según las palabras del viejo cronista, era bravo y ágil como una pantera. Sus ejércitos maniobraban en el campo de batalla sin bagajes y el mismo Sviatoslao compartía las penalidades de sus soldados: no comía carne hervida, sino que cocinaba carne de caballo o de caza en las brasas de las fogatas del campamento; no llevaba tienda de campaña, sino que dormía al aire libre sobre una mantilla de silla y utilizaba una silla de montar como almohada. Cuando atacaba, despreciaba la cautela y, por lo contrario, enviaba por delante mensajeros que anunciaban: "Vengo contra vosotros".

Sviatoslao realizó sus primeras campañas contra los khazares. Después de haber conquistado a una de las tribus eslavas vasallas de aquéllos a lo largo del Oka, atacó a los mismos khazares y hacia 965 se había apoderado por completo de su Imperio y tomado sus ciudades principales, Sarkel, en el Don, e Itil, en el Volga. En contraste con las expediciones de merodeo que habían realizado los rusos durante la primera mitad del siglo X, para saquear en primer término, las campañas de Sviatoslao tuvieron esencialmente un carácter político. Después de destruir el Imperio de los khazares trató de atrincherarse en el bajo Volga y de erigir un nuevo Imperio sobre las ruinas del viejo, y si se hubiese contentado con permanecer allí es probable que hubiera llegado a ser el sucesor natural de los khazares. Incidentalmente, en este punto llegamos otra vez a uno de esos cambios bruscos que hacen tan fascinante el estudio de la historia. Las crónicas rusas de la época registran los esfuerzos de los jefes religiosos de los khazares y los búlgaros del Volga para convertir al hijo de Sviatoslao, Vladimiro, al judaísmo y al islamismo y es interesante especular sobre el curso posible que habría seguido la historia si los prín-

cipes rusos que le sucedieron hubiesen adoptado cualquiera de esas religiones en vez del cristianismo.

Sviatoslao tenía, no obstante, un carácter inquieto, y cuando el emperador bizantino pidió su ayuda contra los búlgaros del Danubio, abandonó Itil después de dejar allí un pequeño ejército, quizá para defender el territorio recién conquistado. Su campaña contra los búlgaros en 967 alcanzó un gran éxito, y una vez que ocupó la ciudad de Pereyaslavets, en el Danubio, se contentó con atrincherarse allí y abandonó los sueños de nuevas conquistas. "Deseo vivir en este lugar junto al Danubio —dijo—. Aquí está el centro de mis tierras. Aquí pueden obtenerse todas las cosas buenas: oro, paños, vinos, los frutos de los griegos, la plata y los caballos de los checos y húngaros, y pieles, cera, miel y esclavos de Rusia".

En verdad, con la conquista de los búlgaros había llevado a cabo Sviatoslao un plan político de amplia visión. Había llegado a ser el sucesor de los emperadores nómadas y, en consecuencia, ocupaba una posición única y estratégica.

En esa época regía un Imperio de proporciones tremendas, mucho mayor que el de los avaros o el de los khazares, pues incluía en su extensión las desembocaduras del Volga y del Danubio. Por su tamaño sólo podía compararse con el Imperio de los hunos en los siglos IV y V, pero a las estepas centrales que habían gobernado los hunos había agregado Sviatoslao las tremendas extensiones de los Estados boscosos de Kiev y Novgorod.

Después de la conquista de los kahazares, Sviatoslao asumió probablemente el título de Kagan para seguir la tradición del primer Kaganato ruso. Sabemos que sus sucesores llevaron ese título y existe un documento del obispo metropolitano Hilarión atribuyéndolo a mediados del siglo XI a Vladimiro el Santo y Yaroslao el Sabio.

El Imperio de Sviatoslao comenzó a derrumbarse en el este. Siguiendo a la decadencia y la disolución posterior del poder de los khazares surgió en el sur de Rusia una nueva fuerza, otra tribu turca llamada los pechenegas. Aprovechándose de la ausencia de Sviatoslao con los principales ejércitos rusos, sitiaron a Kiev y obligaron a aquél a regresar apresuradamente del Danubio para salvar a su madre y a los ciudadanos de la ciudad sitiada. Liberó Kiev, pero después de la muerte de Olga en 969 no permaneció mucho tiempo en la capital y prefirió establecer a sus hijos como gobernantes de las ciudades principales, mientras él regresaba al Danubio. Pero para entonces toda la frontera oriental del Imperio se hallaba en plena revuelta. Además, los griegos no podían reconciliarse con el hecho de que al conseguir la ayuda de

Sviatoslao contra los búlgaros no habían hecho más que reemplazar a un enemigo por otro, los rusos. Por fin, el emperador Juan Tsimiskes, uno de los jefes militares más brillantes de Bizancio, dirigió personalmente una campaña contra Sviatoslao, lo derrotó y lo sitió en una fortaleza. En 971 se vió obligado Sviatoslao a aceptar términos de paz que incluían la condición de que saliese de Bulgaria al siguiente año. Cuando los ejércitos rusos desmoralizados regresaban a Kiev, fueron sorprendidos y derrotados por los pechenegas. En la batalla fué muerto Sviatoslao y —según cuenta la vieja fábula— un príncipe pechenega se hizo una copa con su cráneo.

CAPÍTULO II

LA LUCHA CON LA ESTEPA

(972 - 1238)

1

A fines del siglo X el pueblo ruso ocupaba casi toda la gran zona que se extiende desde el Golfo de Finlandia y el lago Ladoga en el norte hasta el bajo Danubio, el Mar Negro, el Mar de Azov y el Mar Caspio en el sur. De este a oeste el territorio se extendía desde los ríos Oka y Don hasta los ríos Tisa y Marosh, dentro de los límites de la actual Hungría. Pero desde fines del siglo X hasta mediados del XIII no permaneció inalterada el área ocupada por el pueblo ruso. Los cambios consistieron principalmente en la pérdida gradual de la zona esteparia meridional, así como de las comunicaciones con los mares del sur. Los pueblos nómadas de las estepas se introducían como una cuña entre los mares del sur y los territorios ocupados por los rusos. Luchas encarnizadas caracterizaron a todo el período. Los príncipes rusos trataban a veces de luchar contra las tribus turcas con ayuda de aliados turcos. No estaban siempre de acuerdo entre sí y muchos de ellos, durante esas disputas, contrataban a mercenarios turcos. Los príncipes rusos trataron de fortificarse contra la estepa mediante la construcción de trincheras y fuertes. Desde el punto de vista de la unidad básica del proceso de la historia rusa es significativo que posteriormente fuesen construídas líneas semejantes de defensa contra la estepa por los zares de los siglos XVI a XVIII. Mas a pesar de todos sus esfuerzos, los rusos del período de Kiev se vieron obligados a retirarse al norte.

A mediados del siglo XIII, la frontera meridional del pueblo ruso seguía una línea que iba desde Moldavia hasta el curso inferior del Oka y al noroeste hasta Viatka. Las pérdidas de terri-

torio en el sur pueden ser ilustradas por el ejemplo de la ciudad de Tmutorokan. En el siglo XI Tmutorokan, cerca del estrecho de Kerch, era un fuerte centro ruso. En las crónicas del siglo XII ya no es mencionada. Los rusos, sin embargo, permanecieron fuertemente atrincherados en el rincón del sudoeste de Eurasia, los Montes Cárpatos y Moldavia, a pesar de los feroces ataques de los magiares por un lado y de los pechenegas por el otro. Las colonias rusas en el bajo Danubio fueron incluídas en una fecha tan posterior como el siglo XII en el Imperio bizantino y más tarde en el reino búlgaro.

Al norte de los Cárpatos estaban sometidos los rusos a la presión de los húngaros y los polacos, pero les hicieron frente con buen éxito y la frontera fué llevada más al oeste. Más hacia el norte el país ruso, con anterioridad al siglo XIII, se hallaba en estado relativamente pacífico. Fué conservada la línea anterior que iba desde el Niemen hasta el lago Peipus y a lo largo del río Narov hasta el Golfo de Finlandia. En el siglo XI fué fundada la ciudad de Yuriev (ahora Tartu) al oeste del lago Peipus. Al norte y al nordeste avanzaron los rusos y ocuparon nuevos territorios. El Mar Blanco, el Océano Artico y los Urales fueron alcanzados por ellos. De igual modo los colonos rusos del oeste se movieron durante el siglo IX hasta el curso inferior del Oka y el medio del Volga.

2

La muerte de Sviatoslao fué seguida por el derrumbe de su ambicioso plan de unir los bosques con las estepas y fiscalizar el comercio tanto del Mar Negro como del Caspio. Los príncipes rusos se vieron obligados a concentrar casi toda su atención en la organización interna de sus Estados y en la defensa contra los invasores de las estepas. Las tribus nómadas que, como los khazares, habían unido en otro tiempo los bosques y las estepas bajo un solo gobierno, volvieron a convertirse en un enemigo peligroso. Una ola sucedía a otra; después de los pechenegas aparecieron los cumanos. Durante mucho tiempo ni el bosque ni la estepa consiguieron aplastar por completo el uno al otro. Las fuerzas del Estado de Kiev y las tribus nómadas del sur de Rusia eran aproximadamente iguales en potencia y su lucha fué larga e indecisa.

Después de la muerte de Sviatoslao comenzaron a disputar sus hijos. Vladimiro obtuvo la victoria en 980. El acontecimiento más importante de su reinado fué su conversión al cristianismo

y la institución de éste como la religión oficial, no sólo de la familia real, sino de todo el pueblo ruso. El bautismo de la princesa Olga algunos años antes no había tenido este resultado.

Como hemos visto antes, parte de la población rusa se convirtió al cristianismo en los siglos IX y X. La ideología religiosa pagana quedó destruída. Había necesidad de una nueva fe. Las antiguas crónicas rusas contienen un relato del bautismo de Vladimiro tras un largo período de indecisión. Según el cronista, en 986 visitaron a Vladimiro misiones religiosas de diferentes fes e Iglesias: mahometanas de los búlgaros del Volga, católico romanas de Alemania, khazares que profesaban el judaísmo y un filósofo griego de la fe ortodoxa. Incidentalmente, la división de las Iglesias romana y griega se produjo por fin en 1054, pero en 867 había ya una división de hecho. La descripción hecha por el cronista no era una mera figura retórica, sino un reflejo exacto de los hechos. Estas distintas religiones eran profesadas en parte por los pueblos vecinos y en parte inclusive por los habitantes del Estado de Kiev.

La aceptación de una u otra de esas religiones tuvo que determinar necesariamente el futuro desarrollo cultural y político de Rusia. La aceptación del Islam habría llevado a Rusia al círculo de la cultura árabe, es decir de una cultura asiático-egipcia. La aceptación del cristianismo romano procedente de los germanos habría hecho de Rusia un país de cultura latina o europea. La aceptación del judaísmo o del cristianismo ortodoxo aseguró a Rusia la independencia cultural de Europa y Asia.

Podrían aducirse argumentos políticos tanto en favor del judaísmo como de la ortodoxia. Por una parte existían los mismos argumentos que convirtieron al Khan de los khazares al judaísmo, es decir, el deseo de asegurarse la independencia política y religiosa de las Iglesias y de los Estados más fuertes del Mediterráneo oriental. Por otra parte, había en favor de la ortodoxia argumentos de diferente naturaleza: las ventajas de una unión cultural con Bizancio, que ya mantenía estrechas relaciones comerciales con Rusia. Aparte de los cálculos políticos, la cuestión religiosa tenía también que ser decidida con relación a las necesidades espirituales, pues la cuestión de una nueva fe había surgido en vista de lo inadecuado del antiguo paganismo ruso. Según el cronista, Vladimiro, después de escuchar a los representantes de las diversas misiones religiosas, quedó, según parece, favorablemente impresionado por el filósofo griego. Sin embargo, antes de tomar una decisión final, envió a sus emisarios a los países vecinos para que observaran "por quiénes y cómo era adorado Dios". Los informes de sus emisarios decidieron finalmente a Vladimiro

a recibir el bautismo en la Iglesia Ortodoxa. Los emisarios rusos, al referir cómo asistieron a un servicio religioso en Santa Sofía de Constantinopla, dijeron que no sabían si estaban en la tierra o en el Cielo.

Con anterioridad a la conversión oficial de Rusia al cristianismo se produjeron complicaciones políticas con Bizancio. Vladimiro emprendió una campaña contra la ciudad griega de Quersoneso. Después de un sitio prolongado la ciudad se rindió al príncipe ruso. El emperador bizantino accedió a dar a Vladimiro en matrimonio a la princesa bizantina Ana. A su regreso de la campaña del Quersoneso, Vladimiro organizó un bautismo general de sus súbditos (hacia 989 después de Cristo). Al mismo tiempo los habitantes de Novgorod recibieron igualmente el bautismo, pero con ellos tuvo que emplearse la fuerza, pues su paganismo se hallaba arraigado mucho más firmemente. Sobre los antiguos lugares de adoración pagana se edificaron templos cristianos. Pocos años después de la conversión de Vladimiro se fijó la situación legal de la Iglesia mediante la orden disponiendo que se cobrara un diezmo a beneficio del templo de Nuestra Señora de Kiev hacia el año 996, y el estatuto referente a los tribunales eclesiásticos de 1010.

3

A la muerte de Vladimiro el Santo siguió, como en el caso de Sviatoslao, una lucha intestina entre sus hijos. En un principio alcanzó la victoria su hijo mayor, Sviatopolko. Para protegerse contra sus hermanos, Sviatopolko recurrió al asesinato. Por orden suya, Borís y Gleb, venerados más tarde como santos por la Iglesia rusa, fueron ejecutados. Pero Sviatopolko no consiguió librarse de su rival más peligroso, también hermano suyo, el príncipe de Novgorod, Yaroslao. Se inició la lucha entre ambos. Yaroslao recibió la ayuda de sus súbditos y de los varangianos, cuyas fuerzas aumentaron con los mercenarios llevados del otro lado del mar. Sviatopolko se alió con su suegro, el rey polaco Boleslao el Bravo. Mientras que Yaroslao permaneció fiel a la ortodoxia, Sviatopolko consiguió el apoyo del catolicismo romano occidental. La lucha entre los hermanos alcanzó una importancia mayor que la de un desacuerdo familiar. La victoria de Sviatopolko habría sometido a Rusia a la influencia polaca y católica.

Tras de un largo período de lucha indecisa, Yaroslao terminó por derrotar a su hermano en 1019. Sviatopolko fué muerto durante su retirada. Después de esta victoria sobre su hermano y

del sometimiento de Kiev, Yaroslao emprendió la lucha con su otro hermano Mistilao. Éste fué una figura interesante de la historia de la antigua Rusia. Había tratado, en una escala menor, de volver a crear el Imperio de su abuelo Sviatoslao. Para ello empezó, no desde el norte, sino desde el sur. Gobernó el rincón oriental de la costa del Mar Negro, desde la ciudad de Tmutorokan, y trató de extender su poder hacia el norte. A este respecto su política siguió la tradición de los Khanes khazares, de agregar las regiones boscosas del Dniéper a su Imperio de las estepas. La guerra de dos años entre los hermanos tuvo por resultado la victoria de Mistislao. Yaroslao se vió obligado a acceder a la división del Estado ruso a lo largo de la línea del Dniéper. Algunos años después falleció Mistislao y en 1036 llegó a ser Yaroslao el jefe de ambas partes del Estado ruso. En el mismo año derrotó por completo a los pechenegas, que habían avanzado nuevamente contra Kiev. Desde entonces los pechenegas no volvieron a atacar a esa ciudad.

La política interna de Yaroslao fué muy importante. Durante su reinado se dictaron las primeras leyes regulando los procedimientos judiciales. Esta colección de leyes fué conocida con el nombre de Derecho Ruso. Yaroslao concedió al principio esas leyes a sus súbditos de Novgorod como una recompensa por la ayuda que le habían prestado en su lucha con Sviatopolko. Más tarde fueron promulgadas también en Kiev. Las leyes de Yaroslao trataban de limitar la costumbre prevaleciente de la venganza de sangre por el asesinato, facultando únicamente a ciertos parientes para que vengasen un asesinato; en ausencia de aquéllos el asesino era multado por la tesorería del príncipe. El derecho ruso era el fruto de una combinación de las costumbres escandinavas y eslavas. En su redacción tomó parte un jurista que conocía el derecho romano y el bizantino. Yaroslao, además, definió las facultades de los tribunales eclesiásticos y los derechos de propiedad de la Iglesia, completando así la legislación eclesiástica de Vladimiro.

Imitando a los emperadores bizantinos, Yaroslao deseaba hacer de Kiev una ciudad imperial semejante a Constantinopla. Embelleció la ciudad con hermosos edificios, algunos de los cuales, como la iglesia de Santa Sofía, fueron construídos por maestros griegos. En la Santa Sofía de Kiev reunió Yaroslao una colección de libros. También organizó escuelas para los niños de la *druzhina.* Durante su vida o la de su sucesor inmediato, fueron traducidas al eslavo la *Historia Mundial* del cronista griego Jorge Hamartolos y la colección de leyes que reglamentaba las materias eclesiásticas *(nomokanon).* Durante su reinado apareció un notable caudillo de la Iglesia rusa, Hilarión, el primer metropolitano de origen

ruso (1051). Estaba completamente instruído en las materias eclesiásticas griegas y su profunda sabiduría, así como sus facultades oratorias, se hallan de manifiesto en uno de sus discursos que sobreviven, en el que hablaba de la importancia de la conversión rusa para el cristianismo. Hilarión, aún antes de llegar a ser metropolitano, era conocido por su vida profundamente religiosa. En una época anterior se había cavado una cueva en una colina de las cercanías de Kiev, para dedicarse en ella a la meditación espiritual. Puede ser considerado, por lo tanto, como el fundador del Monasterio de las Cuevas de Kiev, que floreció durante el reinado de los hijos de Yaroslao. Menos de un siglo después de la conversión de Rusia podía jactarse la Iglesia de contar con caudillos cristianos como Antonio y Teodosio, del monasterio de Kiev.

4

Después de la muerte de Yaroslao en 1054 Rusia fué dividida en principados gobernados por sus hijos. A medida que la familia real crecía con cada generación, estos principados eran divididos en un número mayor de partes. La subdivisión del país ruso bajo el gobierno de los descendientes de Yaroslao no fué, sin embargo, permanente. Los príncipes se trasladaban con frecuencia de una ciudad a otra. El mayor de la familia trataba siempre de ocupar el trono de Kiev, que era considerado como el más elevado. Después de la muerte de cada príncipe de Kiev se producía un movimiento general de príncipes. El poder era puesto en posesión de toda la familia real y redistribuído constantemente entre los miembros de la misma, costumbre que correspondía a los principios de propiedad de la antigua Rusia. Esta costumbre tiene mucho en común con las posteriores de la comuna campesina.

Como podía esperarse, la distribución del poder se complicaba muchas veces con las ambiciones personales de los príncipes. Tenían igualmente una gran importancia los deseos de la población de las grandes ciudades. La asamblea popular o *vieche* se negaba con frecuencia a aceptar a un nuevo príncipe y llamaba a otro siguiendo sus propios deseos. No obstante, en la mayoría de los casos era elegido un príncipe de la dinastía de Yaroslao.

Debido principalmente a esta costumbre, la historia rusa desde la segunda mitad del siglo XI hasta la primera mitad del siglo XIII está llena de guerras civiles entre príncipes. Para fortalecer su poder, algunos de esos príncipes se aliaban muchas veces con los extranjeros, húngaros, polacos o cumanos. A fines del siglo XI y a comienzos del XII se hicieron esfuerzos para for-

mar una alianza entre los príncipes. En varias ocasiones se reunió un *seim* o consejo de familia. La idea de una alianza general de los príncipes fué apoyada por uno de los mejores hombres de la época, un nieto de Yaroslao, Vladimiro Monomaj, príncipe de Kiev. Su muerte en 1125 dió fin a los esfuerzos para formar una alianza. Rusia comenzó a desmenuzarse. En lugar de un solo centro cultural y nacional en Kiev, surgieron a mediados del siglo XII cierto número de centros locales: el principado de Galitzia en el oeste, Novgorod en el norte, el principado de Vladimir-Suzdal en el nordeste y Kiev en el sur. La importancia de Kiev quedó debilitada en 1169 cuando los ejércitos del príncipe Andrés Bogolubsky se la arrebataron a Vladimiro. Además, la ciudad sufrió gravemente a consecuencia del saqueo de Constantinopla por los cruzados en 1204. El Imperio griego nunca se recuperó por completo de ese golpe. En Constantinopla se fundó un Imperio latino que duró hasta 1261, fecha en que los griegos lo derribaron, pero el Imperio griego nunca recuperó su fuerza. Con anterioridad a estos acontecimientos de la historia bizantina, los griegos habían desempeñado un papel importante en la vida política de los rusos. Bizancio enviaba a Kiev metropolitanos que luego dirigían la Iglesia rusa y trataban constantemente de aliarse con los príncipes rusos mediante casamientos con princesas o aristócratas bizantinas. La madre de Vladimiro Monomaj era una princesa griega y la madre de Andrés Bogolubsky era también griega.

Bizancio trató de utilizar a los príncipes rusos en favor de su propia política. Así, en el siglo XII, durante una guerra con Hungría, trató de concluir una alianza con los príncipes galitzianos con el propósito de atacar a Hungría por el nordeste. Como dichos príncipes eran hostiles a los príncipes de Kiev, Bizancio trató de encumbrar a los enemigos de Kiev en Suzdal para contrapesar a Kiev. Por otra parte, en la segunda mitad del siglo XII, cuando los príncipes de Galitzia se aliaron con Hungría, Bizancio buscó una alianza con los príncipes de Kiev, poniéndolos en contra de los príncipes galitzianos.

Los príncipes rusos libraron una lucha constante contra los cumanos, tribu nómada de la zona de las estepas que realizaba frecuentes incursiones contra sus principados, sometiéndolos a una terrible destrucción y esclavizando a sus habitantes. Los príncipes rusos emprendían de vez en cuando campañas contra los cumanos, pero aunque a veces derrotaban a los nómadas a caballo, éstos se salvaban invariablemente mediante la fuga. Los rusos no podían subyugar por completo a su enemigo nómada y de cuando en cuando sus campañas en las estepas terminaban en una derrota

catastrófica. Los cumanos hacían caer en emboscadas a los ejércitos rusos y los rodeaban por todas partes. Una de esas campañas desafortunadas, en 1185, constituye el tema de un antiguo poema épico ruso: *Canto de la incursión de Igor.*

En el siglo XIII se debilitó la presión de los cumanos y las alianzas entre los príncipes rusos y los Khanes cumanos fueron más frecuentes. En esa época surgieron nuevos enemigos: en el noroeste los germanos, los suecos y los lituanos; y en el sudeste los mogoles.

Los germanos aparecieron en la desembocadura del Dvina occidental, a mediados del siglo XII, y sus primeros contactos con los nativos fueron pacíficos. La mayoría de ellos eran comerciantes y misioneros. En 1200 fundó el obispo Alberto la ciudad de Riga en la desembocadura del Dvina. Los habitantes de la región, lituanos y letones, se convirtieron al cristianismo con dificultad. Luego llegaron guerreros en apoyo de los misioneros. Se organizó una orden de caballería semejante a las que lucharon contra los musulmanes en la Tierra Santa. Esta orden era conocida con el nombre de los Portadores de Espada y su marca distintiva era una capa con una cruz roja y una espada en el hombro. Los miembros de la orden estaban sometidos a los mandatos de su jefe y eran responsables ante el obispo de Livonia. Extendieron su poder rápidamente hacia el este desde Riga en dirección a Pskov y Polotsk. La región al sudoeste de la Orden Livoniana de Portadores de Espada, entre el Niemen y el Vístula, fué ocupada por la Orden de los Caballeros Teutónicos, que llevaban una capa negra con una cruz blanca. La Orden de los Caballeros Teutónicos fué creada con el propósito de luchar contra los musulmanes, pero en vista de que la lucha en la Tierra Santa no ofrecía esperanza alguna, se trasladó en 1230 al Mar Báltico por invitación de un príncipe polaco, quien solicitó su protección contra los ataques de una tribu lituana de prusianos. Los Caballeros conquistaron a los prusianos y crearon un Estado germano que posteriormente llegó a ser Prusia.

Las tribus de letones y lituanos se unieron para luchar contra los caballeros germanos. En su mayor parte fracasaron y el resultado fué un movimiento de los letones y lituanos hacia el este, por las tierras de Rusia. Así surgió la amenaza de la conquista lituana en los principados del norte. Entre tanto continuó la guerra civil entre los príncipes rusos. A principios del siglo XIII desempeñó un papel principal el príncipe Mistislao el Temerario, un guerrero brillante, pero poco afortunado en su política. Mistislao tomó parte en las guerras entre Smolensko y Kiev, Novgorod y Suzdal. Se alió con los cumanos y defendió al principado de Ga-

litzia contra los húngaros, pero en ninguna parte obtuvo conquistas políticas permanentes. La gloria de la lucha era todo lo que deseaba; todo lo demás carecía para él de importancia. Se parecía por su carácter a muchos de los caballeros occidentales de su época, y a quien más se asemejaba quizá era a Ricardo Corazón de León.

Mientras los príncipes rusos continuaban sus contiendas interminables apareció un nuevo peligro en el este. Una ola de pueblos nómadas de una fuerza sin precedentes avanzaba hacia el oeste. Esta ola inundó al país ruso, sumergiendo a los príncipes y sus querellas.

En 1223 aparecieron en el sudeste los mogoles o tártaros. Huyendo del avance mogol, los cumanos buscaron la ayuda de los príncipes rusos. El Khan Kotian, suegro de Mistislao el Temerario, dijo: "Ahora se han apoderado de nuestra tierra; mañana se apoderarán de la vuestra". Mistislao emprendió la organización de una alianza de príncipes rusos contra los tártaros. Los emisarios enviados por los mogoles a los príncipes rusos fueron muertos. En una conferencia reunida en Kiev se decidió no esperar al enemigo, sino salir a su encuentro en medio de las estepas. El encuentro tuvo lugar en el río Kalka, cerca del Mar Azov. Las tropas rusas lucharon bravamente, pero sin coordinación entre sí mismas o con los cumanos. Entre tanto, los ejércitos mogoles eran dirigidos por los expertos generales Djebe y Subutai. Derrotaron primero a los cumanos y a parte de las tropas rusas antes de que los guerreros de Kiev pudieran intervenir en la lucha. El príncipe de Kiev se encerró luego en un campamento armado a la orilla del Kalka. Durante tres días resistió al enemigo, pero se vió obligado a comprar su libertad y retirada. Los mogoles, empero, no se atuvieron a lo convenido y dieron muerte a todos sus enemigos. El príncipe de Kiev murió aplastado bajo unos tablones.

Después de su victoria, los mogoles no avanzaron contra el territorio ruso, sino que regresaron a su país. Durante los siguientes quince años Rusia no volvió a saber nada de ellos. El cronista escribió acerca de esos "tártaros perversos": "Sólo Dios sabe de dónde vinieron y adónde se fueron".

5

La organización política de los principados rusos en el período pre-mogol era una combinación de gobierno monárquico, aristocrático y democrático. El elemento monárquico consistía en la persona del príncipe, el que en la antigua Rusia no era, sin em-

bargo, un gobernante autócrata. Su función principal era militar. Su deber consistía en defender la ciudad de los enemigos exteriores. Otra importante función del príncipe era judicial. Designaba agentes especiales para que juzgasen los litigios entre sus súbditos.

El elemento aristocrático era el consejo del príncipe. Cada príncipe contaba con un consejo compuesto por los altos funcionarios de su *druzhina.* Este consejo trataba las cuestiones más importantes del gobierno y generalmente intervenía en la legislación.

El elemento democrático del gobierno consistía en la asamblea popular conocida con el nombre de *vieche.* Éste no era un cuerpo representativo, sino que se componía de todos los hombres adultos de la población de cada ciudad. Para que la *vieche* tomase una decisión era necesaria la unanimidad. Este requisito llevaba con frecuencia en la práctica a choques armados entre los grupos opositores en la *vieche,* tras de lo cual la parte vencida tenía que mostrarse de acuerdo con la decisión de los vencedores. La *vieche* de la capital del principado tenía autoridad sobre las ciudades más pequeñas.

Estos tres elementos del poder aparecían en todos los principados rusos del período mogol, pero la importancia relativa de cada uno de ellos difería de lugar en lugar. La *vieche* era especialmente poderosa en la gran ciudad comercial del norte de Rusia: Novgorod. Durante el período mogol creció su población muy rápidamente y era calculada en más de doscientas mil personas. Las peculiaridades de la forma de gobierno en Novgorod quedaron establecidas únicamente a fines del siglo XIII y comienzos del XIV. Su origen, empero, se remontaba a los siglos XI y XII. El príncipe era servido por dos ayudantes elegidos: el *Posadnik* (alcalde) y el *Tysiatsky* o Jefe de los Mil —el comandante de la milicia— sin los cuales no podía tomar decisión alguna. También se fué imponiendo poco a poco una costumbre en virtud de la cual el príncipe, al asumir el poder, tenía que besar la cruz de Novgorod en el acto de prestar juramento. La *vieche* de Novgorod tenía una cancillería permanente: el edificio en que se reunía. En la práctica, los asuntos de la ciudad eran manejados por un consejo de mercaderes. Novgorod se dividía en cinco secciones. Estas secciones se dividían a su vez en "centenas" y las "centenas" en calles. La población era organizada en la *vieche* de acuerdo con esas divisiones. Cuando no se conseguía la unanimidad y luchaban los bandos opuestos, lo hacían generalmente en el puente que cruzaba el río Volkhov.

El elemento aristocrático era particularmente fuerte en la

Rusia del sudoeste, en los principados de Galitzia y Volyn. El consejo de *boyardos* dominaba la vida política de esos principados. Es posible que una de las causas del dominio aristocrático en la Rusia occidental fuese la influencia del feudalismo occidental a través de Polonia y Hungría. El príncipe se veía obligado a someter a los *boyardos* o a luchar con ellos. Uno de los príncipes enérgicos de la Rusia del sudoeste dijo con respecto a los *boyardos:* "No se puede comer la miel sin destruir las abejas". Esto se refiere a la costumbre de conservar las abejas en troncos de árbol huecos, lo que hacía necesario matar las abejas para obtener la miel.

El elemento monárquico se había desarrollado particularmente en el nordeste de Rusia. El desarrollo del poder principesco se debió en gran parte a la personalidad dominante del príncipe Andrés Bogolubsky, quien fué muerto en 1175.

A pesar de todas las diferencias en la organización política de los distintos principados, en todos éstos se encuentran la *vieche* y el consejo de los *boyardos*. Todo dependía de cuál de esos elementos era el más fuerte.

La estratificación social de los antiguos principados rusos era casi idéntica. La antigua sociedad rusa se dividía en dos grupos fundamentales: los hombres libres y los esclavos. El motivo principal de la esclavitud era la necesidad económica. Un hombre se vendía como esclavo cuando ya no disponía de medios para vivir. Además, casi todos los prisioneros de guerra eran convertidos en esclavos. Entre éstos y los hombres libres había una clase intermedia, los *zakupy*, medio esclavos y medio libres y que estaban obligados a trabajar a cambio de dinero recibido en préstamo

Entre los hombres libres no había clases fijas y era fácil pasar de un grupo o de una ocupación a otro. Por lo tanto, sólo es posible hablar aproximadamente de los grupos en que se dividía la sociedad libre. Eran cuatro: la Iglesia, que incluía a sacerdotes y monjes; los *boyardos,* oficiales del ejército del príncipe y grandes terratenientes; los habitantes de la ciudad, comerciantes y artesanos; y finalmente los labradores.

En el período transcurrido entre los siglos X y XII quedó destruído el sistema de clanes de la antigua Rusia. Los individuos adquirieron una importancia cada vez mayor. Los elementos principales de la vida económica eran el comercio exterior y la agricultura. La sociedad de la época estaba organizada en base a la propiedad privada en poder del individuo o de la familia. La escritura de traspaso de tierras más antigua que se conoce, del año 1147, demuestra que era libre la compra y venta de tierras. En el derecho contemporáneo ejercía Bizancio una gran influencia.

El derecho bizantino era en realidad derecho romano, que había penetrado en Rusia mediante la Iglesia.

6

La cultura espiritual de la antigua Rusia procedía, junto con la Iglesia, de Bizancio; era una cultura principalmente religiosa. La Iglesia, por lo tanto, era la principal fuerza cultural de la antigua Rusia.

Como consecuencia de la conversión de los rusos durante el reinado de Vladimiro, el paganismo fué extirpado de las ciudades muy rápidamente, pero se mantuvo con obstinación en los distritos rurales. Las influencias paganas subsistieron durante mucho tiempo en las creencias populares. Se sabe muy poco de la organización de la Iglesia rusa en los primeros cincuenta años que siguieron a la conversión. Sólo después de que Yaroslao llegó a ser el único gobernante de Rusia estuvo en situación de organizar debidamente la administración eclesiástica. Así, pues, la Iglesia rusa tomó una forma precisa sólo en 1037. Era un distrito metropolitano del patriarcado ecuménico de Constantinopla. El metropolitano era designado por Constantinopla y la designación recaía habitualmente en un griego. Hubo sólo dos excepciones a esta regla en los casos del metropolitano Hilarión en el siglo XI y del metropolitano Clemente en el siglo XII. Los obispos eran a veces griegos, pero en su mayoría rusos. En la época de Yaroslao había diez obispos. Posteriormente aumentó el número. Un centro importante de la vida espiritual en la Rusia pre-mogólica fué el Monasterio de las Cuevas de Kiev.

La primera obra literaria de Rusia fué la edición de los libros de ritual religioso y de derecho eclesiástico traducidos del griego para servir a los fines de la Iglesia rusa. Algunos de esos libros fueron traducidos al eslavo en Rusia; otros fueron llevados de Bulgaria en su traducción eslava. El lenguaje eclesiástico eslavo de Bulgaria fué el lenguaje literario y eclesiástico de la antigua Rusia. En esa época la diferencia entre el idioma ruso y el eslavo del sur era mucho menor que al presente. El idioma eslavo religioso de Rusia fué modificándose poco a poco mediante la infiltración del ruso. Pronto surgió la literatura religiosa: los sermones de los obispos rusos y las vidas de los primeros santos y monjes rusos. La Iglesia de esa época no era una organización cerrada, sino que se mantenía a la cabeza del pensamiento nacional. Las primeras crónicas de los acontecimientos contemporáneos, tanto de la Iglesia como del mundo laico, fueron compiladas

dentro de las paredes de los monasterios y en los círculos eclesiásticos. A fines del siglo XI, uno de los monjes del Monasterio de las Cuevas de Kiev escribió la primera crónica de toda Rusia en base a los archivos de Kiev y Novgorod. A comienzos del siglo XII se dió forma literaria a esa crónica. Así apareció la primera historia de Rusia, conocida con el nombre de *Poviest vremennykh let* (Anales). Nos ha llegado sólo en manuscritos de los siglos XIV y XV. Esta historia se inspira en la idea de la unidad cultural y racial de los rusos y de su vinculación con todo el mundo cristiano ortodoxo. La historia de Kiev fué causa de que apareciesen otros escritos semejantes en todos los principados. Cada príncipe y obispo contaba en su dominio con un cronista que registraba los acontecimientos. Estos antiguos anales rusos están saturados de pensamiento religioso y las causas de los acontecimientos históricos son atribuídas generalmente a la lucha entre el cristianismo y las fuerzas malignas del alma humana. Junto con la literatura religiosa se desarrolló también una literatura profana. Este tipo de escritos se originó en la sociedad de la aristocracia militar, la *druzhina,* y se caracteriza por sus requisitos y gustos. En su mayor parte, la literatura profana es una descripción épica de las hazañas militares de diversos príncipes y guerreros. La obra más famosa es el *Canto de la incursión de Igor,* un canto a la campaña heroica aunque desafortunada del príncipe Igor contra los cumanos en 1185. Otros muchos cantos épicos, los llamados *bylinas,* fueron compuestos en este período, así como en el curso de los siglos siguientes. Estos *bylinas* eran cantados todavía por los campesinos de las remotas aldeas del norte de Rusia a comienzos del siglo XII.

Aunque la literatura de la antigua Rusia se desarrolló rápidamente y comenzó a liberarse prácticamente de la influencia religiosa, el arte de esa época siguió dependiendo por completo de la Iglesia. La arquitectura, la pintura y la música popular del período eran producidas para satisfacer las demandas de la Iglesia. La música instrumental no era empleada en los servicios de la Iglesia Ortodoxa. Con anterioridad al siglo XV en Rusia se cantaba al unísono. Sólo en los siglos XV y XVI se cultivó la armonía. La escultura, que había encontrado algún lugar en la Iglesia griega, era utilizada raras veces en la Iglesia rusa. En el siglo XI, las ciudades principales de la época, Kiev, Novgorod y Chernigov, construyeron grandes templos de piedra. Éstos fueron construídos al principio por maestros de obras del Imperio bizantino y puede observarse en ellos la influencia de la arquitectura de Constantinopla y de las provincias bizantinas del Cercano Oriente, pero en algunos casos, como en la iglesia de Santa Sofía de Novgorod,

se advierten ciertas modificaciones de los prototipos bizantinos hechas al parecer para satisfacer los gustos de los rusos.

En los siglos XII y XIII aparecieron maestros de obras alemanes, pero al mismo tiempo se desarrolló el artesanado entre los mismos rusos. Los templos de los siglos XII y XIII del nordeste de Rusia tienen una gran importancia artística. Su decoración arquitectónica muestra la influencia del Oriente ortodoxo: Armenia y Georgia. Tienen también muchas características de la arquitectura románica occidental.

La pintura religiosa de la antigua Rusia sufrió igualmente la influencia de Bizancio y del Cercano Oriente. La pintura de esa época tomó dos formas: la de los frescos en las paredes de los templos y la de los iconos portátiles. Ambas formas procedían de Bizancio y, como en el caso de la arquitectura, fueron ejecutadas al principio por maestros griegos y solamente más tarde por rusos. Algunos iconos fueros importados directamente de Bizancio. En la antigua Rusia se empleaban también los mosaicos. Los restos de algunos hermosos ejemplares existen todavía en Santa Sofía de Kiev.

Los iconos eran una expresión característica de las costumbres de la Iglesia Ortodoxa. Representaban a Jesucristo, Nuestra Señora, los Santos o escenas de de sus vidas. El icono, sin embargo, no es un retrato, sino un objeto de veneración. Su uso fué reconocido después de la derrota del partido iconoclasta en Bizancio a mediados del siglo IX. El creyente ortodoxo coloca su icono en un lugar destacado de su hogar, en Rusia generalmente en un rincón. Es en realidad un símbolo o un recordatorio del mundo espiritual para el creyente y su fin es provocar en el alma las emociones correspondientes. Por este motivo la antigua iconografía rusa ejercía una influencia psicológica mucho más poderosa que la pintura corriente. Los antiguos pintores de iconos realizaban su tarea con un sentimiento religioso y en esto se diferenciaban igualmente de los artistas seculares.

CAPÍTULO III

RUSIA BAJO EL DOMINIO DE LAS ESTEPAS

(1238 - 1452)

1

El período mogol tiene una importancia enorme en la historia rusa. La invasión inició la separación de las partes oriental y occidental de la población. Hallándose divididos políticamente entre los mogoles y los lituanos, los rusos se partieron en dos secciones culturalmente distintas. Su distribución territorial siguió siendo, no obstante, prácticamente la misma que en el período precedente. En el siglo XIII, a consecuencia de la desolación causada por la primera invasión mogol, se produjo un movimiento de población desde la región del Dniéper medio hacia el nordeste, a la región del alto Volga y del Oka; pero la retirada general de los rusos desde las estepas meridionales hasta el norte cesó prácticamente. Se establecieron donde estaban en el siglo XIII, al borde de las estepas, preparándose para avanzar por ellas nuevamente.

El avance por las regiones esteparias fué más rápido en el sudoeste, donde en la segunda mitad del siglo XIV los rusos del Gran Ducado de Lituania llegaron al Mar Negro entre el Dniéster y el Bug meridional. Otros rusos procedentes de Moscú y Suzdal penetraron pacíficamente en el sudeste, descendiendo hasta muy lejos por el Volga y el Don. Un considerable número de ellos se establecieron en Sarai, como lo atestigua la formación allí de un obispado ortodoxo. Los comerciantes rusos visitaban el norte del Cáucaso en gran número. Además, soldados rusos reclutados por sus amos mogoles tomaban parte con frecuencia en las batallas que tenían lugar en China. Prosiguió simultáneamente la colonización del norte. Los comerciantes de Novgorod penetraban cada vez más en los bosques septentrionales.

2

A fines del siglo XII, como en varias ocasiones anteriores, las tribus mogoles de la Eurasia oriental experimentaron una gran intensificación de su energía nacional. Entre sus caudillos surgió un hombre de una fuerza de voluntad y de una visión extraordinarias, Temuchin, el "genio bárbaro". Nacido en 1155 de una familia noble, se convirtió en caudillo de los aristócratas mogoles que deseaban crear un Estado poderoso en las estepas. Fué elegido "Khan" de su grupo y llamado Genghis, Emperador Celeste. Este nombre, relacionado con la religión altaica, indicaba su completa autocracia. Inmediatamente después de su designación como Khan, Genghis se dedicó a organizar sus fuerzas. Los guerreros fueron divididos en "decenas", "centenas" y "millares". Eligió con cuidado sus ayudantes entre hombres que conocía bien. Prestó atención al abastecimiento del ejército. La parte más importante de ese ejército era la Guardia, que servía como tropa personal del Khan y estaba formada por sus soldados más selectos. Estaba organizada de acuerdo con normas estrictamente aristocráticas y un "millar" especial de la Guardia se componía de "guerreros valientes". Genghis imponía una disciplina de hierro a todas sus tropas.

Cuando estuvo terminada la organización del ejército comenzó la expansión de los mogoles. La guerra se decidió en la asamblea de los mayores *(kurultai)*, en la desembocadura del río Orkhon, en 1206. Los *kurultai* nombraron a Genghis Khan Señor de todo el pueblo mogol. Lo primero que hizo fué conducir a sus tropas al este, hacia el reino de la China septentrional. La larga guerra que siguió puso a Genghis en contacto con los estadistas chinos que conocían las antiguas costumbres administrativas y gubernamentales. Después de la toma de Pekín en 1215, Ye-liu Chu-tsai, uno de los estadistas más destacados de la época, poeta y erudito, astrónomo y astrólogo, poseedor de un talento extraordinario para la organización, se relacionó íntimamente con Genghis. Aunque la organización militar del Imperio mogol debe atribuirse a Genghis Khan, su mecanismo administrativo se debía a Ye-liu Chu-tsai.

Después de alcanzar un triunfo decisivo en el este, Genghis Khan se volvió hacia el oeste. En esa época existía bajo el nombre de Khorezm un enorme reino musulmán que se componía del Turquestán, el Afganistán y Persia. Genghis Khan deseaba mantener con ese reino relaciones comerciales permanentes más bien que hacerle la guerra, pero los enviados y comerciantes mogoles fueron asesinados en 1218 en Otrar, una ciudad importante de Khorezm. Esto hizo inevitable la guerra. Antes de que ésta co-

menzara, en la primavera de 1219, Genghis Khan reunió a los *kurultai* para discutir los detalles del próximo conflicto e impartir órdenes a todos los jefes. En el otoño de 1219 tomó a Otrar y a comienzos de 1220 a Bokhara. El shah de Khorezm huyó a Mazenderan.

La fuerza enviada para capturar al shah fugitivo recibió la orden de explorar los países ya señalados para la conquista. Los mogoles a las órdenes de Djebe y Subutai pasaron del norte del Irán a la Transcaucasia. Los georgianos hicieron un esfuerzo para resistir, que tuvo como consecuencia la destrucción de los caballeros en la batalla. La fuerza mogol cruzó el Cáucaso y pasó a las estepas del Don y al país de los cumanos. Como ya hemos visto, los príncipes rusos acudieron en ayuda de los cumanos y se libró una batalla en el río Kalka, después de la cual regresaron los mogoles. La expedición había cumplido sus propósitos, pero, como se ha dicho, la aparición y la desaparición súbitas de los mogoles pareció completamente inexplicable a los rusos de la época. Es dudoso que éstos se preguntasen si la aparición de aquéllos en 1223 era accidental, qué fuerzas la habían provocado y si se repetiría. No se disponía de información alguna acerca de lo que sucedía en las profundidades de Eurasia. Nadie tomó en consideración los cálculos de los constructores de la política mogol.

Genghis Khan falleció en 1227 en medio de una campaña afortunada contra una tribu de tanguts, pero su muerte no significó el derrumbe de la organización militar de los mogoles. Su hijo Ugedey fué designado su sucesor. Ye-liu Chu-tsai se elevó entonces a una posición cuya importancia no tenía paralelo.

La primera etapa del plan de conquistas mogol fué completada en vida de Genghis Khan, en la década del 20 del siglo XIII. La preparación para la segunda etapa comenzó diez años después. Cuando estuvieron terminados todos los preparativos internos se decidió un nuevo avance en la asamblea de los *kurultai* reunida en Karakorum en 1235 y se acordó que los ejércitos mogoles marchasen en tres direcciones: las de China, Persia y Rusia. A la cabeza de la expedición contra Rusia fué puesto Batu, nieto de Genghis y sobrino de Ugedey. Acompañaban a Batu representantes de otros descendientes de Genghis Khan. La dirección militar se hallaba en manos del propio Subutai, uno de los caudillos más talentosos de Genghis Khan. Tenía a sus órdenes de 120.000 a 150.000 jinetes, y en 1236-37 terminó de concentrarlos en el Volga.

Batu se lanzó en primer término contra los búlgaros del Volga, que se negaban a reconocer el poder mogol. Después de vencerlos cruzó el Volga a fines de 1237 y se acercó a las fronteras del

principado de Riazan. Exigió la sumisión y un tributo en dinero. Riazan se negó y fué conquistado. Luego, después de subyugar al principado de Vladimir, los tártaros persiguieron a su príncipe, Jorge Vsevolodich, y derrotaron a su ejército. Jorge fué muerto en el campo de batalla. Los tártaros se dirigieron hacia el oeste, a través de Tver, en dirección a Novgorod. Llegaron a noventa kilómetros de esa ciudad y de pronto se volvieron hacia el sur, por temor a la nieve y a las inundaciones.

Después de la expedición al norte de Rusia, Batu fijó su residencia en el bajo Don y el Volga, es decir, en el mismo lugar que algunos siglos antes había sido centro del Imperio de los khazares. Más tarde se dirigió hacia el oeste y en 1240 los mogoles conquistaron a Kiev tras de una defensa desesperada. Muchas *bylina* de la época glorificaron la resistencia de los rusos en Kiev e invocaron la protección de Nuestra Señora para el pueblo ruso.

Después de la ocupación de Kiev los ejércitos mogoles se dividieron en dos. Un ejército avanzó contra Polonia, derrotó a los polacos y a los germanos que habían acudido en su ayuda y luego regresó al sur e invadió Hungría. El otro ejército, conducido por Batu y Subutai, atacó a los magiares de Hungría y los derrotó por completo. El rey húngaro huyó al Mar Adriático y Subutai envió en su persecución a un pequeño grupo de jinetes. Batu llegó a Viena y se hallaba en Klosterneuburg, cerca de aquella ciudad, cuando recibió la noticia de la muerte del Khan Ugedey. Esta noticia detuvo el avance de los mogoles. Batu dió la orden de retirada. La cuestión de la designación de un nuevo Khan exigía su presencia en Mogolia. Regresó al Mar Negro a través de Bulgaria, completando así un círculo.

•La gran campaña de Batu en 1237-41 terminó con su regreso a las estepas del Volga. Tuvo como resultado la conquista por los mogoles de un enorme territorio. Batu había puesto bajo su dominio no sólo a las estepas meridionales de Rusia y a los bosques septentrionales del país, sino también al bajo Danubio. Hungría fué provincia mogol sólo durante un año, pero Bulgaria y Moldavia formaron parte del Imperio mogol durante un siglo.

Aproximadamente al mismo tiempo, los ejércitos orientales de los mogoles terminaron la conquista de la China del norte y el ejército del sur conquistó la Transcaucasia. A mediados del siglo XIII el Imperio de los mogoles incluía una enorme región desde el Océano Pacífico hasta el mar Adriático.

3

El gran Imperio mogol comenzó a dividirse rápidamente en *ulus* o principados de los descendientes de la familia de Genghis Khan. Nominalmente se mantuvo cierta unidad hasta mediados del siglo XIV. El emperador mogol en China, Kubilai, quien reinó de 1257 a 1298, y sus descendientes, eran considerados como los principales gobernantes en el sistema de reinos mogoles. Sin embargo, esto no evitó la animosidad entre los diversos Estados mogoles. Rusia se convirtió en parte del *ulus* de Djuchi o la "Horda Dorada", cuyo centro era la ciudad de Sarai en el bajo Volga. Esta ciudad se hallaba situada en la unión de la estepa con las zonas desiertas. El Don y el Volga, que se aproximaban mucho en ese punto, constituían una posición ventajosa tanto con respecto a Rusia como al Mar Negro. No estaría de más explicar aquí que el reino de Batu era conocido como el *ulus* de Djuchi en memoria de su padre, Djuchi. Más tarde, cuando los descendientes de Djuchi llegaron a ser gobernantes independientes, su Estado recibió el nombre de "Horda Dorada", con referencia a su riqueza y su poder.

El primer siglo de existencia de la "Horda Dorada", hasta mediados del siglo XIV, fué la época de su mayor desarrollo con respecto a la política internacional como al orden interno. La "Horda Dorada" mantuvo estrechas relaciones diplomáticas con Egipto y Bizancio, en tanto que las colonias genovesas de Crimea actuaban como intermediarias en un comercio activo con Europa. Las ciudades de Solkhat en Crimea y Sarai atraían a los comerciantes de muchos países, inclusive de Rusia. La política interna de los Khanes de la "Horda Dorada" concernía principalmente a la protección de las rutas comerciales y la creación de un orden estricto en sus dominios con ese propósito.

En la política de los Khanes mogoles tuvo una importancia considerable su actitud con respecto a la religión, para la que mostraron una tolerancia completa. Hasta actuaron como protectores de todas las organizaciones religiosas sin preferencias. Los primeros Khanes mogoles eran samanistas. El hijo de Batu, que gobernó a la "Horda Dorada" durante breve tiempo, era cristiano. El hermano de Batu era musulmán. El siguiente Khan fué también samanista. Uzbek, quien gobernó de 1314 a 1341, era musulmán y sólo desde su época en adelante se convirtió el islamismo en la religión oficial de los Khanes de la "Horda Dorada". Pero aún entonces se mantuvo la política de tolerancia. La Iglesia rusa no sólo estaba libre de opresión bajo los gobernantes mogoles, sino que

era protegida especialmente por ellos. En la ciudad capital de Sarai se creó un obispado ruso, y el obispo fué autorizado a predicar y se le concedió el derecho de hacer prosélitos para su religión.

Una situación diferente prevalecía con respecto a las instituciones gubernamentales rusas. Los príncipes se vieron obligados a reconocer su completa sumisión al Khan. Tenían que acudir a la Horda para que les permitiese ser coronados. Al principio tenían que ir no sólo a Sarai, sino hasta la sede del gran Khan en Karakorum, Mogolia. Pero en esas condiciones conservaron su poder como agentes del Khan. Cuando comenzaban a disputar entre sí como en el pasado, el factor decisivo era el Khan. Los príncipes querellantes tenían que acudir con frecuencia a la Horda para ser juzgados, y cada uno de ellos acusaba al otro de insubordinación al Khan, quien juzgaba los casos y castigaba a los culpables, a veces con la muerte.

Además de los príncipes rusos, los mogoles designaban a sus representantes en las principales ciudades rusas durante los primeros años de su gobierno. Esos representantes recaudaban las rentas públicas y reclutaban soldados. Parte de los reclutas ingresaban en el ejército de la "Horda Dorada" y parte eran enviados al Gran Khan en China. Los soldados rusos intervinieron en la conquista de la China meridional durante el reinado del Khan Kubilai. A veces la Horda designaba representantes con plenos poderes para que realizaran misiones especiales en Rusia, tales como el castigo de un príncipe o una ciudad por haberse insubordinado contra la Horda. Estos representantes iban a veces acompañados por una fuerza militar.

Entre los príncipes rusos prevalecían dos ideas generales con respecto al poder mogol. Algunos defendían la política de sumisión leal al gobierno del Khan. Esto les permitía defender las tierras rusas de los ataques occidentales y fortalecer su propia autoridad. Ejemplos de esta política fueron los príncipes del noroeste de Rusia. Moscú, por ejemplo, mencionado por primera vez en las crónicas del siglo XII, comenzó a adquirir una gran importancia en el siglo XIV. Un ejemplo destacado de un príncipe que siguió esta política fué Alejandro Nevsky, quien falleció en 1263 y luego fué canonizado por la Iglesia rusa. Consiguió detener el avance de los suecos, germanos y lituanos por los territorios del noroeste de Rusia.

La política de los otros países rusos consistía en tratar de liberarse del yugo mogol con ayuda del occidente. Esta actitud era particularmente característica de príncipes rusos occidentales como Daniel de Galitzia. Éste se declaró dispuesto a reconocer la autoridad del Papa y recibió en cambio una corona en 1255. Pero una

corona no era por sí sola bastante, y como no recibió ayuda militar, Daniel se vió obligado finalmente a someterse a los tártaros. El poder mogol abarcó así, hasta el siglo XIV, tanto la Rusia oriental como la occidental.

4

A mediados de siglo XIV comenzó a decaer el poder de los Khanes de la "Horda Dorada". Una continua lucha interna agitó el centro de autoridad. Un pretendiente se alzaba contra otro. La decadencia de la "Horda Dorada" se explica en parte por la indecisión de los Khanes en su política cultural. Los otros reinos que formaban el Imperio mogol se fueron transformando poco a poco bajo la influencia cultural del país que ocupaban. El Khan de China se convirtió al budismo y los chinos absorbieron rápidamente a los invasores mogoles. El Khan de Persia adoptó el islamismo y el reino mogol se convirtió en el Imperio persa. Si los Khanes mogoles de Rusia se hubieran convertido a la religión ortodoxa habrían transformado probablemente su reino en un Estado mogol-ruso. Esto no sucedió, sin embargo. A pesar de proteger a la Iglesia Ortodoxa, los Khanes de la "Horda Dorada" terminaron por convertirse no a la religión ortodoxa, sino al islamismo. Esta circunstancia impidió la creación de un Estado ruso con su centro en Sarai y condujo al largo proceso histórico de desarrollo del Estado ruso que tenía su centro en Moscú y que iba a incluir en su población a una parte de los turco-mogoles.

Moscú adquirió rápidamente fuerza bajo el poder de la "Horda Dorada" y a fines del siglo XIV ocupaba una posición preeminente entre los principados rusos orientales y occidentales. Pero, simultáneamente con la creación de este centro interno ruso en Moscú, surgió un centro externo en el oeste, en la forma del Estado lituano. Las tribus lituanas comenzaron a unirse en la segunda mitad del siglo XIII. La concentración del poder en la persona del Gran Duque tuvo su origen a comienzos del siglo XIV. Los príncipes lituanos, aprovechándose de la decadencia del poder de la "Horda Dorada", consiguieron ocupar a mediados del siglo XIV una parte considerable de la Rusia occidental. Los príncipes y las ciudades de Rusia se sometían con frecuencia a los lituanos sin hacer resistencia, con objeto de liberarse del yugo tártaro. En la sexta década del siglo XIII, el Gran Duque de Lituania, Olgerd, no sólo ocupó todos los principados rusos al oeste del Dniéper, sino que además extendió su poder hasta el Mar Negro.

La influencia rusa era muy fuerte en el Estado lituano. La

cultura ortodoxa de los rusos se hallaba a un nivel de desarrollo más elevado que la cultura pagana lituana. Los rusos servían en el ejército y en el palacio del Gran Duque de Lituania. Pero el principado no se convirtió a la religión ortodoxa debido a que a fines del siglo XIV cayó bajo la influencia polaca cuando le fué ofrecido el trono polaco al Gran Duque Yagailo. Él aceptó el ofrecimiento y en 1386 se convirtió al catolicismo romano. Al principio la unión de Polonia y Lituania fué sólo personal, y cada Estado vivía una vida política independiente. Pero la unión tuvo grandes consecuencias. La nobleza pagana de Lituania se convirtió rápidamente al catolicismo y adquirió características polacas. Una parte de la nobleza rusa siguió el mismo curso. Una consecuencia importante de esto fué que no hubiera lazos culturales y religiosos entre la nobleza lituana y la mayor parte de la población del principado.

La unificación de Polonia y Lituania tuvo una gran importancia para la defensa de ambos Estados contra los Caballeros Teutones de Alemania. En 1410, las fuerzas unidas de los polacos, lituanos y rusos derrotaron a los Caballeros germanos en una batalla decisiva que tuvo lugar en Tannenberg, en el mismo lugar en que el ejército ruso del general Samsonov fué derrotado por los alemanes en 1914.

5

A mediados del siglo XIV comenzaron a disgregar la Horda las disensiones internas. Aparecieron varios pretendientes al trono del Khan y por fin uno de ellos, Mamáy, consiguió apoderarse del poder supremo. Durante el debilitamiento de la Horda fué creciendo la fuerza de Moscú, que por fin se rebeló. En 1380 Dimitri, Gran Duque de Moscú, venció a Mamáy en una sangrienta batalla que tuvo lugar en la pradera de Kulikovo, junto a las aguas superiores del río Don. Como consecuencia, Dimitri recibió el sobrenombre de Donskoi (del Don).

La victoria tuvo una inmensa importancia psicológica, pero al mismo tiempo no fué decisiva. Las pérdidas rusas en la batalla fueron muy grandes, así como el costo de la lucha. Entre tanto, había la perspectiva de un largo conflicto con los tártaros.

Poco tiempo después de la batalla de Kulikovo se produjo una revuelta en la Horda y Mamáy fué destronado por un nuevo pretendiente, Tokhtamysh. El nuevo Khan era vasallo del conquistador turco-mogol Timur, quien, como Genghis Khan, era un general y un organizador militar muy notable. Fortaleció mucho a

Tokhtamysh la protección de Timur y poco después de su triunfo en la Horda emprendió una campaña contra Moscú. En esta ocasión no se atrevió Dimitri Donskoi a luchar con los tártaros y se retiró al norte de Rusia. Moscú fué tomada y saqueada por los tártaros en 1382. Dimitri se vió obligado a someterse otra vez a la Horda.

La autoridad de la Horda sobre Moscú subsistió desde esa época hasta algunas veintenas de años después; pero la sumisión protegió al Gran Ducado de la conquista lituana, pues la Horda emprendió la lucha contra el ejército lituano-ruso. Una terrible derrota en 1399 junto al río Vorskla puso fin a la invasión lituana cerca del lugar en que Pedro el Grande derrotó en 1709 a los suecos.

Pero el apoyo de Timur no fortaleció durante mucho tiempo a la "Horda Dorada". Falleció en 1405 y poco tiempo después, a comienzos del siglo XV, volvieron a disgregar a la Horda disensiones internas. Varios príncipes tártaros transfirieron su fidelidad a Moscú y Lituania, llevándose consigo sus ejércitos; otros siguieron una política indecisa entre la Horda y Moscú, luchando a veces contra la primera y a veces contra el segundo. En 1445 fué capturado por Ulu-Makhmet, Khan de un grupo tártaro independiente, el Gran Duque Basil de Moscú. Este acontecimiento era completamente inesperado hasta para los propios tártaros y, según parece, no sabían qué hacer con Basil. Por fin lo dejaron en libertad a condición de que entregase un gran rescate. Con objeto de recaudar ese rescate acompañaron al duque hasta Rusia muchos príncipes tártaros con sus partidarios. Parece que algunos de ellos entraron a su servicio en esa época. El Gran Duque Basil fué acusado en Moscú de haber llevado a los tártaros al país ruso, de darles ciudades y condados para que los explotasen, de sentir simpatía por los tártaros y de oprimir a los rusos y quitarles el oro y la plata para dárselos a aquéllos.

Los tártaros que habían ido al principio a Rusia como agentes de una Potencia lejana aparecieron ahora como servidores del gobierno ruso del principado de Moscú. El Gran Duque Basil tenía que entregar a los príncipes tártaros ciudades y condados rusos a cambio de su ayuda. Los estadistas rusos más previsores comprendieron que esta admisión general de los tártaros al servicio del gobierno de Moscú señalaba el final de la Horda. Hacia el año 1452 concedió Basil a uno de sus fieles auxiliares tártaros, Kasim, la posesión vitalicia de una ciudad situada junto al Oka. La creación de un Estado tártaro vasallo en la frontera sudoccidental del Gran Ducado de Moscú constituía una amenaza para el reino tártaro de Kazán, recientemente creado. El gobernante de Kazán, Makhmutek, y el príncipe Kasim eran hermanos, pero su

íntimo parentesco no hacía, al parecer, más que estimular su enemistad, pues Kasim estaba dispuesto a vengar el asesinato de su padre. El reino de Kazán quedó debilitado así en el mismo comienzo de su existencia. La Horda se desmoronaba. Además de Kazán, surgió en Crimea otro reino tártaro. La "Horda Dorada" siguió ocupando Sarai durante varias décadas, pero era ya muy débil. El Gran Duque de Moscú, Basil, dejó de ser su vasallo.

6

Como hemos visto, el yugo mogol pesó en la mitad nordeste de Rusia durante más tiempo que en la mitad del sudoeste. Por este motivo la influencia mogol fué más fuerte en Moscú que en Lituania. Encontró expresión en muchos aspectos de la estructura gubernamental y social de Rusia. El efecto más importante lo produjo en el pensamiento político del pueblo ruso. El Estado mogol se basaba en el principio de la sumisión indiscutible del individuo al grupo, primero al clan y por medio de éste a todo el Estado. Este principio quedó impreso a fondo en el pueblo ruso con el transcurso del tiempo. Llevó al sistema de servicio general al Estado, que tenían que prestar todos sin diferenciación. Bajo la influencia de las ideas mogólicas, el Estado ruso se desarrolló a base del servicio universal. Todas las clases de la sociedad se convirtieron en una parte precisa de la organización del Estado. Tomadas en conjunto, estas ideas involucran un sistema peculiar de socialismo de Estado. La teoría política se convirtió más tarde en un plan completo, en el reino de Moscú y en el Imperio ruso; pero la base de la idea del servicio al Estado fué colocada en el período de la dominación tártara.

Los mogoles aportaron también un nuevo punto de vista con respecto al poder del príncipe. El del Khan consistía en el ejercicio despiadado de la fuerza. Era autocrático; la sumisión a él era absoluta. Esta concepción de la autoridad del príncipe fué transferida al Gran Duque de Moscú cuando se debilitó el gobierno de los Khanes. Una vez rotos los últimos hilos del dominio tártaro, los Duques de Moscú se consideraron abiertamente a sí mismos como monarcas absolutos y a su pueblo completamente sometido a su voluntad. El duque reclamó todas las tierras situadas dentro de los límites de su Estado para dedicarlas a los intereses de éste. La teoría corriente consistía en que el príncipe era el único propietario de la tierra y que todas las demás personas sólo la poseían y utilizaban temporariamente.

Además de la influencia general en las ideas de soberanía, la

dominación mogol trajo consigo cierto número de cambios administrativos. En Moscú se desarrolló un nuevo sistema de impuestos bajo la influencia mogol. Muchos términos financieros y administrativos rusos fueron tomados de los tártaros. El censo de la población hecho por los mogoles sirvió de base para el censo posterior del Estado moscovita. Aquéllos introdujeron también un sistema postal. Finalmente, Moscú tomó de los mogoles su organización militar. La caballería era la fuerza militar fundamental. La división del ejército de caballería en cinco cuerpos, así como las armas empleadas, fueron copiadas de los tártaros.

7

La influencia mogol, tanto psicológica como administrativa, se sintió principalmente en Moscú. Con la expansión gradual de ese principado comenzaron a extenderse por todo el nordeste de Rusia las prácticas mogoles en la organización política. En el propio Moscú sólo fueron aceptadas las ideas mogólicas tras de una lucha con las antiguas ideas rusas. Así, por ejemplo, la nueva teoría del Estado fué evolucionando durante dos siglos, a partir de la primera invasión mogol. Durante ese tiempo fué creciendo la autoridad del Gran Duque de Moscú sobre los territorios orientales de Rusia. En el siglo XIV y en la primera mitad del XV, no era más que uno de los príncipes orientales. Su poder, no obstante, iba creciendo en cada década. La autoridad política en los territorios rusos se dividía entre gran número de príncipes, y en cada principado ejercía el príncipe una autoridad directa sólo sobre parte de sus territorios, pues el resto era gobernado por nobles o monasterios. Los nobles o *boyardos* servían al príncipe, pero a su vez eran servidos por otros. De ello resultaba un sistema complejo semejante a la organización feudal de la Europa occidental; pero el feudalismo de Moscú involucraba una división menor del poder. Las fuerzas unificadoras eran más fuertes que las fuerzas divisorias. Cada década crecía el ascendiente del príncipe, lo que llevó a la creación de la monarquía moscovita.

La lenta asimilación de las ideas mogólicas fué particularmente visible en el desarrollo del derecho civil. En los siglos XIV y XV, inclusive en el propio Moscú, se hallaban en pleno vigor los antiguos principios del derecho civil, y durante este período no fueron perseguidas las viejas ideas en el nordeste de Rusia, en las ciudades de Novgorod y Pskov. Estas ideas estaban claramente expresadas en las *Leyes de los tribunales* sancionadas por la *Vieche* de Pskov en 1467. Este interesante monumento de jurisprudencia

era una continuación directa del antiguo "Derecho ruso". En el noroeste predominaba el sistema de propiedad privada de la tierra en una época tan posterior como el siglo XV. Las antiguas tradiciones del derecho ruso anterior a los mogoles subsistían en el sudoeste del país. Las antiguas costumbres se mantenían gracias a la influencia del derecho romano y bizantino que penetró en la Rusia occidental a través de Polonia y Moldavia.

8

El período mogol tiene una gran importancia en la historia de la Iglesia rusa. Como hemos observado anteriormente, los Khanes mogoles actuaban como protectores de la Iglesia Ortodoxa. Los metropolitanos rusos recibían de los Khanes sus licencias (*yarlyki*) con las que se garantizaban los derechos de la Iglesia y la integridad de los bienes eclesiásticos. La organización de la Iglesia rusa en el período mogol no sufrió cambios en su mayor parte. Siguió formando un distrito metropolitano, pero el metropolitano cambiaba su residencia del sudoeste al nordeste. Cirilo III, quien falleció en 1280, vivió en Vladimir durante la mayor parte del tiempo en que ejerció sus funciones. El metropolitano Máximo, quien desempeñó el cargo de 1283 a 1305, trasladó definitivamente la sede del metropolitanado de Kiev al nordeste de Rusia. Durante la actuación del metropolitano Pedro llegó a ser Moscú la sede permanente del jefe de la Iglesia, y fué declarada así oficialmente durante la actuación del metropolitano Alexis. Pero el metropolitanado siguió llevando durante mucho tiempo el nombre de "Kiev y Toda Rusia". Como consecuencia de la transferencia de la sede metropolitana a Moscú y la formación de un organismo político separado, bajo el gobierno del Gran Duque de Lituania, en el sudoeste, se realizaron esfuerzos para organizar un distrito metropolitano separado en la Rusia occidental. Al mismo tiempo, la fundación de un obispado en Sarai, la capital de la "Horda Dorada", tuvo una gran importancia. El obispo de Sarai desempeñó un papel importante en la Iglesia rusa, especialmente en la segunda mitad del siglo XIII y la primera mitad del XIV.

Los siglos XIV y XV se caracterizaron por la multiplicación de los monasterios en el noroeste de Rusia. La severidad del gobierno mogol hizo que se difundiese entre muchos hombres el deseo de abandonar el mundo y consagrarse a una vida espiritual y ascética. El monje se dirigía a los bosques y se construía una celda; allí él, y a veces dos o tres discípulos, pasaban su tiempo haciendo ejercicios religiosos y orando. Si el monje era un hombre

de gran ascendiente moral y de una gran pureza espiritual, capaz de ejercer una influencia en otras personas, la noticia de su vida elevada se difundía por las aldeas vecinas y se le unían otros monjes para ayudarlo en sus ejercicios espirituales. Seguían también a los monjes seglares que buscaban consuelo y consejo. Esto tuvo por consecuencia la creación de aldeas alrededor de los monasterios. Se entregaba dinero y tierras a éstos para que los monjes orasen por las almas de los donantes. Los monasterios siguieron creciendo y prosperando aún después de la muerte de sus fundadores. Se construyeron templos y paredes de piedra para proteger a los monjes contra los ladrones. Tal fué el desarrollo habitual de muchos monasterios del norte de Rusia, el más importante de los cuales era el de San Sergio a sesenta kilómetros de Moscú.

Los monjes fueron los "pioneers" de la colonización en el nordeste de Rusia y su influencia tuvo gran importancia cultural. El antiguo monasterio ruso era también una hostería junto al camino, una escuela y un hospital. Si era rico se convertía asimismo en un banco. Los monasterios contaban con bibliotecas, por lo que servían con frecuencia como centros de estudio a los que acudían los príncipes y los estadistas en busca de información religiosa, histórica y legal. Su papel cultural subsistió durante los siglos XVI y XVII. En el siglo XVIII, a medida que variaban las demandas espirituales del pueblo ruso y eran menos buscados los conocimientos que contenían los monasterios, fué disminuyendo su importancia. A mediados del siglo XVIII el gobierno imperial cerró gran número de ellos y en 1918 clausuró los restantes el Gobierno Soviético.

En un grado más alto que antes de la invasión mogol, la Iglesia y los monasterios dirigieron la vida intelectual de Rusia, influyendo en la literatura y en el arte. Durante el período mogol alcanzó la pintura un alto grado de desarrollo; es decir, la pintura de iconos religiosos. Especialmente populares eran los de Novgorod. El más famoso de los pintores de iconos rusos de la época, Andrés Rublev, quien falleció hacia 1427, era un monje del Monasterio de la Trinidad. Su arte tenía algunas características comunes con el del italiano Fra Angelico, contemporáneo suyo. La pintura de iconos rusa de los siglos XIV al XVI puede ser considerada como una de las expresiones artísticas más elevadas de la humanidad.

CAPÍTULO IV

RUSIA DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XV HASTA FINES DEL XVI

(1452 - 1598)

1

A mediados del siglo XVI inició el pueblo ruso un avance hacia el sur y el Oriente. Este movimiento colonizador se relaciona con la expansión de los Estados polaco, lituano y moscovita, pero se realizó también con independencia de ellos. En la frontera extrema del sudoeste el pueblo ruso, como se ha advertido, llegaba al Mar Negro a fines del siglo XIV, pero los tártaros de Crimea le hicieron retroceder desde allí a fines del siglo XV. Los rusos, no obstante, siguieron reteniendo firmemente el río Dniéper hasta las cataratas. Durante el siglo XVI avanzaron rápidamente a lo largo del Don y el Volga y sus ejércitos conquistaron el medio y bajo Volga.

Una línea de ciudades conectada por fortificaciones defendía la actividad colonizadora del Estado de Moscú. La expansión continuó especialmente en la región de Ucrania después de la absorción de la Pequeña Rusia por aquel Estado en el siglo XVII. Entre tanto, los cosacos avanzaron hasta el este del Volga. Las fronteras del sudeste de Rusia fueron pobladas tanto en virtud de los esfuerzos del Estado como del proceso natural de migración. La gente huía de los impuestos y de los servicios al gobierno. En la segunda mitad del siglo XVII aumentó todavía más la migración, gracias a la persecución de los disidentes religiosos.

En la frontera del nordeste, en el curso de menos de un siglo, desde mediados del XVI hasta mediados del XVII, los colonos rusos ocuparon la enorme extensión de Siberia hasta Kamchatka.

2

En la segunda mitad del siglo XV el Gran Duque de Mosc Iván III, consiguió anexar casi todos los principados y ciudade del norte de Rusia hasta entonces independientes: Novgorod, Tve y los pequeños principados del alto Oka. El Ducado de Mosc llegó a ser un Estado militar poderoso y bajo la hábil direcció de Iván III extendió su influencia hasta muy adentro del mund islámico. Sus emisarios llegaban a Herat.

En el siglo XV, como hemos visto, los reinos tártaros de Kazá y Crimea se separaron de la "Horda Dorada", mientras se fundab en Kasimov otro reino tártaro bajo la soberanía de Moscú. Iván II consiguió enemistar entre sí a los reinos tártaros y se aprovech de la lucha entre Kasimov y Kazán, así como de la de Crime contra la "Horda Dorada". En el año 1480 se liberó Iván de lo últimos vestigios de su sometimiento a ella.

En el siglo XVI cambió la situación. Moscú no mantuvo s alianza con el reino de Crimea y se vió enfrentado con una alian entre ese reino y Kazán, dirigida contra él. Pero los tártaros d Kasimov permanecieron fieles y con su ayuda Iván el Terribl nieto de Iván III, aniquiló el reino de Kazán y anexó todo s territorio a Moscú en 1552. Después de esta conquista fué some tido Astrakán en 1556. Siberia se sometió a Moscú en 1555. Si embargo, la verdadera anexión de Siberia tuvo lugar posterio mente, como consecuencia de la campaña expedicionaria de u fuerza de cosacos, a las órdenes de Yermak, en 1584.

Mientras se extendía rápidamente en el este, Moscú luch también con encarnizamiento por la restitución de los territori rusos que se hallaban bajo el dominio de Lituania. Los goberna tes moscovitas eran descendientes de Vladimiro el Santo y rec maban los territorios occidentales que habían heredados de él. L lucha de Moscú con Lituania fué larga y tenaz. Los años de p sólo servían para preparar nuevas guerras. Al principio triun Moscú y a comienzos del siglo XVI su ejército ocupó Smolensk Pskov y Riazan fueron anexadas también en esa época.

El peligro de ser conquistada por Moscú hizo que Lituan estrechase su alianza con Polonia. Durante el siglo XV y la pr mera mitad del XVI, ambas naciones estuvieron ligadas sólo p los lazos de una unión dinástica en la persona de un rey comú Hasta este lazo quedó roto temporariamente cuando se interrump la unidad de gobierno. Las actividades conjuntas de Polonia Lituania durante ese período fueron las de dos países aliados, m bien que de una Potencia única. A mediados del siglo XVI camb

la situación. Polonia, aprovechándose de las dificultades de Lituania con Moscú, pidió la completa unificación de ambos Estados. La unión se realizó en 1569 en condiciones desventajosas para Lituania. Con anterioridad al acuerdo de unión final, los territorios ucranios fueron transferidos de Lituania a Polonia. En virtud del tratado de unión, los dos países debían tener un solo rey que sería elegido por la asamblea conjunta de los cuerpos representativos (llamados los *Seim)* de ambos Estados. Cada uno conservaba su ejército, sus impuestos y sus leyes propios.

Como consecuencia de la unión de Polonia y Lituania desapareció la última como una fuerza política independiente. En 1791 destruyó Polonia los últimos vestigios de la independencia lituana. Rusia anexó más tarde a Lituania en el tercer reparto de Polonia. En 1918 volvió Lituania a ser independiente, pero en 1920 sitiaron las fuerzas polacas la ciudad de Vilna y el territorio circundante, que la Sociedad de Naciones concedió posteriormente a Polonia. El Estado polaco-lituano, bajo la dirección de Polonia, se convirtió en el enemigo principal de Moscú en el oeste. Entre tanto, Iván el Terrible libraba la guerra no sólo con Lituania, sino también con los Estados bálticos que se interponían en las comunicaciones de Rusia con Europa a través del Mar Báltico. Esto llevó a Rusia a la guerra con Suecia. La situación se hizo aguda para Moscú cuando Esteban Batory, uno de los jefes militares más grandes de su época, ocupó el trono de Polonia en 1576. En los años posteriores los rusos fueron derrotados por los polacos y se vieron obligados a retirarse. Moscú se salvó únicamente gracias a la heroica defensa de Pskov, que rechazó el feroz ataque de Batory. Iván el Terrible se vió obligado en 1583 a hacer una paz desventajosa con Polonia y Suecia. Moscú perdió todos los territorios conquistados a Lituania, con excepción de Smolensko, así como los que había ganado en la zona del Báltico. Suecia recibió además una parte de la costa del Báltico que durante mucho tiempo había pertenecido a Rusia. Esta parte fué devuelta a Moscú algunos años después, pero la volvió a perder durante la "Época de disturbios".

3

En el período pre-mogol de la historia rusa, como hemos visto, la organización de la autoridad política se basaba en tres principios: el monárquico, el aristocrático y el democrático. Estos tres principios se identificaron con tres regiones de Rusia. El monárquico triunfó en Moscú, el aristocrático en Lituania y el demo-

crático en el noroeste del país: Novgorod y Pskov, desde el siglo XII hasta el XV. Pero a fines del siglo XV Moscú anexó a Novgorod y fué destruído el poder de la *vieche*. En el siglo XVI sufrió Pskov la misma suerte y los últimos restos de la independencia de Novgorod fueron destruídos por Iván el Terrible.

El principio democrático no desapareció, empero, con la anexión de los dominios nórdicos por Moscú. Reapareció en el sur de Rusia. Las comunidades cosacas eran gobernadas de acuerdo con una base democrática. Tuvieron su origen en el sur de Rusia a mediados del siglo XV. Durante la decadencia del Estado turco-mogol, la región situada entre la "Horda Dorada" y Rusia fué ocupada por rusos y tártaros que deseaban liberarse de las restricciones que ambos Estados imponían a los individuos. Estos colonos no sólo se dedicaban a labores pacíficas, sino que además se veían obligados a prepararse para defender sus hogares con las armas. También aprovechaban la ventaja de ocupar las regiones fronterizas para robar a las caravanas comerciales que relacionaban a Rusia con la "Horda Dorada". Los tártaros llamaban cosacos a esos colonizadores independientes. Los cosacos fueron formando poco a poco grupos para aumentar su fuerza militar. A mediados del siglo XVI surgieron dos Estados cosacos, formados por la unión de diversos grupos y comunas: la Hueste del Don, en el sudeste de Rusia, y la Hueste de Zaporog, en el sudoeste. *Zaporog* significa literalmente "más allá de las cataratas", es decir, las del río Dniéper. Estos Estados cosacos eran repúblicas. En cada uno de ellos se concedía la autoridad a un jefe elegido por toda la Hueste. Los cosacos del Don lo llamaban atamán y los cosacos de Zaporog le daban el nombre de hetman. No poseía un poder independiente, sino que era simplemente el ejecutivo del consejo popular cosaco, llamado el Círculo o *Rada*. Sólo durante las campañas adquiría el atamán un poder dictatorial sobre toda la Hueste, pero cuando terminaba la campaña tenía que dar al Círculo plena cuenta de su administración. El Círculo elegía también un ayudante del atamán y al canciller de la Hueste. El Círculo era la autoridad judicial suprema y ejercía un poder ilimitado sobre la vida y la muerte de toda la población del Estado. El castigo habitual de las ofensas graves consistía en morir ahogado en un río. En las repúblicas cosacas no había diferencias de clase; todos eran considerados iguales. No existía la propiedad privada de la tierra; toda ella pertenecía al Estado y los cosacos como individuos sólo tenían derecho al uso temporario de la tierra que ocupaban.

El hecho de que no hubiera diferencias de clase atraía a una corriente constante de personas de las clases inferiores de Polonia y Rusia a los territorios cosacos. El número de pobladores pro-

cedentes de Moscú aumentó especialmente durante la segunda mitad del siglo XVI, cuando apareció la institución de la servidumbre. La agricultura desempeñó en un principio un papel secundario en la vida de los cosacos. Su ocupación habitual en tiempos de paz era la caza y la pesca. Compraban cereales en Moscú y en tiempos posteriores recibían grano como subsidio. En el siglo XVII comenzaron a formarse clases en el Estado polaco. Los antiguos colonizadores del Don que tenían hogares permanentes fueron llamados cosacos "propietarios de casas", en tanto que los recién llegados que no poseían propiedad alguna recibieron el nombre de *golytba* o sin asilo (literalmente "desnudos") y constituyeron el elemento inestable. Los *golytba* intervinieron con frecuencia activamente en las dificultades políticas de Moscú, como durante la "Época de Disturbios" de 1605 a 1613 y durante la revuelta de Stenka Razin en 1671. En el siglo XVII el Estado cosaco fué perdiendo poco a poco su independencia. La Hueste del Don se convirtió en 1614 en vasalla de Moscú; a cambio de ello, el gobierno moscovita proporcionó a los cosacos armas de fuego y abastecimientos para la lucha contra los turcos. Pero durante todo el siglo XVII retuvo la Hueste del Don la administración completa de sus asuntos internos.

4

En los territorios rusos que formaban parte del Gran Ducado de Lituania y del reino de Polonia se desarrolló una sociedad aristocrática. Desde fines del siglo XV el poder del Gran Duque lituano fué limitado por un consejo aristocrático de *boyardos* llamado la *Rada*. El consejo comprendía a los nobles *(Pany)* que eran los gobernantes hereditarios de grandes propiedades feudales. Los nobles desempeñaban todos los puestos importantes del gobierno: el de hetman o comandante de las tropas, el de canciller o guardasellos del rey, y el de director de finanzas. Además de la *Rada* había una asamblea llamada *Seim*, compuesta por todos los terratenientes grandes y pequeños, así como por un pequeño número de representantes de las ciudades. Pero en la realidad los nobles ejercían una influencia preponderante en el *Seim*. Sólo los terratenientes y una parte de los habitantes de las ciudades tenían representación política en Lituania. Los agricultores se hallaban sometidos a limitaciones en sus derechos, que fueron restringiendo poco a poco su libertad, particularmente en lo referente a las propiedades privadas. Desde mediados del siglo XV se les prohibió trasladarse de las tierras de propiedad pri-

vada a las pertenecientes al Estado. Su situación se acercó rá damente a la de los esclavos.

La estructura social del Estado ruso-lituano quedó defini en el código conocido con el nombre de Estatutos Lituanos. Fu redactado en la primera mitad del siglo XVI, pero sufrió do revisiones. En 1588 fueron publicados en ruso los estatutos. Cons tituyen un código plenamente desarrollado y sistemáticament escrito, que tiene una gran importancia jurídica. Se refieren prin cipalmente a los derechos civiles y a las propiedades e indican un alto grado de conocimientos jurídicos y un desarrollo consi derable de los principios de los derechos civiles en el Estado ruso lituano. Pero como la misma estructura política, los principios legales favorecían principalmente a las clases superiores de los terratenientes y habitantes de las ciudades.

5

En Moscú se desarrolló el tercer tipo de organización política rusa de los siglos XVI y XVII, el tipo destinado a convertirse en la base de la evolución política del país en los siglos XVIII y XIX. Como hemos visto, el concepto del poder absoluto del gobernante de Moscú fué tomado de los mogoles. Pero además de esto podía observarse también la influencia de las ideas bizantinas, tales como la santificación del Estado por la Iglesia y la estrecha unión de ambos. La coronación de Iván IV en 1547 reflejó esas ideas. La promoción del arzobispo metropolitano de Moscú al rango de patriarca a fines del siglo XVI fué el siguiente paso que se dió hacia la bizantinización. La creación de este dualismo de zar y patriarca significaba una limitación de la independencia de los gobernantes moscovitas, que llevó en el siglo XVII a un conflicto entre la Iglesia y el Estado.

En el siglo XVI emprendieron los gobernantes de Moscú una lucha tenaz contra la clase superior de la sociedad. Los *boyardos* del Gran Ducado pertenecían a distintos grupos. En primer lugar estaban las viejas familias *boyardas,* algunas de ellas estrecha mente emparentadas con los príncipes de Moscú y que vivían ya en esa ciudad antes de que llegase a ser el centro de los terri torios rusos. En segundo lugar se hallaban los descendientes de otros príncipes rusos que no pertenecían a la dinastía moscovita. Finalmente, estaban los *boyardos* de los principados anexados. Los príncipes antaño independientes, llevados entonces a Moscú como *boyardos* del zar, no podían resignarse a la pérdida de su poder político y estaban siempre dispuestos a intervenir en los

movimientos contra aquél. Puesto que muchos de esos príncipes y *boyardos* eran grandes terratenientes y contaban con numerosos partidarios armados, su oposición podía llevar fácilmente a un conflicto armado. No obstante, Iván inició la ofensiva. Organizó la *Oprichnina,* una banda de servidores fieles, y aplastó a los *boyardos* y los príncipes antes de que se rebelasen contra él. Sólo después de la derrota de los *boyardos* pudo considerarse como un autócrata.

La autocracia de los zares de Moscú tenía un carácter peculiar. La estructura política de su reino no era idéntica a la de Bizancio ni a la forma de absolutismo que se desarrolló posteriormente en San Petersburgo siguiendo los modelos occidentales. La peculiaridad consistía en el estrecho contacto entre los gobernantes y el pueblo. El Estado combinaba un fuerte poder central con la independencia de las *mir* o comunas locales. Esta forma de gobierno propio era menos un privilegio de los habitantes que un deber suyo para con el Estado, lo que explica que los electores fuesen responsables por los electos ante el gobierno central.

La autonomía local de Moscú tenía dos funciones principales: la judicial y la económica. En cada departamento del Estado moscovita se realizaba un congreso anual de todos los representantes de sus habitantes. En esos congresos se designaba una comisión judicial, por el término de un año, para reprimir los crímenes. El presidente de esta comisión era un anciano elegido entre los terratenientes. En el siglo XVI funcionaba también una comisión económica que tenía poderes sobre los habitantes de las ciudades y los campesinos, pero no sobre las clases hacendadas. Las comisiones económicas eran elegidas localmente y las clases hacendadas, sobre las que no ejercían autoridad, no intervenían en las elecciones. Así, la autonomía tenía un carácter más limitado en la esfera económica que en la judicial.

El principio de autonomía era aplicado por el Estado de Moscú no sólo con respecto a los asuntos locales, sino también con respecto a los intereses generales del Estado. En la segunda mitad del siglo XVI convocaba el zar de vez en cuando en Moscú un congreso popular o *Zemsky Sobor.* Estos congresos, empero, sólo alcanzaron su pleno desarrollo en el siglo XVII.

6

El siglo XVI fué un período de grandes cambios sociales en el Estado de Moscú. Pueden advertirse tres tendencias importantes en desarrollo: la decadencia de la antigua aristocracia terrateniente de los *boyardos;* la aparición de una nueva clase de terratenientes, o *pomiestchiks;* y la restricción de la libertad de los campesinos para abandonar la tierra que ocupaban. Estas tendencias se hallaban estrechamente relacionadas. La *Oprichnina* organizada por Iván era el eslabón que unía a todo el sistema. Su formación constituyó uno de los episodios más dramáticos de la lucha del zar contra los *boyardos.*

Más tarde, en 1564, salió Iván de Moscú inesperadamente y en secreto, se trasladó a una aldea llamada Alexandrovskaia Sloboda, cerca del monasterio de la Trinidad, y desde allí anunció a la capital que había renunciado al cargo de zar a causa de la traición de los *boyardos.* Como respuesta se presentó ante él una delegación de los aterrados ciudadanos de Moscú que le pidieron que siguiese siendo su zar. Iván accedió con la condición de que le otorgasen un poder y una autoridad absolutos para perseguir a los "traidores". Exigió que se ampliase la autoridad acostumbrada con la creación de una casa privada y una guardia doméstica separada para él. La palabra *Oprichnina* significa exactamente casa o Corte "separada" o "privada". Los nuevos cortesanos, llamados *oprichniks,* se convirtieron en las armas principales de Iván el Terrible en su lucha con los *boyardos.* La importancia de la *Oprichnina* consistía en que permitía al zar vivir una vida enteramente nueva. Los *boyardos* "traidores" no fueron admitidos en la nueva Corte. Iván eligió a sus cortesanos entre la generación más joven, sin tener en cuenta la antigüedad o la nobleza. Habiendo modificado así el carácter del Estado, podía habérselas libremente con cualquiera a quien consideraba sospechoso de traición, y particularmente con los *boyardos* y personajes principescos. Hubo ejecuciones al por mayor. La ciudad de Novgorod fué objeto de una incursión en 1570. En tanto que las ejecuciones eliminaban a las personas, las reformas económicas de Iván arruinaban a familias enteras de *boyardos.* Poco a poco se fué apropiando de todas las ciudades y todos los condados en los que los *boyardos* y los príncipes poseían propiedades ancestrales. Deportó a los anteriores propietarios a zonas fronterizas donde eran desconocidos. Sus tierras fueron distribuídas entre los *oprichniks* del zar. Iván el Terrible destruyó así la anterior organización social y gubernativa de Rusia, el sistema patrimonial *boyardo,* y

creó el nuevo orden de los *dvorians* o cortesanos. La nueva Corte fué organizada según el sistema de un monasterio, donde las humildes plegarias alternaban con orgías desenfrenadas y los *oprichniks* o cortesanos eran "hermanos" y llevaban vestimentas negras.

Los *oprichniks* actuaron desenfrenadamente durante casi siete años, período en el que llevaron a cabo su propósito de debilitar a los *boyardos* aristócratas. La nueva actividad de la *Oprichnina* en esa época amenazaba al propio gobierno. Éste, aunque era capaz de acabar con los traidores, se encontraba impotente contra el enemigo exterior, sin la ayuda de la antigua clase de terratenientes o *zemschina.* El Khan de Crimea, Devlet Girei, consiguió ocupar Moscú en 1571 y después de saquear la ciudad la incendió. Cuando repitió la invasión en 1572, se unieron las fuerzas de todo el Estado ruso y le derrotaron. A consecuencia de estos acontecimientos decayó la *Oprichnina.* Se produjo una reacción. Las tierras fueron devueltas a sus anteriores propietarios y los *oprichniks* recibieron en cambio otras tierras.

La actividad de la *Oprichnina* puede ser comparada con la del Partido Comunista durante los años iniciales de la revolución rusa. La diferencia estriba en que el terror de la *Oprichnina* estaba dirigido contra los *boyardos* de la clase alta, en tanto que los comunistas atacaron a toda la burguesía. El gobierno de la *Oprichnina* fué acompañado, como se ha indicado, por la creación de una nueva clase terrateniente, o *pomiestchiks,* y la posesión de la tierra dependía del servicio al zar. Se le llamaba *pomiestie* y sustituía a la anterior propiedad patrimonial.

Como resultado de este método de distribución de las tierras, Iván el Terrible consiguió crear una nueva clase gobernante que siguió siendo la fuerza política fundamental del Estado ruso hasta mediados del siglo XIX. Las tierras concedidas a los *pomiestchiks* fueron pobladas por agricultores. A mediados del siglo XVI esos labradores eran hombres libres; es decir, tenían el derecho a trasladarse desde sus tierras, después de la cosecha del otoño, a tierras pertenecientes a otros propietarios. Esta libertad de migración no era beneficiosa para los *pomiestchiks* y el gobierno comenzó a limitar el derecho de los labradores a trasladarse libremente. Durante un período de dificultades económicas, debidas a la guerra lituana, el gobierno declaró "prohibidos" ciertos años. Los agricultores fueron privados del derecho a trasladarse de la propiedad de un terrateniente a la de otro durante esos años. Esta ley fué aplicada por primera vez en el año 1581. Después de la muerte de Iván se realizó un censo de la población, así como un estudio topográfico de las tierras del Estado moscovita. Se registró a los agricultores como trabajadores fijos en las tierras

que entonces ocupaban y en adelante fueron considerados como siervos. Su adhesión obligatoria a la tierra fué reforzada por las deudas contraídas con los terratenientes, que ya anteriormente tendían a producir el mismo efecto. La mayoría de los labradores de todas las propiedades pedían dinero prestado a los propietarios para edificar casas, comprar ganado, etc. Quedaron así fijos a la tierra, pero no al propietario. El siervo no era propiedad personal del terrateniente, o un esclavo, como lo eran los domésticos, o *kholops*. Inclusive después de la institución de la servidumbre, el labrador conservó sus derechos civiles: podía pleitear ante los tribunales y poseer tierra y esclavos.

7

Una de las consecuencias de la división política de Rusia en los siglos XVI y XVII fué la separación de la Iglesia en dos partes: las ramas moscovita y lituana. Como hemos visto, la unidad de la organización eclesiástica se mantuvo durante el período mogol, pero durante la lucha entre Moscú y Lituania se hizo cada vez más difícil la conservación de esa unidad. A mediados del siglo XV, Lituania consiguió establecer en Kiev un distrito metropolitano independiente de Moscú y que dependía directamente del patriarca de Constantinopla. Así se dividió a la Iglesia rusa en dos distritos metropolitanos, el de Kiev y el de Moscú, los cuales, sin embargo, formaban parte del patriarcado de Constantinopla. La Iglesia de Moscú se hizo realmente autónoma y los metropolitanos eran elegidos por un congreso de obispos rusos desde el año 1448.

Con la caída de Bizancio comenzó Moscú a considerarse como el centro principal de la Iglesia Ortodoxa. Ésta experimentó en el siglo XVI un profundo trastorno sentimental, al mismo tiempo que se intensificaban los problemas religiosos y nacionalistas. Su paz interna fué grandemente perturbada por la disputa sobre los bienes eclesiásticos y las relaciones con el Estado en la primera mitad del siglo XVI. Un partido, encabezado por Nil Sorsky, se oponía a que la Iglesia y los monasterios poseyesen tierras y otras formas de riqueza, así como a las relaciones estrechas entre la Iglesia y el Estado. Un segundo partido, encabezado por José Volotskóy, defendía el derecho de la Iglesia a poseer tierras, así como las relaciones íntimas entre aquélla y el Estado. El permiso concedido a los monasterios para poseer bienes se debía no a consideraciones de interés personal, sino al valor social de aquéllos y a que beneficiaban al Estado. Alcanzó la victoria el segundo partido y a mediados del siglo XVI quedó firmemente establecido el principio

de las relaciones íntimas entre la Iglesia y el Estado. Un expositor importante de este punto de vista fué el metropolitano Makary, uno de los personajes eclesiásticos más destacados de Rusia, quien se mantuvo al frente de un amplio movimiento cultural. Bajo su dirección, y en parte con su contribución personal, se reunió material histórico religioso y secular. El metropolitano Makary convocó en 1551 a un congreso eclesiástico para corregir los males de la Iglesia, que fueron admitidos con franqueza en las resoluciones de dicho congreso. Éste recibió el nombre de *Stoglav* o "Cien capítulos", por el número de las resoluciones. Las opiniones religiosas y políticas del metropolitano Makary procedían de Bizancio. Creía que el Estado ortodoxo debía tener dos jefes: el zar y el patriarca. La institución del zarismo tuvo lugar en Rusia en la época de la coronación de Iván el Terrible, en 1547. De acuerdo con la doctrina bizantina de la época, Makary pidió que Moscú tuviese un patriarca, es decir, que el metropolitano fuese elevado a esa dignidad. Como para llevar a cabo ese proyecto fué preciso realizar antes largos preparativos en Constantinopla, no se creó el patriarcado en Moscú hasta después de la muerte de Makary. En 1589, Jeremías, el patriarca de Constantinopla, accedió a la fundación de un patriarcado en Rusia. Al año siguiente, un congreso de patriarcas orientales, reunido en Constantinopla, confirmó la decisión de Jeremías. El patriarcado de Moscú y Todas las Rusias fué colocado en la quinta o última categoría. El orden de importancia de los patriarcados era el siguiente: Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalén y Moscú.

En la época en que la Iglesia de Moscú renacía nacional y espiritualmente, el metropolitanado de Kiev luchaba por su propia existencia. La segunda mitad del siglo XVI se caracterizó en la historia de Europa por el súbito renacimiento del catolicismo. La orden de los jesuítas infundió nueva vida al catolicismo militante y consiguió reconquistar muchas regiones en las que parecía haberse debilitado hasta el punto de ser destruído por las Iglesias reformadas. Entre esos países figuraba Polonia. El sentimiento popular cambió rápidamente allí a mediados del siglo XVI. Los jesuítas emprendieron la propaganda católica en una lucha enérgica con el luteranismo. Consiguieron despertar el fanatismo religioso en la sociedad polaca. Este trastorno sentimental coincidió con los buenos éxitos militares de Esteban Batory contra Moscú. Batory protegió a los jesuítas, por considerar que sus actividades servían de gran ayuda a la enérgica política exterior del Estado polaco-lituano contra Moscú. Los jesuítas abandonaron la lucha contra el protestantismo para luchar contra la Iglesia Ortodoxa. La situación de la población ortodoxa de Polonia se hizo difícil.

La unificación política de Lituania y Polonia en 1569 terminó una época en que la población lituana y ortodoxa rusa no tenía motivos para temer la opresión religiosa por parte de Polonia, pero a consecuencia de la victoria de los jesuítas en este país esa opresión se hizo inevitable.

En la designación de obispos ortodoxos intervinieron los intereses políticos del Estado polaco. El rey elegía a los obispos, no entre los mejores de la Iglesia Ortodoxa, sino muchas veces entre los peores. La autoridad religiosa suprema, el patriarca de Constantinopla, se hallaba demasiado distante y era demasiado impotente para proteger a sus súbditos. La protección de la Iglesia Ortodoxa quedó a cargo de los seglares. Algunos nobles que seguían siendo ortodoxos, como el príncipe Ostrozhsky, y sobre todo los comerciantes de las ciudades, comenzaron a constituir uniones o hermandades para defender a la Iglesia. La familia Ostrozhsky contribuyó con sus donativos y fundó una imprenta para la publicación de libros eclesiásticos. Los obispos ortodoxos, empero, no estaban satisfechos con la intervención excesiva de los seglares en los asuntos religiosos. Los obispos de la Rusia occidental celebraron un congreso en Brest en 1591 y se quejaron ante el rey. Dos de ellos le anunciaron secretamente que estaban dispuestos a aceptar la autoridad del Papa. A fines de 1594, esos dos obispos fueron recibidos en Roma por el Papa Clemente VIII. A su regreso, el rey de Polonia publicó un manifiesto anunciando la unión de las Iglesias y convocó a un congreso en Brest.

Este congreso se reunió en octubre de 1596 e inmediatamente se hizo evidente que las Iglesias Ortodoxa y unidas eran irreconciliables. Los representantes ortodoxos se retiraron del congreso y se reunieron por separado. Los defensores de la unión acordaron someterse al Papa. Los defensores de la ortodoxia rechazaron la sumisión. Hubo así dos congresos en Brest en 1596 y cada uno de ellos tomó sus propias resoluciones. En vez de la unión se produjo un cisma de la Iglesia rusa occidental, que se dividió en el grupo unionista y el ortodoxo. El único que fué reconocido oficialmente por el rey y los gobiernos polaco y lituano fué el congreso unionista. Basando su política en las resoluciones de este congreso pudo proseguir el rey su enconada lucha contra la Iglesia Ortodoxa.

8

La literatura rusa de los períodos mogol y post-mogol se ocupó de los problemas políticos y religiosos que agitaban a la sociedad de la época. En este período debemos distinguir entre la literatura de Moscú y la de la Rusia occidental. La literatura de Moscú estaba saturada de sentimiento nacional. Después de la victoria de Dimitri Donskoi sobre los mogoles, en la pradera de Kulikovo, de la región del alto Don (1380), se compuso un poema para glorificar las hazañas de los guerreros rusos. Se lo llamó *Zadonshchina* ("Más allá del río Don") y era una imitación de la canción del Príncipe Igor del siglo XII. Otros poemas populares *(byliny)* retrataban al zar Iván IV y su lucha con el Khanato de Kazán.

La obra histórica más importante de la época fué el *Libro de los Grados (Stepennaia Kniga)*, es decir, de las generaciones. Esta obra no es un mero relato cronológico de la historia rusa, sino una historia rusa cuidadosamente analizada, que señala el curso de la evolución nacional y religiosa.

En el siglo XVII aparece una nueva forma literaria que puede ser llamada la novela histórica. Constituyen ejemplos de la misma el relato semi-realista de la toma de Azov y su defensa por los cosacos del Don (1637-41) y el relato semi-fantástico del joven comerciante Savva Grudtsyn, quien intervino supuestamente en la campaña contra los polacos en 1632. De una naturaleza enteramente diferente es la historia de Frol Skobeiev escrita a fines del siglo. Es el relato realista y hasta cínico de la vida de un pícaro afortunado, en cierto modo precursor de la sátira realista del siglo XIX.

En la literatura popular de la Rusia occidental desempeñaban un papel particularmente importante las baladas cosacas *(dumy)* de los siglos XVI y XVII. Podemos mencionar igualmente las animadas crónicas de las guerras cosaco-polacas y otros acontecimientos tempestuosos de la época. Otra rama de la literatura rusa occidental estaba consagrada a los problemas de la vida religiosa. La Rusia occidental, como hemos visto, se vió obligada a librar una lucha interna constante para defender su Iglesia y su nacionalidad contra la incursión del catolicismo y del nacionalismo polaco. Esta lucha creó la necesidad de una literatura religiosa e histórica. Otro tema favorito era el análisis y la refutación de las argumentaciones de la propaganda católica. El desarrollo de la teología rusa fué impulsado por la fundación de seminarios. A comienzos del siglo XVII se fundó en Kiev una academia teo-

lógica, según el modelo de los colegios jesuítas. En 1682 se cr en Moscú un seminario griego, que cinco años después recib el nombre de Academia greco-eslavo-latina.

El cultivo de las ciencias naturales y matemáticas en Rus progresó con bastante lentitud en los siglos XVI y XVII.

La imprenta, que constituía el nuevo medio técnico de im pulsar la literatura y la educación en general, llegó a Rusia muc tiempo después de haber sido inventada en Occidente. Los pr meros libros eslavos impresos fueron publicados en Cracovia, Po lonia, en 1491, y en Praga, Bohemia, en 1517-19. En 1525 se empez a imprimir libros en la Rusia lituana, en la ciudad de Vilna. A fines del siglo XVI había diez imprentas en la Rusia occidental Trabajaban con lentitud, no obstante. La primera imprenta d Moscú fué fundada en 1553. Pronto suspendió sus actividades no volvió a funcionar hasta 1568, y en adelante se desarrolló co mucha lentitud. Con anterioridad a 1600 apenas se publicaron e Moscú una veintena de libros. En el siglo XVII, después de l "Época de Disturbios", se realizó más rápidamente la obra de lo impresores moscovitas. De 1613 a 1682 se publicaron casi qui nientos libros, la mayoría de los cuales eran de carácter religios y la menor parte de interés profano.

9

En tanto que la pintura rusa alcanzó un notable desarrol en los siglos XIV y XV, el siglo XVI presenció grandes realizac nes en arquitectura. Con anterioridad al siglo XVI la arquitectu religiosa rusa reflejaba en su mayor parte las influencias biza tinas y, en menor grado, las del Cercano Oriente. En el siglo X fueron llamados a Moscú varios maestros de obras italianos, e más famoso de los cuales era R. Fioravanti, apodado Aristótele Se les ordenó que siguieran las formas arquitectónicas existente Por esta razón las catedrales de Moscú del siglo XV son hast cierto punto copias de las catedrales construídas por Vladimiro e los siglos XII y XIII. La influencia italiana se destacó más en l arquitectura profana, como lo atestigua el estilo de las murall y torres del Kremlín de Moscú y los palacios del Gran Duque, d esa ciudad. Un resultado directo de la labor de los maestr italianos fué la belleza extraordinaria del Kremlín, construído e el estilo ítalo-bizantino. En el siglo XVI desapareció la influenc bizantina en la arquitectura. Los templos rusos de los dos sigl siguientes corresponden a un estilo arquitectónico enteramen nuevo, que se distingue por una estructura semejante a una to

rrecilla. La nueva arquitectura moscovita era una copia en piedra de los edificios de madera. La arquitectura contemporánea en madera se había desarrollado de acuerdo con la influencia de los gustos y las necesidades populares. La moscovita de los siglos XVI y XVII tiene, en consecuencia, un carácter profundamente nacional; pero no puede negarse la influencia del Cercano y del Medio Oriente, particularmente en algunos de los detalles arquitectónicos. Estas influencias llegaron a través del Turquestán y probablemente también a través de Crimea.

La pintura rusa no experimentó cambios de tan gran alcance como la arquitectura. La escuela de pintura de iconos de Novgorod decayó con la decadencia general de esa ciudad. En Moscú se fundó un nuevo centro. En el siglo XVII la escuela de Moscú se fué sometiendo cada vez más a las influencias occidentales, y en particular a las italianas. Los iconos de Simón Ushakov, quien vivió de 1626 a 1686, representan un esfuerzo para combinar el nuevo estilo italiano con el viejo estilo bizantino de la pintura religiosa.

CAPÍTULO V

RUSIA EN EL SIGLO XVII

(1598 - 1696)

1

Las continuas guerras del siglo XVI ejercieron un efecto agotador en el Estado de Moscú. La situación interna de Rusia a fines de ese siglo era muy confusa. Las reformas sociales de Iván el Terrible tuvieron como consecuencia la protección gubernamental de la clase media a costa de las clases superior e inferior. Estas reformas produjeron un agudo disgusto en ambas clases: los *boyardos* estaban descontentos con la disminución de su influencia política y social; la clase inferior, los campesinos, estaban disgustados con la institución de los siervos.

El descontento popular se puso de manifiesto en los acontecimientos del "Tiempo Turbio" a comienzos del siglo XVII. Se produjo un levantamiento que pareció ser puramente fortuito. Pero los hechos que llevaron a él tuvieron lugar sólo porque el terreno estaba preparado. En 1598, con la muerte, sin dejar herederos, del zar Feódor, hijo de Iván el Terrible, terminó la antigua dinastía. Esta circunstancia tenía una gran importancia para el pueblo de aquella época. Si la dinastía hubiese continuado se habría mantenido durante largo tiempo sólo en virtud de la inercia; pero el cambio abrió las puertas a la especulación política. El *Zemsky Sobor* eligió un nuevo zar, Borís Godunóv, en 1598. Había sido el verdadero gobernante durante los últimos años del reinado de Iván IV y todo el reinado del débil Feódor. Godunóv fué uno de los organizadores del sistema social y administrativo de Iván y la política del gobierno no cambió, por lo tanto, cuando ascendió al trono. Pero Borís no poseía la autoridad de los anteriores zares, a pesar de haber sido elegido por el *Zemsky Sobor*,

Inmediatamente después de su elección comenzaron los *boyardos* a conspirar contra él. Las intrigas de éstos, relacionadas con las complicaciones exteriores, pusieron en peligro su posición. Los *boyardos* de Moscú presentaron un nuevo candidato al trono, un joven nada destacado que había sido criado con la ilusión de que era el zarevich Demetrio, el hijo más joven de Iván IV. El verdadero Demetrio había sido muerto siendo niño, en 1591, en circunstancias que dieron origen a la creencia de que Borís Godunóv era responsable del asesinato. El pretendiente Demetrio se dió a conocer en Polonia. El rey polaco y los jesuítas vieron en él un arma poderosa que podía ser utilizada en favor de la diplomacia polaca y la propaganda católica. Con la ayuda polaca, el pretendiente organizó un pequeño ejército de refugiados rusos y cosacos. Aunque era muy inferior al ejército regular de Moscú, consiguió, no obstante, gracias al gran descontento que reinaba entre los moscovitas, llegar a la capital. Borís falleció entre tanto y Demetrio obtuvo la victoria. El triunfo del pretendiente provocó nuevos levantamientos. La intriga original de los *boyardos* y los polacos, que había conmovido la autoridad del gobierno, tuvo también como consecuencia una revuelta de las clases inferiores contra las clases media y superior. El falso Demetrio fué muerto en los conflictos que sucedieron y ocupó el trono un representante del partido *boyardo*. El desorden continuó, sin embargo, y un nuevo falso Demetrio —un candidato, no de los *boyardos,* sino de las clases inferiores— se presentó contra el zar *boyardo*.

La sublevación social tuvo dos fases. La primera fué un movimiento radical de los campesinos y los esclavos, no muy distinto de la Revolución Comunista de 1917, y su fin era destruir a las personas más ricas del país. A la cabeza del levantamiento se hallaba un esclavo fugitivo, Bolotnikov. Su ejército fué derrotado por las tropas de Moscú y a él lo ejecutaron. La segunda fase del movimiento tuvo un carácter más moderado y la dirigieron los cosacos, quienes consiguieron ocupar la mitad del Estado de Moscú. La guerra civil continuó hasta que el zar, a quien apoyaban los *boyardos,* se vió obligado a abdicar; el segundo falso Demetrio fué muerto y Rusia cayó en un espantoso estado de anarquía. Bandas armadas recorrían el país y robaban en los caminos. Los polacos y los suecos se aprovecharon de la guerra civil para ocupar territorio ruso; los primeros se apoderaron de Moscú y Smolensko y los últimos ocuparon Novgorod. El patriarca de Moscú, Hermógenes, se negó a reconocer la legalidad del dominio polaco en la capital, por lo que fué encarcelado por los invasores y murió de hambre. La toma de la capital por los polacos y la muerte del jefe de la Iglesia produjo una reacción

nacionalista y religiosa. Por iniciativa de K. Minin, un comerciante de Nizhni-Novgorod, se formó un ejército entre los habitantes de las ciudades del Volga y del norte de Rusia. Mandaba el ejército el príncipe Pozharsky, quien consiguió el apoyo de los cosacos y con su ayuda derrotó a los polacos y reconquistó a Moscú en 1612. A comienzos de 1613 se reunió un *Zemsky Sobor* que eligió como zar de Rusia a un joven *boyardo,* Miguel Románov.

2

La represión de la revuelta se llevó a cabo en primer lugar por iniciativa de los funcionarios del gobierno y los habitantes de las ciudades, es decir, por las clases medias de la sociedad. Puede decirse, por lo tanto, que el programa social de Iván el Terrible y Borís Godunóv triunfó a pesar de todas las dificultades. El nuevo gobierno, empero, dejó de luchar contra la clase superior, o sea los *boyardos.* Éstos no gozaban de una posición política importante en el siglo XVII, pero conservaron sus privilegios sociales. La Duma o consejo boyardo siguió funcionando, pero su composición cambió con la mezcla de los nobles recientemente creados.

El nuevo gobierno mantenía relaciones amistosas con los cosacos del Don y los ayudaba con cereales y armas, pero mantuvo su política anterior con respecto a los terratenientes y campesinos. Se concedieron tierras a los miembros de la clase que estaba al servicio del gobierno. La administración de todas las tierras quedó a cargo de una oficina especial de bienes raíces creada en Moscú *(pomestny prikaz).* Esta agencia del gobierno administraba tanto los *pomesties* como los bienes patrimoniales *(votchiny).* Así, la propiedad de tierras aristocráticas se combinaba con el sistema de *pomesties.* El gobierno exigía el servicio militar de acuerdo con la categoría de cada tierra.

En 1619 se realizó un censo de todas las posesiones del Estado para poner orden en la cuestión de las tierras después de la confusión del "Tiempo Turbio". El apoyo del Estado a la posesión de tierras se relacionaba con la ligazón de los labradores a la tierra. Como hemos visto, a fines del siglo XVI el gobierno había declarado "prohibidos" *(zapovedny)* ciertos años, lo que quiere decir que no permitía que los labradores se trasladasen a otras tierras durante esos años. La misma política se siguió durante la primera mitad del siglo XVII y la libertad de movimiento quedó enteramente prohibida para los campesinos en 1649. Esto tuvo como consecuencia que aumentase la deserción de los campesinos. Es-

capando de la servidumbre, muchos de ellos se trasladaron al Don o a la Rusia oriental, que en aquella época estaba poco poblada y constituía un lugar propicio para ocultarse al gobierno.

Gracias únicamente al descontento de las masas campesinas y al gran número de labradores fuera de la ley, pudo asumir tan grandes proporciones la revuelta de Stenka Razin. Éste era el atamán de los *golytba* del Don. En busca de botín y alimentos, gran número de cosacos, encabezados por Razin, se abrieron camino Volga abajo hasta el Mar Caspio y, después de cruzarlo, entraron en la desembocadura del río Yaik (luego Ural) en 1667-68. Establecieron relaciones amistosas con los kalmucos y en 1668 atacaron las posesiones persas de las costas suroccidentales del Mar Caspio. Además ocuparon una isla cercana a la costa persa y en el término de varios meses hicieron allí un tremendo botín. En 1669 regresaron con él al Don. Los representantes del zar de Astrakán les permitieron pasar y tomaron únicamente cierto número de armas de fuego capturadas por los cosacos. Razin volvió al Don con la reputación de un atamán brillante. En adelante se consideró lo bastante fuerte para atacar a Moscú. En 1670 emprendió su campaña en el Volga. Fueron tomadas las ciudades de Tsaritsyn, Astrakán, Saratov y Samara. Los funcionarios del gobierno y todos los representantes del poder central fueron torturados y ejecutados por Razin. Las clases inferiores fueron obligadas a servir en el ejército cosaco. Para dar a su movimiento la apariencia de legalidad, Razin hizo circular el rumor de que lo acompañaban el zarevich de Moscú y el patriarca. La revuelta se extendió por una zona enorme que incluía a todo el Volga medio y bajo. A los cosacos se unieron los campesinos y las tribus no rusas de esas regiones. Razin llegó hasta Simbirsk, donde fué derrotado por las tropas del gobierno. Huyó al Don, pero fué apresado por los cosacos poseedores de casas y entregado a Moscú. Lo ejecutaron en 1671.

3

Como consecuencia de los disturbios de principios del siglo XVII creció considerablemente la importancia del *Zemsky Sobor* o consejo organizado a mediados del siglo XVI. Fué convocado por Minin y el príncipe Pozharsky cuando éstos organizaban su ejército en 1612. Eligió un nuevo zar en 1613 y se reunió en adelante casi ininterrumpidamente hasta mediados del siglo. Más tarde se hicieron raras las reuniones del consejo y su vida terminó en 1682. Trataba de las cuestiones de política exterior, tales como la

declaración de guerra y la firma de la paz, así como de cuestiones de política interna, tales como los impuestos y la legislación. Tenía también el importante derecho de petición, que ejercía libremente. Se dividía en dos *palaty* o cámaras. La Duma *boyarda* actuaba como cámara alta en cuestiones profanas y el *Sobor* o asamblea de aclesiásticos, en cuestiones religiosas. La cámara baja se componía de representantes del pueblo, elegidos en base a una combinación de dos principios diferentes: la representación de las clases y profesiones y la representación geográfica. El *Zemsky Sobor* comprendía miembros de todas las clases de la sociedad: empleados del Estado, terratenientes, comerciantes, artesanos y labradores, así como delegados de las provincias de que se componía el Estado de Moscú. Se concedía el derecho político a los jefes de familia propietarios de una casa.

Los poderes del *Zemsky Sobor* estaban determinados, no por la ley, sino por la costumbre. El zar lo convocaba porque se daba cuenta de que necesitaba su ayuda práctica. En la evolución interna del Estado de Moscú tuvo una importancia especial el *Sobor* de 1648-49, que aprobó el nuevo código. El código de 1550, redactado en el reinado de Iván el Terrible, se había hecho anticuado. Sobre todo después de la "Época de Disturbios", se habían acumulado muchos *ukazes* o decretos del zar y de la Duma *boyarda.* Parte de ellos estaban inscritos en los libros de registro, pero éstos eran inaccesibles. El desorden en el registro de las leyes era la causa de la irregularidad en el funcionamiento de los tribunales. La inmoralidad de los tribunales producía un grave descontento en el pueblo. Accediendo a repetidos pedidos, el zar Alejo organizó una comisión presidida por el príncipe Odoevsky para que formulase un nuevo código. Éste fué examinado y aprobado por el *Zemsky Sobor* e inmediatamente se publicaron dos mil ejemplares del mismo. Esto constituía una gran novedad, pues el código anterior nunca había sido impreso. El del zar Alejo Mijáilovich fué redactado bajo la influencia de los estatutos lituanos y del derecho bizantino. Su material fué distribuído estrictamente en capítulos y secciones. El código tuvo una importancia inmensa en la historia del Estado ruso, así como en el derecho del país. Fué la base de las relaciones legales rusas durante casi dos siglos, hasta que fué sustituído por el código de 1832.

4

El desarrollo económico de Rusia entró en el siglo XVII en una nueva fase, las condiciones para la cual habían sido preparadas en el siglo XVI, y que alcanzó su culminación en los siglos XVIII, XIX y XX. Con anterioridad al siglo XVI las principales ocupaciones eran la caza, la pesca, la agricultura y la cría del ganado. Artes mecánicas de diversas clases, como el tejido, el bordado, el tallado en madera y la fundición de metal, habían sido igualmente populares en Rusia desde la Edad Media. La Rusia central era cultivada extensivamente en el siglo XVI. La tierra se iba empobreciendo y necesitaba ser fertilizada en gran escala. El sistema agrícola de tres cosechas, forma más intensiva que la de una sola cosecha, fué extensamente aplicado durante este período y siguió siendo el sistema prevaleciente entre los agricultores del siglo XX.

Durante la Edad Media, del siglo XIII al XV, Rusia comerció sobre todo con la Europa central por medio de la Liga Hanseática. Su centro comercial era Novgorod. Desde mediados del siglo XVI el Estado moscovita estableció relaciones comerciales más estrechas con la Europa occidental. Esta mejora en las relaciones comerciales se debió a los extranjeros, principalmente a los ingleses, holandeses y suecos. Los "pioneers" del comercio marítimo con Moscú fueron los ingleses. En 1553 se organizó una expedición inglesa para descubrir una ruta marítima septentrional a la India. Tres barcos, a los órdenes de Sir Hugh Willoughby, partieron de Inglaterra. Dos de ellos se perdieron, pero el tercero, capitaneado por Richard Chancellor, consiguió entrar en el Mar Blanco y llegar a la desembocadura del Dvina septentrional. En vez de la India la expedición "descubrió" a los moscovitas. Chancellor fué a Moscú, donde le recibió Iván el Terrible, y desde entonces Moscú e Inglaterra mantuvieron estrechas relaciones. Una nueva ciudad, Arcángel, surgió poco después en la desembocadura del Dvina y en Inglaterra se creó la Muscovy Company para comerciar con Rusia. Iván el Terrible concedió a esa compañía el privilegio no sólo de comerciar libremente con Rusia, sino también de comercio de tránsito con Persia. Arcángel fué visitada también por los holandeses y los suecos, quienes obtuvieron ciertos privilegios, pero menores que los ingleses. Los holandeses fueron aventajando poco a poco a éstos. En 1582 entraron en Arcángel nueve barcos ingleses por seis holandeses, en tanto que en 1638 de los ochenta barcos que entraron en Arcángel sólo cuatro fueron ingleses y la mayoría de los demás holandeses.

A mediados del siglo XVII, apremiado por las demandas de los comerciantes rusos, el gobierno quitó a los extranjeros la mayor parte de sus privilegios. Los ingleses perdieron el derecho al comercio libre. Los extranjeros fueron privados también del derecho al menudeo. Los comerciantes rusos deseaban ser los exclusivos entre los comerciantes extranjeros y los consumidores y productores rusos.

Las exportaciones principales de Rusia durante ese período eran los productos del bosque, la resina y la goma; los de la cría del ganado, pieles, grasas y cerdas; los de la caza, pieles; los de la agricultura, cereales y lino; y en menor grado artículos manufacturados, paños y arpilleras. Las principales importaciones en Rusia eran de artículos manufacturados y armas. El volumen anual del comercio por el puerto de Arcángel en la segunda mitad del siglo XVII alcanzó probablemente a la suma de un millón de rublos. El poder de adquisición de un rublo ruso a fines de ese siglo era aproximadamente equivalente a diecisiete rublos del siglo XX con anterioridad a la guerra mundial, o sea alrededor de 8,50 dólares.

El desarrollo de la industria en Moscú se debió en gran parte a la iniciativa de los extranjeros. En 1632 un holandés, Vinius, organizó un establecimiento metalúrgico cerca de Tula. Todas las municiones que producían los talleres de Vinius estaban destinadas al Estado. Después se desarrollaron rápidamente otras fábricas semejantes. A mediados del siglo XVII establecieron los extranjeros varias fábricas de papel en las cercanías de Moscú. Durante ese tiempo se desarrollaron rápidamente en el Estado moscovita las industrias nativas, particularmente los talleres de artículos para la labranza en pequeña escala, llamados *kustarnaya*. Se dice que este nombre se deriva del alemán *kunst*. En las regiones boscosas del norte, los labradores y otras personas emprendedoras extraían resina y potasa; en Yaroslavl fabricaban arpillera, y en muchos lugares hacían clavos y diversos artículos de metal. La productividad de la industria rusa en el siglo XVII no era, por supuesto, muy grande, pero no puede ponerse en duda que crecía constantemente.

5

El "Tiempo Turbio" terminó con la elección de Miguel como zar de Rusia en 1613, pero la lucha con los enemigos exteriores, los polacos y los suecos, continuó durante varios años más. En 1617 se concluyó una paz con los suecos, en virtud de la cual Novgorod

fué devuelta a Rusia, pero Suecia conservó Ingria, en la costa sudeste del golfo de Finlandia. El Estado de Moscú quedó, pues, separado del Mar Báltico y Arcángel era el único puerto por el que podía comunicarse directamente con Europa.

Un año después de la paz con Suecia llegó el gobierno de Moscú a un arreglo temporario con los polacos. Smolensko siguió en poder de Polonia y otra guerra librada en 1631-32 no consiguió cambiar la situación. Era evidente que la fuerza de los dos bandos era aproximadamente igual y la continuación de la lucha no parecía beneficiar a ninguno de ellos. El Estado polaco, empero, se debilitó poco tiempo después internamente. Como consecuencia de la unión polaco-lituana de 1569, una gran parte de los territorios de la Rusia occidental fué absorbida por Polonia. Los campesinos ucranios se convirtieron en siervos de los terratenientes polacos, y además de la opresión social, la población ucrania sufrió la persecución religiosa, ya que la Iglesia Ortodoxa fué considerada como una organización ilegal después de 1596. El gobierno polaco intentó, además, someter a los cosacos de Zaporog a su dominio. La política seguida por Polonia estimuló el odio contra ella entre la población rusa. Esto llevó finalmente a una sublevación general a lo largo del Dniéper, encabezada por los cosacos de Zaporog con su hetman, Bogdan Khmelnitsky, quien había conseguido firmar una alianza con el Khan de Crimea contra Polonia (1648).

Al principio la suerte de la guerra favoreció a los cosacos, pero en 1650 los tártaros de Crimea traicionaron a Khmelnitsky y éste fué derrotado. Se concluyó una paz con Polonia, cuyos términos concedían a los cosacos ciertos privilegios, pero limitaban su número a 20.000. Los campesinos seguirían entre tanto en estado de servidumbre.

Los campesinos no estaban dispuestos a aceptar este acuerdo y comenzaron a emigrar en gran número al Estado de Moscú y a fijar su residencia en las tierras no ocupadas, situadas a lo largo de las fronteras meridionales. No encontrando otra solución, la *Rada* o consejo de la Hueste de cosacos ucranios, reunida en Pereyaslavl en 1654, decidió por unanimidad ofrecer su lealtad al zar de Moscú. Khmelnitsky deseaba que fuese reconocida la posición autónoma de Ucrania como una condición de la fidelidad a Moscú, pero el representante de ese Estado se negó a aceptar una sumisión condicional. Los cosacos abandonaron sus reservas y rindieron pleito homenaje al zar. Más tarde fueron a Moscú los representantes cosacos y el zar concedió a Ucrania la autonomía y otorgó privilegios especiales a la Hueste cosaca. La unión con Ucrania fué un acontecimiento muy importante en la historia política de Rusia. Hizo del zar de Moscú el zar nominal

de toda Rusia y, además, dió a Moscú una superioridad decisiva sobre Polonia.

Ésta no podía conformarse con la pérdida de Ucrania sin guerra. Al principio alcanzó el triunfo Rusia, pero surgieron desavenencias entre el gobierno de Moscú y los cosacos ucranios. El hetman Iván Vygovsky, que sucedió a Khmelnitsky, se pasó a los polacos. Los cambios en la política cosaca se debieron a las disensiones internas. Los oficiales cosacos eran partidarios de un acuerdo con Polonia, pues simpatizaban con la organización aristocrática del país y esperaban que éste les otorgase los privilegios de su clase. La masa de los cosacos simpatizaba más bien con Moscú. La política polonófila de Vygovsky no fué apoyada, en consecuencia, por las tropas cosacas. Una gran parte de la Hueste permaneció fiel a Moscú y eligió un nuevo hetman. Estos acontecimientos alargaron mucho la guerra con Polonia y hasta 1667 no se firmó un acuerdo que mantuvo la paz durante trece años y medio. Moscú renunció a sus derechos a Lituania, pero conservó a Smolensko y adquirió la orilla izquierda del Dniéper, así como la ciudad de Kiev.

6

La extensión del dominio de Moscú sobre la Rusia suroccidental coincidió con una aguda crisis en la conciencia religiosa y política del pueblo. Esta crisis se relacionó con las actividades y la personalidad del patriarca Nicon. La controversia tomó dos formas: primera, con respecto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, o entre el zar y el patriarca; y segunda, con respecto al ritual religioso, que tuvo como consecuencia la disensión de los "viejos ritualistas".

El metropolitano de Novgorod, Nicon, fué elegido patriarca en 1652. Era de origen campesino e inició su carrera como un sacerdote de aldea. Más tarde se trasladó a Moscú, donde, después de la muerte de sus hijos, su esposa ingresó en un convento y él en el Monasterio de Solovetsky, junto al Mar Blanco, Nicon fué nombrado más tarde *Igumen* o abad del Monasterio de Kozheozoro, y posteriormente *Igumen* de un monasterio de Moscú. Durante su segunda residencia en la capital llegó a ejercer una influencia extraordinaria sobre el zar y ascendió al trono patriarcal con el propósito de organizar un Estado ortodoxo a base de una cooperación estrecha del zar y el patriarca. Su elevada opinión del poder patriarcal halló expresión en las condiciones que presentó antes de aceptar el trono. El zar y todo el *Sobor* o asamblea eclesiás-

tica le prometieron "obedecerle en todo como a un pastor y a un padre". Nicon tomó oficialmente el título de Gran Soberano.

Las condiciones fueron aceptadas por el zar Alejo. La política del Estado y la de la Iglesia debían ser coordinadas por completo. Ambas se guiaban por las mimas ideas, ambas eran dirigidas armónicamente.

La cuestión delicada de la política religiosa era la de Ucrania, distrito metropolitano del patriarcado de Constantinopla. En la primera mitad del siglo XVII el metropolitano de Kiev, Pedro Mogila, hizo algunos cambios en el ritual de su Iglesia, con el propósito de hacerlo más semejante al de la Iglesia griega. Para unir a la Rusia occidental con Moscú, el zar Alejo y el patriarca Nicon tenían que crear una situación que indujera a la Iglesia rusa occidental a aceptar la autoridad del patriarca de Moscú. Para ello era necesario alterar el ceremonial de la Iglesia moscovita y ponerlo de acuerdo con el de Kiev. Esta reforma del ritual fué emprendida por el patriarca Nicon simultáneamente con los esfuerzos de la diplomacia de Moscú para lograr la unión con Ucrania.

Los primeros pasos hacia la reforma del ritual moscovita fueron dados en la primavera de 1653. Uno de los cambios pedidos por Nicon consistía en que los creyentes hiciesen la señal de la cruz uniendo tres dedos que simbolizaban a la Trinidad, y no dos dedos que simbolizaban la naturaleza doble de Jesucristo, como era costumbre antigua en Rusia. Esta cuestión fué tema de ardientes discusiones dentro de la Iglesia y para el pueblo tuvo más importancia que la reforma de los libros religiosos llevada a cabo por Nicon. En 1654 se reunió en Moscú un concilio eclesiástico que aprobó las reformas en los libros religiosos y el ritual.

Las reformas, empero, produjeron una profunda indignación en la población ortodoxa rusa, y los más devotos se mostraron tanto más irritados. Las medidas llevadas a cabo por Nicon estaban dirigidas contra la idea de la "Tercera Roma" que dominaba a las conciencias rusas desde el siglo XV. Se argumentaba que Moscú era la Tercera Roma: Roma, Constantinopla, Moscú. ¿Cómo podía el centro de la vida religiosa rusa admitir errores que debían ser corregidos de acuerdo con el modelo de los griegos, quienes desde la época de la unión florentina eran sospechosos de romanismo?

Nicon no prestó atención alguna a la oposición y empleó su autoridad para llevar adelante sus reformas. Los que se oponían a éstas fueron amenazados con el destierro. Pero Nicon no siguió siendo durante mucho tiempo patriarca. Hacia 1659 se produjo una disputa enconada entre él y el zar Alejo, no tanto a causa de diferencias personales como de diferencias de principio. Nicon

defendió ardientemente los puntos de vista que había expuesto con respecto a la autoridad del patriarca al comienzo de su actuación como tal. Creía que su importancia no era menor que la del zar y consideraba que tenía el derecho y el deber de intervenir no sólo en los asuntos religiosos, sino también en los del Estado. Desempeñaba un papel importante en el *Zemsky Sobor* y deseaba que el zar le consultase en todos los asuntos importantes. Las pretensiones de Nicon al poder desagradaron muy pronto al zar Alejo, quien comenzó a apartarse del patriarca. Cuando éste se dió cuenta de que Alejo había dejado de considerarle como igualmente poderoso que él protestó, negándose a cumplir sus funciones como patriarca. Salió de Moscú y fué a un monasterio que había construído a unos cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad. Era imposible elegir un nuevo patriarca, pues Nicon no había abdicado. El zar Alejo tuvo que encargarse de la dirección de la Iglesia rusa. En 1660 el *Sobor* eclesiástico, por mayoría de votos, privó a Nicon de sus poderes patriarcales, pero la minoría protestó tan enérgicamente que el zar Alejo no confirmó la decisión de la mayoría.

Fué convocado un "Gran *Sobor*" en Moscú en el otoño de 1666 y en él tomaron parte todos los patriarcados orientales. Los patriarcas de Alejandría y Antioquía acudieron personalmente. Los de Constantinopla y Jerusalén enviaron a sus representantes. El acusador de Nicon fué el propio zar Alejo. El *Sobor* le condenó por unanimidad y le privó de su autoridad patriarcal. Fué desterrado a un monasterio del norte de Rusia. Más tarde el zar Feódor Alexievich le permitió trasladarse a su monasterio de las cercanías de Moscú, en 1681. Falleció en el camino, cerca de Yaroslavl. Su condena fué la consecuencia de las cuestiones políticas suscitadas por las relaciones del zar y el patriarca. Pero las reformas en el ritual iniciadas por Nicon no fueron interrumpidas y después de su deposición continuó la lucha con los "viejos ritualistas".

7

El cisma de los "viejos ritualistas" tuvo consecuencias de gran alcance en la evolución espiritual del pueblo ruso. La disensión consumió las fuerzas más vitales de la Iglesia Ortodoxa. Al lector moderno pueden parecerle pequeñas y sin importancia las causas del cisma, pero para el creyente ortodoxo el ritual eclesiástico era el símbolo de la emoción religiosa. El sentimiento del fiel se asociaba con los detalles de las ceremonias. Las alteraciones en el ritual fueron hechas por Nicon de una manera dictatorial y brusca. No tenía por qué sorprender, en consecuencia, que muchos creyen-

tes defendiesen su derecho a adorar a su manera contra las medidas de las autoridades religiosas o seglares. La oposición al "niconianismo" se extendió no sólo entre los eclesiásticos, sino también entre los seglares. El gobierno hizo frente a los disidentes con medidas opresivas. Los caudillos principales de la oposición fueron desterrados, como, por ejemplo, el obispo Pablo de Kolomna, quien protestó contra Nicon en el *Sobor* de 1654, y el arcipreste Avakum, el caudillo de los primeros "viejos ritualistas", cuya autobiografía es una de las obras sobresalientes de la antigua literatura rusa. Después de ser anatematizada la oposición en el *Sobor* de 1666-67, se redobló la represión. Algunos de los disidentes más tercos fueron quemados, entre ellos el arcipreste Avakum. Las ejecuciones estaban a cargo de las autoridades seglares.

Cuando los monjes del Monasterio Solovetsky, en el Mar Blanco, se negaron a aceptar el niconianismo, fueron enviadas tropas que sometieron al monasterio a un sitio que duró ocho años, de 1668 a 1676.

La persecución del gobierno no consiguió reprimir el movimiento, sino que, por lo contrario, provocó un entusiasmo religioso aún mayor. El triunfo del niconianismo en el tribunal religioso produjo desesperación entre los disidentes. Muchos "viejos ritualistas" comenzaron a pensar que llegaba el fin del mundo y que iba a aparecer el Anticristo, y algunos deseaban que, puesto que debía llegar el fin, llegase lo más pronto posible. Esta tendencia llevó a muchos "viejos ritualistas" a quemarse a sí mismos. Muchas veintenas y hasta centenares de personas se encerraban con sus jefes espirituales en cobertizos de madera y prendían fuego a las paredes. Tales actos de auto-inmolación se realizaban a veces cuando se tenía noticia de que se acercaban las tropas del gobierno, enviadas para detener a los "viejos ritualistas", pero otras veces no había una causa externa visible. En el siglo XVII perdieron la vida más de veinte mil personas quemándose de ese modo, pero hacia el final de dicho siglo comenzó a descender la ola de histeria suicida.

8

Debido al cisma de los "viejos ritualistas", la Iglesia Ortodoxa perdió a muchos de sus jefes. Las pérdidas fueron cubiertas con sacerdotes del sudoeste de Rusia. Los obispos, sacerdotes y monjes ucranios llenaron los templos y los monasterios del Estado de Moscú. Su educación llevaba la marca polaca. Habiendo librado una lucha constante con la Iglesia Católica Romana, los eclesiásticos de la

Rusia meridional habían adquirido en parte, inconscientemente, la mentalidad de sus opositores. Se llevaron consigo los recursos de la argumentación formal y de la erudición teológica. La influencia de los eclesiásticos del sur de Rusia importó en Moscú la cultura de la Iglesia Católica. Pero la influencia polaca había penetrado allí independientemente. Como resultado de los largos años de hostilidades ruso-polacas en la segunda mitad del siglo XVII, Polonia —derrotada— alcanzó la victoria espiritual sobre Moscú. Muchos de los jefes militares y los diplomáticos de Rusia, después de estar en contacto constante con los polacos, quedaron sometidos a esa influencia. Fortaleció estas relaciones la conclusión de una alianza diplomática y militar con Polonia en 1686. Las costumbres polacas se pusieron de moda en la Corte de Moscú en la década del setenta y especialmente en la del ochenta del siglo XVII. Una vez roto el aislamiento nacional de Moscú, era evidente que la penetración de las influencias occidentales no se limitaría a las relaciones con Polonia. Era posible prever la influencia de las Potencias del centro y el occidente de Europa. En el Moscú del siglo XVII había un suburbio en el que vivían ciudadanos de los países alemanes y anglosajones. Eran empleados, médicos, artesanos y comerciantes. Unos pocos extranjeros habían llegado en los siglos XV y XVI, pero en el siglo XVII fueron numerosos los que llegaron. A fines del XVII muchos de los caudillos políticos rusos se hallaban en contacto con extranjeros. Fué un momento decisivo cuando esas influencias alcanzaron al propio zar.

9

El zar Alejo se había casado dos veces. Tenía varios hijos de su primera esposa, y Pedro, nacido en 1672, era uno de los hijos de su segunda esposa. Como consecuencia de su segundo matrimonio la corte se dividió en dos partidos, el primero compuesto por los parientes de Alejo en virtud de su primer matrimonio, los Miloslavsky, y el segundo por sus parientes en virtud del segundo matrimonio, los Naryshkin. Ambos grupos tenían sus partidarios. Cada uno de ellos trataba de conseguir el apoyo de la guarnición de Moscú, llamada los *Streltzy*. Éstos eran regimientos de infantería organizados por Iván el Terrible. En sus momentos libres se dedicaban al comercio y a las artes y oficios. Esto creó un estrecho contacto entre ellos y la población de Moscú, pero impedía el mantenimiento de una disciplina severa entre los *Streltzy*. En la época de la muerte del zar Alejo, en 1676, se había relajado mucho la disciplina de la guarnición. La tensión nerviosa

producida en Moscú por las disputas religiosas era sentida también por los *Streltzy*, que así ofrecían un campo conveniente para la propaganda. El hijo mayor de Alejo, Feódor, quien sucedió a su padre, era un hombre enfermizo y sin energía. Cuando falleció en 1682 se produjo un choque entre los dos partidos de la Corte. Los Naryshkin reunieron a la población de Moscú en la Plaza Roja con objeto de que actuasen en sustitución del *Zemsky Sobor*, y "eligió" a su candidato, el hijo más joven de Alejo, Pedro, que tenía diez años de edad, para que ocupase el trono. Pasaron por alto a Iván, de dicisiete años, nacido del primer matrimonio de Alejo.

Dos semanas después el partido opositor de los Miloslavsky consiguió que se amotinaran los *Streltzy*. Éstos irrumpieron en el palacio, dieron muerte a varios miembros influyentes del partido de los Naryshkin y exigieron que Iván fuese nombrado zar. El conflicto se arregló conviniendo en que ambos ocupasen el trono. En la práctica, el poder pasó al partido de los Miloslavsky.

El zar Iván era un hombre débil, incapaz de gobernar. Su hermana mayor, la zarina Sofía, mujer de notable vigor intelectual, fué nombrada regente. Trató de que se adoptasen las influencias de la Rusia occidental y de Polonia, llevando a cabo poco a poco la reforma cultural del Estado moscovita. La influencia polaca encontró expresión en los asuntos de política exterior. En 1686 firmó Moscú una paz perpetua y una alianza con Polonia contra los turcos y los tártaros. Se adhirió así a la gran coalición de los Estados cristianos del este y el sur de Europa contra Turquía. Venecia y Polonia desempeñaron un papel predominante en la coalición. En 1683 el rey polaco Jan Sobieski derrotó a los turcos a las puertas de Viena, asestando así el primer golpe al poder otomano que iba decayendo poco a poco. Moscú tomó a su cargo la destrucción del Estado tártaro de Crimea, pero las dos campañas de sus tropas no lograron el fin que se proponían.

Simultáneamente con el fracaso en el sur, la política exterior de Moscú sufrió una derrota en el Lejano Oriente. Durante la primera mitad del siglo XVII aumentó continuamente sus posesiones en el este. Los comerciantes y los cosacos, así como los representantes del gobierno, avanzaban rápidamente hacia Oriente. Lo que más les interesaba eran las pieles valiosas, que conseguían mediante la caza o bien comprándolas a los nativos o exigiéndoselas como impuesto. Siguiendo a los "pioneers" individuales, el sistema administrativo del Estado moscovita organizó los nuevos territorios. La ciudad de Yakutsk, en el nordeste de Siberia, fué fundada ya en 1632, y en la década del cuarenta de ese siglo llegaron los "pioneers" al Mar de Okhotsk. Al mismo tiempo pene-

traron en el valle del río Amur, pero allí se encontraron pronto con las tropas chinas. En 1689 firmó el Estado de Moscú un tratado con China, en virtud del cual el río siguió siendo chino. Los rusos no volvieron al valle del Amur hasta mediados del siglo XIX.

10

Los fracasos en la política exterior tuvieron como consecuencia que perdiera popularidad el gobierno de la zarina Sofía. Ésta se daba cuenta, entre tanto, de que el más joven de los zares en cuyo nombre gobernaba, Pedro, se acercaba a la mayoría de edad. Sabía, como sabían todos sus cortesanos, que Pedro estaba dotado de una energía extraordinaria, de curiosidad intelectual y de un temperamento muy vivo. Era evidente que tan pronto como llegase a la mayoría de edad se apoderaría del poder para él solo.

Durante el gobierno de Sofía vivió Pedro en una aldea de las cercanías de Moscú. Creció fuera de la influencia de la educación regia oficial y, abandonado a sus propios recursos, trabó conocimiento con técnicos alemanes del suburbio germano de la capital. Con atención y sin ceremonias, aprendió de ellos todo lo que podía aprenderse acerca de las cuestiones marítimas, que le interesaban mucho. Estudió también aritmética y geometría. Organizó con sus compañeros de juego regimientos semejantes a los Boy Scouts y les hizo realizar maniobras militares.

Este período de la vida de Pedro terminó con la noticia de que el partido de la zarina Sofía preparaba un atentado contra él. No tenía más que diecisiete años entonces, pero consiguió llevar a cabo un *coup d'état* con ayuda de parte de los *Streltzy*. La zarina Sofía fué detenida y encerrada en un convento en 1689.

Pedro comenzó a ocuparse en mayor escala de las cuestiones militares y navales. Hizo algunos viajes por el Mar Blanco hasta cerca de Arcángel. La dirección de los asuntos del gobierno quedó en manos de la madre de Pedro y su grupo de partidarios. El patriarca desempeñó un papel importante. La nueva política significaba una reacción contra las influencias de la Rusia occidental y Polonia. Pero esa reacción no duró mucho tiempo. En 1695 estalló una nueva guerra con Turquía. Ello dió a Pedro la oportunidad de aplicar sus conocimientos militares y técnicos. Se mostraba ansioso de evitar los errores militares del gobierno de Sofía y eligió como objetivo la fortaleza turca de Azov, en la desembocadura del Don. Atacó a Azov con los nuevos regimientos disciplinados que había formado en base a los regimientos de

juego de su infancia. En Voronezh hizo construir rápidamente barcos con los que descendió por el Don. El primer ataque a Azov fracasó, pero al año siguiente, 1696, consiguió tomar la fortaleza. Consideró la toma de Azov como una prueba afortunada de su nuevo ejército y de sus nuevos métodos militares.

Desde entonces en adelante tomó las riendas del poder en sus manos e inició una política de estrecho contacto político con Europa. La nueva política consistía en abrir las puertas no sólo a la influencia polaca, como durante el gobierno de Sofía, sino también a la de los países de la Europa central y occidental.

CAPÍTULO VI

EL IMPERIO RUSO EN EL SIGLO XVIII

1

El reinado de Pedro el Grande inició un nuevo período en la historia de Rusia. Ésta se convirtió en un Estado típico de acuerdo con el modelo europeo. La administración y el poder judicial, el ejército y las clases sociales fueron reorganizados según las normas occidentales. La industria y el comercio del país se desarrollaron rápidamente y mejoraron mucho la enseñanza técnica y las ciencias.

En el curso de los siglos XVIII y XIX alcanzó el pueblo ruso los límites geográficos naturales de su expansión: los mares Báltico y Negro en el oeste, el Océano Pacífico en el este y la meseta de Pamir en el sur. Con excepción de los habitantes de las regiones del sudoeste —Galitzia, Bukovina y Ugro-Rusia— todas las ramas del pueblo ruso se unieron durante esos siglos en un solo Estado.

Pero los grandes triunfos del período imperial de la historia de Rusia fueron acompañados por profundos desórdenes internos. La crisis principal se produjo en la evolución de la psicología nacional. La europeización de Rusia trajo consigo nuevas ideas políticas, religiosas y sociales, que fueron absorbidas por las clases gobernantes y superiores de la sociedad, antes de que llegasen a las masas populares. En consecuencia se produjo una brecha entre lo más alto y lo más bajo de la sociedad, entre "los intelectuales" y "el pueblo". La base psicológica principal del antiguo Estado ruso, fundado en la Iglesia Ortodoxa, fué sacudida en el curso del siglo XVII y perdió poco a poco su influencia desde comienzos del siglo XVIII hasta la revolución de 1917, cuando sufrió una grave crisis. Junto con el problema religioso, los pro-

blemas políticos y sociales adquirieron un carácter agudo. Fueron causa de la nueva situación política la cesación de los *Zemsky Sobors* en 1682, lo que privó al pueblo del poder político, y la abrogación de la autonomía local en 1708.

El gobierno sintió agudamente su falta de contacto con el pueblo como consecuencia de las reformas de Pedro. Pronto se dió cuenta de que la mayoría no simpatizaba con el programa de europeización. Para llevar adelante sus reformas, el gobierno se vió obligado, en consecuencia, a obrar con dureza, como lo hizo en efecto, Pedro el Grande. Más tarde se hizo habitual y tradicional la idea del absolutismo. Entre tanto, el pensamiento político occidental influyó en los círculos europeizados de la sociedad rusa, que absorbieron las ideas del progreso político y pronto se mostraron dispuestos a luchar con el absolutismo. Así, las reformas de Pedro pusieron en movimiento fuerzas políticas que el gobierno no fué capaz de dominar más tarde.

Complicó la crisis política la inestabilidad social. Las barreras entre las clases se fueron haciendo más rígidas a medida que pasaba el tiempo, y se llegó a un período en que sólo el gobierno autocrático era capaz de mediar entre los diversos grupos de la sociedad.

2

El carácter de Pedro el Grande alcanzó su pleno desarrollo después de las campañas del Azov en 1695-96. Sus rasgos característicos principales eran una energía y una perseverancia físicas enormes, combinadas con la actividad intelectual y la decisión. Pedro no respetaba las tradiciones ni la autoridad. Su mente buscaba conocimientos tan constantemente como sus manos trabajo. No podía estar un instante inactivo. No se contentaba con los conocimientos teóricos, sino que deseaba comprobarlo todo por sí mismo. Por esta razón trabajó como carpintero en los muelles cuando construía la nueva armada rusa, y sacó dientes cuando quiso estudiar medicina. Tenía una naturaleza imperiosa que no admitía contradicción. Exigía que todos se sometiesen a su voluntad sin discutir y era capaz de una gran crueldad.

Se interesaba en primer término por el bien, no del pueblo ruso, sino del Estado ruso. Su famosa orden antes de la batalla de Poltava ilustra este principio: "No penséis en Pedro; lo único que importa es que Rusia siga viviendo". Se exigía a sí mismo tanto como a los demás y nada le detenía en la obtención de beneficios para el Estado, tal como él los concebía. Como sentía

un gran respeto por las ciencias y las técnicas europeas, esperaba que lo sintieran también sus subordinados. Actuaba impulsivamente. Consiguió hacer grandes cosas: creó un ejército de primera clase y la mejor cancillería que haya tenido nunca Moscú. Fijó también su atención en los detalles: exigió que todos sus súbditos vistiesen a la europea y se afeitasen la barba. Lo consiguió únicamente con respecto a los oficiales del ejército, los funcionarios civiles y los nobles. Examinaba personalmente la ejecución exacta de sus órdenes, sin distinguir entre los asuntos de grande o pequeña importancia, y amenazaba con severos castigos a quienes no las cumplían.

Al llevar adelante sus reformas no tuvo en cuenta para nada la psicología nacional. Por este motivo tanto sus admiradores como sus enemigos lo consideraban como un hombre ajeno al espíritu ruso. Mas a pesar de toda su oposición aparente a la tradición y las costumbres rusas, era un ruso típico.

3

La toma de Azov fué la primera prueba a que se sometió el nuevo ejército "regular". Pedro se dió cuenta de que Rusia era capaz de vencer a Turquía y de poner el pie en la costa del Mar Negro. Deseaba continuar la guerra con Turquía en gran escala y para ese fin consideraba esencial contraer alianzas con los Estados europeos. Así surgió la idea de la Embajada Rusa Extraordinaria que debía recorrer todas las cortes principales de Europa. La embajada salió de Moscú en la primavera de 1697. El personal incluía a Pedro, quien viajaba de incógnito con el nombre de Pedro Mijáilov. La ruta seguida fué en primer lugar Riga, en esa época ciudad sueca, y luego Curlandia, el Electorado de Brandeburgo (Prusia), Holanda, Inglaterra, y el regreso por Holanda hasta Viena. Pedro pensaba seguir de Viena a Venecia, pero llegó de Moscú la noticia de que los *Streltzy* se habían rebelado y regresó apresuradamente a su capital en el verano de 1698.

La embajada no consiguió lo que había proyectado la diplomacia rusa, a saber, la creación de una alianza de toda Europa contra los turcos. El momento estaba mal elegido. Europa se hallaba ocupada con la lucha entre los Habsburgo y los Borbones. El único Estado que se interesaba directamente por la guerra contra los turcos era Venecia, y fué precisamente ese Estado el que no visitó Pedro. Aunque no consiguió su propósito, la embajada de 1697-98 tuvo importantes consecuencias. Puso a cierto

número de rusos talentosos en contacto directo con Europa e influyó particularmente en el zar Pedro. Éste tuvo la oportunidad de satisfacer su anhelo de conocer la técnica europea. En Holanda e Inglaterra dispuso de tiempo para estudiar la construcción de buques, y en Holanda trabajó como carpintero en los astilleros. La embajada contribuyó decisivamente a la europeización cultural de Rusia.

Tuvo también consecuencias diplomáticas. Desvió la atención de Pedro de los turcos para fijarla en otras cuestiones. El zar observó que en algunos Estados bálticos, entre ellos Brandeburgo (Prusia), Polonia y Dinamarca, tomaba cuerpo la idea de una guerra con Suecia, país que entonces dominaba la mayor parte de la costa del Mar Báltico. Pedro decidió aprovecharse de esta situación e intervenir en la lucha. Así sucedió que fué a Europa con la idea de luchar contra los turcos y regresó con la de combatir con los suecos.

A su regreso a Moscú en agosto de 1698, lo primero que hizo fué investigar la sublevación de los *Streltzy*, que había sido reprimida antes de su llegada. Luego comenzó a prepararse para la guerra con Suecia. Firmó un tratado con el rey de Polonia, Augusto II, y el rey Cristián de Dinamarca, pero se negó a iniciar la nueva guerra antes de hacer la paz con los turcos. En el verano de 1700 firmó un plenipotenciario ruso un tratado de paz con Turquía en Constantinopla, tratado en virtud del cual Azov fué anexado por Rusia. Inmediatamente después de recibir la noticia de que se había firmado la paz con Turquía, Pedro lanzó un ejército contra la ciudad sueca de Narva en el Golfo de Finlandia. Era la jugada que acostumbraba a realizar Moscú en todas sus guerras con Suecia.

La guerra se inició de una manera muy desfavorable para Pedro y sus aliados. El joven rey Carlos XII venció a Dinamarca en una sola batalla y luego se volvió contra Rusia. El ejército ruso fué derrotado en Narva. Carlos, creyendo que había terminado con los rusos, se volvió contra Augusto. Esto le obligó a salir de Rusia y, según las palabras de Pedro, "se quedó clavado en Polonia". Esta circunstancia salvó a Pedro. La derrota de Narva no destruyó su ambición militar, sino que, por lo contrario, le dió un estímulo poderoso. Entonces comenzó su febril actividad para organizar el ejército ruso de acuerdo con nuevos métodos. Envió fuerzas auxiliares a Polonia y Lituania en ayuda de Augusto, pero su atención se dirigió principalmente a la costa del Báltico.

En el curso de los años 1701-04 conquistó a Ingria. En mayo de 1703 fundó la ciudad de San Petersburgo. Su construcción en

los pantanos del Golfo de Finlandia, la conscripción de reclutas para el ejército, la recolección y el transporte de abastecimientos exigieron grandes sacrificios a la población. Pedro exigía constantemente más dinero y hombres. El descontento popular se manifestó en una serie de revueltas. En 1705 se produjo en Astrakán un levantamiento contra los *boyardos* y los "germanos". La palabra *Niemetz* (germano) significaba en el lenguaje popular cualquier extranjero. Al mismo tiempo se produjo otra sublevación entre los *bashkires*, que no fué reprimida hasta 1709. En 1707 se sublevaron los cosacos del Don, cuando Pedro envió allá un ejército para que capturase a los ladrones y los esclavos que se habían escapado. Los cosacos más pobres, bajo la dirección de Bulavin, se impusieron a los cosacos ricos y el levantamiento tomó un aspecto amenazador. Pedro se vió obligado a enviar al Don fuerzas mayores. Bulavin fué hecho prisionero en Cherkassk, donde se suicidó en 1708. Sus cómplices se refugiaron en el Kuban. Todos estos levantamientos fueron reprimidos con gran dificultad. En un momento pareció que todo el sudeste de Rusia se iba a sublevar. Salvaron la situación los calmucos de Astrakán, cuyo Khan envió una gran fuerza militar de más de veinte mil hombres para ayudar a restablecer el orden.

Simultáneamente creció el peligro exterior. Carlos expulsó a Augusto de Polonia, lo persiguió hasta la frontera de Sajonia y lo obligó a firmar una paz separada en 1707. Polonia eligió un nuevo rey, Stanislav Leszczynsky, bajo la presión de Carlos, a quien ayudaba. A fines de 1707 los suecos se lanzaron contra Rusia. A comienzos de 1708 tomó Carlos la ciudad de Grodno y el ejército ruso escapó apenas de una derrota aplastante. Desde Grodno atacó Carlos a Mogilev; Pedro esperaba un nuevo avance contra Smolensko y Moscú, y la capital fué fortificada apresuradamente. Pero Carlos se volvió inesperadamente hacia el sur, con dirección a Ucrania, sin esperar a que llegase de Latvia un cuerpo auxiliar que escoltaba grandes cantidades de pertrechos militares y provisiones, confiando únicamente en la ayuda del hetman Mazepa, quien se proponía abandonar a Pedro e inició negociaciones con el nuevo rey de Polonia, Stanislav, ya en 1707. Carlos pensaba prudentemente en complementar su ataque militar contra Rusia con un levantamiento político organizado contra el gobierno ruso. Las fuerzas germano-austríacas siguieron su ejemplo en la primera guerra mundial. Pero valoró excesivamente la fuerza de Mazepa, quien se le unió con un grupo insignificante de cosacos. Al no esperar en Mogilev, había cometido un gran error. En septiembre de 1708 derrotó Pedro a la fuerza

auxiliar cerca de la aldea de Lesnaya y se apoderó de toda la columna de abastecimientos sueca.

En 1709 llegaron las cosas a su culminación. Pedro consideró necesario salvar a Poltava de Carlos y Mazepa, pues esa ciudad era la clave del camino a Voronezh, la base principal de la flota rusa en el sur, que contenía grandes reservas de cereales. La batalla de Poltava fué decidida principalmente por la superioridad de la artillería de Pedro. El ejército sueco quedó completamente derrotado. Algunos días después se entregaron los restos a Menshikov, quien los alcanzó al cruzar el Dniéper. Sólo Carlos y Mazepa consiguieron cruzar el Dniéper con un pequeño séquito y huyeron a Turquía. La victoria de Poltava tuvo grandes consecuencias. Stanislav Leszczynski tuvo que salir de Polonia y Augusto reconquistó el trono y declaró la guerra a Suecia.

Carlos no se apresuró a regresar de Turquía, sino que trató de utilizar su presencia allí para arrastrar a ese país a la guerra con Rusia. Sus intrigas obtuvieron buen éxito. Hacia fines de 1710 Turquía declaró la guerra a Rusia. Pedro decidió emprender una guerra ofensiva. Como fué imposible formar una alianza europea contra los turcos, volvió al plan de su predecesor, Alejo Mijáilovich, y utilizó para su propósito las simpatías de los súbditos ortodoxos del Sultán: los eslavos, rumanos y griegos. Le prometieron su ayuda los príncipes de Moldavia y Valaquia y se dirigió hacia el Danubio con un pequeño ejército de no más de cuarenta mil hombres. Sus tropas comenzaron pronto a sufrir la falta de las provisiones que habían prometido los príncipes, pero que nunca llegaron. Cuando llegó al río Pruth, Pedro se encontró rodeado por un gran ejército turco de 200.000 hombres. Consideró como un golpe de buena suerte que el visir accediera a entrar en negociaciones de paz, en las que tuvo que ceder a los turcos la ciudad de Azov, conseguida anteriormente con esfuerzos tan extraordinarios.

La campaña turca de Pedro destruyó el prestigio militar que había adquirido con la victoria de Poltava y prolongó la guerra con Suecia. Pedro la prosiguió, empero, con gran energía. En 1714 obtuvo la flota rusa una gran victoria sobre la sueca en Gangut. Pedro tomó, además, las islas Aaland y desde ellas pudo amenazar a Estocolmo. Éste fué el momento decisivo de la guerra. En 1717-18 se iniciaron negociaciones de paz entre Pedro y Carlos, quien entre tanto había regresado de Turquía a Suecia.

Interrumpió estas negociaciones la muerte de Carlos y siguió la guerra durante otros tres años. Por fin Suecia se vió obligada a firmar la paz. El Tratado de Nystadt del 30 de agosto de 1721 cedió Ingria, Estonia y Latvia a Rusia. San Petersburgo —que

según las palabras de Pedro era una "ventana a Europa"— quedó realmente seguro. Rusia consiguió un fácil acceso a las costas del Mar Báltico. La lucha de siglos le había dado por fin, al parecer, una posición favorable. En virtud de la Paz de Brest-Litovsk, del 3 de marzo de 1918, Rusia perdió todo lo que había adquirido Pedro en el Báltico con excepción de Ingria.

El Senado confirió a Pedro los títulos de "Padre de su país, Emperador y Grande" (Pater Patriæ, Imperator, Maximus). La idea bizantina del zar fué cambiada por la idea latina del emperador. Éste se apresuró a asegurar la posición de Rusia en el Mar Báltico mediante una serie de casamientos diplomáticos. Una de sus sobrinas se casó con el duque de Curlandia, y otra sobrina, Catalina, con el duque de Mecklenburgo. Arregló también el casamiento de su hija Ana con el duque de Holstein. Estas relaciones bálticas de la casa imperial rusa produjeron más tarde a la nación muchas preocupaciones y ejercieron una influencia desafortunada en su política exterior.

4

La gran tensión producida por las guerras incesantes de Pedro fué causa de constantes desórdenes, primero en Moscú, como la sublevación de los *Streltzy* en 1698, y luego en las provincias, como los encabezados por Bulavin, Mazepa y otros. Pedro reprimió con buen éxito todas estas rebeliones, gracias a la nueva organización del ejército y del Estado. Había combinado la nueva técnica europea con la antigua organización moscovita del ejército. El secreto de la disciplina de sus tropas estaba en la importancia excepcional de los regimientos de la Guardia, compuestos enteramente de nobles.

Los órganos de gobierno fueron también reformados para ponerlos de acuerdo con los principios gubernativos europeos. Rusia fué dividida en provincias gubernamentales en 1708. El Senado fué colocado a la cabeza de la administración en 1711. Más tarde, para dirigir las distintas funciones del gobierno central, se crearon "*collegia*" dirigidos por consejos y no por ministros individuales.

En 1716 se publicaron los estatutos del ejército. Se basaban en los modelos sueco y alemán. Los severos reglamentos del procedimiento militar fueron aplicados a las faltas criminales y civiles en general. Con anterioridad a esas reformas se simbolizó la nueva orientación de la política con la transferencia de la capital de Moscú a San Petersburgo. El Estado "reglamentado" que creó Pedro se basaba en el estricto sometimiento de todas las personas

y las clases a sus intereses. Pedro se consideraba como su primer servidor. Se exigía a la nobleza que prestase un servicio militar ilimitado, a las clases comerciante e industrial que diesen su ayuda económica, a los campesinos que proporcionasen reclutas y abastecimientos al ejército y todos los servicios relacionados con él, así como obreros y caballos para la construcción de nuevas ciudades y fábricas. También se les sometió a impuestos. Pedro consideraba tanto a los siervos de propiedad privada como a los de propiedad del gobierno como pertenecientes al Estado. Los que pertenecían a los *pomiestchiks* pagaban impuestos menores, puesto que ya tenían que pagar una parte a sus amos para que éstos, a su vez, pudieran servir al gobierno.

La carga creciente de los servicios al Estado produjo un gran descontento en el pueblo. Esta reacción fué quizá todavía más peligrosa para Pedro que las sublevaciones francas. Tanto las clases inferiores como las superiores hervían en descontento. Los círculos superiores de la aristocracia de Moscú —los *boyardos*— se sentían especialmente molestos porque Pedro no respetaba la antigüedad, sino sólo las capacidades individuales. Esta actitud fué formulada más tarde en la Tabla de Rangos publicada en 1722. El rango inferior como oficial, el de teniente, otorgaba la nobleza hereditaria a su posesor. La aristocracia de servicio o *dvoriantsvo* sustituyó a la aristocracia de nacimiento. Naturalmente, los nobles hereditarios quedaron disgustados con las reformas.

La Iglesia quedó también descontenta, pues Pedro rebajó su posición. El zar no era ateo, pero su fe no era la fe rusa tradicional. Muy influído por el protestantismo, creía que la Iglesia rusa debía ser reorganizada de acuerdo con los nuevos modelos europeos. Además, el protestantismo contribuía a someter a la Iglesia al emperador. *"Cujus regio, ejus religio."*

Bajo la influencia del protestantismo llegó Pedro a la conclusión de que la independencia de la Iglesia era perjudicial y debía subordinarse al poder civil. Cuando murió el patriarca Adriano, en 1700 se negó a permitir la elección de un nuevo patriarca. El trono patriarcal quedó vacante y sólo se designó un guardián del mismo.

Al reorganizar las ramas superiores de la administración, en la segunda mitad de su reinado, Pedro creó un *collegium* clerical para el gobierno de la Iglesia rusa. Este cuerpo recibió posteriormente el nombre de Santo Sínodo, pero su carácter no cambió. Así, el órgano superior del gobierno religioso se convirtió en un instrumento burocrático sometido al emperador. El número de sacerdotes fué limitado y Pedro promulgó algunas leyes contra el monasticismo. Se organizó un "Consejo de cómicos y borrachos"

para diversión de Pedro, una parodia grotesca del ritual eclesiástico. Sus personajes principales eran el "Príncipe Papa" y el "Príncipe Patriarca". Todo esto explica la oposición de la Iglesia.

Sin embargo, la oposición de la Iglesia, la nobleza y los campesinos, no estaba lo bastante bien organizada para producir un levantamiento. Pero encontró un caudillo muy cercano al emperador. Era el zarevich Alejo, hijo de Pedro por su primer matrimonio. El zar se separó pronto de su esposa para vivir con una prisionera latvia, Skavronskaya, con la que se casó más tarde y que tomó el nombre de Catalina Alexeievna. Sus hijas Ana e Isabel lo eran de su segundo matrimonio. La rivalidad política trajo consigo una tragedia familiar. A consecuencia de una disputa con su padre, Alejo huyó al extranjero. Temiendo que alguna Potencia extranjera lo utilizase como un medio para perturbar la situación interna de Rusia, Pedro envió agentes que, mediante promesas fraudulentas, consiguieron convencer a Alejo para que regresase a Rusia. Allí fué detenido, juzgado y condenado a muerte en 1718. El zarevich murió varias horas antes del momento señalado para la ejecución, a causa de la postración nerviosa y los efectos de la tortura. Cierto número de sus partidarios fueron torturados y ejecutados. En adelante disminuyó la oposición y ni siquiera después de la muerte de Pedro en 1725 se reanudó inmediatamente.

5

Ante la insistencia de los regimientos de la Guardia, la viuda Catalina fué designada sucesora, pero la soberanía pasó de hecho al Consejo Secreto Supremo, que comprendía a los personajes principales de la nueva aristocracia de Pedro, Menshikov, Tolstoy, Osterman y otros. Sólo un miembro del Consejo, el príncipe Golitsyn, pertenecía a la antigua aristocracia. El Consejo Secreto Supremo siguió ocupándose de los asuntos del gobierno hasta después de la muerte de Catalina en 1727, pero muy pronto cambió la situación política. El nuevo emperador, Pedro II, hijo de Alejo, sólo tenía doce años de edad. Su coronación fué seguida por una reacción. La antigua oposición a las reformas de Pedro levantó su cabeza. La Iglesia y los *boyardos* reaparecieron en la escena política. La Corte imperial se trasladó a Moscú, aunque San Petersburgo no dejó de ser la capital. Los miembros del Consejo Secreto Supremo fueron cambiados por completo gracias a las intrigas del grupo reaccionario, que consiguió alejarlos uno por uno. Los sustitutos pertenecían al viejo partido aristocrático. Muy pronto, con

excepción de Osterman, todos los miembros del Consejo pertenecían a las familias Golitsyn o Dolgoruky. Cuando el joven emperador murió de viruelas antes de su coronación, en 1730, el Consejo Secreto Supremo actuó como regente. Decidió invitar a ocupar el trono a una de las sobrinas baltas de Pedro el Grande, Ana de Curlandia.

Antes de ser investida con el poder imperial, Ana tuvo que firmar ciertas "condiciones", de acuerdo con las cuales el verdadero poder del Estado pasaba de la emperatriz al Consejo Secreto Supremo. El Imperio ruso se convirtió así en una oligarquía. La noticia de las "condiciones" en favor del Consejo provocó agitación entre los oficiales de la Guardia, quienes se habían reunido en Moscú en gran número para asistir a la coronación de Pedro II. La ciudad se convirtió en escenario de una actividad política desacostumbrada; se realizaron mítines, se trazaron planes para construir una Cámara de Nobles en el gobierno, que ayudase al Consejo Secreto Supremo. Pronto se hizo evidente que la mayoría de los oficiales de la Guardia se oponía a los privilegios oligárquicos del Consejo. Les interesaban mucho las cuestiones que afectaban a la limitación del servicio militar y deseaban terminar con el servicio de los nobles como soldados corrientes en los regimientos de la Guardia. Durante el reinado de Pedro los nobles estaban obligados a servir en el ejército sin límite de tiempo. Deseaban igualmente que fuesen derogadas las restricciones sobre la herencia de las propiedades nobiliarias. La nueva emperatriz sabía cómo aprovecharse del descontento de los oficiales y les prometió privilegios civiles y económicos. Las "condiciones" fueron anuladas, el Consejo Secreto Supremo fué disuelto y el poder autocrático triunfó de nuevo.

6

El reinado de la emperatriz Ana se caracterizó por la ascendencia del partido báltico germano en la Corte rusa. Los favoritos de la emperatriz eran ahora Biren, el duque de Curlandia, Osterman y el mariscal de campo Münnich. Después de la muerte de Ana, durante el breve reinado de Iván VI, nieto de su hermana Catalina, duquesa de Mecklenburgo, los miembros del grupo alemán gobernante comenzaron a intrigar los unos contra los otros. Esta circunstancia hizo posible un *coup d'état.* Los oficiales de uno de los regimientos de la Guardia llamaron a la hija de Pedro, Isabel, para que ocupase el trono, y el joven emperador Iván VI fué detenido el 5 de enero de 1742.

Los miembros principales del grupo que apoyaba a Isabel —los Vorontsov, los Shuvalov, los Chernyshev y otros— pertenecían a la clase media rusa. El triunfo del partido "ruso" sobre el "alemán" no trajo consigo una vuelta a los ideales nacionales que habían prevalecido antes del reinado de Pedro. La influencia cultural alemana en la Corte fué sustituída por la de la cultura francesa. En adelante las influencias francesa, inglesa y alemana, se mantuvieron en la Corte hasta mediados del siglo XIX.

Durante los reinados de Ana y de Isabel no tuvo que hacer frente Rusia a problemas exteriores concretos y no consiguió alcanzar resultados permanentes con respecto a Europa. La política austríaca, y más tarde la francesa, ejercían su presión sobre ella y en parte decidían su actividad. Durante el reinado de Ana intervino Rusia en los asuntos polacos y se opuso al candidato francés al trono de Polonia. Esta lucha no afectó a los intereses rusos. La guerra con Turquía tampoco tuvo consecuencias, a pesar de las brillantes victorias de Münnich.

Durante el reinado de Isabel, Rusia participó con Austria y Francia en la guerra de los Siete Años contra Prusia. La guerra le fué favorable. La Prusia Oriental fué ocupada por el ejército ruso a las órdenes del general Saltykov, quien, junto con los austríacos, infligió una derrota decisiva a Federico el Grande en Kunersdorf, en 1759. Las tropas rusas ocuparon Berlín, pero la muerte de Isabel en 1762 puso fin a las conquistas. El sucesor de Isabel, un sobrino de Holstein, Pedro III, era un admirador ardiente de Federico y firmó inmediatamente una paz separada. Pedro III quería ir todavía más allá y enviar un ejército en ayuda de Prusia contra los recientes aliados de Rusia, Austria y Francia. Esta intención, empero, provocó un motín de oficiales y el trono de Rusia fué entregado a la esposa de Pedro, Catalina, alemana de nacimiento, princesa de Anhalt-Zerbst, en 1762.

El período de casi cuarenta años desde 1725 hasta 1762, o sea entre la muerte de Pedro el Grande y la coronación de Catalina II, tuvo poca importancia en la política exterior de Rusia con respecto a Europa. Aunque fué también improductivo en cuanto a los cambios internos, tuvo no obstante gran importancia en la política oriental del Imperio. Precisamente en esa época se sentó una sólida base para el nuevo período de la expansión rusa hacia Oriente. Las líneas principales de la nueva política oriental fueron trazadas por Pedro el Grande, quien colocó sus hitos tanto en el Lejano como en el Medio Oriente. Trató de entablar relaciones con China. Envió una embajada a Pekín en 1720-22. Entró también en relaciones con el Japón. Cuando los cosacos rusos ocuparon Kamchatka en 1697, encontraron un japonés sobreviviente

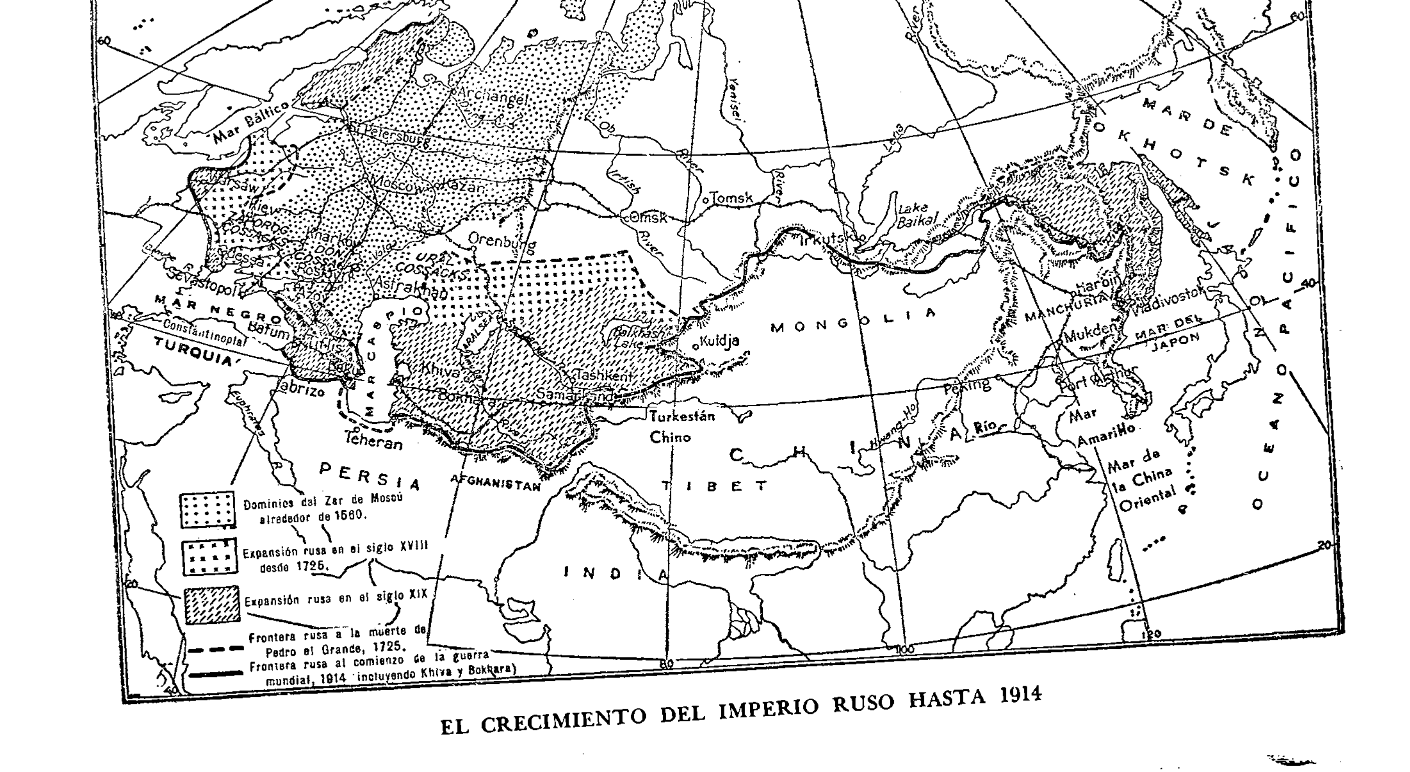
de un naufragio. Pedro lo llamó a Moscú y le ordenó que enseñase el idioma japonés a varios muchachos rusos. Después de la muerte de Pedro firmó Rusia un tratado permanente con China. Las relaciones comerciales entre rusos y chinos se limitaban a un solo punto: Kyakhta-Maimachin, en la frontera siberiana-mogólica; Rusia obtuvo el derecho permanente a tener en Pekín una misión religiosa, que al principio fué también una misión diplomática.

Pedro organizó además la Expedición Behring, enviada para averiguar si Asia y América estaban o no unidas. El hecho de que este problema había sido ya resuelto por Dezhnev en 1648 no era conocido en San Petersburgo. La primera expedición de Behring en 1724-30 tuvo pocos resultados prácticos, pero en 1732 el navegante Fedorov y el geodesta Gvozdev encontraron la "Gran Tierra", el continente americano, en Alaska. En el curso de la siguiente década, de 1733 a 1743, el gobierno ruso organizó la llamada "Gran Expedición Nórdica", que tuvo inmensa importancia científica y constituyó una de las empresas más notables en la historia de la ciencia. En 1741 el capitán Behring llegó a la costa de América en la latitud 58° 28′ N. El capitán Chirikov, al mando de otro barco, llegó también a América en la latitud 56° N., pero no pudo descender a tierra. La tripulación de Chirikov adquirió en esas islas cercanas a Alaska muchas pieles valiosas que estimularon la iniciativa de los comerciantes siberianos. El primer "viaje comercial por mar" fué realizado en 1743 y le siguieron otros muchos.

El Medio Oriente llamaba la atención de Pedro no menos que el Lejano Oriente. El objetivo de su política en esta región era establecer relaciones comerciales directas con la India. Esto no era fácil de conseguir. El primer plan del gran emperador consistía en tratar de conquistar a los Khanatos del Asia central, Khiva y Bokhara. Este plan fracasó. Una división de tropas rusas enviada a Khiva fué traicionada y destruída en 1717. También fracasó el intento de expansión ruso por el Medio Oriente desde el río Irtysh. Pero el fracaso no puso fin a las esperanzas de Pedro y en 1721 fué enviado a Khiva y Bokhara un delegado ruso.

La política que seguía el emperador provocó los temores de Persia, que tuvieron como consecuencia una guerra en 1722. Consideraba a ese país como un paso en el camino a la India. Uno de sus contemporáneos expuso su política del siguiente modo: "Las esperanzas de Su Majestad no se referían únicamente a Persia; si hubiese tenido buena suerte en aquel país y viviese todavía habría tratado, por supuesto, de llegar a la India y hasta China. Se lo oí decir a Su Majestad misma".

El ejército ruso marchó desde Astrakán hacia el sur a lo



EL CRECIMIENTO DEL IMPERIO RUSO HASTA 1914

largo de la costa occidental del Mar Caspio y ocupó las ciudades de Derbent y Bakú. Mediante la paz de 1723 Rusia obtuvo de Persia toda la costa occidental y meridional de ese mar. Después de la muerte de Pedro el gobierno ruso renunció a esas adquisiciones en vista de lo mucho que costaba defenderlas. Fueron devueltas a Persia (1729-35). Como consecuencia de la guerra Pedro pensó en abrir una ruta marítima a la India. En diciembre de 1723 zarparon de Revel dos barcos de guerra. El vicealmirante que los mandaba recibió dos instrucciones, una ordenándole que se apoderase de Madagascar, y la otra que navegase hasta las Indias Orientales y Bengala. Sin embargo, las esperanzas no se cumplieron, pues los buques no eran adecuados para tan largo viaje y uno de ellos hizo agua tan pronto como entró en alta mar.

En la época de la muerte de Pedro, la frontera del Imperio ruso en el Medio Oriente formaba un ángulo desde los montes Altai, río Irtysh abajo, hasta Omsk, y desde Omsk hasta la parte superior del río Yaik y desde allí, a lo largo del Yaik, hasta el Mar Caspio. La estepa del Medio Oriente se hallaba en la misma frontera rusa. El Yaik era una barrera débil y los pueblos indómitos de la estepa entraban y salían en los territorios del Imperio ruso sin siquiera darse cuenta de ello.

Tres grupos etnográficos principales tenían que ser tenidos en cuenta en esa época por la política rusa. Los bashkires, los calmucos y los kirghises recorrían una enorme área situada aproximadamente entre el río Volga, los Altai y las montañas deT'ienshan. Los kirghises se dividían en tres hordas: la mayor, la mediana y la más joven. La presión de los calmucos los obligó a buscar la ayuda de los rusos.

Iván Kirilov, uno de los estadistas más destacados de Rusia en el siglo XVIII, aprovechó esta situación. Consideraba a la horda de los kirghises como la clave de todos los países asiáticos e insistió en que se construyese una ciudad en la desembocadura del río Or, en los Urales meridionales. Su plan consistía en extender el dominio ruso hasta el este del Mar de Aral, y soñaba con "apoderarse de las provincias de Bokhara y Samarkand", es decir, con ocupar el Turquestán.

La emperatriz Ana aprobó la política de Kirilov y éste fué nombrado jefe de la expedición al río Or. Comenzó por reprimir un levantamiento de los bashkires que se oponían a la extensión del dominio ruso hasta los Urales meridionales y puso los cimientos de una nueva ciudad en la confluencia de los ríos Or y Yaik en 1736, ciudad que recibió el nombre de Orenburg y más tarde de Orsk.

Kirilov falleció en la primavera de 1737, pero su plan no fué

abandonado. En 1742, el nuevo representante del gobierno, que era también discípulo de Pedro, trasladó la ciudad a otro lugar cercano a la desembocadura del río Samara e hizo construir líneas fortificadas desde Orenburg hasta Samara y el Mar Caspio, para hacer cumplir la promesa de obediencia de los bashkires, los calmucos y los kirghises. En 1754-55, como consecuencia de las medidas opresivas del gobierno ruso contra los mahometanos, se produjo otra sublevación de los bashkires bajo la dirección de Batyrsha, quien trató, sin éxito, de sublevar a los kirghises. Nepliuev, el sucesor de Kirilov, consiguió el apoyo de los pobladores que ocupaban las tierras de los bashkires como arrendatarios, pero aunque llevó adelante las ideas de su predecesor, no logró llevar el poder de Rusia hasta el Mar de Aral.

7

El reinado de Catalina II, de 1762 a 1796, suscitó nuevos problemas en la política exterior rusa y transfirió la atención de la diplomacia del Lejano y el Mediano Oriente al Cercano Oriente y el Occidente. El Lejano Oriente fué abandonado a la iniciativa de los comerciantes particulares. En la segunda mitad del siglo XVIII fundaron éstos colonias rusas en América, en Alaska y en las islas vecinas. Mostró una energía especial el comerciante Gregorio Shelekhov, apodado el "Colón ruso". Había emigrado a Siberia a la edad de veintiocho años; en 1777 fletó su primer barco a las islas Kuriles y luego hizo varios viajes a las islas Aleutianas. Formó en 1784 una compañía comercial con los hermanos Golikov y ocupó la isla de Kadiak cerca de Alaska. Desde este centro la compañía Shelekhov aumentó rápidamente sus posesiones en el continente. Su principal actividad consistía en la compra de pieles valiosas de foca y castor a los nativos.

En cuanto al Medio Oriente, el gobierno de Catalina II aspiraba sobre todo a mantener la paz entre los pueblos turcos apoyando oficialmente la religión mahometana, en contraste con la política rusa durante el reinado de la emperatriz Isabel. Catalina publicó en 1785 un edicto proclamando la tolerancia religiosa. El gobierno ruso comenzó inmediatamente a interesarse mucho por la educación de los kirghises y se publicaron libros de texto en idioma kirghiz junto con el ruso. Mullahs de Kazán fueron nombrados maestros de los nativos a falta de candidatos preparados entre los rusos y kirghises. Estas medidas estimularon artificialmente el mahometismo y la cultura mahometana medieval entre los kirghises.

8

La política exterior de Catalina en Occidente se divide en dos períodos distintos. El primero, anterior a 1780, se caracterizó por la existencia de la llamada "alianza nórdica" entre Rusia, Inglaterra, Prusia y Suecia. El segundo se caracterizó por el entendimiento entre Rusia y Austria. El punto decisivo entre los dos períodos de la diplomacia de Catalina fué la "Ley de neutralidad armada" de 1780. Fué publicada en relación con la guerra de independencia norteamericana y favoreció a las colonias revolucionarias contra Inglaterra. Insistía en el derecho de los barcos neutrales a comerciar con los Estados beligerantes e importar toda clase de mercaderías con excepción de armas y municiones.

La política europea de Catalina giraba alrededor de las cuestiones polaca y turca. Su primer problema consistía en decidir la suerte de los territorios rusos occidentales, una gran parte de los cuales se hallaban en poder de Polonia a comienzos del siglo XVIII. El segundo consistía en extender los territorios de Rusia hasta las costas del Mar Negro, las cuales formaban la frontera natural del Estado.

La cuestión polaca se planteó por primera vez con respecto a los derechos de la población ortodoxa de Polonia y Lituania. Durante el *rapprochement* diplomático de Rusia y Polonia, a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, la población ortodoxa del segundo país estuvo sometida a la polonización y la conversión forzosa a la Iglesia Unificada. El rey de Prusia, Federico II, protegía los derechos de los protestantes de Polonia. La diplomacia rusa, en consecuencia, buscó un acuerdo con Prusia. Entre tanto, el *Seim* polaco rechazó el pedido de derechos de los "disidentes", es decir, de las partes no católicas de la población. Esto provocó disputas entre los diversos partidos de la nobleza polaca, disputas que a su vez trajeron consigo una intervención de las Potencias y el reparto del país. Prusia obtuvo la Polonia occidental, poblada principalmente por polacos; Austria se quedó con Galitzia, poblada por polacos y ucranios; y Rusia obtuvo Polotsk, Vitebsk y Mogilev, pobladas por rusos blancos. Diecinueve años después, bajo la influencia de las ideas revolucionarias procedentes de Francia, se produjeron grandes cambios en Polonia. El 3 de mayo de 1791 aprobó el *Seim* una nueva Constitución. El derecho al *liberum veto* fué anulado; el poder central quedó fortalecido. La Constitución del 3 de mayo convirtió al anterior Estado polaco sin cohesión en un Estado centralizado. El Gran Ducado de Lituania fué incorporado oficialmente a Polonia. Esta Constitución significó un

gran paso hacia adelante en la evolución de ese país, pero c respecto a Lituania y a la Rusia occidental señaló la culmina de la política de polonización forzosa. Aunque la Constitución pro tegía los derechos de los ciudadanos polacos, no tenía en cuen los de la población lituana y rusa. Su publicación provocó un guerra civil. Los sectores conservadores de la nobleza polaca, dis gustados, pidieron la intervención de Catalina. Rusia envió trop a Polonia y ocupó Varsovia. El segundo reparto tuvo lugar en 179 Rusia se quedó con una parte considerable de los territorios rus occidentales: Minsk, parte de Volhynia y Podolia. La fronte entre Polonia y la Unión Soviética, de 1921 a 1938, correspon aproximadamente a la frontera ruso-polaca después del segun reparto. Prusia ocupó a Poznan. Lo que quedó del reino polac se vió obligado a anular la Constitución del 3 de mayo. En 179 se produjeron en Varsovia y Cracovia levantamientos organiza por los patriotas polacos, en protesta contra la situación de su paí La guarnición rusa tuvo que retirarse de la ciudad cuando uno dos mil soldados que dormían fueron muertos durante la noch por los sublevados. Un gobierno polaco revolucionario, encab zado por Kosciuszko, quedó constituído. Este gobierno declaró guerra a Prusia y Rusia. Catalina envió contra él las mejor tropas rusas, mandadas por Suvorov. Éste ocupó en 1794 a Pra suburbio de Varsovia. Previamente, otro destacamento del ejérci ruso hizo prisionero a Kosciuszko. Después de esto Polonia de de existir como Estado separado. En virtud del tercer repa de 1795, Prusia recibió la Mazowia, con la ciudad de Varsov Austria se quedó con la Pequeña Polonia, con la ciudad de Cra covia; y Rusia ocupó Curlandia, Lituania y la parte occident de Volhynia, es decir, los territorios poblados por ucranios, litu nos y letones. Como resultado de los repartos de Polonia, Rusi volvió a apoderarse de todos sus territorios del sudoeste, con ex cepción de Kholm, Galitzia, la Rusia Carpática y la Bukovina.

9

Una solución de la cuestión del Mar Negro era esencial par Rusia, tanto por razones económicas como políticas. Sólo llegan al Mar Negro y destruyendo el Khanato de Crimea podía librar la Rusia meridional de los constantes peligros que impedían su desarrollo económico. En una época tan reciente como el si glo XVIII, los tártaros de Crimea realizaban todavía incursio destructoras en Ucrania. La expansión del Estado ruso hasta su frontera natural en el Mar Negro exigió grandes esfuerzos

llevó la mayor parte del siglo XVIII. Durante el reinado de la emperatriz Ana, el gobierno, siguiendo la vieja costumbre moscovita, construyó una barrera fortificada. En 1731-35 se construyó la llamada barrera ucrania entre el Dniéper y el Don septentrional. Veinte regimientos de la milicia territorial fueron emplazados a lo largo de esa línea. La fortaleza de Santa Ana fué construída en el Don inferior. Más tarde recibió el nombre de San Demetrio de Rostov y ahora es conocida como Rostov sobre el Don.

En 1736 estalló la guerra con Turquía. Fué especialmente gravosa para Rusia por la dificultad de realizar las campañas a grandes distancias en la Crimea y Moldavia, pero las tropas rusas, mandadas por el mariscal de campo Münnich, lograron una serie de importantes victorias: la toma de Perekop, Ochakov y Azov, y las batallas de Stavuchany y Khotin. Sin embargo, la Paz de Belgrado de 1739 no recompensó debidamente el enorme esfuerzo y los brillantes triunfos de Rusia en la guerra. Todo lo que obtuvo ésta fué una parte de la estepa, desde el río Bug hasta Taganrok. Se acordó que el fuerte de Azov fuese destruído y se dejase una franja de territorio neutral entre Rusia y Turquía. Además, Rusia no obtuvo el derecho a mantener una flota en el Mar Negro. El gobierno de Isabel fortaleció la frontera meridional mediante una extensa colonización militar. En 1752 se establecieron dieciséis mil servios en la orilla derecha del Dniéper y fueron organizados en dos regimientos. En 1759 se organizaron nuevas colonias servias en Lugan y Bakhmut, y a los colonos se les hizo concesiones liberales de tierras.

La primera guerra turca de la emperatriz Catalina se relacionó con las complicaciones polacas de 1760. Cuando los patriotas polacos expulsaron a las tropas rusas, Turquía decidió aprovechar el momento para vengarse. En 1768 declaró la guerra a Rusia. Aunque la declaración sorprendió por completo a Catalina, ésta consiguió provocar un gran entusiasmo entre sus súbditos para librar la guerra. Se trazó un audaz plan de campaña tanto por tierra como por mar. El ejército, a las órdenes del conde Rumiantsev, se dirigió al Danubio, mientras se enviaba una flota desde el Mar Báltico, alrededor de toda Europa, al Mediterráneo. En 1770 se obtuvieron grandes éxitos en ambos frentes militares. Rumiantsev venció dos veces al ejército turco, en tanto que la flota ocupaba el archipiélago Egeo y la armada turca era destruída en la bahía de Chesme. La flota rusa no consiguió, empero, cruzar los Dardanelos. Un esfuerzo para provocar una sublevación griega contra los turcos, en Morea, fracasó. Los turcos reprimieron la rebelión con gran severidad. Las fuerzas rusas que desembarcaron en Morea eran demasiado débiles para oponerse a sus enemigos.

A pesar de los grandes éxitos del ejército y de la armada rusa, Turquía estaba lejos de haber sido destruída. No pidió la paz; fué necesario proseguir la guerra. Ésta no terminó hasta 1774 en virtud de la Paz de Kuchuk Kainardji, una aldea situada junto al Danubio.

Los términos de este tratado tuvieron gran importancia para las relaciones turco-rusas. Rusia devolvió Moldavia y Valaquia, ocupadas por las tropas del conde Rumiantsev, y abandonó también el archipiélago Egeo. Obtuvo, no obstante, las desembocaduras de los ríos Bug y Dniéper en la costa noroeste del Mar Negro, así como la del Don y el estrecho de Kerch en la costa nordeste de dicho mar. Los tártaros de Crimea y Azov obtuvieron la independencia de Turquía. Los comerciantes rusos de este país consiguieron privilegios especiales. Como cuestión de principio tuvo gran importancia que la Sublime Puerta prometiese en uno de los artículos del tratado "proteger a los cristianos y a sus templos", mientras a los representantes rusos se les otorgaba poderes para tratar con el Sultán sobre los asuntos concernientes a la Iglesia Ortodoxa. Como consecuencia del Tratado de Kuchuk Kainardji Rusia se estableció firmemente en el Mar Negro, tanto desde el punto de vista militar como desde el diplomático. Gregorio Potemkin fué nombrado jefe del *Novorossiisky Krai* ("Nuevo Territorio Ruso") y mostró una energía desacostumbrada en la organización de los territorios y el desarrollo de sus recursos económicos. Aumentó la seguridad de la Rusia meridional la destrucción de la plaza fuerte de los cosacos de Zaporog en 1775 y la toma de Crimea en 1783. Rusia envió sus ejércitos a Crimea a pedido de los khanes, a consecuencia de una intriga en los asuntos del Khanato de esa región. Algunos años después, en 1787, bajo la influencia de la diplomacia inglesa principalmente, Turquía declaró otra vez la guerra a Rusia. Creyendo que las fuerzas rusas serían enviadas al sur, Suecia declaró también la guerra a Rusia en 1788. Prusia se preparó igualmente a atacarla. Viéndose rodeada de enemigos, la emperatriz Catalina demostró una notable presencia de ánimo y un carácter enérgico. Todos los ataques de la flota sueca a San Petersburgo fueron rechazados en 1788-89. Luego de una lucha preliminar en la costa del Mar Negro, los ejércitos rusos, a las órdenes de Suvórov, avanzaron más allá del Pruth. Suvórov obtuvo la victoria en Fokshany y Rymnik en 1789 y tomó por asalto la principal fortaleza de los turcos sobre el Danubio, Izmail, en 1790. Con respecto a Prusia, Catalina se aprovechó con buen éxito de la situación internacional. Desvi... la atención de ese país a una guerra contra Francia, donde hab... estallado la revolución en 1789. Entre tanto firmó la paz con Tur...

quía en 1792. Rusia extendió sus posesiones a lo largo de las costas de los mares Negro y Azov, incluyendo la península de Tamán. Crimea siguió siendo rusa y los nuevos territorios del Kuban fueron poblados por cosacos llevados del Dniéper.

10

Como se ha dicho antes, la emperatriz Catalina II fué elevada al trono mediante una sublevación de los oficiales de la Guardia. Los guardias se convirtieron, en consecuencia, en un grupo "pretoriano" que contaba con fuerza para disponer a su voluntad del trono de Rusia. Después de ocuparlo, Catalina se dedicó a fortalecer su poder autocrático y a liberarse de todas las influencias externas. Se acercó a ese objetivo en primer lugar realizando todos los esfuerzos posibles para fortalecer la iniciativa del Estado, tanto en la política interna como en la exterior. Según sus puntos de vista políticos, el Estado estaba llamado a ser la principal fuerza motriz en la cultura y el progreso de Rusia. En segundo lugar, trató de hacer del poder imperial el árbitro en los conflictos de intereses entre las diversas clases del país.

Desde el mismo comienzo de su reinado tuvo que hacer frente Catalina a una poderosa oposición política de la nobleza. Con anterioridad a su ascensión al trono en el reinado de Pedro III, se había aprobado una ley que otorgaba a los nobles el derecho a servir o no servir en el ejército a su voluntad. El manifiesto de 1762 contenía también promesas de privilegios políticos en favor de aquéllos. Cuando Catalina destronó a Pedro III tuvo que tener en cuenta esas promesas. La nobleza preparaba entre tanto sus planes para un Consejo de Nobles semejante al de 1730. Catalina, empero, no accedió a aprobar esos planes, lo que produjo un gran descontento entre los nobles. Hubo una serie de conspiraciones y la emperatriz decidió contrapesar las ambiciones políticas de la nobleza con las de las otras clases. En 1767 fué convocada una comisión, que tenía el carácter de congreso nacional, para redactar un nuevo código. Esta comisión comprendía representantes de la nobleza, las ciudades y los labradores del Estado. Quedó dividida por la lucha entre los nobles y los representantes de las ciudades. Por iniciativa de Catalina, uno de los nobles más liberales planteó la cuestión de la revisión de las leyes referentes a los siervos. La comisión fué disuelta en 1768 sin haber llegado a acuerdo alguno.

Durante un tiempo llamaron la atención pública las cuestiones de política exterior derivadas de la primera guerra turca.

Más tarde entró Rusia en un período crítico. Todo el sudeste del país y los distritos del Volga medio y bajo y del Ural fueron conmovidos por una sublevación de cosacos y campesinos acaudillados por Emelian Pugachov. Éste era un cosaco inculto y analfabeto que decía ser el emperador Pedro III salvado de la muerte. En nombre de Pedro anunció Pugachov la abolición de la servidumbre y la nacionalización de todos los campesinos pertenecientes a los propietarios de haciendas. Su movimiento tenía profundas raíces en la intranquilidad social de la época, pero estaba condenado al fracaso por la falta de una dirección inteligente. Las tropas reunidas por Pugachov fueron derrotadas. Apenas contaban con oficiales, pues éstos, en su conjunto, permanecieron leales al régimen existente. Las sublevaciones aisladas de campesinos fueron sofocadas. El mismo Pugachov fué apresado cuando huía, llevado a Moscú y ejecutado en 1775.

La rebelión de Pugachov tuvo consecuencias políticas inesperadas. Bajo la influencia del peligro social tuvo lugar una reconciliación entre la emperatriz y la nobleza. Catalina se declaró la "primera terrateniente". La nobleza abandonó su oposición política y obtuvo una compensación en la forma de cierto número de puestos electivos en los gobiernos y los tribunales locales creados por las leyes de 1775. Los privilegios personales y de clase de la nobleza fueron confirmados posteriormente mediante un decreto especial en 1785. Simultáneamente se otorgó una carta de privilegios a las ciudades.

La rebelión de Pugachov mostró claramente a muchos estadistas rusos la necesidad de resolver la cuestión campesina. Se formó un nuevo grupo opositor a la política de Catalina. Este grupo puede ser llamado la oposición conservadora. Sus caudillos creían necesario limitar la servidumbre y los privilegios de la nobleza mientras se fortalecía el poder imperial. Se agruparon alrededor del zarevich Pablo, quien era considerado oficialmente como hijo de Catalina y de Pedro III. La misma Catalina, en su diario, nombra a su favorito Saltykov como el verdadero padre del zarevich, pero es necesario advertir que tanto física como mentalmente Pablo se parecía mucho a Pedro III. Es también posible hallar un parecido entre muchos de los descendientes de Pablo y los antepasados de Pedro III. Se creó una situación política semejante a la de la época de Pedro el Grande y del zarevich Alejo. Pablo temía para sí mismo la suerte de Alejo. En realidad Catalina preparaba un manifiesto privándole de la sucesión y nombrando como su heredero al trono a su nieto Alejandro, hijo de Pablo. Pero su fallecimiento en 1796 se produjo antes de que tuviera tiempo de poner su plan en ejecución.

CAPÍTULO VII

DESARROLLO SOCIAL Y ECONÓMICO DE RUSIA EN EL SIGLO XVIII Y EN LA PRIMERA MITAD DEL XIX

1

El hecho sobresaliente de la historia social de Rusia en los tiempos recientes es el crecimiento extraordinariamente rápido de su población. A este respecto sólo cede el primer lugar a los Estados Unidos, pero supera en mucho a todos los Estados europeos. En los siglos XVI y XVII la población rusa ascendía aproximadamente a quince millones de personas. Esta cifra variaba de tiempo en tiempo a causa de las guerras y las revoluciones, pero el total general siguió siendo aproximadamente el mismo. No hubo un censo exacto con anterioridad al siglo XVIII. Durante los primeros veinticinco años de ese siglo no aumentó la población; en realidad, disminuyó probablemente a causa de las penalidades del reinado de Pedro y de sus guerras incesantes. En la época del fallecimiento de aquél, en 1725, Rusia tenía unos trece millones de habitantes. A comienzos del siglo XIX se elevaba el total a cuarenta millones, en tanto que a mediados de ese siglo alcanzaba ya a casi setenta millones.

Este rápido crecimiento de la población se explica en parte por la anexión de nuevos territorios al Imperio ruso, pero al mismo tiempo se produjo un crecimiento natural. La gran mayoría de los habitantes de Rusia en los siglos XVIII y XIX vivían en el campo dedicados a la agricultura; sólo una pequeña parte vivía en las ciudades. La población urbana creció rápidamente, sin embargo, tanto en cifras absolutas como en proporción con el conjunto de los habitantes del país. A comienzos del siglo XVIII la de las ciudades sólo era de 325.000 personas, 200.000 de las cuales vivían en Moscú; es decir que no pasaba del 3 por ciento

de la población total. A mediados del siglo XIX la población urbana se había elevado a 3.500.000 ó sea el 6 por ciento de la total.

2

Durante el siglo y medio siguiente a 1700 aumentó la extensión de tierra cultivada. No sólo había crecido en tamaño la población agrícola, sino que además los agricultores habían invadido nuevas zonas. La zona más importante ocupada de ese modo fué la faja de tierra negra de las estepas meridionales, cultivada después de la conquista de la costa septentrional del Mar Negro.

Pero al mismo tiempo creció también rápidamente la importancia de la industria. En 1725 había en Rusia menos de doscientas fábricas; a comienzos del siglo XIX eran ya alrededor de dos mil quinientas y empleaban a cien mil obreros; y a mediados de ese siglo su número ascendía a diez mil y el de obreros al de quinientos mil. La metalurgia y la minería adquirieron una importancia creciente desde la época de Pedro el Grande. Los principales metales elaborados eran el hierro, el cobre, el plomo y, en tiempos más recientes, el oro. El estudio de las ciencias naturales en relación con la fundación de la Academia de Ciencias, en 1726, ejerció una influencia considerable en el desarrollo de la explotación de minas en Rusia.

Una rama importante de la industria era la manufactura de paños de lana, y en el siglo XIX la de géneros de algodón. Simultáneamente con la expansión de la industria se desarrollaron las artes mecánicas campesinas, originadas principalmente por causas climáticas. El largo invierno, especialmente en el norte de Rusia, daba a los campesinos la oportunidad de emplear su tiempo libre en la industria casera. No precisaban una maquinaria complicada, dada la naturaleza primitiva de su trabajo. Hubo otros motivos para el desarrollo de esta pequeña industria. Los artesanos conocían muy bien las necesidades del mercado agrícola y se apresuraban a satisfacerlas. Fabricaban una gran variedad de mercaderías: utensilios de madera, ruedas, trineos, tejidos, arneses, cuchillos y pequeños objetos de metal. El artesanado campesino siguió desarrollándose durante todo el siglo XIX.

Con el progreso de la agricultura y de la industria aumentó también el comercio. La actividad comercial del puerto de Arcángel a comienzos del siglo XVIII alcanzó un valor de 3.000.000 de rublos. Luego de la transferencia del comercio a San Peters-

burgo, la importancia de Arcángel disminuyó, hacia el final del reinado de Pedro I, a 300.000 rublos, pero el valor de las actividades comerciales en San Petersburgo se elevó al mismo tiempo a 4.000.000 de rublos, y el de las de Riga a 2.000.000. El valor anual del comercio exterior ruso a mediados del siglo XVIII alcanzaba a unos 15.000.000 de rublos, y a comienzos del XIX era ya de unos 120.000.000. Debe advertirse que el valor del rublo a mediados del siglo XVIII era casi el doble que el que tenía a comienzos del XIX.

A las mercaderías con que abastecía Rusia al mundo en el siglo XVII agregó en el XVIII toda clase de productos forestales y hierro en lingotes. En el siglo XIX, después de la adquisición de la franja de tierra negra del sur, comenzó a exportar cereales. Esta exportación llegó a ser en 1760 de más de 8.000 toneladas, valoradas en 822.000 rublos, y a comienzos del siglo XIX se elevaba ya a alrededor de 260.000 toneladas, por un valor de 12.000.000 de rublos.

En el siglo XVIII y a comienzos del XIX fueron mejoradas las rutas fluviales del interior del país. Los ríos principales fueron unidos mediante canales, pero la construcción de caminos firmes no comenzó hasta 1817. En 1813 se construyó en San Petersburgo el primer vapor ruso, pero la navegación a vapor a lo largo del Volga sólo se inició treinta años después. La construcción de ferrocarriles fué estudiada por primera vez en 1835. El primer ferrocarril puesto en servicio corría entre San Petersburgo y Tsárskoe-Seló. Fué construído por una compañía particular y comenzó a funcionar en 1838. En 1842 inició el Estado la construcción de un ferrocarril entre San Petersburgo y Moscú. En 1851 se estableció la comunicación telegráfica entre esas ciudades.

3

En su política económica, el gobierno imperial debía tener en cuenta la estructura social peculiar del Estado ruso en esa época. Las tendencias sociales y económicas advertidas en el Estado moscovita de los siglos XVI y XVII cristalizaban finalmente. Todo el sistema económico de Rusia era regulado ante todo por las necesidades del Estado. La primera de éstas en esa época era un ejército regular permanente, cuyo mantenimiento exigía fondos mucho mayores que aquellos con que contaba el ejército del Estado de Moscú. El número de soldados del ejército permanente alcanzó en el reinado de Pedro a doscientos mil, es decir el 1,5

por ciento de la población. En los veinticinco primeros años del siglo XIX alcanzaba ya a ochocientos mil soldados, es decir el 1,75 por ciento de la población. Los soldados necesitaban armas, ropas y alimentos, lo que a su vez exigía ciertas mercaderías y dinero con qué pagarlas. La tesorería del Estado era, en consecuencia, uno de los mayores compradores en el mercado interno ruso y el mayor protector de la industria del país. La provisión de productos agrícolas e industriales al tesoro era la forma típica en que se invertían los capitales rusos. El Estado necesitaba hierro, hierro en barras y acero para la fabricación de municiones para el ejército, lo que llevaba a la protección de la industria metalúrgica. Necesitaba también paños para los uniformes de los soldados, lo que traía consigo la protección de las fábricas de tejidos. Requería enormes cantidades de cereales, carne y otros alimentos para el ejército, y la consecuencia era la creación de grandes granjas, es decir, de una economía agrícola dominada por los grandes terratenientes. Como consecuencia de las leyes sobre el abastecimiento del ejército de 1758, los *pomiestchiks* obtuvieron el derecho exclusivo a proporcionar al Estado los productos agrícolas que necesitaba. Además, las necesidades del ejército fueron la causa principal de las reformas financieras de Pedro. El año de su muerte, 1725, el 65 por ciento del presupuesto ruso era invertido en el ejército y la armada. Para cubrir estos gastos implantó Pedro un impuesto por cabeza. Las necesidades financieras del ejército eran calculadas en 4.000.000 de rublos, y esta suma fué distribuída entre una población masculina de unos cinco millones de personas, cada una de las cuales tenía que pagar ochenta copecks al año. El impuesto por cabeza, de 1725, constituyó el 54 por ciento de los ingresos del Estado.

La recaudación de este impuesto era imposible, dado lo inadecuado de la organización administrativa. Por este motivo estimuló el gobierno la formación de comunidades campesinas *(obshchiny)* y arregló directamente con ellas los asuntos financieros. En las propiedades de los terratenientes particulares se recaudaba el impuesto tasándolas de acuerdo con el número de "almas" con que contaban. Así se convirtieron ambos en los agentes económico y financiero del gobierno. Mas a pesar de todos los esfuerzos, el gobierno no podía adquirir las mercaderías necesarias al precio del mercado, si daba por supuesto que existía un mercado libre de trabajadores. Por esta razón se vió obligado a proporcionar a las fábricas y a los terratenientes obreros baratos en la forma de siervos. En el curso del siglo XVIII se proporcionó por la fuerza a las fábricas y las propiedades privadas alrededor de 1.300.000 campesinos. Casi la mitad de la economía rusa del si-

glo XVIII y la primera mitad del XIX se basaba en el trabajo de los siervos.

4

En el siglo XVII los *pomiestchiks* eran principalmente agentes militares del gobierno. En el XVIII, por otra parte, los nobles propietarios de tierras se consideraban ante todo como los agentes económicos y financieros del Estado. Tenían también responsabilidades administrativas. Según las palabras de un funcionario del gobierno de comienzos del siglo XIX, cada *pomiestchik* era un "policía voluntario". Los *pomiestchiks* eran responsables ante todo de que sus propiedades aportasen reclutas para el ejército. Estas funciones explican que el gobierno estimulase el aumento de la autoridad de los terratenientes sobre los campesinos en el siglo XVIII. La institución de la servidumbre en ese siglo era completamente diferente de lo que había sido en el XVII, cuando sólo consistía en fijar al campesino a la tierra, pero no a la persona de su propietario. Como hemos visto, esta política con respecto a los campesinos fué motivada por las necesidades del Estado. Pedro el Grande hizo todavía más hincapié que sus predecesores en la importancia de la institución de la servidumbre para el Estado. Pero, comenzando en su reinado, la servidumbre se convirtió rápidamente en esclavitud. Los campesinos quedaron ligados, no a la tierra, sino a su propietario. Uno de los motivos para esto fué la mezcla de los siervos y de los primeros esclavos o *kholops* en una misma categoría social. Hemos visto antes que en el Estado moscovita había tantos siervos como verdaderos esclavos; los últimos carecían de personalidad jurídica y eran considerados no como individuos, sino como bienes muebles. Por razones de política fiscal, Pedro ordenó que para el pago del impuesto por cabeza los esclavos fuesen incluídos en la misma lista que los siervos. Los *pomiestchiks* pagaban el impuesto por ambos, y así, primero en la práctica y luego en virtud de las leyes, obtuvieron una autoridad completa sobre los dos grupos. A mediados del siglo XVIII lograron el derecho a castigar a sus siervos y a desterrarlos a Siberia y se promulgaron leyes que les daban el derecho a venderlos. Sólo en 1827 se aprobó una ley que obligaba a asegurar a los siervos una cantidad suficiente de tierra, y otra ley de 1833 prohibió el reparto de las familias mediante la venta. Aunque las leyes disponían que los *pomiestchiks* no podían hacer mal uso de la facultad de castigar, los siervos se hallaban completamente indefensos. Fueron divididos en dos grupos: los

"siervos domésticos", que vivían en casa del dueño, y los labradores. La situación de los siervos domésticos era particularmente mala y carecían por completo de protección. Los labradores se hallaban generalmente en mejor situación, ya que su dueño cuidaba de ellos, aunque no fuera más que por su valor económico. La tierra arable de una propiedad se dividía por lo general en dos partes, los campos personales del propietario y los de los labradores. En las grandes propiedades los labradores de cada aldea formaban generalmente una comunidad separada (*obshchina*), con un jefe designado por elección. Las elecciones eran confirmadas por los *pomiestchiks*. Todos los deberes de los siervos individuales eran señalados por la *obshchina*. Los deberes de los labradores consistían bien en el pago de una renta —como era costumbre en las provincias del norte—, o bien en trabajar en la tierra del propietario durante un número fijo de días por semana, por lo general tres.

La servidumbre alcanzó su pleno desarrollo en los últimos veinticinco años del siglo XVIII, después de lo cual el gobierno comenzó a tomar medidas para modificar la institución.

5

A causa de la evolución de la servidumbre en el siglo XVIII y del sistema prevaleciente de reclutamiento y abastecimiento del ejército, el gobierno se hizo dependiente de la nobleza. A veces esa dependencia era muy inconveniente, a causa de la oposición política que surgía con frecuencia entre los nobles. Esto explica los esfuerzos del gobierno, durante la primera mitad del siglo XIX, para liberarse de esa dependencia de la nobleza en las cuestiones concernientes al ejército. El más importante de esos esfuerzos consistió en la creación por Alejandro I de las llamadas "colonias militares".

El plan consistía en que el ejército se bastase a sí mismo económicamente y se proporcionase los suministros. Ésta iba a ser la función de las colonias militares. Podían ser creadas de dos modos: o bien estableciendo soldados en las granjas y haciendo de ellos agricultores, o bien militarizando las aldeas agrícolas y convirtiendo a los labradores en soldados mientras seguían siendo labradores. En cualquiera de los dos casos la vida del labrador-soldado estaba sometida a una disciplina estricta. Las autoridades militares tenían a su cargo no sólo la instrucción militar, sino también el hogar del soldado. Las colonias fueron un experimento

de una especie de socialismo militar. En cierto sentido fueron las precursoras de las comunas militares de obreros de 1920.

La aplicación de la disciplina militar estricta a la vida de tiempo de paz hacía muy dura la existencia en las colonias militares, y en consecuencia fueron sacudidas en muchas ocasiones por terribles motines. El gobierno reprimió los motines con gran crueldad y no abandonó su política. Al final del reinado de Alejandro I, una tercera parte del ejército ruso, más de doscientos mil hombres, fueron trasladados a las colonias militares. El sistema subsistió durante el reinado de Nicolás I y le puso fin Alejandro II.

6

Las colonias militares fueron la expresión más evidente de las tendencias generales, del gobierno ruso en los siglos XVIII y XIX hacia el socialismo de Estado. Junto con ellas se desarrolló una tendencia opuesta hacia el individualismo de la clase media. La difusión de la idea de la propiedad de la tierra indica el desarrollo del último movimiento. Hemos visto que en el Estado moscovita primitivo había dos tipos de propiedad de la tierra: las propiedades patrimoniales *(votchiny)* y las propiedades en arriendo *(pomestia),* obtenidas con la condición de servir al gobierno. En el siglo XVII ambos tipos se fundieron prácticamente en uno, pues el gobierno exigía servicios a ambos, en tanto que, por otra parte, la posesión temporaria y condicional de los *pomestie* se iba transformando poco a poco en propiedad hereditaria. A comienzos del siglo XVIII los dos tipos de posesión se fundieron finalmente mediante la legislación. La ley de 1714 impuso un concepto único de bienes raíces.

Ni durante el reinado de Pedro el Grande ni durante el de sus sucesores inmediatos estuvieron los propietarios de bienes raíces en plena posesión de ellos. La legislación de Pedro y Ana impuso limitaciones materiales al derecho de propiedad. Así, los derechos al subsuelo fueron conferidos al Estado y su explotación era concedida a todos los que deseaban pagar una pequeña suma al propietario de la tierra. La madera apropiada para la construcción de barcos fué declarada también propiedad del gobierno. El propietario de la tierra no tenía derecho a cortar los robles de la misma, bajo pena de muerte. Estos ejemplos demuestran cuán limitado era el derecho de propiedad privada de la tierra en la primera mitad del siglo XVIII y hasta qué punto intervenía el Estado en los asuntos privados. Sólo en la segunda mitad de ese

siglo se oyeron protestas contra esa intervención y en 1782 anuló Catalina II esas limitaciones. En esa época fué cuando la moderna palabra rusa que significa "propiedad" *(sobstvennost)* aparece por primera vez en la jurisprudencia del país.

La lucha contra esa legislación complicada interesaba únicamente a la nobleza, pues a mediados del siglo XVIII el derecho de propiedad privada de la tierra llegó a ser un privilegio de los nobles. Las tierras de los cosacos y las de los labradores del Estado no eran de propiedad individual. La siguiente fase fué la extensión de los derechos de propiedad a las otras clases de la sociedad. Alejandro I dió en 1801 un manifiesto otorgando el derecho a la propiedad de la tierra a individuos de todas las clases, con excepción de los siervos. Desde entonces en adelante el único privilegio que quedó a la nobleza fué el derecho a la propiedad privada de las tierras "pobladas", es decir, a poseer tierras con siervos.

Fué un tremendo paso hacia adelante en la evolución de los conceptos jurídicos modernos y en la creación de un nuevo tipo de clase media. El reconocimiento del derecho de todas las clases, excepto los siervos, a la propiedad privada de la tierra era una prueba del hecho de que los nuevos grupos de la sociedad rusa adquirían un estado civil completo. El décimo volumen del *Código* ruso de 1832, dedicado a los derechos civiles, era hasta cierto punto un eco del *Código Civil* de Napoleón. Los principios de ese décimo volumen se hallaban en contradicción con la institución de la servidumbre.

7

Los cambios sociales de los siglos XVIII y XIX afectaron íntimamente al presupuesto oficial ruso. El crecimiento constante de la población y de la economía nacional permitió un aumento también constante del presupuesto en general, junto con lo cual el peso relativo de las diversas partidas sufrió una modificación. Aunque los gastos del ejército crecieron, su proporción con los gastos totales disminuyó constantemente. Los gastos militares de 1725 consumieron el 65 por ciento del presupuesto total. En 1801 la proporción había disminuído al 50 por ciento, y en 1852 al 42 por ciento. Puede decirse, por lo tanto, que el presupuesto ruso se fué desmilitarizando poco a poco. Esto alivió mucho la ansiedad del gobierno con respecto a la obtención de los medios necesarios para mantener al ejército.

La suma obtenida del impuesto por cabeza disminuyó en im-

portancia como fuente de recursos. En 1725 produjo ese impuesto el 54 por ciento de todos los ingresos del Estado. En 1801 sólo significó el 30 por ciento de los ingresos y en 1850 el 24 por ciento. En vez del impuesto directo se adoptó el indirecto como fuente principal de recursos y, sobre todo, el impuesto sobre el alcohol. Los cambios en el presupuesto hicieron menos necesario el sistema económico anterior y permitieron al gobierno emprender la reconstrucción fundamental de todo el sistema social, iniciada con las reformas de Alejandro II.

CAPÍTULO VIII

LA CULTURA RELIGIOSA DE RUSIA EN EL SIGLO XVIII Y EN LA PRIMERA MITAD DEL XIX

1

La europeización de Rusia, iniciada en el reinado de Pedro el Grande, consistió ante todo en la secularización de la cultura rusa. La Iglesia, que había desempeñado un papel tan sobresaliente en la vida del país hasta entonces, fué perdiendo poco a poco su importancia. El círculo superior de la sociedad, que sufrió la influencia europea, ya no necesitaba una Iglesia, o, en todo caso, la Iglesia había perdido definitivamente su posición como fuente principal de la vida cultural. En el siglo XVIII, las clases aristocrática y oficial de la sociedad rusa eran educadas en el espíritu de la "ilustración" francesa. Admiraban a Voltaire y no sentían un verdadero respeto por la Iglesia.

Ésta perdió también su significado original para las clases inferiores de la sociedad. Como consecuencia del cisma de los "viejos ritualistas" en el siglo XVII, casi la mitad de la población del norte de Rusia se apartó de ella. Por lo tanto, en el siglo XVIII había perdido ya el apoyo de la clase noble y de una gran parte de las clases de los comerciantes y campesinos.

Se ha indicado anteriormente que la Iglesia quedó subordinada al Estado en virtud de las reformas de Pedro. La administración eclesiástica se convirtió en una de las funciones de un departamento gubernativo especial. Los puestos importantes de la nueva jerarquía eclesiástica fueron otorgados a los partidarios de las reformas de Pedro, tales como el arzobispo Teófanes Prokopovich, quien redactó la nueva "Reglamentación Espiritual" que determinaba las actividades del Santo Sínodo. Un funcionario designado

por el gobierno, el Superprocurador del Santo Sínodo, tenía una autoridad casi total en la administración de la Iglesia. En el siglo XVIII el gobierno dejó de valorar a ésta como una autoridad moral, tanto con respecto a sus propias actividades como en su carácter de fuerza social. Se la consideraba esencial únicamente para la educación moral de las clases inferiores.

Un cambio en la actitud del gobierno con respecto a la Iglesia se produjo a fines del siglo XVIII, durante el reinado del emperador Pablo. Pero éste, aunque reconocía el valor moral de la institución, la consideraba sometida a su autoridad. Fué él quien proclamó en 1797 la fórmula de que "el zar es el jefe de la Iglesia". Esta fórmula fué incluída en las leyes del Imperio ruso durante el reinado de Nicolás I, en la forma de una nota agregada a uno de los artículos de la ley fundamental, con el comentario de que tenía por objeto definir el papel del zar como protector de los intereses de la Iglesia y no en un sentido más amplio.

Durante todo el siglo XVIII no vaciló el gobierno en limitar los derechos materiales de la Iglesia. Sus tierras fueron secularizadas por Catalina II en 1764. El arzobispo de Rostov, Arsenio Matseevich, quien protestó contra esa medida, fué privado de su cargo y encerrado en una fortaleza, donde murió posteriormente. Al mismo tiempo fueron cerrados numerosos monasterios. Pero aunque el gobierno actuaba sin escrúpulos contra la Iglesia, exigía que las masas populares obedeciesen a la institución cuya autoridad moral destruía él mismo. Los "viejos ritualistas" y los sectarios que deseaban abandonar la Iglesia fueron sometidos a la opresión del gobierno durante la mayor parte del siglo XVIII. Era muy natural que esas medidas forzosas no impidieran que se ampliase el cisma y creciese el sectarismo.

El movimiento de los "viejos ritualistas" dejó de ser una unidad a fines del siglo XVII y se dividió en varias sectas distintas. Era esencialmente una protesta de los defensores del antiguo ritual contra las innovaciones del patriarca Nicon, pero la división de la vieja organización de la Iglesia obligó a los "viejos ritualistas" a emprender reformas todavía mayores. Así, se hizo necesario decidir de una manera nueva la elección de sacerdotes. La Iglesia Ortodoxa griega sostenía que sólo el obispo podía designar a los nuevos sacerdotes y que éstos no podían transferir su cargo a otra persona. Entre tanto, los "viejos ritualistas" no tenían obispos. Los designados antes del cisma iban envejeciendo y muriéndose y no había manera de designar a otros. Los "viejos ritualistas" hacían frente a la posibilidad de quedarse sin sacerdotes. Esta cuestión fué la base de las diferencias que surgieron entre las dos sectas principales. Una de ellas decidió ser consecuente

en sus creencias conservadoras y quedarse sin sacerdotes. La otra buscó un obispo fuera de Rusia. Pero hasta el siglo XIX no consiguió crear un obispado fuera de los límites del Imperio, en la Bukovina, la que en dicho siglo formaba parte de Austria.

La división de los "viejos ritualistas" en sectas no fué más que una de las causas del debilitamiento de la oposición a la Iglesia rusa. Otra causa fué el rápido desarrollo de otras sectas. Una de las más antiguas, la de los *Khlysty* (flagelantes) nació a fines del siglo XVII. Los *khlysty* eran místicos que creían en la posibilidad de la encarnación permanente de Dios en el individuo. Repudiaban a la Iglesia oficial y su organización y negaban también el matrimonio. Organizaban reuniones secretas en las que trataban de invocar la presencia del Espíritu Santo por medio de danzas extáticas. Esas reuniones terminaban a veces en orgías. Gregorio Rasputín, quien desempeñó un papel tan trágico en la caída del régimen imperial ruso, pertenecía a la secta de los *khlysty*.

En el otro extremo, tratando de liberarse de los aspectos más sombríos de los *khlysty*, se hallaban los "cristianos espirituales", los *dukhobors*, que surgieron a mediados del siglo XVIII en el centro y el sur de Rusia. En los últimos veinticinco años de ese siglo nació entre los cristianos espirituales de la provincia de Tambov la secta de los "cristianos evangélicos", quienes recibieron el nombre de *molokane*, es decir, personas que bebían leche durante la Cuaresma, lo que estaba prohibido por las reglas de la Iglesia Ortodoxa.

Con anterioridad al siglo XIX, los "viejos ritualistas" y los sectarios convirtieron a muchos comerciantes y campesinos. A comienzos del siglo XIX, durante el reinado de Alejandro I, los sectarios, sobre todo los *khlysty*, comenzaron a penetrar en los altos círculos de la sociedad. Estos círculos organizaron en San Petersburgo secciones de la secta de los *khlysty*.

Todos los disidentes, como se ha dicho antes, estuvieron sometidos en el siglo XVIII a una represión constante por parte del gobierno. Los jefes de los *dukhobors* del sur de Rusia fueron condenados a la hoguera en una fecha tan posterior como 1792, pero Catalina II conmutó la pena de muerte por la de destierro a Siberia. El gobierno comenzó a mostrarse más tolerante con los "viejos ritualistas" en la segunda mitad del siglo XVIII, pero la represión de los sectarios no terminó hasta comienzos del XIX, en el reinado de Alejandro I, por consejo del senador Lopukhin, quien realizó una investigación en uno de los gobiernos del sur en 1801. Durante el reinado de Nicolás I, a mediados del siglo XIX,

se produjo una reacción y el gobierno volvió a seguir la política de represión contra los disidentes religiosos.

2

La secularización de la cultura rusa en el siglo XVIII se advirtió ante todo en la educación. En el Estado moscovita primitivo tenía un estrecho carácter religioso. Las necesidades prácticas del reinado de Pedro el Grande dieron origen a un nuevo sistema docente que debía servir al propósito de preparar oficiales para el ejército y la armada. Pedro fundó en Moscú en 1700 una "Escuela de Matemáticas y Navegación" e invitó a un escocés, Henry Fargwarson, para que la dirigiera. En 1715 fué trasladada la Escuela a San Petersburgo y recibió el nombre de Academia Naval. Los alumnos de la Academia fueron luego los maestros de las escuelas de matemáticas instituídas en las ciudades principales de Rusia. En esas escuelas se enseñaba a los niños aritmética y geometría. En los últimos años del reinado de Pedro había alrededor de cuarenta de ellas, con dos mil alumnos, parte de los cuales acudían voluntariamente, en tanto que otros eran llevados a la fuerza, tomándolos de las familias de soldados y funcionarios civiles.

Durante el reinado de Pedro se trazaron planes para la fundación de una Academia de Ciencias que iba a dirigir la nueva preparación científica. El proyecto fué llevado a la práctica después de la muerte de Pedro en 1726. Los primeros académicos fueron llamados del exterior, especialmente de los Estados alemanes. Les acompañaban ocho estudiantes que debían ser instruídos en la Universidad abierta por la Academia. Sin embargo, esta Universidad fué cerrada muy pronto. La Academia abrió también un "Gimnasio" o escuela secundaria superior donde recibían su educación cierto número de niños rusos, especialmente hijos de funcionarios del gobierno o comerciantes. La nobleza se mostró más dispuesta a enviar a sus hijos al Cuerpo de Cadetes o escuela militar, abierta en 1730 con objeto de preparar oficiales para el ejército. En la segunda mitad del siglo XVIII se dieron nuevos pasos en la educación pública. En 1755 se fundó la Universidad de Moscú. Ésta fué la primera universidad rusa auténtica. Al principio los profesores eran en su mayoría alemanes, pero más tarde aparecieron también profesores rusos. La Universidad de Moscú contaba con dos Gimnasios adjuntos, uno para los hijos de los nobles y el otro para los de las demás clases. En 1782 se constituyó una Comisión para la creación de escuelas públicas. Esta

Comisión, bajo la dirección de Jankovich de Mirievo, un educador servio llevado de Austria, trazó un plan para el desarrollo de la enseñanza pública en Rusia. Se iban a abrir escuelas secundarias en las ciudades principales y escuelas primarias en las ciudades pequeñas, pero lo impidió la falta de fondos. La obligación de mantener las escuelas quedó a cargo de los departamentos filantrópicos de los gobiernos provinciales, cuyos presupuestos eran muy pequeños. En 1800 había ya en Rusia 315 escuelas con veinte mil alumnos, en su mayoría hijos de comerciantes y artesanos. A comienzos del siglo XIX se creó el Ministerio de Educación Pública, en 1802, y Rusia fué dividida en seis distritos docentes, cada uno de los cuales estaba a cargo de un inspector. Las primeras designaciones para esos puestos fueron muy afortunadas y la reforma contribuyó mucho al desarrollo de la educación. Según el plan, en cada distrito docente se debía fundar una universidad, en cada capital provincial una escuela secundaria superior, y en cada distrito territorial (*uyez*) una escuela primaria. Este programa fué completado prácticamente hacia el final del reinado de Alejandro I. Rusia contaba entonces con 6 universidades (las de Moscú, Derpt, Vilna, Kazán, Kharkov y San Petersburgo), 48 escuelas secundarias superiores y 337 escuelas primarias. Había 5.500 estudiantes en las escuelas secundarias y unos 30.000 en las primarias. La Universidad de Derpt fué alemana hasta fines del siglo XIX. La Universidad de Vilna, antes de que fuese cerrada a causa de la rebelión polaca en 1831, era polaca. En cambio, se creó una universidad rusa en Kiev en 1833. En comparación con la educación del siglo XVIII, el progreso principal consistió en el desarrollo, no de la educación primaria, sino de la secundaria y superior. La iniciativa privada ayudó al gobierno en el movimiento docente, por ejemplo con la creación de la Universidad de Kharkov. Además, dos escuelas superiores, la Escuela de Derecho Demidov de Yaroslavl en 1805 y el Instituto Histórico-Fisiológico del Príncipe Bezborodko de Niezhin, en 1820, fueron creadas con medios particulares. Durante el reinado de Nicolás I se abrieron varias escuelas técnicas, entre ellas el Instituto de Tecnología de San Petersburgo en 1828 y el Instituto de Moscú en 1844. Se fundaron varias escuelas militares de educación secundaria. Había once de éstas en el reinado de Nicolás I.

3

La organización de la Academia de Ciencias antes de la de universidades y escuelas parece a primera vista haber sido una

idea poco práctica, pero influyó mucho en el desarrollo de la cultura rusa y sobre todo en las matemáticas y las ciencias naturales. Los científicos rusos contaban con un centro de organización en una época en que en Occidente se empezaba a estudiar intensamente las ciencias naturales. La Academia ocupó inmediatamente un lugar importante en el mundo científico del siglo XVIII. Los primeros miembros de la Academia fueron importados del exterior, principalmente de los Estados germanos. Entre ellos figuraban dos matemáticos muy conocidos, Bernouilli y Euler. Pero pronto surgieron hombres doctos de origen ruso, entre ellos un genio sobresaliente y universal, M. V. Lomonósov, hijo de un constructor de buques, campesino del norte de Rusia, quien vivió de 1711 a 1765 y se destacó igualmente en química, física, mineralogía, historia, filología y poesía.

Tuvo inmensa importancia la obra de la Academia de Ciencias al hacer un estudio geográfico de Siberia y apoyar las grandes expediciones siberianas de 1733 a 1743. Contribuyó también a difundir la educación técnica de Rusia, preparando así el terreno para importantes inventos. Un técnico ruso, Iván Polzunov (1730-66), quien realizó sus experimentos al mismo tiempo que James Watt, pero independientemente de él, construyó una máquina de vapor que fué utilizada en el establecimiento metalúrgico de Barnaul, en la región de los Altai, en 1766.

El sabio ruso más grande de la primera mitad del siglo XIX fué, no un académico, sino un profesor de la Universidad de Kazán, N. I. Lobachevsky, quien vivió de 1793 a 1856. Comenzó a enseñar en 1811. Sus contemporáneos, tanto de Rusia como del exterior, no comprendieron en un principio sus nuevas ideas. Sólo al cabo de algún tiempo se dieron cuenta de su originalidad. La mente de Lobachevsky fué una de las más productoras en la historia de las matemáticas. Creó una nueva geometría que emplea una hipótesis del espacio distinta de la de Euclides.

El estudio de las ciencias sociales y de la historia se desarrolló menos que el de las ciencias naturales en el siglo XVIII y comienzos del XIX. La Academia de Ciencias produjo en el XVIII un activo coleccionista de documentos históricos, G. F. Mueller, alemán naturalizado. Los historiadores rusos más grandes del período no fueron, sin embargo, profesionales de la erudición. Uno de ellos fué un funcionario administrativo; otro, un político; un tercero, un militar. El principal historiador ruso del siglo XIX, N. M. Karamzín, quien vivió de 1766 a 1826, tampoco pertenecía a institución de enseñanza alguna. La publicación de su completa *Historia del Imperio ruso,* cuya primera edición apareció en 1816, constituyó un gran acontecimiento en la vida espiritual de Rusia.

La amplitud de sus conocimientos y su profundo dominio de las fuentes se combinaban con una exposición literaria magistral. Se decía corrientemente que Karamzín había descuebierto la antigua Rusia como Colón a América.

Una prueba del aumento del interés por las ciencias en la sociedad rusa a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX es la fundación de varias sociedades cultas. Éstas fueron: La Sociedad Económica Libre, fundada en San Petersburgo en 1765; la Sociedad de Amigos del Saber, de Moscú, fundada en 1782; y la Sociedad de Historia y de la Antigüedad Rusas y la Sociedad de Ciencia Experimental, ambas creadas en 1805. Muy importante fué también la actividad de las personas particulares en las investigaciones científicas. Especialmente notable fué la obra del canciller conde N. P. Rumiantsev, a comienzos del siglo XIX. Era un hombre que se interesaba mucho tanto por la historia como por la geografía. Por iniciativa suya y a su costa se reunió y publicó una colección de antiguos documentos rusos. Rumiantsev dió dinero para expediciones geográficas e investigaciones históricas. Mantuvo una extensa correspondencia con muchos eruditos rusos, se interesó por los detalles de su trabajo y los estimuló para que emprendiesen nuevas actividades. Las colecciones adquiridas por el conde Rumiantsev se hallan en el museo de Moscú que llevaba su nombre y que ahora se denomina Biblioteca Lenin.

4

Antes de las reformas de Pedro el Grande, la literatura y el arte interesaban igualmente a las clases superiores e inferiores de la sociedad rusa, pues ambos grupos tenían una preparación religiosa. Las condiciones, empero, habían cambiado por completo. Los círculos superiores de la sociedad se habían apartado de la Iglesia, cuyas facultades creadoras se habían debilitado al mismo tiempo. Esas clases comenzaron a crearse para sí mismas un arte y una literatura nuevos, en tanto que las inferiores se quedaron sin la dirección con que habían contado anteriormente en su vida estética. La nueva literatura era ya exigida por la gran mayoría de los rusos a mediados del siglo XIX. La grieta entre los "intelectuales" y el pueblo, en cuestiones literarias, se iba cerrando poco a poco. Pero en el siglo XVIII esta literatura sólo estaba al alcance de los grupos superiores de la sociedad educados en las ciudades: los nobles y los comerciantes. Un "poeta noble" característico del siglo XVIII fué Derzhavin, algunos de cuyos versos tienen verdadero mérito artístico. La primera mitad del siglo

XIX vió la aparición de cierto número de escritores y poetas que atrajeron amplios círculos de lectores, entre ellos Pushkin, Lérmontov y Gógol.

A. S. Pushkin, quien vivió de 1799 a 1837, el "sol de la poesía rusa", como fué llamado con justicia, es el genio más grande de la literatura del país. Escribió principalmente en verso, y por este motivo es más difícil juzgarlo por las traducciones que a los escritores en prosa. Esto explica en parte que sus obras sean poco conocidas fuera de Rusia. Tenía una personalidad extraordinariamente armoniosa. Estaba dotado con una inteligencia aguda y brillante. Podía sentir y expresar las experiencias más íntimas del alma humana, así como las manifestaciones de la vida de grupo. Se interesaba mucho por la historia y las cuestiones políticas contemporáneas. Sus ideas políticas pasaron por dos fases. En su juventud, hasta la segunda mitad del reinado de Alejandro I, sintió una gran simpatía por el liberalismo y estaba relacionado con muchos de los llamados "decembristas". Posteriormente, durante el reinado de Nicolás I, sostuvo puntos de vista moderadamente conservadores. Pero, tanto en su juventud como posteriormente, fué en el grado más alto un filántropo sincero. A veces no se sentía a gusto en el mundo de intrigas políticas y personales que caracterizaba a la alta sociedad rusa de la época. Por fin le perdió una intriga. Defendiendo el honor de su esposa fué muerto en un duelo a la edad de treinta y siete años.

M. Y. Lérmontov, quien vivió de 1814 a 1841, era un poeta brillante, pero más unilateral que Pushkin. Un antepasado suyo fué George Learmont, aventurero escocés que entró al servicio de Rusia a comienzos del siglo XVII. Lérmontov estaba frecuentemente influído por Byron. La fuente de su inspiración poética fué el Cáucaso, con su belleza natural, las costumbres primitivas de sus montañeses y su estado de guerra constante. Tomó parte en la guerra caucásica como oficial del ejército ruso. Fué trasladado al Cáucaso en castigo por sus versos *A la muerte de Pushkin,* en los que censuraba a la sociedad cortesana por la muerte del poeta. Su poema más famoso, *El Demonio,* tiene su escenario en el Cáucaso. El Demonio era el espíritu de la negación y de la duda, que había fascinado a Lérmontov desde su temprana juventud. Murió en un duelo, como Pushkin, a la edad de veintisiete años.

N. V. Gógol, quien vivió de 1809 a 1852, era de origen ucranio e introdujo muchas palabras y modismos ucranios en el idioma ruso. En sus primeros cuentos eligió como temas episodios de la vida popular del sur de Rusia. Más tarde describió el mundo de los *pomiestchiks* (terratenientes) y los *chinovniks* (funcionarios civiles) en su comedia *El Inspector* y en su novela *Almas muertas.*

Las características de la obra de Gógol son el realismo y el humor. Pero detrás de su humor hay un profundo sentimiento de pena por la imperfección de la sociedad humana. Es risa a través de las lágrimas. En su realismo en la descripción del mundo exterior se percibe su búsqueda de valores espirituales como la verdadera base de la vida.

Pushkin, Lérmontov y Gógol pusieron los cimientos sobre los que se alzó la literatura rusa subsiguiente.

5

El arte de la antigua Rusia dependía de la Iglesia todavía más que la literatura. La arquitectura, la pintura y la música servían ante todo las necesidades religiosas. Por esta razón la música instrumental y la escultura se desarrollaron muy poco en esa época. El arte ruso no dejó de servir a la Iglesia en el siglo XVIII, pero en ese aspecto no fué en adelante más que una de las ramas de una evolución general.

Los palacios imperiales y las residencias de los nobles en la ciudad y el campo fueron los objetivos principales del esfuerzo de los artistas. Esto explica en parte el carácter del arte ruso en el siglo XVIII y la primera parte del XIX. Al satisfacer los gustos de la sociedad se sometió a las influencias occidentales. Un papel importante en el desarrollo de las bellas artes en Rusia lo desempeñó la Academia de Artes, fundada en 1757, que introdujo la técnica y los ideales del arte occidental.

Arquitectos y pintores occidentales, entre ellos muchos italianos y franceses, fueron llamados por la Corte para construir y decorar los palacios imperiales y, hasta cierto punto, los templos. Entre los arquitectos occidentales que trabajaron en Rusia figuraron el italiano Rastrelli y el escocés Cameron. Muchos de ellos se naturalizaron, como Rossi en el siglo XIX, y pueden ser considerados como rusos. Poco a poco fueron apareciendo artistas y arquitectos nativos, y el mejor dotado de ese período fué probablemente Bazhenov. La nueva arquitectura se desarrolló primero en la capital, San Petersburgo, así como en los palacios imperiales de los alrededores de la capital. El estilo arquitectónico favorito de los siglos XVIII y XIX fué el clásico. Columnas de diferentes tipos eran una parte esencial de la arquitectura tanto religiosa como seglar de esa época. El estilo implantado por los palacios imperiales fué seguido por los nobles. Durante este período muchas de las propiedades de los nobles furon adornadas con obras maestras arquitectónicas. El diseño de las casas solariegas

rusas de ese período era semejante al estilo colonial de los Estados Unidos, pero eran construídas frecuentemente con piedra. El estilo arquitectónico clásico se adaptó pronto al ambiente ruso y dejó de parecer extraño. A comienzos del siglo XIX se desarrolló una variante rusa de ese estilo, conocida con el nombre de estilo "Imperio" ruso.

La obra escultórica más famosa de la época fué el monumento a Pedro el Grande en San Petersburgo, realizado por dos escultores franceses, Falconet y Marie-Anne Collot. Los escultores rusos realizaron varias obras excelentes menos famosas. Los bustos de Shubin eran obras valiosas, así como los monumentos de Martos. La escultura rusa, como la arquitectura del período, se inspiraba en el clasicismo. Kozlovsky representó al mariscal Suvorov como un Marte joven, en tanto que Martos representó a Minin y Pozharsky, los héroes de 1612, como ciudadanos de la antigua Roma.

Aparecieron varios pintores de retratos notables, entre ellos Levitsky, Borovikovsky y Kiprensky, y un pintor de paisajes de gran talento, Shchedrin, quien murió muy joven. El pintor más famoso de principios del siglo XIX fué K. P. Brullov, quien pintó en 1830 el *Ultimo día de Pompeya*, cuadro teatral y frío que, no obstante, produjo una gran impresión. Más importante que Brullov, y más profundo en su obra, fué A. A. Ivánov, inspirado por un profundo sentimiento religioso. Su cuadro *Cristo apareciendo ante el pueblo* combina la profundidad de sentimiento con una técnica excelente. Ivánov invirtió más de veinte años, de 1833 a 1855, en pintar esta obra.

6

En el siglo XVII entraron al servicio de la Iglesia de Moscú nuevas melodías procedentes del sur: Kiev y Grecia. Fueron aceptadas por la Iglesia rusa en todas partes a fines de ese siglo y sólo las rechazaron los "viejos ritualistas", quienes conservaron las formas antiguas.

En el siglo XVIII, la música vocal religiosa sufrió la influencia italiana. Una compañía de ópera italiana actuó en San Petersburgo y los cantantes de la Corte tomaron parte en los coros. Puede advertirse la influencia italiana en las composiciones religiosas rusas del período. El compositor más famoso y competente de esa época fué Bortniansky, quien vivió de 1751 a 1825. En San Petersburgo le dió lecciones un maestro italiano y luego estudió en Italia. En 1796 fué nombrado director del coro de la Corte

Antes de su designación había conseguido ya este coro un alto grado de excelencia, por lo que Bortniansky se dedicó especialmente a seleccionar las voces y perfeccionar la *ensemble*. Buscó cantantes en el sur de Rusia y Ucrania, regiones famosas por sus voces. Como resultado consiguió un éxito enorme. Su sucesor como director del coro fué Lvov, el autor del himno nacional ruso compuesto en 1833. Cuando el compositor francés Berlioz oyó el coro dirigido por Lvov lo juzgó superior al coro papal.

En el siglo XVIII inundó a Rusia desde Occidente la música profana, tanto instrumental como vocal. Era considerada como un entretenimiento para acompañar a los banquetes, los bailes y los espectáculos de todas clases. Muchos terratenientes, imitando a la Corte, organizaron orquestas y coros entre sus siervos. En 1735, en el reinado de la emperatriz Ana, fué invitada la Ópera Italiana a ir a San Petersburgo. Poco tiempo después se hicieron los primeros intentos de crear una ópera rusa, combinando la manera italiana con las canciones del país. En el siglo XIX la vida musical de Rusia se hizo más seria e importante. En 1802 se fundó la Sociedad Filarmónica. Después de la guerra de 1812 se escribieron muchas óperas de carácter patriótico. Se publicaron tratados musicales, aumentó el número de músicos profesionales serios y mejoró la educación musical.

Este ambiente de interés por la música y de espíritu creador hizo posible la aparición del verdadero fundador de la música nacional rusa, M. I. Glinka, quien vivió de 1803 a 1857. Ocupa en la historia de esa música la misma posición central que Pushkin en la historia de la literatura de su país. Fueron contemporáneos, y Glinka, quien sentía un gran respeto por Pushkin, compuso música para algunos de sus poemas. El compositor pertenecía a una familia aristocrática de la provincia de Smolensko. Recibió sus primeras impresiones musicales oyendo una orquesta de siervos pertenecientes a su tío. Desde su infancia había oído las canciones populares del país, las cuales ejercieron una gran influencia en el carácter de su obra posterior. Estudió en Berlín y después de adquirir una gran pericia en la técnica musical compuso sinfonías y óperas de un estilo enteramente propio. Escribió dos óperas, *Una vida por el Zar* (llamada ahora *Iván Susanin*), en 1836, y *Ruslán y Ludmila*, en 1842, la última con un libreto basado en un poema de Pushkin inspirado en una brillante fantasía oriental.

Una década después de Glinka nació el segundo gran compositor ruso, A. S. Dargomyzhsky, quien vivió de 1813 a 1869. Es un representante del realismo y del estilo declamatorio en música.

Buscó una unión perfecta entre la letra y la música. Como él mismo dijo: "Deseo que el sonido exprese directamente la palabra. Deseo la verdad". Su mejor obra con esta tendencia fué su ópera *El convidado de piedra,* basada en el poema de Pushkin.

CAPÍTULO IX

LA EVOLUCIÓN DE LA POLÍTICA INTERNA Y EXTERIOR DE RUSIA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XIX

(1797 - 1857)

I

El emperador Pablo, quien reinó cinco años, desde 1796 hasta 1801, subió al trono con muchas ideas brillantes acerca de la política rusa, tanto interna como externa, pero sus caprichos despóticos frustraron todos los esfuerzos para realizar esos planes. En el momento de su ascensión se hallaban trastornadas sus facultades mentales. El plan del círculo conservador, formado alrededor de Pablo antes de su coronación, consistía ante todo en conseguir leyes fundamentales que definiesen el poder imperial, lo que obtuvieron en virtud de los decretos del 5 de abril de 1797. Fueron promulgadas las siguientes leyes: la de sucesión al trono, las concernientes a la familia imperial (la organización interna de la casa imperial) y finalmente, un *ukaz* que limitaba el trabajo de los siervos para el terrateniente a tres días por semana. Esta última ley fué el primer intento serio de la legislación imperial para limitar la servidumbre. El *ukaz* tenía poca importancia práctica, pues el gobierno no contaba con los agentes suficientes para hacerlo cumplir. Sin embargo, tuvo gran importancia como cuestión de principio. Al mismo tiempo fueron anulados los privilegios concedidos por la emperatriz Catalina a la nobleza. El gobierno del emperador Pablo introdujo también reformas en los departamentos gubernamentales, con objeto de reemplazar la responsabilidad colectiva por la dirección personal.

Su política exterior fué significativa, en particular con res-

pecto al Mar Negro y al Mediterráneo. La política anti-turca de la emperatriz Catalina había conseguido para Rusia una parte de la costa del Mar Negro. Esto tuvo un gran valor para el desarrollo del comercio y la prosperidad de la agricultura en el sur. Entre tanto surgió la posibilidad de establecer relaciones con Turquía de acuerdo con normas enteramente nuevas. El gobierno del emperador Pablo aprovechó esa oportunidad de una manera que dió a su política exterior una importancia especial en la historia de la diplomacia rusa. Su principio director era la extensión de la influencia rusa en la parte oriental del Mar Mediterráneo, no por medio de la guerra, sino de relaciones cordiales con Turquía. En 1798 se unieron Rusia y Turquía a Inglaterra, Austria y el Reino de Nápoles, en una coalición contra Francia, motivada por el propósito común de oponerse a su política expansionista que había puesto a Suiza, la Italia del norte y las islas jónicas bajo el dominio de ese país.

En 1798 envió Francia al general Napoleón Bonaparte a Egipto para que se apoderase del camino a la India. Rusia firmó un tratado especial con Turquía para la acción conjunta de ambos países. Los turcos accedieron a que la flota rusa pasase por el Bósforo y el estrecho de los Dardanelos, mientras los mantenía cerrados para los buques de guerra de las otras naciones. La escuadra rusa del Mar Negro, al mando del almirante Ushakov, junto con algunos navíos turcos, fué enviada al Mar Adriático. Expulsó a los franceses de las islas jónicas, donde organizó una república que quedó oficialmente bajo el patrocinio de Turquía, pero en realidad bajo el dominio de Rusia.

Ushakov consiguió que ésta ejerciese una gran influencia en el Adriático. En 1799 le ofreció Montenegro su lealtad. Así, la política del emperador Pablo llevó al establecimiento de una firme base rusa en el Adriático, desde la que se podía ejercer un verdadero dominio sobre los pueblos ortodoxos y eslavos de los Balcanes. Deseoso de extender el poder de Rusia en el Mediterráneo todavía más, Pablo se convirtió en protector de la orden de los Caballeros de San Juan, llamados los Caballeros de Malta, pues poseían esa isla.

La campaña naval en el Mediterráneo fué complementada con una campaña militar. El emperador Pablo envió en ayuda de Austria, en 1789, al mejor general de Rusia, Suvórov, quien en poco tiempo derrotó a los ejércitos franceses en Italia y los obligó a retirarse. Se disponía a invadir a Francia, pero Pablo le ordenó, cediendo al consejo de Austria, que arrojase a las tropas francesas de Suiza. En consecuencia, Suvórov entró en Suiza tras de una

marcha muy difícil a través de los Alpes por el paso de San Gothardo.

Las brillantes actividades de Suvórov no fueron suficientemente apreciadas por Austria. Pablo se convenció del egoísmo de esa nación e Inglaterra, y como no quería ser un juguete en sus manos, rompió las relaciones con ellas; Rusia entabló entonces relaciones estrechas con su reciente enemigo, Francia. Pablo comenzó a simpatizar con Napoleón al regreso de éste de Egipto para convertirse en el Primer Cónsul.

El cambio de política de Rusia con respecto a Francia no alteró, sin embargo, las relaciones con Turquía. La alianza rusoturca continuó y se conservó la base del Adriático para un nuevo desarrollo de la política rusa en los Balcanes. La alianza con Napoleón llevó automáticamente a una ruptura completa con Inglaterra. Pablo impuso un embargo a todas las mercaderías inglesas y los cosacos del Don recibieron la orden de emprender la conquista de la India. Pero esto no sirvió más que para demostrar el desequilibrio mental del emperador. Se ordenó a los cosacos que marchasen sin preparación alguna. No contaban ni siquiera con mapas y antes de llegar a la frontera rusa habían perdido ya sus caballos en el desierto. La marcha no fué una empresa seria y fracasó necesariamente. Los cosacos recibieron la orden de regresar inmediatamente, después del asesinato de Pablo.

La réplica de Inglaterra a la nueva política del zar fué el envío de una flota de guerra al Báltico. Al mismo tiempo, el representante británico en San Petersburgo trató de utilizar el descontento que había provocado el régimen de Pablo en los círculos de la Corte y entre los oficiales, para organizar un *coup d'état*. No fué difícil ejecutar ese plan. La locura del emperador se manifestaba en constantes ataques de furor violento contra los que no podían sentirse completamente seguros quienes lo rodeaban. Por un error en un desfile militar enviaba a los oficiales responsables al destierro; los funcionarios del gobierno de mayor responsabilidad temían constantemente el retiro y el disfavor. Pablo solía decir: "En Rusia es grande aquel con quien hablo y sólo mientras hablo con él". El resultado era un cambio incesante de personal en los altos puestos militares y civiles.

No es sorprendente, en vista de estas circunstancias, que los cortesanos y oficiales que conspiraban contra el zar fuesen encabezados por el gobernador militar de San Petersburgo, el conde Pahlen. En la noche del 24 de marzo de 1801 fué asesinado Pablo por los conspiradores que consiguieron entrar en su dormitorio.

El nuevo emperador fué su hijo Alejandro. Había dado su consentimiento para destronar a su padre, pero no suponía que

ello se iba a realizar por medio del asesinato. Hay pruebas de que sufrió una postración nerviosa cuando le anunciaron la muerte. Le hizo recobrar su serenidad la amarga observación del conde Pahlen: *"C'est assez faire l'enfant, allez régner"*.

2

Alejandro I poseía una de las inteligencias políticas más grandes de su época. Esa facultad se manifestó en su manera de juzgar las cuestiones de política tanto interna como exterior. Entre los diplomáticos contemporáneos había pocos, si alguno, que se le igualasen. Los rasgos sobresalientes de la inteligencia y del carácter de Alejandro eran su capacidad para concebir planes del alcance más amplio y para ejecutarlos sin conocimiento de quienes lo rodeaban.

Ha sido considerado como un hombre débil que cambiaba frecuentemente de política. Por lo contrario, era extraordinariamente tenaz en la consecución de sus objetivos, pero lo hacía, no por medios directos, como Pedro el Grande y el principal opositor de Alejandro, Napoleón, sino mediante métodos tortuosos, inculcando primero sus ideas en las mentes de quienes lo rodeaban y pretendiendo luego que seguía sus opiniones. Tenía una capacidad extraordinaria para encantar a sus oyentes. Atraía particularmente a las mujeres y obtenía muchos resultados con su ayuda. Sólo unos pocos contemporáneos comprendieron sus métodos diplomáticos. De aquí la acusación: "Alejandro es agudo como un alfiler, afilado como una navaja y falso como la espuma de mar". Napoleón lo llamaba *"Grec de Bas Empire"* (bizantino).

El objetivo principal de su actividad diplomática durante la primera mitad de su reinado, de 1801 a 1815, fué su lucha con Napoleón. Esto requirió la firma de una serie de alianzas, a veces con Austria y otras veces con Prusia. Esta política fué interrumpida por períodos de amistad con Francia, el más importante de los cuales siguió al fracaso de la primera coalición contra Napoleón y la Paz de Tilsit de 1807. La lucha fué decidida por un duelo gigantesco entre Alejandro y Napoleón en 1812 y concluyó con la organización de una coalición de toda Europa contra Bonaparte, que tuvo como consecuencia la caída de éste.

Alejandro consiguió dar con un gran principio en el que basó su lucha con Napoleón. En oposición al Imperio mundial de aquél, basado en el principio de la igualdad civil, llevó adelante la idea de una federación liberal de Estados nacionales. Expuso claramente esta idea en un notable documento de 1804: las ins-

trucciones diplomáticas a Novosiltsev para su misión extraordinaria en Inglaterra.

No consiguió realizar por completo su programa, pero el largo período de lucha con Napoleón terminó con la creación de la primera Liga de Naciones europea, la Santa Alianza. Aunque ésta se convirtió más tarde en una unión reaccionaria de los emperadores contra los pueblos, originariamente —y sobre todo a los ojos de su fundador, Alejandro— no tuvo ese carácter.

Una parte del programa de federación general de Alejandro era su política con respecto a los eslavos. Los eslavos meridionales de los Balcanes y Polonia debían ser liberados del dominio turco, austríaco y prusiano, y formar una federación bajo la dirección de Alejandro. Estas ideas constituían la base de su política hasta el Congreso de Viena, en 1815, pero el curso de los acontecimientos impidió su realización. La inevitable alianza militar con Austria y Prusia hizo imposible plantear la cuestión polaca en toda su amplitud, con anterioridad a la Paz de Tilsit, pero la de los eslavos del sur fué planteada en relación con la política rusa en el Mediterráneo.

La política de Pablo en el Mediterráneo sentó la base para la de Alejandro. Es cierto que el 5 de junio de 1801 se firmó un tratado de amistad con Inglaterra por el que Rusia renunciaba a sus pretensiones a Malta, y esta renuncia significó una brecha material en el frente ruso del Mediterráneo. Pero en general fué mantenido el programa de Pablo. El factor principal era ahora el archipiélago jónico, el cual se convirtió en el centro del interés diplomático y militar ruso. En septiembre de 1805 zarpó del Báltico una pequeña escuadra a las órdenes del almirante Seniavin. En enero de 1806 llegó a la isla de Corfú. Con las Islas Jonias y Montenegro como bases, luchó contra las fuerzas superiores de Francia y Turquía durante año y medio. Turquía declaró la guerra a Rusia a fines de 1806. En junio de 1807 derrotó Seniavin a la escuadra turca en el Egeo, cerca de la isla de Imbros.

Sin embargo, la Paz de Tilsit de 1807, entre Napoleón y Alejandro, tuvo como consecuencia el completo derrumbe de los planes rusos en el Mediterráneo. Las islas jónicas fueron devueltas a Francia. Pero Alejandro no abandonó las esperanzas de Pablo de realizar las aspiraciones de su país en los Balcanes y el Adriático y de mejorar la suerte de los eslavos balcánicos mediante un acuerdo directo con Turquía. Fué precisamente esta misión la que tuvo que cumplir el almirante Chichagov al sustituir a Kutúzov, en 1812 como jefe del ejército ruso del Danubio. Pero Kutúzov, antes de la llegada de Chichagov, tuvo tiempo para hacer la paz con Turquía sin firmar una alianza.

A causa del acuerdo de Tilsit, Rusia no pudo resolver sus diferencias con Suecia. Como consecuencia de la guerra con ese país en 1808-09, anexó a Finlandia.

La Paz de Tilsit, insincera tanto por parte de Alejandro como de Napoleón, a pesar de las ventajas que ambos obtuvieron con ella, fué interrumpida por la guerra de 1812. Esta guerra fué preparada cuidadosamente por Napoleón desde el punto de vista de la técnica militar. La marcha hasta Moscú fué estratégicamente brillante, pero la gran batalla de Borodino fué un empate y debido a la habilidad estratégica del comandante en jefe, Kutúzov, Napoleón no consiguió destruir al ejército ruso.

Dado que la fuerza activa de ese ejército no había sido derrotada todavía y que todas las clases de la sociedad rusa mostraban un enorme entusiasmo patriótico, Napoleón sólo podía conquistar a Rusia provocando una revolución social. Los elementos para esa revolución existían entonces todavía en mayor grado que en 1917, particularmente a causa de la servidumbre. Entre la población rusa vivían todavía testigos de la rebelión de Pugachev. Ahora se sabe que algunos estadistas rusos de la época temían la guerra, especialmente porque esperaban que Napoleón provocaría otro levantamiento semejante. Si lo hubiera conseguido, habría sometido a Rusia a su dominio, por lo menos durante algún tiempo.

Había pruebas de la inquietud que reinaba entre los campesinos en 1812. Se produjeron varias revueltas entre los reclutas. Napoleón no quiso, o no supo cómo aprovecharse de esa situación. Además, no contaba con una "quinta columna" en Rusia. Digamos de paso que la detención y el destierro infundados e injustificables, inmediatamente antes de la guerra de 1812, de uno de los principales estadistas rusos, "la mano derecha de Alejandro", Speransky, puede explicarse por el temor pánico del grupo gobernante de que Napoleón contara con él como un hombre capaz de organizar una revolución en el país. Pero sin organizar una revolución social, Napoleón no podía retener a Moscú, a centenares de kilómetros de su base. La retirada era inevitable. Se convirtió en una derrota, con los soldados franceses expuestos al hambre y al frío y a los ataques del ejército y de las bandas de guerrilleros rusos. El país consideró la expulsión de Napoleón como el final de su intervención en la guerra. La lucha posterior debe atribuirse a la iniciativa personal de Alejandro. Éste era el alma de la coalición europea contra Napoleón y el director principal de todas las actividades militares. Su consejero era el general Barclay de Tolly, descendiente de una familia escocesa, pues Kutúzov había muerto el 28 de abril de 1813. La resistencia de Napoleón sólo fué vencida después de una lucha tenaz. Las tro-

pas rusas y aliadas entraron en París en el verano de 1814. Las fuerzas de Napoleón, después de su regreso de la Isla de Elba, fueron derrotadas por los ingleses y los prusianos en Waterloo, en 1815, antes de que llegaran las tropas rusas.

La política exterior de Rusia durante la primera mitad del reinado de Alejandro se extendió también al Océano Pacífico. En el reinado de Pablo, en 1798, fué reorganizada la compañía comercial de Shelekhov, que se convirtió en la Russo-American Company y obtuvo un monopolio comercial, así como el poder para administrar justicia en las colonias rusas del Pacífico. En virtud de la carta de derechos otorgada por Pablo, el director principal de la compañía debía ser un miembro de la familia Shelekhov. Fué nombrado N. P. Rezanov, pero el papel dominante de la compañía lo desempeñó el administrador de la misma, A. A. Baranov.

En 1805 fué contruída la fortaleza de Novo-Arcángel, que se convirtió en el centro principal de las posesiones rusas en Alaska. Baranov no se contentó con Alaska y trazó grandes planes. En 1812 organizó una colonia rusa en California y soñaba con hacer del Pacífico un mar ruso. En 1815 envió una expedición a las Islas Hawaii. Pero esta expedición fracasó. En 1818 se disponía a retirarse; falleció al regresar a Rusia en un barco de la Russo-American Company, en el estrecho de Sunda, y su cuerpo fué sepultado en el mar, de acuerdo con la costumbre. La política de gran alcance de Baranov en el Pacífico no fué proseguida después de su muerte.

3

El estado constante de guerra con Napoleón no apartó por completo la atención de Alejandro de las cuestiones de política interna. El siglo XVIII dejó pendientes dos problemas que fué necesario resolver en el XIX: la reorganización política del Estado y la situación de los campesinos. Durante el reinado de Alejandro I progresó considerablemente la solución de ambos problemas. La reorganización de la estructura del Estado fué emprendida de dos modos: primero, mejorando la organización burocrática de muchos departamentos gubernamentales; en segundo lugar, llegando a un acuerdo parcial con respecto a los principios fundamentales de la reorganización del Estado.

Con respecto al primer punto es necesario tomar en cuenta la nueva organización del Senado y de los ministerios en 1802. El Senado se convirtió ante todo en un cuerpo judicial. Se completó su reorganización de acuerdo con esas normas mediante la re-

forma judicial de Alejandro II en 1864. La creación de ministerios completó la reforma iniciada por Pablo. Finalmente, se consiguió una mejora en la técnica de preparar las leyes mediante la creación del Consejo de Estado en 1810. Pueden citarse, además, las reformas referentes a los gobiernos locales, que consistieron en subdividir los territorios de Rusia en provincias a cargo de gobernadores generales, en 1819, y la reorganización de la administración local mediante la creación de consejos especiales para aconsejar a los gobernadores, en 1823.

El segundo punto se refiere a la reorganización constitucional del Estado. Se hicieron varios proyectos de reforma. El propósito fundamental de todos esos planes era la implantación del gobierno representativo en las cuestiones legislativas. Los proyectos fueron preparados bajo la influencia de la experiencia política angloamericana o francesa. Es necesario mencionar los de Speransky en 1809 y de Novosiltsev, el último conocido con el nombre de Carta Constitucional del Imperio, en 1819-20. Según el plan de Speransky, el cuerpo representativo, la Duma, se iba a componer de diputados elegidos indirectamente por la población. Cada municipio elegiría una Duma, cada Duma municipal un delegado para una Duma de distrito, cada Duma de distrito otro delegado para una Duma provincial y cada Duma provincial otro para una Duma imperial. Este plan sirvió cien años después como base para el sistema electivo del gobierno soviético.

Además de la creación de una Duma imperial se propuso crear un Consejo imperial. Este órgano burocrático tendría como su función principal la coordinación de las actividades de los diversos órganos gubernativos. El Consejo, como hemos visto, fué creado en 1810. El resto del plan no fué ejecutado.

El plan de Speransky se basaba en la idea de un Estado centralizado. El de Novosiltsev, por otra parte, tenía como concepto básico la creación de un Estado federal dentro de los territorios del Imperio ruso. El plan estaba inspirado en parte en el ejemplo de los Estados Unidos de América. Aparte de la influencia de los libros sobre el tema del gobierno federal había también una influencia personal. El emperador Alejandro entró en 1806 en correspondencia con el presidente Jefferson acerca de la cuestión de la estructura gubernativa de los Estados Unidos. Según el plan de Novosiltsev, el Imperio ruso debía ser dividido en provincias o Estados. Su idea fundamental era la coordinación del Imperio ruso original con las regiones anexadas recientemente, especialmente con las que poseían derechos y peculiaridades locales, como las provincias del Báltico y la región de los cosacos del Don, y aquellas que eran en realidad Estados constituciona-

les, como Finlandia desde 1809 y Polonia, anexada en el Congreso de Viena de 1815. Ya en 1807, en virtud del Tratado de Tilsit, Napoleón creó el Gran Ducado de Varsovia con las partes de ese país tomadas por Austria y Prusia en los repartos del siglo XVIII. Después de la derrota de Napoleón en 1812, el Gran Ducado de Varsovia fué ocupado por las tropas y, de acuerdo con las resoluciones del Congreso de Viena, la mayor parte del Ducado fué anexada por Rusia, en tanto que la parte menor fué devuelta a Prusia y Austria. Alejandro concedió a Polonia una Constitución el 27 de noviembre de 1815, Constitución que fué considerada como una de las más liberales de la época.

Según el plan de Novosiltsev, los Estados fronterizos se unirían a los del nuevo Imperio confederado. Ese plan, así como el de Speransky, no fué puesto en práctica, pero en 1819 se dieron los primeros pasos para su ejecución, mediante la reforma de los gobiernos locales. El plan de Novosiltsev no fué abandonado por completo hasta la muerte de Alejandro en 1825; si aquél hubiese seguido reinando, habría podido ser llevado a la práctica.

La política social del emperador Alejandro I fué importante. Como durante el reinado de Catalina II, la cuestión de los campesinos era en sus manos un arma contra el movimiento constitucionalista aristocrático. Las terribles consecuencias de la rebelión de Pugachov fueron olvidadas en el siglo XIX y la oposición política de los nobles se manifestó nuevamente en 1802 en la forma de demandas de que el Senado fuese convertido en un Consejo de Nobles y hasta de una limitación del poder imperial. En el decreto sobre la reorganización del Senado, en 1802, no siguió Alejandro los planes defendidos por los nobles, sino que dió al Senado una sombra de autoridad política. Consistía en el derecho a protestar contra los decretos imperiales cuando no estaban de acuerdo con las leyes establecidas. Era algo parecido al *droit de remontrance* del parlamento francés del siglo XVIII.

El Senado sintió pronto el deseo de utilizar ese derecho cuando creyó que el gobierno destruía los privilegios de la nobleza. En diciembre de 1802 el Consejo de Ministros aprobó, y el emperador confirmó, un informe del ministro de Guerra que pedía que los nobles que habían servido en el ejército sin alcanzar la promoción al grado de oficial no se pudieran retirar hasta después de haber servido por lo menos doce años como oficiales de grado inferior. El informe fué enviado al Senado para su publicación. Pocos días después uno de los senadores expresó la opinión de que el nuevo reglamento no estaba de acuerdo con los privilegios fundamentales de la nobleza. A fines de enero de 1803 apoyó el Senado esa opinión. Una delegación de senadores fué recibida en

marzo por el emperador, quien les declaró secamente que aquella legislación especial sería promulgada. A comienzos de abril de 1803 se publicó un decreto anunciando que el derecho del Senado a protestar se limitaba a las leyes y decretos publicados con anterioridad a 1802. Los posteriores a ese año debían ser aceptados sin modificaciones.

Como respuesta a las pretensiones del Senado y advertencia a los nobles, Alejandro planteó la cuestión de los campesinos. El 4 de marzo de 1803 se publicó un decreto referente a los "terratenientes libres". Este decreto se refería a las reglas para emancipar a los siervos con tierra; la concesión de la libertad se dejaba al libre albedrío de los propietarios de las tierras.

La importancia práctica del decreto no era grande. El número total de siervos liberados como consecuencia de su publicación fué de unos cincuenta mil, pero tenía una gran importancia como principio. Los nobles vieron la posibilidad de que Alejandro concediese privilegios a los campesinos para contrapesar los de la nobleza. Renunciaron a sus pretensiones y Alejandro salió victorioso del duelo político. En adelante los nobles que deseaban proponer un programa político práctico tenían que incluir en él una solución del problema campesino. Esto es lo que hicieron los "decembristas" al final del reinado de Alejandro I.

La ley con respecto a los terratenientes libres no fué evidentemente más que un primer paso. Alejandro tuvo que dar otros pasos para hacer frente a la cuestión de los campesinos. De otro modo era imposible llevar a cabo las reformas políticas; los planes para éstas eran complementados con otros para la solución de la cuestión campesina. En las provincias bálticas, la emancipación de los siervos —sin tierra— fué llevada realmente a la práctica en 1819.

4

Los intentos de reorganización interna durante la segunda mitad del reinado de Alejandro I fueron acompañados por cambios en su política exterior. El factor central de esta política era la Santa Alianza. Su propósito era la unificación de la política de los Estados europeos. Se basaba en un fundamento religioso: la unificación de los Estados cristianos sin diferenciación de credos. Aunque la Santa Alianza representaba el idealismo místico de Alejandro, las políticas internas eran controladas realmente en esa época por la llamada Cuádruple Alianza (Austria, Gran Bretaña, Prusia y Rusia), en la que más tarde fué admitida tam-

bién Francia (Quíntuple Alianza). Durante los primeros años de su existencia realizó la Alianza varios congresos pan-europeos: Aquisgrán, en 1818; Troppau (Opava), en 1820; Laibach (Ljubljana), en 1821, y Verona, en 1822. La Alianza consiguió evitar la guerra entre los Estados miembros de la misma, durante mucho tiempo. No hubo guerras importantes en Europa durante casi cuarenta años, desde 1815 hasta 1853.

La política de la Alianza con respecto a los asuntos internos de sus miembros era el tema de una viva disputa entre el grupo más liberal, encabezado por Alejandro I, y los reaccionarios dirigidos por el ministro austríaco Metternich. Durante los primeros años de su existencia predominó el partido liberal. Los años 1819-20 lo fueron de crisis. Alejandro amenazó hasta con *"lâcher la bête"*, es decir, con liberar a Napoleón de su cautiverio en Santa Elena. No obstante, triunfó el partido reaccionario y la Alianza se fué convirtiendo poco a poco en una alianza de los reyes para reprimir los movimientos liberales en distintos países. Alejandro hizo una concesión tras otra a Metternich. Se expuso la opinión de que había perdido por completo toda independencia de criterio. Parecieron confirmar esto los acontecimientos de la revolución griega contra el gobierno turco. La revolución estalló en 1821. La opinión pública de Rusia pidió que fuese apoyado el movimiento. Metternich, por otra parte, vió en él únicamente una rebelión de los súbditos del Sultán, su gobernante legal, y basándose en ello la Alianza se opuso a que fuese apoyada la revolución.

Alejandro no quería pelearse con la Alianza, que había sido creada por su propia iniciativa, pero su diplomacia de ese período buscó medios independientes de expresión fuera de aquélla. Trató de llegar a acuerdos separados con sus miembros.

Al mismo tiempo, en vista de la posibilidad de una guerra con Turquía, las tropas rusas fueron concentradas en el sur. En plena realización de esa nueva política diplomática y militar, cayó enfermo Alejandro de una fiebre contraída en Crimea y falleció en Taganrok el 1º de diciembre de 1825. Lo inesperado de su muerte dió origen a la leyenda popular de que no había muerto en realidad, sino que se había disfrazado de peregrino, y muchos años después apareció en Siberia como un anciano que se hacía llamar Feódor Kuzmich.

5

La muerte de Alejandro casi dió origen a una revolución en Rusia. Durante la segunda parte de su reinado había habido una gran inquietud entre los nobles y los oficiales. El papel extraordinario desempeñado por el ejército ruso en las guerras europeas de 1813-14 había despertado en los oficiales el sentimiento patriótico. La política posterior de Alejandro pareció a la mayoría de ellos contraria a los intereses del país. Sus concesiones a Metternich fueron criticadas con severidad. El papel de "policía" en la supresión de los movimientos populares de Europa, que se suponía desempeñaba Rusia en la Quíntuple Alianza desde 1821, no atraía a los oficiales rusos. Finalmente, la negativa a ayudar a la revolución griega fué considerada como una traición a los intereses de la Iglesia Ortodoxa. Causaban también temores las supuestas inclinaciones de Alejandro en favor de Polonia.

Estas consideraciones llevaron a los oficiales jóvenes a la oposición política. Poco después de 1815 comenzaron a formarse sociedades secretas que tenían como objetivo la reorganización de los asuntos internos de Rusia. Esas sociedades se organizaron en parte bajo la influencia de las logias masónicas y en cierta relación con ellas. Las lecciones de la historia no dejaron de ser tenidas en cuenta por los nobles liberales que constituían la oposición. El programa de todas las sociedades secretas incluía la abolición de la servidumbre y la solución del problema de las tierras. Entre ellas hubo dos que alcanzaron una importancia especial: la Asociación del Sur, compuesta por oficiales del ejército meridional y encabezada por el coronel Pestel, y la Asociación del Norte, de San Petersburgo. El plan de una futura Constitución redactada por Pestel fué conocido con el nombre de *Russkaia Pravda* (Ley rusa). Pestel concebía el futuro Estado ruso como una república centralizada con una política democrática y hasta socialista. Reconocía también la necesidad de una poderosa dictadura en el gobierno revolucionario. En estas cuestiones Pestel era discípulo de los jacobinos franceses y un precursor de Lenin. La Asociación del Norte había proyectado una Constitución redactada por el coronel Muraviev. Este plan consideraba posible mantener una monarquía liberal, pero daba importancia primordial a los derechos individuales. Según él, Rusia debía ser organizada de acuerdo con normas federales. La Constitución de Muraviev fué redactada bajo la influencia directa de la de los Estados Unidos de América.

Las sociedades secretas esperaron varios años a que se les

presentase el momento conveniente para iniciar un movimiento. Se les presentó a la muerte de Alejandro. El motivo fué la confusión con respecto a la sucesión al trono. Según la ley de sucesión de 1797, Alejandro, quien no dejó hijos, debía ser sucedido por su hermano Constantino, quien era comandante en jefe del ejército polaco desde 1815. Pero éste se había casado con una dama polaca, vivía feliz y no se inclinaba a aceptar las responsabilidades y los riesgos del cargo imperial.

A su pedido firmó Alejandro en 1823 un manifiesto confirmando la negativa de Constantino a ascender al trono y designando como su sucesor a su otro hermano, Nicolás. Por razones desconocidas, Alejandro no publicó ese manifiesto, pero depositó tres copias del mismo, en sobres sellados, en distintos lugares. Uno de los motivos para semejante secreto fué sin duda el temor de irritar a los oficiales y provocar un levantamiento que esperaba evitar con la publicación del proyecto constitucional de Novolsiltsev. Nicolás era muy impopular entre los oficiales a causa de sus relaciones y simpatías prusianas, pues se había casado con una princesa prusiana, así como por sus puntos de vista conservadores.

Cuando murió Alejandro, Constantino se hallaba en Varsovia y Nicolás en San Petersburgo. Ambos conocían el manifiesto de Alejandro, pero sólo Constantino obró de acuerdo con él. Al recibir la noticia de la muerte de su hermano ordenó a los funcionarios militares y civiles de Varsovia que jurasen fidelidad al nuevo emperador, Nicolás, quien, por otra parte, habiendo sido informado por el gobernador militar de San Petersburgo de su impopularidad entre los oficiales de la Guardia, no se atrevió a exigir el juramento de fidelidad a su persona e hizo que los oficiales lo prestasen al emperador Constantino.

Como entonces no había servicios telegráficos ni ferrocarriles y las comunicaciones entre San Petersburgo y Varsovia se realizaban por medio de caballos de posta, la crisis duro largo tiempo. La noticia de la muerte de Alejandro fué recibida en San Petersburgo el 8 de diciembre de 1825. Sólo dos semanas después terminó la correspondencia entre Nicolás y Constantino y éste renovó su negativa categórica a aceptar el trono. El 26 de diciembre fué el día designado para tomar el juramento de fidelidad al emperador Nicolás I. Los conspiradores eligieron ese momento para la sublevación. Éste es el motivo de que se les haya llamado "decembristas". Consiguieron convencer a los soldados de varios regimientos de que el juramento que se les exigía era ilegal y de que era necesario defender los derechos del emperador Constantino y exigir una Constitución. Circuló la anécdota de que

algunos soldados creyeron que "Constitución" era el nombre de la esposa de Constantino.

Los rebeldes ocuparon la plaza del Senado y los esfuerzos para enviarles negociadores fracasaron. El gobernador militar de San Petersburgo, uno de los héroes de la guerra de 1812, quien fué a verlos para iniciar negociaciones, murió a sus manos. Los rebeldes, empero, no pusieron en práctica su plan de acción y se limitaron a formar el cuadro en el centro de la ciudad. Nicolás consiguió reunir al resto de las tropas leales y emplazar cañones en los puntos importantes de la capital. Los rebeldes carecían de artillería. Cuando al anochecer se les pidió que se rindiesen y se negaron, fueron ametrallados. El cuadro se rompió y los rebeldes huyeron. El levantamiento fué sofocado inmediatamente. También fracasó el intento de sublevación militar en el sur de Rusia.

En seguida se iniciaron los arrestos y las investigaciones. Ciento veinte hombres fueron sometidos a juicio, entre ellos muchos miembros de las principales familias nobles de Rusia. Nicolás conmutó las condenas del tribunal. No obstante, cinco de los prisioneros fueron ahorcados, entre ellos el coronel Pestel; treinta y uno condenados a trabajos forzados en Siberia y los demás a destierro en dicha región o a prisión por diversos períodos.

6

Nicolás I era muy distinto de su hermano mayor Alejandro. Tenía una naturaleza mucho más primitiva, se interesaba por muchas menos cosas y no poseía la más ligera sombra de liberealismo en sus opiniones políticas. No carecía por completo de habilidad diplomática en sus relaciones con los demás, pero aun a este respecto sus capacidades eran muy limitadas. Le gustaba desempeñar el papel de funcionario sencillo y honrado y servidor del Estado.

Su sabiduría política consistía ante todo en imponer una disciplina estricta en cuestiones militares y civiles. Le guiaba la misma idea de un Estado "reglamentado" y "policial" que a Pedro el Grande, pero, por supuesto, era mucho menos capaz que Pedro. Un contemporáneo de Nicolás, el gran poeta ruso Pushkin, dijo de él: *"Il y a beaucoup d'enseigne en lui et un peu de Pierre le Grand"*. Indudablemente se sentía responsable ante el tribunal de la historia y deseaba servir a Rusia, pero como no había recibido educación alguna más que en cuestiones militares, no estaba preparado para la tarea de gobernar. No obstante, trató de

intervenir en todos los departamentos del gobierno. No compartía las ideas liberales de su hermano. Como desconfiaba del liberalismo en general, puso fin a todos los preparativos para la reforma constitucional y en relación con ello derogó los nuevos experimentos en el campo de la administración local. Sin embargo, no es posible negarle sus esfuerzos para introducir mejoras en la organización gubernativa y social de Rusia. Ordenó que se redactara un resumen de los puntos de vista de los "decembristas" con respecto a la necesidad de un cambio en los asuntos del gobierno, y lo estudió cuidadosamente.

Una de las deficiencias principales del sistema político ruso en opinión de los "decembristas" era la falta de un sistema en las leyes y la consiguiente confusión de procedimientos en los tribunales. Para corregir esa deficiencia creó Nicolás una comisión encargada de codificar la ley y compilar el *Svod Zakonov* (Código de Leyes). Uno de los estadistas y juristas rusos más grandes, Speransky, se hizo cargo de esa tarea. Como hemos visto antes, Speransky fué desterrado en 1812. En la segunda mitad del reinado de Alejandro se le admitió en el Servicio Civil de las provincias; llegó a ser gobernador general de Siberia en 1821-22 y más tarde se le permitió regresar a San Petersburgo, pero no alcanzó la misma importancia que antes. Nicolás puso a prueba su lealtad nombrándolo uno de los jueces en el proceso de los "decembristas". Tras de varios años de trabajo concentrado, consiguió publicar cuarenta y dos volúmenes de *La colección completa de las leyes rusas* en su orden cronológico, desde el Código del zar Alejo Mijáilovich de 1649 hasta la coronación del emperador Nicolás. A base de esta obra se compiló en 1832 un Código sistemático del Imperio ruso. Una segunda edición de este Código se publicó en 1842 y una tercera en 1857. Así, en el reinado de Nicolás I se llevó a cabo la codificación de las leyes, que no habían podido realizar Catalina II ni Alejandro I.

Otra seria deficiencia en la vida rusa observada por los "decembristas" era la institución de la servidumbre. Hemos visto cómo, en el reinado de Alejandro I, el gobierno pensó seriamente en abolir o por lo menos limitar la servidumbre. Nicolás I siguió trabajando en el mismo sentido. Tanto para Alejandro como para Nicolás la cuestión campesina tenía importancia política en la lucha con la oposición de los nobles. Nicolás desconfió durante toda su vida de las intrigas políticas de la nobleza después del movimiento "decembrista", que fué ante todo un movimiento de la nobleza.

Durante su reinado se tomaron varias medidas para limitar la servidumbre. Una de ellas fué la ley de 1827, prohibiendo la

compra de campesinos sin una cantidad de tierra suficiente para su mantenimiento; otra fué la ley de 1833, prohibiendo la separación de las familias mediante la venta. Impulsaba al gobierno la idea de regularizar la explotación del trabajo de los labradores por los terratenientes. La ley concerniente a los campesinos ligados a la tierra, proclamada en 1842, estaba de acuerdo con ese propósito. Exigió que los terratenientes definiesen los deberes de los agricultores, pero dejó el asunto librado a la buena voluntad de aquéllos. El intento de imponer responsabilidades fijas con respecto a la labor de los siervos sólo se llevó a cabo en ciertos distritos de Rusia. En el reino de Polonia se implantaron las llamadas "tablas" en 1846. Esta ley fué aprobada en vista de los levantamientos de los campesinos en la Galitzia austríaca. En las provincias del sudoeste se realizaron "inventarios" en 1853. Tanto las "tablas" como los "inventarios" eran listas de obligaciones de los campesinos. Todo indicaba una reforma agraria general, pero ésta no se realizó en realidad hasta el siguiente reinado.

Otro mal del sistema gubernamental de Rusia, señalado por los "decembristas", era la confusión en las cuestiones financieras y la depreciación del rublo, causada por la inflación del papel moneda como consecuencia de las prolongadas guerras del reinado de Alejandro I. Las reformas financieras de Nicolás fueron realizadas por Kankrin, su ministro de Hacienda. La primera medida que tomó éste fué la estabilización del valor del papel moneda en 1839, a razón de 3½ rublos papel por cada rublo estabilizado. Después se creó nuevo papel moneda respaldado por una reserva de oro y mantenido a la par; los billetes viejos fueron comprados por la Tesorería del Estado.

Después de acceder a muchos de los deseos de los "decembristas", al llevar a cabo las reformas en la maquinaria judicial y administrativa del Estado y al aceptar algunas de sus sugestiones con respecto a las cuestiones sociales y económicas, Nicolás reafirmó el principio de autocracia. Todas las manifestaciones de liberalismo fueron reprimidas sin piedad. La prensa fué sometida a restricciones, las universidades colocadas bajo una supervisión estricta, se creó una "Tercera" sección especial de la cancillería imperial para la represión de la inquietud política. Este cuerpo particular recibió el nombre de *gendarmerie*. La menor sospecha de ser indigno de confianza política terminaba con la carrera de cualquier funcionario civil o militar, por mucho talento que tuviese. Como consecuencia de esto disminuyó considerablemente la proporción de oficiales del ejército y de funcionarios civiles capaces en los altos puestos. La detención y el destierro amenazaban a todos los que tenían opiniones políticas independientes.

El brillante pensador político conservador, perteneciente al grupo, "eslavófilo", Jorge Samarin, fué encarcelado durante breve tiempo en 1851 por oponerse al partido alemán en las provincias bálticas. El joven autor Dostoievsky, genio de primera fila, fué desterrado a Siberia en 1848 por pertenecer a un grupo que se interesaba por el socialismo francés.

El sistema de Nicolás I fué puesto en vigor severamente y sin derecho a apelación. Cuando la derrota militar de Rusia en la guerra de Crimea demostró lo perjudicial de ese régimen, su creador no pudo sobrevivirlo. Nicolás I falleció en plena guerra, el 2 de marzo de 1855, al parecer de un resfrío, pero en realidad a consecuencia de la fatiga nerviosa. Circuló el rumor de que se había envenenado.

7

El emperador Nicolás I siguió en su política exterior los mismos principios firmes que en su política interna. El concepto fundamental de aquélla era el legitimismo, y de ahí su oposición a todos los movimientos liberales y revolucionarios. Su primer movimiento en política exterior —la guerra ruso-turca de 1828-29— no estaba, sin embargo, en completo acuerdo con ese principio. Al apoyar la revolución griega se guió no por sus principios generales de política exterior, sino por los objetivos tradicionales de la diplomacia rusa en los Balcanes. Además, la guerra había sido preparada en el reinado anterior. Nicolás siguió realmente la política de su hermano por inercia, pero también probablemente llevado por su deseo de desviar la atención de la sociedad rusa de los efectos del levantamiento "decembrista" mediante una guerra exterior. En 1827 firmaron Rusia, Inglaterra y Francia un acuerdo para ayudar a Grecia. En el otoño de ese año la escuadra combinada ruso-anglo-francesa destruyó a la flota turco-egipcia en Navarino. La consecuencia inmediata fué la guerra rusoturca de 1828-29.

Según el plan del emperador Alejandro, el ejército polaco debía intervenir en la guerra en los Balcanes, cuyo objeto era liberar a los eslavos del sur. Pero el Gran Duque Constantino no accedió a enviar al ejército polaco a esa región. Sin embargo, tomó parte simbólica en la guerra mediante la presencia en ella de una misión extraordinaria de oficiales polacos. La guerra se desarrolló lentamente en 1828; sólo en el curso del año siguiente el comandante en jefe ruso, general Diebitsch, asestó un fuerte golpe a los turcos en Kulevche y cruzó los Balcanes. Al mismo

tiempo, el general Paskevich consiguió tomar a Erzerum, en el frente del Cáucaso. Turquía se vió obligada a firmar la paz en Adrianópolis. En virtud del tratado de paz, Rusia tomó posesión de la desembocadura del Danubio y mejoró su posición a lo largo de la costa caucásica del Mar Negro. Se obtuvo la independencia de Grecia, así como la autonomía de Servia, Moldavia, Valaquia y los principados danubianos.

Las condiciones de la Paz de Adrianópolis asombraron a los diplomáticos de Europa por su moderación. No fueron consecuencia de debilidad o de error, sino de previsión y fuerza. Se trataba de una continuación de la política turcófila del emperador Pablo. La moderación de la Paz de Adrianópolis dió frutos posteriormente en el famoso Tratado de Unkiar-Skelessi entre Turquía y Rusia. Varios años después de la firma de aquella paz, Turquía se vió al borde del desgarramiento a causa de la guerra civil. El Bajá de Egipto, Mechmet-Alí, se levantó contra el Sultán y su hijo Ibrahim derrotó al ejército de aquél. Turquía se salvó gracias a la intervención de Rusia. Ésta envió al Bósforo un pequeño ejército a las órdenes del general N. N. Muraviev para defender a Constantinopla contra el ejército egipcio.

El general Muraviev fué uno de los personajes militares más notables del reinado de Nicolás. Se había preparado para actuar en el Oriente estudiando varios idiomas orientales, lo que le permitía mantener conversaciones sin intérpretes. El resultado de su expedición al Bósforo fué la firma del Tratado de Unkiar-Skelessi, que colocó a Rusia en posición de protectora con respecto a Turquía. Lo esencial del Tratado consistía en la disposición de que los estrechos del Bósforo y los Dardanelos permanecerían cerrados a todos los buques de guerra, excepto los de Turquía y Rusia. El Tratado de Unkiar-Skelessi constituyó una gran victoria para la diplomacia de Rusia, pero ésta no supo utilizar sus ventajas. El emperador Nicolás se ató las manos con un acuerdo firmado el mismo año con Austria en Münchengrätz. Más tarde se adhirió Rusia a los acuerdos de Londres de 1840 y 1841, según los cuales los estrechos quedaban cerrados para los buques de guerra de todas las naciones, bajo una garantía internacional.

Con anterioridad a la firma del Tratado de Unkiar-Skelessi había tenido Nicolás la oportunidad de demostrar la verdadera naturaleza de su política exterior. Se la dió la revolución de julio de 1830 en Francia, que derribó al poder legítimo de los Borbones y lo sustituyó por la monarquía liberal de Luis Felipe de Orleans. Nicolás decidió intervenir en favor de los Borbones y se disponía a enviar tropas rusas al Rin. Impidió, no obstante, la intervención una revolución en Polonia. Este levantamiento no

puede ser explicado por la política polaca de Nicolás, pues aunque éste nunca simpatizó con los principios constitucionales, se preocupó de una manera particular de mantener la Carta Constitucional de Polonia. Pero su política nacionalista hizo evidente para los polacos que no había esperanza alguna de que fuesen anexadas a su país las provincias de Lituania y de la Rusia occidental, esperanza que aún mantenían durante el reinado de Alejandro I. El levantamiento polaco no fué reprimido hasta 1831, tras de un año de dura lucha. La Constitución polaca fué derogada. El Estatuto Orgánico de 1832 sólo dejó a Polonia unos pocos privilegios. Así, contrariamente a las intenciones originales de Rusia, fué anexada una gran parte de aquel país. Esto contribuyó a hacer todavía más confusa la cuestión polaca en opinión de rusos y polacos.

La política exterior reaccionaria de Nicolás se puso de manifiesto por segunda vez en 1848-49, cuando todo el continente europeo fué barrido por una nueva ola revolucionaria. En esta ocasión intervino para reprimirla. Accediendo al pedido personal del joven emperador de Austria, Francisco José, Nicolás envió un ejército de cien mil rusos a las órdenes del general Paskevich para reprimir la revuelta húngara contra Austria en 1849. Paskevich obligó pronto a rendirse al ejército húngaro. Austria se salvó. El ministro austríaco Schwartzenberg dió inmediatamente los pasos necesarios para impedir que Rusia ejerciese una influencia excesiva en la política posterior de Austria. Su declaración es famosa: "Austria sorprenderá al mundo con su ingratitud". Pronto se presentó la oportunidad para ello gracias a un nuevo giro en las cuestiones internacionales.

En 1840 era ya fácil prever una completa disensión entre Rusia por un parte e Inglaterra y Francia por la otra, con respecto a la cuestión de Oriente. La revolución francesa de 1848 rompió por completo las relaciones entre Rusia y Francia. La situación no mejoró cuando la República Francesa se convirtió en el Imperio de Napoleón III. Éste trató de fortalecer su poder interno mediante una política exterior eficaz. Con la esperanza de atraer a su lado a los católicos franceses exigió que Turquía concediese privilegios a los católicos en la Tierra Santa. Las llaves del templo de Belén fueron quitadas a los griegos ortodoxos y entregadas a la Iglesia Católica. El emperador Nicolás, en su carácter de protector de la población ortodoxa de Turquía de acuerdo con las disposiciones del Tratado de Kuchuk-Kainardji de 1774, exigió el restablecimiento de los derechos de la Iglesia Ortodoxa. Como el Sultán rechazó esa demanda, envió tropas rusas a los principados

autónomos de Moldavia y Valaquia, que se hallaban bajo la soberanía del Sultán.

En el otoño de 1853 declaró Turquía la guerra a Rusia. En noviembre, la escuadra rusa del Mar Negro destruyó a la flota turca en Sinope. A continuación entraron en el Mar Negro las escuadras británica y francesa y se produjo el rompimiento entre Rusia y los Estados europeos occidentales. A Inglaterra y Francia se unió más tarde Cerdeña. La posición de Rusia se hizo difícil cuando Austria exigió la evacuación de los principados de Moldavia y Valaquia. Así empezó a cumplirse la predicción de Schwartzenberg con respecto a la ingratitud de Austria. Nicolás accedió a las demandas, pues estimó que Rusia no estaba preparada para luchar también con Austria, tanto menos por cuanto Prusia obraba de una manera imprevisible.

La guerra en el Danubio, que constituía la base del plan militar ruso, se hizo imposible. Las fuerzas principales del ejército ruso fueron retiradas para la defensa de las fronteras ante la posibilidad de que atacase Austria. Entre tanto, la flota rusa no podía hacer frente a la flota unida y mucho más fuerte de Inglaterra y Francia. La flota rusa se componía de navíos de vela, en tanto que la de los aliados comprendía cierto número de barcos de vapor. En el otoño de 1854 los aliados desembarcaron tropas en Crimea, cerca de Eupatoria, y se lanzaron contra Sebastopol. El general Todtleben fortificó apresuradamente la ciudad y la flota rusa fué hundida a la entrada del puerto para impedir la entrada de la anglo-francesa. Comenzó el sitio de Sebastopol. La ciudad se habría salvado quizá si Paskevich hubiese accedido a enviar refuerzos del ejército ruso principal que defendía la frontera contra Austria, pero no quiso correr ese riesgo.

El 2 de marzo de 1855 falleció el emperador Nicolás, pero la ascensión de su hijo Alejandro al trono no trajo consigo un cambio en los planes militares. Sebastopol fué abandonada a sí misma en la práctica. El 8 de septiembre de 1855 consiguieron los franceses apoderarse del Fuerte Malakov, la clave de la fortaleza. En consecuencia, las tropas rusas abandonaron el lado meridional, que comprendía la parte principal de la ciudad fortificada, y cruzaron el puente que llevaba al lado norte.

Después de la caída de Sebastopol las tropas rusas obtuvieron la victoria en el frente caucásico, donde el general N. N. Muraviev tomó por asalto la fortaleza de Kars, considerada inexpugnable por los turcos. Rusia se había apoderado de Kars en 1829, pero la había devuelto a Turquía en virtud del Tratado de Adrianópolis.

A comienzos de 1856, por invitación de Austria y Prusia, se

iniciaron negociaciones de paz entre Rusia y sus enemigos. Se firmó el Tratado de París en condiciones muy desfavorables para Rusia. Ésta recobró Sebastopol a cambio de Kars, pero perdió el derecho a mantener una flota en el Mar Negro. Los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos fueron cerrados a los buques de guerra de todas las naciones. La parte meridional de Besarabia le fué quitada a Rusia para anexarla a Moldavia, con lo que aquélla quedó privada de todo acceso al Danubio. Por fin Rusia tuvo que renunciar al derecho de protección exclusiva de la población ortodoxa de Turquía. Todos los cristianos de este país fueron colocados bajo la protección de las Grandes Potencias.

La política exterior de Nicolás I terminó, pues, con una catástrofe completa. El prestigio militar de Rusia quedó destruído. Concluyó la influencia extraordinaria que había ejercido ese país en los asuntos europeos. Fué un golpe severo para el orgullo nacional. La derrota en la guerra de Crimea fué una de las causas de la serie de reformas internas que llevó a cabo Alejandro II.

CAPÍTULO X

LA POLÍTICA EXTERIOR E INTERNA DE RUSIA DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

(1857 - 1905)

1

En 1857 se publicó la tercera edición del *Código de Leyes* del Imperio ruso. Aunque contenía varias modificaciones con respecto a las dos primeras ediciones de 1832 y 1842, las bases seguían siendo las mismas. El *Código de Leyes* de las tres primeras ediciones constituía la base jurídica del antiguo régimen, pero la tercera edición fué la última que tuvo ese carácter. En la época en que se publicó estaba cambiando la base del viejo sistema. La opinión pública, influída por los fracasos de ese régimen, exigía una reforma. Se había hecho ya sentir en vida del emperador Nicolás, a pesar de todos los esfuerzos de la censura y la policía. Después de su muerte ya no podía ser reprimida, tanto menos por cuanto el nuevo emperador, Alejandro II, era por naturaleza diferente de su padre. No puede decirse que sus puntos de vista políticos difiriesen mucho de los de Nicolás. Tenía, en efecto, los mismos ideales de absolutismo ilustrado, pero su manera de ser era mucho más suave y tolerante. Había sido educado con un espíritu mucho más humano. Su preceptor fué el poeta Zhukovsky, uno de los personajes más nobles de la primera mitad del siglo XIX.

Los sentimientos patrióticos de Alejandro, como los de muchos de sus contemporáneos, quedaron profundamente heridos por los resultados de la guerra de Crimea. Las reformas parecían inevitables, pues el viejo régimen se había mostrado incapaz de organizar la defensa de Rusia. Esto se admitía ya con anteriori-

dad a la muerte de Nicolás I, quien dijo a Alejandro: "Te entrego la autoridad del país en pobre estado". El defecto fundamental del régimen anterior era la institución de la servidumbre. En consecuencia, era natural que las reformas de Alejandro II se iniciaran con esta cuestión, tanto más por cuanto su solución había sido preparada en el reinado de Nicolás I.

En enero de 1857 se creó una comisión secreta que debía estudiar la reforma agraria. La componían varios altos funcionarios del gobierno, pero el temor a emprender una acción decisiva retrasó su obra. Por iniciativa de Alejandro se dió un paso firme a fines del otoño de 1857, cuando el emperador autorizó al gobernador general de Vilna a organizar "Comisiones Provinciales" de la nobleza en las provincias lituanas, para el estudio de los términos de las reformas propuestas el 2 de diciembre de 1857. Después de esto ya no había posibilidad de retirada; las reformas se hicieron inevitables. Los nobles de las otras provincias se vieron obligados a pedir la autorización del gobierno para constituir comisiones semejantes. Sus motivos fueron expuestos claramente en el famoso discurso de Alejandro II a los nobles de Moscú: "Es mejor que la reforma se haga desde arriba que esperar a que la servidumbre sea abolida desde abajo".

La redacción de un plan de reforma general y de las disposiciones detalladas para su ejecución llevó más de tres años. La labor de las comisiones provinciales fué revisada por otra comisión especial en San Petersburgo. Esta "comisión revisora" se componía ante todo de partidarios de la reforma. La integraban funcionarios del gobierno, de los ministerios directamente interesados en la reforma propuesta y técnicos designados entre los propietarios de tierras progresistas. Y. I. Rostovtzev presidió la comisión hasta su muerte en 1860. Uno de sus miembros principales era el viceministro del Interior, N. A. Miliutin. Ejercían gran influencia varios caudillos del movimiento eslavófilo, especialmente el príncipe V. Cherkassky y G. Samarin. La Comisión Revisora mostró la mayor iniciativa al desarrollar el proyecto de reforma, que fué mucho más allá que las propuestas de la mayoría de las comisiones provinciales. El proyecto de la Comisión Revisora fué reducido en parte por la Comisión Principal y el Consejo de Estado. Luego fué confirmado por el emperador en un manifiesto con respecto a la abolición de la servidumbre, que fué firmado el 3 de marzo de 1861.

Los principios fundamentales de la reforma fueron los siguientes: los siervos domésticos debían ser liberados en el término de dos años sin rescate, pero no recibirían nada al obtener su libertad. Los siervos labradores obtendrían no sólo su libertad

sino también ciertos lotes de tierras. Al determinar las dimensiones de la parte de cada labrador se tenía en cuenta la cantidad de tierra que trabajaban los labradores para su propio uso en la situación de servidumbre. Los siervos venían trabajando tanto sus propias tierras como las de su amo. La extensión de las tierras concedidas a los campesinos como consecuencia de la reforma era aproximadamente igual a la que conservaba el terrateniente. Así, en virtud de la reforma de 1861, los campesinos obtuvieron concesiones de tierra que, con anterioridad a esa reforma, habían absorbido sólo la mitad de su trabajo.

De acuerdo con los términos de la emancipación, la tierra que recibieron los agricultores no se convirtió en propiedad privada suya. Siguió siendo considerada como propiedad del terrateniente, pero la conservaba en beneficio del agricultor. Los labradores, aunque ahora eran hombres libres, tenían que pagar por el uso de su tierra o que realizar ciertos servicios para el terrateniente. El gobierno, no obstante, estaba dispuesto a ayudar si tanto los terratenientes como los agricultores deseaban terminar sus relaciones. La ayuda se daba en la forma de un crédito a largo plazo para comprar la tierra. En los casos en que los propietarios accedían a vender la tierra a sus ex siervos el gobierno pagaba a los terratenientes el costo de la tierra con un bono que producía interés, y esa cantidad era impuesta al agricultor en la forma de pagos por plazos por un período de años. El costo era computado a base del pago anual del agricultor y representaba el 6 por ciento del costo de la tierra. Los pagos por plazos se agregaban al impuesto *per capita* del agricultor. El período señalado era de cuarenta y nueve años. En los veinte años siguientes a 1681, alrededor del 85 por ciento de los terratenientes vendieron a los agricultores su parte de tierra de cada propiedad con la ayuda del gobierno antes mencionada. Ni siquiera en este caso obtenía el labrador la tierra en completa propiedad personal, sino que cada comuna o aldea agrícola recibía toda la extensión de tierra en propiedad comunal, bajo la responsabilidad colectiva en lo referente a los pagos de todos los miembros de la comuna. Agentes especiales del gobierno designados para llevar a la práctica la reforma, llamados mediadores, redactaban las escrituras de posesión de la tierra en nombre de toda la comuna. La misma comuna dividía la tierra entre sus miembros de acuerdo con el tamaño de las familias. Estas subdivisiones se realizaban periódicamente cada pocos años.

Así, ni siquiera después de las reformas llegó a ser el agricultor propietario personal de la tierra, ni un individuo que poseía plenos derechos civiles, sino que siguió sometido a la autoridad

de la comuna. En realidad los agricultores dependían de los órganos burocráticos del gobierno que se ocupaban de las cuestiones agrícolas. Es necesario añadir que fuera de la comuna cada agricultor podía adquirir tierra a base de la propiedad plena. Esta situación es importante para la comprensión de los futuros acontecimientos. Explica el continuo aislamiento jurídico de los agricultores después de la reforma. Mantuvo también en su conciencia el recuerdo de la servidumbre. Los firmes lazos de la comuna no permitían cambios en la manera de poseer la tierra. Los labradores no olvidaron nunca que la comuna no poseía más que la mitad de la propiedad anterior. La reforma de 1861 parecía incompleta y soñaban con completarla. Otra idea relacionada con la comuna agrícola era que la tierra no era propiedad de los individuos, sino que había sido concedida en la forma de una parcela para uso del individuo. Así, la tierra de todo el Estado era considerada por el agricultor como un fondo que podía ser dividido en más lotes. Tales eran las ideas embrionarias de la siguiente revolución.

La reforma de 1861 era trágicamente inadecuada. Había dos modos de resolver realmente la cuestión. El primero consistía en dejar la posesión, así como la propiedad de la tierra, al terrateniente. En este caso el agricultor no habría obtenido más que su libertad personal. En la mayoría de los casos, empero, bajo la presión de la necesidad, el terrateniente se habría visto obligado a vender parte de su tierra a sus anteriores siervos. El gobierno habría podido contribuir a esta transacción en favor de los agricultores particulares y no de las comunas. El resultado práctico habría sido casi el mismo que el de la reforma de 1861, pero los resultados psicológicos completamente distintos. En vez de millares de comunas agrícolas se habrían creado millones de terratenientes labradores. Las ideas de un "fondo general" y de "parcelas" habrían sido evitadas. A ese resultado tendían las reformas posteriores de Stolypin, pero se realizaron con cuarenta y cinco años de retraso (1906).

La otra posibilidad al implantar la reforma de 1861 consistía en quitar toda la tierra a los propietarios y dividirla entre los agricultores. Ésta habría sido la solución más sencilla y evitado todas las sublevaciones en Rusia. Si el reparto de la tierra se hubiera llevado a cabo en 1861 no habría habido necesidad de hacerlo en 1918 y en ese caso la revolución rusa no habría ido acompañada de las revueltas campesinas.

No obstante, a pesar de haber sido incompleta, la reforma de 1861 fué un esfuerzo ambicioso que modificó todo el viejo orden. Después de ella pareció más fácil emprender otras reformas que,

en su conjunto, modificaron por completo la naturaleza del Estado ruso. Las otras "grandes reformas" de Alejandro II fueron las de los zemstvos, las ciudades, los tribunales y el servicio militar.

La reforma de los zemstvos en 1864 creó por primera vez desde la época del primitivo Estado moscovita verdaderas autonomías locales, sin tener en cuenta las clases. La base de la reforma consistió en otorgar a los representantes electos de cada región *(Uyezd)* la administración de las escuelas, las cuestiones médicas y los caminos. La ley electoral disponía la división de los electores en tres *curias:* terratenientes particulares (nobles y comerciantes), comunidades agrícolas y habitantes de las ciudades. Los representantes elegían una Comisión Ejecutiva llamada *Uprava* por el término de tres años. Los representantes de la *uyezd* formaban una asamblea provincial que elegía una Comisión de zemstvo provincial *(Uprava).* Siguiendo el espíritu general de las reformas de los zemstvos se tomaron otras medidas semejantes para los gobiernos de las ciudades en 1870. Los electores fueron divididos igualmente en tres *curias,* de acuerdo con un censo de propiedades; el importe de los impuestos fué totalizado y dividido en tres partes iguales, cada una de las cuales tenía un número igual de representantes. Tanto las autoridades de los zemstvos como de las ciudades realizaron una obra de gran importancia cultural antes de la revolución en 1917.

No menos importante fué la reforma judicial de 1864, cuyo principal promotor era S. L. Zarudny. Sus principios fundamentales fueron los siguientes: la mejora de los procedimientos judiciales, la creación del jurado y la organización de los abogados en un cuerpo oficial. A pesar de algunos defectos de los tribunales rusos después de 1864, alcanzaron indudablemente una eficiencia considerable y a este respecto Rusia podía ser comparada favorablemente con los países europeos más progresistas. Sin embargo, es necesario advertir aquí la diferencia entre la fachada y los cimientos del nuevo Estado ruso. En la gran mayoría de los pequeños litigios civiles los agricultores no utilizaban los nuevos tribunales y tenían que contentarse con los tribunales "volost", creados especialmente para ellos, y desde el reinado de Alejandro III hasta 1912 tuvieron que aceptar también la jurisdicción de los "jefes territoriales". La última de las reformas importantes fué la implantación del servicio militar obligatorio en 1874. La ley de servicio militar fué prácticamente la única de las leyes de esa época que afectó igualmente a todas las clases del pueblo ruso. En ella no había diferencia entre la fachada y la estructura; era profundamente democrática en espíritu. A los

reclutas se les concedía privilegios sólo de acuerdo con la posición de su familia. El hijo único, el nieto único o el único mantenedor de una familia obtenían plenos privilegios y eran registrados en la reserva de la segunda categoría, es decir que en la práctica, antes de la guerra mundial, nunca eran llamados al servicio. Con respecto al período de servicio y a la promoción se reconocía privilegios especiales a los individuos que poseían una educación secundaria. Las diferencias de clase no se reflejaban en modo alguno en forma de privilegios en el servicio militar, salvo en la selección de los oficiales de la Guardia entre los círculos aristocráticos de la sociedad.

La sociedad creada por las reformas de Alejandro II subsistió en su carácter general hasta 1905, y en parte hasta 1917.

2

La política exterior del emperador Alejandro II puede dividirse en dos períodos principales. En el primer período se inspiró ante todo en la idea de revisar el Tratado de París de 1856 y particularmente de abrogar la cláusula humillante que prohibía el mantenimiento de una flota rusa en el Mar Negro. Aprovechándose de la guerra franco-prusiana de 1870, Rusia consiguió anular las limitaciones del Tratado de París. Entonces se inició el segundo período de la política exterior de Alejandro. Éste buscó en adelante nuevos éxitos en el Cercano Oriente. Pero la unión de Europa contra Rusia en la Conferencia de Berlín de 1878 privó a aquélla de los frutos de sus esfuerzos. Esto marcó un nuevo giro en la política rusa.

Viéndose arrojada del Cercano Oriente como resultado de la guerra de Crimea, Rusia trató de realizar una política activa en el Cáucaso, el Medio Oriente y el Lejano Oriente. Los preparativos en todas esas direcciones se hicieron en el reinado de Nicolás I. El gobierno de Alejandro II alcanzó los éxitos más importantes en el Cáucaso y el Medio Oriente. Alejandro I había comenzado la conquista del Cáucaso. El general Ermolov, designado virrey de esa región en 1816, había adelantado mucho en la conquista de Caucasia y Transcaucasia en la segunda mitad del reinado de Alejandro I. Ermolov fué uno de los estadistas rusos más destacados del siglo XIX y poseía gran talento para las cuestiones militares y administrativas. Aunque era personalmente modesto y sencillo, se mostraba muy duro cuando lo consideraba necesario para los intereses de Rusia. Sin embargo, ni Ermolov ni sus sucesores inmediatos consiguieron someter defi-

nitivamente al Cáucaso y ponerlo bajo la soberanía de Rusia. Durante todo el reinado de Nicolás I se vió obligada ésta a mantener tropas en el Cáucaso para defender sus posesiones contra las incursiones de los montañeses. La agotadora guerra de montañas duró varios años.

La conquista del Cáucaso no terminó hasta el reinado de Alejandro II. En 1857 el nuevo virrey, príncipe Bariatinsky, emprendió un avance metódico por las montañas de Daghestan contra el caudillo de los montañeses, Shamil. Éste se defendió heroicamente, pero fué vencido por los ejércitos rusos y en 1859 fué hecho prisionero. Después de conquistar el Cáucaso oriental desde la carretera militar de Georgia hasta el Mar Caspio, Bariatinsky se dirigió a la parte occidental. Se ordenó a la tribu circasiana que se trasladase a los valles, donde podía ser vigilada, o a Turquía. Unas doscientas mil personas fueron a Turquía.

La reanudación de la actividad rusa en el Medio Oriente comenzó, como se ha visto antes, en el reinado de Nicolás I. El enérgico gobernador general de Orenburg, conde Perovsky, emprendió en el invierno de 1839-40 una campaña contra Khiva para castigar a los khivanos por sus incursiones. Esta campaña fracasó, no obstante, debido a lo duro del invierno. Pero en 1847 llegó un ejército ruso al Syr-Darya, no lejos de su desembocadura en el Aral. Allí se construyó una fortaleza, Aralsk. Este hecho señaló el momento decisivo de la política rusa en el Medio Oriente.

La fortaleza de Aralsk se convirtió en la base de la dominación rusa en el Aral. Dos naves de guerra fueron transportadas en partes desde Orenburg y se creó una flotilla rusa en aquel mar. El sueño de Kirilov, de ver la bandera rusa ondear sobre el Mar de Aral, se convirtió en una realidad menos de un siglo después.

En vista de la incursiones de los khokandos, se decidió remontar el Syr-Darya hasta la fortaleza de Ak-Mechet, la cual fué tomada y se le impuso el nombre de Fuerte Perovsk en 1853. Después de la conquista del Syr-Darya inferior y del transporte de una flotilla al Mar de Aral, la frontera rusa fué trasladada de Orenburg al límite del Turquestán. La línea fortificada de Orenburg quedó inutilizada. Al mismo tiempo la línea oriental de los kirghises fué adelantada mediante la ocupación de la cuenca del lago Balkash. La frontera fué llevada desde Irtysh hasta Semirechie. Así, menos de ciento veinte años después de la muerte de Kirilov, fueron anexadas las provincias de Bokhara y Samarkand. Pero estas provincias ya no carecían de la unidad que les faltaba en la época de Kirilov. A comienzos del siglo XIX

una nueva dinastía de khanes había conseguido fortalecer su poder en Bokhara mediante un despotismo cruel. El nuevo centro del gobierno se hallaba en el valle del Fergan, donde uno de los príncipes uzbek locales tomó el título de Khan y fundó su capital en Khokand. El Khanato de Khokand era un vecino molesto. Los khokandos trataron de conquistar a los kirghises, quienes desde hacía tiempo eran súbditos rusos. La lucha subsiguiente hizo necesario que Rusia interviniese y conectase las líneas del Syr-Darya y el Semirechensk. En 1865 fueron unidos los territorios ocupados para formar la provincia de Turquestán, que quedó bajo el dominio del gobernador general de Orenburg. El general Cherniaev fué nombrado jefe de los nuevos territorios. El 27 de junio de 1865 tomó la ciudad más importante de los khokandos, Tashkent. La toma de esa ciudad por una pequeña fuerza produjo un efecto tremendo en todo el Turquestán y decidió el curso posterior de la lucha. El emir de Bokhara trató de ayudar a los khokandos y pidió que las tropas rusas abandonasen inmediatamente los territorios que ocupaban. Se inició la lucha con Bokhara, que dirigió el general Kauffmann, quien había sido designado gobernador general del Turquestán en 1867. En 1868 ocupó Kauffman a Samarkand y el emir de Bokhara reconoció la soberanía del zar de Rusia.

La atención del gobierno ruso y de la opinión pública del país se fijó en el Lejano Oriente en la década de 1840. En esa época la cuenca del río Amur, cedida a China a fines del siglo XVII, no había sido ocupada por los chinos. Era una región casi inhabitada. A comienzos de la década del 40, el académico Middendorf encabezó una expedición científica a Siberia. A su regreso pasó por la región del Amur y se convenció de que en realidad nadie la ocupaba. El informe de Middendorf produjo fuerte impresión en San Petersburgo. En 1847, al designarse a N. N. Muraviev gobernador general de la Siberia oriental, el emperador Nicolás I mencionó el río "ruso" Amur. En los círculos navales y diplomáticos de Rusia no se juzgaba que el Amur tuviese un gran valor, pues desembocaba en el Mar de Okhotsk y se creía que Sakhalin estaba conectada con la tierra firme, de modo que el Mar de Okhotsk no parecía tener desembocadura directa en el sur. El capitán Nevelskoy, enviado al Mar de Okhotsk en el bergantín Baikal decidió investigar por su propia cuenta la desembocadura del Amur y las costas de Sakhalin. Nevelskoy partió de Petropavlovsk (Kamchatka) el 11 de junio de 1849 y navegó hasta la costa oriental de Sakhalin. El 15 de septiembre atravesó el estrecho de Tartaria y llegó a la bahía de Aian. El viaje demostró que Sakhalin era una isla y se hizo evidente la

importancia del río Amur como una línea de conexión. El 19 de agosto de 1851 izó Nevelskoy la bandera rusa en la desembocadura del Amur. Por estos actos "de la mayor impertinencia" fué condenado a la degradación al rango de marinero. Sólo la intervención personal de Nicolás I le salvó del castigo. El emperador dijo en esa ocasión: "Donde ha sido izada la bandera rusa no puede ser arriada". La región del Amur fué ocupada por Rusia en 1858 en virtud del Tratado de Aygun, y la mitad nordeste de Sakhalin y la región de Usuriisk le fueron concedidas en 1860. La parte sur de Sakhalin siguió en poder del Japón hasta 1875, fecha en que fué concedida a Rusia a cambio de las Islas Kuril.

Los buenos éxitos de Rusia en el Medio y el Lejano Oriente aumentaron la importancia internacional del país y provocaron inquietud entre las grandes Potencias, particularmente en Gran Bretaña. Esta situación fué confirmada por los acontecimientos de 1869, cuando Gran Bretaña, cada vez más interesada por los éxitos de Rusia en el Turquestán, inició negociaciones con el gobierno ruso. Propuso la formación de una zona neutral entre las posesiones rusas y británicas del Medio Oriente, con tal de que el Afganistán quedase incluído en la esfera de influencia británica y que la esfera de influencia rusa se extendiese hasta el río Amu-Darya. El gobierno ruso se negó durante mucho tiempo a responder a esa oferta, esperando quizá un ofrecimiento de compensación en el Mar Negro.

Entre tanto, el deseo de conseguir aliados contra las Potencias europeas indujo a los diplomáticos rusos a llegar a un entendimiento con los Estados Unidos. La tradición del *rapprochement* ruso-norteamericano se remonta al siglo XVIII. Durante la guerra de Crimea de 1853-56 el gobierno de los Estados Unidos dió su apoyo moral a Rusia. Ésta, por su parte, dió el mismo apoyo a las fuerzas de la Unión durante la guerra civil de 1861-65. La flota rusa fué enviada a los Estados del norte como una manifestación de simpatía y de apoyo al Gobierno Federal en su lucha contra la Confederación del Sur. Cuando Alejandro II escapó apenas a un intento de asesinato en 1866, el secretario ayudante de la Armada de los Estados Unidos, G. V. Fox, fué enviado a Rusia para que felicitara oficialmente al zar por haberse salvado. La vida social de ambos países tenía en esa época ciertas características comunes. La servidumbre acababa de ser abolida en Rusia, al mismo tiempo que era abolida la esclavitud en los Estados Unidos. Esta circunstancia era, al parecer, causa de una comprensión y una simpatía mutuas. El deseo de satisfacer los intereses de los Estados Unidos fué una de las razones fundamentales de que Rusia vendiese sus posesiones americanas. Alaska fué

vendida en 1867 a los Estados Unidos por 7.200.000 dólares, suma nominal si se considera la riqueza natural de esa región. La colonia rusa de California —el Fuerte Ross— había sido ya vendida por la Russo-American Company a J. A. Sutter en 1844.

El *rapprochement* con los Estados Unidos no podía servir, empero, como un firme apoyo para Rusia contra Gran Bretaña y Francia en su política del Cercano Oriente. Rusia se aprovechó de la desesperada situación de Francia, durante la guerra franco-prusiana de 1870, para anunciar su decisión de abrogar las cláusulas del Tratado de París con respecto al Mar Negro. Gran Bretaña sola, sin Francia, no era temible para ella. Alejandro II trató también de fortalecer su posición en la diplomacia europea por medio de un entendimiento con Alemania y Austria. (La Liga de los Tres Emperadores, 1872.)

Habiendo conseguido lo que deseaba en el Mar Negro, Rusia estaba dispuesta a hacer concesiones a Gran Bretaña en el Medio Oriente y accedió a sus demandas. El príncipe Gorchakov anunció que Rusia no se proponía apoderarse de Khiva. Los acontecimientos, empero, demostraron otra cosa. La lucha con Khiva era inevitable a causa de las crecientes incursiones de sus habitantes. En 1873 se lanzaron contra ellos desde el Turquestán y el Mar Caspio trece mil soldados rusos a las órdenes de Kauffmann. La región fué conquistada. Parte de su territorio quedó unido a Rusia y otra parte se convirtió en Estado vasallo. En la toma de Khiva fueron liberados muchos esclavos persas. En 1871 ocupó Rusia la región de Kuldja, en la frontera de China, a causa de los disturbios que amenazaban la paz de los kirghises. Hubo revueltas de dunganos (mahometanos chinos) y de taranchis (sartos) contra China. El gobierno chino se mostró incapaz de reprimirlas. Kuldja fué ocupada por Rusia durante diez años y en 1882 devuelta a China. A mediados de la década del 70 se levantó el Khan khokando contra Rusia. El levantamiento fué reprimido y el khanato incorporado al territorio ruso. En 1876 se organizó la región del Fergan.

La atención de Rusia volvió a fijarse en el Cercano Oriente al final de la década del 70. La guerra ruso-turca de 1877-78 fué provocada por graves complicaciones internas en los Balcanes. La manera como los turcos oprimían a los esclavos con la recaudación de impuestos produjo revueltas contra aquéllos en Bosnia y Herzegovina, así como en Bulgaria. Los turcos trataron de reprimirlas con extraordinaria crueldad. Como las grandes Potencias no intervinieron, Servia y Montenegro declararon la guerra a Turquía en 1876. El gobierno servio invitó al general Cherniaev, famoso por sus campañas en el Turquestán, a ponerse

al frente de su ejército. Acompañó a Cherniaev un pequeño número de voluntarios rusos, pero las fuerzas de los servios y los turcos eran demasiado iguales, y tras de una heroica resistencia en Alexinac, Cherniaev tuvo que retirarse. Servia se salvó de una completa derrota gracias a la oportuna intervención de Rusia. Cuando Turquía se negó a llevar a la práctica las demandas de la conferencia de diplomáticos europeos, reunida en Constantinopla en 1876, con respecto a la reforma del gobierno de los territorios eslavos, Alejandro II le declaró la guerra el 24 de abril de 1877. A Rusia se unió Rumania, principado formado en 1859 con la unión de Moldavia y Valaquia. La guerra fué difícil, especialmente porque comenzó cuando la reorganización del ejército ruso a base del servicio universal se hallaba lejos de estar terminada. En el otoño de 1877 obtuvieron las tropas rusas grandes triunfos, tanto en el frente de los Balcanes como en el del Cáucaso. A fines de noviembre se apoderaron de Kars por tercera vez en el siglo XIX. En diciembre tomaron Plevna, donde estaba sitiado el principal ejército turco de Osman Bajá, y cruzaron los Balcanes durante el invierno. En febrero de 1878 se acercaron a Constantinopla. Los triunfos de los ejércitos rusos hicieron que interviniera Gran Bretaña. La flota inglesa penetró en el Mar de Mármara. El 3 de marzo de 1878, en la pequeña aldea de San Stefano, cerca de Constantinopla, se firmaron las condiciones preliminares de paz entre Rusia y Turquía. Ésta accedió a crear un nuevo principado, Bulgaria, que incluía el río Vardar y toda Macedonia, con sus posesiones balcánicas entre el Danubio y el Mar Egeo. Accedió también a reconocer la independencia de Servia, Montenegro y Rumania. Rusia obtuvo la parte sur de Besarabia, que había cedido en 1856, Batum y Kars en la Transcaucasia. Hay que advertir que Kars fué devuelta a Turquía en virtud del Tratado de Brest-Litovsk en 1918. Pero el Tratado de San Estéfano provocó la oposición de Gran Bretaña y Austria. La creación de una gran Bulgaria se oponía a las disposiciones de los tratados secretos entre Austria y Rusia, firmados en 1876 y 1877. Rusia fué amenazada con una nueva guerra. Deseando evitarla, Alejandro II aceptó la mediación del canciller de Alemania, Bismarck, y accedió a revisar las condiciones del Tratado en un congreso europeo reunido en Berlín. El Congreso de Berlín significó una derrota completa para la diplomacia rusa. El territorio de Bulgaria fué reducido a la mitad, quedando la Macedonia para Turquía, y dividido en dos partes: el principado de Bulgaria y la provincia autónoma de la Rumelia Oriental, ambos vasallos de Turquía. Bosnia y Herzegovina fueron ocupa-

das "temporariamente" por Austria. La política exterior de Alejandro II terminó en un fracaso.

3

Su política interna no consiguió la paz en Rusia. A pesar de sus reformas sociales y administrativas de gran alcance, tuvo que hacer frente a una enconada oposición política y a movimientos revolucionarios directos. La oposición política al gobierno procedía en primer lugar de la nobleza. Era corriente la idea de que ésta, habiendo sido privada de sus privilegios sociales y económicos, obtendría a cambio privilegios políticos, es decir, una parte del poder de gobierno. Esta idea surgió durante la preparación de las reformas campesinas entre los miembros de las comisiones provinciales, descontentos con el radicalismo de la Comisión Revisora. Además de los programas políticos de los nobles se trazaron otros que tendían a la reorganización de Rusia de acuerdo con normas constitucionales y democráticas, como una continuación de la tradición "decembrista".

La idea revolucionaria era corriente sobre todo entre los "raznochintsi", es decir, las personas que no pertenecían a una clase precisa: los hijos de campesinos y comerciantes que habían recibido una educación secundaria o superior, los de sacerdotes que no deseaban ingresar en la Iglesia, los de pequeños funcionarios civiles que no querían seguir el oficio de sus padres, y los de los nobles empobrecidos. Los *raznochintsi* formaron rápidamente una nueva clase social, la llamada "intelligentsia", que incluía a muchos miembros de la nobleza. Los intelectuales aumentaron rápidamente con las reformas de Alejandro II. La creación del cuerpo de abogados, el aumento de diarios y revistas, el número creciente de maestros, etc., contribuyeron a ello. La "intelligentsia" estaba formada por los intelectuales en general, pero al principio se componía ante todo de personas relacionadas con la publicación de diarios y revistas o con las universidades. Los estudiantes universitarios contribuían con el mayor número de caudillos radicales y revolucionarios. La mayoría de ellos eran hombres que carecían de medios de vida. Vivían casi muriéndose de hambre y pagaban sus estudios universitarios dando lecciones o actuando como copistas. No tenían idea de los deportes ni gusto por ellos. La falta de ejercicio físico y la mala salud consiguiente producían un terrible efecto en su psicología. Los caudillos de la "intelligentsia" deseaban no sólo cambios políticos radicales, sino también una revolución social, a pesar de que la

industria rusa se hallaba demasiado poco desarrollada para que pudiera servir de base firme al socialismo. El gobierno era censurado por no ser bastante radical. Las críticas más moderadas se hacían en la prensa legalizada, en tanto que las más enconadas aparecían en los órganos revolucionarios publicados en el exterior, el más conocido de los cuales era *Kolokol* (La Campana), que publicaba Herzen en Londres. La propaganda revolucionaria contra el gobierno tomó pronto un tono duro. En 1862 se publicó una proclama de la juventud rusa exhortando al terrorismo y al asesinato de los miembros del gobierno y los partidarios de su política. La publicación de esta proclama se realizó al mismo tiempo que cierto número de casos de incendios intencionados en San Petersburgo. El gobierno tomó medidas decisivas; varias personas fueron detenidas y desterradas. Al mismo tiempo los jefes revolucionarios polacos preparaban un levantamiento en su país. La actividad de los caudillos revolucionarios rusos se relacionaba con el movimiento polaco, que estalló en 1863. Poco tiempo antes había iniciado el gobierno ruso una política más liberal en Polonia. La implantación de la reforma había quedado a cargo de un eminente estadista polaco, el marqués Wielopolski. Los elementos radicales de aquel país decidieron sabotear la política de reformas moderadas. El alzamiento fué reprimido mediante la fuerza militar, después de lo cual fueron derogados los últimos restos de la independencia polaca. En vez de "Reino de Polonia" el título oficial del territorio fué en adelante el de Provincias junto al Vístula. En 1864 se implantó en ellas la reforma agraria bajo la dirección de Miliutin y Cherkasky, que habían sido las figuras principales del movimiento reformista ruso. Consiguieron realizarla con mejor éxito que en Rusia. Gracias a esta medida la gran masa de campesinos polacos permaneció leal al gobierno ruso casi hasta la primera guerra mundial.

El levantamiento polaco ejerció gran influencia en la evolución de los movimientos opositores y revolucionarios de Rusia. Despertó los sentimientos patrióticos de la gran mayoría del pueblo y fortaleció con ello la situación del gobierno. Los caudillos revolucionarios rusos complicados en el levantamiento polaco perdieron rápidamente su prestigio. La circulación del *Kolokol* de Herzen descendió de tres mil a quinientos ejemplares. Como consecuencia de la sublevación polaca, los movimientos opositores y revolucionarios de Rusia no obtuvieron durante varios años el apoyo de los grupos importantes del país. El atentado de Karakozov contra el emperador Alejandro II en 1866 fué un hecho aislado y obra de un grupo muy pequeño de conspiradores.

Una nueva ola de actividad antigubernamental se produjo en

la década de 1870. En los círculos liberales de la sociedad aumentaba el deseo de una representación electiva, no sólo en los gobiernos autónomos locales (zemstvos y ciudades), sino también en los órganos centrales del gobierno. La creación de un parlamento debía completar las reformas. Este movimiento se hizo particularmente fuerte después de la guerra ruso-turca de 1877-78, cuando la Bulgaria liberada obtuvo una Constitución. Se manifestó claramente el deseo de que Rusia tuviese también una Constitución. La actividad de las organizaciones revolucionarias del país durante ese período aumentó también. Esa actividad puede ser dividida en dos períodos. De 1870 a 1875 los intelectuales radicales se abstuvieron de luchar directamente contra el gobierno, pero emprendieron una propaganda preparatoria entre el pueblo. Muchos intelectuales de esa época iban "al pueblo", vivían entre los campesinos y los obreros, enseñaban en las escuelas o se convertían en obreros agrícolas o industriales.

El gobierno, temiendo los resultados de la propaganda, reprimió el movimiento mediante la detención de sus participantes. A veces los miembros pacíficos del mismo eran detenidos junto con los verdaderos propagandistas. En muchos casos eran juzgadas y encarceladas las personas por meras sospechas de la policía. Las medidas del gobierno provocaron la ira de los intelectuales radicales. A mediados de la década del 70 comenzaron los revolucionarios a utilizar el terrorismo y a atentar contra la vida de los miembros del gobierno. En 1879 los jefes del movimiento revolucionario realizaron una conferencia secreta en Lipetsk, Rusia central. Se designó un Comité Ejecutivo encargado de dirigir la oposición al gobierno. Este Comité Ejecutivo decidió renunciar a los atentados contra los miembros del gobierno y dedicar todos los esfuerzos al asesinato del jefe del mismo, el emperador Alejandro II. Éste fué en adelante la víctima de los revolucionarios. Los atentados se sucedieron uno a otro rápidamente, pero sin resultado hasta el que se realizó en San Petersburgo en la primavera de 1881 y que causó la muerte de Alejandro el 13 de marzo de ese año.

El asesinato de Alejandro II ocurrió el mismo día en que el emperador había firmado un *ukaz* convocando a las Comisiones Representativas para asesorar al Consejo de Estado. Se trataba de la "Constitución" redactada por Borís Melikov, el ministro del Interior. Melikov opinaba que la actividad revolucionaria de los intelectuales no podía ser reprimida únicamente con medidas policiales. Creía que los revolucionarios contaban con el apoyo moral de las clases moderadas de la sociedad, las que estaban descontentas con la política autocrática del gobierno. Esperaba que

éste aplacaría a los elementos moderados de la oposición mediante la concesión de una Constitución moderada. Esta medida, en su opinión, privaría a los revolucionarios del apoyo moral de esas clases. El asesinato de Alejandro II impidió que ese plan fuese ejecutado. Su hijo y sucesor, Alejandro III, retiró la Constitución de Melikov y el *ukaz* firmado por Alejandro II nunca se publicó.

4

La impresión que produjo en Alejandro III el asesinato de su padre le duró toda su vida. Desconfió en adelante de todos los movimientos populares e, influído por Constantino Pobiedonostsev, manifestó una firme creencia en la infalibilidad del principio autocrático. El programa político de Alejandro III era extremadamente sencillo. Consistía en oponerse a todos los movimientos liberales y revolucionarios y en satisfacer, hasta cierto punto, las necesidades económicas más urgentes del pueblo ruso. Estos principios políticos fueron legados por Alejandro a su hijo Nicolás, quien subió al trono a la muerte de su padre en 1894. Sólo bajo la presión de la revolución de 1904-05 accedió Nicolás a conceder una Constitución, pero hasta la segunda revolución de 1917, y probablemente hasta su misma muerte en 1918, siguió creyendo en los principios políticos legados por su padre.

Durante los veinticinco años transcurridos entre 1881 y 1905 permaneció invariable el programa político del gobierno ruso, pero el curso de los acontecimientos tomó diferentes direcciones durante los reinados de Alejandro III y Nicolás II. Padre e hijo tenían rasgos comunes: sencillez en su vida privada y amor a su hogar. Tanto Alejandro como Nicolás fueron esposos y padres modelos. Además de esas cualidades poseían cierta cautela y terquedad. A pesar de esas semejanzas, el hijo no se parecía mucho al padre. Alejandro III poseía una naturaleza dominante y sabía cómo obtener la obediencia tanto de sus ministros como de los miembros de la casa imperial, los grandes duques. Alejandro no poseía gran cultura, pero tenía el instinto y el tacto de un estadista y podía comprender sin dificultad los puntos esenciales de las cuestiones que se le planteaban. Su manera de ser era sencilla, pero era un emperador nato.

Nicolás II, por otra parte, tenía una personalidad más compleja y delicada. Su educación no había sido muy completa, pero amaba los conocimientos y los libros. En su vida privada conseguía aplicar fácilmente sus conocimientos y sus dotes, pero le faltaban por completo las cualidades del estadista y el jefe. Su

voluntad era débil y no le interesaban las cuestiones políticas. Su inteligencia rozaba la superficie de esas cuestiones y sólo captaba sus aspectos superficiales. Nunca trató de penetrar en lo esencial de los asuntos sometidos a su consideración. Como carecía de una voluntad firme, trataba, como muchos hombres débiles, de ocultar esa falta mediante la terquedad.

Poco tiempo después de la coronación de Nicolás surgieron las intrigas entre sus ministros y los grandes duques, a quienes nunca consiguió dominar y poner en su debido lugar. A Nicolás no le gustaba confesar que alguien ejercía influencia sobre él. Sin embargo, se hallaba siempre bajo la de alguien, hasta que quedó completamente dominado por su esposa, Alejandra Feódorovna. Un episodio que ilustra el carácter de Nicolás tuvo lugar en Moscú durante su coronación. A causa de la incompetencia de la policía, se produjo un pánico durante la distribución de regalos para celebrar el acontecimiento, y más de mil personas murieron aplastadas. El accidente se produjo en el momento en que culminaban las fiestas de la coronación. No cabe duda de que si hubiese ocurrido durante la de Alejandro III éste habría suspendido inmediatamente los festejos. Nicolás, empero, quiso demostrar su firmeza y no cambió los planes. Ni siquiera se suspendió el baile de aquella misma noche en la Embajada francesa. En realidad, no se trataba de firmeza, sino de falta de tacto.

Aunque es posible definir la política interna de Alejandro III, no es posible hacerlo con la de Nicolás II. La de éste consistía en continuar sencillamente, mediante la inercia, la de su padre. La política interna de Alejandro III consistía ante todo en fortalecer el dominio del gobierno en todas las cuestiones en que podía esperarse que se manifestara libremente la opinión pública. De acuerdo con esta política, fueron revisadas las leyes referentes a las autonomías locales. El poder del gobierno en la persona de los gobernadores provinciales fué fortalecido contra el poder de los zemstvos. Según las nuevas leyes de 1890, los campesinos elegían únicamente candidatos para el zemstvo, en tanto que el emperador elegía a los representantes entre esos candidatos. Esta ley fué derogada en 1906. Con objeto de extender la inspección gubernamental sobre los campesinos se creó en 1889 el cargo de "Zemsky Nachalnik" o sea jefe territorial, designado por el gobierno entre los nobles. Los Zemsky Nachalniks tenían poder administrativo en los asuntos locales, así como funciones de jueces con respecto a los agricultores.

Se adoptaron también muchas medidas para reprimir a los intelectuales. Las universidades fueron reorganizadas en 1884. La educación quedó sometida a la fiscalización del gobierno. Se

hizo más severa la censura para la prensa y la mayoría de los diarios y revistas fueron sometidos a la censura previa de los funcionarios del gobierno. La policía redobló la vigilancia de las tendencias políticas de los intelectuales. Las personas sospechosas eran vigiladas. Los intentos de conspiración política eran aplastados sin compasión. En 1887 descubrió la policía un complot para asesinar a Alejandro III. Los culpables fueron ejecutados, entre ellos Alejandro Ulianov, hermano mayor de Lenin. Para que la policía obrara con mayor libertad, muchas provincias de Rusia fueron declaradas en estado de "protección especial". Esto permitía a las autoridades suspender las leyes de procedimiento normales con respecto a los presos políticos. Algunos de los territorios de Rusia habitados por pueblos no rusos también fueron considerados sospechosos. El gobierno inició una política de "rusificación" forzosa. Esta política fué aplicada particularmente a Polonia. También se tomaron medidas contra el predominio cultural de los alemanes en las provincias bálticas, donde constituían una minoría de la población. Sólo la clase terrateniente, los barones, eran alemanes. La vida religiosa quedó también sometida a restricciones. Los disidentes cristianos, las sectas evangélicas, los stundobaptistas y los católicos fueron afectados igualmente. A los judíos se los consideraba como especialmente sospechosos.

La cuestión judía había surgido en Rusia en el siglo XVIII. Muchos judíos se habían hecho súbditos del Estado ruso como consecuencia de la división de Polonia y de la anexión de los territorios rusos del sudeste, que poseían una gran población hebrea. Las leyes de 1804 prohibían a los judíos fijar su residencia en las provincias rusas centrales. Los estatutos fijaban un "espacio de residencia" en el que sólo podían vivir hebreos. Incluía las provincias occidentales y meridionales. En el reinado de Alejandro III fueron sometidos los judíos a nuevas restricciones. Se les prohibió residir fuera de las ciudades y aldeas, inclusive en los territorios en que podían habitar. La línea de demarcación fué reducida nuevamente en 1887, cuando la ciudad de Rostov quedó excluída del territorio en que podían vivir. Diecisiete mil fueron deportados de Moscú en 1891. Además, en las instituciones docentes del gobierno se impuso una cuota de judíos proporcionada a la población. Con pocas excepciones, no eran admitidos en el servicio del gobierno.

Con objeto de mantener a las diversas clases sociales bajo una observación estricta, el gobierno se apoyó en un grupo de la sociedad. Este grupo era la nobleza. Durante los reinados de Alejandro III y Nicolás II, el gobierno trató de conseguir el apoyo

de la nobleza concediéndole privilegios especiales con respecto a los gobiernos y la justicia locales. Además le otorgó cierto número de privilegios financieros. Esta dependencia de la política interna de la buena voluntad de los nobles fué un error político fatal. La nobleza rusa había muerto políticamente a consecuencia de las reformas de Alejandro II y del comienzo de la democratización de la vida rusa. El intento de hacerla volver a la vida política era un intento de resucitar un cadáver. Ni siquiera cuando era una fuerza poderosa en Rusia, en el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, concordaron sus intereses con los del poder imperial. Fué un acto de falta de perspicacia política tratar de establecer una unión estrecha entre ella y el gobierno, en una época en que ya no tenía vitalidad alguna. Esta política equivocada no sirvió más que para aumentar el descontento de las demás clases.

Sin embargo, sería injusto señalar únicamente los aspectos negativos de la política rusa en la última cuarta parte del siglo XIX, pues debe admitirse que el gobierno llevó a cabo reformas que mejoraron la situación social y económica de la mayoría de la población. Se tomaron muchas medidas para mejorar la situación de los agricultores. En primer lugar, a comienzos de 1882, se dió un decreto ordenando la venta obligatoria a los agricultores de la tierra de aquellas propiedades en las que no se había completado esa venta después de la emancipación. Además, fueron rebajados los pagos mensuales que tenían que hacer los agricultores por la tierra y abolido el impuesto por cabeza (1886). Se publicaron nuevos reglamentos facilitando a los campesinos el arrendamiento de las tierras del gobierno y ayudándolos a emigrar a las tierras libres de la parte oriental del Imperio. Al deseo de estimular le emigración se debió en parte que en 1892 se iniciara la construcción del ferrocarril de Siberia. El reinado de Alejandro II señaló también el comienzo de la legislación obrera en Rusia. En 1882 se creó la inspección gubernativa de las fábricas y el gobierno reglamentó las condiciones de los trabajadores. Al mismo tiempo se limitó legalmente la jornada de trabajo diaria de los menores y las mujeres. La legislación obrera continuó en el reinado de Nicolás II.

El gobierno reformó, asimismo, las finanzas. Vimos antes que mejoraron mucho en el reinado de Nicolás I, pero desde entonces dos guerras y las costosas reformas internas las habían debilitado y la moneda corriente se había depreciado. El gobierno tuvo la buena suerte de contar con un estadista tan brillante como Witte, quien reorganizó la economía rusa y volvió a poner el oro en circulación en 1897.

Todas estas medidas del gobierno, destinadas a mejorar la situación económica del país, no podían, empero, disipar la irritación causada por la vigilancia policial. La política interna de Alejandro III consiguió reprimir el descontento social y la oposición política sólo por breve tiempo. En realidad, en el reinado de Alejandro III y la primera mitad del de Nicolás II todo estuvo tranquilo, pero en la segunda mitad del reinado de Nicolás II estalló violentamente el descontento social acumulado. La causa inmediata de esa explosión fué el fracaso de la política exterior de Nicolás.

5

La política exterior de Rusia después del Congreso de Berlín de 1878 se caracterizó por el cansancio y la desilusión. Aquel Congreso fué una grave derrota de la diplomacia rusa. Los sacrificios que había hecho el país durante la guerra con Turquía de 1877-78 parecieron inútiles. La emancipación de los eslavos balcánicos sólo se realizó a medias. Además, pronto se produjeron en Bulgaria disensiones que rebajaron aún más el papel de la diplomacia rusa en el Cercano Oriente. La causa de esas disensiones fué en parte la falta de tacto de los consejeros rusos, quienes adoptaron un tono demasiado imperioso con respecto al gobierno del príncipe Alejandro de Battenberg, sobrino alemán de Alejandro II, quien había sido colocado en el trono búlgaro en 1879. Ese año se firmó una alianza entre Austria y Alemania contra la influencia rusa en los Balcanes. A pesar de ello, Bismarck consiguió resucitar en 1881 la Liga de los Tres Emperadores (Rusia, Alemania y Austria), organizada por primera vez en 1872. Esta alianza se firmó sólo para un período de tres años, con opción a renovarla. Fué renovada en 1884 y terminó en 1887, cuando Austria rompió con Rusia. La alianza entre Alemania y Rusia duró tres años más. El éxito de Bismarck puede explicarse por el hecho de que Rusia buscaba en ese tiempo un aliado contra Gran Bretaña. Las relaciones entre ambos países empeoraban cada año. El motivo era el avance continuo de Rusia en el Asia central. A comienzos de la década de 1880 se envió una expedición punitiva contra los tekins y Skobelek tomó la fortaleza de Geok-Tepe en 1881. En 1884 Rusia se anexó los territorios situados junto al Murgab inferior, así como la ciudad de Merv. En 1885 fueron derrotadas las tropas afganas junto al río Kushk. En 1885-88 fué alargado hasta Samarkand el ferrocarril Transcaspino. Se encargó de su construcción el general Annenkov, quien la realizó con extraor-

dinaria rapidez, a pesar de los obstáculos naturales del desierto y las tormentas de arena. La política rusa de expansión produjo mucha excitación en Gran Bretaña. La batalla del río Kushk casi provocó la guerra entre las dos Potencias. Rusia pudo conservar sus adquisiciones gracias a su alianza con Alemania, así como a la política conciliatoria de Gladstone.

El entendimiento ruso-germano no podía ser, empero, permanente si Alemania seguía apoyando a Austria en los Balcanes. No pudiendo confiar en esa alianza, Alejandro III se vió obligado a buscar otros aliados. Esto preparó el terreno para un entendimiento franco-ruso. El *rapprochement* de Rusia y Francia se inició en el campo económico. Rusia necesitaba empréstitos para desarrollar sus industrias y mejorar sus armamentos. Con anterioridad a 1880 sus empréstitos exteriores habían estado a cargo principalmente de banqueros alemanes. Desde 1880 la propia Alemania necesitaba fondos para desarrollar su armada y sus colonias y, por éste, así como por otros motivos de carácter político, no mostraba tantos deseos de hacer préstamos a Rusia. En 1888, un grupo de banqueros franceses se ofreció a concederle un empréstito. La oferta fué aceptada y en 1890 se firmó el acuerdo correspondiente. En adelante Francia concedió repetidamente empréstitos a Rusia, en 1893, 1894, 1896, 1901, 1904 y 1906. El *rapprochement* financiero fué seguido por un acuerdo político y militar. El 25 de julio de 1891 visitó a Kronstadt una escuadra francesa. Los marinos franceses fueron recibidos cordialmente. La visita produjo gran impresión en la sociedad rusa. Parecía extraño que el zar autócrata ordenara ejecutar la *Marseillaise*, compuesta durante la revolución francesa en 1789 y llena de sentimiento revolucionario. Los revolucionarios rusos la consideraban como su himno. El texto ruso abogaba por una revolución en el país. Un mes después se firmó un acuerdo militar franco-ruso, el 22 de agosto de 1891. Tras de varios años de intercambio de buenos sentimientos, el ministro francés de Relaciones Exteriores, Hanotaux, reveló la existencia de la "entente" franco-rusa el 10 de junio de 1895. El acuerdo con Francia no era, en opinión del gobierno ruso, una amenaza directa a Gran Bretaña o Alemania. Lo consideraba más bien como una medida para evitar la posibilidad de un ataque de una Potencia europea a otra. Por este motivo, varios años después de la firma de la alianza con Francia propuso Rusia un acuerdo general de las Potencias europeas. Por iniciativa suya se reunió en 1899 una conferencia de paz en La Haya. La conferencia duró dos meses, desde el 18 de mayo hasta el 29 de julio, pero no tuvo resultados prácticos. Sólo tuvo importancia moral. Por primera vez desde la Santa Alianza se había tratado de asegurar la paz

internacional; y, como en 1815, la iniciativa correspondía al emperador ruso.

6

El fracaso de la conferencia de La Haya se debió sobre todo a la desconfianza general que se tenían entre sí las grandes Potencias. Hubo choques entre Francia y Gran Bretaña y entre ésta y Alemania. En esa situación no era fácil crear un orden internacional. El único modo de garantizar la paz habría sido probablemente un acuerdo entre las principales potencias continentales: Rusia, Francia y Alemania. Witte apoyaba ese plan en Rusia. Pero un acuerdo fundamental entre ésta y Alemania era difícil, debido a la competencia en los Balcanes entre Rusia y la aliada de Alemania, Austria, para no hablar de las dificultades para lograr el acuerdo franco-germano. Los esfuerzos de la diplomacia alemana se encaminaron, en consecuencia, a desviar la atención de Rusia del Cercano Oriente y fijarla en el Medio y el Lejano Oriente. Alemania trató al mismo tiempo de contener a Austria y llegar a un *modus vivendi* entre ese país y Rusia en los Balcanes.

La diplomacia alemana tuvo buen éxito hasta cierto punto. En 1897 se inició en los Balcanes una década de cooperación ruso-austríaca. Entre tanto, e inclusive sin estímulo de Alemania, los intereses económicos de Rusia atrajeron a ésta hacia el Medio y el Lejano Oriente. También a este respecto se destacó Witte como el principal expositor de la nueva política. Ésta consistía en estimular la penetración económica en Oriente. A comienzos de la década de 1890 llamó Witte por primera vez la atención sobre los intereses económicos de su país en Persia. Se creó un banco ruso-persa, apoyado por el gobierno. Este banco suministraba fondos para las concesiones rusas en Persia y ayudaba al comercio ruso con ese país. Algo más tarde fijó Witte su atención en el Lejano Oriente. En 1894 estalló la guerra entre China y el Japón. Éste obtuvo la victoria y China tuvo que cederle la península de Liaotung. La economía china quedó completamente destruída a consecuencia de la guerra. Witte aconsejó que Rusia interviniese en favor de China. Tanto Francia como Alemania apoyaron a Rusia, dando así un ejemplo de la posibilidad de un acuerdo ruso-franco-alemán como el que defendía Witte. El Japón tuvo que abandonar la península de Liaotung, y con ayuda de Francia hizo Rusia a China un empréstito de 400.000.000 de francos. Alemania y Gran Bretaña también le otorgaron préstamos de 16.000.000 de

libras cada una. El empréstito ruso era al interés del 4 por ciento, el británico del 4½ por ciento y el alemán del 5 por ciento. Poco tiempo después, con ocasión de la visita del ministro chino Li Hung-chang a Rusia, se firmó un tratado de amistad entre ambos países (1896). Rusia se comprometió a ayudar a China en el caso de que fuese atacada por una tercera Potencia, dándose por entendido que se trataba del Japón. China concedió a Rusia el derecho a construir un ferrocarril a través del norte de Manchuria, para unir a China con Vladivostok. Con ese fin se creó una compañía, llamada Compañía del Ferrocarril Oriental Chino, administrada en realidad por el gobierno ruso.

Sin embargo, la diplomacia rusa no se limitó a la penetración económica, como había aconsejado Witte. Por sugestión de Alemania tomó un tono más agresivo. Alemania propuso la idea de que las Potencias europeas garantizasen sus intereses económicos en China mediante la ocupación de varios puertos de ese país. Ella se quedó con Kiao-chao, dejando la península de Liaotung a Rusia y Weihaiwei a Gran Bretaña. La diplomacia rusa cayó en la trampa alemana. La península de Liaotung fué ocupada por la fuerza con tropas rusas y arrebatada a China de acuerdo con los términos de un arriendo por veinticinco años, el 27 de marzo de 1898. Esta acción, como podía esperarse, causó un profundo desagrado en China. Quedaron anulados todos los efectos favorables del Tratado ruso-chino de 1896.

La siguiente acción rusa en el Lejano Oriente se produjo cuando sus fuerzas, junto con las de las Potencias europeas, tomaron parte en 1900 en la represión de la rebelión de los boxer. En esa época fué ocupada Manchuria por las tropas rusas. Estos acontecimientos no estrecharon las relaciones amistosas con China. Al Japón le había ofendido profundamente la ocupación de la península de Liaotung. Temía también la competencia económica rusa en Corea. Estos temores fueron estimulados por las actividades de un grupo irresponsable de concesionarios rusos del río Yalu, asi como por la política agresiva del almirante Alexeiev, el virrey en el Lejano Oriente. Rusia no pudo resolver sus dificultades con el Japón por medios pacíficos. El 9 de febrero de 1904, sin previa declaración de hostilidades, los buques de guerra japoneses atacaron a los rusos en el puerto exterior de Port Arthur.

7

La guerra con el Japón en 1904-1905 constituyó una serie de derrotas para Rusia. La armada japonesa demostró ser mucho más fuerte que la rusa, cuyos buques estaban peor construídos y poseían armamentos más débiles. La flota del Japón bloqueó Port Arthur y poco después desembarcaron en el continente las tropas de ese país.

El ejército ruso era mucho más numeroso que el japonés. En lo que respecta a la calidad, los soldados rusos no eran inferiores a los japoneses. Sin embargo, la guerra en tierra fué tan desafortunada para Rusia como la librada en el mar. Los primeros fracasos podrían explicarse por la dificultad de concentrar rápidamente a las tropas en un campo de batalla tan lejano. Todo el ejército dependía del ferrocarril transiberiano, que todavía no estaba terminado. No había línea alguna alrededor del lago Baikal. Pero las derrotas posteriores sólo pueden explicarse por motivos psicológicos. El ejército ruso emprendió la lucha sin entusiasmo. El hondo descontento del pueblo con el gobierno no podía menos de reflejarse en el ejército. La guerra fué impopular en Rusia desde el mismo comienzo. El pueblo no comprendía sus finalidades. Le parecía que no afectaba a los intereses vitales del país, en tanto que cada soldado japonés comprendía que estaban en juego los intereses vitales del Japón.

El ejército ruso contaba con jefes inferiores. A su frente se hallaba el general Kuropatkin, quien gozaba de gran reputación por haber sido jefe del estado mayor del popular general Skobelev en el reinado de Alejandro III. Pero aunque había sido un excelente jefe de estado mayor, no poseía cualidades de un comandante en jefe. Carecía de la iniciativa necesaria y de capacidad estratégica. Un destacado general ruso le dijo a un amigo que había manifestado su opinión de que Kuropatkin había sido designado comandante en jefe por haber sido jefe de estado mayor de Skobelev: "¿Quién va a ocupar, entonces, el puesto de Skobelev?". Tras de varias derrotas, Kuropatkin fué destituído y ocupó su puesto el anciano general Linevich, mucho mejor estratego, pero para entonces el gobierno pensaba ya en la paz.

Poco después de comenzar la guerra los japoneses aislaron a Port Arthur y obligaron al ejército ruso a retirarse hacia el norte. En el otoño de 1904 perdieron los rusos la gran batalla de Liaoyang a consecuencia de los errores de Kuropatkin. A principios de 1905 se rindió Port Arthur a los japoneses y algunos meses después Rusia sufrió dos nuevas derrotas. El ejército fué vencido

en Mukden y la flota, enviada desde el Báltico al Lejano Oriente a las órdenes del almirante Rozhdestvensky, después de dar la vuelta al Africa fué destruída por los japoneses en la batalla de Tsushima.

Las derrotas en la guerra provocaron desórdenes internos en Rusia. La situación económica del país quedó muy afectada. El gobierno se vió obligado a aceptar la mediación del presidente Roosevelt y a negociar con los japoneses en Portsmouth. Al frente, de la delegación rusa se hallaba Witte, quien logró la paz en condiciones más favorables que las esperadas en general. Se le concedió el título de conde como recompensa por sus servicios. En cuanto a las condiciones del tratado, el Japón renunció a su pedido original de una indemnización pecuniaria, pero Rusia tuvo que cederle la mitad meridional de Sakhalin. También le cedió el "arrendamiento" de la península de Liaotung, aunque conservó la administración de los ferrocarriles del norte de Manchuria. La Paz de Portsmouth del 5 de septiembre de 1905 fué firmada a tiempo para salvar al gobierno ruso de una catástrofe interna completa. El país se hallaba ya en estado de revolución.

CAPÍTULO XI

LA REVOLUCIÓN DE 1905 Y EL EXPERIMENTO CONSTITUCIONAL
(1905 - 1914)

La guerra con el Japón fué la causa exterior de la primera revolución rusa. Sus causas internas arraigaban profundamente en la situación social. Ya hemos hablado del descontento muy extendido entre los diversos grupos de la población en el período anterior a 1905. En 1904-05 ese descontento se manifestó en actos hostiles. Se formaron partidos políticos, pero a causa del largo período de supresión de todo gobierno parlamentario y de la falta de libertad política era imposible organizar grandes grupos. En consecuencia, las organizaciones políticas de Rusia eran organismos ilegales o "secretos". Los programas y la actividad de esos grupos no expresaban las verdaderas necesidades del pueblo, sino que eran más bien declaraciones teóricas. Los redactaban sobre todo los intelectuales, que vivían aislados de las realidades de la vida y con frecuencia eran condenados al destierro por sus actividades contra el gobierno. Los judíos rusos desempeñaban un papel importante entre los *émigrés* políticos en el exterior. Esto se debía en parte a que el número de judíos que podían ingresar en las universidades rusas estaba limitado por su proporción con la población total. Como ese número era pequeño, muchos judíos tenían que educarse en el exterior, y estudiaban en las universidades de Alemania, Suiza y Francia.

Las condiciones del período de desarrollo "secreto" de los partidos rusos explican sobradamente sus actividades. A causa de ese secreto y de esa restricción impuestos, se veían obligados a dedicarse a las discusiones teóricas más bien que a hacer frente

a los problemas prácticos. No trataban de comprender o de exponer los verdaderos deseos del pueblo, sino más bien de utilizar la emoción popular para que triunfasen sus programas.

El primer partido político ruso fué el Social-Demócrata Obrero, organizado en 1898 según el modelo del Social-Demócrata alemán, el cual seguía las doctrinas de Karl Marx. Este partido procuró mantenerse en contacto con los obreros por medio de "células" en los principales centros industriales de Rusia. La "célula" fué una forma peculiar de la organización política rusa. Era un grupo, organizado en secreto, de miembros de confianza del partido que se mantenían en contacto con éste. Su fin era difundir las ideas del partido entre quienes no pertenecían a él.

En el congreso de 1903 el Partido Social-demócrata se dividió en dos grupos. El grupo radical, llamado luego de los bolcheviques, trataba de realizar la revolución social en Rusia por medios violentos. Los moderados, llamados luego mencheviques, insistían en que antes de que pudiera llevarse a cabo la revolución social había que imponer un régimen burgués o democrático. Al frente de los bolcheviques se hallaba Vladimiro Ulianov, cuyo seudónimo era Lenin. Este había nacido en 1870, era hijo de un noble y tanto él como su hermano iniciaron su actividad revolucionaria en una edad muy temprana. El hermano de Lenin llegó a ser un terrorista muy conocido y fué ejecutado por hallarse complicado en la conspiración contra la vida de Alejandro III. Lenin salió de Rusia en 1900 y vivió en el exterior hasta 1905.

Al frente de los mencheviques se hallaba Plekhanov, un marxista teórico que durante casi toda su carrera política se opuso a la orientación defendida por Lenin. En tanto que la atención del Partido Social-Demócrata se dirigía exclusivamente a los obreros, otro grupo socialista, llamado Partido Social Revolucionario, se dedicó a defender los intereses de los campesinos. Trató también de organizar "células" entre éstos. En su política de oposición al gobierno difería del Social-Demócrata, que abogaba en favor de un movimiento en masa, en tanto que él se contentaba con los actos terroristas contra los funcionarios del gobierno. La teoría del terrorismo practicada por los social-revolucionarios consistía en que el pueblo debía ser impulsado a la actividad sobre todo con el ejemplo. Esta teoría se derivaba, no de Marx, sino del socialismo francés de la escuela "utópica", así como de algunos escritores rusos.

Ambos grupos socialistas consiguieron muchos partidarios entre los estudiantes universitarios de los dos sexos; también atrajeron a profesionales: abogados, médicos y maestros.

Los grupos liberales organizaron también en 1903 un partido

ilegal compuesto sobre todo de profesores y propietarios de haciendas. Las verdaderas clases burguesas, los comerciantes y los industriales, no tomaron parte en ninguna organización política de esa época. Esta unión ilegal se convirtió en 1905 en el Partido Democrático Constitucional. Su programa se basaba, no en las doctrinas de Marx y del socialismo occidental, sino en las doctrinas políticas de los grupos constitucionales y democráticos de la Europa occidental y América. Este partido no trataba de llegar a la masa del pueblo, sino de influir en el pensamiento de los empleados del gobierno y en la pequeña burguesía de las ciudades. Era el organismo político de la clase media.

Todos estos partidos coincidían en el deso de terminar con la autocracia y de crear un gobierno representativo elegido mediante el voto universal, directo, igual y secreto. Pero no había relación alguna entre los programas de estos partidos políticos y las necesidades concretas del pueblo. Los social-demócratas se consideraban como los representantes de los obreros, pero sólo se interesaba propagar el socialismo entre ellos. Los social-revolucionarios se consideraban como representantes de los campesinos, pero abogaban por la nacionalización o socialización de todas las tierras, incluyendo las de los campesinos, a pesar de que éstos sólo deseaban la división de las grandes propiedades entre ellos. Los demócratas-constitucionales abogaban por un gobierno parlamentario según el modelo francés o británico, y la destrucción del poder ejecutivo centralizado, en tanto que lo que interesaba en realidad a la democracia rusa era una combinación de representación popular y de gobierno fuerte.

Dado el carácter teórico de las actividades de estos partidos, el gobierno imperial podía haber seguido dominando fácilmente mediante reformas políticas rápidas y enérgicas; pero como sufría la influencia de la nobleza reaccionaria, era incapaz de emprender esa tarea. Retrocedía siempre ante la crítica abrumadora, pero nunca hacía nada por propia iniciativa. Su indecisión fué el factor principal del triunfo de los grupos revolucionarios.

2

Los sentimientos revolucionarios del pueblo ruso se manifestaron en 1904-1905 de las maneras más diversas. La actividad política de los intelectuales tomó la forma de conferencias sobre cuestiones políticas, la organización de sociedades de carácter semi-político y, en algunos casos, de revueltas por parte de los estudiantes. Los terratenientes liberales, miembros de la administración local

(Zemstvo), organizaron conferencias para discutir las reformas y una delegación de uno de esos congresos se entrevistó con el emperador el 19 de junio de 1905. Los obreros recurrieron a las huelgas, cuyo objetivo principal eran las reformas políticas más bien que las económicas. El descontento de los campesinos se manifestó en forma de revueltas que tuvieron como resultado muchas veces la destrucción de las casas de los terratenientes y hasta el asesinato de éstos. Por fin, una vez terminada la guerra con el Japón, el desorden se extendió hasta el ejército. Influía en los soldados la propaganda socialista y en muchos casos se rebelaban contra sus oficiales. Los agitadores socialistas pedían que se formasen consejos de soldados, idea que en 1917 resultó fatal para el ejército ruso. Los motines se extendieron del ejército a la armada y los marinos del acorazado *Potemkin* se impusieron en él temporariamente, en junio de 1905. Todo el período se caracterizó por una serie de asesinatos de funcionarios del gobierno por los terroristas. El gobierno trató al principio de hacer frente a los sentimientos revolucionarios del pueblo reprimiendo los desórdenes mediante la fuerza armada y disolviendo las organizaciones revolucionarias. El Departamento de Policía introdujo agentes secretos en esas organizaciones con objeto de obtener pruebas contra sus caudillos. Los agentes del gobierno se convirtieron a veces en caudillos de los partidos revolucionarios y tomaron una parte tan activa en el movimiento que al gobierno se le hizo imposible determinar cuándo terminaba la provocación y empezaba la revolución. En esas circunstancias fué asesinado el ministro del Interior, Plehve. El Departamento de Policía trató también de controlar el movimiento obrero satisfaciendo sus demandas económicas y apartándolas así de la actividad política. Zubatov, un agente de la policía secreta, consiguió en la primavera de 1902 organizar a los obreros de Moscú con fines puramente económicos y Plehve le ordenó que implantase su sistema en toda Rusia. Después de la muerte de Plehve y la renuncia de Zubatov, la organización de los obreros siguó desarrollándose por su propio impulso. Su nuevo caudillo, el sacerdote Gapon, decidió pedir al zar en persona que pusiese en práctica las reformas exigidas por los obreros. El 22 de enero de 1905 una gran multitud de trabajadores se dirigió al Palacio de Invierno de San Petersburgo para entrevistarse con Nicolás II. El día terminó trágicamente, pues, a pesar de que los obreros mantenían una actitud pacífica y estaban desarmados, fueron dispersados a tiros y varios centenares de personas murieron o resultaron heridas. El "Domingo sangriento", como fué llamado ese día, fué un momento decisivo en la historia de la oposición de las clases trabajadoras. El resultado

inmediato fué la alianza de éstas con los partidos socialistas. El gobierno se daba ya cuenta de que no disponía de plan alguno para aliviar la situación ni contaba con el apoyo firme del pueblo. En consecuencia, decidió hacer concesiones en el campo de las reformas políticas. Pero hasta eso lo hizo de mala gana. El 19 de agosto de 1905 convocó a un congreso nacional, la Duma imperial, que iba a tener funciones deliberativas, pero no legislativas. Era, no obstante, una medida a medias que no satisfizo a nadie. En el otoño del mismo año se hizo crítica la situación. Se declaró la huelga general en toda Rusia. En las ciudades quedaron interrumpidos los servicios de luz eléctrica y agua; pararon todos los ferrocarriles, con excepción del de Finlandia. La dirección del grupo revolucionario de San Petersburgo estaba a cargo de un consejo especial compuesto por los jefes de los partidos socialistas y representantes de los obreros. Era el llamado Soviet de delegados obreros que iba a desempeñar un papel tan importante en los acontecimientos de 1917. En la primera reunión del Soviet el número de representantes de los obreros era sólo de cuarenta. Fué aumentado posteriormente hasta quinientos. El presidente del Soviet era un abogado, Khrustalev-Nosar, pero el verdadero dirigente era el vicepresidente, Bronstein, conocido luego con el seudónimo de Trotsky. Debe advertirse que muchos caudillos revolucionarios adoptaron seudónimos para protegerse contra el espionaje de la policía del gobierno. Todas las instrucciones revolucionarias eran firmadas con nombres ficticios

La mayoría del Soviet se hallaba en manos de los mencheviques, partido del que Trotsky era un miembro prominente. Los bolcheviques no pudieron dominar en el primer Soviet, al que consideraban sospechoso. Se constituyeron Soviets en otras ciudades, entre ellas Moscú y Odesa, pero antes de que lograran resultados importantes el gobierno decidió hacer concesiones políticas de gran alcance. Por iniciativa del conde Witte se publicó el 30 de octubre de 1905 una declaración que significaba prácticamente la capitulación del gobierno.

En esa declaración el gobierno imperial prometía que concedería a la nación rusa: (1) los principios fundamentales de la libertad civil: inviolabilidad personal y libertad de pensamiento, palabra, reunión y organización; (2) gobierno democrático; (3) el principio de que en adelante no se podría poner en vigor ley alguna sin el consentimiento de la Duma. Fué designado un nuevo primer ministro, el conde Witte, con poderes para elegir ayudantes de los círculos opositores y poner en práctica la declaración. Fué la primera vez que se formó en Rusia un gabinete de unión nacional

La declaración aceptaba las demandas principales de la oposición liberal. Había la esperanza de que ello pondría término a las actividades revolucionarias. A este respecto era un intento de unir al gobierno y a los partidos liberales contra la revolución social inminente. Por ello los caudillos del movimiento social que deseaban la revolución a toda costa se opusieron a la declaración. Argüían que el gobierno no era sincero en sus promesas, que lo único que quería era poner fin al movimiento revolucionario y que tan pronto como lo permitiese la situación derogaría la declaración. Era cierto que el gobierno esperaba que la declaración pondría fin a la revolución, pero no que desease derogar las concesiones. En realidad no lo hizo una vez que venció a los revolucionarios El conde Whitte, jefe del gobierno y autor de la declaración, creía personalmente en la necesidad de las reformas y, naturalmente, no tenía la intención de retractarse. Sólo la inexperiencia de los dirigentes del movimiento liberal puede explicar la decisión de los grupos liberales de rechazar todas las invitaciones del conde Witte para que formasen parte de su ministerio. El resultado fué que la declaración del 30 de octubre no detuvo inmediatamente el movimiento revolucionario.

Los partidos socialistas deseaban únicamente el triunfo de sus doctrinas revolucionarias. El caudillo de los bolcheviques, Lenin, quien regresó a Rusia después de la declaración, se convirtió en el opositor más firme de la política del gobierno. Las huelgas siguieron; un segundo paro ferroviario duró desde fines de noviembre hasta mediados de diciembre, y en Moscú se produjo una insurrección armada a fines de diciembre de 1905. La política intransigente de los revolucionarios no era apoyada, sin embargo, por la mayoría del pueblo, que se mostraba bastante satisfecho con el programa expuesto en la declaración El gobierno no pudo volver a dominar la situación. Los Soviets fueron disueltos y los disturbios reprimidos por la fuerza. En varias ciudades se produjeron *pogroms* contra los judíos, organizados por la llamada Unión del Pueblo Ruso, grupo reaccionario cuya ideología era muy parecida a la del nacional-socialismo alemán.

La insurrección de Moscú no había sido reprimida por completo cuando el gobierno publicó el 24 de diciembre un decreto sobre el procedimiento para las elecciones. A comienzos de marzo se dió una proclama sobre la organización del nuevo Parlamento, que se iba a componer de dos Cámaras: la Duma del Estado y el Consejo de Estado, la primera formada por miembros elegidos por la nación, y el segundo por miembros elegidos la mitad de ellos por el emperador y la otra mitad por la nobleza, los zemstvos y las universidades. La ley electoral daba el derecho de su-

fragio a la mayoría de la población, pero no era ni igual ni directo. Los votantes se dividían en grupos: los obreros de las grandes ciudades elegían separadamente sus electores para la Duma; los campesinos elegían electores que formaban los colegios electorales junto con los elegidos por los grandes terratenientes. Estos colegios elegían los diputados de la Duma. La ley electoral separaba artificialmente a los campesinos y los obreros y les adjudicaba un papel importante en las elecciones. Esta política fué inspirada por el deseo del gobierno de apartar a los campesinos y los obreros de los partidos opositores. Como otro medio de apaciguar a los campesinos se le ocurrió al conde Witte la idea de expropiar los grandes latifundios y entregar las tierras a aquéllos. Este proyecto fué puesto en práctica por uno de los ministros de Witte, Kutler, quien más tarde tuvo una actuación destacada en la reorganización del gobierno soviético. La expropiación de los latifundios tropezó, sin embargo, con la enconada oposición de los propietarios. Witte no disponía del poder suficiente para insistir en las medidas que proponía y se vió obligado a abandonar su plan. Este fracaso influyó en el funcionamiento de la ley electoral, cuyo fin principal era favorecer a los campesinos Como había sucedido con los primeros intentos de organizar a los obreros de una manera favorable para el gobierno, lo único que consiguió fué estimular los movimientos sociales sin satisfacerlos ni controlarlos.

3

Las elecciones para la primera Duma se realizaron en marzo de 1906. El 10 de mayo inauguró Nicolás II el Consejo y la Duma. La mayoría de ésta la formaban diputados de la oposición; de sus 490 miembros, 187 pertenecían al Partido Liberal y 85 al grupo obrero moderado. Los demócratas constitucionales, encabezados por I. Petrunkevich (el otro dirigente, P. Miliukov, había sido borrado con un pretexto especioso de la lista de votantes), eran el más fuerte de los partidos representados en la Duma. Los partidos socialistas boicotearon las elecciones, en tanto que los partidos Nacionalista y Conservador fueron derrotados en las urnas y sólo consiguieron un pequeño número de bancas. Los resultados de las elecciones fueron desilusionantes para el gobierno.

Al encontrarse con que un grupo hostil dominaba a la Duma, Nicolás II destituyó inmediatamente al conde Witte y designó para ocupar su puesto a Goremykin. El nuevo Primer ministro

era un funcionario civil típico del antiguo régimen. Fué elegido, no por su iniciativa y sus convicciones políticas, sino, todo lo contrario, porque carecía de esas cualidades y estaba dispuesto a ejecutar las órdenes del emperador. La designación de Goremykin fué un gran error político. Las relaciones entre el gobierno y la Duma tomaron pronto un carácter hostil.

El principal motivo de disputa entre ambos fué el problema agrario. Su discusión en la Duma excitó las pasiones de todos los grupos. Un proyecto de ley agraria apadrinado por los demócratas constitucionales proponía la expropiación de los latifundios y que la tierra pasase a ser propiedad de los campesinos, mediante la debida compensación a los propietarios. Esto provocó una creciente agitación de los reaccionarios contra la Duma. Nicolás II tuvo que hacer frente al problema de someterse a la Duma y disgustar a los nobles, o de disolverla y provocar la hostilidad de los liberales. El 21 de julio disolvió la Duma. Como una concesión a los liberales, Goremykin fué destituído y un nuevo hombre, Stolypin, designado Primer ministro. Stolypin había sido ministro del Interior en el Gabinete de su predecesor. Comenzó a servir a la Corona como gobernador de una de las provincias del sur. Antes había administrado sus propiedades. Comprendía profundamente el problema agrario de Rusia y poseía las cualidades de un gran estadista. Era firme, patriota y hombre de ideas. Los partidos de la oposición no apoyaban a Stolypin y su programa, pero se vieron obligados a contar con él. Después de la disolución de la Duma se mostraron indecisos con respecto a la actitud que debían adoptar. Su psicología no era la de una oposición parlamentaria pacífica, sino la de la revolución. Temían la posibilidad de que el gobierno renunciase a todo el programa de reformas y desconfiaban francamente del emperador. Después de la disolución, los miembros de la Duma hicieron un llamamiento a la nación para que resistiese al gobierno negándose a pagar los impuestos y al reclutamiento en el ejército. El llamamiento no produjo efecto alguno. Su único resultado fué que sus autores perdieron el derecho a votar en las siguientes elecciones.

Stolypin procuró ante todo atraer a algunos de los miembros más destacados de los grupos liberales moderados ofreciéndoles puestos en su Gabinete. Ellos se negaron a cooperar con él y se vió obligado a apelar a burócratas profesionales. Su política agraria consistió principalmente en destruir la propiedad comunal de la tierra, instituída por las reformas de 1861, y en estimular la propiedad de granjas particulares.

El 22 de noviembre se publicó el decreto que suprimía la comuna agrícola. A cada agricultor se le dió el derecho de obtener

su parte de la tierra común en propiedad plena. Al mismo tiempo se tomaron medidas para financiar la compra por los campesinos de las tierras de la Corona. Las medidas de Stolypin eran un intento de enmendar los defectos de la reforma de 1861 y de crear en Rusia una nueva clase de pequeños terratenientes como base para el nuevo Estado. Este programa fué considerado incompatible con el proyecto de ley agraria presentado en la primera Duma. La expropiación de casi todas las tierras, que constituía la base de aquel proyecto, iba a resolver, según se creía, todo el problema agrario de una sola vez. La reforma de Stolypin requería una veintena de años para producir resultados duraderos.

Cuando se reunió la segunda Duma, el 5 de marzo de 1907, se mostró todavía más hostil al gobierno que la primera. Su ala izquierda era mucho más fuerte (180 socialistas), pues Lenin había cambiado bruscamente de táctica y los socialistas no boicotearon la elección. El conflicto con el gobierno fué más agudo que en 1906. El gobierno contaba ahora con un programa práctico de reformas que la Duma no poseía. Cincuenta y cinco diputados socialistas fueron acusados de organizar un complot contra el emperador, y la segunda Duma fué disuelta en junio de 1907. Con objeto de impedir esa clase de manifestaciones de la oposición fué modificada la ley electoral. A los grandes terratenientes se les dió la preferencia sobre los campesinos en la elección de representantes para los colegios electorales. La tercera Duma, elegida en noviembre de 1907, estaba compuesta de una manera muy distinta a la de sus predecesoras. La mayoría de los diputados pertenecían a los partidos de la derecha y los liberales y socialistas se hallaban en minoría. El resultado de dos años de conflicto político fué la victoria de Stolypin y de los partidos moderados. El nuevo régimen había conseguido atrincherarse firmemente, al parecer. Sin embargo, no era un verdadero gobierno parlamentario el que surgió del período revolucionario de 1905-1906.

4

Simultáneamente con la lucha política interna, en la política exterior de Rusia se gestaban importantes acontecimientos. A comienzos del siglo XX la situación internacional no había tomado todavía la forma de alianzas de Estados mutuamente antagónicos. Alemania estaba aliada con Austria e Italia, y Rusia con Francia, pero Gran Bretaña no tenía lazos políticos con Rusia. Alemania buscaba un acuerdo con ésta. En la guerra con el Japón, Rusia tuvo necesidad de un aliado que contrapesase a Gran Bretaña, la

que se había aliado en 1902 con el Japón. En 1904 firmó un tratado comercial con Alemania, tratado que favorecía mucho a ésta y no beneficiaba nada a Rusia. Era una manifestación del temor ruso a Gran Bretaña. Su resultado fué el fortalecimiento de la política exterior alemana. En la primavera de 1905 pidió el gobierno alemán una política de puertas abiertas en Marruecos contra los privilegios de Francia. Esto dió origen al famoso incidente de Tánger. En julio de 1905, el emperador Guillermo II visitó a Nicolás II en Björkö y firmó una alianza secreta con Rusia. Nicolás consideraba a esta alianza como una maniobra contra Gran Bretaña y no contra Francia. El acuerdo de Björkö debía entrar en vigor inmediatamente después de la guerra con el Japón, pero una vez firmada la Paz de Portsmouth se hizo evidente que se perdería la amistad de Francia si se mantenía ese acuerdo. Al tener que elegir entre ambas cosas, los intereses de Rusia después de la guerra aconsejaban la alianza con Francia por razones puramente económicas. Los gastos de la guerra y la inestabilidad económica causada por la revolución hicieron absolutamente necesarios los empréstitos exteriores. Una tentativa que hizo el conde Witte para conseguir fondos en los Estados Unidos no dió resultado. Las tensas relaciones de Rusia con Gran Bretaña cerraron a aquélla el mercado de Londres. Sólo Francia podía hacer los empréstitos necesarios. En compensación por la ayuda financiera, exigió la ayuda de Rusia contra Alemania. El resultado de este embrollo internacional fué la decisión rusa de jugarse el todo por el todo con Francia. En la Conferencia de Algeciras, Rusia y Gran Bretaña apoyaron a Francia y Alemania se vió obligada a ceder ante la presión unida de las tres Potencias. Nueve días después accedió Francia a conceder a Rusia los empréstitos necesarios.

El de 1906 excedió a los dos billones de francos. Llegó en un momento crítico de la lucha del gobierno ruso contra la oposición política y sirvió para fortalecer los lazos que unían a ambos países. Al mismo tiempo adquirieron un carácter más favorable las relaciones anglo-rusas. La guerra con el Japón había debilitado materialmente la posición de Rusia en el Lejano Oriente. Ese debilitamiento del prestigio militar afectó también a Gran Bretaña en el Asia central. En agosto de 1907 se firmó entre ambos países un acuerdo con respecto a Persia, el Afganistán y el Tibet. Se reconoció que el Afganistán se hallaba dentro de la esfera de influencia exclusiva de Gran Bretaña; Persia fué dividida por las dos Potencias en dos esferas de influencia respectivas y el Tibet considerado como territorio neutral. Mediante este acuerdo abandonó Rusia francamente sus pretensiones en el Asia central y abrió el camino para nuevos acuerdos entre los dos países.

Por sugestión del presidente Roosevelt se reunió en La Haya una segunda conferencia de paz mundial. Atendiendo a la misma sugestión, Nicolás II invitó en 1907 a los representantes de todas las Potencias a discutir el problema del desarme. La Conferencia de La Haya no consiguió su propósito y no hizo más que poner en evidencia los alineamientos políticos de Europa. De un lado estaban Alemania y Austria y del otro Francia, Rusia y Gran Bretaña. Un choque entre ambos grupos era casi inevitable.

5

Después del período revolucionario, caracterizado por la lucha enconada entre el gobierno y la Duma, se inició en Rusia una etapa de tranquilidad relativa. La tercera Duma se reunió sin interrupción durante todo el período de su existencia legal, de 1907 a 1912, y las elecciones de este último año dieron el triunfo a los grupos nacionalistas conservadores.

Aunque el conflicto político entre el gobierno y la Duma había quedado resuelto temporariamente, mediante la ley electoral reformada de 1907, subsistió la cuestión más difícil de hacer frente a las consecuencias del espíritu revolucionario de 1905. El descontento de ese período siguió manifestándose en la forma de cierto número de asesinatos de destacados funcionarios del gobierno. El Primer ministro Stolypin se dedicó a reprimir despiadadamente el terrorismo revolucionario. Los acusados de crímenes políticos eran procesados por una corte marcial y si se les hallaba culpables eran condenados a muerte. La política de Stolypin a este respecto era censurada severamente por la oposición, pero contaba con el apoyo de la mayoría de los miembros conservadores de la Duma. El mayor número de ejecuciones durante ese período tuvo lugar en 1908, año en que alcanzó a 789. Luego fué decreciendo constantemente y en 1911 sólo se dictaron setenta y tres condenas.

En el momento en que parecía haber conseguido el equilibrio político fué asesinado Stolypin, en septiembre de 1911. Ocupó su puesto el ministro de Hacienda, Kokovtsev. Como su predecesor, era un constitucionalista moderado. Tuvo que hacer frente al problema constitucional de contrarrestar el poder de veto del Consejo de Estado organizado al mismo tiempo que la Duma y cuyos miembros eran elegidos sólo en parte. La mitad de ellos eran designados por el emperador y el Primer ministro influía poco en esa designación. Los círculos cortesanos de aristócratas reaccionarios se oponían irreconciliablemente a la Duma y realizaban su propia política sin consultar al Primer ministro, influyendo directamente en el

emperador. Pero a pesar de incidentes irritantes de esta clase, la Duma consiguió llevar a cabo cambios favorables en el país. Tuvo gran importancia la legislación con respecto a los campesinos, en virtud de la cual se puso fin al estado legal precario de éstos y se les concedió derechos civiles iguales a los de los demás ciudadanos.

La reforma de la justicia local fué otra medida importante a este respecto. En virtud de la ley del 28 de junio de 1912 se debía ir aplicando gradualmente a la población campesina el sistema jurídico general. El jefe territorial fué sustituído en materias judiciales por un juez de paz. La Duma organizó también el sistema docente y dispuso un aumento anual de 20.000.000 de rublos en el presupuesto de Instrucción Pública, el cual creció constantemente de 44.000.000 de rublos en 1906 a 214.000.000 en 1917. El número de alumnos de las escuelas primarias aumentó de 3.275.362 en 1894 a 8.000.000 en 1914. Así, en vísperas de la guerra europea recibían instrucción más de la mitad de los niños de Rusia en edad escolar. La comisión de Instrucción Pública de la Duma calculaba que en 1922 se llegaría a la educación universal en el país. Pero la guerra y la revolución impidieron que se realizara ese programa.

6

La derrota de Rusia en el Lejano Oriente y su acuerdo con Gran Bretaña en las cuestiones referentes al Asia Central tuvieron el efecto de estimular a la diplomacia rusa en el Cercano Oriente. Gran Bretaña dió señales de haber abandonado su temor tradicional a que Rusia se apoderase de Constantinopla. Esto puede explicarse en parte por el hecho de que ahora temía a Alemania más que a Rusia. Este cambio de política se hizo evidente después de la revolución turca de 1908, que llevó al poder en ese país a un grupo germanófilo. En el otoño de ese año iniciaron las Potencias Centrales una ofensiva diplomática en los Balcanes. El 6 de octubre de 1908, Austria, apoyada por Alemania, anunció la anexión de Bosnia y Herzegovina. El jefe de la política exterior de Austria, Aehrenthal, utilizó muy hábilmente algunas conferencias preliminares con el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Izvolsky. A éste le sorprendió el paso de Austria. Francia y Gran Bretaña se hallaban completamente desprevenidas. Ninguno de los miembros de la Triple *Entente* deseaba la guerra ni estaba preparado para ella. Cualquier protesta eficaz contra la acción austríaca podía llevar a la guerra. Lo único que podía hacerse era aceptar el *fait accompli*.

El incidente tuvo, sin embargo, una consecuencia importante:

el comienzo de una carrera armamentista entre los dos grupos de Potencias. Alemania decidió en 1911 intervenir nuevamente en Marruecos y envió a Agadir el cañonero *Panther* para proteger los intereses alemanes. La diplomacia de la *Entente* en esta ocasión fué, sin embargo, más eficaz que en 1908 y presentó un frente unido contra Alemania. El resultado fué que el gobierno alemán se viera obligado a reconocer un protectorado francés en Marruecos.

Como consecuencia de este incidente creció la tensión en Europa. Podía esperarse una nueva acción de las Potencias Centrales, y ésta tuvo lugar, en efecto, tres años después del episodio de Agadir. En julio de 1914 Austria envió a Servia un ultimátum que llevó a la primera guerra mundial.

CAPÍTULO XII

EL DESARROLLO INTERNO DE RUSIA DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX HASTA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

(1857 - 1914)

I

Entre los reinados de Nicolás I y Nicolás II se produjo un gran cambio en Rusia. Ésta sufrió en el término de medio siglo una reconstrucción social completa. La Rusia de Nicolás I poseía un régimen basado en la servidumbre y en un socialismo de estado *sui generis*. Como resultado de las reformas de Alejandro II surgió de las ruinas del régimen anterior una economía capitalista. El décimo volumen del *Código de Leyes Rusas* se convirtió en una realidad y fué puesto de acuerdo con la nueva estructuración de la sociedad. Atestiguó ese cambio la abolición del impuesto por cabeza en 1886. Como hemos visto, la importancia económica de ese impuesto disminuyó rápidamente a mediados del siglo XIX, pues ya no representaba más que el 24 por ciento de los ingresos totales. A comienzos de la dácada del 80 seguía disminuyendo, pero su completa abolición tuvo gran importancia. Este impuesto era asociado directamente con el viejo régimen; su abolición terminó con la división de la población en dos clases radicalmente diferentes: los que lo pagaban *(podatnoe sostoianie)* y los que no lo pagaban. No obstante, al mismo tiempo que se abolía este impuesto apareció un sustituto en la forma de pagos por las tierras concedidas a los campesinos en la época de su emancipación. Estos pagos eran el principal motivo económico para que continuara la situación legal especial de los campesinos. Por esta razón, a pesar de las reformas de Alejandro II, gran parte de la población rusa no disfrutaba de la nueva ciudadanía y se hallaba

colocada en una categoría especial. Éste era el anacronismo social más importante de Rusia con anterioridad a la revolución de 1905. La concesión de la igualdad legal completa a los campesinos se relacionaba directamente con la interrupción de los pagos por las tierras. Éstos, según los cálculos de la Tesorería, no terminarían hasta 1931, pero la revolución de 1905 produjo cambios de gran alcance en la estructura social de Rusia y en 1906 entraron en vigor las leyes de Stolypin con respecto a los campesinos. Una parte inevitable de esa legislación consistía en poner fin a los pagos por tierras. Este paso fué seguido por la sustitución de los jefes territoriales por jueces de paz en 1912. Así, pues, sólo después de la revolución de 1905 y de las medidas legislativas de Stolypin y la Duma obtuvieron los campesinos todos los derechos de ciudadanos. Sólo en vísperas de la primera guerra mundial llegó a ser el pueblo ruso una sociedad de ciudadanos con iguales derechos.

2

La creación de la nueva estructura capitalista fué acompañada por un rápido desarrollo económico del país. El factor fundamental de ese desarrollo económico, como en el período precedente, fué el crecimiento rápido de la población. Desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del XX se duplicó la población de Rusia. Durante los quince primeros años del siglo XX creció esa población en un 30 por ciento. En 1914 llegaba a 175.000.000.

Fué particularmente importante el aumento de la población de las ciudades. En 1851 había menos de tres millones y medio de personas en las ciudades, o sea menos del 6 por ciento de la población total. En 1897 se había elevado la población urbana a 16.330.000 personas, o sea el 13 por ciento de la población total, y en 1914 era ya del 17,5 por ciento. Estas cifras indican el aumento de la población industrial en comparación con la agrícola. Según el censo de 1897, el 74,2 por ciento de la población total era agrícola y el 13,3 por ciento industrial. Así, a pesar del crecimiento de las ciudades y de la industria, unas tres cuartas partes de la población de Rusia se dedicaba a la agricultura antes de la primera guerra mundial.

La agricultura siguió siendo la base de la vida económica de Rusia. El área cultivada creció constantemente. En 1905 ascendía a alrededor de 100.000.000 de hectáreas; en 1914 se había elevado a unos 120.000.000 de hectáreas. Las cosechas de cereales eran en Rusia mucho menores que en otros países. Sin embargo,

crecieron constantemente gracias a la introducción de métodos de cultivo modernos. La cosecha media anual de cereales en la Rusia europea en la década de 1861-1870 fué de media tonelada por hectárea. En la década de 1901-1910 aumentó a cinco sextas partes de tonelada por hectárea.

La producción total de cereales en 1913 pasó de los 92 millones de toneladas. A causa de las sequías ocasionales, la cosecha de cereales no era uniforme, sino que estaba sujeta a grandes variaciones. Los años de mala cosecha traían consigo la insuficiencia de alimentos y hasta la muerte por hambre de parte de la población, como ocurrió en 1891, 1906, etc. Sin embargo, la trágica extensión del hambre en 1921-22 se debió no sólo a causas naturales, sino también a causas sociales y políticas.

La vida económica rusa, hasta época muy reciente, dependía directamente de "su Excelencia la cosecha", como dijo el ministro de Hacienda Kokotsev, en uno de sus discursos en la Duma, en 1911.

La propiedad de la tierra en Rusia, después de las reformas de 1861, sufrió grandes cambios. La tierra pasó rápidamente a poder de los campesinos. Éstos no sólo conservaron las tierras distribuídas en 1861, sino que además adquirieron otras nuevas mediante la compra. Así, simultáneamente con el aumento del área cultivada durante los cincuenta años anteriores a la primera guerra mundial, tuvo lugar un cambio radical en la estructura social de la población agrícola. Como resultado de las reformas de Stolypin, de 1906, comenzaron a desintegrarse las comunas campesinas y en 1911 seis millones de familias poseían la propiedad particular de sus tierras. Rusia se acercaba a grandes pasos hacia la pequeña propiedad privada de la tierra por ciudadanos que poseían los mismos derechos que el resto de la población.

3

La industrialización de Rusia, iniciada en la segunda mitad del siglo XIX, creció rápidamente hasta 1914, y en algunas ramas hasta 1917. Seguiremos brevemente este proceso en tres de las ramas más importantes de la industria rusa: los textiles, la metalurgia y los productos alimenticios.

La industria del algodón ocupaba antes de la guerra el cuarto lugar en la producción mundial. Sólo la superaban Gran Bretaña, los Estados Unidos y Alemania. En 1905 empleaba esa industria 7.350.683 husos y 178.506 telares. Para 1911 las fuerzas productoras de la industria habían aumentado a 8.448.818 husos y 220.000

telares. La creciente producción de las fábricas de algodón rusas era absorbida en parte por el mercado nacional y en parte por el comercio exterior. El aumento del consumo interno queda demostrado por el hecho de que en 1890 el de paño de algodón por cabeza era de 2,31 libras y en 1910 llegaba ya a 4,56 libras. El principal mercado exterior para la industria algodonera rusa era Persia, donde competía con buen éxito con las mercaderías británicas. Las exportaciones a Persia en 1906-1907 alcanzaron un valor de 10.189.000 rublos. Las exportaciones británicas a ese mismo país y en el mismo período alcanzaron un valor de 13.999.000 rublos. En 1912-13 se elevaron las rusas a 16.180.000 rublos, y las inglesas a 14.238.000 rublos. El crecimiento de la manufactura de algodón en Rusia llevó a un rápido aumento del área de cultivo de algodón en Turquestán y Transcaucasia, donde antes de la guerra se dedicaban a ese fin más de 600.000 hectáreas.

La industria metalúrgica se desarrolló de una manera parecida. En 1900 se producían en Rusia alrededor de 1.500.000 toneladas de hierro en barras. En 1914 la producción ascendía ya a más de 3.500.000 toneladas.

Los productos principales de la industria alimenticia rusa eran el azúcar, el alcohol, la harina y el tabaco. El azúcar constituía una mercadería importante tanto para el consumo interno como para la exportación. En 1909-10 se exportaron más de 80.000 toneladas. En 1911-12 alcanzaron las exportaciones a 500.000 toneladas.

El crecimiento de la producción industrial se reflejó también en la minería. El ochenta y cinco por ciento del carbón empleado en Rusia era de extracción nacional. El centro principal de la industria minera del carbón era la cuenca del Donets, que proporcionaba el 55 por ciento de las necesidades del país. En 1900 se extrajeron allí 11.000.000 de toneladas de carbón y en 1913 se elevó la producción a 25.000.000 de toneladas.

La explotación de los bosques servía tanto a las necesidades nacionales como al comercio exterior. En 1904 se exportó madera por valor de 13.200.000 rublos. En 1913 las exportaciones alcanzaban ya a 164.000.000 de rublos. Tenía también gran importancia la producción de petróleo, sobre todo en la zona de Bakú. En 1860 la producción de Bakú apenas excedía de las 160.000 toneladas. En 1905 se elevaba ya a más de 7.000.000 y en 1913 fué de unos 9.000.000. Como la producción mundial de petróleo creció en el siglo XX a pasos gigantescos, la proporción de la producción rusa con la total disminuyó durante los años anteriores a la guerra. En 1905 proporcionó Rusia el 27 por ciento de la producción mundial, pero en 1913 sólo el 16,5 por ciento.

Todavía más rápida que la expansión de la industria fué la de los ferrocarriles. A mediados del siglo XIX no pasaba de 660 millas la longitud total de las líneas férreas. En 1912 alcanzaba ya a 40.194 millas el sistema ferroviario ruso y sólo lo superaba el de los Estados Unidos. La empresa más importante fué la terminación del Transiberiano, cuya construcción duró desde 1892 hasta 1905. Fué una de las obras más audaces de nuestra época. La longitud de la línea desde Moscú hasta Vladivostok es de 5.542 millas. Para construirla fué necesario vencer las mayores dificultades naturales y técnicas, el subsuelo helado y lo desierto de los territorios recorridos. El costo del ferrocarril Transiberiano pasó de los doscientos millones de dólares. En un principio era de una sola línea, pero durante la primera guerra mundial comenzó a construirse la segunda.

4

La rápida expansión de la industria rusa fué acompañada por la creación de una clase obrera en una escala desconocida hasta entonces en Rusia. Poco a poco fué cambiando el carácter social de esa clase. A comienzos del siglo XX la mayoría de los obreros rusos eran todavía medio campesinos. En realidad se trataba de campesinos dedicados temporariamente al trabajo en las fábricas. Esto explica en parte la psicología del obrero ruso, que apenas se interesaba por su trabajo en la fábrica. Casi siempre podía, si lo deseaba, volver a su aldea, donde le era fácil conseguir un lote de tierra. Pero cada año que pasaba variaban las condiciones. Las reformas de Stolypin, al crear una nueva clase de pequeños terratenientes, diferenciaron definitivamente a los campesinos de las aldeas de los que se habían convertido en obreros de fábricas. Estimularon, por lo tanto, el desarrollo del proletariado urbano. Cuando estalló la primera guerra mundial apenas comenzaba a crearse una psicología profesional entre los obreros rusos.

La organización de los sindicatos era también muy reciente. El gobierno era responsable de ello por temer cualquier clase de organización. Hasta 1902 no accedió a legalizar algunos sindicatos y sólo después de la revolución de 1905 se permitió la constitución de gremios obreros mediante la ley del 4 de marzo de 1906.

El gobierno demoró artificialmente el desarrollo de los gremios obreros y con ello estimuló involuntariamente la formación de organismos revolucionarios ilegales. Pero, aunque restringió la actuación de los gremios, se esforzó por satisfacer las necesidades de los trabajadores por medio de leyes. La legislación obrera de

Rusia se remonta a la década de 1880, en el reinado de Alejandro III. En 1897 se limitó la jornada diaria de trabajo a once horas y media y el trabajo nocturno a diez horas. Los niños menores de diecisiete años no podían trabajar de noche y a los menores de doce no se les permitía trabajar en las industrias de ninguna clase. La legislación del siglo XX impuso la compensación por accidentes del trabajo en 1903, las medidas sanitarias en 1912 y el seguro por accidentes en el mismo año. La situación de la clase trabajadora fué mejorando poco a poco gracias a los aumentos de salarios, particularmente en Petrogrado y Moscú. A fines del siglo XIX el jornal medio del obrero ruso era de 187 rublos al año. En 1913 se había elevado ya a 300 rublos y en algunas ramas de la industria de Petrogrado y Moscú a cinco veces esa cantidad. En muchas fábricas se compensaban los jornales bajos con alojamientos gratuitos, servicios hospitalarios y escuelas.

5

En el reinado de Alejandro II se abstuvo el gobierno, al parecer, de intervenir en las cuestiones económicas y prefería dar la mayor libertad posible a la iniciativa privada. Estos principios hallaban su expresión en la política de estimular la construcción de ferrocarriles por compañías privadas, a base de concesiones. Cierto número de fábricas de propiedad del gobierno en los Urales fueron vendidas a particulares y las minas de sal del sudeste fueron arrendadas al capital privado. Al mismo tiempo se instituyó la libertad de comercio en 1865. La política del gobierno produjo, no obstante, confusión en muchas ramas de la industria. En la administración de los ferrocarriles reinaba el caos. En 1871 ascendía a 174.000.000 de rublos la deuda de las compañías ferroviarias particulares al gobierno. Esa deuda se elevó en pocos años a 500.000.000 de rublos. Como consecuencia, el gobierno cambió de política. En 1876 se elevaron los aranceles a las importaciones y siguieron elevándose constantemente hasta la primera guerra mundial. El gobierno emprendió también la compra de ferrocarriles de propiedad privada y la construcción de otros nuevos. En 1889 administraba el 23 por ciento de las líneas férreas; en 1900 administraba ya el 60 por ciento. Además, construyó el Transiberiano y la línea de Orenburg a Tashkent en el Turquestán. Asimismo, volvió a adquirir la propiedad de muchas fábricas.

El organizador más enérgico de la administración gubernativa fué el ministro de Hacienda, Witte, en el período de 1892 a 1903. Por iniciativa suya emprendió el gobierno el plan ambicioso de

organizar el monopolio del alcohol. La reforma, iniciada en 1894, se extendió poco a poco a todo el país. El consumo de alcohol fué en 1905 de 200.000.000 de galones y en 1913 de 280.000.000. El monopolio produjo en 1905 un ingreso de 443.000.000 de rublos y en 1913 de 675.100.000. Estrechamente ligada con la política industrial de Witte estaba su política financiera. El Estado era el principal banquero de Rusia y bajo su dirección asumió el Banco del Estado la posición predominante en el mercado monetario. Se convirtió en el "banco de los banqueros". Su capital ascendía en 1909 a 162.324.000.000 de rublos y en 1913 a 234.009.000.000.

El crecimiento constante del presupuesto era un reflejo de esta política económica. Los gastos del gobierno en 1900 fueron de 1.889.000.000 de rublos y en 1913 de 3.382.000.000. Alrededor de una tercera parte de los presupuestos del siglo XX estaba dedicada a las industrias manejadas por el gobierno y menos de una cuarta parte al ejército y la armada. Si los presupuestos del Imperio ruso en la época de Pedro I podían ser llamados militares, los de la época de Witte pueden ser llamados industriales. El gobierno reasumió en el siglo XX la dirección de las cuestiones económicas, que había ejercido en el XVIII y comienzos del XIX.

6

En el siglo XVIII y la primera mitad del XIX la cultura rusa se concentró principalmente en las grandes ciudades y las propiedades de los nobles. Desde mediados del siglo XIX los elementos fundamentales de la civilización moderna, como, por ejemplo, la educación y los servicios médicos, se difundieron por todas partes y alcanzaron las capas inferiores de la población urbana y las chozas de los campesinos. En este movimiento desempeñaron un papel destacado los zemstvos y los organismos urbanos creados por las reformas de Alejandro II. A pesar de las imperfecciones de la ley electoral, los gobiernos autónomos locales realizaron una inmensa labor cultural en el medio siglo que precedió a la primera guerra mundial. Los zemstvos fueron organizados al principio en treinta y cuatro gobiernos provinciales. La reforma no alcanzó al Turquestán, Siberia, el Cáucaso, Polonia, las provincias bálticas, las provincias occidentales de Rusia y los dominios cosacos. La ley de 1864 concedió a los zemstvos la misión de vigilar la educación pública, la situación sanitaria, las obras de caridad, el cuidado de los caminos, el seguro contra incendios y de hecho todas las cuestiones relativas a la vida y la economía locales. El presupuesto de los zemstvos se organizó a base de la

imposición de contribuciones y sobre todo del impuesto a los bienes raíces.

Los zemstvos se preocuparon ante todo por el desarrollo de la educación pública y los problemas sanitarios. La población de los distritos rurales, que con anterioridad a las reformas de Alejandro II era casi enteramente analfabeta y carecía de servicios médicos, fué provista poco a poco de escuelas, hospitales y dispensarios. En 1895, en las regiones que contaban con zemstvos, había en los hospitales una cama por cada 6.500 habitantes, en tanto que en las que no contaban con ellos no había más que una cama por cada 41.000 habitantes. Los gastos de los zemstvos en la atención de la salud pública aumentaban cada año. En 1892 el gasto medio por asistencia médica era de 34 rublos por cada cien habitantes y en 1904 era ya de 56 rublos.

La misma tendencia puede observarse en la actividad de los zemstvos con respecto a la educación pública. En 1911, en las provincias que contaban con ellos había cuarenta y seis alumnos en las escuelas por cada mil habitantes rurales. En las provincias de la Rusia europea que no contaban con zemstvos el número de alumnos era sólo de 34 por cada mil habitantes y de 8 en Siberia. Mediante las leyes de 1911-12 se crearon zemstvos en otras nueve provincias. Los presupuestos totales de esos organismos crecían constantemente. Los gastos de todos ellos en treinta y cuatro provincias ascendieron en 1875 a 28.870.000 rublos. En 1905 se elevaron a 124.185.000 rublos. En 1914 el presupuesto de los zemstvos de cuarenta y tres provincias llegó a 347.512.000 rublos, y si se incluyen las sumas invertidas en las empresas comerciales y los seguros, ese presupuesto se acercó a los 400.000.000, es decir, a una novena parte del presupuesto total del Estado.

Más de las dos terceras partes de los gastos de los zemstvos estaban dedicadas a la sanidad y la educación públicas. El departamento de Salud Pública de esos organismos invirtió 82.000.000 de rublos en 1914. Hasta 1864, fecha en que fueron creados los zemstvos, la población rural carecía casi por completo de servicios médicos. Cincuenta años después, en vísperas de la primera guerra mundial, los zemstvos habían cubierto con hospitales y dispensarios los territorios rurales. La extensión media de los distritos médicos era de diez millas. En 1914, en las cuarenta provincias que tenían zemstvos había un total de 3.300 distritos médicos. Muchos zemstvos crearon organismos especiales para la provisión de materiales médicos —farmacias y depósitos de medicamentos— y en algunos casos centros de vacunación contra las viruelas y la rabia. Dieciséis de los veintinueve laboratorios Pasteur de Rusia eran administrados por los zemstvos o los organismos urbanos.

La suma invertida por los zemstvos en la educación pública alcanzó a 106.000.000 de rublos en 1914. La mayor parte de esa cantidad fué invertida en las escuelas primarias. Ese año había cincuenta mil escuelas, con 80.000 maestros y 3.000.000 de alumnos. Los zemstvos se preocuparon particularmente por la construcción de nuevas escuelas de acuerdo con las ideas pedagógicas modernas y los requisitos higiénicos. Además de la educación primaria, organizaron también su sistema propio de educación secundaria para la preparación de maestros y cursos para mejorar los métodos de enseñanza. Crearon igualmente cursos de ampliación de estudios y bibliotecas. En 1914 había 12.627 bibliotecas públicas rurales en treinta y cinco de los cuarenta y tres gobiernos que contaban con zemstvos.

Además de preocuparse de la higiene y la educación pública, los zemstvos beneficiaron a la población impulsando la agricultura, los seguros y el desarrollo de las carreteras y los teléfonos. En 1914 se les autorizó a instalar 219 sistemas telefónicos; funcionaban ya 163 sistemas, con una longitud total de unas 42.900 millas.

La obra de los zemstvos, a pesar de su indiscutible utilidad, fué poco apreciada al principio por la población campesina, a la que beneficiaba. Esto puede explicarse en parte por la pobreza del campesino ruso, el que pensaba en los zemstvos relacionándolos sobre todo con el pago de nuevos impuestos. Además, como se ha explicado antes, la ley electoral en base a la cual funcionaron los zemstvos hasta 1917 daba poca responsabilidad a los campesinos en la elección de representantes. Debido a las deficiencias de esa ley, ni los zemstvos ni las organizaciones urbanas mantenían verdadero contacto con las masas. A pesar de que aquéllos actuaban en beneficio del pueblo, eran considerados muchas veces como organismos, no populares, sino aristocráticos.

Las sociedades cooperativas interesaban al pueblo más que los zemstvos. Pero no comenzaron a desarrollarse rápidamente hasta los años que precedieron inmediatamente a la guerra. El 1º de enero de 1915 había 32.300 cooperativas con 12.000.000 de socios, la mayoría de ellos campesinos.

7

El desarrollo de la educación superior en Rusia en el medio siglo que precedió a la revolución de 1917 fué también muy importante. Ante todo, aumentó el número de estudiantes. En la segunda mitad del siglo XIX se crearon tres nuevas universidades

(la de Odesa, en 1865; la de Varsovia, en 1869; y la de Tomsk, en 1888). En el siglo XX se creó otra antes de la guerra mundial y una más durante la guerra (la de Saratov, en 1909, y la de Perm, en 1916). La Universidad de Sinferopol (Crimea) fué fundada durante la revolución, en 1918. En plena guerra la Universidad de Varsovia fué trasladada a Rostov, y la de Yuriev a Voronezh.

El número total de universidades rusas era de once en 1917. A ellas debe añadirse cierto número de escuelas técnicas que funcionaban con independenecia de las universidades: institutos de tecnología, academias de minería, institutos para los estudios referentes a las tierras, los caminos y comunicaciones y los bosques, varias escuelas de derecho y de filosofía, universidades para mujeres y cuatro academias teológicas.

En las universidades rusas del siglo XX alcanzaba la enseñanza un alto nivel y no podía considerársela inferior a la de las universidades de Europa y América. Casi todas las instituciones mencionadas pertenecían al Estado, aunque algunas recibían ayuda privada. La Universidad de Shaniavsky de Moscú, la Escuela de Ciencias Makushin de Tomsk y algunas otras eran universidades municipales o particulares. El número de estudiantes de ambos sexos en todas las universidades de Rusia llegaba en 1912 a 137.000. Esas instituciones contribuyeron mucho no sólo a la difusión de la educación superior, sino también al desarrollo político del país. La mayoría de los profesores tomaron parte en el movimiento liberal y muchos estudiantes eran socialistas. En 1905 organizaron los estudiantes algunos grupos liberales, pero en 1917 fué poco importante el papel político de las universidades.

Durante el reinado de Alejandro III la vida universitaria se regía estrictamente por la ley de 1884. Pero en 1905 fué entregada a los profesores la administración de las universidades. Sin embargo, se mantuvieron algunas restricciones que provocaron en 1911 una disputa entre el gobierno y los profesores y que tuvo por consecuencia la renuncia de gran número de profesores de la Universidad de Moscú.

La Academia de Ciencias participó también activamente en el desarrollo de la cultura rusa a fines del siglo XIX. Sus diversos institutos se convirtieron antes de la guerra en grandes instituciones que gozaban de una amplia autonomía para sus investigaciones. A fines del siglo aparecieron muchos centros de cultura. Su actividad abarcaba no sólo a las ciencias naturales y las matemáticas, sino también a la historia y la filología. A comienzos del siglo XX se cubrió Rusia con una red de sociedades cultas y la ciencia del país gozaba de reputación internacional. Nombres

como los del químico Mendeleiev y del fisiólogo Pavlov tenían gran prestigio en los círculos cultos de diversos países.

Los científicos rusos han contribuído a los inventos técnicos de la edad moderna. En 1874, A. N. Ladygin, entonces estudiante de la Universidad de San Petersburgo, aplicó la electricidad a los fines de la iluminación y construyó una lámpara que fué perfeccionada por otros dos físicos rusos. Esa lámpara fué exhibida en París en 1875 y probada más tarde en la fábrica Siemens-Halske de Berlín. Al mismo tiempo, Pablo Yablochkov (1847-94) construyó su lámpara de arco, cuya producción comercial se inició en 1876. Digamos de paso que hasta 1878 no anunció la prensa norteamericana la lámpara incandescente de Edison. En la década de 1890 comenzó a actuar Alejandro S. Popov (1859-1905) en el campo entonces completamente nuevo de la radiotelegrafía. Construyó un nuevo aparato receptor de las ondas electromagnéticas —la antena— e hizo con él pruebas de transmisión inalámbrica en una reunión de la Asociación Física Rusa realizada en San Petersburgo en 1895. Solicitó al Ministerio de Marina los fondos necesarios para proseguir sus investigaciones, pero sólo le concedieron la mezquina cantidad de 300 rublos. No obstante, continuó sus experimentos y en 1897 contaba ya con estaciones transmisoras que operaban a una distancia de cinco kilómetros. Pero Guglielmo Marconi, quien conocía los experimentos de Popov, se destacaba ya en el campo de la radiotelegrafía y la mayoría de la gente asocia su nombre a la invención de la radio.

8

El florecimiento de la literatura rusa en la segunda mitad del siglo XIX fué un acontecimiento plenamente reconocido tanto en Europa como en los Estados Unidos. Las obras de los autores rusos Tolstoy, Dostoievsky y Turguénev han sido traducidas a todos los idiomas y los lectores extranjeros se han recreado y conmovido con ellas. No es necesario, en consecuencia, que hablemos aquí de dichos escritores. También son bastante conocidos otros escritores rusos de fines del siglo XIX y comienzos del XX, como Antón Chéjov y Máximo Gorky.

Gozan de menos fama en el exterior los poetas rusos de esa época. Dominaba entonces en la poesía el movimiento simbolista. En opinión de esa escuela, el mundo entero no es más que una combinación de símbolos. Los poetas simbolistas tratan de combinar el verso y la música, de modo que el uno complemente a la otra. Los fundadores de esta tendencia en la poesía rusa fue-

ron K. D. Balmont (1867-1942) y V. I. Briúsov (1873-1924). Al principio fueron mal entendidos por el público, que se reía de ellos, pero por fin se reconoció su valor. El más importante de los poetas simbolistas jóvenes fué A. A. Blok, quien vivió de 1880 a 1921. La siguiente generación de poetas rusos se apartó del simbolismo. "Queremos admirar a una rosa porque es bella y no porque es un símbolo de la pureza mística", decían. Al frente de este movimiento se hallaba M. S. Gumilev, quien vivió de 1886 a 1921, y Ana Ajmátova, nacida en 1889. Gumilev fué fusilado por el Gobierno Soviético por haber tomado parte en un movimiento contrarrevolucionario.

Los escultores rusos del período no se destacaron por ninguna característica particular. Uno de los principales fué el príncipe P. P. Trubetskoy. La arquitectura rusa se hallaba en una encrucijada y en parte dedicada a imitar la de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, en el período inmediatamente anterior a la primera guerra mundial aparecieron nuevas tendencias constructivas. En cuanto a la pintura, puede verse cierta analogía entre su evolución y la de la nueva literatura. La segunda mitad del siglo XIX vió la aparición de un nuevo grupo de artistas que en 1870 rompieron con la Academia de Artes tradicional. El ideal de este nuevo movimiento consistía en pintar temas históricos y escenas de la vida cotidiana de una manera realista. Algunos pintores tendían a representar los males sociales. Entre ellos figuró uno de los pintores más famosos de Rusia, I. E. Repin. Ocupó también un lugar especial V. M. Vasnetzov, quien trató de combinar el realismo moderno con la manera de la antigua pintura religiosa rusa y bizantina. Sus murales en la catedral de San Vladimiro de Kiev, pintados de 1885 a 1895, son sus obras más conocidas.

A fines del siglo XIX se observaba ya en la pintura rusa un nuevo movimiento dedicado al arte "puro". Según los artistas de esta escuela, el arte no debe servir a ningún fin social o político, sino que debe tender únicamente a la belleza. La nueva tendencia tuvo su centro en la revista *Mir Iskustva* (El Mundo del Arte). El grupo de artistas de esa revista incluía a: V. A. Serov, el pintor de retratos más grande de Rusia; M. V. Vrúbel, cuya *chef d'oeuvre* es *El Demonio* de Lérmontov; A. N. Benois, M. V. Dobujinsky y N. Roerich, muchos de cuyos cuadros se hallan ahora en un museo especial de Nueva York dedicado a la exhibición de sus obras. Muchos artistas de este grupo eran escenógrafos. El teatro ruso fué conocido en el exterior al mismo tiempo que la pintura del país (El *Salon d'Automne* de París, 1906).

Distinto de la pintura "intelectual" de los grupos mencionados era el arte popular. Hasta hace poco tiempo, los artistas

campesinos siguieron pintando iconos a la manera tradicional, particularmente en la provincia de Vladimir. El arqueólogo N. P. Kondakov mostró gran interés por ese arte. Por iniciativa suya se creó una comisión especial que contaba con la protección de Nicolás II y tenía por misión estimular la pintura de iconos (1901). La comisión ayudó a los iconógrafos campesinos y les proporcionó una enseñanza especial.

9

La música rusa entró en un período de gran actividad creadora en la segunda mitad del siglo XIX. A principios de la década de 1860 se formó en San Petersburgo un grupo que tenía por objetivo el fomento de la música nacional. Fué conocido con el nombre de *Moguchaia Kuchka,* o sea "Grupo poderoso". El espíritu dirigente era M. A. Balakirev y formaban parte de él N. A. Rimsky Kórsakov, M. P. Musorgsky y A. P. Borodín. El nombre de "Grupo poderoso" que le dieron sus admiradores fué utilizado por sus enemigos durante muchos años para atacarlo. Pero el tiempo ha justificado ese nombre y ahora todos lo aceptan en serio. La idea fundamental del "Grupo" era, ante todo, la utilización del folklore nacional y, en segundo lugar, el realismo en la música. Con respecto a lo primero, seguía los puntos de vista de Glinka. Su realismo, por otra parte, era una continuación de las doctrinas de Dargomyzhsky. Utilizaban los temas de la música popular. Las óperas compuestas por el "Grupo" se basaban en temas históricos o mitológicos. Las canciones populares rusas y los temas orientales constituían con frecuencia la base de sus composiciones.

El jefe del grupo M. A. Balakirev, quien vivió de 1836 a 1910, dejó varias canciones, sinfonías y composiciones para piano magistrales. Era también un pianista notable. Durante muchos años dirigió el coro de la Corte.

M. P. Musorgsky, quien vivió de 1839 a 1881, es quizá el más famoso de todos los miembros del grupo. Su obra influyó en la música francesa moderna. Las óperas *Borís Godunóv* y *Khovanstchina* tienen argumentos históricos. La primera se refiere a la época de disturbios del siglo XVII y la segunda a los *Streltzy* y los "viejos ritualistas" de fines de ese mismo siglo. Musorgsky consiguió dar a su música, muy dramática, la emoción de los grandes movimientos populares.

La música de Borodín y Rimsky Kórsakov es más tranquila y clara que la de Musorgsky. Borodín, quien vivió de 1834 a 1887,

era un notable compositor y gran científico. Su ópera *El príncipe Igor* se basa en la antigua canción heroica rusa titulada *Slovo O Polku Igorevi (La campaña de Igor)*. Dejó tres sinfonías, la última de ellas sin terminar, y un poema sinfónico titulado *En las estepas del Asia Central,* en el que se mezclan el tema oriental y el ruso.

Rimsky Kórsakov, quien vivió de 1844 a 1909, era el más joven de los miembros del "Grupo poderoso" y el que conocía mejor la técnica musical. Terminó y orquestó las obras inconclusas de Borodín y Musorgsky. Su música se caracteriza por la brillantez de su instrumentación. La mayoría de sus quince óperas se basa en temas míticos y orientales, como *Sadko,* inspirada en una antigua canción de Novgorod, y *El gallo de oro,* en un relato de Pushkin. Su mejor ópera, *La ciudad invisible de Kitezh,* desarrolla su acción en la época de la invasión de Rusia por los mogoles.

No pertenecía al grupo anterior P. I. Chaikovsky, quien vivió de 1840 a 1893 y escribió grandes obras maestras. Su música tiene un carácter totalmente diferente. Le interesan las experiencias espirituales de un hombre del siglo XIX. No trata de describir el carácter nacional ni los movimientos populares. Como Dostoievsky, penetra profundamente en el alma humana y expresa sus luchas y sufrimientos. Compuso muchas canciones, algunas de las cuales son de calidad inferior, en tanto que otras muchas muestran una notable profundidad de sentimientos. Sus óperas *Eugenio Onieguin* y *La Dama de Pique* son dos de las más populares en Rusia. Su suave lirismo es comprendido y apreciado universalmente.

El escenario de las actividades del "Grupo poderoso" fué San Petersburgo. Chaikovsky vivió la mayor parte de su vida en Moscú. La mayoría de los compositores rusos de fines del siglo XIX y comienzos del XX actuaron, asimismo, en Moscú.

Los principales compositores modernos son A. N. Scriabin y S. V. Rachmanínov. Scriabin, quien vivió de 1871 a 1915, era místico y teósofo. No compuso música vocal por considerarla demasiado materialista. Sus mejores poemas sinfónicos son *El Poema del Éxtasis* y *Prometeo.* Trató de descubrir la relación entre los sonidos y los colores y de completar la sinfonía musical con el color. Su objetivo final era escribir "Misterios" que reformaran al mundo por medio del sonido. Sin embargo, no tuvo tiempo de componer ni siquiera el preludio de esa obra.

S. V. Rachmanínov (1873-1942) es muy conocido como pianista y compositor. Su primera ópera, *Aleko,* con libreto basado en un poema de Pushkin, fué compuesta en 1892. A comienzos del siglo XX escribió muchas obras para orquesta, así como música de cámara.

Diez años más joven que Scriabin y Rachmanínov, I. F. Stravinsky, nacido en 1882, fué discípulo, aunque no seguidor, de Rimsky Kórsakov. Antes de la primera guerra mundial se trasladó a París, donde se puso en escena por primera vez en 1911 su *ballet Pétrushka*. Ahora vive en los Estados Unidos.

10

Lo más característico de la vida religiosa rusa antes de la guerra era la difusión de las doctrinas evangélicas que negaban el dogmatismo complejo y el ritual de la Iglesia Ortodoxa. El movimiento racionalista entre los intelectuales tomó la forma de tolstoísmo, es decir, que adoptó las doctrinas religiosas de León Tolstoy. Entre las masas populares, especialmente en el sur de Rusia, halló expresión esa tendencia en el movimiento stundo-baptista. El término "stunda" se deriva de la palabra alemana "*stunde*" (hora) y significaba para ciertos grupos evangélicos y reformistas del siglo XVIII la hora de la congregación religiosa. Los stundistas aparecieron en el sur de Rusia en la primera mitad del siglo XIX y se extendieron rápidamente en la segunda mitad. En la década de 1870 cayeron bajo la influencia de las doctrinas baptistas procedentes de Besarabia y Transcaucasia. A fines de ese siglo los stundo-baptistas se extendían por más de treinta provincias de Rusia.

El gobierno trató de detener el movimiento mediante medidas policiales. En 1894 fué declarada la secta "especialmente dañina" y se le quitó el derecho de reunión. La consecuencia natural de las medidas policiales fué estimular el movimiento. La política del gobierno con respecto a los disidentes no cambió hasta después de la revolución de 1905. Ese año se dió una proclama permitiendo la libertad religiosa.

La proclama de 1905 fué el comienzo de la liberación, no sólo de los disidentes, sino también de la Iglesia Ortodoxa. En los años anteriores a la primera guerra mundial se produjo un gran trastorno interno en la Iglesia Ortodoxa. Ésta, a pesar de haber perdido su autoridad moral en el siglo XVIII y comienzos del XIX, todavía vivía y era capaz de asumir la dirección religiosa de sus miembros. Una prueba de su continua vitalidad, aun en su peor período del siglo XVIII, fué la aparición de un hombre de una personalidad tan destacada como el obispo Tijon Zadonsky, uno de los primeros rusos que protestó contra la servidumbre.

La Iglesia rusa dió en el siglo XIX cierto número de altos dignatarios muy notables, que ejercieron gran influencia en los

miembros tanto de las clases superiores como de las inferiores por la pureza de su vida moral. Los *startzi* (dignatarios eclesiásticos) eran monjes de severas costumbres a quienes acudían los creyentes en busca de consejo y consuelo en sus dificultades tanto espirituales como prácticas. La celda del monje estaba siempre abierta a todo el que necesitaba consejo, cualquiera fuese la clase a que pertenecía. En el siglo XIX fueron especialmente famosos los *startzi* del monasterio de *Optina Pústyn,* adonde acudieron Gógol, Dostoievsky y Tolstoy. El monje Amvrosy sirvió de prototipo para el monje Zósima de *Los Hermanos Karamázov,* de Dostoiesvky.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX pidieron los miembros de la Iglesia Ortodoxa que se reuniese un concilio *(sobor).* El propósito era conseguir la liberación final de la Iglesia de la tutela del Estado y realizar reformas internas en su organización. Una de las principales reformas internas a que se aspiraba era el derecho al gobierno autónomo. En los siglos XVII y XIX la congregación se había convertido simplemente en una parte de la población que vivía en la vecindad de un templo determinado y no poseía el derecho a gobernarse a sí misma en asuntos religiosos. La liberación de la Iglesia de la intervención del gobierno se relacionaba también con la restauración del patriarcado abolido por Pedro el Grande. No se reunió el concilio con anterioridad a la revolución de 1917 y hasta entonces la Iglesia rusa siguió estando bajo la tutela oficial del gobierno por medio del Santo Sínodo.

CAPÍTULO XIII

RUSIA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

(1914-1917)

1

Las características principales del trasfondo diplomático de la primera guerra mundial han sido estudiadas ya. Rusia no podía menos de intervenir en la guerra, puesto que formaba parte de una de las grandes agrupaciones de potencias europeas. Una vez constituídas la alianza de las Potencias Centrales y la triple *Entente Cordiale* era sólo cuestión de tiempo que uno de los dos grupos se sintiese en condiciones de atacar al primero. El año anterior a la guerra se creyó Alemania mejor preparada que los Aliados para la guerra. Se daba cuenta, además, de que las fuerzas de sus dos probables enemigos, Francia y Rusia, crecían rápidamente.

Eran evidentes para Alemania no sólo el crecimiento de la fuerza militar de Rusia, sino también su rápido desarrollo económico y cultural. La ejecución de las reformas agrarias de Stolypin fortalecía rápidamente la nueva base social del Estado ruso al crear una nueva clase de campesinos propietarios. En 1914 era posible todavía contar con las dificultades internas del país, pues el nuevo régimen constitucional aún no funcionaba plenamente. Diez años después habría sido muy ligera la posibilidad de una revolución en Rusia. Los planes del estado mayor alemán para el caso de una guerra con ésta tenían en cuenta tanto el problema estratégico como la debilidad interna del Estado ruso. Alemania esperaba aprovecharse de esa debilidad de dos maneras: primero, estimulando los sentimientos separatistas en las nacionalidades sometidas al Imperio ruso; segundo, provocando la fricción social y económica dentro del Estado ruso. El punto más sensible del

problema de las nacionalidades era la cuestión polaca, cuyo origen puede atribuirse al Congreso de Viena. Sin embargo, Alemania no podía hacer hincapié en esta cuestión, pues Prusia se había quedado con una parte de Polonia en el reparto del siglo XVIII. Aunque Austria había concedido cierto grado de autonomía a su parte correspondiente de la población polaca a fines del siglo XIX, tampoco podía plantear cómodamente esa cuestión. Habría tropezado con la resistencia no sólo de Alemania, sino también de Hungría, que se oponía firmemente a cualquier aumento de la influencia eslava en la monarquía de los Habsburgo.

Un campo más fértil para la actividad de Alemania y Austria era Ucrania. Galitzia y Bukovina eran territorios del Imperio austríaco, poblados por pueblos eslavos emparentados por la sangre y el idioma con la población de la Ucrania rusa. La política de Austria con anterioridad a la guerra consistía en patrocinar el movimiento cultural "ucranio" de Galitzia en contraste con la política rusa de oponerse al movimiento ucranio dentro de los límites del Estado. Desde mediados del siglo XIX y en los comienzos del XX se opuso el gobierno ruso a todos los movimientos separatistas del pueblo ucranio y hasta trató de impedir toda literatura en idioma ucranio. Esta política produjo descontento en el sur de Rusia, aunque el movimiento separatista se limitaba en realidad a un pequeño número de intelectuales, y sólo consiguió fortalecer a éste. Austria y Alemania se aprovecharon de los errores del gobierno ruso, pero se equivocaron al sobreestimar el peligro que significaba para él la actividad separatista ucrania. Repitieron el error que cometió Carlos XII a principios del siglo XVIII, cuando confió en la ayuda de los cosacos ucranios. El movimiento se convirtió en una realidad sólo después de la derrota de Rusia en la guerra, y aún entonces la soberanía ucrania no subsistió más que el tiempo que la apoyaron las armas alemanas.

Otro punto débil de Rusia en opinión de las Potencias Centrales era la inquietud social. Alemania apoyó durante la guerra la propaganda revolucionaria contra el gobierno imperial ruso. Pero ni siquiera esa debilidad social innegable produjo los frutos esperados. Alemania esperaba que estallase la revolución en Rusia al comienzo de la guerra, pero no se produjo hasta 1917, cuando Alemania estaba ya muy debilitada por la lucha y apenas tenía probabilidad alguna de vencer a los Aliados. A los dieciocho meses de la caída del Imperio ruso estalló la revolución en la propia Alemania y derribó al gobierno imperial.

2

Toda la atmósfera política de Europa estaba impregnada del presentimiento de una guerra inminente en los años anteriores a 1914. La causa inmediata de la contienda fueron los acontecimientos que tuvieron lugar en los Balcanes.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX la diplomacia de Rusia y Austria en los Balcanes había conseguido dividir la península en dos esferas de influencia. Rusia dominaba en las zonas balcánicas orientales, particularmente en Bulgaria, en tanto que Austria lo hacía en las zonas occidentales, especialmente en Servia y Bosnia. Rumania estaba aliada con Austria desde 1885. La situación cambió en 1908, cuando Austria se anexó a Bosnia y Herzegovina. Los servios no podían aceptar ese acto que significaba el completo dominio austríaco de los territorios poblados por servios. Antes de la anexión, cuando la influencia austríaca en Bosnia no había sido legalizada todavía, los servios podían esperar en secreto que los eslavos de los Balcanes occidentales consiguiesen unirse. La anexión de 1908 les privó de esas esperanzas y estimuló enormemente sus sentimientos nacionales contra Austria.

En vista de esta situación, el objetivo de la diplomacia rusa fué desde 1908 la emancipación de los Balcanes de la influencia tanto austríaca como turca. En 1912 parecía estar a punto de alcanzar ese objetivo. Cuatro Estados balcánicos, Servia, Montenegro, Bulgaria y Grecia, se unieron en una alianza contra Turquía. La guerra que siguió terminó con el triunfo completo de esa alianza. Turquía perdió casi todas sus posesiones europeas pobladas por eslavos y griegos. Luego se produjo un desacuerdo entre los aliados. Estalló inmediatamente una segunda guerra entre Bulgaria por un lado y Servia y Grecia por el otro. Rumania se unió a los enemigos de Bulgaria. Ésta fué derrotada y, encontrándose sola, buscó nuevos aliados. Servia era protegida entonces por la *Entente*. Bulgaria, en consecuencia, se unió a las Potencias Centrales.

La situación diplomática de los Balcanes en 1914 era, pues, radicalmente distinta de la de comienzos del siglo XX. Bulgaria se hallaba ahora del lado de Austria, en tanto que Servia y Rumania se hallaban del lado de Rusia. Esa situación se caracterizaba en general por su extremada inestabilidad. Los Balcanes eran un polvorín que podía estallar en cualquier momento. Los búlgaros querían vengarse de Servia y Rumania. Los servios sólo pensaban en emancipar a sus hermanos de raza del dominio aus-

tríaco, como lo habían hecho contra Turquía. El sentimiento nacional servio amenazaba con provocar en cualquier momento una revolución entre los servios de Austria. Hubo una serie de atentados contra la vida de miembros prominentes del gobierno austríaco. Uno de ellos fué dirigido contra el Archiduque Fernando, heredero del trono.

El 28 de junio de 1914 fué asesinado el archiduque en la ciudad bosnia de Sarajevo. Un mes después, el 23 de julio, envió Austria un ultimátum a Servia, pidiendo que el asesino fuese castigado por el gobierno servio.

La respuesta de Servia fué prácticamente una sumisión completa a las demanda de Austria. No obstante, el ministro austríaco en Belgrado declaró que era insatisfactoria y partió inmediatamente para Viena.

Era evidente que Rusia no dejaría de ayudar a Servia en ese momento y no permanecería como espectadora indiferente de su aniquilamiento por Austria. Era también completamente claro que en el caso de que estallase la guerra Francia se pondría del lado de Rusia contra las Potencias Centrales. La posición que tomaría Inglaterra no era clara y Alemania podía haber esperado razonablemente que no intervendría en la lucha. La diplomacia británica y Sir Edward Grey, personalmente, trabajaron arduamente para evitar la guerra, pero el único medio que lo habría conseguido en esos días fatales habría sido la declaración por Gran Bretaña de su completa solidaridad con Francia y Rusia. Pero Gran Bretaña no hizo esa declaración.

La diplomacia rusa, dentro de lo posible, trató también de evitar la guerra. Pero todos los intentos de arreglar la disputa servio-austríaca mediante la diplomacia fracasaron y el 28 de julio Austria declaró la guerra a Servia. Rusia sólo podía ya elegir entre no hacer nada y ver cómo era invadida Servia u ordenar la movilización del ejército. El propósito original era adoptar un término medio y decretar sólo una movilización parcial en el sur, actuando así claramente sólo contra Austria y no contra Alemania. Sazonov, el ministro de Relaciones Exteriores, anunció inmediatamente esta decisión a los gobiernos de Europa. El plan tropezó, sin embargo, con enégicas objeciones por parte del estado mayor general y de los técnicos militares rusos. El motivo de esas objeciones era que una movilización parcial del ejército ruso demoraría y complicaría por razones técnicas una movilización general posterior. Si Alemania declaraba la guerra unos días después, esa movilización general quedaría desorganizada por cualquier medida parcial tomada anteriormente, lo que debilitaría mucho la posición de Rusia. La cuestión debía ser estudiada, no

sólo desde el punto de vista de su efecto en las relaciones internacionales, sino también desde el punto de vista práctico de su eficacia militar. No debía olvidarse que, debido a la inestabilidad de la situación general y al alto grado de preparación de todas las Potencias para un conflicto europeo, una demora o unos pocos días de confusión en los planes de movilización podían crear una situación en la que la Potencia tomada así de improviso no podría resistir la primera arremetida del enemigo.

El 29 de julio el conde Pourtales, embajador de Alemania, se presentó en el ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia e informó a Sazonov que hasta una movilización parcial del ejército ruso provocaría inmediatamente la movilización alemana. En vista de estas circunstancias, Rusia decretó la movilización general ese mismo día a las 5 de la tarde. El emperador Nicolás recibió un telegrama del emperador Guillermo prometiéndole que haría todo lo posible para conseguir un acuerdo directo entre San Petersburgo y Viena. Nicolás canceló inmediatamente la orden de movilización general y la sustituyó por la de movilización parcial. De acuerdo con esta decisión se dieron las órdenes correspondientes a los comandantes de los cuatro distritos militares de Kiev, Odesa, Moscú y Kazán, a media noche. El 30 de julio comenzó la movilización parcial. Pero el Ministerio de Guerra ruso se enteró de que Alemania había iniciado ya en secreto su movilización. Al mismo tiempo, el último esfuerzo de Sazonov para hallar una base satisfactoria de negociaciones fué rechazado por Alemania y Austria. Después de conferenciar con el ministro de Guerra y el jefe del estado mayor general, Sazonov decidió aconsejar al emperador que ordenase la movilización general. Nicolás le recibió a las 4 de la tarde del 30 de julio y dió a regañadientes su consentimiento. Sazonov impartió las instrucciones convenientes al Ministerio de Guerra y al estado mayor. El 31 de julio comenzó, por lo tanto, la movilización general. Esto, sin embargo, no significaba la guerra, según se explicaba concretamente en el telegrama enviado ese día por el emperador Nicolás al emperador Guillermo, y según declaró el propio Sazonov, quien, por iniciativa de Sir Edward Grey, se mostró dispuesto a proseguir las negociaciones diplomáticas. Todo lo que pedía era que las tropas austríacas no invadiesen a Servia.

Al mismo tiempo que Rusia ordenaba la movilización, y antes de que llegase a Berlín la noticia de esa medida, el gobierno alemán decretó la *Kriegsgefahrzustand*. Esto, salvo en el nombre, era lo mismo que la movilización. En la mañana del 1º de agosto el emperador Nicolás telegrafió una vez más al emperador Gui-

llermo pidiéndole que le asegurase que la movilización alemana no significaba la guerra. Pero a las 7 de la tarde de ese mismo día el embajador alemán en San Petersburgo, después de pedir que cesase inmediatamente la movilización rusa, informó a Sazonov que Alemania declaraba la guerra a Rusia.

3

La declaración de guerra alemana provocó en el pueblo ruso sentimientos enteramente distintos de los que suscitó el comienzo de la guerra con el Japón diez años antes. Muchos se daban cuenta de la gravedad de la situación. En las grandes ciudades se realizaron manifestaciones patrióticas. Cesó inmediatamente en San Petersburgo una huelga que había estallado días antes de la ruptura de las relaciones diplomáticas.

La Duma se reunió en sesión especial y se declaró plenamente de acuerdo con la política seguida por el gobierno. El 12 de agosto los representantes de los zemstvos crearon una Unión de los Zemstvos de toda Rusia para ayudar a los heridos. La guerra se inició, pues, bajo los mejores auspicios políticos. Toda Rusia parecía estar unida, por el momento a lo menos. Contribuyó a elevar el sentimiento nacional la política de emancipación eslava declarada por el gobierno. Según esa declaración, la guerra se emprendía para liberar a los servios, y el comandante en jefe del ejército ruso, Gran Duque Nicolás, pidió desde un principio la liberación de otro pueblo eslavo: los polacos. La diplomacia rusa no sólo no eludió esa cuestión difícil, sino que cortó directamente el nudo gordiano. La proclama rusa a los polacos prometía la reconstrucción "del cuerpo vivo de Polonia dividido en tres partes", referencia a las tres partes en poder de Rusia, Alemania y Austria que se unirían bajo el protectorado ruso. Un poco más tarde se hizo un llamamiento a todos los pueblos oprimidos del Imperio austro-húngaro. Para satisfacer los sentimientos paneslavos se cambió el nombre de sonido alemán de la capital del Imperio, San Petersburgo, por la forma eslava correspondiente, Petrogrado.

Alemania había calculado que en Rusia se produciría el desorden inmediatamente después de la movilización, pero ésta se realizó con una rapidez inesperada y sin dificultades, de acuerdo con el plan preparado por el general Lukomsky. La ayudó materialmente la prohibición de todas las bebidas alcohólicas y el cierre de todas las tabernas.

Durante los primeros meses de la guerra se hizo evidente que

a Rusia le habían aprovechado mucho sus experiencias en la guerra con el Japón. De no ser por ello, los ejércitos rusos no habrían podido hacer frente a las fuerzas alemanas. Pero durante los diez años siguientes a la guerra con el Japón se había triplicado la eficacia del ejército ruso a causa de su completa reorganización.

4

La declaración de guerra de Alemania a Rusia fué seguida el 3 de agosto por la declaración de guerra a Francia. Dos días después Austria declaró la guerra a Rusia y, cuando Alemania violó la neutralidad de Bélgica, Gran Bretaña declaró la guerra a aquélla. En octubre de 1914 entró Turquía en la guerra del lado de las Potencias Centrales. Las fuerzas de la *Entente* parecían mayores que las de las Potencias Centrales, pero esa desigualdad de poder humano y riqueza era compensada por la unión de las Potencias Centrales bajo la dirección de Alemania. Las fuerzas de los Aliados no estaban unidas bajo un comando militar general ni actuaban de una manera armónica. Al principio se dividían en tres partes iguales: una en el frente occidental, Francia y Gran Bretaña; otra en el frente oriental, Rusia; y la tercera en el frente del sudeste, Servia. Las fuerzas servias eran tan débiles frente a las de las Potencias Centrales que se les oponían, que ese frente sólo podía ser mantenido con eficacia si los ejércitos de Alemania y Austria eran atraídos a los frentes principales. El resultado de la guerra dependía, en consecuencia, del triunfo o la derrota de los bandos opuestos en los frentes principales.

El plan militar alemán en el caso de una guerra contra Francia y Rusia simultáneamente consistía en lanzar primero todas sus fuerzas contra Francia y dejar sólo un pequeño ejército para hacer frente a Rusia. Únicamente después de derrotar a Francia enviaría sus fuerzas principales al frente oriental y libraría contra los rusos una campaña que no esperaba fuese larga. En vista de estos planes tenía la mayor importancia para Francia que, inmediatamente después de comenzar las hostilidades, Rusia atacase a Alemania y obligase con ello a su Alto Comando a retirar algunas de las fuerzas que intervenían en la ofensiva del oeste. Por el acuerdo militar franco-ruso de 1913, Rusia se había comprometido a lanzar, en caso de guerra, una ofensiva contra Alemania a los dieciséis días de decretarse la movilización. Cumplió su compromiso exactamente. La guerra se inició el 1º de agosto. El 17 un ejército ruso mandado por el general Rennenkampf lanzó una ofensiva en la Prusia Oriental. A los pocos días un segundo

ejército a las órdenes del general Samzonov avanzó en aquella región desde el sur. El movimiento de los ejércitos rusos fué apresurado por la insistencia de los franceses, quienes sufrían ya la fuerte presión de la ofensiva alemana en el frente occidental. En vista de la necesidad imperiosa de actuar, las fuerzas rusas penetraron en la Prusia Oriental sin la debida preparación. El segundo ejército ruso se hallaba en una situación especialmente precaria, pues había iniciado el avance antes de recibir los abastecimientos militares necesarios. Los alemanes, de acuerdo con su plan, se disponían a retirarse más allá del Vístula, dejando la Prusia Oriental a Rusia. Pero el avance de ésta en esa región produjo tan fuerte efecto en la opinión pública alemana que el Comando Supremo se vió obligado a modificar su plan y hacer frente al ataque ruso. Un nuevo comandante en jefe, el general Hindenburg, con Ludendorff como jefe del estado mayor, fué designado para el frente del nordeste y una parte de las tropas que luchaban contra Francia fueron retiradas para contener la avalancha rusa. En el momento decisivo del avance alemán contra Francia hubo que enviar a Prusia seis divisiones de infantería y una de caballería. Ludendorff consiguió rodear y aniquilar a cinco divisiones rusas del ejército de Samzonov en la batalla de Tannenberg librada el 31 de agosto de 1914, en el mismo lugar en que en 1410 las tropas polacas, lituanas y rusas habían derrotado a los Caballeros Teutones. Durante las siguientes semanas Ludendorff arrojó a los ejércitos rusos de la Prusia Oriental.

El traslado de tropas alemanas del frente occidental contribuyó directamente a que las rusas fuesen arrojadas de Prusia, pero trastornó todo el plan de ofensiva alemán en el frente occidental e influyó profundamente en el curso general de la guerra. El debilitamiento del ejército germano en vísperas de la batalla del Marne permitió a los franceses contener la ofensiva enemiga.

Aunque el primer encuentro entre Alemania y Rusia tuvo por resultado una victoria alemana, los rusos derrotaron al ejército austríaco en el frente del sudeste y ocuparon Galitzia. En esa operación, dirigida por el general Alexeiev, el ejército ruso ocupó importantes posiciones estratégicas e hizo más de doscientos mil prisioneros. Después de su victoria en la Prusia Oriental Alemania se vió obligada a realizar nuevas operaciones en el frente del este para ayudar a Austria. A fines de septiembre de 1914 avanzó Ludendorff con cincuenta y dos divisiones de tropas alemanas y austríacas en dirección a Varsovia. Después de casi un mes de dura lucha, ganaron la batalla los ejércitos rusos y el 27 de octubre dió Ludendorff la orden de retirada. Esa batalla constituyó el punto culminante del esfuerzo ruso en la

primera guerra mundial. Sin embargo, no dió por resultado la derrota completa de las fuerzas alemanas. Rusia necesitaba prepararse para emprender una ofensiva, pero los comandos militares francés y británico insistieron en que la lanzase con objeto de atraer nuevas reservas alemanas del frente occidental. El comando ruso cedió ante esa insistencia de los Aliados, aunque la atracción de más fuerzas alemanas al este no convenía en ese momento a los intereses estratégicos principales de la causa común de los Aliados. Esa operación favorecía ante todo a Francia y Gran Bretaña, pues les permitía dar a sus tropas el descanso necesario y reponer los abastecimientos y las municiones. Entre tanto, el ejército ruso, después de sufrir enormes pérdidas durante los tres primeros meses de la guerra, necesitaba el descanso más que los franceses y británicos. Accediendo, no obstante, a las demandas de los Aliados, se ordenó a las tropas rusas que atacaran a Silesia y Poznan el 14 de noviembre de 1914, pero Alemania se adelantó. Retiró catorce divisiones del frente occidental y las lanzó contra Rusia. El avance ruso fracasó después de sufrir grandes pérdidas.

El fracaso de su ofensiva en Francia obligó a Alemania a invertir sus planes militares. Decidió atacar a Rusia y no reanudar su ofensiva en occidente hasta derrotar a ésta. En la primavera de 1915, tras de una breve suspensión de las operaciones militares activas, trasladó al frente oriental otras trece divisiones destinadas anteriormente a luchar en el oeste. Grandes fuerzas de artillería pesada fueron concentradas en el frente ruso y el general Mackensen se hizo cargo de las operaciones. Pronto se hizo evidente que las tropas rusas no podrían resistir el furioso ataque de Mackensen, en vista de que se habían agotado casi por completo los abastecimientos. Una retirada general durante todo el verano de 1915 tuvo por resultado no sólo la pérdida de todo el territorio enemigo ocupado, sino también la de Polonia, Lituania, Curlandia y gran parte de las provincias de Ucrania y Rusia Blanca.

Lo inadecuado de los abastecimientos se hizo sentir agudamente durante todo el año de 1915. En agosto el número de soldados rusos desarmados llegaba al 30 por ciento y las tropas dependían de las armas de los heridos y muertos para seguir luchando. El avance alemán terminó cuando las crecientes distancias desde sus bases hicieron difícil abastecer a las tropas con las provisiones y los pertrechos suficientes. En el otoño de ese año se detuvo, pues, el ejército alemán a lo largo de la línea Riga, Dvinsk-Tarnopol.

Entre tanto mejoró rápidamente el abastecimiento del ejército ruso después de la gran retirada. El motivo fué la creciente pro-

ducción de las fábricas de municiones rusas y la relativa tranquilidad del frente de batalla. Los abastecimientos del exterior no comenzaron a llegar hasta 1916. En ningún momento durante la retirada del ejército ruso en el verano de 1915 ni durante el derrumbe de Servia en el otoño de ese año emprendieron franceses y británicos grandes operaciones en el frente occidental para atraer a las fuerzas de las Potencias Centrales. Trataron de ayudar a Rusia y Servia atacando a los Dardanelos, pero fracasaron. La entrada de Italia en la guerra en mayo de 1915 tampoco sirvió de ayuda. Así, durante todo el año 1915, Alemania tuvo la oportunidad de asestar un golpe terrible al poder militar de Rusia. Al principio de la guerra las Potencias Centrales contaban con sesenta y tres divisiones en el frente oriental y noventa y tres en el occidental. En septiembre de 1915 habían concentrado ciento sesenta y una divisiones contra Rusia, dejando ochenta y cuatro en el frente occidental. Aunque consiguió rechazar a los ejércitos rusos, Alemania no obtuvo su objetivo: la destrucción del poder militar ruso. Al mismo tiempo, la lucha en el frente oriental permitió a británicos y franceses concentrar sus fuerzas para proseguir la guerra.

5

Todos los países beligerantes sufrieron una crisis en el abastecimiento de municiones. Ninguno de ellos había tenido en cuenta la posible duración de la guerra ni la cantidad de materiales necesaria para librarla. Cuando se hizo evidente que la contienda se prolongaría se tomaron medidas para abastecer a los ejércitos. El resultado fué la militarización de la industria en Alemania, Gran Bretaña y Francia. La situación de Rusia era más difícil que la de las otras Potencias, pues su industria, a pesar de su gran progreso en las décadas anteriores a la guerra, seguía siendo relativamente débil. Además, el ejército ruso era mayor que el de los otros aliados, por lo que necesitaba mayor cantidad de abastecimientos. Durante todo el primer año de guerra tuvo que luchar casi sin descanso, en tanto que los franceses y británicos, después de la batalla del Marne, permanecieron en sus trincheras. Complicaba todavía más la situación rusa un conflicto político interno. Las derrotas de 1915 abrieron una brecha entre el gobierno y la Duma. La escasez de municiones era atribuída a la falta de previsión del gobierno y del estado mayor general. Esto era cierto en parte. Además, la retirada del ejército hizo que abandonara los territorios evacuados gran número de habi-

tantes. La medida fué ordenada por las autoridades militares, que siguieron la política de Rusia durante la invasión napoleónica de 1812. Fué, no obstante, un gran error e hizo que la opinión pública fijase su atención en los defectos del comando militar.

Para ayudar al gobierno a resolver los problemas que se le planteaban, la Unión de los Zemstvos, así como otros organismos públicos, se encargaron de atender a los refugiados y de proporcionar al ejército los abastecimientos necesarios. La industria fué movilizada por una Comisión de Industria Bélica y la Duma se convirtió en el centro de un vasto sistema cuyo objetivo era ayudar al gobierno a resolver los problemas de la guerra. La labor de los distintos organismos mejoró pronto la situación del ejército, pero mientras aumentaba la popularidad de esos organismos disminuía el prestigio del gobierno. En la mayoría de los episodios de esta transformación interna los Aliados se encontraron de mala gana del lado de la Duma. No podían dejar de ver que las actividades de ésta contribuían mucho a que Rusia pudiese seguir luchando. La Duma, por otra parte, sabía que sólo los Aliados podían satisfacer las necesidades rusas de municiones, pues la industria del país por sí sola no podía resolver el problema. En consecuencia se estableció una relación importante entre la Duma y los organismos públicos por una parte, y los representantes de los Aliados por la otra. Esto provocó en los círculos de la Corte celos políticos incitados por temores justificables. La brecha política se amplió debido a animosidades personales. El jefe del gobierno era Goremykin, cuya intervención en la disolución de la primera Duma le había hecho impopular en los círculos de ésta. El gobierno accedió a que el parlamento realizase un breve período de sesiones en agosto de 1915 y destituyó al ministro de Guerra, Sukhomlinov, considerado responsable por los reveses militares del ejército. Pero el emperador Nicolás mostró muy pronto su mala disposición para aceptar la dirección del parlamento en la organización del ejército y del país. Se produjo entre la Duma y el Gobierno un rompimiento que recordaba la situación existente durante las dos primeras Dumas de 1906-1907. Por iniciativa del jefe liberal, Miliukov, se constituyó un "bloque" progresista compuesto por los diputados moderados de la derecha y los liberales, que tenían la mayoría en la Duma. Ésta exigió que se formase un Gabinete que contase con la confianza del país. Nicolás II sólo podía hacer dos cosas: o bien acceder a los deseos de la Duma o bien poner término a la guerra, aun a costa de traicionar a los Aliados. No quiso traicionar a la causa aliada y trató de hallar una solución del problema sin someterse a la Duma haciéndose cargo personalmente del coman-

do supremo de los ejércitos rusos. Se esperaba que esto aumentaría el prestigio del emperador en el país, en el ejército y entre las Potencias Aliadas. Era no obstante, una decisión muy arriesgada, pues nuevas derrotas podían traer consigo el desprestigio del propio emperador ante el pueblo. El 5 de septiembre de 1915 fué trasladado al frente del Cáucaso el Gran Duque Nicolás y el emperador se convirtió en comandante en jefe del ejército ruso. La atmósfera política se hizo más densa. La Duma fué convocada para los períodos más cortos que era posible y el emperador hizo un esfuerzo supremo para encontrar dirigentes capaces de resolver los problemas a que tenían que hacer frente sin pedir la ayuda de aquélla. Nicolás II no pudo encontrar esos ayudantes competentes. Por este motivo se sucedían los gobiernos sin que mejorase la situación. Esto provocó las sospechas de los Aliados, sobre todo después de la renuncia del ministro de Relaciones Exteriores, Sazonov, y de la designación de Sturmer, sospechoso de simpatías germanófilas.

Poco a poco el emperador se fué encontrando aislado políticamente. Lo abandonaron los grupos de la izquierda y de la derecha y por fin los Aliados. La Duma comprendía que Nicolás no era capaz de conducir la guerra con suficiente energía. Por otra parte, los miembros de la extrema derecha deseaban una paz por separado y todos sospechaban secretamente que quien ejercía realmente el poder era la emperatriz Alejandra Feódorovna, la que dominaba por completo al emperador de voluntad débil. Se sabía que, a su vez, la emperatriz se hallaba bajo la influencia de Rasputín, un "profeta" campesino inculto al que ella tenía por un santo. La ascendencia de Rasputín se debía a su personalidad magnética y a la neurosis de la emperatriz. Ésta creía que el monje protegía la salud del zarevich, quien sufría desde su nacimiento una enfermedad hereditaria incurable, la hemofilia.

Así se creó una cadena de influencias. Para conseguir la confianza del emperador era necesario conseguir el favor de la emperatriz, para lo cual había que contar con los buenos oficios de Rasputín. Las personas más decentes no querían pedir favores al "profeta", lo que trajo consigo el aislamiento del emperador. Sólo en el ejército no ejercía influencia Rasputín. El jefe del estado mayor de Nicolás II y el verdadero comandante en jefe del ejército era el general Alexeiev, quien exigió y obtuvo que nadie interviniese en sus planes. Sin embargo, no podía ocultar éstos al emperador, quien no podía menos de presentarlos como suyos a la emperatriz, la que, a su vez, tenía que consultarlo todo

con Rasputín. La cuestión estaba en quién pedía la información a Rasputín y a quién quería éste dársela.

Por otra parte, el ejército representaba los intereses de todo el país y cualquier agitación en éste no podía menos de afectar a la larga la moral de las tropas.

6

La perspectiva de un conflicto político entre la Duma y el emperador era especialmente peligrosa porque debilitaba a ambas partes. El desacuerdo tendía a destruir la autoridad en general y abría el camino a las fuerzas destructoras de la revolución social, que acechaban desde 1906. La situación se hizo favorable para la difusión de la propaganda "derrotista" por los partidos socialistas extremos. Durante la guerra los socialistas de todos los países habían abandonado el internacionalismo en favor del nacionalismo. Entre los socialistas rusos había muchos patriotas, pero existía también un poderoso grupo de internacionalistas.

Los agentes más activos de la derrota rusa en la guerra fueron los bolcheviques. Su jefe, Lenin, vivía en el exterior desde 1907, pero seguía ejerciendo gran influencia en la política rusa. Los miembros bolcheviques de la Duma se adhirieron a la política "derrotista" de su jefe en 1914. En la primavera de 1915 fueron detenidos y después de un proceso por sedición, se los encarceló o desterró. No cabe duda de que sus ideas se fueron inculcando lentamente en las mentes de la gran mayoría de los obreros rusos. Lenin prosiguió su trabajo preparatorio en Suiza y en 1915 propuso la creación de la Tercera Internacional. En 1915 y 1916 consiguió que fuese aprobada su política "derrotista" en dos conferencias socialistas internacionales. En adelante abogó abiertamente en favor de la guerra civil de las clases inferiores contra las superiores para terminar con la guerra "imperialista" entre los pueblos.

7

El conflicto político entre los órganos representativos y el gobierno, a que antes nos hemos referido, preparó el terreno para la propaganda revolucionaria. Contribuyó también a la desmoralización del país la situación económica de éste. La guerra exigía la movilización de gran número de hombres en todas las naciones. El gobierno ruso, bajo la influencia de la política aliada,

llamó igualmente bajo banderas a todos los hombres capaces de llevar armas. A comienzos de 1917 habían sido reclutados ya más de quince millones de hombres. El gobierno no los necesitaba inmediatamente, ni contaba con medios suficientes para armarlos eficazmente. Millones de soldados vivían en la retaguardia del frente de batalla en completa inactividad y ofrecían un campo fértil para la propaganda política. La movilización en tan gran escala fué causa de dificultades económicas. La atención de los millones de reclutas exigía gastos enormes y aumentaba las dificultades del transporte y de la producción. Las ciudades, que dependían por completo de los productos alimenticios de los distritos agrícolas, eran las que más sufrían. En el otoño de 1916 se halló Petrogrado en dificultades para obtener los alimentos necesarios. Al llamar a las reservas, el gobierno tuvo que atender a las familias de los soldados, lo que aumentó la carga administrativa y económica que pesaba sobre él. Finalmente, los dos millones de refugiados de las zonas abandonadas de la Rusia occidental dependían también de la ayuda del gobierno.

Para proporcionar al ejército las municiones que necesitaba, el gobierno subvencionó a la industria. A fines de 1916 más del 73 por ciento de los obreros industriales se dedicaban exclusivamente a la producción bélica. Los gastos del Estado aumentaban y los ingresos disminuían. Las familias de quienes servían en los frentes no podían pagar los impuestos, en tanto que al prohibir la venta de bebidas alcohólicas el gobierno había perdido el producto de uno de los impuestos indirectos más importantes.

El Tesoro se vió obligado a emitir papel moneda. En 1915 había en circulación 2.946.500.000 rublos. En 1916 la cantidad era ya de 5.617.000.000. El aumento del papel moneda en circulación tuvo como consecuencia el de los precios, lo que a su vez hacía que aumentase constantemente la cantidad que había que pagar por sueldos y salarios a los funcionarios y los obreros. Todo el país sentía esa inseguridad económica, lo que desmoralizaba a la población.

8

Después de los reveses de 1915 comenzó a mejorar la situación del ejército. En marzo de 1916 se lanzó una ofensiva contra el centro del frente alemán, pero fracasó. El plan de ataque estaba mal preparado, pues se ejecutó precisamente cuando comenzaba el deshielo de primavera. Las fuerzas rusas fueron derrotadas por el barro más bien que por el ejército alemán. El fracaso

de la ofensiva influyó adversamente en la moral de los soldados rusos. Les dió la impresión de que las posiciones alemanas eran inexpugnables.

En el verano de 1916 se reanudaron las operaciones contra el ejército austríaco. Se eligió ese momento para aliviar la presión de Austria contra Italia, que en mayo amenazaba con destrozar por completo al ejército italiano. En respuesta a los pedidos insistentes de Italia, los rusos iniciaron una ofensiva en el frente del sudoeste el 4 de junio. Esta operación obtuvo un gran éxito. El ejército ruso a las órdenes del general Brusilov destrozó al austríaco y capturó más de cuatrocientos mil prisioneros. Las Potencias Centrales tuvieron que retirar tropas de otros frentes para contener el avance ruso. En el otoño de 1916 entró Rumania en la guerra contra Alemania y Austria, pero fué vencida muy pronto. La consecuencia de la derrota rumana fué la ampliación del frente ruso en el sur hasta el Mar Negro para socorrer a aquel país.

La contraofensiva para contener a Brusilov y la ofensiva rumana exigieron a Alemania esfuerzos extraordinarios. Al ganar victorias pírricas en el este, las Potencias Centrales no pudieron conseguir una victoria decisiva en el oeste. En 1917 se hizo crítica la situación de Alemania. Entre tanto seguían creciendo las fuerzas de los Aliados de Occidente. Al mismo tiempo, debido a la llegada de algunos abastecimientos del exterior y a la reorganización de la industria nacional, el ejército ruso contaba ya en la primavera de 1917 con amplia provisión de pertrechos. A pesar de todas las dificultades del pasado, era posible esperar que la nueva campaña aliada de 1917 conseguiría aplastar a las Potencias Centrales.

9

En el invierno de 1916-17 se había agudizado el conflicto entre Nicolás II y la Duma. Era inevitable una solución de gran importancia. Ambas partes se mostraban irreconciliables. La Duma temía la posibilidad de una alianza entre Rasputín y los círculos reaccionarios con objeto de firmar una paz separada con Alemania. En la sesión de noviembre de 1916 se pronunciaron varios discursos censurando la influencia de la emperatriz. Entre tanto, en los altos círculos de la sociedad se decidió eliminar a Rasputín, considerado como el mal genio del Imperio. El 30 de diciembre fué asesinado el monje por un aristócrata muy conocido, con ayuda de un diputado conservador de la Duma y de un miembro

de la familia imperial. Sin embargo, la política del emperador no cambió después de ese acto. En uno de los círculos de la Corte se organizó un complot para destronar a Nicolás y poner en su lugar a otro miembro de la familia real. Pero el momento para ello había pasado ya; antes de que se llevase a cabo la revolución cortesana se produjo un levantamiento popular.

CAPÍTULO XIV

LA REVOLUCIÓN DE 1917

1

La revolución de marzo de 1917 estalló mientras se preparaba una nueva ofensiva rusa contra las Potencias Centrales. Hizo imposible el buen éxito de esa ofensiva, pues la acompañó un derrumbe completo del ejército y llevó directamente a la derrota de Rusia en la guerra.

La revolución fué bien acogida, sin embargo, por hombres que deseaban continuar la guerra y se imaginaban que la caída de la autocracia estimularía los sentimientos patrióticos del pueblo ruso y con ello aumentaría la eficacia del ejército. El grupo más influyente que simpatizaba con la revolución era la clase media superior, que seguía la dirección de los miembros liberales de la Duma. Muchos oficiales del ejército, inclusive el Alto Comando, la recibieron favorablemente. También se le mostraron favorables los representantes de los Aliados, Francia y Gran Bretaña.

La oposición política de la Duma dirigida por las fuerzas liberales contra casi todas las medidas del gobierno imperial, se debía al más alto sentimiento patriótico, pues se creía comúnmente que los intereses de Rusia serían mejor servidos por la oposición que mediante una cooperación con el viejo régimen. Al estudiar la historia de la revolución rusa le sorprende a uno con frecuencia la curiosa disparidad entre los objetivos de los diversos grupos y dirigentes y los resultados reales de su política.

Los jefes de la oposición en la Duma deseaban únicamente una revolución política y no social, en tanto que la extrema tensión de los años de guerra, unida a las condiciones peculiares que prevalecían en el país, hacían inevitables cambios sociales trascendentes.

La guerra había estallado antes de que la reorganización social de Rusia —como consecuencia de la primera revolución de 1905— llegase a su término y de que se llevase a cabo la reforma agraria. Los nuevos principios de propiedad de la tierra, introducidos por Stolypin, aunque eran buenos, no tuvieron tiempo de dar frutos. El hambre de tierra de los campesinos quedó insatisfecha y su deseo de dividir las grandes propiedades se manifestó tan pronto como cayó el gobierno imperial. La solución del problema de las tierras significó siempre para el campesino ruso más que una reforma política.

Los partidos socialistas emprendieron inmediatamente después de la revolución una activa propaganda entre las masas, proponiendo un programa de grandes reformas sociales. Como el ejército se componía en gran parte de agricultores sacados de los campos, esta propaganda produjo un grave efecto desmoralizador. La oposición liberal de la Duma no se dió cuenta de los efectos de esa agitación. Tenía menos contacto con el pueblo y calculó muy mal la importancia de la influencia socialista en las masas.

Debido a las restricciones que había impuesto el viejo régimen a la organización política, los partidos parlamentarios liberales no estaban organizados en gran escala. Los partidos socialistas, en cambio, se hallaban en contacto directo con los obreros de las ciudades por medio de una cadena de "células" o grupos secretos.

El efecto más grave del programa radical de reforma social fué la destrucción de la moral del ejército. El derrumbamiento de éste no fué la causa sino el resultado de la revolución. Las primeras tropas que se sublevaron fueron los batallones de reserva y no los regimientos que actuaban en el frente. El ejército de 1917 estaba cansado, pero todavía era capaz de seguir luchando durante un tiempo. Contaba por fin con los abastecimientos adecuados y la moral de las tropas activas habría hecho posible una campaña en ese año. Pero la agitación de los grupos extremistas consiguió pronto su propósito. La caída de un gobierno fuerte, agravada por la discusión de cuestiones sociales trascendentes, privó por completo a los soldados de todo deseo de seguir luchando. Una vez iniciada, la revolución social estaba destinada a destruir la eficacia del ejército ruso.

2

Contribuyó mucho al triunfo del movimiento revolucionario la desintegración moral de la autoridad suprema del Estado ruso.

El círculo cortesano formado alrededor de la emperatriz Alejandra Feódorovna se hallaba, como hemos visto, bajo la influencia de Rasputín. Éste alejaba del gobierno a los mejores elementos. En el momento más trágico de la historia rusa aquél se componía principalmente de hombres incapaces que no podían ni querían gobernar.

El asesinato de Rasputín el 30 de diciembre de 1916 no mejoró la situación. Por lo contrario, trajo consigo la completa desorganización de la casa imperial. En adelante el emperador dejó de gobernar en realidad.

La desintegración del gobierno imperial y los intentos de crear un nuevo órgano de poder pueden ser reconstruídos cronológicamente.

El emperador se hallaba en Mogilev, el Cuartel General del ejército ruso, cuando llegó un telegrama anunciándole el asesinato de Rasputín en Petrogrado. El mismo día, 31 de diciembre de 1916, salió para Tsárskoe Seló, donde estaba la emperatriz, y en adelante no volvió a interesarse por los asuntos políticos.

Sucedió que el jefe del estado mayor, general Alexeiev, había enfermado gravemente y se hallaba restableciéndose en Crimea. Lo sustituía temporariamente el general Gurko. Alexeiev regresó al cuartel general el 3 de marzo de 1917, aunque no completamente restablecido. El emperador Nicolás lo hizo el 9. Al día siguiente se recibió un telegrama anunciando los desórdenes que había provocado en Petrogrado la escasez de alimentos. Los primeros telegramas recibidos de la capital eran de tono más bien optimista. Pero luego se fueron haciendo más alarmantes las noticias. El presidente de la Duma, M. V. Rodzianko, describía los acontecimientos muy tétricamente. Pedía que se constituyese un nuevo Gabinete para satisfacer a la Duma y conquistar la confianza del pueblo. El 12 de marzo, el Gran Duque Miguel Alejandrovich, hermano del emperador, informó al general Alexeiev que, en su opinión, él era el único que podía salvar la situación, que se había agravado.

Pocas horas después se recibió un telegrama del Primer ministro, Príncipe Golitsyn, pidiendo las mismas medidas. Parecía que la única decisión que podía tomar el emperador era seguir ese consejo. Pero no lo hizo. La alternativa era adoptar medidas muy enérgicas para sofocar la sublevación. Se tomaron algunas disposiciones, pero eran completamente inadecuadas para hacer frente a la situación. La nueva sesión de la Duma, iniciada el 27 de febrero, fué interrumpida por el *ukaz* imperial del 11 de marzo, y se envió al general Ivánov a Petrogrado con un batallón y

órdenes para reprimir la revuelta. Pero esas medidas fueron insuficientes.

Los miembros de la Duma no obedecieron el *ukaz* imperial y se reunieron en el palacio de Taurida el 12 de marzo por la mañana. Aunque las medidas tomadas hasta entonces eran insuficientes, el emperador podía adoptar otras más enérgicas. Pero en ese mismo momento abandonó el cuartel general para trasladarse otra vez a Tsárskoe Seló en la madrugada del 13, pues no quería estar separado de la emperatriz durante esos días turbulentos. De ese modo se aisló del curso de los acontecimientos, los cuales se desarrollaban, entre tanto, con extraordinaria rapidez.

Las decisiones del emperador no bastaron para aplastar la revolución, pero sí para impedir que la Duma asumiera la dirección de las fuerzas en movimiento. Muy pronto se encontró en la imposibilidad de orientar los acontecimientos.

Ni los dirigentes de la Duma ni los de los partidos socialistas habían inducido a los soldados y obreros a lanzarse a las calles. La causa inmediata de los disturbios de Petrogrado fué la escasez de alimentos. Sin embargo, ésta no afectaba a los soldados, que recibían su ración normal. En la mañana del 12 Petrogrado había sido invadido ya por la muchedumbre revolucionaria. Los policías eran asesinados en las calles, la cárcel de Kresty fué asaltada y los presos puestos en libertad. Los soldados de muchos batallones de la reserva estacionados en la capital se unieron a las multitudes. Algunos oficiales fueron muertos. El gobierno, el comando militar y el jefe de policía eran impotentes. Comenzaba la anarquía.

Parecía que la Duma era la única autoridad que podía dominar la situación. Grupos de soldados y civiles acudieron al palacio de Taurida, donde estaba reunida.

Al mediodía los miembros de la Duma decidieron obrar. A eso de las 2 de la tarde se constituyó una Comisión Provisional para que encabezase el movimiento. La comisión constaba de doce miembros y la presidía Rodzianko. La mayoría de sus componentes eran liberales y conservadores moderados. Además, figuraban en ella dos miembros socialistas de la Duma: Alejandro Kerensky y Nicolás Chkheidze. Éste se negó inmediatamente a aceptar el puesto. Tal actitud era significativa. Deseaba tener las manos libres para seguir un plan de acción puramente socialista. Los jefes socialistas llegaron al palacio de Taurida al mismo tiempo que los miembros de la Duma. En vez de unirse a ésta, trataron de crear su propio gobierno según el modelo de 1905. Durante todo el día 12 de marzo tanto la Duma como los dirigentes socialistas vacilaron en romper con el viejo régimen. No hicieron más

que seguir la dirección de la multitud, que detuvo a los ministros y los llevó a la Duma. Sólo al anochecer decidió la Comisión Provisional de la Duma tomar el poder en sus manos. Designó comisarios para todas las oficinas del gobierno. Durante un momento pareció que iba a dominar la revolución.

Pero al mismo tiempo se organizaba el Soviet de Delegados Obreros y Soldados de Petrogrado. Los delegados de los obreros, uno por cada mil, y los de los soldados, uno por cada compañía, fueron convocados a una reunión en el palacio de Taurida a las 7 de la tarde del día 12. Los caudillos socialistas ni siquiera pidieron a la Comisión de la Duma permiso para ocupar la sala de sesiones. Chkheidze fué designado presidente del Soviet en su primera reunión.

Era muy natural que en esas circunstacias el emperador no tuviese tiempo para llegar a Tsárskoe Seló. Los empleados del ferrocarril ya estaban informados de la revolución por un telegrama del diputado que había sido designado Comisario del Ministerio de Comunicaciones. El tren del emperador fué detenido en la estación de Dno. Al anochecer del 14 llegó Nicolás a Pskov. Estaba desalentado y decidió abdicar.

La Comisión de la Duma dió el siguiente paso revolucionario: designó un Gobierno Provisional de Rusia, presidido por el príncipe Jorge E. Lvov. Alejandro Guchkov era ministro de Guerra y Pablo Miliukov de Relaciones Exteriores. Entre los otros ministros figuraba un diputado socialista, Kerensky, como ministro de Justicia. El Ministerio de Trabajo fué ofrecido a otro socialista, Chkheidze, pero éste volvió a rechazar el ofrecimiento.

De lo primero que se preocupó el nuevo gobierno fué de eliminar al emperador. El 15 de marzo, el nuevo ministro de Guerra, Guchkov, y el miembro de la Comisión de la Duma, V. V. Shulgin, salieron para Pskov con objeto de obtener la abdicación. El emperador no quería separarse de su hijo, por lo que no abdicó en favor de su heredero Alexis, sino de su hermano el Gran Duque Miguel Alejandrovich. Antes de hacerlo designó al Gran Duque Nicolás comandante en jefe supremo del ejército y al príncipe Lvov, jefe del Gabinete. El Gran Duque Miguel no quiso aceptar el poder supremo y lo cedió al Gobierno Provisional. Los Románov habían dejado de gobernar a Rusia. El último emperador fué detenido al poco tiempo, así como la emperatriz y sus hijos, y todos ellos fueron desterrados a Siberia.

3

La revolución de Petrogrado fué aceptada no sólo por el ejército, sino también por toda Rusia. Los partidarios del viejo régimen no dieron señales de resistencia. La revolución había adquirido un carácter legal gracias a las proclamas del emperador Nicolás y de su hermano. Esto desarmó por completo a los enemigos de la revolución. Hubo, no obstante, muchos casos de suicidio entre los partidarios más ardientes de la monarquía. El destronamiento del emperador y su sustitución por la autoridad de la Duma fueron aceptados tácitamente por la maquinaria burocrática del viejo régimen, tanto en la capital como en las provincias. Pero pronto se hizo evidente que el nuevo gobierno no poseía una verdadera autoridad.

Desde la primera hora de su existencia tropezó el Gobierno Provisional con las trabas que le oponían los Soviets de Obreros y Soldados. El primer decreto que dió el 14 de marzo fué redactado bajo la presión del Soviet de Petrogrado.

Ese decreto sentaba los siguientes principios: 1º una amnistía general para todos los presos políticos, religiosos y militares; 2º libertad de palabra y de prensa, así como de agremiación y para declarar huelgas; 3º abolición de todas las distinciones sociales, religiosas y nacionales; 4º convocatoria de una Asamblea Constituyente; 5º una milicia popular para sustituir a la policía; 6º elecciones basadas en el sufragio universal; 7º las tropas que habían tomado parte en la revolución permanecerían en Petrogrado y no serían trasladadas al frente; 8º los soldados tendrían los mismos derechos públicos que los civiles cuando no estuvieran en servicio activo.

A pesar de que esta declaración era un término medio entre el programa del gobierno y el del Soviet, éste hizo otra declaración independientemente y sin la aprobación de aquél.

Fué la famosa "Orden Nº 1" del 14 de marzo, que constituyó el factor principal para la disolución del ejército ruso. Los puntos principales de esa "orden" eran los siguientes: 1º en cada destacamento militar se debía elegir un comité de soldados; 2º todos los destacamentos militares debían obedecer las decisiones políticas del Soviet; 3º las órdenes de la comisión militar de la Duma sólo debían ser obedecidas si no se oponían a las del Soviet; 4º todas las armas debían quedar bajo la fiscalización de los comités de soldados y no serían entregadas a los oficiales.

Esta orden produjo gran confusión en el ejército. Fué dada sin consentimiento del Alto Comando y estaba dirigida contra la

autoridad de los jefes superiores. Amenazaba con la destrucción inmediata de toda la organización del ejército al lanzar a las tropas a la corriente turbulenta de la política e inculcarles sospechas con respecto a la Duma. Era evidente que los autores de la orden deseaban hacer imposible la continuación de la guerra. Después de haber sido publicada, el Gobierno Provisional trató de revocarla, pero no pudo conseguirlo. Era ya completamente claro que quien gobernaba realmente era el Soviet y no el Gobierno Provisional. No obstante, el Soviet no quería hacerse cargo del poder abiertamente, porque en ese momento temía la reacción de los elementos liberales y conservadores. El Gobierno Provisional le era indispensable, porque era todavía la autoridad reconocida por el país y el ejército. Prefirió mantener su autoridad nominal como un cebo para los grupos antisocialistas, pero fiscalizando y rechazando sus medidas cuando se oponían a la política del Soviet.

En consecuencia, hubo dos gobiernos en Petrogrado desde los primeros días de la revolución: el Gobierno Provisional, que representaba a la revolución política, y el Soviet de Diputados Obreros y Soldados, que representaba a la revolución social.

La impotencia del gobierno se explica en parte por la incapacidad personal de sus miembros y en parte por la dificultad de los problemas que tenía que resolver.

Casi todos los miembros del primer Gobierno Provisional eran hombres cultos e inteligentes, que amaban sinceramente a su país, pero ninguno de ellos poseía una voluntad fuerte ni la decisión necesaria para hacer frente a los enemigos del orden. Algunos habrían sido quizá excelentes ministros en condiciones normales, pero durante la guerra y en la época del levantamiento se mostraron ineptos para esa tarea.

El jefe del gobierno, príncipe Lvov, tenía un carácter pasivo y era incapaz de aplastar a sus opositores. Era un tolstoyano que creía en "la no resistencia al mal". Manifestaba con frecuencia una fe ingenua en lo "incruento" de la revolución.

Los ministros de Guerra y de Relaciones Exteriores, Guchkov y Miliukov, respectivamente, eran quizá los únicos miembros del gobierno que propugnaban una política exterior y militar activa. Por ello, todo el odio de los círculos soviéticos se concentró en ellos, especialmente en Miliukov.

Por sus opiniones políticas, la mayoría de los miembros del Gobierno Provisional pertenecían al Partido Demócrata Constitucional. Educados en los principios del constitucionalismo europeo, trataron de aplicar a Rusia esos principios, sin tener en cuenta el ambiente revolucionario de la época, que exigía rapidez de

decisión y no el cumplimiento minucioso de los procedimientos constitucionales.

Para las elecciones, tanto nacionales como de los zemstvos locales, el Gobierno Provisional formuló nuevas leyes que significaban el voto universal, igual, directo y secreto. Ante todo, había que reorganizar los zemstvos locales para que se encargasen de formar las listas de votantes que elegirían a los miembros de la Asamblea Constituyente. En consecuencia, esa elección se demoró hasta el otoño de 1917.

El segundo gobierno de Rusia durante ese período era, como hemos dicho, el Soviet de Diputados Obreros y Soldados. Este gobierno tampoco estaba organizado al principio. El Soviet de Petrogrado se componía de 2.500 obreros y soldados elegidos sin formalidades técnicas en las fábricas y por los destacamentos militares de la capital. Además de los verdaderos representantes de los soldados y obreros, comprendía a los dirigentes de los partidos socialistas, los que, desde 1905, se consideraban como los representantes auténticos de los trabajadores. El pesado cuerpo del Soviet era incapaz de llevar a cabo actividades políticas. En consecuencia, se creó un Comité Ejecutivo Central compuesto casi exclusivamente por los caudillos de los partidos socialistas. Las medidas principales que debía tomar el Soviet eran decididas por un grupo todavía menor: el Presidium del Comité Ejecutivo Central. Los miembros de los órganos superiores del Soviet tomaban con frecuencia medidas que luego eran aprobadas por el Comité Ejecutivo. Todos los partidos no socialistas fueron clasificados como *burgueses* o *capitalistas* y no fueron admitidos en el Soviet. La mayoría de los miembros de éste eran socialistas revolucionarios que se consideraban como representantes de los campesinos. El grupo que les seguía en importancia era el Partido Socialista Democrático, que se consideraba como representante de los obreros. Este último partido, como hemos visto antes, se dividía en "mencheviques" y "bolcheviques". Después de la llegada de Lenin, quien regresó a Rusia del destierro en abril de 1917, los bolcheviques rompieron finalmente sus relaciones con los mencheviques y organizaron otro partido que fué llamado luego "Comunista". Lenin difería de los mencheviques en el concepto fundamental de la política que debía seguirse. Los últimos creían que la revolución socialista en Rusia era imposible hasta que el país se hubiese industrializado más de lo que estaba. Los bolcheviques, por su parte, deseaban implantar el socialismo en Rusia inmediatamente. Los partidarios de Lenin sólo constituían una pequeña minoría en el Soviet de Petrogrado durante los primeros meses de la revolución, pero debido a la desorganización de aquél

y a la actividad incansable de éstos, desempeñaron un papel que no guardaba proporción con su número. En tanto que los socialistas más moderados deseaban que el Gobierno Provisional siguiese en el poder, los bolcheviques pedían ruidosamente que ese poder fuese entregado a los Soviets inmediatamente.

La fuerza peculiar del Soviet residía en el hecho de que, a pesar de su tamaño difícil de manejar y su heterogeneidad, mantenía con las masas un contacto mucho más estrecho que el Gobierno Provisional. Muy pronto todas las ciudades de Rusia constituyeron sus Soviets. Éstos fueron complementados con organismos semejantes en el ejército y en muchas aldeas.

El Gobierno Provisional sustituyó a los funcionarios del viejo régimen en las provincias por los presidentes de los zemstvos locales. Pero éstos, aunque eran en su mayoría liberales, tenían casi tan poco contacto con el pueblo como las autoridades a las que desplazaron. Además, mientras que los funcionarios anteriores tenían experiencia en el gobierno, los nuevos carecían de ella. El poder central de Petrogrado se encontró así, desde el principio, sin representantes adecuados en las provincias. Sus comisarios se vieron obligados a compartir el poder con los Soviets locales. La situación de Petrogrado se reflejaba en todas las capitales de provincia.

Tan pronto como quedaron constituídos los Soviets en todo el país, el Comité Ejecutivo Central convocó un Congreso de los Soviets de toda Rusia. Los socialistas dominaban en los de todas partes. El Congreso, que reunió a todos los comités centrales soviéticos, era en realidad un Congreso de caudillos de los partidos socialistas.

La asamblea inauguró sus sesiones el 16 de junio. El partido más fuerte era el Socialista Revolucionario, que contaba con 285 diputados. Los mencheviques contaban con 248 y los bolcheviques se hallaban en minoría, con 106 delegados.

Este Congreso, en opinión de los simpatizantes con los Soviets, era el verdadero órgano representativo del nuevo Estado ruso. Los bolcheviques pidieron que se hiciese cargo inmediatamente del poder, pero como estaban en minoría no consiguieron su deseo. Como resultado del fracaso de este primer esfuerzo para derribar al Gobierno Provisional, Lenin se dedicó a crear las condiciones que hicieran posible la toma del poder en el siguiente Congreso de los Soviets.

Debe admitirse que el Congreso se organizó mucho más pronto que la Asamblea Constituyente y, en consecuencia, fué un órgano de poder más práctico durante la revolución. Esa rapidez en re-

unirse pronosticaba su victoria sobre el sistema parlamentario tomado del Occidente y propugnado por el Gobierno Provisional.

4

La principal cuestión política de la época de la revolución era, por supuesto, la de la guerra. Con respecto a ella había dos puntos de vista extremos. Los elementos moderados del gobierno deseaban seguir la guerra hasta un final victorioso. Este punto de vista fué expuesto con frecuencia por el ministro de Relaciones Exteriores, Miliukov, en sus conversaciones con los representantes de los Aliados en Petrogrado y en declaraciones públicas.

El punto de vista opuesto era defendido por los bolcheviques y cierto número de socialistas internacionalistas. Los representantes de estos partidos argüían la necesidad de una paz inmediata y admitían francamente que eran "derrotistas".

Entre estos dos extremos había un grupo compuesto por la mayoría de los socialistas de los Soviets. Éstos se daban cuenta de que el sentimiento popular no apoyaba la política bélica, pero no querían aceptar todavía el hecho de que el poder militar de Rusia estaba deshecho.

Ejercían también una influencia poderosa los representantes de las Potencias Aliadas en Petrogrado. Era muy natural que interesara mucho a los Aliados la prosecución de la guerra por Rusia e insistían en que de ningún modo debía "traicionar la causa de la democracia".

Desde el mismo estallido de la revolución simpatizaron mucho los Aliados con el nuevo gobierno. Los Estados Unidos fueron los primeros en reconocerlo oficialmente, el 22 de marzo, y en seguida lo hicieron Gran Bretaña, Francia e Italia. Pero pronto dieron muestras de ansiedad con respecto a su capacidad para mantener el orden en Rusia y proseguir la campaña militar contra las Potencias Centrales. En vista del buen éxito de los dirigentes socialistas en la organización de las masas, incitaron al gobierno a que llegara a una avenencia con los Soviets y constituyese una administración unida y fuerte. Una delegación obrera, encabezada por Albert Thomas, el ministro de Municiones socialista francés, fué enviada por Francia con ese propósito, y Gran Bretaña envió otra delegación semejante para conseguir un acuerdo cordial entre los Soviets, el Gobierno Provisional y los grupos democráticos de Occidente.

Pero no fué posible reconciliar los dos puntos de vista opuestos con respecto a la política bélica de Rusia. El 18 de marzo

recibió Miliukov a los representantes de los Aliados en Petrogrado y les aseguró que Rusia "lucharía a su lado hasta el fin contra el enemigo común". El 27 de ese mes dirigió el Soviet de Petrogrado una proclama a todos los pueblos del mundo pidiéndoles "una acción concertada y decisiva en favor de la paz". Desde ese día emprendieron los caudillos socialistas una intensa campaña contra la "política imperialista" del ministro Miliukov. El 3 de mayo organizaron los bolcheviques su primera manifestación pública contra el gobierno al grito de "¡Abajo Miliukov!" Esta manifestación provocó una contramanifestación patriótica que se realizó la noche siguiente, pero, para evitar nuevos conflictos con el Soviet, el Gobierno Provisional aceptó las renuncias de los dos ministros criticados con más severidad, y el 17 de mayo se constituyó un nuevo gabinete sin Miliukov y Guchkov. El 18 aceptó también las demandas del Soviet de que se firmase la paz con las Potencias Centrales "sin anexiones ni indemnizaciones, a base de la autodeterminación de los pueblos".

El Príncipe Lvov siguió siendo Primer ministro del nuevo gobierno, pero su verdadero dirigente era Kerensky, quien se hizo cargo de los ministerios de Guerra y Marina. Albert Thomas apoyaba a Kerensky y, por medio de él, al nuevo gobierno, que incluía a muchos socialistas. Creía que éstos eran los únicos dirigentes políticos que poseían autoridad suficiente para inducir al ejército ruso a continuar la guerra, pero aunque los Soviets habían conseguido que renunciaran sus enemigos, no disminuyó su oposición.

5

El programa de Kerensky con respecto al ejército contenía dos principios: la preparación de una ofensiva general y la reorganización democrática de su comando. La idea de una ofensiva contra las Potencias Centrales no chocaba en la mente de Kerensky con sus promesas anteriores de una guerra puramente defensiva ni con su renuncia a los fines imperialistas. El propósito principal de esa ofensiva sería obligar a las Potencias Centrales a abandonar los territorios rusos que ocupaban. El defecto principal de esa política consistía en que no se tenía en consideración la nueva actitud de los soldados rusos después de la revolución.

La propuesta reorganización del ejército destruyó los últimos vestigios de disciplina. El 22 de mayo aprobó Kerensky una orden al ejército y la armada, conocida con el nombre de "Declara-

ción de Derechos de los Soldados". Esta orden confirmaba casi todos los puntos de la Orden Nº 1 impartida por el Soviet de Petrogrado el 14 de marzo, y en algunos aspectos iba todavía más lejos.

Una nueva característica de la reorganización del ejército implantada por Kerensky fué la designación de comisarios que representaban al gobierno y ejercían la autoridad política. El Alto Comando vió cercenadas sus atribuciones desde arriba por los representantes del gobierno y desde abajo por los comités de soldados organizados al comienzo de la revolución.

El Alto Comando recibió las órdenes del Gobierno Provisional sin protesta alguna después de la abdicación del zar. Los generales se mostraron leales a la revolución y al gobierno. Hasta más tarde no se dieron cuenta de que éste se hallaba sometido a la influencia destructora del Soviet. Entre tanto Kerensky extendió la reorganización del ejército al comando. El general Alexeiev, quien había sustituído al Gran Duque Nicolás, fué relevado y el general Brusilov ocupó su lugar como general en jefe.

La disolución del ejército llegó al máximo. Desapareció la autoridad de los oficiales. Los Soviets de soldados daban órdenes contrarias a las de los comandantes en jefe y las tropas eran sometidas a un diluvio de literatura "derrotista". Los soldados comenzaron muy pronto a confraternizar con los enemigos en el frente. El comando alemán decidió suspender las operaciones militares por creer que ése era el mejor método para fomentar la desintegración del ejército ruso. Mientras tanto, Kerensky trataba sinceramente de preparar la ofensiva. Después de su recorrido por el frente, que le valió el sobrenombre de "Persuasor en jefe", se proyectó la ofensiva para julio de 1917. Los primeros días del ataque fueron afortunados. Los rusos abrieron una gran brecha en las líneas austríacas y pusieron en fuga al enemigo, pero muy pronto se hizo evidente que el ejército ruso "reorganizado" no podía seguir avanzando. Regimientos enteros se negaban a cumplir las órdenes y hasta abandonaban el frente cuando se sentían cansados. La fase afortunada de la ofensiva se debió únicamente al entusiasmo de los oficiales y de una pequeña minoría de los soldados, la mayor parte de los cuales perecieron en los primeros días de la lucha. La ofensiva estaba condenada al fracaso.

Un factor que contribuyó a ese fracaso fué la falta de cooperación entre los Aliados. Las ofensivas británica y francesa en el frente occidental se realizaron a principios de mayo. En julio los Aliados estaban ya agotados y los alemanes consiguieron trasladar dos divisiones desde el frente occidental para reforzar a las

tambaleantes fuerzas austríacas. Una contraofensiva rompió las líneas rusas en un lugar en que los regimientos indisciplinados habían abandonado el frente. Era inminente un derrumbe completo. Las tropas alemanas detuvieron su avance al llegar al río Zbruch, pero si hubiesen querido habrían ocupado fácilmente todo el sudoeste de Rusia. La catástrofe obligó a uno de los comandantes en jefe, el general Kornilov, a enviar un rudo mensaje al gobierno pidiendo la restauración inmediata de la disciplina militar y de la pena de muerte para todos los desertores. Los comisarios del gobierno apoyaban las demandas del general Kornilov.

Esto produjo una tremenda impresión en todo el país. Era el primer lenguaje firme que se empleaba desde el comienzo de la revolución. En un día Kornilov se convirtió en el centro del sentimiento patriótico. También Kerensky quedó muy impresionado por sus demandas y el 30 de julio le nombró general en jefe en lugar de Brusilov.

6

Simultáneamente con el fracaso de la ofensiva rusa se produjo en Petrogrado un levantamiento armado. Los bolcheviques encabezaron a un grupo de marineros y algunos regimientos de la guarnición en un intento de derribar al gobierno, que duró los días 16, 17 y 18 de julio, pero una división de caballería llevada del frente consiguió reprimir el movimiento.

El propósito principal del levantamiento bolchevique de julio fué apoderarse del poder en nombre de los Soviets. Había sido preparado abiertamente, pero ni el gobierno ni la mayoría del Soviet, que se oponía a los bolcheviques, tomaron medidas serias para evitar el estallido. Por lo contrario, los caudillos socialistas declararon que el gobierno no tenía derecho a tomar medidas de ninguna clase contra la propaganda pacífica de los bolcheviques.

La fuerza de éstos residía en la eficacia de sus consignas y la eficiencia de su organización. Su programa contenía tres puntos: (1) paz inmediata; (2) distribución inmediata de la tierra entre los campesinos y la administración de las fábricas por los obreros; (3) todo el poder para los Soviets. Aunque no eran más que una minoría en el Soviet de Petrogrado y en el Congreso de los Soviets, desempeñaron un papel dominante en ambos cuerpos. Su actividad se hizo particularmente eficaz después de la llegada de Lenin y Trotsky del exterior. Ambos caudillos eran conocidos "derrotistas". Antes de la revolución Trotsky vivía en los Estados

Unidos. Al dirigirse a Rusia a través de Inglaterra fué detenido por los británicos como un propagandista peligroso, pero lo pusieron en libertad a instancias del Gobierno Provisional y se le permitió seguir a Rusia. Lenin vivía en Suiza desde 1914. Entró en negociaciones con el gobierno alemán por medio de Platten, un socialista suizo, para que se le permitiese regresar a Rusia a través de Alemania. El gobierno alemán, deseoso de utilizarlo como un arma para destruir el poder militar ruso, accedió a dejarlo pasar de Suiza a Suecia en un coche ferroviario sellado. Lenin llegó a Petrogrado el 16 de abril.

Pocos días después de su llegada comenzó a exponer sus ideas en las reuniones de obreros y soldados. Apeló a los socialistas para que dejaran a un lado sus viejos métodos de oposición parlamentaria y abogó por la lucha de clases del comunismo.

Las ideas centrales de su política eran "paz para las chozas campesinas, guerra contra los palacios" y "saquear a los saqueadores". Los discursos de Lenin dejaron perplejos a los socialistas al principio. Sus opositores, después de oírle, declaraban: "Un hombre que dice esas tonterías no es peligroso. Conviene que haya venido, pues ahora está a la vista". Lenin se hallaba a la vista de todos. Trabajaba abiertamente. Con intrépida energía se dedicó a predicar sus doctrinas y a reorganizar el Partido Comunista.

Su ataque contra los "palacios" fué pronosticado al apoderarse por la fuerza de la residencia privada de la bailarina Kshesinskaya. Ni el Gobierno Provisional ni el Soviet de Petrogrado consiguieron desalojarlo de esa casa que se convirtió en el cuartel general del grupo bolchevique. Sólo después del levantamiento de julio volvió a poder del gobierno.

El fracaso de la primera sublevación bolchevique pudo haber sido un momento decisivo en la historia de la revolución rusa. Era el instante oportuno para reforzar la autoridad del gobierno en Petrogrado. Pero no fué aprovechado. Algunos caudillos bolcheviques, inclusive Trotsky, fueron detenidos. Lenin huyó a Finlandia. Pero los bolcheviques continuaron en el Soviet. El gobierno fué reorganizado. El príncipe Lvov renunció; Kerensky se convirtió en Primer ministro y siguió al frente de los ministerios de Guerra y Marina. La mayoría del gabinete era socialista.

7

La desorganización del ejército y de la administración iba acompañada de una crisis económica. La producción agrícola e

industrial declinaba, los transportes estaban desorganizados y los fondos del gobierno disminuían. La situación agraria era particularmente confusa. El Gobierno Provisional vacilaba en llevar a cabo la redistribución de la tierra antes de la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Mientras tanto, los jefes de los partidos democrático y socialista prometían a los labradores que recibirían sus tierras. En tales circunstancias los campesinos no se mostraban dispuestos a esperar a la Asamblea Constituyente para dividir las tierras. En muchos lugares comenzaron a apoderarse ilegalmente de ellas, y esta acción fué acompañada de la destrucción de las casas y hasta del asesinato de sus propietarios. En muchas propiedades que habían abastecido con alcohol al gobierno antes de la prohibición de 1914, la multitud irrumpió en las bodegas, se emborrachó y cometió graves excesos.

El gobierno hizo un esfuerzo para dominar el movimiento organizando una Comisión de Reforma Agraria y otras comisiones locales compuestas por funcionarios del gobierno y labradores. Sin embargo, esas comisiones no consiguieron impedir que los campesinos se apoderasen de las tierras. El ministro del Interior, Tseretelli, socialista, en un anuncio oficial del 30 de julio, caracterizó al movimiento del siguiente modo: "En todas partes se apodera la gente de los campos, los labradores hacen demandas imposibles a los propietarios, el ganado es destruído, la propiedad es robada, las cosechas perecen, los bosques son cortados, la madera y la leña en tránsito son saqueadas. Los propietarios privados abandonan sus campos sin sembrar y no recogen la cosecha".

La crisis agraria ejerció un efecto inmediato en las provisiones de alimentos. El abastecimiento de las tropas y de las ciudades durante la guerra había exigido la atención cuidadosa del gobierno. La insuficiencia de alimentos en la capital sirvió como pretexto principal para la revolución. El Gobierno Provisional trató de resolver el problema de la provisión de alimentos instituyendo un monopolio de los cereales el 11 de abril de 1917. Se sometió a racionamiento a las familias campesinas y se les obligó a entregar el resto al gobierno a precios fijos. Pero la depreciación de la moneda hizo que los precios establecidos fuesen muy inferiores a los del mercado de cereales y los campesinos se negaron a entregar el grano. Como resultado de esta medida y de la desorganización de los transportes no se obtuvieron las cuotas de cereal previstas. Las compras del gobierno descendieron en julio al 26 por ciento y en agosto al 10 por ciento de las necesidades del ejército y las ciudades.

La situación de la industria no era mejor. Desde los primeros días de la revolución los obreros comenzaron a presentar sus de-

mandas sin consultar a la administración. Se implantó la jornada de ocho horas y los administradores fueron destituídos por los comités de fábricas compuestos de obreros. El resultado fué el rápido derrumbamiento de la disciplina y de la producción. La de las industrias metalúrgicas de Moscú descendió en un 32 por ciento en abril de 1917; la de Petrogrado de un 20 a un 40 por ciento; la de las minas de carbón de la cuenca del Donets en un 30 por ciento. Los obreros de todas las ramas de la industria pedían, entre tanto, un aumento del salario sin tener en cuenta los ingresos de las empresas. Esa demanda fué en parte la causa de la depreciación de la moneda, pero al mismo tiempo llevó a nuevas emisiones de papel moneda y a nueva desvalorización.

Por ejemplo, en algunas de las empresas de la cuenca del Donets, que en 1916 obtuvieron un beneficio total de 75.000.000 de rublos, los obreros pidieron aumentos de salario que representaban 200.000.000.

Había que decidir si las industrias iban a ser administradas por los obreros o por el Estado. Los representantes de los accionistas extranjeros de las industrias rusas se adhirieron a la idea de la "administración del gobierno" como protección contra las demandas excesivas de los obreros. Esta idea, tal como fué implantada por los Aliados durante la guerra, contaba con el apoyo del delegado de los obreros británicos en Rusia, Arthur Henderson, quien llegó a Petrogrado en mayo de 1917. Los socialistas rusos se aprovecharon del apoyo ofrecido por Henderson para llevar a cabo su programa de control "social", es decir, para implantar el socialismo y entregar las fábricas a los obreros. Este programa no se llevó a cabo en realidad bajo el Gobierno Provisional, pero en algunos casos pasó la administración de las fábricas a manos de los obreros, aumentando la confusión general.

Los ferrocarriles quedaron igualmente afectados por la desorganización. Por una orden del ministro de Comunicaciones, del 9 de julio de 1917, la administración de los Ferrocarriles del Estado fué entregada a las comisiones compuestas por empleados ferroviarios. Se creó una Comisión Ejecutiva al frente de las comisiones de ferroviarios, socialistas por temperamento e interesados más que nada por la política. Los ferrocarriles mostraron pronto los resultados de la mala administración. Aumentó el número de locomotoras en mal estado. Los cargamentos disminuyeron. En los primeros meses de 1917 fueron cargados 980.000 vagones menos que en el mismo período de 1916.

El colapso general de la vida económica no podía menos de influir en la situación financiera. Como hemos dicho anteriormente, cada año de guerra pesaba más en el presupuesto del Esta-

do. La revolución no disminuyó, sino que aumentó, por lo contrario, los gastos oficiales. El Gobierno Provisional se vió obligado a dar subsidios a las industrias a causa del descenso de la producción y el aumento de los salarios y no pudo equilibrar el presupuesto. En la cuenca del Donets ascendieron los subsidios a mil millones de rublos. El aumento de la paga a los soldados exigió una cantidad adicional de 50.000.000 de rublos; el de la de los empleados ferroviarios superó a los 350.000.000.

El aumento de los gastos del gobierno no iba acompañado del de los ingresos. Los impuestos sobre la tierra descendieron en un tercio en los primeros meses de la revolución; los de las propiedades urbanas en un 43 por ciento. Los empréstitos internos del gobierno no se vendían bien. Quedaba un solo medio para cubrir el déficit: la emisión de moneda. En la primera mitad del año 1917 la emisión de nuevo papel moneda alcanzó a casi 4.000 millones de rublos, contra 3.500 millones en todo el año 1916.

8

Durante los primeros meses de la revolución el Alto Comando del ejército se había sometido pasivamente a todas las medidas del Gobierno Provisional. Pero después del fracaso de la ofensiva de julio y de la designación del general Kornilov como generalísimo, la actitud del ejército cambió. El Cuartel General se convirtió en una fuerza política. Kornilov aceptó el cargo de generalísimo sólo después de presentar sus condiciones al gobierno. Esas condiciones eran: (1) el nuevo generalísimo tendría plenos poderes; (2) el gobierno no invalidaría las órdenes militares del generalísimo; (3) la disciplina militar sería restaurada. Kerensky aceptó las condiciones del general Kornilov. Era evidente que para cumplir su promesa tenía que romper con el Soviet. Pero no deseaba hacerlo ni siquiera después de la represión de la revuelta bolchevique de julio. La situación política llegó a ser extremadamente confusa. Con anterioridad al levantamiento bolchevique había dos poderes en Rusia: el Gobierno Provisional y el Soviet. La fuerza principal del gobierno consistía en el apoyo leal de los jefes del ejército. La fuerza activa del Soviet era su ala izquierda, el Partido Comunista. Ambos grupos extremos se apartaron de las fuerzas moderadas. Los bolcheviques, aunque seguían actuando en nombre de los Soviets, realizaban su propia política. El fracaso de su primer levantamiento no disminuyó su energía. Los altos jefes del ejército se preparaban también para obrar por su cuenta.

Anteriormente, durante la rivalidad política entre el Gobierno

Provisional y los Soviets, era posible elegir entre las tácticas de los demócratas moderados y los socialistas, entre Miliukov y Kerensky. Pero la situación había sufrido un cambio radical. Las fuerzas que se oponían eran ahora Lenin por un lado y Kornilov por el otro, es decir, el comunismo contra la dictadura militar. El país tenía que elegir entre ambos.

A pesar de su creciente popularidad, el general Kornilov no se hallaba en situación de confiar exclusivamente en sí mismo. Tenía que ocultar sus movimientos detrás de la autoridad del Gobierno Provisional, así como los bolcheviques ocultaban los suyos detrás de la autoridad de los Soviets. El plan de Kornilov de restaurar la disciplina en el ejército se basaba en la cooperación del gobierno. Si hubiese tenido que entenderse con el primer Gobierno Provisional encabezado por el príncipe Lvov es muy probable que habría conseguido someterlo a su voluntad. Pero por desgracia para él, el jefe del gobierno no era ya el príncipe Lvov, sino Kerensky, quien no era lo bastante fuerte para conservar el poder para sí mismo, pero tenía la astucia política suficiente para impedir que ningún otro se lo arrebatase mientras siguiera existiendo el Gobierno Provisional.

Pronto se abrió una brecha entre los altos jefes del ejército y el gobierno. Aunque Kerensky deseaba terminar con las intromisiones del Soviet y permitir a Kornilov que restableciera la disciplina en el ejército, temía el aniquilamiento completo del Soviet, lo que podía traer consigo su propia derrota por Kornilov y sus partidarios. Esos temores estaban justificados. El plan de Kornilov consistía en librarse del Soviet mediante la fuerza militar. Trataba de conseguir la cooperación del gobierno con ese propósito. Pero si el gobierno se mostraba temeroso a último momento, estaba dispuesto a librarse de él lo mismo que del Soviet.

El 27 de agosto se realizó en Moscú una "Conferencia Política Nacional". Se reunieron los representantes de las principales corporaciones del país. Kornilov asistió a esa conferencia. Fué aplaudido con entusiasmo por los miembros conservadores. Los socialistas aclamaron a Kerensky. Así se preparó el rompimiento. Tanto Kornilov como Kerensky preveían que el anuncio de las medidas para conseguir la disciplina en el ejército provocaría la revuelta de los bolcheviques en Petrogrado. Para hacer frente a esa emergencia, Kornilov, de acuerdo con el Gobierno Provisional, puso al Tercer Cuerpo de Caballería en marcha hacia la capital. En ese momento produjo otra complicación un ex diputado de la Duma, V. N. Lvov (a quien no hay que confundir con el ex Primer ministro príncipe G. E. Lvov), quien visitó el Cuartel General en sep-

tiembre. Quiso desempeñar el papel de intermediario entre ambos hombres, haciendo creer a cada uno de ellos que el otro le había dado plenos poderes para negociar. De una conversación con Lvov sacó Kornilov la impresión de que Kerensky se hallaba dispuesto a entregarle el poder dictatorial en Rusia, en tanto que él se contentaría con un puesto en el nuevo gobierno. En consecuencia, aprobó la propuesta que le hizo Lvov en nombre de Kerensky. A su regreso a Petrogrado, Lvov presentó el plan como un ultimátum de Kornilov a Kerensky. El 8 de septiembre llamó éste a Kornilov por el teléfono directo y le pidió que confirmase si había encargado realmente a Lvov de informarle acerca de sus planes y propósitos. El general replicó afirmativamente, pero no preguntó a Kerensky qué era lo que Lvov le había dicho.

El 9 de septiembre un telegrama del jefe del gobierno informó a Kornilov que había sido relevado de su cargo y le ordenaba que fuese inmediatamentee a Petrogrado. Fué un golpe inesperado para él. Era también una violación de la primera condición que había impuesto al ser designado generalísimo. Decidió que había llegado el momento de actuar. El día 10 dirigió a todo los ciudadanos rusos una proclama negándose a abandonar el cargo de generalísimo y pidiendo su apoyo contra el Gobierno Provisional. Al mismo tiempo ordenó al general Krymov que avanzase con el Tercer Cuerpo de Caballería contra Petrogrado.

Mientras tanto, Kerensky unió sus fuerzas con las de los grupos izquierdistas del Soviet de Petrogrado y ordenó a la guarnición de la capital que se preparara a luchar contra el general Krymov. Todas las organizaciones socialistas de Rusia se apresuraron a apoyar a Kerensky. Desempeñó un papel particularmente importante el Comité Ejecutivo de los obreros ferroviarios que fiscalizaba los transportes. Sin embargo, no se produjo la batalla entre ambos bandos.

El propósito oficial de la misión del general Krymov era la represión de la revuelta bolchevique que se esperaba tendría lugar en Petrogrado al aprobar el gobierno el plan de Kornilov. Pero éste no fué aprobado ni publicado, por lo que la revuelta no se produjo. Las tropas de Krymov se hallaban desconcertadas y dispuestas a escuchar la propaganda de sus opositores. Los obreros ferroviarios se negaron al mismo tiempo a obedecer las órdenes de Kornilov con respecto al transporte de los refuerzos. Krymov no se atrevió a dar la orden decisiva de iniciar la ofensiva contra la capital y aceptó el pedido de Kerensky de que se presentara a informar en Petrogrado. Al día siguiente de su llegada se suicidó.

Después del fracaso de la misión del general Krymov, Kornilov y sus ayudantes, los generales Denikin, Lukomsky y Markov, fueron arrestados por orden del Gobierno Provisional.

CAPÍTULO XV

LOS ROJOS Y LOS BLANCOS

(1917 - 1920)

1

Con el fracaso de los planes del general Kornilov la revolución rusa entró en una nueva fase. Kerensky había triunfado, al parecer, sobre sus dos opositores que amenazaban su posición: el general estaba arrestado y Lenin se había refugiado en Finlandia. Sin embargo, la victoria de Kerensky era ilusoria. Ya no era el poder real, sino un espectro político incapaz de dominar o dirigir la anarquía política y económica que se extendía rápidamente por el país. En realidad, la derrota del partido militar influyó inmediatamente contra el Gobierno Provisional, pues en adelante la fuerza dominante no fué ya la alianza del gobierno y el ejército, sino la del Soviet y los bolcheviques.

El triunfo de Kerensky sobre Kornilov llevó al derrumbe final del prestigio tambaleante del gobierno a los ojos de muchos de sus partidarios más entusiastas. Entre los funcionarios y en los círculos de la clase media creció el convencimiento de que su régimen no era mejor que el del Soviet de Obreros y Campesinos y que el propio Kerensky no era más deseable que Lenin. En realidad, muchos grupos reaccionarios deseaban la victoria de los Soviets en ese momento, pues nadie dudaba entonces de que esa victoria traería consigo el fracaso más rápido y la eliminación de los Soviets del campo político. En esa atmósfera de aturdimiento y agitación la iniciativa pasó definitivamente de manos del Gobierno Provisional a las del grupo radical extremista del partido socialista. A cambio de su apoyo contra Kornilov, esos grupos obtuvieron de Kerensky una serie de concesiones que minaron la posición de aquél. Consiguieron que fuesen puestos en libertad

los caudillos bolcheviques que habían sido detenidos a consecuencia del levantamiento de julio, y esos hábiles agitadores se hallaban muy pronto dirigiendo la campaña. Trotsky figuraba entre quienes volvieron a la lucha y Lenin, aunque no se atrevió a regresar de Finlandia abiertamente, asistió en secreto a las reuniones bolcheviques de Petrogrado.

Al gobierno sólo le quedaba una esperanza: conservar por lo menos las formas del poder hasta que se reuniese la Asamblea Constituyente. La elección de los miembros del nuevo organismo se había fijado para el 25 de noviembre y la primera sesión iba a tener lugar el 12 de diciembre de 1917. Pero también los bolcheviques se daban cuenta de la importancia política de esos acontecimientos y al acercarse la fecha de la elección se apresuraron a convocar al Segundo Congreso Panruso de los Soviets con objeto de anticiparse al gobierno. El Congreso iba a reunirse el 7 de noviembre y el Partido Comunista se preparó para llevar a cabo su *coup d'état* inmediatamente después de la apertura oficial y conseguir luego la aprobación del Congreso para constituir un nuevo gobierno.

Como preparación para la inminente lucha decisiva por el poder, los bolcheviques extendieron su organización y aumentaron el alcance de su propaganda, consiguiendo el apoyo de la mayoría de los obreros de Petrogrado y Moscú. Las elecciones en las ciudades revelaban claramente su fuerza creciente. En Moscú sólo habían conseguido el 11 por ciento de los votos en el Consejo Municipal elegido en julio, pero en septiembre contaban ya con el 51 por ciento. En Petrogrado obtuvieron ganancias semejantes. Los resultados de las elecciones municipales eran pruebas concluyentes de que las clases trabajadoras habían perdido la confianza tanto en el Gobierno Provisional como en los partidos de los socialistas moderados. El partido bolchevique, con su fuerte organización y su sencillo programa, tenía abierto el camino para conseguir el apoyo de los obreros como único grupo político capaz de sacar a Rusia del caos en que había caído.

Los bolcheviques inspiraban los mismos sentimientos entre las fuerzas armadas. En la confusión que siguió al fracaso del movimiento de Kornilov la situación en el frente no era de paz ni de guerra. La solución bolchevique era directa y sencilla; pedían la paz inmediata y con ello prometían terminar con la crisis Se hizo cada vez más evidente para las tropas que ése era el único grupo poderoso de Rusia. No sólo habían conseguido establecer estrechas relaciones con los Soviets del ejército, sino que además entraron en negociaciones con el Alto Comando, paso que hizo posible el propio Kerensky al sustituir a todos los parti-

darios de Kornilov por generales que simpatizaban con el socialismo.

El acontecimiento que determinó el aumento del poder bolchevique fué la elección de Trotsky en octubre como presidente del Soviet de Petrogrado. Los bolcheviques consiguieron también dominar la muy importante Junta Militar del Soviet que, a fines de octubre, habían transformado ya en un instrumento de su política partidaria. Una vez que aseguraron, por medio de esa Junta Militar, la sumisión de la guarnición de Petrogrado a su autoridad, se hallaban ya preparados para el golpe final. Al anochecer del 4 de noviembre impartió la Junta Militar su primera orden a la guarnición: las tropas de la capital debían jurar fidelidad a la Junta, es decir, a los bolcheviques. Se trataba de un acto de franca rebelión contra el Gobierno Provisional y cualquier autoridad competente la habría considerado como tal. Kerensky no se movió. Tanto él como los dirigentes de los partidos moderados, con una ceguera completamente incomprensible, siguieron sus debates sin tomar medidas prácticas para defender su autoridad.

Durante la noche del 7 de noviembre las tropas bolcheviques ocuparon los principales edificios oficiales de Petrogrado. Carteles que aquella misma mañana salieron de las imprentas anunciaron su programa: (1) iniciación inmediata de las negociaciones de paz; (2) reparto de las grandes propiedades; (3) administración de las fábricas por los obreros; (4) creación de un gobierno soviético.

Por fin Kerensky se dió cuenta del peligro. Dejando el gobierno bajo la dirección temporaria de uno de sus ministros, huyó de Petrogrado para reunir tropas contra los bolcheviques. Como la guarnición de la capital se había unido a aquéllos, el gobierno se quedó sin defensa; cuando los bolcheviques atacaron el Palacio de Invierno, donde estaba reunido el Gabinete, sólo unos pocos cadetes y un batallón de mujeres trataron de resistir. Fueron dominados rápidamente y los ministros quedaron detenidos. El gobierno había caído en poder de Lenin.

Cuando se inauguró el Segundo Congreso de los Soviets inmediatamente después de la caída del Gobierno Provisional, los socialistas revolucionarios y los mencheviques protestaron inútilmente. No consiguieron impedir la reunión del Congreso, ni pudieron, la noche del 8 de noviembre, evitar que aquél aprobara el programa propuesto por los bolcheviques. Se constituyó un Gabinete con el título de Consejo de Comisarios del Pueblo, con Lenin como presidente. Trotsky fué designado Comisario de Relaciones Exteriores, Rykov Comisario de Asuntos Internos, Stalin Comisario de Nacionalidades y Lunacharsky Comisario de Educación.

Los primeros actos del Consejo fueron la aprobación unánime del Decreto de Paz y la del Decreto sobre las Tierras. El primero proponía que todos los pueblos en guerra y sus gobiernos iniciasen negociaciones inmediatas para una paz justa y democrática sin anexiones ni indemnizaciones. El Decreto sobre las Tierras abolía la propiedad privada de la tierra, la que en adelante sería compartida igualmente por todos los labradores. Así, en la noche del 8 de noviembre, los bolcheviques consiguieron no sólo organizar el gobierno, sino también proclamar la nueva política revolucionaria con respecto a las cuestiones más importantes del momento.

Entre tanto, Kerensky se presentó en el Cuartel General del ejército en Pskov, donde encontró que todos estaban contra él. El general Cheremisov, comandante del frente norte, se hallaba en contacto con los Soviets locales y le negó francamente su ayuda. El general Krasnov, al mando del Tercer Cuerpo de Caballería, era un monárquico inflexible en desacuerdo con la política de Kerensky. Además, sus tropas se hallaban tan dispersas que ni siquiera con la mejor voluntad le habría sido posible organizar un ataque inmediato, sobre todo porque el Comité Ejecutivo de los Obreros Ferroviarios, del que dependían las comunicaciones con la capital, se negaba a cooperar con Kerensky. No obstante, Krasnov envió a regañadientes un pequeño destacamento contra los bolcheviques de Tsárskoe Seló, a unos 25 kilómetros de Petrogrado. El destacamento se encontró allí con fuerzas superiores de marineros y obreros armados enviados desde Petrogrado y como no recibió refuerzos, eludió un encuentro decisivo. Típico del caos de aquel momento fué el hecho de que Dybenko, uno de los jefes militares bolcheviques, propusiese a los cosacos entregarles a Lenin a cambio de Kerensky. Pocos días después, el 12 de noviembre, un grupo de cadetes de la capital intentó un levantamiento militar contra los bolcheviques, pero en una breve lucha callejera fueron desarmados y muertos.

Kerensky, entre tanto, se había enterado de que las tropas de Krasnov conspiraban para entregarlo a los bolcheviques y, temiendo ser ejecutado por ellos, huyó. En adelante no intervino en la lucha entre los bolcheviques y sus opositores, cuyos movimientos contrarrevolucionarios fueron cada vez más inútiles. La desaparición de Kerensky dejó a los partidarios del Gobierno Provisional sin un jefe, y ni el ejército ni el país en general fueron capaces de organizar una oposición eficaz contra los bolcheviques bien disciplinados y decididos. Kerensky había hecho fracasar la iniciativa del Alto Comando, acarreándose con ello la desconfianza y el odio de los oficiales, y puesto al frente de las guarniciones militares de

diversas ciudades a hombres cuyo único mérito consistía en su simpatía por el Gobierno Provisional y que eran malquistos y sospechosos para la mayoría de los demás oficiales del ejército. Las mismas tropas de las guarniciones, o bien se mostraban indiferentes a los acontecimientos políticos del momento, o bien habían sido convertidas ya por los bolcheviques y apoyaban abiertamente a los Soviets. Toda la clase trabajadora del país aceptaba ya el bolcheviquismo como un sistema que prometía el orden y una mejora en su situación. La burguesía y los intelectuales se le oponían en general, pero estaban divididos entre sí y carecían de mecanismos organizadores para hacer sentir su oposición. En esa situación, una minoría decidida se alzó para tomar el poder que la mayoría había perdido por negligencia.

La única oposición seria que encontraron los bolcheviques en las primeras etapas de su *coup d'état* estaba en Moscú. Unos pocos millares de cadetes y voluntarios, en su mayoría estudiantes universitarios, trataron de hacer frente al levantamiento, pero tras de una semana de sangrienta lucha callejera fueron aplastados. Una vez que tuvieron a Petrogrado y Moscú bajo su dominio, y contando con el apoyo activo de una gran parte del ejército, los bolcheviques se atrincheraron de tal modo que toda la vital área central del país quedó en sus manos. La oposición seguía teniendo su centro en las regiones cosacas del sudoeste de Rusia y no constituía una amenaza directa para la estabilidad del gobierno. Los bolcheviques confiaban en que no había en todo el país un solo grupo organizado capaz de arrojarlos de sus posiciones y veían ante sí un largo período durante el cual podrían asegurar y consolidar su poder. Habían triunfado. En el curso de una sola semana habían subido al poder en la nación más grande del mundo.

2

El Gobierno Soviético tenía que encarar la tarea de traducir la política que había proclamado en actos gubernativos y administrativos concretos. Los problemas por resolver eran urgentes. Debía terminar la guerra rápidamente, reprimir el creciente movimiento contrarrevolucionario en la Rusia meridional antes de que se convirtiese en una amenaza demasiado grande, y buscar una solución a la crisis económica que tenía a la nación en sus garras. Mientras los bolcheviques habían sido un partido de oposición les había sido fácil criticar la política del gobierno y hacer al pueblo promesas atrayentes. Ahora se hallaban frente a la necesidad de

amoldar a su voluntad la gran maquinaria gubernativa heredada de Kerensky.

En marzo de 1917, después de la primera revolución, los funcionarios de los departamentos oficiales centrales y las autoridades locales de toda Rusia aceptaron la dirección del nuevo gobierno. Los bolcheviques, sin embargo, sólo encontraron resistencia. Los empleados del Estado se negaron en todas partes a cooperar con el Gobierno Soviético y en Petrogrado se declararon en huelga. Sólo una pequeña parte de las clases cultas se mostró dispuesta a aceptar el *coup d'état* bolchevique, en tanto que la mayoría se había mostrado favorable a las reformas de Kerensky. A diferencia de los soldados y obreros, los intelectuales y la clase media miraban a los bolcheviques con la mayor desconfianza; para muchos de ellos eran agentes de las Potencias Centrales que trataban de traicionar a Rusia y a la causa aliada, causa a la que era adicta todavía la burguesía rusa. Además, casi todos consideraban al nuevo gobierno como una violenta oscilación del péndulo político que sería corregida muy pronto. Creían que los bolcheviques serían incapaces de mantener el poder durante más de dos o tres semanas y los empleados oficiales de todas partes opinaban que no era prudente ni necesario jugarse por un régimen temporario. Lo único que debían hacer era esperar a que volviese la normalidad.

En Petrogrado se esperaba que Moscú no cayera en poder de los bolcheviques. En Moscú se esperaba, en cambio, que los altos jefes del ejército o los cosacos del Don dominasen la situación y terminasen con aquellas aventuras políticas. La huelga de los empleados del gobierno fué una expresión de esas vagas esperanzas. Otro gesto de esa misma clase consistió en la negativa de los empleados del Banco del Estado a obedecer las órdenes del nuevo gobierno, obstrucción ante la cual los bolcheviques se encontraron casi impotentes, pues carecían totalmente de experiencia en las cuestiones burocráticas. La clase media se contentó en todas partes con hacer gestos y esperar que alguna fuerza redentora les devolviese el poder. Esperaron en vano; no existía una organización capaz de salvarlos y el levantamiento que deseaban no se produjo. El Gobierno Soviético siguió extendiendo su poder y el Consejo de Comisarios del Pueblo fué dominando poco a poco la situación. Nuevos hombres del partido bolchevique se hicieron cargo de los puestos importantes, algunos de los empleados oficiales recalcitrantes fueron destituídos y otros, poniéndose de acuerdo con las circunstancias, se sometieron y entraron al servicio del nuevo gobierno. Al cabo de unas pocas semanas la ma-

quinaria gubernativa de Moscú y Petrogrado se hallaba firmemente bajo el control bolchevique.

Los comunistas extendieron su autoridad desde Moscú y Petrogrado hasta las provincias, en la mayoría de los casos sin emplear la fuerza. El hecho de que el Gobierno Soviético era una dictadura del Partido Comunista resultaba evidente sólo en las capitales. La revolución consistió oficialmente en la transferencia del poder del Gobierno Provisional a los Soviets, lo que en las provincias sólo significaba que los Soviets locales ocupaban el lugar de los comisarios del gobierno. En esa época la autoridad de los Soviets se extendía únicamente a las ciudades; las comunidades campesinas, que hasta bajo el Gobierno Provisional habían manifestado su oposición, eran ahora enteramente independientes del gobierno central y volvían al sistema de la asamblea aldeana tradicional. En consecuencia, las formas de gobierno local variaban de provincia en provincia y la dependencia de los Soviets locales del gobierno nacional era puramente nominal hasta que los comunistas llegaban a dominar cada Soviet. Esto se llevó a cabo mediante el envío de agitadores y partidarios armados a las secciones en que ello era necesario.

El principal instrumento que empleó el gobierno para reprimir el desorden fué la policía política. Mediante una orden de Lenin, del 20 de diciembre de 1917, se creó la Comisión Extraordinaria para la Represión de la Contrarrevolución, o sea la Cheka. Bajo la dirección de Félix Dzerjinsky, se proclamó el "Terror Rojo" contra todos los enemigos del Estado. En el invierno de 1917-18 reclamó la Cheka gran número de víctimas, pero el "Terror Rojo" no alcanzó su culminación hasta el otoño de 1918, después de los atentados contra los dirigentes comunistas, las manifestaciones contrarrevolucionarias en el sur y la intervención de los Aliados en Rusia. Las atrocidades que se cometieron en ese período no fueron abusos de autoridad accidentales. El "Terror Rojo" era un elemento reconocido e integral en el proceso de someter a la nación a la voluntad bolchevique. El propio Lenin declaró: "No puede concebirse una dictadura del proletariado sin terror y violencia". Oficialmente, las actividades de la Cheka se dirigían únicamente contra la burguesía. "No hacemos la guerra a los individuos; exterminamos a la burguesía como clase", dijo Latsis, uno de los dirigentes comunistas. En la realidad, sin embargo, la Cheka exterminaba sin hacer distingos a todos los que se oponían al Gobierno Soviético. Las víctimas no se limitaban a la clase media o superior, sino que incluían también a los campesinos y a veces a los mismos obreros. La Cheka obraba enérgicamente. La toma de rehenes de los grupos no comunistas de una

comunidad era uno de sus métodos favoritos. En el caso de una revuelta contra el gobierno —y especialmente si se atentaba contra la vida de los dirigentes comunistas— los rehenes eran fusilados sin vacilación. No se titubeaba en apelar a la tortura para obtener las informaciones consideradas necesarias. Además de las ejecuciones ordenadas por la Cheka, los grupos bolcheviques de las provincias tomaban muchas veces la ley en sus manos e imponían la pena de muerte cuando la consideraban justificada, como en el caso de la ejecución colectiva de oficiales en Sebastopol en la primavera de 1918. El período activo del "Terror Rojo" fué sangriento y los procedimientos de justicia normales fueron sustituídos por un organismo todopoderoso que operaba a base de un sistema de sospechas y de juicios sumarios. Millares de personas sufrieron por el crimen de oponerse a la dictadura.

Además de la policía política utilizada contra los grupos disidentes, el Gobierno Soviético contaba con el apoyo activo del Ejército Rojo, o sea el Ejército de Obreros y Campesinos, organizado en febrero de 1918. Al principio se componía en su mayor parte de tropas a sueldo, reclutadas en las filas del anterior ejército y entre los obreros jóvenes. Los soldados recibían una buena paga y raciones especiales y podía contarse con su lealtad y su celo para cumplir las órdenes del gobierno. La disciplina de este ejército era mucho mejor que la del desmoralizado ejército imperial, completamente desorganizado después de iniciarse las negociaciones de paz y que por fin fué desmovilizado una vez firmada la Paz de Brest-Litovsk. Empleando al máximo la Cheka, el Ejército Rojo y todos los instrumentos de que podían disponer, los comunistas consiguieron en el invierno de 1917-18 someter por completo a su dominio la máquina gubernamental.

La solución de la crisis económica a que hacía frente el país constituía un problema más serio. No sólo subsistían las dificultades de ese orden, sino que se hacían cada vez más graves. El valor del rublo disminuía, los precios se elevaban a niveles mayores que nunca, el estado de los ferrocarriles era desesperado, la producción industrial descendió al hacerse cargo de la administración los comités de obreros. El único problema resuelto parcialmente por los bolcheviques era el de la alimentación de ciertos grupos de la población urbana, sobre todo los miembros del Partido Comunista, los empleados de las instituciones soviéticas y los obreros. Esto se realizó requisando todos los alimentos disponibles en las ciudades y todas las entregas de materias alimenticias procedentes del campo y distribuyéndolos mediante un sistema de tarjetas de racionamiento que se entregaban a ciertas categorías de habitantes. Los miembros del Partido Comunista y los obreros

estaban incluídos en la primera categoría, los empleados del gobierno en la segunda y los artesanos y desocupados en la tercera. Todos los demás fueron declarados "elementos improductivos" y como tales no eran objeto de la atención del gobierno. La ración media era de alrededor de media libra de pan al día. Era difícil adquirir alimentos fuera de la ración, por medios legales, y ser privado de la tarjeta de racionamiento significaba casi seguramente la muerte por hambre. Estas circunstancias entregaron a la población urbana en manos de los comunistas, pues eran ellos, por supuesto, quienes administraban esas tarjetas convertidas virtualmente en permisos de vida.

La distribución de los alimentos no era, sin embargo, más que un aspecto de la dificultad. El problema principal consistía en obtener el alimento en las aldeas. A causa de la incapacidad del Gobierno Provisional para proporcionar mercaderías manufacturadas o para pagar los productos del campo en moneda estable, los campesinos se habían negado a cooperar con el régimen de Kerensky. El Gobierno Soviético era todavía más incapaz que su predecesor de satisfacer las demandas de los campesinos. El Decreto sobre Tierras del 8 de noviembre había sido un intento de aplacar a los labradores disgustados, pero su importancia fué principalmente documental y apenas influyó en la actitud de los campesinos, quienes por su propia iniciativa se habían repartido ya una parte sustancial de las propiedades de los terratenientes. Cuando vió el gobierno que no podía conseguir la cooperación voluntaria de los campesinos no vaciló en tomarles los cereales por la fuerza. Se organizaron "batallones" especiales de Guardias Rojos y empleados de la Cheka y fueron enviados a las aldeas, y aunque los campesinos trataban de ocultar los cereales y hasta destruirlos, se conseguían ciertas cantidades que eran enviadas a las ciudades. Las medidas que el gobierno se vió obligado a tomar para resolver el problema de los alimentos para la población urbana plantearon inevitablemente otro problema: el de la oposición natural de los campesinos. Con el tiempo este resentimiento se convirtió en resistencia armada y los comunistas tuvieron que hacer frente a una seria amenaza contra su autoridad, precisamente en las regiones en que eran más débiles, en las provincias alejadas del centro del poder.

3

El pueblo ruso se hallaba tan ocupado y absorto en los acontecimientos del otoño de 1917 que olvidó casi por completo la guerra que tenía lugar en Europa. La enorme población del anterior

Imperio ruso se hallaba profundamente agitada por la crisis nacional y hervía con las pasiones suscitadas por sus propias experiencias. Algunos celebraban la revolución comunista como la aurora de una era nueva y mejor; otros maldecían a los nuevos dictadores; todos se sentían acosados por el problema de conseguir alimentos y combustibles para sobrevivir al invierno. Los abrumaba su situación desesperada y para todos, excepto los oficiales del ejército más conscientes y una parte reducida de los intelectuales y la clase media, la primera guerra mundial había terminado psicológicamente.

Desde el punto de vista legal se puede acusar a los rusos de haber abandonado a los Aliados y dado así al Káiser una oportunidad más de ganar la guerra para la Gran Alemania. De acuerdo con la lógica y la jurisprudencia no se puede refutar tal acusación. Pero es preciso no olvidar que en esos días tumultuosos los rusos habían pasado del período en que la lógica escolar o los razonamientos legales podían influir materialmente en sus actos. Encontrándose en el vórtice de la revolución social más grande de la historia, se dejaban arrastrar por sentimientos elementales y emociones primitivas, sueños idealistas de un futuro utópico y un odio violento a sus opresores. Lo único que les interesaba era la revolución. Rusia se había convertido en un mundo aparte, aunque al mismo tiempo los rusos creían, en su ingenuo entusiasmo, que los pueblos de todas las naciones se hallaban dispuestos a aceptar la nueva doctrina y a marchar con ellos hacia un nuevo mundo. Era cierto que había todavía un frente alemán, ¿pero no comprenderían los alemanes que aquello debía terminar? Y el nuevo gobierno —el Gobierno del Pueblo— ¿no prometía una paz inmediata, no sólo para Rusia, sino también para el mundo entero?

Aunque los dirigentes soviéticos se hallaban en ese período absorbidos en la tarea de "profundizar la revolución", no podían eludir los problemas prácticos del gobierno y las demandas insistentes del pueblo. Habiendo prometido la paz, tenían que lograrla. Las declaraciones teóricas ya no eran suficientes y era necesario ponerse de un modo u otro en contacto con alemanes y aliados.

El 20 de noviembre de 1917 ordenó el Gobierno Soviético al Cuartel General del ejército que propusiese al enemigo la cesación de las hostilidades. El comandante en jefe, general Dukhonin, negándose a cumplir la orden, contestó que ésa era tarea del gobierno y no del ejército. Al día siguiente fué relevado y le sustituyó el alférez Krylenko. El 22 de noviembre envió Trotsky a todos los embajadores aliados en Petrogrado una nota proponiendo "un armisticio inmediato en todos los frentes y la iniciación inmediata de negociaciones de paz". Al mismo tiempo se entregó una

nota semejante a los representantes diplomáticos de las naciones neutrales presentes en la capital. Aunque los agentes militares de las Potencias Aliadas en Petrogrado protestaron inmediatamente contra la sugestión de una paz separada con Alemania, es evidente que en aquel momento no se dieron cuenta plenamente de la gravedad de la situación. Algunos representantes diplomáticos parecen haber considerado en serio las posibilidades de la propuesta de una paz general democrática, y unos pocos llegaron a creer que los comunistas se hallaban dispuestos a firmar la paz sólo con Alemania. La creencia de que se podría convencer a Rusia para que siguiese la guerra si se la trataba adecuadamente la indicó la visita que hizo a Trotsky el 1º de diciembre el jefe de la misión militar norteamericana, general Judson, quien declaró "que la época de protestas y amenazas contra el Gobierno Soviético había pasado, si esa época había existido".

En realidad, las negociaciones para un armisticio entre las Potencias Centrales y la Rusia soviética comenzaron el 3 de noviembre, sólo dos días después de la visita del general Judson. Las elecciones del 25 de noviembre para la Asamblea Constituyente —elecciones convocadas por un decreto del Gobierno Provisional y no canceladas por el nuevo gobierno— demostraron que los bolcheviques se hallaban en minoría. Sólo consiguieron 168 de los 703 diputados, la mayoría de los cuales pertenecían al Partido Socialista Revolucionario. Es probable que los resultados de la elección convencieran a los alemanes de la posición inestable de los comunistas y los alarmaran lo bastante para que deseasen apresurar las negociaciones de paz.

La iniciación de las conversaciones para el armisticio no era más que el franco reconocimiento de las realidades de la situación, pues el ejército ruso había dejado de existir como organización eficaz. El anterior comandante en jefe, general Dukhonin, fué muerto y su sucesor comunista, Krylenko, ejercía la autoridad completa en el ejército. La desintegración final de éste se aceleraba, pues los soldados abandonaban en masa sus puestos en los frentes de la Rusia occidental y el Cáucaso y corrían a sus aldeas nativas.

El 18 de enero de 1918, mientras se realizaban todavía las negociaciones de paz con las Potencias Centrales, se reunió en Petrogrado la Asamblea Constituyente. Los comunistas habían aplazado esa reunión con objeto de ganar tiempo para conseguir el número suficiente de delegados e impedir que los socialistas revolucionarios, como mayoría, creasen dificultades al gobierno. Estaban decididos a excluir a los opositores que no se dejasen influir y como primer paso detuvieron a todos los diputados no

socialistas, dos de los cuales fueron asesinados. Cuando los demás diputados no comunistas se negaron a reconocer al Consejo de Comisarios del Pueblo como gobierno legal de Rusia, los delegados comunistas se retiraron de la Asamblea. En las calles se realizaron demostraciones contra el gobierno, pero fueron rápidamente reprimidas. A la una y media de la mañana del 20 de enero el Comité Ejecutivo Central del Soviet dió un decreto disolviendo la Asamblea. Los diputados fueron arrojados del lugar de reunión y la fuerza militar comunista que guardaba el edificio impidió que volvieran a reunirse.

Aunque la disolución de la Asamblea Constituyente fortaleció a los bolcheviques en el país afianzando su dominio de la maquinaria gubernativa, debilitó su posición para las negociaciones de paz en Brest-Litovsk. Los alemanes, que ya no temían un derrumbe inmediato de los comunistas, exigieron que Rusia renunciase a su dominio de Polonia, Lituania, Latvia y Estonia. Además, se presentó una delegación de Ucrania para pedir el derecho de autonomía. Estas propuestas eran más de lo que los bolcheviques estaban dispuestos a aceptar y en una proclama publicada el 23 de enero protestaron contra las proposiciones de paz alemanas. Pero el tiempo para las protestas había pasado. Con el ejército desbandado, Rusia se encontraba impotente ante el poder militar de Alemania.

Para aumentar la presión sobre el Gobierno Soviético y asegurarse el completo aniquilamiento de Rusia como potencia militar, los alemanes estimularon y apoyaron el movimiento separatista ucranio y el 28 de enero de 1918 Ucrania se declaró república independiente. Dicho sea de paso, tanto Francia como Gran Bretaña reconocieron la independencia de la República de Ucrania, creada con ayuda de los alemanes. La historia del Estado ucranio fué breve, pues el 8 de febrero las tropas comunistas ocuparon Kiev, su capital.

Mientras tanto, la conferencia de paz de Brest-Litovsk entró en una "impasse". Trotsky, quien negociaba en nombre del Gobierno Soviético, se negó a aceptar las condiciones alemanas, pero el 10 de febrero anunció que la guerra con Alemania había terminado y que el ejército ruso era desmovilizado. Por extraño que parezca, esta señal de desesperación produjo aprensión en Alemania. Le hizo creer en la posibilidad de que los Soviets buscasen una solución alternativa de la crisis. El general Ludendorff declara en sus *Memorias* su creencia de que Trotsky actuaba en esa época como un instrumento de la *Entente*. Cualquiera que fuese el propósito de la proclama de Trotsky, se malogró al parecer, pues Alemania replicó ordenando a sus tropas que avanzasen en Rusia.

El Gobierno Soviético se vió obligado a abandonar su resistencia a los términos de paz y el 3 de marzo firmó el Tratado de Brest-Litovsk.

Las condiciones de paz eran desastrosas para Rusia. La Polonia Oriental, Ucrania, Lituania, Estonia y Latvia pasaron a poder de Alemania y después de la derrota de las Potencias Centrales, los Aliados reconocieron a los tres Estados bálticos como repúblicas independientes. Anteriormente, en diciembre de 1917, el Gobierno Soviético había reconocido a Finlandia como Estado independiente. En el sur, tuvo que ceder parte de la Transcaucasia a Turquía. Las pérdidas de Rusia fueron enormes: el 26 por ciento de su población total, el 27 por ciento de su tierra cultivable, el 32 por ciento de sus cosechas, el 26 por ciento de su sistema ferroviario, el 33 por ciento de sus industrias manufactureras, el 73 por ciento de sus industrias de hierro, y el 75 por ciento de sus minas de carbón. Además de todo eso, tuvo que pagar una gran indemnización de guerra. Tales fueron los resultados de una guerra en la que las bajas rusas fueron de unos 2.500.000 soldados muertos o mutilados.

A pesar del desastre que había sufrido la nación, los bolcheviques podían contemplar con satisfacción el giro de los acontecimientos. Al firmar el tratado de paz consiguieron un período de respiro que necesitaban urgentemente y que les permitió reforzar su posición para romper oficialmente con los socialistas moderados. El Séptimo Congreso del Partido dió un paso pequeño pero importante al ratificar el Tratado de Brest-Litovsk y adoptar un nuevo nombre para la agrupación. Hasta entonces se llamaba ésta Partido Social-Demócrata Ruso y en adelante se llamó Partido Comunista Ruso. El cambio era un indicio concreto de que la línea política divisoria que existía anteriormente entre los partidos burgueses y los socialistas había sido movida hacia la izquierda para establecer un límite entre los comunistas y los socialistas. El cambio significaba, además, que el nuevo régimen había terminado de consolidar su posición. Para poner el toque final al rompimiento con el pasado, la capital fué transferida pronto de Petrogrado a Moscú.

4

Aunque el Gobierno Soviético pudo establecer su dominio sobre una Rusia aturdida y desmoralizada con una rapidez casi increíble, no pudo, por supuesto, desarraigar por completo todas las fuentes de oposición potenciales. Para tomar y conservar el poder habían recurrido los bolcheviques a medios duros y crueles que

sembraron inevitablemente el descontento y el resentimiento en ciertos sectores del país y entre diversos grupos de la población. A medida que se extendía el sentimiento de indignación contra el gobierno se fueron organizando los grupos opositores, que poco a poco establecieron relaciones mutuas. Mediante la fusión de sus fuerzas y el reclutamiento de los elementos disidentes, algunos de esos grupos opositores llegaron a ser con el tiempo lo bastante fuertes para rebelarse abiertamente contra el Gobierno Soviético. Los comunistas se vieron enfrentados, por lo tanto, con otra crisis: la guerra civil.

Las causas de la guerra civil fueron muchas y complejas. En la esfera política, los bolcheviques habían violado francamente el principio de democracia al disolver la Asamblea Constituyente. Era muy natural que los diputados debidamente elegidos —la mayoría de ellos social-revolucionarios— no sólo protestasen contra la acción del Gobierno Soviético, sino que también tratasen de formar un gobierno propio en oposición al de los comunistas. En lo que se refería a los militares, cierto número de oficiales del ejército imperial se negaban a aceptar la paz con Alemania, que consideraban perjudicial para los intereses del país y una traición a los aliados de Rusia, punto de vista compartido generalmente por los intelectuales y sobre todo por los estudiantes universitarios. Este grupo de oficiales organizó en el sur el llamado Ejército Voluntario y se puso en contacto con los cosacos del Don y del Kuban, quienes constituían tradicionalmente un grupo separado y privilegiado dentro del Imperio ruso. Como gozaban de cierta autonomía y eran algo más ricos que los campesinos rusos corrientes, los cosacos no estaban dispuestos a someterse sin lucha al gobierno comunista y desde el comienzo del conflicto se convirtieron en el eje de la contrarrevolución en el sur. Además, ciertos grupos nacionales, como los ucranios, los georgianos, los calmucos y otros, vieron en la revolución y en la desorganización subsiguiente la oportunidad para separarse de Rusia y establecerse como Estados autónomos, por lo que apoyaron de buena gana el movimiento contra el gobierno central.

Éste, como ya hemos visto, se había acarreado la enemistad de los campesinos —quienes constituían la mayor parte de la población rusa— cuando emprendió la confiscación directa de los alimentos y la aplicación de severas medidas represivas. Satisfechos con la promulgación del "Decreto sobre las Tierras", los campesinos habían aceptado tácitamente en un principio al Gobierno Soviético, a pesar de que el Partido Social Revolucionario era el que más había actuado entre ellos. En la primavera de 1918 casi toda la tierra utilizable, incluyendo las grandes propiedades

de la clase media y las pequeñas granjas particulares creadas por las leyes de Stolypin, ya había sido dividida entre las comunidades campesinas, aumentando en una tercera parte los lotes anteriores. Cuando terminó el período de ajuste y los agentes del gobierno comenzaron a aplicar restricciones cada vez más severas, la actitud de tolerancia pasiva de los campesinos fué desapareciendo. El gobierno recurrió a medidas cada vez más enérgicas para abastecer con alimentos a las ciudades, mientras aumentaba la resistencia de los campesinos a entregar sus cosechas sin una recompensa que no podían darles las autoridades centrales.

Impulsado por la necesidad absoluta de alimentar al ejército y al proletariado urbano y teniendo que hacer frente a la obstinada resistencia de los campesinos que debían proporcionar el alimento, el Gobierno Soviético tenía que encontrar una solución inmediata del dilema. Si había de sobrevivir, le era necesario vencer la oposición de los campesinos. En consecuencia ideó un método para neutralizar la fuerza de aquéllos dividiendo la población agraria en categorías separadas y poniendo a un grupo contra otro. Esa división se realizó mediante la creación de "Comisiones de los pobres". Los habitantes de las aldeas fueron clasificados en dos grupos; formaban uno de ellos los campesinos más ricos (*kulaki*, o campesinos ricos, y *seredniaki,* campesinos medios) y el otro los campesinos pobres (*bedniaki,* que no poseían ganado ni depósitos de grano). Los comunistas entregaron luego la autoridad en los asuntos de la aldea a los campesinos pobres, quienes debían constituir comisiones encargadas de vigilar para que los campesinos más ricos no ocultasen el grano a los recaudadores del gobierno; se les autorizó, además, a quedarse con el exceso de grano o de ganado descubierto. De este modo consiguieron implantar en las aldeas la "lucha de clases".

El lema "saquear a los saqueadores", con el que los campesinos ricos y pobres igualmente habían justificado el reparto de las tierras de los grandes terratenientes, se volvía ahora contra muchos de los que se habían aprovechado de él al principio, labradores que no poseían más que unas pocas hectáreas y dos o tres cabezas de ganado. Los Comités de los Pobres trabajaron con decisión y al poco tiempo habían producido una grave desorganización en la agricultura y grandes dificultades para todas las clases. Pero los comunistas consiguieron uno de sus propósitos. La lucha revolucionaria, transferida de ese modo al mismo corazón de la comunidad campesina, absorbió por completo la atención de la clase labradora y el gobierno quedó en libertad para consagrarse a otros planes. Los Comités de los Pobres se habían convertido en el apoyo principal de los comunistas en las aldeas.

En vista de las dificultades del gobierno y de los medios a que acudió para hacer frente a la situación, los blancos tuvieron una gran oportunidad para conseguir el apoyo de los campesinos ricos y medios. No obstante, y casi sin excepción, no supieron explotar esa ventaja. Cuando expulsaban a los rojos de una región, los gobiernos blancos restablecían por lo general las leyes que estaban en vigor con anterioridad al mes de noviembre. Esto significaba, desde luego, que los anteriores propietarios de las grandes estancias podían volver y desalojar a quienes habían ocupado su tierra, lo que provocaba la indignación de todos los campesinos, ricos y pobres igualmente. Éstos se encontraban, por lo tanto, entre dos fuerzas, a ninguna de las cuales deseaban apoyar. En ciertas zonas agrícolas trataron a veces de organizar un gobierno propio que no fuera rojo ni blanco, un gobierno "verde", como ellos lo llamaban, que sirviera a sus intereses y los protegiera contra los otros contendientes. En su conjunto, empero, los campesinos se mostraron indecisos y actuaron según lo exigía la ocasión, apoyando unas veces a los blancos para liberarse de los rojos y otras a los rojos para expulsar a los blancos.

Al estudiar este período se observa un hecho político muy curioso. Aunque la mayoría de los gobiernos blancos eran definidamente conservadores y se extendieron por diferentes partes de Rusia, seguían distintas ideologías políticas y eran dirigidos por representantes de muchos grupos, ninguno de ellos trató nunca de restaurar el zarismo. Esto puede explicarse en parte porque el destronamiento del zarismo en 1917 había sido legalizado por el último zar al abdicar en favor de su hermano Miguel. Éste no aceptó el trono y más tarde desapareció, secuestrado y probablemente asesinado por los revolucionarios. Nicolás II, su esposa y sus hijos fueron asesinados por los bolcheviques en Ekaterinburg (ahora Sverdlovsk) el 16 de julio de 1918, y otros miembros de la familia imperial fueron también muertos o huyeron al destierro. El Gran Duque Nicolás, ex generalísimo de los ejércitos rusos, era el único de los grandes duques sobrevivientes que gozaba de popularidad, pero no podía pensar en aceptar el trono. El Duque Cirilo, quien iba a asumir más tarde el título imperial entre los emigrados, era demasiado cauteloso para correr el riesgo de ponerse al frente de Rusia en plena guerra civil. Entre los otros grandes duques había probablemente algunos que habrían aceptado de buena gana el título de zar, pero nadie se cuidó de apoyar sus pretensiones. En consecuencia parece que una de las razones principales para que no se produjese un movimiento eficaz en favor de la restauración, durante la guerra civil, fué la falta de un candidato adecuado. Había además otras razones. En ningún momento mostró

la gran masa de la población entusiasmo alguno por la idea del retorno de la monarquía. Finalmente, los caudillos más influyentes de los ejércitos blancos no tenían inclinaciones monárquicas y aquéllos de sus partidarios que las tenían temían exponerlas francamente.

Contra la opinión general, muy extendida en los Estados Unidos sobre todo, los blancos no eran zaristas, por lo menos oficialmente. El gobierno de Samara, formado por miembros de la Asamblea Constituyente, era claramente republicano y hasta moderadamente socialista por su tono. En el caso de conseguir la victoria, los caudillos principales de los ejércitos blancos, el general Denikin en el sur y el almirante Kolchak en Siberia, se proponían establecer un fuerte gobierno militar para el período de transición y luego convocar una Asamblea Nacional. Durante todo el período los blancos lucharon principalmente contra el comunismo y el socialismo más bien que contra la forma constitucional o republicana de gobierno.

5

La intervención extranjera complicó mucho las consecuencias fundamentales y el mismo curso de la guerra civil. Parece ser una ley histórica que en un conflicto del alcance y la magnitud de la primera guerra mundial ningún país ligado por alianzas puede cesar impunemente las hostilidades antes de la terminación general de la guerra. Aunque tanto el gobierno como el pueblo ruso se imaginaban que habían conseguido apartarse de la matanza, en realidad los alemanes y los Aliados siguieron luchando contra Rusia en su propio suelo. Los Aliados se hallaban muy irritados por la cancelación de las deudas y obligaciones externas de Rusia, anunciada por el Gobierno Soviético en febrero de 1918, y todavía más, desde luego, por la paz separada que habían firmado los Soviets con Alemania. La mayoría de los estadistas aliados se negaron a reconocer esa paz aún después de firmarse el Tratado de Brest-Litovsk y trazaron planes para restablecer el frente oriental con o sin el consentimiento del Gobierno Soviético y, si era necesario, hasta contra la voluntad del pueblo ruso. Esta decisión llegó al extremo de que los franceses sugirieron un plan para que el Japón enviase tropas a través de Siberia con objeto de combatir a los alemanes, plan que no se materializó a causa de la oposición de los Estados Unidos.

Además de estos problemas generales suscitados por la actitud de los Soviets había ciertas tareas concretas en Rusia que exigían

la atención inmediata de los Aliados. Cuando estalló la revolución, grandes depósitos de municiones compradas por la Rusia imperial en los Estados Unidos, Gran Bretaña y el Japón, se habían acumulado en los puertos nórdicos de Murmansk y Arcángel, así como en el Vladivostok, en el Pacífico. Los Aliados no deseaban ciertamente que esa gran cantidad de material precioso cayese en poder de los comunistas. Además del peligro de que los revolucionarios se apoderasen de esos abastecimientos, los alemanes se hallaban en posición de capturar los depósitos de Murmansk. A principios de 1918 estalló la guerra civil entre los rojos y los blancos en Finlandia, y los blancos, encabezados por el general Mannerheim, habían pedido la ayuda de Alemania. Con esa ayuda derrotaron pronto a los rojos y las tropas alemanas se dirigían ya hacia Murmansk.

Los Aliados tenían que actuar rápidamente y en abril de 1918 desembarcaron sus tropas en Murmansk y poco después en Arcángel.

No existía ciertamente el peligro de que los alemanes penetrasen hasta Vladivostok, pero los Aliados ansiaban también apoderarse de los depósitos de aquel puerto. En consecuencia, idearon un pretexto aceptable. Se dijo que, según la información de que disponían los Aliados, el Gobierno Soviético se proponía liberar a los prisioneros alemanes y magiares de los campos de concentración de Siberia, en que estaban confinados, y armarlos para luchar contra los Aliados. Las investigaciones subsiguientes demostraron que esos rumores habían sido inventados; el número de prisioneros puestos en libertad era insignificante y, además, sólo lo habían sido los que aceptaban el comunismo y accedían a ingresar en el Ejército Rojo. Sin embargo, los contingentes aliados trataron de adelantarse a esa amenaza no existente desembarcando en Vladivostok en abril de 1918. El 15 de septiembre de 1919 había ya en el Lejano Oriente ruso 60.000 soldados japoneses, 8.477 norteamericanos, 1.429 británicos, 1.400 italianos y 1.076 franceses.

Debe advertirse que no existía, ni mucho menos, un acuerdo completo entre los Aliados con respecto a los objetivos de la intervención. Si bien originariamente se alegó como motivo principal el deseo de defender los depósitos militares contra su posible captura por los alemanes, más tarde los británicos y los franceses establecieron relaciones estrechas con las fuerzas anticomunistas y emprendieron una cruzada contra el comunismo. La actitud de los Estados Unidos fué algo distinta. Considerando la presencia de las tropas norteamericanas en Siberia ante todo como un obstáculo para las aspiraciones japonesas a establecer una base propia en aquella zona, el presidente Wilson dió instrucciones a los coman-

dantes norteamericanos para que permanecieran neutrales en la guerra civil rusa y sólo ayudaban directamente a los checoslovacos. Ahora bien, como los checoslovacos lucharon directamente contra los comunistas hasta noviembre de 1918, era difícil mantener una verdadera neutralidad.

La anábasis checa fué uno de los episodios más espectaculares de la guerra civil. Entre los soldados austríacos capturados por los rusos antes de la revolución había un número importante de checos, quienes, como súbditos del emperador austríaco, habían sido reclutados y enviados al frente. Inspirados por la esperanza de establecer un Estado checo independiente, muchos de ellos accedieron a constituir una brigada especial para ayudar al ejército ruso en el verano de 1917 y tomaron parte en la ofensiva de Kerensky contra las Potencias Centrales. Cuando Rusia se retiró de la guerra, esas tropas checoslovacas, que en esa época alcanzaban a cuarenta mil hombres, pidieron que se las retirase al frente occidental para seguir luchando contra Alemania y sus aliados, lo que significaba que tenían que ser transportadas a través de toda la Siberia en la primera etapa de su viaje alrededor del mundo. En mayo de 1918 llegaron las primeras unidades a Vladivostok, mientras el resto atravesaba todavía el continente y las últimas no habían cruzado todavía el Volga. Al parecer bajo la influencia del embajador alemán en Moscú, conde Mirbach, Trotsky ordenó que los checos fuesen desarmados. Ellos accedieron, pero cuando llegó una nueva orden de Moscú disponiendo que fuesen internados como prisioneros de guerra, se levantaron contra los comunistas. Durante la primera parte de junio de 1918 se apoderaron de todas las ciudades principales entre Samara y Vladivostok, golpe al que siguió muy pronto una revuelta política contra los comunistas en toda la Rusia oriental y Siberia.

Mientras los Aliados intervenían en el norte y el Lejano Oriente —y, por medio de los checos, a lo largo de todo el Ferrocarril Transiberiano—, los alemanes no perdieron tiempo para ocupar las regiones meridionales. Desde luego, no se trataba técnicamente de una intervención en los asuntos rusos, puesto que en virtud del Tratado de Brest-Litovsk el Gobierno Soviético había reconocido la independencia de Ucrania. En realidad, empero, los rojos ucranios que se veían obligados a retirarse ante la nueva embestida alemana formaban parte del movimiento comunista de toda Rusia. Al acudir oficialmente a Ucrania en respuesta al pedido de ayuda del gobierno ucranio emigrado, las tropas germanas vencieron rápidamente la resistencia esporádica del Ejército Rojo mal organizado y ocuparon Kiev al mismo tiempo que los austríacos tomaban Odesa, en abril de 1918. En un nuevo avance de los alemanes hasta

el Don cayó en su poder la ciudad de Rostov el 8 de mayo. El atamán Krasnov entró inmediatamente en negociaciones con los invasores, quienes, ansiosos por aprovechar una oportunidad para explotar económicamente el sur de Rusia, accedieron de buena gana a apoyarlo con armas y municiones en su lucha contra los comunistas. Mientras sucedía todo esto en el sur, en Moscú los alemanes, por medio de su primer embajador, conde Mirbach, expresaban su amistad al Gobierno Soviético. El 23 de abril las fuerzas germanas de ocupación firmaron con el gobierno ucranio un tratado económico que les aseguraba los derechos sobre los ricos tesoros naturales que codiciaban. Restablecieron a los terratenientes en sus propiedades y pronto arrojaron del gobierno ucranio a los miembros socialistas. Poco tiempo después el general Skoropadsmy fué proclamado jefe de un gobierno que era en realidad un títere de Alemania.

Aunque Alemania pudo alegar cierta apariencia de justificación legal para la ocupación de Ucrania, con la toma de Rostov en la zona del Don, la ocupación de toda Crimea y la incursión en la Transcaucasia violó clara y abiertamente los límites del Estado soviético que había reconocido oficialmente. La expansión alemana en el sur fué un reconocimiento cínico del hecho de que el Gobierno Soviético no podía hacer frente en aquel momento a las instrucciones mediante la fuerza de las armas.

6

Aunque la extensión total del territorio sujeto al dominio del Gobierno Soviético se redujo a causa de los movimientos contrarrevolucionarios en el sur, el sudoeste y el este, dentro de ese círculo de enemigos los comunistas habían extendido su poder a mediados de 1918 no sólo a las ciudades, sino también a los distritos rurales. Para reconquistar las regiones rebeladas emprendieron la reorganización del Ejército Rojo, que todavía no era una fuerza combatiente eficaz. Al cabo de unos pocos meses cambió toda su estructura. Trotsky fué designado jefe del Comité Militar Revolucionario —el Departamento de Guerra— y en junio de 1918 decidió el gobierno crear un nuevo ejército a base del servicio obligatorio. Los Comités de Soldados constituídos en 1917 fueron abolidos y remplazados por "células comunistas" dirigidas por comisarios políticos y compuestas de miembros del Partido y que tenían a su cargo el mantenimiento de la disciplina más estricta.

A los generales y oficiales del antiguo ejército imperial se les confirió la tarea de reorganizar el Ejército Rojo tomando como

modelo al del zar y, aunque algunos comunistas fueron ascendidos a rangos superiores, la mayoría de los oficiales del nuevo ejército había pertenecido al viejo. Hasta el Alto Comando del Ejército Rojo durante la guerra civil estuvo en su mayor parte en manos de esos soldados adiestrados, hombres como el coronel S. S. Kamenev[1], del anterior estado mayor imperial, si bien surgieron nuevos jefes, entre ellos el entonces teniente Tukhachevsky, el sargento Budenny y el teniente Frunze. La falta de otros medios de vida, el hábito del servicio militar profesional y el temor a la Cheka fueron quizá los motivos principales que impulsaron a los oficiales del ejército imperial desmovilizado a ponerse al servicio del Ejército Rojo. Una vez alistados en él era un asunto de propia conservación el servir de buena fe, pues en el caso de ser capturados sufrían las represalias de las fuerzas anticomunistas, y, en realidad, muchos oficiales rojos eran fusilados cuando caían en manos de los blancos. Además, esos hombres sabían muy bien que la traición al Gobierno Soviético significaba la represalia en los miembros de sus familias, mantenidos por la Cheka como rehenes para asegurar su lealtad.

De una manera paradójica, fué la misma guerra civil la que transformó al Ejército Rojo en una buena organización combatiente y al Gobierno Soviético en un fuerte poder centralizado. Aunque la conscripción de 1918 sólo consiguió reunir a la mitad de los hombres convocados, en noviembre de ese año contaban ya los Soviets con un ejército de cuatrocientos mil soldados con una dirección competente. Los esfuerzos de los anticomunistas habían producido en la realidad un resultado diametralmente opuesto al que se proponían. Al constituirse en una amenaza para la estabilidad del régimen comunista habían provocado directamente la formación de un fuerte poder militar sometido a la voluntad del Gobierno Soviético.

La cuenca del Don y la zona del norte del Cáucaso fueron los teatros principales de las operaciones militares en la primavera y el verano de 1918. En el invierno de 1917-18 el general Alexeiev y el general Kornilov —quienes habían sido anteriormente comandantes en jefe de los ejércitos rusos— iniciaron la organización de una fuerza para luchar contra los bolcheviques. Inmediatamente después de la revolución de noviembre salió Alexeiev de Petrogrado con dirección al Don, donde se encontró con su amigo personal Kaledin, atamán de los cosacos del Don, quien le permitió reclutar en aquella zona un ejército de voluntarios, con tal de que

[1] S. S. Kamenev no debe ser confundido con L. B. Kamenev (Rosenfeld), destacado dirigente comunista que más tarde llegó a ser uno de los caudillos principales de la oposición.

la organización fuese mantenida en secreto. Kornilov, quien había sido encarcelado por Kerensky después de su intento de rebelión de septiembre de 1917, huyó pocas semanas después del levantamiento bolchevique y se unió a Alexeiev en la región del Don. Mientras ambos organizaban a sus oficiales en el Don, otra división de oficiales, completamente independiente de la anterior, se formaba a retaguardia del Ejército Rojo en la frontera de Rumania. Ambos grupos de oficiales tenían los mismos motivos para luchar contra el Gobierno Soviético. Los impulsaban, por supuesto, sus convicciones políticas, pero además había razones profesionales para su oposición: las aspiraciones que todavía mantenían de reconstruir el antiguo ejército ruso y seguir la lucha contra Alemania para restaurar el honor nacional a los ojos de los Aliados, quienes, en su opinión, habían sido traicionados por el Gobierno Soviético.

Sin embargo, el Ejército Voluntario no creció rápidamente. Sólo se alistaban unos setenta y cinco reclutas por día, la mayoría de ellos oficiales, cadetes, estudiantes. No tenían cañones, fusiles ni municiones y los fondos inseguros que recibían en forma de donaciones privadas de los simpatizantes de Moscú y otras ciudades llegaban en pequeñas cantidades por canales secretos difíciles. En total, el general Alexeiev sólo recibió unos cinco millones de rublos depreciados durante el invierno de 1917-18. Teniendo que vencer tantos obstáculos, el Ejército Voluntario no estuvo preparado para iniciar la campaña contra los comunistas hasta los primeros meses de 1918. El Supremo Comando del movimiento anticomunista fué delegado en esa época a un triunvirato compuesto por Alexeiev, el promotor principal del grupo, Kornilov, comandante en jefe de las operaciones militares, y Kaledin, atamán de los cosacos del Don. No obstante, cuando estos últimos se mostraron poco deseosos de luchar contra las fuerzas soviéticas, Kaledin se suicidó el 11 de febrero de ese año. Sin el apoyo de los cosacos que había prometido Kaledin, el Ejército Voluntario, reducido a un grupo harapiento de no más de cuatro mil hombres mal armados y equipados y carentes de fondos, no tuvo otra alternativa que retirarse hacia el sur, al valle del Kuban y a lo largo de las vertientes septentrionales de las montañas caucásicas.

El Ejército Voluntario, bajo la dirección de Kornilov, emprendió el 22 de febrero una campaña en el distrito del Kuban con el objeto de unirse a las fuerzas cosacas aisladas que se habían levantado contra los comunistas. Después de más de un mes de reñida lucha contra fuerzas del Ejército Rojo muy superiores, Kornilov consiguió llegar finalmente al pequeño ejército del Kuban y, una vez reunidos los dos grupos, decidió atacar a Ekaterinodar (ahora Krasnodar), el cuartel general del ejército comunista en el Kuban.

El primer ataque fracasó y la víspera del segundo intento murió Kornilov. Este segundo ataque, a las órdenes del general Denikin, quien sustituyó a Kornilov como comandante en jefe, fracasó igualmente y el Ejército Voluntario tuvo que retirarse de Ekaterinodar al valle del Don, donde el régimen comunista se había hecho muy impopular. A pesar de que el ejército de Denikin había sufrido una grave derrota y muchas bajas, aumentaba constantemente la llegada de voluntarios y era mayor que al comienzo de la campaña, pues alcanzaba a más de cinco mil soldados además de mil quinientos heridos evacuados con las fuerzas en retirada.

A mediados de abril los cosacos del Don, que antes se habían negado a unirse a la oposición, se alzaron contra los bolcheviques y los expulsaron de Novocherkassk. La ciudad cambió de mano varias veces antes de quedar finalmente en poder de los cosacos gracias a la llegada oportuna de una brigada de voluntarios que había librado una campaña difícil a través de todo el sur de Rusia desde Rumania.

Las fuerzas anticomunistas, aunque tuvieron algunos éxitos militares en esa época, no pudieron estableced una cooperación eficaz entre ellas. El 11 de mayo una asamblea de cosacos eligió atamán al general Krasnov, y éste, como hemos visto, con la esperanza de conseguir armas y municiones, entró en negociaciones con los alemanes. Denikin, el jefe del otro grupo importante, era ardientemente aliadófilo, sentimiento que compartían los cosacos del Kuban. Mas a pesar de esta falta de coordinación entre el Ejército Voluntario y el del Kuban por una parte y el ejército del Don por la otra, los tres consiguieron en el verano de 1918 expulsar a los bolcheviques de las zonas del Don y del Kuban. El Gobierno Soviético no estaba en aquel momento en situación de enviar más tropas al sur, pues ocupaba su atención la rebelión de los checoslovacos más allá del Volga, rebelión que tenía ya importantes repercusiones tanto en Siberia como en la región del Volga.

El plan para derribar al Gobierno Soviético en Siberia fué organizado mediante la estrecha cooperación de dos grupos opositores, las asociaciones secretas de ex oficiales y el Partido Socialista Revolucionario, excluído del poder por los bolcheviques. Siberia era un terreno fértil para la oposición. Entre los cosacos del Ural se había extendido el descontento con la política soviética y el mismo gobierno había provocado la animosidad de los campesinos con su programa de confiscación del grano. Después de la rebelión checa, muchos empleados de las poderosas cooperativas campesinas —la mayoría de los cuales eran socialistas revolucionarios— entraron en estrechas relaciones con los checos, que eran predominantemente socialistas. En Samara (ahora Kuibyshev) se formó

un gobierno compuesto de treinta y cuatro miembros socialistas de la Asamblea Constituyente bajo la presidencia de V. M. Chernov, quien había presidido también la Asamblea de 1918. Este gobierno, aunque débil, trató de organizar un Ejército del Pueblo, fuerza combatiente que demostró poseer todos los defectos del ejército de Kerensky. Consiguió escasa ayuda de los campesinos, quienes no confiaban en él porque el programa agrario de los socialistas apenas se difrenciaba del de los comunistas contra el cual se había rebelado.

Aunque el Ejército del Pueblo consiguió el apoyo de los checos y de los cosacos locales y en agosto de 1918 estableció un frente de batalla entre el este y el oeste de Rusia a lo largo de los ríos Volga y Kama, pronto se inició el desbande de las fuerzas anticomunistas. El gobierno de Samara obtuvo un triunfo breve al tomar la ciudad de Kazán y apoderarse de 317.000.000 de dólares de la reserva de oro del Banco del Estado de Rusia, pero el ejército se vió obligado pronto a retirarse ante el contraataque del Ejército Rojo. Mientras tanto, otro gobierno compuesto de elementos más conservadores se constituyó en Omsk y fué aumentando su poder poco a poco con el apoyo de las cooperativas campesinas de Siberia. Este Gobierno Siberiano, como era llamado, después de la derrota del Ejército del Pueblo en el otoño de 1918, se puso al frente de las fuerzas anticomunistas en toda la extensión de Siberia hasta el lago Baikal. El 23 de septiembre se unieron oficialmente los gobiernos de Samara y Siberia para formar un Directorio de cinco personas en el que dominaban los socialistas revolucionarios. Se hicieron esfuerzos para que el general Alexeiev, quien estaba entonces en el sur de Rusia, se pusiese al frente del movimiento, pero falleció antes de que terminaran las gestiones.

7

En el otoño de 1918 la situación del Gobierno Soviético parecía desesperada. De todos los territorios que poseía anteriormente el Imperio sólo ejercía el poder en la parte central de la Rusia europea. El resto de la antigua Rusia se hallaba dividido en pequeños segmentos que luchaban entre sí y contra el Estado. En el sur, Ucrania estaba ocupada por los alemanes y los austríacos; el valle del Don se había independizado de los comunistas y mantenía relaciones amistosas con los alemanes; la zona del Kuban se hallaba libre de fuerzas bolcheviques y se oponía a los alemanes; la región meridional del Ural y Siberia estaban dominadas por los checoslovacos y el Directorio y constituían una amenaza potencial para

Alemania; el extremo norte y el extremo este habían sido ocupados por las fuerzas aliadas. Rusia, bajo el gobierno de los Soviets, quedó reducida a los límites de la Moscovia de comienzos del siglo XIV. En aquel momento, cuando la suerte del Gobierno Soviético llegaba a su momento más crítico, terminó la guerra mundial con la capitulación de Alemania el 11 de noviembre de 1918.

El armisticio produjo efectos inesperados en los asuntos de Rusia. En apariencia, ese cambio súbito de los acontecimientos favorecía la política de los dirigentes aliados que preconizaban una campaña contra el comunismo. Todo el poder militar de las Potencias Aliadas podía emplearse para asestar un golpe aplastante a los bolcheviques, quienes, en opinión de los vencedores, habían traicionado a la causa común firmando una paz por separado con Alemania en marzo de 1918. Sin embargo, ese golpe no iba a ser descargado. Por lo contrario, la derrota de las Potencias Centrales favoreció mucho al Gobierno Soviético. Como lo había hecho el ejército ruso el año anterior, los alemanes que ocupaban Ucrania y apoyaban a su gobierno efímero se retiraron de ese territorio en un estado de completa desmoralización. Los anticomunistas esperaban que después de que los Aliados habían obligado a los alemanes a evacuar el sur de Rusia, ellos ocuparían esa zona antes que dejarla expuesta a los ejércitos comunistas, pero contra lo que esperaban los blancos, no aparecieron allí las tropas aliadas. Como el gobierno ucranio encabezado por Skoropadsky no había obtenido permiso de los alemanes para mantener fuerzas propias, pocas semanas después de la evacuación de aquéllos fué derribado por el dirigente socialista ucranio Petlura. Destacamentos de tropas francesas ocuparon Odesa el 18 de diciembre de 1918; pero para entonces había pasado la oportunidad de apoderarse del dominio abandonado por los germanos. Habría sido necesaria una fuerza considerable para reconquistar la Rusia meridional y los Aliados no se hallaban en situación de emprender otra campaña militar.

Cierto número de circunstancias hicieron imposible una intervención aliada en gran escala. Los soldados de los ejércitos aliados se hallaban cansados y ansiosos por volver a las condiciones de paz; no deseaban ciertamente intervenir en una nueva guerra. Se habían producido complicaciones entre los británicos y los franceses quienes no podían llegar a un acuerdo sobre la política que debían seguir en su zona. Aunque diferían en su cálculo con respecto a las fuerzas de que podían disponer en el sur de Rusia, ni los británicos ni los franceses tenían nada parecido a una confianza completa en el movimiento anticomunista con el que habrían debido cooperar. Esta división entre los Aliados más interesados por

la situación tuvo como consecuencia una acción dispersa y desorganizada.

Toda la Rusia meridional fué dividida por los Aliados en una zona de influencia británica y otra francesa, separadas aproximadamente por el área del Don. Los británicos, por su parte, no emprendieron operaciones militares en una escala importante y se limitaron a ocupar la Transcaucasia. A fines de noviembre de 1918 un destacamento británico ocupó Bakú, el centro de la industria petrolífera en el Caspio, y un mes después se apoderó de Batum, estación terminal del oleoducto transcaucásico. Aunque los británicos no emprendieron operaciones militares serias contra los rusos, los representantes del gobierno de Londres prestaron ayuda al Ejército Voluntario en la forma de abastecimientos bélicos y armamentos. En el territorio bajo su dominio, los franceses realizaron una acción más agresiva. El 13 de marzo de 1919 se proclamaron la autoridad suprema en la zona de Odesa y con el apoyo de las fuerzas rusas locales emprendieron operaciones contra los bolcheviques. Esta política de atacar directamente a los ejércitos soviéticos terminó en un fracaso completo. Los soldados franceses cayeron pronto bajo la influencia de la propaganda comunista y se negaron a luchar contra el Ejército Rojo. El comando francés terminó por no poder confiar en sus tropas y con el tiempo un ejército comunista relativamente débil los arrojó por completo del sur de Rusia.

El armisticio en el frente occidental afectó también a los acontecimientos subsiguientes en Siberia. Con la terminación de la guerra mundial, los Aliados perdieron, por supuesto, su interés por la creación de un frente a lo largo del Volga, y las tropas checas que habían combatido en esa zona se desanimaron en su lucha contra los comunistas, que no constituía más que un episodio de su beligerancia contra las Potencias Centrales. Se los indujo con dificultad a permanecer en Siberia para proteger el Ferrocarril Transiberiano mientras los Aliados procuraban resolver sus dificultades con los rusos por medios diplomáticos. Durante el invierno de 1918-19 se discutió la situación de Rusia en la Conferencia de Paz de París. El 22 de junio de 1919 invitó el presidente Wilson "a todos los grupos organizados que ejercen ahora o tratan de ejercer la autoridad política o el dominio militar en Rusia" a enviar representantes a una conferencia que se reuniría en la isla de Prinkipo, en el Mar de Mármara, observando mientras tanto una tregua.

Así, pues, al cabo de unos pocos meses había cambiado por completo la situación desesperada a que hacía frente el Gobierno Soviético. Los comunistas, así como los anticomunistas, eran invi-

tados a una conferencia para estudiar el futuro de Rusia. Los comunistas aceptaron inmediatamente la propuesta del presidente Wilson, pues esa conferencia prometía aliviarlos de la terrible presión tanto de la oposición dentro de los territorios nacionales como del círculo de enemigos externos trazado a su alrededor. Sin embargo, todas las fuerzas anticomunistas rechazaron la invitación, que consideraron insultante. Se negaron a negociar con un grupo que, en su opinión, había usurpado el poder político en el país, entregado a Rusia a las Potencias Centrales y en aquel momento realizaba una política intolerable en el territorio bajo su dominio. Desde su punto de vista, la conferencia propuesta significaría el reconocimiento indirecto del Gobierno Soviético por la *Entente* y daría a los comunistas gran apoyo moral.

8

El Gobierno Soviético, inclusive después de haberse salvado de lo que parecía una destrucción inminente gracias a la terminación de la guerra mundial, tenía por delante la tarea de someter a su autoridad a toda Rusia. Su posición política había mejorado fundamentalmente, pero el año 1919 fué decisivo desde el punto de vista militar. El hecho de que saliera finalmente victorioso se debió en gran parte a la falta de cooperación entre los dos dirigentes principales de la oposición, Denikin y Kolchak, por una parte, y entre Denikin y los ucranios por la otra. Denikin, firme defensor del gobierno centralizado, era políticamente un inepto que hasta trató de cercenar la autonomía de los cosacos del Kuban, sus fieles aliados. Ayudado por los fracasos y errores de sus enemigos, el Gobierno Soviético pudo actuar contra cada uno de ellos por separado y derrotarlos a todos sucesivamente.

En un *coup d'état* del 18 de noviembre de 1918, Kolchak asumió la jefatura del gobierno de Siberia. Era un hombre valiente y, desde su punto de vista, un patriota, pero no tenía cualidades para la difícil tarea de un dictador. A pesar de ser un jefe naval capaz no era ni estratego ni diplomático, cosas ambas necesarias para triunfar en su puesto. La sutileza diplomática era particularmente esencial si había de manejar los delicados problemas que surgían constantemente en la tarea de organizar la ayuda de los legionarios checos y los Aliados. Además, Kolchak no conocía la Siberia ni la población con la que tenía que trabajar. Sus subordinados no estaban unidos a él por los lazos del afecto personal, como sucedía con los jefes de los ejércitos del sur. Su *coup d'état* de noviembre provocó la oposición del Partido Socialista Revolucionario, el cual

se puso inmediatamente a socavar su poder mediante propaganda adversa entre los checos y los campesinos.

A pesar de las dificultades con que tropezó, Kolchak lanzó una ofensiva contra el Gobierno Soviético y durante los primeros meses de su dictadura le favoreció la suerte de la guerra. Tomó la ciudad de Perm y en marzo de 1919 cayó Ufa en su poder. Persiguiendo a los ejércitos comunistas que se retiraban en desorden, las fuerzas de Kolchak llegaron a una línea que pasaba por Glazov, Buzuluk, Orenburg y Uralsk.

Los éxitos militares de Kolchak impresionaron naturalmente a los Aliados. El 26 de mayo de 1919, el Consejo Supremo con sede en París le informó que los Aliados "estaban dispuestos a ayudar al gobierno del almirante Kolchak y sus asociados con municiones, pertrechos y alimentos, para que se estableciesen como gobierno de toda Rusia". A cambio, pedían al almirante Kolchak y sus asociados que aceptasen ciertas condiciones, de acuerdo con las cuales recibirían una ayuda constante. Estas condiciones incluían las siguientes promesas: (1) convocar a una Asamblea Constituyente; (2) permitir inmediatamente en todas las zonas dominadas por ellos elecciones libres en las asambleas locales; (3) no restablecer los privilegios especiales de ninguna clase ni orden en Rusia; (4) reconocer la independencia de Finlandia y Polonia; (5) reconocer el derecho de la Conferencia de Paz a decidir la situación de Besarabia; (7) la inclusión del futuro gobierno ruso en la Sociedad de Naciones. El almirante Kolchak respondió que la convocatoria de una Asamblea Constituyente sería su primera orden una vez vencidos los comunistas; que no objetaba la independencia de Polonia, pero la futura frontera ruso-polaca y los problemas de Finlandia y Besarabia serían decididos por la Asamblea Constituyente rusa. Aceptaba la autonomía de las regiones bálticas y caucásica y con respecto a los problemas de la política rusa interna daba seguridades de que no se volvería al antiguo régimen. El Consejo Supremo acogió bien esa respuesta y replicó que los Aliados "deseaban extender al almirante Kolchak y sus asociados el apoyo prometido en su primera carta" del 12 de junio de 1919. Para coronar el buen éxito, el general Denikin proclamó el mismo día su sumisión a Kolchak como gobernante supremo.

La posición diplomática de Kolchak era, pues, excelente, pero el apoyo de los Aliados no iba a ser un factor decisivo en la lucha. Ese factor decisivo iba a ser la estrategia militar entre el almirante y los jefes soviéticos. Contra 110.000 soldados soviéticos podía lanzar Kolchak unos 125.000 hombres divididos en varias unidades, la más fuerte y mejor equipada de las cuales era el ejército del norte a las órdenes del general Gayda, un checo. El plan maestro de

Kolchak consistía en lanzar la mayor parte de sus fuerzas tras de aquel ejército, que trataría de unirse con el británico en el litoral del Mar Blanco. La adopción de ese plan constituyó un error. Hizo imposible una acción eficaz para llevar a cabo la unión con el ejército de Denikin en el sur y, al mismo tiempo, creó un punto débil en el mismo centro del frente de Kolchak. Dándose cuenta del error cometido por sus enemigos, los jefes del Ejército Rojo lanzaron inmediatamente un afortunado contraataque en el centro de la línea. La ofensiva de Kolchak se derrumbó rápidamente cuando el ejército del norte, temiendo quedar aislado por el avance soviético, se retiró hacia el este con el resto de las fuerzas de Kolchak.

La victoria en el frente de Siberia permitió al Gobierno Soviético lanzar las mejores tropas del Ejército Rojo contra Denikin y emprender nuevas operaciones contra las fuerzas anticomunistas. En el invierno de 1918-19 el ejército voluntario de Denikin había ocupado a las tropas del gobierno en el sur de Rusia. A mediados de mayo, aprovechando la extensa revuelta de los campesinos contra los Soviets, los ejércitos de Denikin, que sumaban ya unos 150.000 hombres, pudieron lanzar una ofensiva contra Moscú. En junio ocuparon varias ciudades importantes del sur: Kharkov Ekaterinoslav (ahora Dniepropetrovsk) y Tsaritsyn (ahora Stalin grado). Fué en ese momento cuando los rojos pudieron disponer de fuerzas suficientes para dedicar toda su atención a Denikin. El primer contraataque del Ejército Rojo fracasó, no obstante, y a mediados de octubre los voluntarios alcanzaron el límite de su avance en una línea que pasaba por Voronezh, Orel, Chernigov, Kiev y Odesa. Al mismo tiempo, en el norte, el ejército del general Yudenich, con su base en Estonia, ocupó Gatchina y lanzó un ataque contra Petrogrado.

A pesar de luchar activamente en cuatro frentes separados —Siberia, el sur de Rusia, Petrogrado y Arcángel— el Ejército Rojo fué capaz de aplastar a las tropas de Denikin. El levantamiento campesino, que al principio preparó el camino para el avance de los blancos, se volvió contra ellos y los hizo retirarse rápidamente hasta los puertos del Mar Negro, donde se vieron obligados finalmente a pedir la ayuda británica para evacuar las tropas, sus familias y los heridos. El 27 de marzo de 1920 abandonaron Novorossiisk, y los restos del ejército voluntario, así como la mayor parte de los cosacos del Don y del Kuban, fueron transportados por mar a la península de Crimea. El derrotado Denikin renunció a su cargo de comandante en jefe y el general Wrangel fué designado su sucesor.

Eutre tanto, el destino de Kolchak estaba ya sellado, pues la

desintegración completa de sus fuerzas era evidentemente sólo cuestión de tiempo. El apoyo de los Aliados, del que dependía y que se le había prometido en la declaración de junio de 1919, nunca se materializó. Su gobierno fué hostigado en toda Siberia por los campesinos sublevados por los socialistas revolucionarios. Para mayor confusión, el único medio de comunicación a través de tan grandes distancias, el Ferrocarril Transiberiano, se hallaba en poder de los checos que se habían unido a la oposición. Aislado de sus tropas, Kolchak terminó por ser apresado por el Comité Revolucionario de Irkutsk con la connivencia de los checos y el consentimiento del general francés Janin. Pocos días después lo fusilaron.

Con la llegada de las tropas del Ejército Rojo a Irkutsk dos semanas después, el Gobierno Soviético impuso su dominio en todo el territorio al oeste del lago Baikal y así dividió a Siberia en dos zonas principales. La parte oriental quedó bajo el dominio práctico de las tropas japonesas. Sólo después de dos años de lucha alternada y negociaciones diplomáticas, pudo completar el Gobierno Soviético la ocupación de toda la Siberia.

El derrumbe de las fuerzas anticomunistas a lo largo de todo el frente obligó por fin a los Aliados a cambiar de actitud con respecto al Gobierno Soviético. Comenzaron a comprender que después de dos años de ejercer el poder los comunistas se habían consolidado en él y, en realidad, se hacían cada vez más fuertes. Ya el 8 de noviembre de 1919, Lloyd George declaró que los bolcheviques no podían ser vencidos por las armas, y el 16 de enero de 1920 el Consejo Supremo de los Aliados decidió suspender el bloqueo económico de Rusia. Poco después evacuaron Arcángel y no pasó mucho tiempo antes de que todas las fuerzas aliadas se hubiesen retirado del territorio ruso.

9

El Gobierno Soviético contó durante la guerra civil con ciertas ventajas sobre sus oponentes. La más importante, quizá, fué que dominaba las regiones centrales de Rusia, lo que aseguraba al Ejército Rojo líneas de comunicación internas más cortas. En ese territorio tenía también a su disposición enormes depósitos de reserva de armamentos y municiones, acumulados por el ejército imperial para la gran ofensiva proyectada en 1917 y que sólo habían sido utilizadas en parte por Kerénsky en su avance fracasado de julio. Además, desde el punto de vista político, el Gobierno Soviético era un poder centralizado con las ventajas de la unidad de

propósito y la claridad del programa, en tanto que los muchos y efímeros gobiernos blancos que se le oponían eran heterogéneos y se hallaban divididos entre sí. Aunque la burguesía y parte de la "intelligentsia" se oponía a la dictadura proletaria y los campesinos permanecían más o menos neutrales, los comunistas basaban firmemente su acción en los obreros industriales, los que, con pocas excepciones, apoyaban de todo corazón al Gobierno Soviético.

La política de este gobierno en ese período fué llamada "comunismo de guerra". Motivada en parte por la teoría marxista y en parte por la dura necesidad que imponían las circunstancias, llevó a cabo la tarea de convertir a todo el país en un gran campamento militar. Como hemos visto, la tierra fué dividida entre los campesinos en 1917-18. Lenin y otros jefes comunistas consideraban a esta solución del problema agrario solamente temporaria y dictada por consideraciones de conveniencia práctica. En teoría, los comunistas se inclinaban a considerar al campesino no como un propietario, sino como un labrador que trabajaba la tierra perteneciente al gobierno. Todo lo que producía era considerado propiedad del Estado y, como tal, debía entregarlo a éste, siempre que fuera necesario, en la forma de tributo en especie. Por supuesto, dadas las circunstancias, las requisiciones de alimentos siguieron siendo necesarias durante toda la guerra.

En la industria, el Gobierno Soviético implantó al principio el llamado "Control de los obreros", en virtud del cual los representantes de aquéllos compartían la dirección de las actividades de las fábricas con los anteriores propietarios. Puesto que se producían constantes altercados entre ambos grupos y el funcionamiento del plan se fué haciendo cada vez más revolucionario, el sistema no produjo los resultados convenientes. En el verano de 1918 se hizo cargo el gobierno de todas las grandes fábricas y en adelante fué ampliando poco a poco la nacionalización de la industria hasta los talleres de maquinaria más pequeños. En 1920 se dió un decreto nacionalizando todas las fábricas que empleaban a más de cinco obreros y utilizaban la fuerza mecánica y todas aquellas que no utilizaban ésta y empleaban a más de diez obreros.

De este modo se encargó el gobierno de toda la producción nacional y, en consecuencia, de proporcionar a la población los artículos manufacturados. Al principio se pensó en que esa distribución fuese gratuita, plan que había de aplicarse igualmente a materiales como el combustible, la maquinaria y los artículos de uso personal. Los últimos se obtenían mediante tarjetas de racionamiento distribuídas en base a una escala predeterminada. Este sistema de economía comunista eliminó, por supuesto, el comercio, que fué abolido oficialmente en 1918. Como las operaciones ban-

carias se habían convertido en una función innecesaria, fueron nacionalizados los bancos y en su lugar se creó en ese mismo año un Banco del Pueblo. Este organismo, que tenía de banco sólo el nombre, era en realidad un departamento del Comisariato de Hacienda, y en virtud del decreto del 19 de enero de 1920 se fundió con otra rama del mismo departamento y recibió el nombre de Departamento de Contabilidad del Presupuesto.

La moneda no fué abolida, pero, a causa de la continua emisión de papel moneda, perdió en la práctica todo su valor. Puede exponerse esa situación gráficamente mediante unas pocas cifras sobre la moneda y los precios durante esos años. El 1º de marzo de 1917 había en circulación 11.786.000.000 de rublos en papel moneda. El 1º de noviembre se había duplicado ya esa suma. En enero de 1918 alcanzaba a 27.312.000.000 de rublos. Dos años después llegaba el total a 225.014.000.000 y un año más tarde, el 1º de enero de 1921, alcanzaba la cifra astronómica de 1.168.596.000.000 de rublos. A principios de 1918 valía el dólar unos 9 rublos; a comienzos de 1919, unos 80 rublos; a comienzos de 1920, 1.200 rublos. Naturalmente, los precios se elevaban de acuerdo con la inflación y cada disminución en el valor de la moneda tenía como consecuencia el aumento correspondiente en el precio de las mercaderías. El índice general de los precios era en 1917 tres veces más alto que en 1913. A comienzos de 1918 era 23,5 veces mayor; en 1920, 2.420 y en 1921, 16.800 veces mayor que en 1913.

Habiendo destruído la organización delicada y sensible del comercio y el cambio monetario, la economía del "comunismo de guerra" se vió obligada a sustituirlos por sistemas burocráticos que regulaban la producción y distribución de las mercaderías. Al frente de esos organismos se hallaba el Consejo Supremo de Economía Nacional. La verdadera dificultad de esta situación estribaba en la necesidad, no sólo de desarrollar una nueva organización económica, sino también de proporcionar nuevos incentivos económicos a toda la maquinaria de la economía. Al derribar al viejo régimen, el sistema comunista había destruído también los incentivos naturales del espíritu de empresa individual, que hasta entonces era esencial en todos los sistemas sociales. La demanda ya no estaba de acuerdo con la oferta. El mercado ya no dependía del valor del trabajo realizado, sino de que se perteneciera a una u otra categoría de consumidores. No pudiendo ya depender de los incentivos habituales que hacían trabajar a la gente, el Gobierno Soviético tuvo que recurrir al principio del trabajo forzoso. Esta política, proclamada por primera vez en 1918, fué confirmada finalmente por el Decreto sobre el Trabajo Obligatorio de enero de 1920, el cual estipulaba que debía aplicarse no sólo al trabajo en las fábri-

cas, sino también a la agricultura. El mismo año se dió otro paso en esa dirección cuando se trató de organizar comunas de obreros militares, lo que, desde el punto de vista histórico, significaba un paralelo interesante con el establecimiento de colonias militares en la época de Alejandro I.

La dificultad esencial consistía, no en que los planes del gobierno fuesen necesariamente defectuosos, sino más bien en que aquél no disponía de medios para ponerlos en vigor. Complicaba especialmente los problemas el hecho de que en la época de la revolución bolchevique tanto la industria como la agricultura habían quedado gravemente desorganizadas por la guerra mundial. Todos estos factores culminaban en la constante disminución, año tras año, de la producción agrícola e industrial. Para aumentar su fiscalización de los trabajadores, el gobierno se decidió a restringir la libertad de los gremios obreros que habían sido legalizados en Rusia sólo en 1906. Aunque los bolcheviques favorecían otra forma de organización obrera, las comisiones de fábrica, el número de miembros de los sindicatos aumentó rápidamente bajo el Gobierno Provisional y el movimiento quedó en gran parte en manos de los mencheviques. Sólo en el Primer Congreso de Gremios Obreros realizado en enero de 1918 consiguieron los bolcheviques la mayoría absoluta y, bajo su influencia, el Comité Central de Sindicatos de toda Rusia se convirtió en el órgano de las comisiones de fábricas y talleres. En adelante los sindicatos, para todos los propósitos prácticos, quedaron subordinados a la fiscalización del gobierno. El Noveno Congreso del Partido Comunista reunido en 1920 aprobó una resolución disponiendo que "los sindicatos... deben transformarse gradualmente en agentes auxiliares del Estado proletario. Las tareas de los sindicatos corresponden principalmente al campo de la organización económica y de la educación".

El mismo método y la misma política se aplicaron a las sociedades cooperativas, especialmente populares entre los campesinos. También a este respecto las funciones normales de las cooperativas fueron transformadas gradualmente y en 1920 las sociedades cooperativas de consumidores se convirtieron en meras subdivisiones del Comisariato de Alimentos.

La actitud de los campesinos siguió siendo el problema más espinoso para el gobierno durante todo el período de la guerra civil. A pesar de la creación de los Comités de los Pobres —o más bien precisamente a causa de ellos— las masas campesinas siguieron mirando al Gobierno Soviético con sospechas y desconfianza. A causa de la oposición constante en las aldeas, los comunistas decidieron que había que hacer algunas concesiones a los "campesinos medios" por lo menos. Ya el 8 de agosto de 1918 consintió

Lenin que se aumentase al triple el precio fijado para el grano, pero para esa época la desvalorización de la moneda hizo que tal aumento no fuese más que un gesto. Los campesinos habrían aceptado de buena gana, por supuesto, artículos manufacturados a cambio de su grano, pero el gobierno no tenía a su disposición un exceso de esos artículos. Era un problema semejante al de la cuadratura del círculo. "No podemos conceder beneficios al campesino medio", declaró francamente Lenin en el Octavo Congreso del Partido Comunista reunido en marzo de 1919. Sin embargo, sugirió ciertas medidas paliativas tales como la mejora del aparato de la administración campesina, corrigiendo los abusos corrosivos y tratando de llegar, en general, a un acuerdo con los "campesinos medios". M. I. Kalinin fué nombrado Presidente del Comité Ejecutivo Central Panruso, cargo correspondiente al de presidente de una república.

La vida en Rusia fué desesperadamente dura en el curso de esos años agitados y hasta algunos dirigentes soviéticos eran a veces presa de la desesperación. El gobierno pudo vencer todas esas dificultades gracias sobre todo a dos fuerzas: la voluntad de hierro de Lenin y el apoyo de los obreros industriales.

10

Después de la derrota y la evacuación de las fuerzas anticomunistas en el norte y el este de Rusia sólo quedaba un centro de oposición al Gobierno Soviético los restos del ejército de Denikin a las órdenes del general Wrangel, en la península de Crimea. Con objeto de reorganizar ese ejército y de continuar la resistencia armada a Moscú, Wrangel ordenó que se diese a las tropas un descanso, se restableciese la disciplina y se tomasen severas medidas contra la requisición por la fuerza de alimentos entre la población pacífica. Esto último era particularmente importante para sus planes, pues dependía del apoyo de los campesinos del sur de Rusia y había declarado que su política básica sería la satisfacción de sus demandas. Otra medida que apoyaba sus planes era la nueva ley agraria del 7 de junio de 1920, que entregaba la posesión de la tierra a los labradores, reforma que debía llevar a cabo Krivoshein, ex ministro de Agricultura del gobierno imperial, que había desempeñado un papel destacado en las reformas de Stolypin. Ampliando su busca de aliados contra los comunistas, Wrangel hizo ciertas propuestas tanto a Polonia como a los caudillos de los movimientos campesinos de Rusia. Hasta llegó a enviar un representante a Makhno, el caudillo de un grupo de bandas campesinas anárquicas,

con la esperanza de aliarse con él. No recibió respuesta, sin embargo, y Makhno llegó a dar muerte al mensajero que le había llevado la oferta de Wrangel.

Éste se hallaba convencido de que su ejército, que sólo contaba con 70.000 hombres, no podía vencer por sí solo al Gobierno Soviético. Creía, no obstante, que su política agraria le aseguraría el apoyo de los campesinos cuando comprendieran su propósito y que socavaría al mismo tiempo la disciplina de los ejércitos soviéticos. Pero sus esperanzas no se materializaron, pues los campesinos, cansados de la guerra civil, no se iban a dejar conquistar por nuevas leyes agrarias. En realidad, la noticia de las reformas agrícolas de Wrangel ni siquiera llegó a muchas localidades de la Rusia meridional. Un levantamiento de los cosacos del Don y del Kuban contra el Gobierno Soviético fracasó y el Ejército Rojo, en aquel momento en la cumbre de la exaltación moral, no se sintió afectado lo más mínimo por las reformas de Wrangel.

La guerra contra la Rusia soviética iniciada por Polonia en esa época, en vez de favorecer el movimiento anticomunista, tuvo en realidad el resultado opuesto. Aprovechando el patriotismo nacional provocado en el país por la intervención polaca, el Gobierno Soviético consiguió la cooperación y la ayuda de muchos de sus enemigos más firmes. Por invitación del Gobierno, el veterano de la guerra mundial, general Brusilov, dió una proclama importante y eficaz pidiendo a todos los rusos que apoyasen al Ejército Rojo en su lucha contra Polonia.

Los primeros pasos de ese país en la guerra fueron afortunados. Tras de una breve campaña, Kiev, la capital de Ucrania, fué ocupada por los polacos el 6 de mayo de 1920. Sin embargo, una contraofensiva inmediata del Ejército Rojo los expulsó de la ciudad y los hizo retroceder hasta las puertas de Varsovia. Ante la gran presión de los rusos, Polonia pidió ayuda a los Aliados el 10 de julio y se envió a Varsovia una misión militar francesa encabezada por el general Weygand, mientras, simultáneamente, los Aliados trataban de reconciliar a los dos gobiernos beligerantes.

Dándose cuenta del creciente poderío militar del Gobierno Soviético, Francia decidió, no obstante, apoyar al general Wrangel y el 12 de agosto de 1920 reconoció su administración como gobierno *de facto* del sur de Rusia. Entre tanto, con la llegada de refuerzos franceses a Varsovia, los polacos lanzaron otro ataque contra los ejércitos soviéticos y los hicieron retroceder en desorden casi hasta Minsk. Allí se detuvo el avance y como ambos bandos iniciaron negociaciones de paz, se llegó a una tregua el 12 de octubre de 1920. La paz se firmó finalmente en Riga el 18 de marzo de 1921, en términos patentemente desfavorables para Rusia. La frontera

oriental de Polonia fué trazada a lo largo de la línea del frente alemán al comienzo de la revolución bolchevique, lo que significaba que varios millones de ucranios y de rusos blancos quedaban sometidos al gobierno polaco. Aunque el Gobierno Soviético se vió obligado a aceptar las condiciones polacas, no podía menos de considerar esa paz como dura e injusta.

La cesación de las actividades militares en el frente polaco en octubre de 1920 permitió al Gobierno Soviético lanzar al Ejército Rojo contra el general Wrangel en el sur. En noviembre se libró una feroz batalla en el istmo de Perekop que une al sur de Rusia con Crimea. Comprendiendo que ya no podía resistir el ataque del Ejército Rojo, Wrangel ordenó la evacuación de todos los elementos anticomunistas de la península de Crimea. En total, unos 130.000 soldados y civiles, con sus familias, se embarcaron y dirigieron al Bósforo. La guerra civil había terminado.

CAPÍTULO XVI

EL PERÍODO DE LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA

(1921 - 1927)

1

Rusia sobrevivió a la guerra civil, pero ella le exigió toda su fuerza. Salió del cataclismo en un estado de postración único en la historia moderna. Había sido devastada del uno al otro extremo por la destrucción combinada de tres fuerzas contendientes: los rojos, los blancos y los intervencionistas extranjeros. El bloqueo había asfixiado el sistema económico ya tambaleante. La oposición de los campesinos a la requisición de los alimentos por el gobierno redujo la agricultura a un nivel que estaba muy por debajo de las necesidades nacionales. Todo el sistema industrial, cargado con el peso de un plan impracticable, estaba a punto de quedar paralizado. Rusia había sobrevivido como nación, pero a costa de un sufrimiento espantoso.

La decadencia continua de la industria y la desorganización de los transportes llevaron paso a paso al total empobrecimiento del país. La producción industrial descendía cada año a niveles más bajos, hasta que en 1920 no alcanzó más que el 13,2 por ciento del volumen de 1913. La desorganización de los transportes trajo consigo la desaparición de los artículos manufacturados y de los productos de todas clases. El número de vagones que se cargaban a diario en 1916 era 31.164, pero en 1920 había disminuído a 10.738. Esta stiuación sólo podía significar crecientes penalidades y privaciones para la población. La escasez alcanzaba a casi todos los artículos de uso diario. Antes de la guerra, por ejemplo, el consumo de azúcar y de miel por individuo alcanzaba en unidades monetarias a 4,87 rublos oro. En 1920 había descendido a 0,24 ru-

blos. El consumo de textiles por individuo antes de la guerra era de un valor de 6,77 rublos oro. En 1920 sólo era de 0,91 rublos.

La disminución catastrófica de la producción agrícola creaba una situación mucho más grave. Toda la tierra cultivable había pasado a manos de los campesinos en la época de la revolución mediante su apropiación de las grandes haciendas, lo que había aumentado sus pertenencias en un 31 por ciento. Pero aunque la revolución había dado a los campesinos la tierra que deseaban, la guerra civil, con su secuela de dificultades militares que llevaron al gobierno cada vez más a la aplicación literal de la teoría comunista, les impuso la política económica del "comunismo de guerra" que ellos aborrecían. El nuevo sistema era para los campesinos un compuesto de reglamentaciones y de robo que mataba todos los incentivos para cultivar la tierra. Como ya no sentían deseo alguno de reciger más cosechas que las que necesitaban para sí mismos, el área cultivada total comenzó a disminuir. En 1916 se hallaban en cultivo en el territorio dominado más tarde por los Soviets unos noventa millones de hectáreas; en 1921 se había reducido ya esa área a sesenta millones. Además, el rendimiento por hectárea disminuyó a causa de la destrucción de las grandes propiedades en las que la producción solía ser por lo general más eficiente y la cosecha de cereales descendió, en consecuencia, todavía más que el área de cultivo. La cosecha de 1916 llegó a ser de setenta y cuatro millones de toneladas. En 1919 sólo alcanzó a treinta millones. Esto significaba para la nación casi la muerte por hambre; inclusive sin tener en cuenta la semilla que había que separar para la siembra, la cantidad con que se contaba para una población de 137.000.000 de personas no llegaba más que a 500 libras de grano por cabeza. La escasez de forraje habría reducido por sí sola la cría de ganado, pero la política económica del Gobierno Soviético apresuró e intensificó la reducción. El total de 31.000.000 de caballos de 1916 había descendido en 1920 a 24.000.000, y durante ese mismo tiempo el ganado vacuno se había reducido de 50.000.000 de cabezas a menos de 37.000.000.

A causa del ya terrible empobrecimiento de Rusia en esa época, la sequía de 1920 y 1921 produjo un hambre que tuvo espantosas consecuencias. La cosecha de cereales en 1920 apenas alcanzó a 18.000.000 de toneladas; en 1921 se malogró en todo el sudeste de Rusia. Al año siguiente casi 35.000.000 de personas se morían de hambre y otros 15.000.000 se hallaban en estado de semi-inanición, lo que era sólo un poco mejor. Las pérdidas de vidas durante los años de hambre de 1921-22 han sido calculadas en cinco millones, cifra que duplica el número total de las bajas rusas en la guerra mundial. Las víctimas del hambre habrían sido muchas

más, de no ser por la ayuda recibida del exterior, especialmente de los Estados Unidos. El organismo que más se esforzó por aliviar el sufrimiento fué la American Reliev Administration, que funcionaba bajo la dirección de Herbert Hoover. Este grupo, junto con otros, ayudó especialmente a los intelectuales rusos, cuya situación era desesperada. La suma invertida por la A. R. A. para este fin fué de 61.566.231,53 dólares y la cantidad de mercaderías proporcionada alcanzó a 718.770 toneladas. En agosto de 1922, el número de personas alimentadas diariamente por la A. R. A. en Rusia alcanzó a 4.173.339 niños y 6.316.958 adultos, lo que da un total diario de más de diez millones de individuos. Además de los alimentos enviados, la A. R. A. embarcó y distribuyó medicamentos por valor de 8.072.256,03 dólares, proporcionados por la Cruz Roja norteamericana y el ejército de los Estados Unidos.

La devastación, la desorganización, el caos y el hambre: tal era el legado que la guerra civil había dejado a una nación ya desangrada por las enormes pérdidas de la guerra mundial.

2

El malestar que experimentaba el pueblo ruso bajo el régimen del "comunismo de guerra" se manifestó en 1920 y 1921 mediante una serie de levantamientos de los campesinos. Hubo en total gran número de revueltas, la más importante de las cuales se produjo en la provincia de Tambov bajo la dirección de Antonov, pero todas fueron reprimidas rápidamente y muchas de ellas con gran crueldad. Por fin, a principios de marzo de 1921, tuvo lugar un grave amotinamiento entre los marineros de la Armada Roja de Kronstadt, quienes habían sido el apoyo principal de la revolución bolchevique. Las principales demandas presentadas por los rebeldes consistían en la convocatoria de una Asamblea Constituyente y la reimplantación de la libertad de comercio. Aunque el alzamiento fué sofocado rápidamente por la fuerza, las autoridades soviéticas lo consideraron como un síntoma peligroso. Dándose cuenta de la gravedad de la situación, Lenin decidió complementar las medidas policiales represivas con un cambio en la política destinado a eliminar las causas del descontento.

También en esta ocasión, como en la cuestión de las elecciones para la Duma en 1906, se mostró Lenin dispuesto a dar un brusco giro a su política de acuerdo con las circunstancias. No tuvo inconveniente en ajustar sus planes a las realidades del momento si con ello seguía dominando la situación. "Nos hallamos en un estado tal de pobreza, ruina y agotamiento de las fuerzas productoras de

los obreros y campesinos —dijo en un discurso pronunciado ante el Décimo Congreso del Partido Comunista reunido en marzo de 1921— que debemos ponerlo todo de lado para aumentar la producción". Con este anuncio inició la Nueva Política Económica, que con el tiempo fué conocida con el nombre de N. E. P.

En su comienzo, la N. E. P. significó una revisión fundamental de la política seguida hasta entonces con la población agrícola. En vez del impuesto en especie, que había creado un violento resentimiento manifestado en forma de oposición armada o de resistencia pasiva, todavía más perjudicial, se introdujo un plan sistemático de impuestos. Al principio consistió en una contribución en especie, sobre todo en grano; más tarde se convirtió en un impuesto en dinero. Esta reforma se llevó a cabo, por supuesto, con el propósito de que los campesinos volviesen a encontrar incentivos para el cultivo de la tierra. El Gobierno Soviético les prometió que en adelante sólo les tomaría una parte precisa del producto de su trabajo en forma de impuesto y no, como hasta entonces, todo lo que les sobraba después de satisfacer sus necesidades inmediatas. Se les concedió el derecho de disponer de ese exceso a su voluntad, es decir, de venderlo en el mercado. El decreto correspondiente abría el camino para un cambio total en el sistema económico, pues con la restauración del derecho de los campesinos a vender su grano, el gobierno iniciaba un proceso que conducía inevitablemente a la libertad de comercio. Y en julio de 1921, antes de la recolección de la cosecha, se promulgó un decreto que disponía la libertad en el comercio interno, aunque el comercio exterior seguía siendo monopolio del gobierno.

Simultáneamente con la liberación de la agricultura se introdujo una reforma semejante en la industria. La forma de producción puramente socialista fué sustituída por un nuevo sistema de "capitalismo de Estado". La administración central y unificada de la industria cedió el lugar a un sistema de "trusts" en el que el Estado conservó el control de la producción en gran escala, pero permitió que las unidades productoras más pequeñas volviesen en parte a la administración privada. Se permitió la inversión de capital extranjero en esfera limitada mediante la implantación de un sistema de concesiones. Fué desechado el plan para proporcionar gratuitamente a las fábricas materias primas y herramientas; en adelante todas ellas, fuesen propiedad del gobierno o de particulares, tenían que pagar todo lo que utilizaban. Estos cambios llevaron, lógicamente, a que la moneda volviese a desempeñar su función económica apropiada, así como al restablecimiento de un mecanismo de créditos y operaciones bancarias. A fines de 1921

se creó un Banco del Estado que operaba de acuerdo con el sistema ortodoxo.

El abandono general del sistema socialista en todo el campo de la producción fué acompañado, necesariamente, por el abandono de los principios socialistas en la distribución de mercaderías. El Estado no siguió tomando a su cargo la satisfacción de las necesidades de grandes sectores de la población. El derecho a recibir mercaderías gratuitamente quedó limitado a grupos muy semejantes a los que gozan de esos beneficios en los países no socialistas: los soldados del Ejército Rojo, los marineros de la Armada Roja, las fuerzas policiales y los prisioneros mantenidos en confinamiento. Una reforma final e importante implantada por la N E P. fué la abolición del trabajo forzoso al que se había recurrido en el período violento del "comunismo de guerra".

3

Durante el período de disensión interna y de ataques desde el exterior habían sido selladas las ventanas de Rusia a Europa. Sus contactos con el mundo occidental fueron cortados deliberadamente por las Potencias occidentales, o bien los mismos rusos los dejaron perderse porque los acontecimientos internos monopolizaban por completo las energías de la nación. La intervención aliada en Rusia desde 1918 hasta 1920 fué una especie de "guerra no declarada". Cuando las tropas aliadas se retiraron del país no se firmó paz alguna oficial entre el Gobierno Soviético y las principales naciones involucradas en esas expediciones. Desde el punto de vista legal, un tratado de paz era, por supuesto, innecesario e imposible, ya que técnicamente no existía un estado de guerra entre los beligerantes. Sin embargo, era evidente que aquella situación caótica y desorganizada no podía durar y que era esencial estabilizar las relaciones entre Rusia y Europa.

El primer paso hacia una verdadera paz que dieron los Estados europeos fué el levantamiento del bloqueo económico contra Rusia el 16 de enero de 1920. No obstante, a causa de que los Aliados no consiguieron llegar a un acuerdo sobre cuestiones más importantes, no les fué posible adoptar otras medidas. Francia deseaba establecer un *cordon sanitaire* alrededor de la frontera occidental de Rusia. Mediante el fortalecimiento de los Estados fronterizos recientemente creados o reorganizados —los países bálticos, Polonia y Rumania— esperaba levantar una barrera contra toda futura expansión rusa hacia occidente. Gran Bretaña, por otra parte, se mostraba más bien indiferente con respecto a la frontera europea

de Rusia, pero le preocupaba el deseo de levantar una muralla en la frontera meridional de ese país para impedir la extensión de la influencia soviética en dirección a la India. Entre todas las grandes Potencias, fueron los Estados Unidos los que adoptaron una política más benévola con respecto a Rusia. En su nota del 20 de agosto de 1920, el secretario de Estado, Colby, sugirió que se garantizasen a ese país sus fronteras de antes de la guerra, con la única excepción de la parte de Polonia en que los polacos se hallaban en mayoría.

La implantación de la Nueva Política Económica fué también recibida favorablemente y con grata expectación por los estadistas y los hombres de negocios de toda Europa. Ambos grupos entendieron mal el significado esencial de la revisión de la política económica soviética. Para ellos la N. E. P. significaba únicamente la completa capitulación de los comunistas ante el mundo capitalista, y casi sin excepción la interpretaron como una señal de debilidad más bien que de fuerza y de flexibilidad política, como realmente era. En el Continente aumentaron mucho las esperanzas de que la supuesta debilidad de los comunistas proporcionaría oportunidades para la explotación de los recursos naturales de Rusia por las empresas extranjeras. Se preveía la constitución de un Gobierno Soviético dispuesto a las "capitulaciones" y a la concesión de derechos extraterritoriales semejantes a los ya establecidos por las Potencias europeas en Turquía y China. Los gobiernos de la mayoría de los países europeos procuraron nerviosamente conseguir posiciones favorables desde las que esperaban ponerse a la cabeza en la carrera por las concesiones. Pero también esta vez perjudicó a los Aliados el hecho de que no pudieran ponerse de acuerdo. Lloyd George, siguiendo la auténtica tradición británica de libertad de comercio, defendía la acción independiente de cada uno de los países, en tanto que los franceses seguían insistiendo en que los Aliados obrasen de común acuerdo. Los alemanes, temiendo que los otros los dejaran atrás, ofrecieron sus servicios como intermediarios entre Rusia y el Occidente. También se propuso la organización de un *Consorcio Europeo* para la reconstrucción y explotación de Rusia. Aunque no se adoptó oficialmente plan alguno ni se llegó a un acuerdo entre Gran Bretaña y Francia, los principales contendientes, esas tentativas hicieron evidente que ya no podía proponerse una discusión completa de los asuntos rusos en una escala internacional.

En la sesión del Consejo Supremo de la *Entente*, realizada en Cannes el 6 de enero de 1922, se discutieron los términos generales de acuerdo con los cuales se llevaría a cabo la reconstrucción económica de los países arruinados por la guerra. Aunque no se re-

ferían a ella concretamente, Rusia era, por supuesto, el tema principal de las deliberaciones. Las dos condiciones principales fijadas para la obra de rehabilitación eran: (1) el reconocimiento de todas las deudas y obligaciones anteriores; (2) una organización financiera y comercial normal. Al mismo tiempo, el Consejo Supremo afirmó su creencia en el principio de no intervención en la vida económica de cada país.

La siguiente conferencia, inaugurada en Génova el 10 de abril de 1922, fué la primera reunión diplomática internacional en la que figuraron representantes del Gobierno Soviético. Las primeras declaraciones de éstos fueron de tono práctico e hicieron que los estadistas europeos concibieran la esperanza de que sería posible llegar a un acuerdo. En sus palabras preliminares y de tanteo, Chicherin se declaró dispuesto a reconocer las deudas de pre-guerra y de guerra de Rusia y hasta a devolver las propiedades confiscadas a sus propietarios extranjeros, o compensarles por ellas. A cambio pidió el inmediato reconocimiento *de jure* del Gobierno Soviético y grandes créditos. Además, presentó cierto número de contrarreclamaciones por los daños causados por la intervención aliada en Rusia durante la guerra civil. Con su reacción ante las propuestas de Chicherin mostraron los Aliados una vez más que estaban completamente divididos entre sí. Gran Bretaña e Italia deseaban examinar las propuestas rusas. Francia y Bélgica, sin embargo, interesadas como estaban por la situación y las concesiones que tenían anteriormente en la Rusia meridional, se negaron terminantemente a discutirlas. En aquel tiempo Lloyd George trataba de conseguir privilegios económicos para Gran Bretaña mediante un acuerdo directo con el Gobierno Soviético, en virtud del cual toda la producción y exportación del petróleo ruso sería un monopolio de la Royal Dutch-Shell Company. Para terminar de enmarañar las cosas, cuando trascendió la información acerca de las negociaciones inglesas, el "observador" norteamericano advirtió a la conferencia que los Estados Unidos insistirían en que se aplicase la política de "puertas abiertas" a la explotación del petróleo ruso.

Aunque el conflicto de intereses entre los Aliados fué la causa fundamental del fracaso de la Conferencia de Génova, la situación se agravó todavía más cuando el Gobierno Soviético firmó un acuerdo por separado con Alemania en Rapallo el 16 de abril de 1922. Este tratado arreglaba la cuestión de las reclamaciones de ambos países por perjuicios de guerra. Alemania renunciaba a apoyar las reclamaciones de sus ciudadanos a una compensación por las propiedades confiscadas por el Gobierno Soviético, "con tal de que el Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no satisficiese reclamaciones semejantes de otros Estados". Se iban

a reanudar las relaciones diplomáticas y consulares entre Alemania y Rusia. El artículo 5º del tratado disponía, además, que: "Los dos gobiernos se ayudarán mutuamente a satisfacer las necesidades económicas de ambos países... El gobierno alemán se declara dispuesto a facilitar todo lo posible la conclusión y ejecución de contratos económicos entre las empresas privadas de ambos países".

Al concluir la Conferencia de Génova fueron confiadas las cuestiones no resueltas a una "comisión de técnicos" que se reuniría en La Haya en junio y julio de 1922. No obstante, en la época en que se reunió esa asamblea, Moscú, molesto por no haber podido llegar a un acuerdo con los gobiernos "capitalistas", había adoptado una actitud mucho más firme. A causa de la disposición de ánimo intransigente de los representantes soviéticos, la Conferencia de La Haya resultó también un fracaso, aunque en aquel momento pareció que los negociadores de la *Entente* se hallaban más dispuestos a llegar a un entendimiento con Rusia.

4

Después de la toma del poder por los bolcheviques se manifestaron en la política rusa dos tendencias divergentes: el nacionalismo y el internacionalismo. Como jefe del Partido Comunista, Lenin se esforzaba por estimular la revolución en todo el mundo capitalista. Como jefe del gobierno de Rusia, sin embargo, su interés principal constistía en reforzar su poder y el del Partido en el país y en preparar la defensa de la nación contra el ataque de las Potencias extranjeras. Esta dualidad de propósitos se fué haciendo más evidente a medida que los comunistas se enfrentaban con las complejidades del gobierno nacional y de la diplomacia exterior. Con el tiempo se manifestó en la división de la responsabilidad entre dos órganos. La administración de los asuntos internos y exteriores del Estado soviético siguió en manos del gobierno; la propagación de la doctrina revolucionaria y el apadrinamiento de los movimientos revolucionarios en el resto del mundo quedó exclusivamente a cargo del Partido Comunista. Se recordará, no obstante, que Lenin era presidente tanto del Consejo de Comisarios del Pueblo como del Comité Central del Partido Comunista Panruso y que, aunque las actividades comunistas se dividían entre las dos ramas, se hallaban estrechamente coordinadas.

El establecimiento del Partido Comunista en una escala internacional no era más que la traducción natural de los conceptos fundamentales de la doctrina en una forma orgánica. En realidad, Lenin había propuesto la fundación de la Tercera Internacional, o

sea la Internacional Comunista, en 1915 (Cap. XIII, sec. 6), pero por razones obvias había sido imposible realizar el plan en plena guerra mundial y fué dejado de lado hasta el término de las hostilidades. Sin embargo, los bolcheviques habían empleado provechosamente los últimos meses de la contienda para diseminar los dogmas comunistas entre los prisioneros de guerra en Rusia e inmediatamente después del armisticio se apresuraron a organizar la Tercera Internacional. La convocatoria para el primer Congreso de ésta la hicieron Lenin y Trotsky el 24 de enero de 1919, fecha que coincidió con la de la invitación del presidente Wilson a la Conferencia de Prinkipo, y los delegados se reunieron en Moscú en marzo de ese año. Fueron designados les jefes de los distintos departamentos del nuevo organismo y se dió un largo manifiesto dirigido a los obreros de todo el mundo.

El primer período de actividad de la Internacional se caracterizó por intentos inmediatos para provocar revoluciones comunistas en todos los países. En unas pocas naciones se produjeron en realidad levantamientos, pero su existencia fué breve. El gobierno comunista de Bela Kun en Hungría duró desde el 21 de marzo hasta el 1º de agosto de 1919, y el gobierno soviético de Baviera, organizado el 7 de abril de ese año, retuvo el poder durante un período todavía más breve. También se prepararon revoluciones en Inglaterra y los Estados Unidos, pero en esos países tales planes apenas podían ser más que vagas esperanzas.

En vista del fracaso de los movimientos revolucionarios que habían estallado inmediatamente después de la guerra, el Segundo Congreso de la Tercera Internacional reunido en julio de 1920 adoptó un nuevo plan. En vez de confiar excesivamente en la insurrección espontánea en los Estados capitalistas, los comunistas, por medio de la sede central de la Internacional en Moscú, emprendieron un plan de propaganda sistemática en todo el mundo. Para facilitar la realización de ese plan dividieron al mundo en zonas de propaganda especiales, de las cuales no menos de seis correspondían a Europa. Es probable que las cantidades de dinero invertidas en ese plan preparatorio de la "revolución mundial" fuesen considerables, pero desde luego es difícil calcular el total. Es evidente, no obstante, que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista estaba destinado al principio a servir como núcleo de un gobierno soviético mundial, aunque en la práctica siguió siendo nada más que un complemento del Partido Comunista ruso. La existencia de la Internacional convirtió, no obstante, a Moscú en el centro del mundo comunista.

El Partido Comunista se mostró en esa época muy activo en sus esfuerzos para inculcar las teorías revolucionarias entre los

pueblos asiáticos, y los jefes del mismo y del Gobierno Soviético se dedicaron febrilmente a la preparación de propagandistas que debían actuar en aquella parte del mundo. A causa, sobre todo, de su creciente resentimiento contra los europeos que poseían privilegios económicos y políticos especiales en el Oriente, los asiáticos se hallaban bien dispuestos a escuchar esa propaganda. Los llamamientos revolucionarios de los agitadores comunistas obtuvieron al principio mucho éxito en el Cercano y el Medio Oriente, pero no pudieron aprovechar las ventajas obtenidas, a causa, en gran parte, de una interpretación excesivamente literal de la doctrina comunista y, sobre todo, de su insistencia en oponerse con violencia a todas las religiones. En el Congreso de los Pueblos Orientales reunido en Bakú en septiembre de 1920 el mahometanismo demostró ser más fuerte que el comunismo y a los adherentes a esa religión les indignó un discurso antirreligioso excepcionalmente duro pronunciado por Zinoviev. En general, ni en el Cercano ni en el Medio Oriente, así como tampoco en Persia y Turquía, existía una organización social apropiada para la adopción del comunismo. La revolución rusa había demostrado que la doctrina revolucionaria atraía sobre todo a los obreros industriales y a los intelectuales. En Persia y Turquía no había obreros industriales ni una clase intelectual que tuvieran importancia política.

Más al este encontró el comunismo diversos grados de resistencia. En la India, donde los británicos habían temido mucho la penetración de las doctrinas revolucionarias, el fuerte sentimiento religioso del pueblo constituyó un obstáculo eficaz para la difusión de la doctrina comunista. En China, sin embargo, el comunismo ruso obtuvo un éxito mucha mayor que en el Asia Menor, y gran número de intelectuales chinos, así como una parte de la clase trabajadora, aceptaron la doctrina. El ala izquierda del Kuomintang simpatizaba con el movimiento y poco tiempo después se organizó un Partido Comunista Chino que se adhirió oficialmente a la Tercera Internacional. Después de sondear de ese modo la actitud política y social de los pueblos situados a lo largo de las fronteras rusas, la Internacional se hallaba preparada para organizar una campaña destinada a convencer a las clases trabajadoras de que debían unirse al nuevo orden revolucionario.

5

Lo que interesaba más inmediatamente al Gobierno Soviético en ese período era aclarar la situación a lo largo de la vital frontera del sur y el sudoeste, y era precisamente en esa frontera donde

más se dejaban sentir las complejidades internacionales. En virtud de las cláusulas del Tratado de Brest-Litovsk, Rusia había cedido a Turquía las ciudades de Batum, Kars y Ardagan. Sin embargo, Batum y toda la región de Transcaucasia fueron ocupadas en realidad primero por los alemanes y luego por los británicos. Batum fué recuperada más tarde por las tropas soviéticas y quedó incorporada definitivamente al Estado ruso. De todo el territorio cedido oficialmente en Brest-Litovsk sólo Kars y Ardagan pasaron realmente al dominio de Turquía.

La posición de Gran Bretaña en esa zona era ambigua. Aunque su ocupación de Transcaucasia era oficialmente temporaria, es evidente que en 1919 tenía ambiciones de gran alcance en el Medio Oriente. El 9 de agosto de ese año se firmó en Teherán un acuerdo anglo-persa que significaba virtualmente el protectorado inglés de ese país y en noviembre se refirió Lord Curzon en un importante discurso "al león británico que se presentaba como el defensor orgulloso y valiente de los derechos y las libertades de Persia". Las tropas británicas acamparon en Enzeli y Meshed y poco tiempo después penetró en el Turquestán una pequeña fuerza, ocupó Merv y derrotó a las tropas soviéticas en Dushakh. Es evidente que por lo menos algunos funcionarios británicos preparaban en esa época planes para establecer el gobierno de su país en todo el Turquestán, pero la inestabilidad de la situación política en Inglaterra, junto con las simpatías por Rusia que había despertado la Internacional entre los grupos liberales británicos, hicieron que tuviesen que ser abandonadas esas ambiciones en el Medio Oriente. En 1920 fueron retiradas las tropas británicas del Turquestán, la Transcaucasia y el norte de Persia y nunca fué puesto en vigor el acuerdo anglo-persa de 1919, que no había sido ratificado por el Parlamento persa.

La retirada de los británicos abrió el camino para el firme establecimiento del Gobierno Soviético en el Medio Oriente. En Azerbaijan y Armenia se organizaron repúblicas soviéticas ya en 1920. Al mismo tiempo la república de Georgia firmó un tratado de paz con el Gobierno Soviético y al año siguiente, después de una revolución comunista que, según algunos, fué dirigida desde Moscú, se proclamó república soviética. Más tarde, las repúblicas soviéticas transcaucásicas, organizadas como una República Federal, pasaron a formar parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La situación en el Turquestán fué manejada de un modo algo diferente. El Gobierno Soviético tuvo que hacer frente al principio a un levantamiento de los llamados "basmachi", grupo de nativos que actuaban en el movimiento pan-turiano y pan-mahometano

dirigido por Enver Bajá, el famoso general turco que había entrado en el Turquestán como amigo de los Soviets, pero que luego se pasó a la oposición. El Ejército Rojo consiguió reprimir la revuelta en julio de 1922 y Enver Bajá fué capturado y muerto. El Gobierno Soviético, una vez que volvió a dominar la situación en el Turquestán, implantó reformas administrativas que concedían cierto grado de autonomía a base de la representación de los trabajadores. En la primavera de 1921 se constituyó en Tashkent un gobierno soviético autónomo. En 1920-21 inició Moscú negociaciones con las repúblicas creadas en Khiva y Bokhara, pero hasta algunos años más tarde no se convirtieron esos Estados en la República Soviética de Turkmen y Uzbek e ingresaron en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Mientras se dedicaba al restablecimiento de sus fronteras en el Medio Oriente, la Unión Soviética había desplegado también gran actividad en la formulación de una nueva política que serviría de base para sus relaciones con Persia. El 26 de febrero de 1921 firmó un acuerdo con ese país por el que renunciaba "a la política imperialista de los anteriores gobiernos rusos", principio expresado igualmente en un tratado con Turquía firmado poco tiempo después. Además de esas seguridades políticas, los Soviets hacían a Persia una serie de concesiones tangibles: el ferrocarril de Djulfa a Tavriz, construído por los rusos y que era propiedad de ellos; las carreteras militares de Enzeli a Teherán y de Kazvin a Hamadan, los fondos del Banco de Préstamos de Persia; todos ellos propiedad de Rusia. El Gobierno Soviético accedía al mismo tiempo a renunciar a sus anteriores pretensiones a hacer empréstitos a Persia. Conservaba el derecho a explotar las pesquerías de la costa meridional del Mar Caspio, pero se dejaba para una futura conferencia la discusión de las condiciones comerciales bajo las cuales iba a funcionar esa industria. Las pesquerías del Caspio resultaron ser una cuestión difícil que dió origen a prolongadas negociaciones y a desavenencias entre los dos países. Hasta octubre de 1927 no llegaron ambas partes a un acuerdo de veinticinco años de duración en virtud del cual las pesquerías serían explotadas por una compañía ruso-persa presidida por un persa y el producto se dividiría en partes iguales entre ambas naciones.

Después de la guerra greco-turca de 1922-23 volvieron a ser tema de negociaciones internacionales las cuestiones territoriales del Cercano Oriente. En la Conferencia de Lausana, a la que fué invitada la Unión Soviética tras de cierta vacilación por parte de los británicos, Rusia y Turquía se presentaron con un plan común. Ambas pidieron que los Dardanelos fuesen cerrados para todos los buques de guerra, excepto los de Turquía. Los británicos, quienes

esperaban mantener bajo su dominio los puertos del Cáucaso, y especialmente Batum, la salida del petróleo de Bakú, querían que los estrechos siguiesen abiertos para los buques tanto de guerra como de comercio de todas las naciones. Como resultado de la mediación de Francia se llegó por fin a una avenencia entre las dos actitudes. Se permitiría que los buques de guerra pasasen por los estrechos con tal de que su tonelaje total no excediese del de la armada de la principal Potencia naval del Mar Negro, o sea Rusia. Cuando los delegados turcos aceptaron esta propuesta sin haberse puesto de acuerdo previamente con los delegados soviéticos, Chicherin se negó a firmar el Tratado y advirtió a las Potencias que la cuestión no podría resolverse sin la participación de Rusia, Ucrania y Georgia. Aunque un representante soviético firmó posteriormente el convenio sobre los estrechos agregado al Tratado de Lausana, nunca lo ratificó el Gobierno Soviético. No obstante, los estrechos fueron internacionalizados y siguieron así hasta que Turquía exigió la restitución de sus derechos en esa zona, pedido que fué aceptado en la Conferencia de Montreux de 1936.

A pesar de la falta de coordinación entre la Unión Soviética y Turquía, que se manifestó en el curso de la Conferencia de Lausana, las relaciones entre ambos países siguieron siendo amistosas, quizá las más satisfactorias en general que mantenía en esa época la Unión Soviética. En diciembre de 1925 se firmó un nuevo acuerdo con Turquía y en noviembre del año siguiente, en una entrevista con el ministro de Relaciones Exteriores turco, Chicherin elogió a Turquía como la aliada más fiel de los Soviets contra el imperialismo.

6

El Gobierno Soviético hacía frente en el Lejano Oriente a una situación complicada que, por cierto número de razones, iba a resultar aún más difícil que la que había tenido que resolver en el Cercano Oriente. Toda la región era barrida por corrientes políticas contradictorias que hacían imposible una solución directa o rápida. Durante la guerra civil Moscú había estado cierto tiempo completamente aislado de la Siberia, dominada entonces por los blancos y las tropas intervencionistas extranjeras. Habiendo perdido la Siberia y estando cerrado el camino hacia Oriente, el Gobierno Soviético no podía establecer un contacto directo con China. El Japón, principal defensor de la intervención en el Lejano Oriente ruso, era, por supuesto, una Potencia hostil. Ante tales obstáculos, la Unión Soviética tuvo que limitarse casi exclusiva-

mente al principio a hacer declaraciones tranquilizadoras, en las que manifestaba su deseo de cancelar todos los restos del imperialismo ruso, tales como las diversas concesiones y los derechos de extraterritorialidad de que gozaba el régimen anterior. Esta actitud estaba de acuerdo con la política realizada en el Cercano Oriente, pero no representaba en modo alguno el esfuerzo soviético total en el Lejano Oriente, que con el tiempo demostró ser mucho más vigoroso y realista que lo que había sido en Persia y Turquía.

Hasta después de la derrota de Kolchak en la Siberia occidental, la oriental siguió fuera de la Unión Soviética. El gobierno no podía entonces conquistarla por las armas, pues dedicaba toda su atención a la guerra con Polonia y a la lucha con Wrangel en el sur. Hacia la primavera de 1920 abandonaron Vladivostok las tropas aliadas y las checoslovacas, y el 1º de abril de ese año hicieron lo mismo las norteamericanas. Los japoneses, sin embargo, siguieron ocupando aquel puerto y la zona costera y el atamán Semenov, su representante, mantuvo el dominio de la región del Transbaikal. Cuando la retirada de los blancos a la frontera de Manchuria dejó libre el extenso territorio que antes gobernaban, el Gobierno Soviético decidió incorporarlo en la forma de un Estado amortiguador al este del lago Baikal. En consecuencia, el 14 de mayo de 1920 reconocieron los Soviets a la República del Lejano Oriente, cuya capital era Chita y cuyo Primer ministro se llamaba Krasnoshchekov (Tobelson), quien había sido abogado en Chicago. Inmediatamente después de su formación, la República del Lejano Oriente protestó contra la presencia continua de las tropas japonesas en la Siberia oriental y el apoyo que prestaban a los restos de las fuerzas blancas. Al mismo tiempo pidió la ayuda de la Unión Soviética y en el otoño de 1920 entraron en Chita las tropas del Ejército Rojo.

Mientras tanto, la política japonesa en Siberia se mostraba vacilante e indecisa. En la primavera de 1921 apoyó el Japón la organización de un gobierno anticomunista en Vladivostok, pero insistió en el desarme de los restos de los ejércitos blancos, que iban a ser las fuerzas militares de aquel gobierno, antes de que entrasen en la zona costera. En el otoño de ese mismo año ya se observaban signos de que el Japón se proponía retirarse de Siberia. En septiembre inició en Darien negociaciones con la República del Lejano Oriente. Esas negociaciones fracasaron, pero fueron seguidas por otras en Washington, el mes de febrero de 1922, y en Changchun, el mes de septiembre. El Japón anunció por fin que retiraría voluntariamente sus tropas de Siberia a fines de octubre de 1922. Con excepción de la reclamación de la parte

norte de la isla de Sakhalin ya no volvió, en efecto, a intervenir en los asuntos rusos.

Sin el apoyo activo de los japoneses no pudo hacer frente a los comunistas el gobierno creado en Vladivostok. Los restos de las fuerzas blancas fueron evacuados pronto a Shanghai y las tropas soviéticas ocuparon Vladivostok. Terminada la conquista de Siberia, ya no tenía utilidad para Moscú la República del Lejano Oriente y cuando, el 13 de noviembre de 1922, la Asamblea Nacional de la República votó la transferencia de todos sus poderes a un comité revolucionario designado por el Gobierno Soviético, dejó de existir esa República.

El Gobierno Soviético reajustó oficialmente sus relaciones con el Japón mediante un tratado firmado el 20 de enero de 1925. Ambas partes refirmaron los términos de la Paz de Portsmouth. El Japón cedió el norte de Sakhalin a cambio de cierto número de concesiones en esa misma zona.

En sus relaciones con China tuvo que tener en cuenta el Gobierno Soviético dos problemas relacionados entre sí, que había heredado de la Rusia imperial: la cuestión del Ferrocarril Oriental Chino y la de Mogolia. Durante la guerra mundial, en 1915, se firmó un acuerdo tripartito entre China, la Mogolia Exterior y la Rusia imperial, acuerdo que establecía un protectorado común de Mogolia por las dos Potencias. En 1919, cuando Rusia se hallaba en su situación más crítica, China decidió revisar la situación anexándose la Mogolia, pero ni siquiera eso impidió que la guerra civil en Siberia se extendiese al otro lado de la frontera. A comienzos de 1920, cuando una parte de los ejércitos blancos fué arrojada a Mogolia por los comunistas, las autoridades mogolas y chinas se mostraron igualmente incapaces de impedir la invasión. Poco tiempo después intervinieron las tropas soviéticas para aplastar los últimos vestigios de las fuerzas blancas, y algo más tarde un levantamiento instigado por Moscú creó un gobierno mogol revolucionario. El 5 de noviembre de 1921 firmó la Unión Soviética con el gobierno mogol un tratado de amistad en el que no se mencionaba a China, lo que provocó gran indignación entre los grupos gobernantes de este país.

El problema de la administración del Ferrocarril Oriental Chino estaba íntimamente ligado a la cuestión de las relaciones chino-rusas. En la declaración de 1919 había renunciado el Gobierno Soviético a sus derechos en ese ferrocarril. Sin embargo, la declaración se había hecho en una época en que Siberia estaba dominada por los ejércitos blancos y en que el Ferrocarril Oriental Chino era administrado por una comisión aliada. El Gobierno Soviético había cedido entonces algo que no poseía en realidad,

pero con la mejora de la situación soviética en Siberia al año siguiente cambió inmediatamente la actitud de Moscú con respecto a ese problema. Cuando el Ejército Rojo ocupó Vladivostok el ferrocarril asumió otra vez la importancia que tenía anteriormente: la de ser el camino más corto entre dos partes del territorio ruso. En 1922 Joffe, el representante soviético, informó con franqueza a los chinos acerca de la nueva actitud de su país con respecto a esa cuestión. En respuesta, el ministro de Relaciones Exteriores chino pidió la retirada de las tropas rusas de Mogolia y el reconocimiento de la soberanía china en aquella región. Los dos países mantuvieron con firmeza sus posiciones y las negociaciones de Joffe terminaron en una "impasse". No se llegó a un acuerdo hasta 1924, cuando Karakhan, el nuevo representante soviético, cedió a las demandas chinas. Según el artículo 5º de ese acuerdo, el Gobierno Soviético "reconoce que la Mogolia Exterior es parte integrante de la República de China y respeta la soberanía china en ese territorio". La Unión Soviética accedió, además, a retirar sus tropas de Mogolia. Debe decirse, no obstante, que, aunque se reconocía la soberanía china en la Mogolia Exterior, el dominio chino no fué restablecido realmente en esa región y para todos los propósitos prácticos siguió siendo una República del Pueblo bajo el protectorado soviético. En lo que respecta al Ferrocarril Oriental Chino, Rusia y China acordaron considerarlo como una empresa puramente comercial; la Unión Soviética reconoció la jurisdicción y el control policial de China en los territorios que poseía el ferrocarril y afirmó el derecho de ese país a adquirirlo. La administración de la empresa quedaba a cargo de una junta de directores, la mitad de ellos designados por el gobierno chino y la otra mitad por el gobierno soviético; el presidente sería designado por los chinos. Hubo que tener también en cuenta las demandas del mariscal Chang Tso-lin, quien era en esa época dictador de Manchuria, y el 30 de septiembre de 1924 concluyeron con él los Soviets un acuerdo que no difería sustancialmente del firmado con China. Aunque estos arreglos contribuyeron mucho a resolver los problemas más engorrosos del Ferrocarril Oriental Chino, no aclararon por completo la situación, pues quedaban pendientes las reclamaciones de los acreedores del ferrocarril, entre los que figuraban el Japón, los Estados Unidos y el Banco Ruso-Asiático.

En el mismo momento en que los problemas que habían separado a la Unión Soviética por un lado y a China y el Japón por el otro se hallaban a punto de ser resueltos se produjo una nueva crisis en la situación del Lejano Oriente a causa del estallido del movimiento revolucionario chino, dirigido principalmente contra

los privilegios especiales de que gozaban en China los británicos y otros extranjeros. Ese resentimiento apenas afectaba a los rusos. Aunque éstos mantenían su interés por el Ferrocarril Oriental, su administración asumía una forma mucho más moderada, y puesto que habían abandonado todos los demás derechos exclusivos en China, se hallaban en situación de mantenerse neutrales en el conflicto chino-británico. En ninguna parte existía animosidad contra Rusia por parte de los chinos.

Pero, en vez de permanecer apartados de los disturbios, los rusos terminaron por verse envueltos en ellos. Ello fué resultado no tanto de la política del Gobierno Soviético como de la intervención de la Internacional Comunista. La revolución china parecía proporcionar a los dirigentes de la Internacional una oportunidad favorable para socavar las fuerzas de las Potencias capitalistas europeas, ya que, según la teoría de Lenin, la fuerza principal del capitalismo y el imperialismo internacionales estribaba en su posibilidad de explotar los países coloniales y semicoloniales. Como las condiciones políticas y económicas de China se ajustaban tan perfectamente a esa teoría, a ese país le correspondía convertirse en el campo principal de la lucha de la Internacional Comunista contra el imperialismo europeo.

El gran dirigente chino Sun Yat-sen, quien había mantenido relaciones con Lenin y quien, aunque no era comunista, simpatizaba con el comunismo ruso, falleció en 1925. Su obra fué continuada, empero, por el partido que él había organizado con el nombre de Kuomintang. En éste se unía un movimiento obrero y campesino con otro nacionalista encabezado por intelectuales y estudiantes que se oponían a la política imperialista de ciertas Potencias europeas. El Kuomintang incluía también a un fuerte grupo comunista y en vida de Sun Yat-sen había establecido estrechas relaciones con la Internacional. El Gobierno Soviético se hallaba muy dispuesto a apoyar el movimiento de la China meridional y en 1925 proporcionó alrededor de un millar de instructores militares y políticos, así como unos 3.000.000 de dólares por medio de los Bancos de Shanghai y Cantón. Un comunista destacado, Borodin, fué designado consejero del gobierno nacionalista de Cantón, el que en 1925 y 1926 siguió extendiendo su esfera de acción a lo largo de la costa, hacia Shanghai, y tierra adentro, hacia el sector medio del río Yangtze. En las zonas ocupadas por sus ejércitos se implantó una dictadura que seguía el modelo de la de Moscú. Cuando los nacionalistas entraron en Hankow, en septiembre de 1926, alcanzó su culminación la influencia soviética en China.

Este movimiento parecía haber tenido tanto éxito que la In-

ternacional Comunista trató confiadamente de extender sus actividades a las Indias Orientales Holandesas, donde se organizó en noviembre un alzamiento comunista que fracasó. Durante una huelga general en Hankow a principios de enero del año siguiente se proclamó el boicot a las mercaderías extranjeras y se realizaron violentas manifestaciones antibritánicas. El día 4 invadió la multitud la zona de la concesión británica. El 22 de marzo ocuparon a Shanghai las fuerzas nacionalistas, con excepción de las concesiones extranjeras, y al día siguiente se apoderaron de Nankín. Los comunistas llegaban a la cumbre de su poder en China.

En ese momento fué cuando el desarrollo de la disensión interna puso fin a las operaciones militares de los nacionalistas. Las diferencias entre los miembros conservadores y moderados del Kuomintang y el grupo comunista se habían producido ya en el otoño de 1926. Pero en la primavera siguiente aumentaron y se hizo agudo el antagonismo entre Chiang Kai-shek, entonces general de las fuerzas nacionalistas chinas, y Borodín, el consejero soviético. El 6 de abril, con el permiso escrito del decano del cuerpo diplomático, la policía allanó la Embajada Soviética en Pekín. Los documentos de que se apoderó revelaban la estrecha relación entre la diplomacia rusa y los comunistas del Kuomíntang y demostraban claramente la posición dominante de Borodín en ese partido. La publicación de esos documentos tuvo como consecuencia el rompimiento de Chiang-Kai-shek con Borodín, quien trató luego sin éxito de organizar un gobierno puramente comunista en Hankow, pero se vió obligado a marcharse el 27 de julio de 1927.

En el siguiente mes de diciembre se produjo en Cantón un alzamiento ayudado por los comunistas, pero tres días después sofocaron la insurrección las fuerzas nacionalistas. La represión fué severa. Muchos caudillos revolucionarios, entre ellos algunos rusos, fueron ejecutados. La influencia de la Internacional Comunista en toda China, que sólo dos años antes parecía tan prometedora a sus jefes, fué aplastada implacablemente.

7

La política soviética en el Extremo Oriente era, como hemos visto, una combinación de principios idealistas y de acción política realista, todo ello rociado de vez en cuando con propaganda comunista en favor de una revolución mundial. La diplomacia rusa en Occidente seguía la misma dirección general. Sus objetivos constantes y a largo plazo parecen haber sido, además, la restau-

ración de las anteriores fronteras del Imperio y el establecimiento de relaciones normales con los países vecinos, así como la defensa de los intereses de la Unión Soviética como Estado. Sin embargo, el curso que siguió en realidad la política soviética en Occidente fué necesariamente más intrincado y los resultados, en todo respecto, menos satisfactorios.

El hecho de que Rusia no pudiera restaurar sus anteriores fronteras en Europa tuvo graves repercusiones en el futuro y si no tenemos en cuenta ese hecho no podremos comprender bien la política soviética durante los años críticos de 1939 y 1940. Las fronteras rusas después de la guerra mundial eran el resultado de varios acuerdos. Una de las condiciones del Tratado de Paz de Brest-Litovsk de 1918 fué la separación de Ucrania. No obstante, tanto los rojos como los blancos siguieron considerando a aquella región como parte integral de Rusia y después de la derrota de Alemania y de la retirada de sus tropas, el territorio ucranio se convirtió en campo de batalla de ambos bandos en la guerra civil. Con la victoria de los Soviets pasó a formar parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Besarabia, por otra parte, fué ocupada por las tropas rumanas en la primavera de 1918 e incorporada más tarde oficialmente a aquel Estado. El Gobierno Soviético, no obstante, se negó siempre a abandonar sus derechos a esa región y en 1924 creó dentro del territorio de Ucrania una República Soviética de Moldavia que, según esperaba, serviría como imán político para la población de Besarabia. Más al norte, una gran zona poblada por rusos blancos y ucranios fué cedida por el Gobierno Soviético a Polonia en virtud de las cláusulas severas de la paz de 1921. Desde el norte de Polonia la frontera de la Unión Soviética seguía las líneas que se había visto obligada a aceptar en el Tratado de Brest-Litovsk. En 1920 firmó con Estonia, Lituania, Latvia y Finlandia, tratados de paz que indicaban su disposición para aceptar pérdidas de territorios que había poseído, con tal de que fuese estabilizada su frontera occidental.

La tarea que debía realizar el Comisario de Asuntos Extranjeros una vez trazadas las líneas fronterizas consistía en el establecimiento de relaciones normales con las grandes Potencias. El tratado firmado en Rapallo en 1922 regularizaba las relaciones ruso-alemanas y dejaba a la Unión Soviética en libertad para concentrar su atención en la actitud que mantenían frente a ella Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos. Las conferencias económicas de Génova y La Haya en 1922 y la de Lausana en 1923, en todas las cuales participó Moscú, significaban hasta cierto punto el reconocimiento *de facto* de la Unión Soviética por las Potencias occidentales. Sin embargo, sólo constituían un reconocimiento

parcial y el Gobierno Soviético deseaba obtener el reconocimiento *de jure* sin el cual la posición de Rusia en la comunidad de naciones seguía siendo precaria en el mejor caso.

La principal dificultad para un entendimiento entre la Unión Soviética y el mundo exterior consistía en las actividades de la Internacional Comunista. La evidente intromisión de ese organismo en la política mundial seguía impidiendo que Rusia consiguiese una posición de igualdad con las otras naciones, ya que se sabía muy bien que aunque la Internacional había sido separada oficialmente del Gobierno Soviético, ambos organismos eran dirigidos en realidad por el mismo grupo de hombres. Había cierta contradicción interna en esa situación, sobre todo después de la implantación de la N. E. P., que se basaba en la suposición de que era necesaria alguna avenencia con los principios capitalistas. Los mismos rusos se daban cuenta de los elementos paradójicos de su actitud. Krassin, el promotor principal de la N. E. P., hablando en el Décimotercero Congreso del Partido Comunista, reunido en enero de 1924, declaró que era indispensable la ayuda del capital extranjero si se había de evitar la bancarrota del régimen soviético. "Para obtener la ayuda exterior es necesario, sin embargo —añadió—, asumir una actitud más pacífica y arriar la bandera de la revolución mundial".

La Internacional Comunista no aceptó el punto de vista de Krassin. Por lo contrario, Zinoviev, que era su presidente en esa época, expresó la creencia de que se alzaba una nueva ola de revolución internacional. El Quinto Congreso de la Internacional Comunista, reunido en Moscú en junio y julio de 1924, aprobó plenamente ese punto de vista y adoptó la correspondiente política intransigente. A pesar de ese estado de ánimo de los dirigentes comunistas, la diplomacia europea comenzó a mostrar en aquel mismo momento cierta buena voluntad para otorgar el reconocimiento *de jure* que deseaba el Gobierno Soviético. Este nuevo giro de los acontecimientos se debió, por lo menos en parte, a que la opinión pública europea no se daba cuenta del cambio en la política comunista y seguía esperando nuevas concesiones de la diplomacia soviética.

El reconocimiento de la Unión Soviética fué apresurado por el triunfo de los partidos Laborista y Radical en las elecciones de Gran Bretaña y Francia. Ya a fines de 1923 había sido incluído ese reconocimiento en el programa del Partido Laborista británico y, después de la victoria de éste en las urnas, el gabinete de MacDonald decidió cumplir su promesa en su primera reunión del 1º de febrero de 1924. En el término de dos meses hicieron lo mismo Italia, Noruega, Austria, Grecia y Suecia. Sin embargo, el

reconocimiento de la Unión Soviética por Gran Bretaña no era de manera alguna incondicional y fué seguido por una serie de prolongadas negociaciones. Ante todo, la nota británica concedía el reconocimiento sólo a aquellas partes del anterior Imperio ruso dispuestas a aceptar la autoridad soviética. En segundo lugar, el gobierno británico exigía que los Soviets reconociesen las deudas anteriores de Rusia. Finalmente, pedía que el Gobierno Soviético se abstuviese de hacer propaganda antibritánica, especialmente en el Oriente. En abril de 1924 llegó a Londres una delegación soviética para discutir los términos de la nota, pero algunos meses después se interrumpieron las negociaciones sin que se hubieran obtenido resultados. Los británicos seguían exigiendo que la Unión Soviética reconociese las deudas y los delegados soviéticos replicaban pidiendo un préstamo para poder pagarlas. Por fin, el 8 de agosto de 1924 se firmó un acuerdo. Se trataba de un documento extraño, pues dejaba sin resolver casi todas las cuestiones importantes y sólo convenía en que ambas partes tratarían de llegar más tarde a un verdadero acuerdo.

Los intentos desafortunados de MacDonald para establecer relaciones amistosas con los Soviets sólo consiguieron aumentar su impopularidad. El 8 de octubre de 1924 fué derrotado en el Parlamento y tuvo que disolverlo, llamando a nuevas elecciones para el 29 de dicho mes. Pocos días antes de la elección publicaron los diarios británicos lo que suponían era una carta secreta de Zinoviev con instrucciones para preparar un levantamiento comunista en Gran Bretaña. La carta era fraguada, pero su publicación cumplió su propósito al provocar la indignación de los votantes y contribuir con ello a la derrota del Partido Laborista. El nuevo gobierno conservador canceló el acuerdo del 8 de agosto, pero no retiró el reconocimiento acordado a la Unión Soviética el 1º de febrero. Esta componenda en las relaciones ruso-británicas, en virtud de la cual se mantenía la formalidad del reconocimiento diplomático, fué muy insatisfactoria y tuvo como consecuencia únicamente el mayor distanciamiento de ambos países.

A pesar del fracaso de las negociaciones británicas, Francia siguió el ejemplo de Inglaterra y el curso de los acontecimientos diplomáticos en aquel país fué muy parecido. En mayo de 1924 ganó las elecciones el bloque de las izquierdas encabezado por Herriot y el 28 de octubre concedió el gobierno francés a la Unión Soviética el reconocimiento *de jure*. La cuestión de las deudas rusas a Francia quedó sin resolver y las negociaciones subsiguientes entre ambas naciones no obtuvieron resultado.

Gran Bretaña y Francia se hallaban en esa época particularmente ansiosas por lograr cierta estabilidad en los asuntos euro-

peos. Puesto que su reconocimiento de la Unión Soviética no había conseguido establecer una verdadera amistad entre Rusia y el Occidente, y puesto que todavía seguían desconfiando de las actividades comunistas, se volvieron hacia Alemania e Italia en un esfuerzo para organizar las relaciones europeas. Se dió un importante paso en esa dirección en la Conferencia de Locarno el 16 de octubre de 1925. Se construyó un sistema de acuerdos que disponían el arbitraje como medio de resolver las disputas. Sin embargo, Moscú consideró a la conferencia como un intento internacional de "aislar" a la Unión Soviética y de "formar un frente unido antisoviético". Los tácticos de la diplomacia soviética, buscando ansiosamente un método para perforar ese frente, convinieron muy pronto en que Alemania era su punto más vulnerable. Aunque ese país había sido invitado a la conferencia, no ocupaba aún una posición de igualdad en la sociedad diplomática, pues todavía no había sido admitido en la Sociedad de Naciones. Era, por lo tanto, muy natural que la Unión Soviética tratase de establecer estrechas relaciones con Alemania, la que, a su vez, deseaba amenazar a las Potencias occidentales con la posibilidad de una alianza ruso-germana para apresurar su admisión en la Liga. El 12 de octubre de 1925, poco antes de la partida de los delegados alemanes para Locarno, consiguió Chicherin concluir un acuerdo comercial con Alemania; ese tratado disponía, entre otras cosas, que la Unión Soviética recibiría un empréstito de 100.000.000 de marcos. Varios meses después de la reunión de Locarno, el 24 de abril de 1926, se firmó en Berlín un tratado político ruso-germano; ambas partes se comprometían a mantener relaciones amistosas y a permanecer neutrales en el caso de que una de ellas fuese atacada por una tercera Potencia. Ésta fué la respuesta de Alemania a las Potencias occidentales por la afrenta que le habían inferido en la sesión de marzo de la Sociedad de Naciones al no aceptarla como miembro aunque sus representantes habían sido llamados a Ginebra. Además de las extensas cláusulas del tratado, una nota alemana agregada al texto afirmaba concretamente que uno de los fines del pacto era oponerse a las tendencias antisoviéticas de la Sociedad de Naciones. El tratado fué una maniobra muy hábil por parte de ambos países; fortaleció la posición de la Unión Soviética en Europa y llevó a la admisión de Alemania en la Sociedad de Naciones el 7 de septiembre de 1926.

Después de la Conferencia de Locarno la diplomacia soviética intensificó sus ataques a Gran Bretaña. "Chamberlain cree que nos ha cercado en Locarno —dijo *Pravda,* el órgano oficial del Partido Comunista en Moscú—. Por lo contrario, nosotros lo cer-

caremos a él con las masas de trabajadores en su mismo país."

La situación de los obreros ingleses en esa época era inestable. En septiembre de 1925, el Congreso de las Trade Unions reunido en Scarborough aprobó, por 2.456.000 votos contra 1.218.000, una resolución radical que se oponía en principio a los métodos pacíficos para arreglar las diferencias entre el capital y el trabajo. En diciembre de ese año hizo Zinoviev la siguiente declaración en el Décimocuarto Congreso del Partido Comunista Ruso: "Puede esperarse en Inglaterra un gran movimiento de los mineros antes de mayo de 1926. Comienza en Inglaterra un verdadero movimiento obrero revolucionario". En una nueva exposición de la actitud comunista, profetizó en marzo de ese año que Gran Bretaña se hallaba en vísperas de una catástrofe social. "Si la lucha comienza realmente, nuestra primera tarea consistirá en ayudarla a lo largo del frente europeo e internacional de la guerra industrial". La ruptura de las negociaciones entre los propietarios de las minas y los mineros ingleses produjo finalmente una huelga general que, contra lo que esperaban los comunistas, terminó pronto en un fracaso completo. Los mineros, sin embargo, permanecieron fuera de los pozos hasta el otoño de 1926 y durante todo el período de la huelga recibieron el apoyo de los obreros soviéticos tanto en forma de dinero como de propaganda. En mayo habían recibido de Moscú no menos de 1.300.000 libras esterlinas y en julio la ayuda a los mineros en huelga se había elevado a 2.225.000 libras.

Por esa época el Comité Anglo-Ruso de las Trade Unions intervino para conseguir un acuerdo entre los dirigentes de Moscú y el Consejo General de las Trade Unions inglesas. Sus esfuerzos fueron inútiles, pues el Consejo General no quiso aceptar el punto de vista firmemente dogmático de los representantes rusos. Los comunistas no dejaban de contar con apoyo, sin embargo. La Conferencia de la Minoría de las Trade Unions, reunida en Londres el 30 de agosto de 1926, aceptó el punto de vista moscovita, pero el Congreso General de las Trade Unions reunido en Bournemouth en septiembre lo rechazó por una mayoría decisiva de 2.416.000 votos.

El público inglés en general se hallaba, naturalmente, muy irritado por la intervención comunista en los asuntos británicos. La participación de los comunistas rusos en la revolución china, que había tenido también consecuencias antibritánicas, constituía otra fuente de inquietud para los estadistas ingleses. Finalmente, como resultado de las crecientes sospechas de esos dos grupos, se decidió romper las relaciones con la Unión Soviética. Sin tener en cuenta la inmunidad diplomática, los policías de Scotland Yard

allanaron el 12 de mayo de 1927 la Casa Soviética, o sea la sede en Londres de la Delegación Comercial Soviética y de la Arcos Ltd., la compañía comercial de las cooperativas soviéticas. El ministro del Interior justificó el allanamiento explicando que en ese edificio se hallaba, según creía la policía, un documento que contenía secretos militares y que había sido robado al gobierno. Aunque no se encontró ese documento, la policía se apoderó de otros papeles que, en opinión del gobierno británico, justificaban ampliamente la medida. El Gobierno Soviético protestó en una nota, alegando que las autoridades británicas habían violado la inmunidad concedida a la Delegación Comercial Soviética por el acuerdo de 1921. Hacia fines de mayo se trató el asunto en la Cámara de los Comunes. Algunos de los documentos fueron dados a conocer a la Cámara por el Primer ministro Baldwin, quien declaró que demostraban "la existencia, bajo el control directo de las autoridades soviéticas, de un sistema regular mediante el cual documentos de carácter subversivo de diversos organismos rusos eran enviados en secreto a las personas dedicadas a actividades comunistas en este país y en otras partes".

En vista de ello, el gobierno recomendó la ruptura de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, y el Parlamento aprobó esa recomendación. El 27 de mayo de 1927 se comunicó la decisión del gobierno británico al *chargé d'affaires* soviético en Londres y Baldwin hizo el siguiente anuncio: "Deseo declarar terminantemente que nuestra ruptura de relaciones diplomáticas no significa, ni involucra, en modo alguno, la guerra contra Rusia". La ruptura no fué seguida por una seria interrupción de las relaciones comerciales normales entre ambos países. No se alteraron las facilidades habituales para el comercio y después de la deportación de ciertos empleados de la Arcos, al resto del personal se le permitió permanecer en el país y seguir trabajando.

Mientras la actitud británica con respecto al Gobierno Soviético variaba así de tiempo en tiempo, la política de los Estados Unidos durante todo ese período siguió basándose firmemente en un principio: el del no reconocimiento. La ruptura entre Gran Bretaña y la Unión Soviética pareció un argumento importante en favor de la continuidad de esa actitud. No obstante, algunos círculos financieros de los Estados Unidos, contemplando la cuestión desde un punto de vista diferente, adujeron razones en favor del restablecimiento de las relaciones con Moscú. El comercio entre ambos países en 1927 alcanzó a los 100.000.000 de dólares, el doble que antes de la guerra, y las perspectivas de que siguiera creciendo constituían un fuerte aliciente para establecer los contactos diplomáticos.

La división entre los intereses comerciales norteamericanos con respecto al reconocimiento de la Unión Soviética culminó en el otoño de 1927 con un violento conflicto entre un grupo de intereses ingleses y otro grupo de intereses norteamericanos acerca del petróleo ruso. La Standard Oil Company de Nueva York y la Vacuum Oil Company, otro miembro del grupo de la Standard, concluyeron en julio acuerdos para adquirir petróleo del Sindicato de la Nafta Soviético. La Standard Oil Company de Nueva Jersey protestó contra esos acuerdos e insistió en que antes de realizar negociaciones con el Gobierno Soviético debían recibir compensación los anteriores propietarios que habían sido privados de sus derechos de propiedad. Todavía más firmemente protestó Sir Henry Deterding, el presidente de la Royal Dutch-Shell. En ese momento los representantes del Gobierno Soviético revelaron que tanto la Standard Oil de Nueva Jersey como la Royal Dutch-Shell habían tratado durante algún tiempo de obtener el monopolio de petróleo exportado de Rusia, y manifestaron su convicción de que el resentimiento de ambas compañías se debía a la negativa del Gobierno Soviético a concederles privilegios exclusivos. En respuesta a esa acusación Deterding admitió que había negociado con los Soviets, pero al mismo tiempo afirmó que siempre había pedido compensación para los propietarios anteriores. La confusión resultante de esta disputa entre las tres partes fué resuelta finalmente en febrero de 1929 mediante un acuerdo entre el Trust del Petróleo soviético y los intreses anglo-norteamericanos. Mediante ese acuerdo la venta del petróleo ruso se fijó a precios lo bastante bajos para que los compradores pudieran constituir un fondo con el que compensarían a los anteriores propietarios.

En 1927, a fines de ese período, las relaciones de la Unión Soviética con los países occidentales eran todavía inestables. Cierto número de naciones habían reconocido oficialmente a los Soviets, pero esos reconocimientos no eran con frecuencia apenas más que gestos. En general, aunque la Unión Soviética había progresado hacia su reingreso en la comunidad de las naciones, especialmente en el campo comercial, se le seguía negando el estado legal de miembro con igualdad de derechos.

8

Durante el período transcurrido entre 1921 y 1927 fué cuando tomaron forma la organización política y el mecanismo gubernamental que iban a prevalecer en la Unión Soviética. La revolución bolchevique se apoderó del gobierno con el lema de que todo el

poder debía pasar a los Soviets y este principio fué el que determinó el carácter general de la nueva estructura política de Rusia. El Segundo Congreso Panruso de los Soviets, reunido durante la revolución, sancionó esta nueva forma política y asumió las funciones de la Asamblea Constituyente que había sido elegida dos semanas después del levantamiento, pero que fué disuelta por los comunistas al terminar su primera sesión. Actuando como asamblea legislativa, el Tercer Congreso confirmó oficialmente el gobierno del Consejo de Comisarios del Pueblo encabezado por Lenin.

Sin embargo, el gobierno no se apresuró a definir la estructura política precisa del Estado. No tenía tiempo ni se sentía inclinado a exponer un sistema gubernamental detallado. En aquel tiempo lo abrumaban los problemas prácticos que afectaban a la misma existencia del nuevo Estado y que exigían soluciones inmediatas, problemas que involucraban la consolidación del poder comunista dentro del país y la conclusión de la paz prometida con los enemigos exteriores. Hasta la reunión del Quinto Congreso de los Soviets del 10 de julio de 1918 no se aprobó una nueva Constitución para la República Rusa Socialista Federal Soviética (R. S. F. S. R.).

El sistema de Soviets o Consejos adoptado en la Constitución de esa primera república soviética fué el modelo en que se basaron los gobiernos de la Unión y de los nuevos miembros de ésta. De acuerdo con las disposiciones de esa Constitución, el órgano superior del poder era el Congreso Panruso de los Soviets, un gran cuerpo formado por elección, y un tanto engorroso, que se reunía siempre que era necesario, pero nunca menos de una vez al año. Este cuerpo no debía funcionar como parlamento de un Estado constitucional; al principio estaba destinado a ser una especie de asamblea de todos los electores del país y sus decisiones se parecían a un referéndum universal más bien que a una legislación. El Congreso de los Soviets eligió un Comité Ejecutivo Central que ejercía el poder supremo entre las sesiones de dicho Congreso. El Comité Ejecutivo, organismo compuesto por más de trescientos miembros y que se reunía regularmente, equivalía aproximadamente a un parlamento. Sus miembros gozaban del equivalente a la inmunidad parlamentaria: no podían ser detenidos sin consentimiento del Presidium o del presidente del Comité y sólo podían ser juzgados con autorización del Comité o de su presidente.

Cuando no estaba reunido el Comité Ejecutivo Central su poder pasaba a su vez, teóricamente, a su Presidium, que era, en realidad, una especie de presidente colectivo del Estado soviético. Sin embargo, el Consejo de Comisarios del Pueblo —o sea el Gabinete soviético— disponía de un poder mucho mayor en la práctica.

Al principio fué el órgano principal de gobierno en las repúblicas soviéticas y en el invierno de 1917 y durante la primera parte de 1918 dió cierto número de leyes importantes. La mayoría de los decretos que organizaron la vida del país procedieron de ese organismo; entre 1917 y 1921 se dieron 1.615 decretos en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo y sólo 375 en nombre del Comité Ejecutivo Central.

En contraste con las limitaciones precisas a que es sometido el poder de cada rama del gobierno en los Estados europeos y americanos, no se hacía distinción alguna en el poder constitucional de las diversas ramas superiores del Gobierno Soviético. El principio de la sustitución se aplicaba a todas ellas y los derechos y deberes pasaban automáticamente de un organismo a otro. El Comité Ejecutivo Central tenía los mismos poderes legislativos y administrativos que el Congreso de los Soviets cuando éste no se hallaba reunido. Su Presidium era la rama legislativa y administrativa suprema entre las reuniones del Comité. El Consejo de Comisarios del Pueblo tenía el derecho a asumir la autoridad suprema siempre que fuese necesario.

A medida que el poder de los Soviets se fué extendiendo más allá de las fronteras de la Rusia propiamente dicha se fueron creando otras Repúblicas Socialistas Soviéticas: las de Rusia Blanca (Byelo-Russia), Ucrania, Estonia, Latvia y Lituania. Las tres últimas tuvieron una breve existencia en 1918-19 y fueron restablecidas en 1940. Cada una de estas repúblicas fué organizada de acuerdo con el modelo de la R. S. F. S. R. y, a su vez, firmó una alianza con el Estado mayor. Poco a poco, no obstante, se sintió la necesidad de un lazo más estrecho entre las repúblicas hermanas y en diciembre de 1922 declararon todas ellas su unión. El 6 de julio de 1923 se aprobó la constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (U. R. S. S.). En esa época, la Unión se componía de las cuatro repúblicas siguientes: (1) la R. S. F. S. R.; (2) la República Socialista Soviética de Ucrania; (3) la República Socialista Soviética de Rusia Blanca; (4) la República Federal Socialista Soviética de Transcaucasia, que incluía a Georgia, Armenia y Azerbaijan. En 1924 se constituyeron dos repúblicas soviéticas en el Asia Central, la de Uzbek y la de Turkmen, las cuales ingresaron en la Unión. Posteriormente se formaron otras tres nuevas repúblicas en el Asia Central, las de los Tadjik, los Kazakh y los Kirguises, se disolvió la Federación Transcaucásica y cada una de las tres partes obtuvo el estado legal de república constituyente completa. Como resultado de esas admisiones, el número de repúblicas que constituían la Unión se elevaba ya a once en 1929.

La Constitución de la U. R. S. S. fué fundamentalmente la de

la República Rusa Socialista Federal Soviética lo bastante modificada para que se ajustase a las necesidades de una federación más amplia. Se eligió un Congreso de los Soviets de Toda la Unión y éste, a su vez, eligió un Comité Ejecutivo de Toda la Unión que constaba de dos cámaras, el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades. El Soviet de las Nacionalidades se componía de cinco representantes de cada una de las repúblicas soviéticas aliadas y autónomas y de un representante de cada una de las regiones autónomas de la R. S. F. S. R.

El sistema electoral adoptado por la Unión Soviética era una franca expresión del principio de la dictadura del proletariado. Los obreros de las fábricas, que constituían sólo el 15 por ciento más o menos de la población a principios de la década de 1920, se hallaban representados en la proporción de un diputado por cada 25.000 electores; los campesinos, que constituían la mayoría de la población, estaban representados por sólo un diputado por cada 125.000 electores. Varios millones de personas, entre ellas los restos de la clase burguesa, la clase media, el clero y los miembros de la anterior fuerza policial, fueron privados por completo de derechos civiles. A los miembros de ese grupo no sólo se les negó el derecho al voto; además, no podían ser elegidos para el servicio civil, se les prohibió trabajar en las fábricas y sus hijos no eran admitidos en los colegios.

Además de no ser universal ni igual, el sistema electoral se hallaba sometido a otras restricciones. Las elecciones no eran directas, sino que pasaban por varias etapas (la ciudad, el distrito, la provincia), en cada una de las cuales los miembros de la asamblea elegían a cierto número de personas de ese cuerpo para que los representasen en el cuerpo superior inmediato. Este sistema estaba hecho para eliminar toda oposición, pues en cada etapa se votaba a manos levantadas y, en consecuencia, la votación podía ser controlada fácilmente por la policía política. La tarea de limitar los votantes y de vigilar la administración en general fué confiada al principio a una fuerza encabezada por la llamada *Cheka* (Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje). En 1922, después de las reformas de la N. E. P., la Cheka fué sustituída por el O. G. P. U. (Departamento Unido de la Policía Política), el cual se suponía que actuaba dentro de ciertas restricciones legales. Sin embargo, el cambio sólo significaba una revisión del nombre más bien que una alteración de la política o del método.

Cualesquiera que puedan haber sido las ventajas o desventajas del sistema soviético tal como estaba organizado en 1918-23, el verdadero poder residía en esa época no en los Soviets, sino en

el Partido Comunista. A pesar de que no se mencionaba al Partido en la Constitución de 1918 ni en la de 1923, la administración de todo el país se hallaba firmemente en manos de los comunistas. El Partido contaba con ramas en todas las repúblicas de la Unión; sus "células" funcionaban siempre que se tomaban decisiones en todas las fábricas, en todos los Soviets locales, en todas las unidades del ejército. Su dominio impedía que levantase cabeza la oposición o que se produjesen conflictos entre las repúblicas de la Unión o entre los órganos superiores del propio Gobierno Soviético. Era el único partido político que podía existir en la Rusia soviética. En esos años el sistema soviético no fué tanto una dictadura del proletariado como una dictadura del Partido Comunista.

Dirigía las actividades del Partido un Comité Central integrado por unas cien personas y un grupo menor de nueve miembros llamado Oficina Política. Ambos órganos eran elegidos en las asambleas del Partido y ejercían su autoridad sobre las instituciones de éste en toda la Unión Soviética. El derecho a ser miembro del Partido estaba severamente limitado y cada solicitante tenía que pasar primero por un período riguroso de prueba como candidato antes de ser admitido. Además del mismo Partido se organizó la Juventud Comunista, o Komsomol. En 1927 contaba ya el Partido con unos dos millones de miembros y candidatos y el Komsomol con más de un millón de jóvenes inscritos. Éstos eran considerados como lo más escogido de la nación y a quienes se había confiado la creación de la nueva sociedad. Poseían —y todavía poseen— muchos privilegios en la vida diaria, pero cualesquiera que sean los honores y las prerrogativas de que gocen, las pagan con un trabajo obediente y activo en favor del Partido. Son miembros de una organización que se enorgullece de su disciplina y no pueden rechazar las pesadas tareas de la administración, la propaganda o el servicio militar que se les confía. Las recompensas por el buen desempeño son a veces importantes, pero los castigos por el fracaso son igualmente grandes.

9

La implantación de la N. E. P. en 1921 fué una medida de emergencia impuesta al Partido por Lenin para salvar a la economía enferma y en derrumbe del Estado soviético. Tuvo más éxito que el que esperaba la mayoría de los dirigentes comunistas. Aunque muchos de los más entusiastas se negaban a admitir que pudiera dar buenos resultados un sistema que parecía contradecir

el mismo principio en que debía fundarse el nuevo mundo, se hicieron evidentes casi inmediatamente las consecuencias beneficiosas de la retirada en el frente económico. Tanto la producción agrícola como la industrial comenzaron a restablecerse. El área cultivada, que en 1921 había descendido a sesenta millones de hectáreas, en 1923 se había elevado ya a sesenta y cinco millones y en 1927 casi alcanzó el nivel de 1916, o sea de noventa millones de hectáreas. Las cosechas de cereales, que en 1920 habían descendido al nivel de hambre de dieciocho millones de toneladas, aumentaron en 1924 a treinta y siete millones y en 1926 se duplicaron y produjeron más de setenta y cuatro millones de toneladas. Hubo un aumento gradual de ganado hasta que en 1926 el número de caballos superó a los 27.000.000 de cabezas y el de ganado vacuno a los 55.000.000. La producción en las diversas ramas de la industria alcanzó aumentos semejantes. La de carbón, que en 1922-23 había descendido a 11.500.000 toneladas, se elevó en 1925-26 a 24.500.000. Durante el mismo período la manufactura de tejidos de algodón ascendió de 560.000.000 a 2.000.000.000 de metros. Aliviada de las restricciones asfixiantes del "comunismo de guerra", la economía rusa emprendía el camino de su restablecimiento.

La nueva estabilidad obtenida por la reconstrucción económica de Rusia hizo posible la reorganización de la moneda corriente y el establecimiento de una firme unidad monetaria. El Banco del Estado, restablecido en 1921, fué autorizado en 1922 a emitir billetes de banco por valor de un chervonets. El chervonets —equivalente a diez rublos oro o unos 5 dólares aproximadamente[1]— iba a ser respaldado por un cuarto de su valor en oro, platino o moneda extranjera estable. El resto de su valor sería garantizado por obligaciones a corto plazo fácilmente negociables. A pesar de la emisión de chervonets no se retiró de la circulación el viejo papel moneda y la tesorería del Estado siguió, en realidad, produciéndolo todavía en mayor cantidad. Así, durante un tiempo hubo dos clases de papel moneda en circulación: una estable y la otra que disminuía constantemente en valor. Los chervonets eran cotizados en la Bolsa como libras esterlinas y dólares: un chervonets valía 117 rublos del papel moneda de 1923, y cada uno de estos rublos valía a su vez 1.000.000 de rublos de cualquier emisión anterior. El valor del viejo papel moneda descendió rápidamente; en diciembre de 1923 el chervonets era cotizado a 13.700 "rublos 1923" y en abril de 1924 a 500.000 "rublos 1923".

[1] El rublo contiene 17,424 dolyas de oro puro. Una dolya equivale a 0,68576 gramos.

En la primavera de 1924 fué autorizada la Tesorería a emitir pequeños billetes de banco de uno, tres y cinco rublos. Simultáneamente, el Banco del Estado anunció que aceptaría una cantidad ilimitada de nuevos billetes en pago de todos los pasivos, al porcentaje oficial de diez rublos por cada chervonets creado en 1922. Al mismo tiempo se suspendió la emisión de papel moneda y se puso en circulación monedas de plata y cobre. El 17 de marzo de 1924 se anunció la redención de los "rublos 1923" a razón de cincuenta mil por rublo oro. El fin de la circulación de la vieja moneda corriente fué anunciado el 10 de mayo de 1924 y se fijaba la fecha final para su redención en el 31 de ese mes. El retiro del papel moneda depreciado dejó en circulación solamente a los chervonets, los billetes de banco estables y las monedas de metal, y el fortalecimiento subsiguiente del sistema monetario aumentó mucho la confianza pública en el gobierno.

La implantación de la N. E. P. fué considerada generalmente en el exterior como el primer paso de la Unión Soviética hacia una vuelta completa a la economía capitalista. En realidad, si las tendencias implícitas en la nueva política no hubiesen sido fiscalizadas cuidadosamente, las reformas habrían llevado a esa conclusión. No obstante, el Gobierno Soviético tenía plena conciencia de los peligros e hizo esfuerzos extraordinarios para no perder el dominio de la situación. En marzo de 1922 anunció el Undécimo Congreso del Partido Comunista que la "retirada en el frente económico" debía terminar. Sin embargo, posteriormente se hicieron nuevas concesiones a la N. E. P. en relación con la reimplantación de los almacenes de comestibles y de la importante feria anual de Nizhni-Novgorod. Hacia fines de 1922, empero, "la retirada" terminó en realidad, con excepción de la reforma de la moneda corriente que entonces se realizaba y unas pocas medidas temporarias favorables para los campesinos y que fueron derogadas en 1927. El sistema económico que prevaleció en Rusia desde esa época hasta 1927 era un plan espurio, ni socialista ni capitalista, sino algo entre ambos. Difería de un verdadero sistema socialista en la medida en que lo hacían todas las reformas implantadas por la N. E. P.; se diferenciaba de la forma capitalista en que involucraba una fiscalización excesiva del gobierno en las cuestiones económicas, sobre todo en el comercio exterior.

Tanto la industria del gobierno como la de propiedad privada aumentaron su producción en ese período, pero la fuerza relativa de la industria del Estado creció constantemente. Esa tendencia se ve con claridad en las siguientes cifras. La producción de las industrias del gobierno en 1923-24 ascendió a 2.400.000.000 de ru-

blos oro de acuerdo con los precios de antes de la guerra, en tanto que la producción de la industria privada, incluyendo las concesiones extranjeras, fué de alrededor de una tercera parte, o sea de 842.000.000 de rublos. Dos años después las industrias del Estado produjeron mercaderías por valor de 5.333.000.000 de rublos y la industria privada por valor de 1.252.000.000 de rublos, o sea menos de la cuarta parte. Aunque la producción se había liberado de las restricciones más estrictas del "comunismo de guerra", el Gobierno Soviético conservaba todavía la dirección esencial. Siguió ejerciendo el monopolio del comercio exterior y por medio del *Gosplan*, o Comisión Planificadora del Estado, preparando con varios años de anticipación el curso que había de seguir la economía soviética.

La política agrícola de la Unión Soviética tenía dos objetivos: el aumento en la producción de alimentos e impedir el desarrollo de la propiedad privada de la tierra. Las disposiciones de la N. E. P. impidieron cuidadosamente el restablecimiento del derecho de propiedad en las pequeñas granjas particulares. Según el Código de Tierras de 1922, toda la tierra pertenecía al Estado y al campesino sólo se le concedía el uso libre de ella. Debía ser cultivada por la comunidad o por un individuo, pero la sección 27 del Código prohibía categóricamente la venta, la compra, la hipoteca o la donación de la tierra. El Gobierno Soviético no se comprometió en modo alguno a apoyar a la vieja comuna, pero en general estimuló al campesino para que la dejara y se convirtiese en arrendatario particular menos que la legislación de Stolypin.

El papel esencial que había desempeñado la comuna para contrarrestar el individualismo de los campesinos fué transferido a las cooperativas soviéticas nacidas con la N. E. P. Durante el período de "comunismo de guerra", que precedió a las reformas, el Gobierno Soviético había tratado de suprimir las cooperativas de todas clases como expresiones del prejuicio burgués. Sin embargo, las agrícolas volvieron a la vida en virtud del decreto del 7 de mayo de 1921, y el 16 de agosto del mismo año un segundo decreto confirmó plenamente su derecho a poseer propiedades y las reconoció oficialmente como instrumentos esenciales para el desarrollo del nuevo sistema. Crecieron con mucha rapidez: el 1º de octubre de 1926 había ya 33.500 cooperativas agrícolas, con 5.948.760 socios, dedicadas a la administración de lecherías, molinos de harina y otras muchas industrias agrícolas.

El gobierno esperaba haber encontrado en las cooperativas un método para conseguir la unificación de todas las familias campesinas en una organización que podría ser fiscalizada y dirigida

centralmente. Las autoridades comunistas creían también que servirían como un medio eficaz para educar a los campesinos en el socialismo, que contribuirían a nivelar las desigualdades que todavía existían entre las familias campesinas y que serían particularmente útiles como un medio de combatir el desarrollo de la clase de campesinos más ricos. La importancia de las cooperativas en el plan soviético era tan grande que los dirigentes comunistas de esa época hablaban no pocas veces de la nueva política como de un socialismo agrícola cooperativo.

Las reformas de la N. E. P. revivificaron de tal modo la economía soviética, que en 1927 la producción en muchos campos había alcanzado ya el nivel de 1913 y en algunos casos lo había superado en realidad. Por ejemplo, el valor de los productos agrícolas en los territorios gobernados más tarde por los Soviets alcanzó en 1913 a 12.790.000.000 de rublos; en 1927 había llegado ya a 12.775.000.000. La producción industrial, que en 1913 alcanzó a un valor de 6.391.000.000 de rublos, se elevó en 1927 a 6.608.000.000; la producción de carbón ascendió en ese período de 29.000.000 de toneladas métricas a 30.000.000; la de petróleo de 9.000.000 a 10.000.000 y la manufactura de paños de algodón de 2.238.000.000 de metros a 2.342.000.000. La N. E. P. fué en realidad una "retirada" teórica en el frente económico, pero una retirada que hizo avanzar a la Unión Soviética hacia una economía estable.

10

En la época de la revolución bolchevique el comunismo soviético era un sistema nuevo, una teoría no experimentada que no tenía ejemplo en parte alguna del mundo. Aplicar semejante sistema a un país políticamente atrasado era una tarea monumental. Para realizar ese objetivo Lenin creó el Partido Comunista. Durante los primeros años del régimen comunista fué un dictador casi absoluto, y fueron su firmeza y su perspicacia política las cualidades que permitieron al nuevo gobierno superar obstáculos casi interminables. El 25 de mayo de 1922, al mismo comienzo del período crítico en que se ponía en práctica la N. E. P., cayó Lenin enfermo. En octubre del mismo año había recuperado su salud y reasumido sus tareas, pero a fines de noviembre volvió a enfermarse. En marzo de 1923 un segundo ataque le privó de la palabra y el 21 de enero de 1924 falleció.

Durante un tiempo después de su muerte siguió gobernando a Rusia su espíritu. Su tumba se convirtió en un santuario comunista y Petrogrado, o sea la Ciudad de Pedro el Grande, recibió

en su honor el nombre de Leningrado. Ningún orador del Partido dejaba de citarlo en sus discursos y sus obras se convirtieron en la Biblia del comunismo, a la que acudían una y otra vez sus seguidores en busca de orientación política.

La tarea de dirigir los destinos del país y el problema de orientar a un organismo de amplitud mundial hicieron necesario, no obstante, encontrar a Lenin un sucesor que fuera al mismo tiempo jefe del Partido Comunista y del Gobierno Soviético. Estos deberes fueron asumidos al principio por un triunvirato compuesto por Kamenev, Zinoviev y Stalin, los tres viejos comunistas. Kamenev, cuyo verdadero nombre era Rosenfeld, era el de temperamento menos revolucionario y el más culto de los tres. Zinoviev, quien se llamaba Radomyslsky, era un hombre insolente, sin principios morales ni gran capacidad y que había alcanzado una posición dominante en el Partido a causa, sobre todo, de su actitud servil con respecto a Lenin. Stalin, un georgiano cuyo verdadero nombre es Djugashvili, había mostrado ya la firmeza de voluntad y la innegable capacidad organizadora que iban a llevarlo al puesto más destacado en el Gobierno Soviético.

Trotsky, el dirigente más famoso después de Lenin y el orador más brillante de la revolución rusa, no pudo compartir el poder con el Triunvirato, por lo que emprendió al poco tiempo un movimiento de oposición contra él. Su política era una amalgama en la que se mezclaban los motivos personales con los principios políticos. Nunca había sido un comunista ortodoxo. En la revolución de 1905 y en los años siguientes había oscilado entre los bolcheviques y los mencheviques, haciendo muchas veces causa común con los últimos. Sólo después de la revolución de marzo de 1917 se jugó el todo por el todo con los bolcheviques y en los meses siguientes se elevó rápidamente a la dirección del movimiento. Pero hasta después de la revolución manifestó en muchas ocasiones puntos de vista que no aprobaban Lenin ni la mayoría del Partido Comunista. Que una vez muerto Lenin se convirtiera en representante del comunismo puro significaba un cambio completo e inesperado dada su posición anterior.

Recordó que Zinoviev y Kamenev habían votado contra el Comité Central del Partido Comunista dos semanas antes del levantamiento y los acusó de carecer de verdadero espíritu revolucionario. Era un opositor hábil. Sus facultades oratorias, unidas a su prestigio en el Partido, hicieron que la dirección de éste se viese pronto envuelta en intensos debates que provocaron una lucha enconada por el dominio del mecanismo partidario. Al poco tiempo habían surgido varias facciones y Trotsky asumió la dirección de un grupo que recibió el nombre de "trotskista" y que

acusaba al Partido de tendencias burguesas. Los trotskistas se proclamaron fieles seguidores de Lenin y guardianes del comunismo puro e inmaculado.

Ya en 1922, viviendo todavía Lenin, el Congreso del Partido había declarado que la "retirada del frente económico" terminaba. Sin embargo, en la primavera de 1925 se hicieron tan tensas las relaciones entre el Gobierno Soviético y los campesinos, que fué necesaria una nueva serie de componendas. Bukharin, el teórico principal del Partido Comunista y director de *Pravda,* admitió que a pesar de la N. E. P. todavía se advertían en la economía agrícola los efectos del "comunismo de guerra". Los campesinos no confiaban todavía en la seguridad de sus granjas bajo el régimen soviético. Dos años después fué el propio Stalin quien confesó que con anterioridad a 1925 el problema campesino había influído fuertemente en el Partido Comunista. "Nuestros agentes en las aldeas —dijo— eran asesinados y sus casas incendiadas por los campesinos... En algunos lugares, sobre todo en las regiones fronterizas, tuvimos que hacer frente a las actividades de bandas organizadas y que reprimir un verdadero levantamiento campesino en Georgia". A causa de estas dificultades, el Gobierno Soviético decidió adoptar una política agrícola más indulgente que aprobó el Décimocuarto Congreso del Partido en la primavera de 1925. Definiendo los fines del Partido en ese congreso, Stalin dijo: "El problema principal al presente consiste en reunir a los grupos de campesinos medios alrededor de los obreros; tenemos que conquistar las simpatías de los grupos de campesinos medios". En la misma reunión defendieron la política de tratar con más benevolencia a los campesinos, Kalinin, presidente de la Federación Soviética, y Rykov, jefe del Gobierno Soviético.

Contra esta nueva política campesina del Gobierno, concebida como una nueva consecuencia de la N. E. P., concentró sus ataques la oposición dentro del Partido Comunista. La situación se hizo especialmente peligrosa para la unidad del partido cuando dos miembros importantes de la Oficina Política, Zinoviev y Kamenev, se unieron también a la oposición. Los críticos censuraban la nueva política como un ejemplo del abandono por los dirigentes soviéticos de los principios del comunismo puro, y cuando el Comité Central justificó su actitud como un paso hacia la unidad con el grupo medio de los campesinos, la oposición le acusó de favorecer a los labradores más ricos [1].

[1] Es interesante saber cómo dividían los dirigentes soviéticos a las diversas clases de campesinos. Según los datos presentados al Décimoquinto Congreso del Partido, los campesinos más pobres eran los que tenían un ingreso anual por cabeza del equivalente a 39 dólares; el grupo medio tenía un ingreso anual de 46 dólares, y los campesinos más ricos, de 88 dólares.

Además de todo esto, la oposición acusaba a la mayoría de despotismo en la dirección del Partido y pedía que la Oficina Política fuese privada de su poder autocrático. Pero a pesar de la crítica violenta de la oposición, en el Décimocuarto Congreso del Partido reunido en diciembre de 1925, los delegados aprobaron la política del Comité Central.

El programa de Stalin contaba, pues, con el apoyo del Partido. En consecuencia, aquél no consideró necesario tomar medidas punitivas contra los dirigentes de la oposición y se limitó a hacer la siguiente advertencia: "El Partido desea la unidad y la conseguirá con Kamenev y Zinoviev si ellos lo quieren, o sin ellos si no lo quieren".

La victoria del Comité Central del Partido Comunista sobre la oposición en el Décimocuarto Congreso no fué decisiva. Los dirigentes derrotados, todos ellos maestros en la técnica de las maniobras políticas, ensayaron toda clase de medios para aumentar su influencia dentro del Partido. En 1926 habían creado ya su propia organización encabezada por un comité y que contaba con una imprenta secreta. En septiembre y a principios de octubre de ese año trataron de atraer a los obreros a su bando atacando al Comité Central en las reuniones de las grandes fábricas de Leningrado y Moscú. No obstante, cuando los obreros permanecieron fieles al Comité Central y los resultados de sus actividades parecieron desfavorables para la oposición, sus dirigentes comprendieron que estaban derrotados y el 16 de octubre enviaron un memorial al Comité Central prometiendo cesar la lucha y trabajar en unión de la mayoría del Partido. Stalin, sin embargo, no estaba dispuesto esta vez a aceptar esa declaración como una retractación *bona fide* y en un discurso pronunciado ante el Décimoquinto Congreso del Partido, reunido en octubre y noviembre de 1926, sometió a los opositores a una crítica implacable. Enumeró los siguientes "pecados" principales de la oposición: (1) Sus caudillos habían tratado de inducir a la Internacional Comunista a seguir el camino de la aventura revolucionaria; (2) habían propuesto que se sometiese a los campesinos a los impuestos más pesados, preparando con ello un rompimiento inevitable entre ellos y los obreros; (3) aspiraban a que se relajase la dictadura del Partido en Rusia; (4) aspiraban a debilitar el poder del Comité Central exigiendo el establecimiento de un régimen "democrático" en el Partido. Su conclusión fué que, aunque los caudillos de la oposición trataban de ocultar sus intenciones con la máscara de pretendidos principios comunistas puros, su política se inspiraba en realidad en el oportunismo y tendía a la restauración del régimen de la clase media. Este

punto de vista fué aprobado por el congreso del Partido y el Comité Central.

Sin embargo, la paz dentro del Partido Comunista no fué duradera. En el verano de 1927, cuando las relaciones entre la mayoría del Partido y la oposición volvieron a ser críticas, Stalin decidió imponer castigos a los caudillos de la última. Declaró que estaban provocando una escisión en el Partido y, en consecuencia, ponían en peligro el porvenir del sistema soviético, y pidió que Trotsky y Zinoviev, los dos caudillos opositores más activos, fuesen excluidos del Partido. La expulsión se realizó en noviembre de 1927, en un nuevo congreso partidario. La purga llevada a cabo por Stalin aseguró el dominio de la mayoría dentro del Partido, y aunque no terminó con el conflicto, permitió que aquél llevase a cabo su programa con un mínimo de disensión interna.

CAPÍTULO XVII

EL PERÍODO DEL PRIMER PLAN QUINQUENAL

(1928 - 1932)

1

El Décimoquinto Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, reunido en diciembre de 1927, señaló el comienzo de una nueva era en el país. Fué un acontecimiento de primera magnitud no sólo en el desarrollo de la política interna, sino también porque creó un nuevo sistema político y económico de acuerdo con el cual iba a funcionar en adelante la Unión Soviética. Como lo demostraron los hechos subsiguientes, fueron las decisiones de ese Congreso las que desviaron las energías del país de la campaña en favor de una revolución internacional y las concentraron en un movimiento en favor de la revolución nacional. En sus aspectos más amplios, ella representó el triunfo de los defensores del nacionalismo ruso sobre los abogados de un internacionalismo revolucionario intransigente.

De lo primero que se ocupó el Congreso fué del conflicto que había dividido al Partido Comunista ruso, y desde la primera sesión se hizo evidente que el Comité Central iba a derrotar a la oposición. La abrumadora mayoría de los diputados era partidaria del Comité Central y los recalcitrantes carecían de un dirigente, pues Trotsky había sido expulsado ya del Partido. Después que los representantes de los diversos organismos obreros hubieron pronunciado discursos defendiendo la actitud del Partido y censurando las recomendaciones de la minoría, el Comité Central propuso la expulsión de todos los caudillos de la oposición. Un miembro del Comité, que había sido designado para estudiar el asunto, declaró que todos los elementos contrarrevolucionarios del país comenzaban a concentrarse alrededor de ese grupo y que, para

citar sus propias palabras, "los caudillos de la oposición se habían convertido en francos enemigos de la dictadura del proletariado". El 18 de diciembre fueron expulsados del Partido todos los dirigentes opositores y pasaron a un olvido político que esta vez pareció definitivo. En enero de 1928 fué desterrado Trotsky a la ciudad de Alma-Ata, en el Turquestán, y a principios de 1929 lo deportaron a Turquía. Manifestando su deseo de abandonar la oposición, Kamenev y Zinoviev consiguieron el perdón del Comité Central y así evitaron el destierro. Ocuparon durante un tiempo cargos oscuros en las ciudades provinciales de la Rusia Central y en el verano de 1928 se les volvió a admitir en el Partido.

El Décimoquinto Congreso del Partido dedicó una parte importante de su tiempo a los problemas de la reconstrucción soviética. Desde un principio afirmaron sus miembros la creencia en la necesidad de la industrialización rápida de Rusia para establecer una firme base para la economía comunista. Luego examinaron la política agraria adoptada por el Congreso anterior, reunido en 1925, y reconocieron oficialmente que las medidas indulgentes tomadas en esa época habían tenido como resultado un aumento satisfactorio de tierra cultivada. Pero aunque esa política había sido beneficiosa económicamente, se advirtió que había producido efectos políticos adversos y sobre todo que la indulgencia había aumentado de una manera alarmante el número de los campesinos ricos. Los jefes del Partido estaban decididos a invertir esa tendencia. Repudiando la política de su predecesor, el Congreso declaró necesaria una nueva ofensiva contra los campesinos ricos y pidió que la economía agrícola del Gobierno Soviético se ajustase inmediatamente al modelo de la política propugnada para todo el país. Como primer movimiento en esa dirección, el Congreso tomó medidas para fortalecer a los campesinos más pobres como clase, confirmando la exención del 35 por ciento de ellos del impuesto a la tierra. Aprobó también otras medidas destinadas a apresurar el proceso de reforma en la agricultura, medidas que se relacionaban concretamente con el desarrollo de las granjas colectivas, los *kolkhozes,* y la expansión de las granjas de propiedad del Estado, o sea los *sovkhozes.*

Las decisiones del Décimoquinto Congreso del Partido Comunista ruso no fueron especialmente revolucionarias en su aspecto exterior. Más tarde, sin embargo, se hizo evidente que esos cambios, al parecer ligeros y que entonces pasaron inadvertidos o fueron mal interpretados en los países capitalistas, habían inaugurado en realidad el período de colectivización forzosa de la agricultura, que iba a tener tan tremendas repercusiones en la historia de Rusia.

2

Como consecuencia de las decisiones de ese Congreso cambió por completo la economía soviética. Las reformas agrarias, violentas y destructoras, no fueron más que un aspecto del cambio. Sin hacer una pausa para que el país se recobrase de la impresión recibida, el Décimoquinto Congreso lanzó a la Unión Soviética a la empresa audaz e ingeniosa conocida desde entonces con el nombre de Plan Quinquenal. El pueblo ruso se vió envuelto así en una segunda revolución que, en cierto sentido, afectó sus destinos todavía más que la de 1917. En algunos aspectos, el nuevo movimiento era todo lo contrario del modelo revolucionario habitual. En contraste con la de 1917, que había sido esencialmente un movimiento espontáneo de las masas populares, esta nueva revolución era instigada deliberadamente por el mismo gobierno. Se trataba de un reajuste violento que se originaba arriba y ejercía presión hacia abajo. El primer levantamiento había sido de naturaleza principalmente destructora, un desembarazarse de las viejas formas para abrir camino a las nuevas; la empresa que se inició en 1927 era constructiva tanto por su espíritu como por sus fines. Pero se trataba de una verdadera revolución por su alcance, su finalidad y sus consecuencias. Al recordar que si no hubiese sido por ese período de ajuste Rusia habría sucumbido ante la embestida alemana de 1941, el historiador futuro no podrá menos de considerar a estos acontecimientos como el momento decisivo de la historia moderna del país.

La decisión del gobierno de nadar una vez más en la corriente revolucionaria fué el resultado de una combinación de circunstancias. En todos respectos, el camino que seguía la Unión Soviética no era satisfactorio desde el punto de vista de los comunistas. Es cierto que bajo la N. E. P. había avanzado el país a grandes pasos hacia la reconstrucción de la industria y la agricultura, pero la simple reconstrucción no era la meta a que se dirigía el comunismo. En lo político, la N. E. P. había llevado a la nación a un callejón sin salida de componendas con los viejos principios capitalistas. Para muchos comunistas ardientes esa política era poco menos que una traición. Hasta después de la expulsión de Trotsky subsistía en el partido un gran descontento, y algunos de los que habían luchado más firmemente contra la oposición pedían que se volviese al "comunismo de guerra". Creían que ya era tiempo de abandonar un sistema que fortalecía a los campesinos y creaba una clase de pequeños granjeros ricos o *kulaks* que podía dictar la política del gobierno y detener en cualquier momento, si así lo

deseaba, el desarrollo del socialismo. Eran los obreros de las fábricas los que habían hecho la revolución, eran ellos quienes constituían el espinazo del poder soviético y eran ellos quienes debían hallarse siempre en situación de decidir el curso de la historia rusa.

No se negaba, desde luego, que la N. E. P. había restablecido la producción de la industria y de la agricultura casi hasta el nivel de 1913. ¿Pero bastaba eso para justificar todos los horrores y privaciones de la guerra civil y del período del "comunismo de guerra"? La experiencia de un ex diputado de la Duma, Shulgin, puede ilustrar la actitud de los rusos. Shulgin era un emigrado que había salido de Rusia unos años antes y en 1926 volvió a entrar en el país a escondidas y se dedicó a recorrerlo en secreto, según él creía. Pero el O. G. P. U. le seguía los pasos, aunque prefería dejarlo obrar libremente. En un libro que escribió más tarde resumió sus impresiones con las siguientes palabras: "Todo está en Rusia lo mismo que antes de la revolución, aunque un poco más andrajoso". Un poco más andrajoso... No era para eso para lo que los comunistas habían hecho una revolución y librado una guerra civil dura y agotadora. Durante todos esos años de esfuerzos habían soñado con un país en que el pueblo pudiese gozar de las comodidades y la abundancia a que tenía derecho. Y al término de todo eso, ¿iba a seguir siendo un país miserable a causa de una serie de componendas con un sistema gastado? Los jefes del Partido se daban cuenta de que sólo un esfuerzo decidido para llegar al socialismo puro podría remediar la situación y que sólo los cambios más severos podrían acelerar el progreso lo bastante para terminar con los males de la escasez.

A medida que el gobierno estudiaba la situación se veía obligado a reconocer que las condiciones de la industria eran todavía peores que lo que parecía. Rusia no podía ya depender de la corriente de capital extranjero que afluía a sus industrias en la era prerrevolucionaria. Esa afluencia había terminado con la nacionalización del sistema de producción. Es cierto que todavía goteaba el capital extranjero, pero los nuevos créditos que se conseguían con dificultad eran dedicados inmediatamente a la compra de máquinas y de mercaderías que se necesitaban con urgencia. Nada quedaba para la reconstrucción o la expansión de las plantas industriales de que dependía la vida de la Unión Soviética. Se habían emitido algunos empréstitos internos, sobre todo entre los campesinos, pero era evidente que éstos no seguirían financiando la industria a sus expensas durante mucho más tiempo. Se encontró otro método para industrializar al nuevo Estado y el hecho de que para llevarlo a la práctica fuese necesario destruir la

estructura tradicional de la clase campesina no bastaba para disuadir a los jefes soviéticos.

Había otro motivo importante para obrar con decisión. Rusia seguía siendo el único Estado socialista del mundo, y a su gobierno lo acosaba constantemente el temor al "cerco capitalista" y hasta a un ataque directo por parte de una o más Potencias capitalistas. Gran Bretaña y Francia parecían al principio los enemigos potenciales más amenazadores; más tarde surgió Alemania como un adversario todavía más peligroso. Los jefes soviéticos, y especialmente los hombres del Ejército Rojo como Shaposhnikov, Frunze y Tukhachevsky, recordaban muy bien las lecciones de la primera guerra mundial. Insistían en la urgente necesidad de construir poderosas industrias de armamentos y municiones lo más pronto posible. Pero las industrias de armamentos no funcionan por sí solas; para alcanzar ese objetivo era necesario aumentar antes considerablemente las demás industrias en toda la Unión Soviética.

Esa necesidad era evidente, y puesto que el gobierno administraba todas las plantas industriales más grandes, el Gosplan se dedicó a preparar un plan gigantesco para el desarrollo de la industria rusa durante los cinco años siguientes, dando por supuesto que le seguirían un Segundo y un Tercer Plan Quinquenal si fuese necesario. La idea de una economía planificada no era nueva. En realidad, todos los países beligerantes la habían adoptado en mayor o menor escala durante la primera guerra mundial. Las condiciones que habían obligado a todos esos países a adoptar la planificación continuaron en Rusia mucho tiempo después de terminar la guerra y de que los Estados capitalistas se hallaban ya en plena reconstrucción. El mismo Gosplan había sido organizado en 1921 para facilitar el restablecimiento de la industria tanto del daño sufrido a consecuencia de la guerra como de la destrucción y desorganización de la guerra civil. Todavía antes de eso, y por sugestión de Lenin, se había creado en 1920 una Comisión de Electrificación, pero a causa de las condiciones económicas no pudo realizar un trabajo importante. Los teóricos marxistas no eran los únicos que se interesaban por el problema de crear una economía racionalizada; los ingenieros y los técnicos se sentían atraídos por las posibilidades de semejante organización. Se habían sugerido muchos planes de esa clase, pero el más importante y el mejor presentado para la reconstrucción de la industria rusa había sido expuesto en un notable libro escrito por V. I. Grinevetsky, un destacado ingeniero ruso graduado antes de la revolución.

El libro de Grinevetsky, *Perspectivas de la industria rusa en la postguerra,* publicado en 1919, proponía que las industrias y

factorías rusas fuesen ajustadas geográficamente a los recursos naturales del país, con objeto de evitar los transportes innecesarios. Basando su tesis en las posibilidades prácticas de ese plan, sugería el rápido desarrollo de dos zonas de gran riqueza potencial: la región del Ural y el vasto territorio de la Siberia occidental, que hasta entonces no habían sido explotados lo suficiente Además de los aspectos económicos involucrados en esa gigantesca reubicación de la industria rusa, incluía por lo menos un cambio de gran importancia militar: el traslado de los centros productores muy hacia el este, para ponerlos fuera del alcance de cualquier invasor extranjero.

Valiéndose de las ideas que había expuesto Grinevetsky con claridad convincente y de otras que tenían a su disposición, los miembros del Gosplan prepararon las bases del Primer Plan Quinquenal, que fué anunciado a principios de 1928 y entró en vigor en el otoño de ese año. En 1929 se revisaron las cuotas señaladas originariamente y se decidió "terminar el Primer Plan Quinquenal en cuatro años", en decir, entre el 1º de octubre de 1928 y el 31 de diciembre de 1932. Aunque el plan no se cumplió en todos los detalles, sus logros durante ese período abreviado fueron tremendos. En cuatro años se elevaron los ingresos nacionales de Rusia de 27.000.000.000 a 45.000.000.000 de rublos anuales en 1932. El capital invertido en la industria se elevó de 2.000.000.000 a más de 9.000.000.000 de rublos. A base de esta enorme inversión de capital pudo llevar a cabo la Unión Soviética una gran expansión industrial.

Pero las cifras totales y los aumentos cuantitativos no eran un exponente de todo lo conseguido. La calidad de los productos industriales era en general mala y el costo de la producción casi invariablemente alto. En todas partes se advertía derroche y mala administración, lo que debía atribuirse sobre todo a la escasez de obreros calificados, técnicos e ingenieros. El número de obreros calificados había sido siempre bajo en Rusia y después de la revolución emigraron muchos técnicos e ingenieros capaces. Ingenieros extranjeros fueron invitados a inspeccionar la construcción de las plantas industriales más importantes, pero eran demasiado pocos para cuidar de todos los detalles y, además, el gobierno no podía confiar siempre en ellos. Sin embargo, la situación fué mejorando poco a poco. Cada año se graduaba un número mayor de ingenieros y técnicos en las escuelas rusas y aumentaba el número de campesinos que se adiestraban en las labores mecánicas. En realidad, desde cierto punto de vista, las mismas deficiencias en la ejecución del Primer Plan Quinquenal tuvieron consecuencias beneficiosas. Aunque los muchachos y muchachas campesi-

nos mal preparados echaron a perder mucha maquinaria valiosa y que se necesitaba con urgencia y aunque se malgastó mucho tiempo en adaptar a los nuevos obreros a las tareas más sencillas a que no estaban acostumbrados, todo ello significó un inmenso curso práctico de educación experimental. Con el tiempo millones de jóvenes inexpertos se convirtieron en excelentes obreros industriales. Más importante, quizá, fué el hecho de que con ello se puso fin a la inercia tradicional del campesino ruso, aunque fuera a un tremendo costo en vidas, maquinarias y dinero.

Un programa tan vasto como el del Primer Plan Quinquenal exige también grandes cantidades de dinero. El capital que se necesitaba sólo podía conseguirse de un modo: reduciendo el nivel de vida de la población. Después de la contienda mundial y del período destructor de la guerra civil, la economía rusa había quedado completamente destruída. Durante el período de reconstrucción de la N. E. P. se había repuesto el país rápidamente. Sin embargo, ese período de respiro no fué lo bastante largo para que Rusia adquiriese una verdadera solidez económica y ni siquiera en 1927 existía un pequeño exceso de energía con el que se pudiese contar. Las dificultades que se presentaban se agravaban agudamente con los trastornos de la revolución agrícola que se llevaba a cabo al mismo tiempo. En los años iniciales del Primer Plan Quinquenal disminuyó constantemente la producción agrícola; la situación con respecto a los alimentos, tan mala durante la guerra civil, empeoró todavía más; el problema de las viviendas, sobre todo alrededor de las nuevas comunidades industriales en las que no había habido oportunidad de construir casas antes de la llegada de una multitud de obreros, era espantoso. Durante ese primer período del plan se dedicó todo el esfuerzo a la industria pesada, o sea a la construcción de la maquinaria necesaria para llevar a la práctica los otros aspectos de la empresa. En un tiempo relativamente breve se produjo gran escasez de mercaderías de consumo, no sólo de alimentos, sino también de ropas y tejidos. En realidad, fué el buen éxito del Primer Plan Quinquenal el que destruyó la estabilidad trabajosamente conseguida en el período de la N. E. P. y trajo consigo privaciones sólo comparables con las del período de la guerra civil. La situación terminó por ser desesperada y en 1930, como consecuencia en gran parte de la colectivización de la agricultura, se produjo el hambre en Ucrania. La inanición y todas las enfermedades que la acompañan se extendieron por la región agrícola más rica de la Unión Soviética y en el término de unos pocos meses murieron centenares de miles de personas víctimas de una miseria inimaginable.

A pesar de esas penalidades casi increíbles que tenía que so-

portar el pueblo ruso, el gobierno se negó a abandonar su plan de revisión original. Al estudioso le resulta difícil a veces comprender cómo un pueblo que había pasado por los cataclismos de 1914, 1917 y 1920-21 pudo soportar las privaciones a que lo sometió el Plan Quinquenal. El gobierno pudo llevar la reorganización a una conclusión afortunada gracias, sobre todo, a que supo combinar los esfuerzos de varios grupos. Los jefes soviéticos contaron, desde luego, con la ayuda de los ingenieros y técnicos que veían en el nuevo sistema una oportunidad para explotar y desarrollar la riqueza potencial de la nación. Contaron también con la ayuda incansable de los miembros del Partido y del Komsomol, inspirados por la perspectiva de "implantar el socialismo en un solo país", de conseguir la independencia económica con que habían soñado durante tanto tiempo. Los elementos recalcitrantes fueron sometidos a una disciplina con frecuencia dura y a veces hasta cruel. Como nación, la Unión Soviética se sentía amenazada por el "cerco capitalista" y, en consecuencia, trataba de utilizar aquellos años para prepararse a hacer frente al ataque que parecía inminente. La mentalidad del pueblo ruso en los primeros años del Primer Plan Quinquenal era la de una nación que pasaba por una revolución y una guerra simultáneamente. Esta mentalidad explica quizá por qué soportó tanto y por qué atribuía tan poco valor a los derechos y a la libertad individuales. Los rusos creían que estaban luchando por su propia vida y en esas circunstancias se hallaban dispuestos a soportar las mayores privaciones.

Había otro motivo —más estrecho y más nacionalista— para esa actitud del pueblo. El lema de Stalin: "La implantación del socialismo en un solo país", convenció al pueblo ruso de que la época de aventuras internacionales había terminado y de que entonces luchaba por crear una Rusia mejor. Trabajar por Rusia era esencialmente trabajar por su propio beneficio, y esta convicción hizo posible a las autoridades utilizar el sentimiento patriótico, que desde entonces se ha manifestado con tanto vigor, para la creación del nuevo Estado comunista.

Sociológicamente, el resultado más importante de los Planes Quinquenales sucesivos fué la transformación de Rusia de país predominantemente agrario en una nación industrializada en un 50 por ciento. Al mismo tiempo, este cambio tuvo como consecuencia una nueva relación entre los diversos grupos económicos de la Unión Soviética. La colectivización de la agricultura terminó con los campesinos ricos o kulaks, y los miembros de los sovkhozes y kolkhozes ya no siguieron constituyendo un sector separado de la población, sino que se convirtieron en una parte

de la nueva sociedad, lo mismo que los obreros industriales. El resultado final de esta "profundización de la revolución" fué la creación de una estructura social más homogénea y coherente, a pesar de que con el transcurso del tiempo surgieron aquí y allí nuevas distinciones de grupo. Las viejas divisiones que hacían en realidad de Rusia un territorio compuesto de diversas naciones bajo un solo gobierno fueron abolidas y en 1926 los Soviets podían pretender ya que habían alcanzado la etapa de una sociedad "sin clases". Con la desaparición de los antiguos grupos sociales y los conflictos que les eran inherentes, la teoría de la lucha de clases, que durante tanto tiempo había servido para dividir al pueblo, se hizo anticuada y la Unión Soviética entró en un período de consolidación nacional. De una manera paradójica, la regeneración nacional de Rusia, por la que habían luchado todos los grupos, fué lograda finalmente por el comunismo militante.

3

La revolución industrial —pues sociológica y económicamente no fueron menos que eso los Planes Quinquenales— se inició con la adopción del Primer Plan Quinquenal inspirado por un espíritu de confianza juvenil. "Alcanzar y superar a los Estados Unidos" fué el lema central y característico de la época, y la nación se inclinó con entusiasmo ante la multitud de tareas que debía realizar. Pero no es muy fácil mantener el primer entusiasmo ni siquiera en las mejores circunstancias y en aquella época agitada fué casi imposible. Demoras, desalientos, retrocesos y fracasos de todas clases acosaron tanto a los proyectistas como a los obreros. El gobierno publicaba de vez en cuando informes optimistas sobre la elevación del nivel de la producción, y a los obreros que sufrían increíbles penalidades les parecían sin duda esos informes completamente falsos y deliberadamente deformados. A medida que pasaba el tiempo parecía ensancharse el abismo entre los cálculos audaces del plan y lo que éste conseguía en la realidad.

Si se lo contempla retrospectivamente, resulta evidente que ese importante período del Primer Plan Quinquenal estableció las bases para grandes éxitos posteriores, y a pesar de todos sus defectos, la labor esencial realizada entonces sentó los fundamentos del desarrollo ulterior de la industria pesada. Pero lo que es tan claro hoy día era oscuro entonces, tanto para los estudiosos contemporáneos como para los que se dedicaban activamente a los trabajos diarios. Surgían constantemente dudas y ansiedades y a veces hasta la prensa soviética se mostraba alarmada. Lo

que más inquietaba en el nuevo sistema era lo inseguro de la producción. La industria parecía funcionar a saltos y a los meses de febril progreso seguían con frecuencia otros períodos igualmente largos en los que la producción disminuía y se llegaba a un estancamiento en muchos sectores esenciales.

La primera cuarta parte del segundo año del Primer Plan Quinquenal —desde octubre hasta fines de diciembre de 1929— fué típica en lo que respecta a la repetición de períodos en los que las cifras de producción mostraban retrocesos inquietantes. En enero de 1930 hablaba la prensa soviética de graves "brechas" en diversos puntos del frente económico. Durante los tres primeros meses de ese año la cuenca carbonífera del Donets sólo produjo el 94 por ciento de la cantidad señalada, lo que significaba que la industria había recibido 500.000 toneladas de carbón menos que las que se había anticipado. La fundición de hierro en la región del Ural sólo alcanzó al 90 por ciento de la producción proyectada, y las fábricas del "Yugostal" o "trust" del acero meridional alcanzaron una producción ligeramente superior del 92 por ciento. En octubre de 1929 las fábricas de Leningrado entregaron mercaderías por valor de 172.000.000 de rublos, pero al mes siguiente descendió la producción a 160.000.000. En general, la industria pesada no alcanzó a la cuota señalada por un 4 por ciento, aunque en algunas fábricas la diferencia entre la producción señalada y la alcanzada ascendió al 10 por ciento o más. La explotación de bosques maderables en el norte de Rusia fué menor en un 25 por ciento, lo que afectó adversamente la balanza del comercio exterior, pues la madera y el petróleo eran en esa época los principales productos de exportación soviéticos.

El Gobierno Soviético se negó firmemente a admitir el fracaso. De una manera muy característica, cada vez que se producía una nueva crisis aumentaba las cuotas de producción en vez de ajustarlas a un nivel más bajo. Siempre que la situación se hacía peligrosa se tomaban medidas extraordinarias, como la creación de "brigadas escogidas" de obreros o el envío de batallones de miembros del Komsomol a los lugares convenientes para que estimulasen la producción. A causa de la firme insistencia del gobierno en su objetivo y de su completa despreocupación por las penalidades y privaciones que sufría la población, el aumento general de la producción al término del Primer Plan Quinquenal fué impresionante. En el período de 1928 a 1932 la producción anual de carbón aumentó de 35.000.000 de toneladas a 64.000.000; la de petróleo, de 11.000.000 de toneladas a 22.000.000; la de hierro en barras, de 3.000.000 a 6.000.000. En 1928 se habían construído menos de 1.000 automóviles y poco más de 1.000 tractores, pero

en 1932 salieron de las fábricas soviéticas 24.000 automóviles y 50.000 tractores.

Merece una atención especial la empresa más ambiciosa del Primer Plan Quinquenal, la construcción de la gran estación de fuerza motriz del río Dniéper *(Dnieproges)*. Un ingeniero norteamericano, Hugh L. Cooper, se encargó de proyectar y vigilar la construcción de esa enorme obra, que quedó terminada en octubre de 1932. Su producción anual alcanzó pronto a 2.700.000.000 de kilovatios-hora y su capacidad máxima fué calculada en 558.000 kilovatios. Esta gran empresa industrial, el orgullo de la industria soviética y monumento a la cooperación ruso-norteamericana, iba a durar apenas diez años; durante la retirada del Ejército Rojo en el primer verano de la guerra con Alemania fué destruída por los mismos rusos.

Todavía de mayor importancia para el desarrollo de la industria rusa fué la gigantesca fundición de acero creada en Magnitogorsk, en la región del Ural, la construcción de la cual fué el objetivo más importante del Segundo Plan Quinquenal. La fábrica de Magnitogorsk, que iba a constituir una de las piedras fundamentales del gran *combinat* de Ural-Kuznetsk proyectado para hacer de la zona del Ural y de la Siberia occidental una base industriai que se bastase a sí misma, fué terminada durante ese Segundo Plan Quinquenal. También se llevaron a cabo otras empresas industriales igualmente espectaculares y audaces. En ese período se terminaron varias grandes fábricas de automóviles, tractores y maquinaria agrícola en Gorky (Nizhni-Novgorod), Kharkov, Rostov, Stalingrado y Cheliabinsk. A la lista de importantes obras industriales realizadas en esa época debe añadirse la construcción del oleoducto que va desde Grozny, en el norte del Cáucaso, hasta el puerto de Tuapse en el Mar Negro, y la del vital ferrocarril del Turquestán y Siberia.

El Primer Plan Quinquenal no fué, sin embargo, una historia de buenos éxitos solamente. Por lo contrario, hubo muchos factores inquietantes, especialmente el continuo problema de la mala calidad de las mercaderías, el bajo porcentaje de la producción y, como consecuencia, el gran costo por unidad. El gobierno reconocía, desde luego, esas deficiencias, pero era poco lo que podía hacer al principio para remediar la situación. Sólo poco a poco, durante el Segundo Plan Quinquenal y los primeros meses del Tercero, mejoró algo la situación, pero hasta en 1940-41 se dejaban sentir todavía las consecuencias del apresuramiento con que se había iniciado y llevado a cabo el Primer Plan Quinquenal. Hablando de una manera general, en los años iniciales de la magna empresa se hizo frente a esas dificultades arrojando en la industria

un número creciente de obreros, de la reserva casi inagotable creada como consecuencia de la mecanización de la agricultura y del exceso de trabajadores en las aldeas. Las fábricas trabajaban en ese tiempo en tres turnos, y para evitar que se interrumpiese su funcionamiento los domingos se ideó y aplicó en 1929 un sistema de semanas "ininterrumpidas" o "continuas". En septiembre de ese año se decretó que cada obrero trabajase cuatro y más tarde cinco días consecutivos, después de los cuales se tomaba uno de descanso. Como la nueva "semana" era flúida y el día de descanso variaba con respecto a los individuos, los miembros de una misma familia rara vez descansaban el mismo día, de lo que se derivaban muchos inconvenientes para el mantenimiento de los lazos familiares. Al mismo tiempo, el nuevo sistema demostró tener serias desventajas en el campo de la producción industrial, para ayudar a la cual había sido ideado. Con el sistema de tres turnos continuos era difícil mantener en buen estado la maquinaria y los edificios de las fábricas, sobre todo porque ningún grupo de obreros podía trabajar con eficacia como unidad, a causa de la semana cambiante. Por fin, después de haber sido sometido a toda clase de pruebas, el sistema de "semana continua" fué abolido por completo en 1940.

Un problema igualmente serio lo constituía la "fluidez" de la mano de obra, que tenía como consecuencia un trasiego constante y perjudicial de obreros en las fábricas. A causa de las malas condiciones de alojamiento y, a veces, de la falta de alimentos en los lugares en que se realizaban nuevas construcciones, los obreros se trasladaban constantemente de un lugar a otro en busca de mayores comodidades y de mejores condiciones de vida. Como consecuencia, casi ninguna fábrica, con excepción de las situadas en las regiones industriales antiguas como Leningrado y Moscú, contaba con una dotación permanente de obreros capacitados en los que pudiera confiar.

La jornada de trabajo normal fué de siete horas hasta 1940, fecha en que aumentó en una hora a causa del peligro exterior. Los salarios relativamente bajos que prevalecieron durante el Primer Plan Quinquenal eran compensados, en parte al menos, con un amplio sistema de seguros sociales, para la desocupación y sanitarios. Sin embargo, aunque el salario medio anual, expresado en términos monetarios, se elevó de 703 rublos en 1928 a 1.427 rublos en 1932, a causa del aumento correspondiente en los precios el obrero común podía obtener todavía menos alimentos y artículos manufacturados que en 1928. Pero tanto los salarios reales como los monetarios mejoraron durante el Segundo Plan Quinquenal. A causa, sobre todo, de la difusión de un sistema de pagos por piezas y salarios extraordinarios por trabajos especiales, ciertos gru-

pos de obreros alcanzaron un nivel de vida relativamente alto en 1940. Este nuevo sistema, el "stakhanovismo", como se lo llamó, lo inició en 1935 un minero de carbón que se llamaba Alexi Stakhanov. Mediante la institución de "brigadas" de obreros adiestrados en un método de trabajo colectivo basado en la estricta división de las tareas, los stakhanovistas podían producir con mucha mayor rapidez que la posible cuando trabajaban los individuos aislados, y con el tiempo sus métodos fueron aplicados en diversas formas a muchas ramas de la industria. Los economistas extranjeros observaron muchas veces que el espíritu stakhanovista de competencia y rapidez era más adecuado en esencia para el sistema capitalista de administración industrial que para el sistema socialista. Cualesquiera que hayan sido sus defectos y sus virtudes, ahora resulta evidente que a pesar de ciertas deficiencias técnicas, el stakhanovismo contribuyó mucho a aumentar la producción de las industrias rusas y puso a éstas al nivel de las de los países capitalistas.

4

La revolución industrial llevada a cabo por los Planes Quinquenales consistió principalmente en un programa de expansión enorme y forzada, más bien que en una revisión radical de planes anteriores. La revolución agraria que la acompañó significaba, empero, un reajuste completo de las bases sociales y económicas del sistema agrícola de la N. E. P. El hecho central de la nueva política fué el traslado del centro de gravedad de los millones de pequeñas granjas —la división básica tradicional de la economía campesina rusa— a las enormes unidades agrícolas socializadas llamadas kolkhozes. Un movimiento social de tan vastas proporciones va acompañado inevitablemente de grandes penalidades, aun cuando el reajuste se realice a lo largo de muchos años. En Rusia, limitado al término de unos pocos años, produjo una convulsión social.

Para reconstruir la agricultura de acuerdo con el nuevo plan era necesario primero destruir la estructura existente. La obra de demolición se realizó despiadadamente y sin tener en cuenta para nada los derechos, las necesidades o los deseos de los campesinos recalcitrantes. Los más ricos, los kulaks, fueron los que más sufrieron. A medida que sus granjas eran "liquidadas" y sus propiedades confiscadas, debieron de recordar sin duda la época de la revolución, cuando ellos mismos se repartían las tierras de la clase media; había cambiado la rueda de la fortuna y sufrían la misma suerte, apenas doce años después de su hora de triunfo. Aparte de la violencia con que se llevó a cabo, desde el punto de vista eco-

nómico pareció entonces un acto de locura la "deskulakización" ordenada por el gobierno. Los kulaks constituían el grupo más eficiente de toda la clase campesina y el echar abajo ese sostén principal de la agricultura rusa parecía un medio seguro de arruinarla por completo. Claro está que el gobierno deseaba colocar esa estructura sobre nuevas bases y sustituir esos puntales inseguros con pilares más sólidos. Pero los kulaks fueron eliminados antes de que las granjas colectivas fuesen lo bastante numerosas y fuertes para soportar todo el peso de la agricultura nacional. Ésta se hundió, en consecuencia, una vez más en el caos y a medida que disminuía la producción volvió a surgir en todo el país la amenaza del hambre.

El nuevo programa agrícola soviético no era un plan preparado por completo de antemano y aplicado de una vez en todas partes. Era el resultado de cierto número de experimentos realizados durante mucho tiempo. Se propusieron diversos planes de colectivización que iban desde una asociación cooperativa libre de labradores hasta una economía de kolkhozes estricta. Al principio se pensó en implantar la colectivización poco a poco, empleando la persuasión o métodos coercitivos relativamente suaves, como el aumento gradual de los impuestos a los campesinos más ricos. Durante todo el año de 1928 las autoridades del gobierno observaron los resultados del experimento y sólo cuando se hizo evidente que el lento progreso era enteramente inadecuado para hacer frente a las necesidades de los grandes planes generales se adoptaron las medidas más severas que propiciaban los defensores de la colectivización inmediata.

En el otoño de 1929 comenzaron los jefes soviéticos a hablar de la necesidad de apresurar el proceso de colectivización de la producción agrícola y poco tiempo después se puso en vigor un plan de expansión inmediata. Las 55 granjas colectivas gigantescas (Sovkhoz) que en 1928-29 abarcaban 2.400.000 hectáreas debían aumentar al año siguiente a 120 con un área total de más de 5.000.000 de hectáreas. Según los planes propuestos por el gobierno, los kolkhozes colectivos debían aumentar todavía más. Los 30.000 existentes en 1928-1929 debían llegar a 100.000 en 1930, y su área total debía aumentar de 4.000.000 de hectáreas a 16.000.000. Se decidió, pues, no sólo aumentar el número de granjas colectivas, sino también el tamaño de cada una. La granja colectiva típica de 1927-28 que incluía la tierra de unas doce granjas particulares, iba a ser agrandada hasta abarcar la tierra que poseían anteriormente de 1.000 a 5.000 granjas particulares.

La decisión final de llevar a cabo una colectivización rigurosa y completa de la vida rural en Rusia se tomó el 6 de enero de 1930.

En la región del Volga medio e inferior y en el norte del Cáucaso debía estar terminado todo el proceso para el otoño de 1930 o, lo más tarde, para la primavera de 1931. En otras regiones sería puesto en efecto para el otoño de 1931 o la primavera de 1932. Las gigantescas granjas colectivas funcionarían mediante el empleo de una enorme cantidad de equipo mecánico: tractores, segadoras mecánicas y otras maquinarias que ahorran el trabajo. Se esperaba, por lo tanto, que su productividad fuese mucho mayor que la de las granjas particulares. Pero otra vez fracasaron los planes teóricos porque la provisión de tractores y segadoras no marchó al mismo paso que el crecimiento de las granjas colectivas. Hasta 1930 no había más de 25.000 tractores en toda la Unión Soviética, y a causa de la falta de talleres de reparación y la dificultad de encontrar maquinistas experimentados, casi la mitad de ellos se hallaban habitualmente en malas condiciones. La escasez de segadoras mecánicas era todavía más aguda. Aunque se habían proyectado dos fábricas inmensas capaces de producir 25.000 segadoras al año, en 1930 casi no había máquinas de esa clase en funcionamiento en ninguna parte de Rusia. A pesar de que eran muy pocas las granjas colectivas que podían contar con el equipo que justificaba su creación desde el punto de vista económico, se siguió creando otras nuevas. Al principio sólo unas pocas podían esperar que se las abasteciese de la maquinaria necesaria. Para la mayoría de ellas las "columnas de tractores" siguieron siendo nada más que un anhelo y tuvieron que contentarse con trabajar grandes extensiones de tierra con "columnas de caballos y bueyes", el equipo tradicional de las granjas campesinas.

Pero la política de colectivización fué mantenida firmemente, estimulada por el lema "Atacar a los campesinos ricos". En realidad, el peso caía sobre los campesinos de todas clases y en 1928, y sobre todo en 1929, todos ellos, salvo los más pobres, sufrían impuestos excesivos y numerosos tributos directos. Se les ordenó que pagaran en enero de 1930, en grano o en dinero, la cantidad total de impuestos que se les había fijado para todo el período de 1929-30. Además, se anunció un tercer empréstito de Industrialización. Los dos empréstitos anteriores habían sido suscritos casi por completo en las ciudades, pero a los agentes del Comisariato de Hacienda se les asignó la tarea de recaudar el dinero para el tercero en las aldeas por los medios que fuesen necesarios. A las brigadas de las Juventudes Comunistas y a los grupos activos reclutados en las organizaciones de los campesinos más pobres se les ordenó que ayudasen a los agentes financieros en sus tareas. Eso significaba en la práctica la recaudación de un impuesto extraordinario a los campesinos, bajo la apariencia de una suscripción

obligatoria al empréstito. Las pocas personas que después de la extracción de esos tributos se hallaban todavía en condiciones de hacer más sacrificios monetarios tuvieron que hacer depósitos en las Cajas de Ahorro del gobierno, de las que era difícil retirar el dinero en virtud de una serie de formalidades complicadas.

Como una consecuencia de la campaña a que fué sometida la población agrícola, la vida en las aldeas volvió a las condiciones existentes en 1918 bajo los Comités de los Pobres. El cobro de impuestos excesivos llevó en el curso de 1929 a la desorganización práctica de todas las empresas agrícolas más o menos bien organizadas. A causa de las penalidades que se imponían a la posesión de propiedades, millares de campesinos que sólo poseían dos o tres vacas, por ejemplo, preferían matar y comer una de ellas antes que figurar en las clases más ricas. Otros muchos no pudieron soportar las penalidades y sobre todo aquellos cuyos antepasados habían fijado su residencia en Rusia en el siglo XVIII o principios del XIX emigraron para evitar la liquidación. Gran número de suecos y buena parte de los mennonitas alemanes figuraban entre los que escaparon de ese modo. Pero eso era imposible para la mayoría de los campesinos, quienes emprendieron la lucha contra la política del gobierno, con lo que volvió a estallar la guerra civil en casi todas las aldeas. Los agentes del Gobierno Soviético eran frecuentemente atacados y a veces muertos por grupos de campesinos ricos y medianos y los edificios de los kolkhozes y sovkhozes nunca estaban a salvo de las antorchas de los labradores vengativos. La respuesta del gobierno a la oposición fué la adopción de medidas severas y el fusilamiento de todos los agitadores. El otoño de 1929 fué sangriento en las aldeas y antes de que terminase habían sido ejecutados centenares de kulaks.

En enero de 1930 decidió el gobierno destruir por completo a la clase de campesinos ricos. Para eliminar a esa clase de toda intervención en los asuntos del campo fueron disueltos los anteriores Soviets de aldea y se organizaron otros compuestos únicamente de campesinos pobres. Las viviendas de los campesinos acomodados fueron entregadas a obreros o a labradores sin hogar y sus ganados y propiedades a las granjas colectivas. A los campesinos expropiados se les prohibió trabajar en las granjas colectivas y, despojados de sus propiedades y sin medios de vida, quedaron pronto reducidos a la pobreza. Millares de ellos fueron deportados con sus familias a las regiones del norte y el este, donde se les alojó en campos de concentración y se les hizo trabajar, bajo la vigilancia del O. G. P. U., en la explotación de bosques, trazado de canales, construcción de ferrocarriles y otras labores pesadas.

Como ningún campesino que poseyese una propiedad, aunque fuese relativamente pequeña, podía estar seguro de que no sería clasificado como kulak y tratado en consecuencia, el descontento y la desesperación se extendieron por las aldeas. Algunos de los campesinos acomodados tenían hijos en el Ejército Rojo y fueron probablemente esos soldados quienes con sus protestas consiguieron que disminuyese la violencia contra los campesinos. El gobierno comenzó a hacer concesiones, y los kulaks deportados que tenían hijos en el ejército, en el servicio civil o en las fábricas fueron devueltos a sus aldeas. En marzo de 1930 publicó *Pravda* la famosa carta de Stalin *El vértigo del éxito,* en la que desaprobaba los métodos más violentos para conseguir la colectivización y echaba la culpa de ellos al fervor excesivo de los miembros locales del Partido. Se permitió a los campesinos unirse o no a los holkhozes a su voluntad, y a los que se había obligado a entrar en ellos se les permitió dejarlos. Al principio fueron muchos los que volvieron al sistema de granjas particulares y durante un breve período disminuyó rápidamente el número de miembros de los kolkhozes. Con el transcurso del tiempo, sin embargo, la mayoría de los campesinos que habían abandonado las granjas colectivas volvieron a ellas acompañados de otros muchos que nunca habían pertenecido a las mismas. La aceptación del sistema colectivo era en parte el resultado de la derogación de las reglamentaciones más rigurosas que se habían aplicado a los miembros de los kolkhozes, como por ejemplo la que disponía que todas las propiedades, inclusive los pollos, fuesen de propiedad común. Además, los granjeros particulares que todavía quedaban fuera del nuevo sistema fueron sometidos a impuestos cada vez mayores. Finalmente, las condiciones de vida en las granjas colectivas mejoraron mucho con la provisión de crecientes cantidades de maquinaria para su funcionamiento. En 1933 el número de tractores en uso alcanzaba ya al total impresionante de 200.000 y funcionaban 25.000 segadoras mecánicas en los distritos cerealistas. Por primera vez tuvieron los labradores a su disposición gigantescos depósitos y grandes talleres de reparaciones y mantenimiento de la maquinaria agrícola y en el sur, sobre todo, se organizaron numerosos talleres de esa clase para el servicio de los kolkhozes vecinos.

En 1932 había ganado ya el gobierno la batalla por los kolkhozes, en el sentido de que los campesinos, aunque fuese a regañadientes, aceptaban el nuevo régimen. Sin embargo, la lucha estaba lejos de haber terminado, pues las ventajas que se atribuían a la colectivización tenían que ser comprobadas en la práctica. En realidad, el buen éxito del gobierno pareció ser durante mucho tiempo una victoria pírrica, ya que en apariencia había quedado

destruído el espinazo del sistema agrícola ruso. Los primeros informes mostraban una disminución catastrófica de la producción, sobre todo en lo referente al ganado. La siguiente estadística es un ejemplo de las tendencias que seguían frustrando los planes soviéticos.

GANADO EN MILLONES DE CABEZAS

Año	*Caballos*	*Ganado vacuno*	*Ovejas y cabras*	*Cerdos*
1913	35	60	112	20
1929	34	68	147	20
1933	16	38	50	12

Estas frías estadísticas, quizá no impresionantes en sí mismas, se tradujeron en grandes bajas entre la población, pues fué en esa época cuando la pérdida de vidas humanas alcanzó sus mayores proporciones. El hambre de 1930-31 siguió de cerca al caos existente en la agricultura y sobre todo en Ucrania alcanzaron el sufrimiento y la inanición una escala que casi supera la comprensión humana.

Pero ni siquiera ese desastre fué un obstáculo para el desarrollo de la economía soviética. Al cabo de pocos años la tremenda vitalidad innata del pueblo ruso se manifestó una vez más en el restablecimiento de un sistema agrícola e industrial muy eficaz. Sobre las ruinas del viejo campesinado se alzaron hombres de un nuevo tipo —los *kolkhozniki*— que luchaban de nuevo por la vida mejor que se les había prometido. Y luego, tras un respiro de menos de una década, y en el momento en que parecía alcanzar por fin la libertad y la comodidad, el pueblo ruso —kolkhozes, fábricas y todo— se vió envuelto en una nueva catástrofe todavía más terrible, el Armageddon de la guerra con Alemania.

5

La revolución industrial inaugurada por las decisiones del Décimoquinto Congreso del Partido Comunista, y especialmente la revolución agrícola que la acompañó, eran contempladas por los observadores extranjeros con recelo e inquietud. La resurrección del comunismo militante revelada por la nueva política interna del Gobierno Soviético se reflejaría, según se esperaba, en los asuntos exteriores y en esa época parecía casi inevitable un nuevo estallido de las actividades de la Internacional Comunista. Sin embargo, la

revolución interna de la Unión Soviética produjo un efecto contrario en su diplomacia. En vez de intensificar las tendencias revolucionarias que habían existido en la política exterior rusa, la preocupación por los asuntos internos del país fué acompañada por un apartamiento del internacionalismo violento y el desarrollo de un nacionalismo moderado. Durante cierto tiempo, no obstante, la nueva orientación se ocultó en la fraseología comunistra tradicionalmente ampulosa, que con tanta frecuencia había inducido a error a los observadores extranjeros. El lema de "construir el socialismo en un solo país" señaló fundamentalmente el abandono —al menos por un tiempo— de todos los planes de largo alcance para fomentar la revolución en el exterior. La tremenda tarea de la reconstrucción nacional absorbió todas las energías del nuevo Estado revolucionario e hizo que el interés se concentrase casi por completo en los problemas nacionales. Si el leninismo era la adaptación del marxismo a la era de conflictos internacionales, el stalinismo significó la nacionalización de la revolución.

La seguridad nacional —que debía ser conseguida mediante el fortalecimiento de la defensa del país y conservada por medio de un sistema de seguridad internacional— se convirtió en el objetivo principal del Gobierno Soviético. Una vez más fueron las decisiones del Décimoquinto Congreso del Partido Comunista las que sentaron la base de la nuevo política. Merece la pena transcribir por entero su resolución con respecto a los asuntos exteriores.

"El Comité Central del Partido debe ajustar su política exterior a las siguientes líneas fundamentales. Primero, realizando una política de paz internacional, que no es otra cosa que la lucha contra los peligros de las guerras imperialistas. Esta política de paz internacional es al mismo tiempo una condición fundamental para el desarrollo del socialismo dentro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Segundo: mediante el fortalecimiento diario de los lazos fraternales entre los trabajadores de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los de los países occidentales europeos, así como las masas trabajadoras de otros países oprimidos. Tercero: mediante el mayor desarrollo sistemático de las relaciones económicas con los países capitalistas, con tal de que quede asegurada la independencia económica de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Cuarto: mediante el refuerzo constante de los medios de defensa nacional y especialmente de la fuerza y la capacidad combatiente del Ejército y de la Armada de Obreros y Campesinos. Quinto: mediante la acumulación de las reservas económicas necesarias, como cereales, mercaderías, dinero en circulación y reservas de defensa especiales."

Puesto que el Partido Comunista manejaba en realidad el go-

bierno de Rusia en esa época, sus decisiones determinaban el curso que había de seguir la política exterior soviética. En uno de sus aspectos, como sabemos, el Partido Comunista de la Unión Soviética era un miembro de la Internacional Comunista, en realidad el grupo principal de ese organismo. Sus decisiones, por lo tanto, no podían menos de influir sustancialmente en la política de la Internacional. El Sexto Congreso de la Internacional Comunista se reunió en Moscú desde el 17 de julio hasta el 28 de agosto de 1928. Aunque al principio se pensaba reunir al Congreso todos los años, habían pasado cuatro desde la reunión del anterior, demora que explicaba en parte la lucha desarrollada dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética después de la muerte de Lenin. La oposición trotskista en 1926 y la expulsión posterior de Trotsky y Zinoviev de las filas del Partido habían tenido serias repercusiones en los círculos revolucionarios de todo el mundo. La lucha entre los stalinistas y los trotskistas se repetía en casi todos los partidos comunistas nacionales. La reunión del Sexto Congreso, por lo tanto, sólo fué posible después de muchas intrigas de una y otra parte en el seno de los partidos. Los jefes moscovitas tuvieron que hacer frente a la tarea muy delicada de asegurarse la mayoría de los delegados sin tener que aplicar las medidas severas que podían tener como consecuencia la disolución de por lo menos algunos de los grupos comunistas extranjeros. En 1928 era ya evidente que habían conseguido sus propósitos, pero era también claro que, como consecuencia, la Internacional Comunista en conjunto había perdido su independencia y que sus grupos no rusos —los cuales, al menos en teoría, gozaban de una igualdad completa con la rama rusa— se habían convertido en satélites del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Desde que los problemas nacionales monopolizaban la atención del Partido Comunista ruso éste había perdido una gran parte de su entusiasmo anterior por el internacionalismo. En consecuencia, los dirigentes moscovitas consideraron en adelante a la Internacional Comunista como un instrumento utilizable para favorecer los intereses nacionales de la Unión Soviética. En realidad, la Internacional asumió desde entonces el carácter de un organismo subsidiario del Gobierno Soviético, encargado de ayudar a éste en el desarrollo de su política exterior.

En las resoluciones aprobadas por el Sexto Congreso se destacaba el peligro creciente de una nueva guerra mundial, la que, en opinión de muchos delegados, asumiría probablemente la forma de un ataque a la Unión Soviética por una de las Potencias capitalistas o por una coalición de las mismas. Basándose en esta suposición, el Congreso se interesó sobre todo por decidir la táctica que

debían seguir las masas trabajadoras para impedir esa guerra que se suponía inminente. Tras largos debates, el Congreso aprobó una resolución delineando la triple tarea que debían realizar los obreros en ese caso. En primer lugar, el proletariado de cada país capitalista debía continuar la lucha contra su propio gobierno. En segundo lugar, el proletariado del mundo entero debía unirse en defensa de la Unión Soviética contra el imperialismo de sus enemigos. Finalmente, se le encargó que fomentase los movimientos revolucionarios en las colonias sometidas a las grandes Potencias.

Para realizar la primera de esas tareas era necesario que el proletariado de cada país crease inmediatamente una organización secreta de "células" de obreros y que esta red se extendiese especialmente en la industria pesada y en las relacionadas con la fabricación de materiales de guerra. Cuando estallase la guerra esos grupos debían adoptar un "programa derrotista" y tratar, mediante una propaganda vigorosa, de convertir la guerra imperialista entre los Estados en una guerra de clases entre el proletariado y la clase media dentro de cada país capitalista. El Congreso aprobó una resolución especial dando instrucciones para el desarrollo del "movimiento revolucionario en los países coloniales y semicoloniales". Lo esencial del programa propuesto por la Internacional consistía en el desarrollo de los partidos comunistas en todo el mundo y sobre todo en los países coloniales que proporcionaban la fuerza fundamental a las Potencias imperialistas.

El programa delineado por el Sexto Congreso no estaba destinado a apaciguar los temores de los gobiernos no socialistas del mundo. En realidad, desde el punto de vista capitalista parecía ser alarmantemente revolucionario. Desde el punto de vista de los dirigentes de Moscú, sin embargo, no se trataba de una política agresiva, sino más bien de una medida de defensa. Cualesquiera que fueran las intenciones y aunque éstas fuesen mal comprendidas en los otros países, es evidente que esos planes hicieron más mal que bien a la Unión Soviética.

6

El Gobierno Soviético adoptó una actitud realista con respecto al problema de mantener la paz que tanto necesitaba el país. Era posible que una minoría revolucionaria militante y articulada dentro de los Estados capitalistas pudiera ejercer una influencia refrenadora de los imperialistas que soñaban con la conquista de la Unión Soviética. A la Internacional Comunista se le asignó, en consecuencia, la tarea de organizar y dirigir a esos grupos. Al

mismo tiempo el Gobierno Soviético se daba cuenta de que los débiles partidos revolucionarios eran enteramente incapaces de proporcionar una seguridad positiva de que no se emprendería la guerra contra los rusos. Por lo tanto, mientras cultivaba a los partidos extremistas que podían ayudarle algún día, dedicó sus esfuerzos principales a impedir esa guerra por los medios diplomáticos. El Comisariato de Relaciones Exteriores soviético encaró el problema desde varios puntos de vista. Al principio los representantes rusos —sobre todo Máximo Litvínov, como Vicecomisario y luego Comisario de Relaciones Exteriores— destacaron la necesidad del desarme total y presentaron cierto número de fórmulas destinadas a apresurar ese desarme. Cuando fracasaron todas esas sugestiones, trataron de conseguir la paz mediante el establecimiento de la seguridad colectiva que debía basarse en una serie de tratados de no agresión multilaterales.

El instrumento lógico para la conclusión de esos pactos era, por supuesto, la Sociedad de Naciones, pero este organismo era sospechoso para la Unión Soviética. Los diplomáticos rusos pretendieron ignorar durante muchos años a la Sociedad, la que, en opinión de los comunistas, había sido creada para defender los intereses políticos y económicos de las Potencias capitalistas. Todavía en febrero de 1926 la Unión Soviética se negó a participar en la Conferencia de Ginebra sobre el desarme, fundándose en que no mantenía relaciones con el gobierno suizo desde el asesinato del representante soviético, Vorovsky, en territorio suezo, el 10 de mayo de 1923. Poco después, no obstante, a pesar de que no era todavía miembro de la Sociedad de Naciones, la Unión Soviética decidió utilizar la maquinaria de aquélla para mantener la paz. El 1º de noviembre de 1927 hizo saber Moscú que estaba dispuesto a participar en las negociaciones para el desarme y que, según las palabras del primer ministro, Rykov, "la Unión Soviética deseaba proponer, apoyar y llevar a la práctica el programa de desarme más completo en el mundo entero simultáneamente". El plan que presentaron en la conferencia los delegados soviéticos disponía la desmovilización inmediata de la mitad de todas las fuerzas armadas existentes, la destrucción correspondiente de armas y municiones y la cesación de todas las construcciones militares y navales. La desmovilización y la destrucción seguirían progresivamente durante cuatro años hasta que quedasen solamente las fuerzas necesarias para los servicios policiales y la guardia de las fronteras. Las armadas nacionales serían sustituídas por una fuerza policial marítima internacional, y la fiscalización y ejecución del desarme se confiaría a una comisión internacional permanente formada en base

a la igualdad de todas las naciones y con la participación de todas las clases trabajadoras.

El delegado soviético, Litvínov, pronunció el 19 de marzo de 1928 un largo discurso explicando los diversos aspectos de la proposición. Los representantes alemanes y turcos apoyaron en general el programa soviético, pero Lord Cushendun se opuso firmemente con las siguientes observaciones: "Hay dos clases de guerras, y habiendo dos clases de guerras hay dos clases de paz. Hay las guerras internacionales y las guerras civiles, y las civiles son las más horribles. Habría que preguntar si el Gobierno Soviético se opone a la guerra civil tan resueltamente como a la guerra internacional .. Durante los años pasados toda la base de la política mundial de los Soviets ha consistido en provocar la insurrección armada, que equivalía a la guerra civil, en todos los países en que pueden ejercer su influencia. Si es así, antes de que sigamos adelante debería darnos el Gobierno Soviético alguna seguridad de que va a cambiar completamente su política a este respecto. Se nos debe decir si los Soviets han decidido no intervenir más en los asuntos de otras naciones". El presidente de la delegación norteamericana, Hugh S. Gibson, se opuso también a la proposición soviética explicando que el gobierno de los Estados Unidos apoyaba, en cambio, un sistema basado en una renuncia colectiva a la guerra como instrumento de la política nacional.

El 27 de agosto de 1928 se firmó en París el Pacto general para la renuncia a la guerra por los representantes de quince Estados, incluyendo a los Dominios Británicos. La Unión Soviética, sin embargo, no fué invitada a participar como Potencia signataria ni se la incluyó en la lista de Estados que recibieron más tarde la nota de los Estados Unidos con respecto a la adhesión al pacto general. Puesto que no existían relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, Francia, actuando como intermediaria, hizo la gestión oficial ante los Soviets, los que firmaron, el 31 de agosto de 1928, su aceptación del pacto.

Además de su interés general por el problema del mantenimiento de la paz, la Unión Soviética trabajaba ansiosamente en ese tiempo por conseguir un fin más inmediato y concreto: el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, rotas por ésta en 1927. Las perspectivas de la reanudación de las relaciones normales aumentaron en 1929 con la subida al poder de un gobierno laborista. Sin embargo, como el Primer ministro, Mac Donald, no disponía de una mayoría absoluta en la Cámara de los Comunes, se vió obligado a obrar con cautela, tanto en la cuestión de las relaciones con la Unión Soviética como en otros muchos problemas políticos difíciles. Las negociaciones se realizaron con

lentitud. En julio de 1929 se inició la correspondencia entre los dos gobiernos. Los británicos volvieron a sugerir que se discutiesen las deudas rusas y las garantías de que los Soviets no realizarían propaganda antibritánica como parte de la cuestión del reconocimiento. El Gobierno Soviético insistió por su parte en que la reanudación de las relaciones fuese tratada por separado, sin discusiones preliminares acerca de los problemas especiales. Las conversaciones de tanteo entre el ministro británico de Relaciones Exteriores, Henderson, y el embajador soviético en París, Dovgalevsky, no tuvieron resultado, pues ninguna de las partes quería ceder terreno. No obstante, después de nuevas negociaciones, se llegó finalmente a un acuerdo el 1º de octubre. Henderson hizo una concesión oficial al acceder a un intercambio de embajadores antes de discutir los problemas pendientes entre ambos países. De una manera no oficial se dió por supuesto que Henderson había recibido la promesa de Dovgalevsky de que el Gobierno Soviético estaba dispuesto a dar a Londres garantías de que no realizaría propaganda contra los británicos.

Este acuerdo quedó sujeto, desde luego, a la ratificación del Parlamento británico. Cuando la Cámara de los Comunes trató la cuestión en noviembre de 1929, Henderson declaró su creencia en que las seguridades soviéticas incorporadas al acuerdo se aplicaban a las actividades de la Internacional Comunista. Aunque los miembros conservadores de la Cámara votaron contra el acuerdo —y la Cámara de los Lores lo rechazó más tarde— fué aprobado por la mayoría necesaria para ratificarlo. El Gobierno Soviético designó como su representante en Londres a Sokolnikov, presidente del Trust del Petróleo Soviético y miembro del Partido Comunista desde antes de la revolución. Aunque Sokolnikov, cuyo verdadero nombre era Brilliant, había pertenecido en otro tiempo a la oposición encabezada por Trotsky, posteriormente renunció a esas opiniones, obtuvo un puesto de responsabilidad en los consejos soviéticos y como presidente del Trust del Petróleo era responsable del acuerdo con las compañías petroleras británicas firmado en febrero de 1929. El 20 de diciembre de se año presentó sus credenciales al Príncipe de Gales —quien actuaba en nombre del rey durante la última enfermedad de éste— y el mismo día visitó a Henderson y cambió con él seguridades oficiales de que ambos gobiernos se abstendrían en adelante de agitar a la opinión el uno contra el otro.

Antes de que pasaran dos semanas fué acusado el Gobierno Soviético de haber violado esa obligación. El 1º de enero de 1930 el *Daily Worker*, diario comunista fundado poco tiempo antes en Londres, publicó una proclama inflamatoria dirigida por el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional a los obreros británicos. En

ese documento se llamaba al gobierno laborista lacayo de la burguesía y se incitaba a los obreros a que luchasen en favor de un gobierno revolucionario mediante la organización de una red de "células" que uniesen a la clase trabajadora de Gran Bretaña para que ésta se hiciera cargo del poder en el momento oportuno. Ante esta violación del acuerdo diplomático, aprobado hacía tan poco tiempo por la Cámara de los Comunes, Henderson no tuvo más remedio que protestar enérgicamente ante Sokolnikov por esa proclama, con el resultado final de que las relaciones entre las dos naciones volvieron otra vez al estado de sospechas y desconfianza.

Las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos no mejoraron durante ese período a pesar de que Moscú esperaba evidentemente establecer contactos más estrechos. El intento de mediación del secretario de Estado, Stimson, en la disputa surgida en esa época entre Rusia y China y el rechazo categórico de la misma por Litvínov contribuyeron a separar todavía más a ambos países. No obstante, Rusia siguió demostrando, mediante una serie de pequeños gestos, su actitud amistosa con respecto a los Estados Unidos. Hubo muchos ejemplos de esa actitud. Cooperó en la búsqueda del aviador norteamericano Eielson, perdido en diciembre de 1929. Realizó grandes esfuerzos para localizar y devolver a los Estados Unidos los soldados norteamericanos muertos durante la intervención y la guerra civil en el norte de Rusia; en octubre de 1929 fueron embarcados en Leningrado y enviados a su patria los restos de setenta y cinco soldados del 339º Regimiento de Infantería, que habían sido reclutados en Michigan.

Al mismo tiempo, el Gobierno Soviético es esforzó enérgicamente por ampliar las relaciones comerciales con los Estados Unidos. En relación con el Primer Plan Quinquenal y el programa de industrialización de Rusia, se había otorgado a las casas norteamericanas cierto número de contratos para la construcción o el equipo de fábricas en la Unión Soviética y contratado a numerosos ingenieros norteamericanos para que trabajasen allí como técnicos y asesores. El volumen del intercambio comercial siguió aumentando durante ese período y en 1929 alcanzó a la cifra redonda de 155.000.000 de dólares. Sin embargo, aunque las relaciones comerciales se desarrollaban de acuerdo con una base mutuamente satisfactoria, las relaciones diplomáticas seguían interrumpidas.

7

Mientras las relaciones diplomáticas de la Unión Soviética con los países occidentales seguían en un estado estático, si bien no enteramente satisfactorio, en el Lejano Oriente se produjo un período de crisis. Las dificultades se debieron una vez más a las circunstancias que rodeaban a la propiedad y al funcionamiento del Ferrocarril Oriental Chino. El acuerdo acerca de la administración conjunta del ferrocarril negociado en 1924 entre el Gobierno Soviético y el gobernador militar de Manchuria, mariscal Chang Tso-lin, había tropezado desde el principio con muchas dificultades. Las relaciones entre los Soviets y el mariscal Chang se complicaron a causa de la franca animosidad de éste contra el régimen ruso, y su hijo, Chang Hsueh-liang, que le sucedió, apenas estaba mejor dispuesto que su padre con respecto a los comunistas. Las autoridades chinas —tanto el gobierno de Nankín como el mariscal Chang Hsueh-liang— sospechaban que la Unión Soviética deseaba intervenir en los asuntos internos de China en la primera oportunidad favorable.

La información de que el Gobierno Soviético proveía de fondos al general Feng Yu-hsiang, acusado de conspirar contra Nankín, hizo que las autoridades chinas allanaran el consulado soviético de Harbín el 27 de mayo de 1929. Los resultados fueron semejantes a los obtenidos en otros allanamientos de los centros soviéticos. No se descubrieron documentos que complicaran a Feng, pero sí otros que los chinos consideraron como pruebas de que los agentes rusos realizaban propaganda comunista en Manchuria. Como esa propaganda violaba el acuerdo de 1924, los chinos se creyeron con derecho a derogar el tratado por completo. El 10 de julio de 1929 detuvieron a más de un centenar de funcionarios civiles soviéticos de Harbín, entre ellos al administrador general del Ferrocarril Oriental Chino, y los deportaron a Rusia, dejando la administración del ferrocarril enteramente en manos de los chinos. Además, fueron cerradas todas las instituciones de los sindicatos soviéticos en Machuria, pues se sospechaba que eran los instrumentos principales de los comunistas.

A los pocos días se produjo la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Moscú y Nankín. Cuando se hizo evidente que estaba a punto de iniciarse la guerra, los cuerpos diplomáticos internacionales se apresuraron a estudiar los medios de evitar las hostilidades. Según el artículo XI de su Pacto, la Sociedad de las Naciones tenía derecho a intervenir en la disputa, pues China era miembro de la misma. En la práctica, sin embargo, era evidente

que la intervención de la Sociedad sería ineficaz y, en consecuencia, se intentó otro procedimiento. Tanto la Unión Soviética como China habían firmado el Pacto Kellogg de París, y el secretario de Estado, Stimson, consideró justificado en esas circunstancias llamar la atención de ambos gobiernos con respecto a las obligaciones morales que habían contraído al firmar ese Pacto. Como no existían relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y la Unión Soviética fué necesario entregar la nota —que contaba con el apoyo de Gran Bretaña y Francia— mediante un intermediario, Briand, el ministro de Relaciones Exteriores francés. Tanto la Unión Soviética como China respondieron brevemente que tenían en cuenta sus obligaciones y que no deseaban la guerra. El Gobierno Soviético, sin embargo, anunciaba también que realizaría negociaciones sólo si China accedía a reponer en sus puestos a los empleados soviéticos expulsados, y como los chinos se negaron a hacer eso, la situación en la Manchuria siguió siendo peligrosamente explosiva. Ambas partes iniciaron preparativos apresurados para la guerra. Esta situación inestable duró varios meses, agravada de vez en cuando por escaramuzas fronterizas en las que —merece la pena recordarlo— tomaron parte del lado chino compañías de rusos blancos reclutadas entre los refugiados que habían fijado su residencia en Manchuria durante la guerra civil rusa.

El Gobierno Soviético reunió en Siberia una fuerza militar organizada con el nombre de Ejército del Lejano Oriente, pero puede presumirse que desde el mismo comienzo del conflicto confió sobre todo en que volviera a producirse la lucha interna en China y no deseaba llegar inmediatamente a la guerra. Las esperanzas soviéticas con respecto a las dificultades internas chinas quedaron pronto justificadas y en octubre se inició una serie de choques entre las tropas leales a Nankín y los ejércitos de los generales que se negaban a jurar fidelidad al gobierno central. El papel principal entre la oposición lo desempeñaba el general Feng, quien se había puesto en contacto con el ala radical del Kuomintang. Mas a pesar de las dificultades militares y políticas que se derivaron de la disensión interna china, ni Nankín ni el gobernador militar de Manchuria se mostraron dispuestos a aceptar las demandas de la Unión Soviética.

El 17 de noviembre comenzaron las tropas rusas a avanzar en Manchuria desde los extremos oriental y occidental del Ferrocarril Oriental Chino y los chinos se retiraron en desorden en ambos frentes. Los soldados del Ejército Rojo ocuparon la ciudad de Hailar y siguieron presionando en dirección a Harbín. En varias localidades tomadas en su avance, se vengaron de los emigrados

rusos residentes en Manchuria. Después de sufrir una derrota decisiva, Chang Hsueh-liang se vió obligado el 27 de noviembre a satisfacer las demandas rusas y el 3 de diciembre se firmó un protocolo preliminar en nombre de la Unión Soviética y China.

Mientras se realizaba la invasión de Manchuria se hizo otro intento de intervenir en el conflicto por los medios diplomáticos internacionales. El 28 de noviembre dirigió el secretario Stimson a los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y el Japón, una nota proponiendo la intervención diplomática conjunta para mantener el Pacto Kellogg y evitar la guerra. Tras de un cambio de puntos de vista con los gobiernos de esos países, el secretario Stimson envió a China y Rusia una nota con ese propósito, apoyada por catorce de las cincuenta y tres Potencias firmantes del Pacto Kellogg.

Litvínov, Comisario de Relaciones Exteriores soviético, respondió el 3 de diciembre con una protesta mordaz contra la intervención de Stimson. Declaraba que la Unión Soviética había emprendido las acciones militares en propia defensa y que la nota de Stimson, enviada en el momento en que se realizaban ya las negociaciones de paz, daba la impresión de que su autor deseaba influir en esas negociaciones, deseo que no podía ser considerado como un acto amistoso. Después de ese desaire, Stimson no dió nuevos pasos y el incidente se dió por terminado. Entre tanto, continuaron las conferencias entre el Gobierno Soviético y las autoridades de Mukden y el 22 de diciembre de 1929 se firmó un acuerdo disponiendo que el Ferrocarril Oriental Chino volviese a la situación legal de antes del conflicto.

Poco tiempo después de que la situación en el Lejano Oriente pareció haber llegado por lo menos a una estabilidad temporaria, se produjo en Manchuria una nueva serie de importantes acontecimientos que eclipsaron por completo a las escaramuzas de 1929. El Japón, que había terminado la preparación de sus grandiosos planes para el establecimiento de la "Esfera de co-prosperidad de la Gran Asia", emprendió la conquista de Manchuria como primer paso para el logro de sus ambiciones. De una manera paradójica, parece haber sido la aventura rusa en 1929 la que demostró a los japoneses su precaria situación en esa zona y les estimuló a moverse en ese momento. Persiguiendo cautelosamente su objetivo, se fueron apoderando parte por parte del territorio codiciado. Al principio sólo ocuparon la Manchuria meridional, zona que, dicho sea de paso, había sido reconocida en 1907 por la Rusia imperial como perteneciente a la esfera de influencia del Japón. La protesta principal contra el ataque japonés procedió no de Rusia, sino de China, la que consideró violados sus

derechos de soberanía. En la Sociedad de las Naciones, de la que eran miembros entonces tanto el Japón como China, se produjo una gran agitación que terminó sin resultado alguno con la realización de varias sesiones de la asamblea, la pronunciación de discursos y la designación de comisiones investigadoras.

En vista de que ni la Sociedad de las Naciones ni ninguna de las Potencias había iniciado una acción eficaz, el Japón se decidió a dar el segundo paso ocupando en la primavera de 1932 la parte norte de Manchuria. Esa zona incluía la ciudad de Harbín, gran parte de cuya población era rusa, roja y blanca. Algunos anticomunistas acogieron favorablemente la llegada de los japoneses y les ofrecieron sus servicios para el caso de una guerra con la Unión Soviética. Sin embargo, el Japón se contentó por el momento con crear un gobierno títere en Manchuria, o Manchukuo, como fué rebautizado el país.

Desde casi todos los puntos de vista, la ocupación de la Manchuria septentrional significaba una amenaza contra los intereses de Rusia en Asia. El Japón había reconocido concretamente en 1907 que esa zona quedaba dentro de la esfera de influencia rusa. Pero sin tener en cuenta para nada el precedente histórico y el compromiso diplomático, era evidente, sin embargo, que la presencia de las tropas japonesas tan cerca del vital Ferrocarril Oriental Chino amenazaba la posición militar de la Unión Soviética en el Lejano Oriente y ponía en peligro las relaciones comerciales rusas en toda esa zona. La acción japonesa era un desafío que exigía una decisión inmediata por parte de Moscú. Si la Unión Soviética había de conservar aunque sólo fueran los restos de su dominio sobre el Ferrocarril Oriental, tenía que protestar enérgicamente y, si fracasaban los medios diplomáticos, que luchar para defender sus derechos. Pero Rusia no deseaba una guerra en gran escala ni estaba preparada para ella. No quiso poner en peligro su situación en una lucha por la hegemonía en Asia; no emprendió acción alguna para impedir los avances japoneses y pocos años después accedió a vender al Manchukuo su participación en el Ferrocarril Oriental Chino.

Aunque el Gobierno Soviético se vió obligado a adoptar una actitud de aquiescencia aparente a la destrucción de Manchuria, nunca olvidó la lección de la aventura japonesa en el Asia septentrional. Ese episodio, que inició la era de inestabilidad en las cuestiones internacionales, fué considerado como un presagio de lo que iba a seguir. El fracaso de la Sociedad de las Naciones y de las grandes Potencias, como los Estados Unidos y Gran Bretaña, al no intervenir en Manchuria, y la manera siniestra como el Japón abandonó la Sociedad, arrojando por la borda todas las

restricciones diplomáticas, pusieron de relieve la gravedad de la situación y recordaron una vez más a los dirigentes rusos los peligros mortales que acechaban a la Unión Soviética.

CAPÍTULO XVIII

RUSIA EN LA ENCRUCIJADA

(1933 - 1939)

1

Aunque los resultados del Primer Plan Quinquenal habían sido satisfactorios en su mayor parte, y en no pocos aspectos mejores de lo que se preveía, la reconstrucción económica de la Unión Soviética en conjunto estaba lejos de haber terminado en 1933. En la esfera industrial se habían construído ya muchas de las fábricas más esenciales, pero otras muchas se hallaban aún en construcción o en estado de proyectos. Mientras existiesen esas grietas, la estructura industrial carecería de estabilidad y cohesión. La red ferroviaria, vitalmente importante para toda nación industrial y sobre todo para un país tan vasto como Rusia, era todavía inadecuada para los requerimientos de una economía en expansión. El sistema agrícola reorganizado se hallaba en un estado tan caótico que ni siquiera en 1933 podía estar seguro el gobierno de que la colectivización era un principio realizable o de que podía producir los frutos convenientes en un período de tiempo razonable. La población estaba deprimida por las privaciones severas y continuas que había tenido que sufrir para llevar a cabo el plan y, a pesar de la deportación en masa de los kulaks —o quizá precisamente a causa de ella—, la lealtad de las masas campesinas era muy dudosa.

El mantenimiento de la paz había sido el objetivo central de la política exterior soviética desde el comienzo de la N. E. P. y los rusos redoblaron ahora sus esfuerzos para impedir la guerra. La mayoría de los jefes soviéticos se daban cuenta de que a Rusia no le convenía verse envuelta en una guerra y de que un ataque contra ella por parte de una gran Potencia tendría como probable

consecuencia un trastorno económico y quizá hasta graves revueltas campesinas. Porque se daban cuenta de la debilidad esencial de la situación rusa, los dirigentes soviéticos evitaron prudentemente el conflicto con el Japón en 1932 y durante varios años dedicaron casi todas sus energías a evitar todo peligro de guerra en todas partes. La reanudación de las relaciones con Gran Bretaña alivió hasta cierto punto los temores de un ataque desde esa dirección, pero la frialdad diplomática que subsistió por ambas partes no contribuía a que aumentasen la comprensión y la confianza mutuas. En esas circunstancias, la Unión Soviética buscó la seguridad por medio de alianzas europeas. La amistad con Alemania, que era el primer país con el que habían podido llegar a un acuerdo, siguió siendo considerada por los rusos como su mejor garantía de paz en un mundo amenazador e inestable.

La ascensión de Hitler al poder en 1933 y la subsiguiente nazificación de Alemania destruyeron la base del armazón de seguridad que tanto le había costado construir a la Unión Soviética. Las siniestras consecuencias de la victoria de Hitler y la muerte de la República de Weimar no fueron reconocidas al principio en parte alguna, ni siquiera en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, ni siquiera en los Estados europeos que estaban más al tanto de los cambios en la política internacional. El Partido Nacional-Socialista parecía un surtido imposible de intereses egoístas; su programa, un batiburrillo de doctrina revolucionaria, superstición social y demagogia transparente; su caudillo, un fanático neurótico. El mundo lo contempló medio despreciativamente y se sintió seguro de que nada grave iba a ocurrir. De algún modo, y en alguna parte, surgió la leyenda tranquilizadora de que Hindenburg, el anciano prudente, conocía todavía unas pocas tretas y que cuando llegase el día sabría poner en su lugar a los nazis impúdicos y revolucionarios. Además, existía la Italia fascista, que en aquel momento entraba en su segunda década de tranquilo gobierno totalitario, o, por lo menos, sin más alboroto que el que parecía necesario para el consumo interno. Italia no constituía ciertamente una amenaza para la estabilidad mundial y era, en realidad, un ejemplo de fascismo que inducía a los estadistas más fáciles de consolar a un optimismo moderado. Hasta entonces no había un entendimiento entre las dos ramas del totalitarismo y puesto que parecía haber ciertas zonas en que chocaban los intereses de las dos naciones, se creía probable que con el tiempo podría ser empleado el poder de uno de los dictadores para contrarrestar la influencia del otro en los asuntos europeos, sobre todo en el caso de que uno u otro pudiese ser manejado. Eran muy pocas las personas de fuera de Alemania que habían

leído *Mein Kampf* y la mayoría de las que lo habían leído no podían tomarlo en serio. Debemos mencionar otra actitud. En algunos círculos conservadores de Gran Bretaña y Francia se creía que la agresividad de Hitler podría ser desviada algún día contra la Unión Soviética. No todos los hombres influyentes en la política europea veían con pesar la perspectiva de que Alemania y Rusia se viesen envueltas en una guerra que probablemente sería mortal para ambas.

Las autoridades soviéticas se interesaron por el giro desfavorable de los acontecimientos en Alemania, pero al principio no se alarmaron mucho. En primer lugar, hasta que Hitler consolidó su posición con la purga de 1934 no creyeron que el gobierno nazi se hallaba firmemente asentado. Además, se dejaron engañar también por el paralelo italiano. ¿No había sido el gobierno fascista uno de los primeros de Europa en conceder a Rusia el reconocimiento *de jure* en 1924? Los dirigentes rusos siguieron abrigando durante mucho tiempo la esperanza de que el nuevo gobierno alemán sería lo bastante realista como para mantener las relaciones ruso-germanas que habían demostrado ser mutuamente beneficiosas. La firma del pacto de no agresión entre Alemania y Polonia en 1934 fué el acontecimiento que hizo comprender por fin a los estadistas soviéticos la grave amenaza que representaba la Alemania nazi. Era evidente para ellos que nada bueno podía esperarse de un acercamiento entre Hitler, quien no ocultaba su intención de apoderarse algún día de Ucrania, y Pilsudski, quien ya había tratado de hacerlo y podía repetir en cualquier momento el intento.

La ascensión de Hitler al poder fué, quizá, el factor central en la lenta modificación de los métodos tradicionales de mantener las relaciones internacionales, cambio que, a pesar de ser gradual e incompleto, se desarrolló como el fuego en un bosque seco, hasta que se convirtió en la conflagración de la segunda guerra mundial. Ahora es evidente que todo el período de 1933 a 1939 fué de desconfianza mutua, de falta de comprensión por parte de los dirigentes responsables de las diversas Potencias europeas y de pérdida de las oportunidades para asegurar y mantener la paz. Ninguna nación ni ningún individuo fué responsable, por supuesto, de la serie de fracasos diplomáticos, pero quienes luchaban constante y conscientemente para evitar la futura destrucción de alcance mundial se destacaron por ser tan pocos. Para hacer justicia debe recordarse que durante esos años la Unión Soviética fué quizá el único país que realizó una política exterior clara y consecuente y Litvínov uno de los pocos diplomáticos que se consagraron por entero al intento de crear un sistema de seguridad

colectiva. Que su voz no fuese escuchada y que la sinceridad del Gobierno Soviético fuese puesta en duda se debió sobre todo al temor casi universal a la difusión del comunismo. Durante ese tiempo los enemigos de la Unión Soviética utilizaron con frecuencia y eficacia el argumento de la relación entre el Gobierno Soviético y la Internacional Comunista. Muy pocos estadistas se daban cuenta de que desde el período de la guerra civil habían sufrido un cambio de gran alcance las relaciones entre ambos organismos.

La ascensión de los nazis al poder en Europa y el peligro revelado por la crisis de 1932 en el Lejano Oriente fueron probablemente las causas directa e indirecta de la notable mejora de las relaciones entre la Unión Soviética y el resto del mundo durante ese tiempo. El 17 de noviembre de 1933 concedieron los Estados Unidos al Gobierno Soviético el reconocimiento *de jure* tanto tiempo demorado. Éste no fué más que el primero de una serie de acontecimientos que mejoraron mucho la posición de Rusia. El mejoramiento general de las relaciones de ésta con Europa se debió, en gran parte, a los esfuerzos del Dr. Benes, entonces ministro de Relaciones Exteriores de Checoslovaquia, quien contribuyó mucho a que reapareciese Rusia como un miembro de la comunidad de naciones con plenos derechos. En junio de 1934 dos de los tres miembros de la Pequeña *Entente* —Checoslovaquia y Rumania— reconocieron *de jure* al Gobierno Soviético y en septiembre del mismo año ingresó la Unión Soviética en la Sociedad de Naciones, en la que se le concedió un asiento permanente en el Consejo. En diciembre, el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Pierre Laval, y el Comisario soviético Máximo Litvínov firmaron en Ginebra un importante protocolo que establecía la cooperación de sus países en un Pacto de Seguridad Oriental. Pocos días después fué reforzado el protocolo con la adhesión de Checoslovaquia.

Esta serie de alianzas pareció haber preparado el terreno para un mayor acercamiento entre la Unión Soviética por una parte y Francia y Checoslovaquia por la otra. El 2 de mayo de 1935 firmaron Francia y la Unión Soviética un tratado de ayuda mutua. Las estipulaciones de ese tratado fueron redactadas de modo que el acuerdo de ambos países quedase dentro del marco de la Sociedad de Naciones. Refiriéndose al Pacto de la Sociedad, cada uno de los países prometía al otro la ayuda en el caso de "un ataque no provocado por parte de un Estado europeo", con lo que se aludía evidentemente a Alemania. Dos semanas después firmaron un tratado semejante la Unión Soviética y Checoslovaquia. En este caso se convenía en que Rusia estaba obligada a acudir

en ayuda del Estado menor sólo en el caso de que Francia hubiese actuado antes para cumplir las estipulaciones de su tratado con Checoslovaquia. Puede suponerse que con ese acuerdo Francia esperaba obtener cierta seguridad contra una acción rápida por parte de la Unión Soviética. La actitud de desconfianza de ese país no auguraba nada bueno para la solidez del pacto. Posteriormente se hizo todavía más evidente que el gobierno francés no apoyaba sinceramente el tratado firmado con la Unión Soviética, sobre todo porque los conservadores franceses influyentes seguían todavía sospechando de las intenciones revolucionarias de los Soviets y no deseaban una asociación efectiva con Moscú que podía fortalecer a los radicales.

La Unión Soviética, por su parte, tomó el tratado mucho más en serio. Una prueba característica de la actitud rusa fué la enmienda introducida en la nueva Constitución que entonces se preparaba. De acuerdo con esa enmienda, incorporada a la Constitución de 1936, se autorizó al Presidente del Soviet Supremo a proclamar en los intervalos entre sus sesiones el estado de guerra, no sólo "en el caso de un ataque armado a la Unión Soviética", sino también "siempre que fuese necesario para cumplir las obligaciones internacionales contraídas en los tratados con respecto a la defensa mutua contra la agresión". Al mismo tiempo se ajustó la política de la Internacional Comunista a la nueva situación mundial. El Séptimo Congreso del Comintern reunido en Moscú en julio y agosto de 1935 —el último de todos— recomendó el establecimiento de un "frente de lucha unido de la clase trabajadora" que debía ser abierto a todos sin tener en cuenta la organización política a que perteneciesen: comunistas, socialistas o laboristas. El "frente unido" iba a convertirse en una parte importante del esfuerzo ruso para conservar la paz y oponerse a la creciente amenaza "fascista"[1].

2

El Segundo Plan Quinquenal, inaugurado oficialmente el 1º de enero de 1933, era todavía más ambicioso que el primero. La producción global de la industria rusa, que en 1932 había alcanzado a 43.000.000.000 de rublos (cifra calculada de acuerdo con los precios de 1926-27) debía llegar a 93.000.000.000 en 1937, último año del segundo plan. El nuevo programa tenía por objeto unificar y

[1] En la terminología soviética el término "fascista" se aplica no sólo a Italia, sino también a Alemania, y de hecho a toda rama del totalitarismo semejante al fascismo italiano o al nacional-socialismo.

consolidar la producción de las industrias recién creadas y seguir la marcha ascendente construyendo una serie de nuevas fábricas gigantescas en los diversos centros industriales creados en toda la nación. Al mismo tiempo se debía desarrollar el sistema ferroviario para ponerlo de acuerdo con la carga creciente que tendría que transportar. Reconociendo que las penalidades derivadas de la escasez de mercaderías de consumo habían obstaculizado mucho el progreso del Primer Plan Quinquenal, los proyectistas soviéticos decidieron dedicar una atención especial a la industria ligera. Se incorporaron al nuevo programa planes que habrían aliviado mucho la escasez de los años anteriores, pero antes de que pudieran ejercer un efecto importante en la práctica hubo que alterar otra vez el equilibrio entre la industria pesada y la ligera a causa de la tendencia siniestra de los acontecimientos en la esfera internacional. La Unión Soviética se vió obligada otra vez a concentrarse en la industria pesada con objeto de construir su potencial militar, pero aunque tuvo que abandonar parte de los planes destinados a satisfacer las necesidades de la población, la producción de artículos de consumo siguió aumentando durante ese período. Cierto número de proyectos industriales vitalmente importantes quedaron terminados y comenzaron a funcionar durante los dos primeros años del Segundo Plan Quinquenal. Entre ellos merecen destacarse la fábrica gigantesca de Magnitogorsk, la de maquinaria pesada de Kramatorsk y la de tractores de Cheliabinsk. Como aumentaban los transportes ferroviarios —en 1934 fué ese aumento de un 10 por ciento con respecto a 1933— se construyeron nuevas líneas, entre ellas la de Moscú a la cuenca del Donets. Un paso de gran importancia para la economía de todo el país fué la terminación del Canal del Báltico al Mar Blanco en 1933. Todo el período se caracterizó por el enorme aumento de las construcciones en todas partes. Quizá el más conocido de esos proyectos fué la construcción del ferrocarril subterráneo de Moscú, por el que se interesaron especialmente los habitantes de esa ciudad.

La crítica situación de la agricultura mejoró con la iniciación del Segundo Plan. Se invirtió gran capital en las granjas colectivas, las cuales eran constantemente extendidas y equipadas para una producción más eficiente. Las inversiones en la agricultura llegaron en 1933-34 solamente a los 5.000.000.000 de rublos; la mayor parte de esa cantidad se destinó a maquinarias y equipos. Los esfuerzos extraordinarios realizados anteriormente por el gobierno para fortalecer la estructura agraria comenzaron a dar frutos. La producción total de cereales en 1933 y 1934 fué de más de 89.000.000 de toneladas métricas anuales; en 1913 había sido de

80.000.000. La situación del ganado era todavía inquietante. El número de caballos seguía disminuyendo, aunque no en la proporción catastrófica de antes, pero la situación de los alimentos en general mejoró algo a causa del aumento en la cría de cerdos. Como consecuencia de la colectivización y la mecanización de la agricultura, millares de campesinos quedaron en libertad para trabajar en las fábricas, por lo que aumentó rápidamente el número de obreros adiestrados utilizables por la industria. En conjunto, la moral del pueblo ruso se elevaba. Mejor alimentado, inspirado por los rápidos progresos industriales de gran importancia nacional, el pueblo acogió con entusiasmo el programa gigantesco trazado por el gobierno.

Aunque los dirigentes soviéticos mantuvieron prudentemente su fiscalización de los organismos sociales y de la maquinaria productora del país, pareció ya posible cierta moderación en la severidad de la dictadura. Desde la desaparición de Zinoviev y Trotsky de la escena política, ocupaba los puestos destacados del Partido y del gobierno un grupo de hombres que se interesaban por la administración práctica del nuevo sistema más que por las teorías abstractas de las que había nacido éste. Un representante típico de la nueva clase de gobernantes era S. M. Kirov, miembro de la Oficina Política y presidente del Soviet de Leningrado, quien se puso al frente de la campaña en pro de la democratización de la maquinaria gubernamental soviética y de la abolición de las distinciones de clase. Para conseguir esas reformas eran necesarias algunas revisiones en la Constitución. Un paso de cierta importancia en esa dirección se dió el 10 de julio de 1934, cuando fué disuelto como institución independiente el Departamento Unido de Policía Política (O. G. P. U.) y sus funciones jurídicas fueron transferidas a los tribunales regulares y sus funciones administrativas al Comisariato del Pueblo de Asuntos Internos (N. K. V. D.). A la luz de los acontecimientos subsiguientes es fácil argüir que la reforma lo fué en el nombre más bien que en la esencia de la policía política, pero originariamente se la consideró como una mejora auténtica. Al mismo tiempo fueron estudiadas otras reformas y se emprendió la tarea de darles forma.

Las nuevas tendencias democráticas encontraban, no obstante, la oposición secreta de por lo menos dos elementos característicos de Rusia. Los izquierdistas que quedaban de los grupos clandestinos de Trotsky y Zinoviev, se oponían a la nueva política por considerarla una relajación de la dictadura del proletariado y una concesión al parlamentarismo burgués. Por otra parte, los derechistas, que pertenecían principalmente al grupo de Rykov, se oponían al sistema de los kolkhozes; para ellos las reformas

proyectadas por Kirov no bastaban para restablecer la normalidad en la vida soviética. A pesar de que ninguno de esos grupos opositores se atrevía a obrar abiertamente contra el gobierno, los funcionarios rusos se daban cuenta vagamente de su existencia desde hacía algún tiempo, aunque no conocían las actividades concretas a que se dedicaban. No obstante, los resultados de la agitación clandestina se fueron haciendo cada vez más evidentes en los numerosos actos de sabotaje que se producían en las fábricas de diversas partes del país, y aunque esos actos eran atribuídos por lo general oficialmente a los espías extranjeros, se sabía que en parte, por lo menos, los cometían miembros de los grupos opositores.

Las ramificaciones de las organizaciones clandestinas quedaron reveladas de una manera dramática con el asesinato de Kirov el 1º de diciembre de 1934. El asesino, quien había pertenecido al Komsomol, negó firmemente que tuviera cómplices, pero a medida que prosiguió la investigación el gobierno se fué convenciendo de que el asesinato estaba relacionado en cierto modo con las actividades de los elementos disidentes. Se realizaron numerosos arrestos y el círculo se fué ampliando poco a poco hasta incluir a figuras tan prominentes como Kamenev y Zinoviev. Ayudado por las confesiones de algunos de los acusados, el fiscal obtuvo un cuadro sistemático de una conspiración de gran alcance de los grupos trotskistas, zinovievistas y derechistas, los cuales habían establecido activas relaciones entre sí. Además, las confesiones revelaron que algunos dirigentes opositores se habían puesto en contacto con "ciertas Potencias extranjeras", expresión con la que el mundo comprendió que se aludía a Alemania, Polonia y el Japón.

El interrogatorio preliminar de los acusados duró casi dos años y hasta agosto de 1936 no fueron sometidos a proceso público, por el Collegium Militar del Tribunal Supremo, Kamenev, Zinoviev y otros once caudillos de la conspiración. El fiscal declaró que además de Kirov iban a ser asesinados por los conspiradores otros digirentes soviéticos, entre ellos Stalin. La campaña de asesinatos políticos, según el gobierno, no era más que una parte del plan trazado detalladamente por los conspiradores. El objetivo central que se ocultaba detrás de la "acción directa" era el derrocamiento del gobierno de Stalin y la destrucción del Plan Quinquenal y del sistema de kolkhozes. Se restablecería la propiedad privada entre los campesinos y se implantaría un régimen semicapitalista en la industria y el comercio. Además, la acusación estaba convencida de que los conspiradores habían llegado a un acuerdo con Alemania, prometiendo a ésta el dominio de Ucra-

nia a cambio de su apoyo al nuevo gobierno que iba a establecerse en Rusia después de la caída de Stalin. Tras de un proceso espectacular, del que informó extensamente la prensa mundial, el tribunal encontró culpables a la mayoría de los acusados y algunos de ellos, incluyendo a Kamenev y Zinoviev, fueron condenados a muerte.

El proceso y la ejecución de esas figuras políticas prominentes provocó una fuerte reacción en el exterior, especialmente en los Estados Unidos. Trotsky negó con vehemencia toda relación con sus partidarios en Rusia y los socialistas y trotskistas norteamericanos realizaron una violenta campaña de protesta contra el proceso y los métodos terroristas de que acusaban al Gobierno Soviético.

La actitud adoptada por los disidentes izquierdistas en esa época plantea cierto número de cuestiones interesantes. Durante todos los primeros años de la revolución, cuando sólo eran ejecutados por el Gobierno Soviético los conspiradores burgueses, ni los trotskistas ni los socialistas habían acusado a aquél de crueldad. Tanto Trotsky como Zinoviev habían defendido el "Terror Rojo" en el período en que se hallaban en el poder y aprobado ciertas medidas extremas, como la toma de rehenes. Sólo cuando ellos mismos fueron objeto de las violentas tácticas represivas creyeron necesario protestar contra ellas.

Es cierto, por supuesto, que muchas personas inocentes fueron víctimas de la purga que siguió al asesinato de Kirov. Se realizaron millares de detenciones a base de pruebas poco consistentes y muchos de los detenidos fueron sin duda ejecutados durante el proceso de Kamenev y Zinoviev. Cuando era detenido un miembro prominente de la oposición, sus amigos, sus socios y hasta sus secretarios se hacían sospechosos y en algunos casos eran encarcelados o deportados a Siberia. Pero estos métodos no eran nuevos. Habían sido aplicados igualmente en los primeros años de la revolución. En ese tiempo eran defendidos por los trotskistas fundándose en que las medidas extremas de protección eran esenciales para la supervivencia del Estado. El mismo argumento fué alegado en 1936 y al parecer podía ser aplicado al caso de Zinoviev exactamente con la misma justificación.

3

A pesar del conflicto político dentro del partido durante el período de 1934 a 1936, las reformas de Kirov no fueron abandonadas en conjunto. Se las incluyó en su mayor parte en la nueva

Constitución, que quedó terminada a comienzos de 1936. Una vez codificadas, las revisiones fueron sometidas al estudio de los miembros del Partido y discutidas en las reuniones de los obreros de las fábricas. Algo modificadas como resultado de esas discusiones, quedaron aprobadas oficialmente en diciembre de 1936. En el nuevo código se introdujeron algunos cambios fundamentales de la ley constitucional de la Unión Soviética. Tanto la Constitución de la R. S. F. S. R., adoptada en 1918 y revisada en 1925, como la de la Unión Soviética en 1923 habían sido francamente instrumentos de la "dictadura del proletariado"; concedían a los obreros industriales en las asambleas soviéticas una representación mucho más fuerte que la de los campesinos, y la población perteneciente a la clase burguesa era privada por completo de derechos. Teniendo en cuenta que como resultado de los reajustes derivados del Primer Plan Quinquenal y de la socialización de la agricultura habían desaparecido los restos de la burguesía y quedado destruídos como clase los labradores individuales, y convencidos de que la Unión Soviética había llegado a la etapa de una "sociedad sin clases", los estadistas soviéticos deseaban que se aprobase una ley constitucional que abolía todas las distinciones de clase que contenía anteriormente el código legal. A todos los grupos nacionales se les concedería los mismos derechos y la misma representación.

Al mismo tiempo se modificó considerablemente la estructura orgánica del Estado. De acuerdo con la Constitución original, la autoridad suprema era el Congreso de los Soviets de toda la Unión. Pero éste resultó ser un organismo difícil de manejar, cuya función principal consistía en la elección del Comité Ejecutivo Central, el cual se parecía al "Parlamento de los países democráticos. La nueva Constitución abolió ese Congreso y el "Parlamento", llamado ahora Soviet Supremo, es elegido directamente por todos los ciudadanos de la nación. El nuevo Soviet Supremo, como el Comité Ejecutivo Central anterior, se compone de dos cámaras: el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades. El primer organismo es elegido por la nación de acuerdo con las zonas electorales y a base de un diputado por cada 300.000 habitantes; el segundo es elegido por las repúblicas y las zonas nacionales a base de veinticinco diputados por cada república de la Unión, once por cada república autónoma, cinco por cada región autónoma y uno por cada zona nacional. El voto secreto sustituye a la votación a manos alzadas que era anteriormente el procedimiento normal en todas las elecciones. El derecho de designar a un candidato fué reservado a "las organizaciones pú-

blicas y a las sociedades de trabajadores: los organismos del Partido Comunista y las sociedades culturales".

No hubo cambio fundamental en la organización de la misma Unión Soviética. Cada una de las repúblicas de la Unión conservó, en teoría, su derecho a separarse de ella. Con anterioridad a 1940 había once repúblicas dentro de la Unión: Rusia, Ucrania, Rusia Blanca, Azerbaijan, Georgia, Armenia, Turkmen, Uzbek, Tajik, Kazakh y la de los kirghises. En 1940 se agregaron otras cinco: las tres repúblicas bálticas (Estonia, Latvia y Lituania), Carelia Finesa y Moldavia.

Ni en la primera Constitución de la Unión Soviética ni en las constituciones anteriores de ninguna de las repúblicas soviéticas particulares se mencionaba al Partido Comunista. Éste fué legalizado, por decirlo así, en 1936. De acuerdo con una de las disposiciones que acabamos de mencionar, se le concedió el derecho de nombrar candidatos junto con las otras "organizaciones públicas". Además, en la sección sobre los "Derechos y deberes fundamentales de los ciudadanos" aparecía la siguiente declaración: "Los ciudadanos más activos y políticamente más conscientes en las filas de la clase obrera y otras secciones de los trabajadores se unen en el Partido Comunista de la Unión Soviética, que es la vanguardia del pueblo trabajador en su lucha para fortalecer y desarrollar el sistema socialista, y constituye el núcleo dirigente de todos los organismos del pueblo trabajador, públicos y oficiales".

En cierto sentido la legalización del Partido Comunista era una indicación de que éste se había convertido en un organismo nacional permanente. Pero de una manera paradójica fué precisamente en esa época cuando el Partido comenzó a perder su anterior predominio absoluto en la vida pública. Surgió la tendencia a destacar la estrecha cooperación entre los miembros del Partido y los que no pertenecían a él y un "bloque" de estos últimos fué el que venció en las primeras elecciones realizadas de acuerdo con la nueva Constitución. La nueva orientación del Partido puede explicarse como otra consecuencia de la lucha entre los grupos stalinista y trotskista dentro del Partido, la cual había culminado con la eliminación de "viejos bolcheviques" tan influyentes como Kamenev y Zinoviev. El choque había sido rudo y prolongado y terminó en una división entre la nueva generación nacionalista de comunistas y los defensores más viejos del internacionalismo. Esta lucha dentro del que había sido un partido sólido y unido debilitó a ambos grupos partidarios y el ala nacionalista pidió el apoyo de los no pertenecientes al Partido con objeto de fortalecer su posición.

La nueva Constitución fué acogida tanto por los propios rusos como por los stalinistas de otros países como "la Constitución más democrática del mundo". Por otra parte, tanto los trotskistas como los críticos burgueses señalaron que se trataba en realidad de una ficción legal sin importancia alguna, ya que no había sido abolido el régimen dictatorial del Partido Comunista. La verdad es que, aunque se había implantado oficialmente el voto secreto, las primeras elecciones no podían compararse con las que se acostumbra a realizar en los países parlamentarios, pues no hubo más que una sola candidatura compuesta exclusivamente por candidatos designados y apadrinados por los "organismos públicos". Aunque a los designados se les sometió a una amplia discusión en la prensa y en las reuniones públicas, fueron elegidos invariablemente por un voto casi unánime. Parecía, por lo tanto, que la nueva Constitución no había producido cambio fundamental alguno.

No obstante, su promulgación *fué* un hecho importante en la historia política de la Unión Soviética y en condiciones favorables puede desempeñar un papel importante en el posterior desarrollo de Rusia. Aunque las garantías que concede a los derechos de los ciudadanos particulares pueden parecer de poco valor a un extranjero, tuvieron gran importancia en aquellas circunstancias, sobre todo para los restos de las antiguas clases privadas de derechos, como los kulaks deportados y el clero, cuyos hijos eran admitidos ahora en las escuelas y por primera vez eran elegibles para los puestos de todas clases tanto en el servicio civil como en la industria. La abolición de las distinciones de clase y el carácter amplio, nacional, de la Constitución tenían importancia como un principio y como un instrumento educativo para el pueblo. La misma existencia de esa ley fundamental, aunque esa existencia no fuese más que nominal, sirve a un propósito con sólo inculcar en la mente del pueblo un sentimiento en favor de los procedimientos democráticos. Al mismo tiempo, la creación de un grupo político compuesto de hombres pertenecientes y no pertenecientes al Partido representa una concesión a los últimos y hace suponer que existe la posibilidad de que se formen otros grupos de diferentes clases en los que predomine no el Partido, sino algún otro organismo público, como los sindicatos, el ejército, etc. No puede caber duda de que, potencialmente al menos, la Constitución misma es democrática. Ha sido llamada "plan para el futuro" y en cierto modo es así.

4

Después de la ocupación de Manchuria por los japoneses en 1932 y de la ascensión de Hitler al poder en 1933, la situación política internacional se hizo más tensa, más explosiva y de un equilibrio más inestable cada año. En una época en que los choques armados —pruebas de fuerza para la próxima lucha mortal— se hacían cada vez más frecuentes en todo el mundo, la Unión Soviética continuó realizando esfuerzos casi desesperados para conservar la paz y, en el caso de que esos esfuerzos fracasaran, para mantener al país fuera del conflicto, casi a toda costa. Decimos casi a toda costa, pues no puede afirmarse que la política rusa fuese únicamente de apaciguamiento ni enteramente pasiva y evasiva. Era, en verdad, una combinación de varios métodos aplicados de diversos modos a distintas situaciones.

Como siempre, el problema era complicado para los rusos, pues estaban expuestos al peligro en los dos centros tormentosos principales, Asia y Europa. Comenzaremos con el Lejano Oriente. En 1935 había accedido el Gobierno Soviético a vender al gobierno del Manchukuo, apadrinado por los japoneses, sus derechos en el Ferrocarril Oriental Chino por el modesto precio de 170.000.000 de yen. (El yen se cotizaba en ese tiempo a razón de 28,12 centavos). Cuando se produjo el "incidente" de China dos años después, el 7 de julio de 1937, y durante la subsiguiente invasión de China por los japoneses, la Unión Soviética se abstuvo oficialmente de intervenir en el conflicto. De una manera no oficial, sin embargo, ayudó a los chinos, tanto con materiales como con instructores y consejeros militares enviados para que trabajasen con los ejércitos defensores. Hacía todavía más difícil la situación el hecho de que desde 1927 el gobierno de Chiang Kai-shek se había apartado de los comunistas y perseguido al ilusorio Estado comunista de provincia en provincia con el propósito de destruirlo. No obstante, un núcleo del Ejército Comunista Chino existía todavía en la época de la invasión japonesa y la cantidad de ayuda rusa que podían esperar los chinos dependía en gran parte del grado de cooperación que podía establecerse entre los comunistas y los otros grupos políticos del país. Cuando se llegó a un acuerdo a este respecto aumentó la ayuda soviética no oficial, tanto al ejército de Chiang Kai-shek como al comunista, aunque, naturalmente, los rusos simpatizaban más con los grupos izquierdistas.

Antes de lanzarse a la aventura china el Japón había firmado el Pacto Anticomunista con Alemania e Italia en noviembre de 1936. Ese acto podía ser considerado en aquel momento como

una prueba evidente de que los japoneses se proponían lanzar sus fuerzas contra Rusia tan pronto como China estuviese conquistada. Sin embargo, y a pesar de una serie de victorias resonantes de los japoneses, pasaron los meses sin que cediese la resistencia nacional. Incapaz de poner fin al "incidente de China", el Japón se vió en la necesidad de prepararse para atacar a Rusia, aunque sus ejércitos se hallaban todavía muy ocupados a lo largo de un frente sinuoso y elástico en Asia. En 1928 se habían concentrado ya grandes fuerzas japonesas en Manchuria y los agentes secretos nipones se mostraban activos en Mogolia, Sin-Kiang y en la misma Unión Soviética. No hallándose todavía en situación bastante favorable para emprender una guerra total contra Rusia, los japoneses trataron en varias ocasiones de someter a prueba el vigor de las defensas rusas mediante la creación de "incidentes fronterizos". Se produjeron varios choques de esa clase en 1938 y al año siguiente se libró una batalla en gran escala entre las tropas rusas y japonesas en la frontera de Manchuria y Mogolia. En ese tiempo existía en realidad una guerra no declarada entre los dos Estados satélites, y Rusia y el Japón ayudaban a su aliado respectivo. Los resultados de las pruebas fueron desagradables para los japoneses, pues sus fuerzas fueron rechazadas con grandes pérdidas. El buen éxito de esos encuentros no estimuló, sin embargo, a los rusos a permitir que el incidente se convirtiese en una guerra. Estaban decididos a no dejarse envolver en conflicto alguno que pudieran evitar, sobre todo en el Lejano Oriente, puesto que ya era evidente para ellos que el peligro inmediato estaba en las fronteras occidentales.

El delicado equilibrio político en Occidente, mantenido durante cierto número de años, quedó destruído finalmente por la aventura de Italia en Etiopía en 1935. Etiopía, empero, se halla geográfica y socialmente al margen de la civilización y tanto Gran Bretaña como Francia —que eran en esa época las Potencias principales en la Sociedad de Naciones— no querían emprender una acción decisiva para evitar la destrucción del Estado más débil. Pero los dos Estados beligerantes eran miembros de la Sociedad, la que, en consecuencia, estaba obligada a tomar algunas medidas para poner término al conflicto.

Obligada a intervenir contra su voluntad, la Sociedad de Naciones salió del paso recomendando la aplicación de "sanciones económicas" suaves, y aun éstas fracasaron, porque la Sociedad no consiguió que se cerrara el Canal de Suez a la navegación italiana. Las medidas a medias consiguen muy raras veces sus propósitos. Convencida por las medidas tímidas tomadas contra ella de que nada tenía que temer de las democracias occidentales,

Italia protestó ruidosamente contra las "sanciones" y abandonó la Sociedad de Naciones con gran alharaca. El Gobierno Soviético habría preferido que se adoptasen medidas más severas contra el agresor, pero como no se podía conseguir otra cosa de la Sociedad de Naciones, aplicó debidamente las sanciones recomendadas en su comercio con Italia.

Poco tiempo después se hizo evidente que ni Gran Bretaña ni Francia habían tratado en serio de poner en vigor ni siquiera las débiles restricciones acordadas. Mientras todavía se discutía el asunto en los salones de Ginebra, Sir Samuel Hoare y Pierre Laval prepararon en secreto un plan de transacción en virtud del cual Francia y Gran Bretaña reconocerían el predominio italiano en Etiopía. Aunque es cierto que los autores del plan fueron criticados acerbamente por los grupos más ardientemente democráticos de sus países cuando la prensa divulgó dicho plan, esas críticas sirvieron muy poco, pues Italia terminó la conquista de Etiopía en 1936 y poco tiempo después pudo proclamar Mussolini la creación del Imperio Africano a base del Estado vencido.

Estimulados por el buen éxito del fascismo en Africa, los derechistas españoles, bajo la dirección del general Francisco Franco, se rebelaron contra el gobierno republicano de España el 17 de julio de 1936. La opinión pública de los países democráticos no se había interesado mucho por la suerte de un país africano remoto y poco conocido, pero el estallido de una guerra en el continente europeo era algo que interesaba directamente a todas las naciones democráticas. Francia, que ya enfrentaba a dos Estados totalitarios poderosos en sus fronteras, se sintió especialmente afectada por el giro de los acontecimientos al otro lado de los Pirineos. Agravó todavía más la situación la posibilidad de una intervención alemana e italiana en favor de Franco. En el caso de que fuese derrotado el gobierno republicano, Francia se vería rodeada por tres Potencias hostiles o potencialmente hostiles. Cuando comenzaron a llegar a España "voluntarios" y abastecimientos italianos y alemanes, Francia, donde se hallaba en el poder el Frente Popular encabezado por León Blum, tuvo que hacer frente a la necesidad de tomar una decisión de la que podía depender su propio porvenir y, en verdad, el de Europa. El mismo Blum y el gobierno que presidía simpatizaban con la causa de los "leales", pero a consecuencia de la crítica situación política interna y de la desfavorable posición diplomática de Francia, Blum titubeaba. Los franceses terminaron por permitir la venta de un número limitado de aviones y de abastecimientos a los republicanos españoles, pero el gobierno británico, con su insis-

tencia en una neutralidad estricta, demostró por los leales una simpatía mucho menor que la de los franceses.

Aunque la Unión Soviética se hallaba geográficamente muy lejos de España, políticamente estaba mucho más cerca que las democracias. Litvínov, el Comisario de Relaciones Exteriores soviético, había insistido siempre en que la paz era "indivisible" y en que la guerra en cualquier parte del mundo amenazaría la seguridad de todos los pueblos. Además, el Partido Comunista español apoyaba al gobierno republicano y apeló inmediatamente al Comité Ejecutivo del Comintern, es decir, a Moscú, pidiendo ayuda. El Gobierno Soviético se encontró en una situación extremadamente delicada: no podía menos de simpatizar con los comunistas españoles, le preocupaba la difusión del fascismo hasta España y deseaba comprobar la sinceridad de Gran Bretaña y Francia. Pero ante todo no quería verse envuelto en los asuntos españoles hasta el punto de que pudiese quedar aislado y caer en una celada de las democracias occidentales.

Otra cosa preocupaba también a los dirigentes del Gobierno Soviético y del Comintern. Aunque la Internacional apoyaba en esa época al Frente Popular y dentro de ciertos límites se hallaba dispuesta a cooperar con los socialistas moderados y hasta con los demócratas burgueses, no quería ni podía tratar con los trotskistas, con los que el Gobierno Soviético libraba entonces una lucha desesperada en la Unión Soviética. Para hacer frente a la situación ideó Moscú una política doble. Por una parte, el gobierno dió instrucciones a sus agentes en el exterior para que apoyasen cualquier esfuerzo de la Sociedad de Naciones o de los Estados particulares para establecer y mantener un frente común contra el fascismo. Al mismo tiempo decidió emprender una acción directa limitada y envió a España "voluntarios", equipos militares y abastecimientos. Algunos jefes del Ejército Rojo no se oponían a que se aprovechase la oportunidad para poner a prueba los aviones y los tanques rusos en batallas auténticas. Además de los voluntarios y los equipos proporcionados a los leales, se enviaron a la Península Ibérica consejeros políticos y agentes de la N. K. V. D. Con el pretexto de enseñar a la policía española los métodos para combatir a los "quintacolumnistas" —término que nació en la guerra española—, esos agentes rusos emprendieron también una campaña para eliminar la influencia de los trotskistas.

Aunque era tan limitada, la intervención soviética en España provocó sospechas y temores desproporcionados en ciertos círculos conservadores de Gran Bretaña y Francia y entre los trotskistas de todo el mundo. En muchas partes se desconfiaba de la

cooperación soviética en toda clase de comisiones internacionales, y como toda la reacción diplomática ante la situación española se concentraba en la Comisión de No Intervención creada en Londres, fué incluído en ella Iván Maisky, el embajador soviético en Gran Bretaña, para impedir la participación de Rusia en las actividades. Aunque la Unión Soviética ayudó a la causa republicana española más que ningún otro gobierno europeo, su intervención se limitó a medidas a medias, y bajo la presión de la opinión pública inamistosa en Francia y Gran Bretaña la ayuda ofrecida al principio tuvo que ser retirada poco a poco. Así, a causa de que los países democráticos no pudieron llegar a un acuerdo básico al comienzo, dejaron que Franco terminase por vencer (la guerra civil española duró hasta 1939) y su victoria aumentó considerablemente el prestigio de Alemania e Italia.

El fracaso de la intervención rusa en España, el empeoramiento de las relaciones con Francia y Gran Bretaña y el siniestro poder del fascismo y el nacional-socialismo en Europa y África hicieron que el Gobierno Soviético temiera las repercusiones que podían tener en el país todos esos acontecimientos, sobre todo porque podían influir en las actividades de los trotskistas rusos y de los quintacolumnistas, saboteadores y espías inspirados por Alemania. Los temores y la inquietud de los jefes soviéticos se pusieron de manifiesto en la gran purga de 1937-38. En enero de 1927 varios miembros del llamado "Centro trotskista", entre ellos Piatakov, Radek y Sokolnikov, fueron procesados por su participación en una conspiración para derribar al Gobierno Soviético y sus supuestos contactos con Alemania, Polonia y el Japón. De las importantes figuras políticas juzgadas, solamente Radek fué condenado a diez años de prisión, pues todos los demás fueron ejecutados. En marzo de 1938 hubo otro proceso todavía más importante, el del "grupo de derechistas y trotskistas"; entre los acusados figuraron Bukharin, Rykov y Yagoda, ex jefe del O. G. P. U. También en este caso fueron condenados a muerte la mayoría de los procesados.

Fué Radek quien en su declaración insinuó la existencia de una conspiración en el Ejército Rojo bajo la dirección del mariscal Tukhachevsky. Poco después éste y otros destacados jefes militares, muchos de ellos veteranos de la guerra civil, fueron detenidos, juzgados por una corte marcial y ejecutados. El mariscal Voroshilov, otro héroe de la guerra civil, mediocre como estratego pero que se había ganado la confianza de Stalin, fué puesto al frente del ejército. Como la purga no se limitó a los altos jefes, sino que afectó también a gran número de oficiales subalternos, fué necesario, para evitar que decayese la moral, restablecer en

el ejército a los comisarios políticos, que poco tiempo antes habían sido suprimidos por sugestión de Tukhachevsky. La purga no fué menos severa en las filas de la administración civil y en el propio Partido Comunista.

Estos hechos fueron interpretados en el exterior como un signo de debilidad interna en el Gobierno Soviético y como un indicio de que el régimen comunista comenzaba a desintegrarse. Hubo otro estallido de indignación contra Rusia en Europa y América, y especialmente entre los liberales y los trotskistas, quienes acusaron a Stalin de haberse vengado de sus enemigos personales con el pretexto de defender la integridad del Estado. Fueron relativamente pocos los que creyeron las confesiones de los condenados y se insinuó que habían sido hechas bajo la amenaza de torturas o como consecuencia del abatimiento tras de varios meses de encarcelamiento. Como siempre, se habló mucho, por supuesto, y con gran ignorancia, del misterio del alma rusa tal como se revela en las novelas de Dostoievsky.

Al contemplar retrospectivamente las purgas de 1937-38 pocos años después del acontecimiento, toda persona humanitaria se inclina a lamentar la suerte de las víctimas inocentes que pudieron sufrir, junto con los culpables, las consecuencias de los procesos. Pero no debemos olvidar que cuando Hitler atacó a Rusia en 1941 no encontró en la Unión Soviética una quinta columna bien organizada y eficaz como las que tuvo a su disposición en Francia y en la mayoría de los otros países europeos. No puede caber duda de que desde el comienzo del gobierno nazi en Alemania la Gestapo y sus "viajeros" se mostraron tan activos en Rusia como en otras partes. Y es igualmente evidente que la oposición de los campesinos a la colectivización forzosa, durante los primeros años experimentales en la agricultura, había preparado el terreno para la aparición de grupos opositores. Que los agentes de esos grupos desarrollaban gran actividad lo demuestra la serie de actos de sabotaje descubiertos en numerosas fábricas entre 1930 y 1937. Dado que los nazis no pudieron contar con una quinta columna en gran escala cuando invadieron a Rusia, parece razonable suponer que esa quinta columna había sido destruída en el intervalo entre 1934 y 1941. Si es así, podemos suponer también que las purgas sirvieron para eliminar todo "quintacolumnismo" potencial dentro de la Unión Soviética.

5

A pesar de la agitación política y de las intrigas dentro del Partido, así como de las purgas y asesinatos que eliminaron a muchas de las figuras destacadas de la revolución durante los cinco años trascendentes de 1934 a 1939, la vida de la mayor parte del pueblo ruso fué mejorando de una manera sorprendente. Las purgas de esos años, que en el exterior eran presentadas como el acontecimiento esencial de la Unión Soviética, interesaban en realidad al pueblo ruso mucho menos que lo que le había interesado la colectivización forzosa y la "deskulakización" de 1929-30. En tanto que en la época de ajustes agrícolas habían sufrido mucho millares de personas, sobre todo campesinos, los afectados por la lucha política de 1936-38 fueron principalmente intelectuales, y el número de víctimas, aunque importante, mucho menor que en 1930. La revolución agrícola había dislocado toda la economía y producido el hambre en gran parte de la nación, pero por cada miembro del Partido o funcionario civil eliminado por las purgas había centenares de personas preparadas para ocupar su lugar y mantener en funcionamiento la maquinaria del gobierno. Además, en ese tiempo la vida era todavía dura y el ciudadano soviético corriente se hallaba tan ocupado en la lucha para conseguir sus medios de subsistencia que apenas se interesaba por las disputas y las intrigas políticas que tenían lugar a su alrededor. Para la generación más joven, cuya imaginación se excitaba con el gran sueño de la reconstrucción socialista, la falta de libertad política y las limitaciones de los derechos individuales eran consideradas como algo natural. Por otra parte, al conceder privilegios, tales como el de trabajar y estudiar, a los hijos de las clases antes privadas de semejantes derechos, la nueva Constitución de 1936 había fortalecido el régimen comunista por lo menos de dos maneras: había aumentado mucho el número de los estudiosos, los ingenieros y los obreros calificados que podían sustituir a los desplazados por sus supuestas simpatías trotskistas, y al moderar a este respecto su política represiva había conseguido gran número de nuevos adherentes. Finalmente, y por fortuna para el gobierno, se advertía en esa época una pequeña pero constante mejora en la provisión de alimentos y en el nivel de vida general en todo el país, lo cual tenía para los ciudadanos comunes una importancia mucho mayor que las disensiones políticas entre las autoridades. Estimulado por el mejoramiento de la situación y fortificado por su propia tenacidad, el pueblo ruso trabajaba con decisión y creciente confianza.

En el período de 1934 a 1939 fueron puestos en funcionamiento muchos de los proyectos industriales soviéticos con la terminación del Segundo Plan Quinquenal y se iniciaron otros durante el Tercero, inaugurado hacia el final de ese período. El Décimoséptimo Congreso del Partido Comunista, reunido en enero y febrero de 1934, recomendó cierto número de revisiones destinadas a apresurar el Segundo Plan Quinquenal, que entraba entonces en su segundo año. Este plan revisado, que fué aprobado por el Comité Ejecutivo Central y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la Unión Soviética en 1934, tenía por objeto el aumento en la productividad de los obreros, la reducción en el costo por unidad, la mejora en la calidad de las mercaderías producidas y una mayor mecanización de la industria, sobre todo de la industria pesada. Para aumentar la producción de las mercaderías de consumo se decidió descentralizar la administración de la industria ligera, reorganizando una parte de ella sobre una base regional en vez de nacional y haciendo recaer la mayor parte de la responsabilidad en los administradores locales. La redistribución geográfica de la industria pesada fué también apresurada. Se hizo un esfuerzo mayor que nunca para desarrollar las bases industriales en el Ural y en Siberia, tanto para explotar los recursos naturales de esas regiones industriales muy ricas como para llevar más al este por lo menos parte de las industrias militares y ponerlas fuera del alcance de los invasores potenciales.

Durante el Segundo Plan Quinquenal se construyeron o ampliaron muchas plantas industriales gigantescas, la más importante de las cuales fué quizá la llamada *combinat* de Ural-Kuznetsk. El desarrollo de la minería y la erección de industrias metalúrgicas en la zona del Ural habían hecho ya grandes progresos bajo el Primer Plan Quinquenal, y la gigantesca empresa de Magnitogorsk fué iniciada y puesta parcialmente en funcionamiento en 1934. Ya en el Décimosexto Congreso del Partido Comunista, reunido en 1932, se había decidido fusionar la producción de hierro en la zona del Ural y la de carbón en la cuenca del Kuznetsk en la Siberia occidental. Como la distancia entre ambos puntos es de más de mil doscientas millas, se decidió que el carbón fuese transportado desde la última región hasta la primera por ferrocarril y que para utilizar los vagones de carga en toda su capacidad fuesen cargados con mineral de hierro en el viaje de regreso. A pesar de la magnitud de la tarea, el plan fué llevado a la práctica en el tiempo señalado y funcionó bien durante varios años. Poco más tarde, sin embargo, se descubrieron nuevos depósitos de carbón en el norte de Kazakhstan, territorio que estaba mucho más cerca de la zona del Ural, y cuando se em-

prendió la explotación de los nuevos yacimientos las industrias del Ural se independizaron de la cuenca del Kuznetsk. Entre tanto, se había iniciado ya la construcción de plantas metalúrgicas en la región del Kuznetsk y muchas fábricas importantes de tractores, automóviles, locomotoras, turbinas y otras maquinarias fueron construídas en diversas ciudades situadas a ambos lados del Volga: en Moscú, Kharkov, Stalingrado, Gorky, Ufa y Sverdlovsk.

A medida que la situación internacional se hacía cada vez más amenazadora era más evidente la importancia de las bases industriales del Ural y Siberia para la defensa y cuando se inició el Tercer Plan Quinquenal de 1938 el gobierno había decidido ya acelerar todavía más el desarrollo de la industria en el este. La minuciosidad de los planes trazados en esa época queda indicada por el hecho de que, además de las nuevas fábricas y plantas industriales construídas allí, se prepararon en diversos lugares los fundamentos estructurales en que habían de ser colocados los edificios industriales que podían ser trasladados desde los distritos occidentales que corrieran peligro en caso de una guerra.

Hasta entonces la mayor parte de la industria petrolera soviética estaba concentrada en el Cáucaso, zona vulnerable al ataque desde el noroeste, a través de Ucrania, o desde el sur, a través del Irán y Turquía. El Gobierno Soviético consideró, en consecuencia, como uno de los acontecimientos más afortunados el descubrimiento de nuevos yacimientos de petróleo entre el Volga y los Urales. Se emprendió inmediatamente un trabajo febril para explotar esa nueva zona, que recibió pronto el sobrenombre de "segundo Bakú" y en 1929 ya estaba en funcionamiento cierto número de pozos petrolíferos.

Por los ejemplos anteriores se verá claramente que la industria soviética crecía con gran rapidez. Cuán grande fué el aumento de la producción industrial lo demuestra la siguiente tabla:

TABLA A

Industria	*Unidad*	*1932*	*1938*
Carbón	millones de toneladas	64	132
Petróleo	millones de toneladas	22	32
Hierro en barras	millones de toneladas	6	14
Acero	millones de toneladas	6	18
Automóviles	millares	23	211
Tractores	millares	50	176
Maquinaria	mil millones de rublos (precio de 1926-27)	18	33
Productos químicos	mil millones de rublos (precio de 1926-27)	2	6

Las cifras anteriores se refieren, desde luego, sólo a la industria pesada. En la industria ligera los progresos fueron algo menos espectaculares, sobre todo porque el gobierno no se hallaba todavía en situación de prestar la debida atención a ese aspecto de la nueva economía. La mala situación internacional había obligado a las autoridades soviéticas a concentrar todo el esfuerzo nacional en la producción de armas y municiones y en el desarrollo de las industrias esenciales para la defensa o que podían ser aplicadas fácilmente a las necesidades bélicas. El resultado fué que aunque había un aumento constante en la producción de la industria ligera, ese aumento no era tan rápido como en las otras ramas industriales.

TABLA B

Industria	*Unidad*	*1932*	*1938*
Tejidos de algodón	millones de metros	2.694	3.491
Tejidos de lana	millones de metros	88	114
Calzado	millones de pares	94	213
Papel	millares de toneladas	479	834
Azúcar (granulada)	millares de toneladas	828	2.530

Entre tanto, se produjo una expansión paralela en las comunicaciones. La construcción del Canal Moscú-Volga convirtió en cierto sentido a Moscú en un puerto de mar y puede ser considerada como una de las empresas más importantes del período. Se construyeron muchas líneas férreas y el proyecto más ambicioso fué la construcción de una segunda del Transiberiano en el Lejano Oriente, la cual pasa por la orilla septentrional del lago Baikal y sigue la dirección del Mar de Okhotsk. Hablando en general, la red ferroviaria se extendió con cierta lentitud. La longitud de las líneas férreas, que en 1913 llegaba a un total ligeramente superior a los 58.000 kilómetros, alcanzó en 1932 a 83.000 y en 1940 era ya de 100.000. La capacidad de carga de los ferrocarriles, sin embargo, aumentó con mucha más rapidez que el kilometraje. Mientras que en 1931 fueron transportadas por ferrocarril sólo 132.000.000 de toneladas, esa cifra se elevó en 1932 a 260.000.000 y en 1940 alcanzó un total de 553.000.000 de toneladas.

En el progreso de la agricultura influyó directamente el aumento constante en la producción de tractores y maquinaria agrícola en el país y las importaciones del exterior, sobre todo de los Estados Unidos. Al término del Segundo Plan Quinquenal, más de 6.000 estaciones de tractores al servicio de la agricultura colectivizada se habían organizado en los principales distritos agrícolas de la Unión Soviética: en Ucrania, en la zona norte del Cáu-

caso y en la Siberia occidental. Al mismo tiempo, el número de tractores que tenían en funcionamiento las estaciones aumentó de 7.000 en 1930 a 454.000 en 1941 y las segadoras automáticas de 3.000 en 1932 a 125.000 en 1939. Además del servicio técnico que las estaciones de tractores y maquinaria agrícola proporcionaban a la agricultura, realizaban una función económica y social igualmente importante como eslabones entre la industria y la agricultura y como centros de adiestramiento en los que los jóvenes de ambos sexos se familiarizaban con los procedimientos mecánicos.

Al principio había probado el gobierno dos tipos de agricultura socializada: los sovkhozes (granjas del Estado) y los kolkhozes (granjas colectivas). El segundo es el que adquirió más importancia en todos los respectos. En 1939 había ya en la Unión Soviética unos 4.000 sovkhozes que administraban algo más de 12.000.000 de hectáreas de tierra laborable; en la misma época el número de kolkhozes se había elevado a 240.000 y el territorio que abarcaban pasaba de los 117.000.000 de hectáreas. Como un residuo del período de la N. E. P. quedaban 1.300.000 granjeros particulares que seguían cultivando la tierra de propiedad privada, aunque su área se había reducido a menos de un millón de hectáreas. Al principio se había producido una gran confusión con respecto a la organización interna de los kolkhozes y se habían puesto en práctica simultáneamente dos planes diferentes: uno de ellos establecía la colectivización estricta y el otro una asociación más libre. A fines de 1934 prevalecía ya una forma intermedia que incluía algunos elementos de los dos planes originales, y en 1935 se promulgó un nuevo código para los kolkhozes, llamado el Código Stalin. Este nuevo sistema de organización era probablemente, en parte, resultado del consejo de Kirov. Cada kolkhoz recibía una carta o título especial por la tierra que estaba en su poder, y aunque esa tierra seguía perteneciendo legalmente al Estado, se disponía expresamente que el kolkhoz la administrase permanentemente. Así, los miembros de las granjas colectivas más prósperas estaban seguros de que los frutos de su trabajo común serían compartidos únicamente por ellos y no utilizados en beneficio de otros grupos menos eficientes.

Además, se les concedía ciertos derechos nuevos dentro de la granja colectiva. A cada miembro se le permitía la posesión de una pequeña parcela de terreno, que variaba de un cuarto de hectárea a una hectárea, para su uso personal, y podía disponer de sus productos en beneficio propio. Compartía también la producción colectiva estrictamente de acuerdo con el trabajo con que había contribuído a la misma. Todas las granjas colectivas estaban obligadas a vender cierta cantidad de grano y de otros productos al gobierno a precios fijos, y a pagar, generalmente en

grano, la maquinaria agrícola que empleaban. Quedaban en libertad de vender el resto de su producción en el mercado libre.

El buen éxito de esta nueva política agrícola queda de manifiesto en las cifras de producción de los últimos años. En 1940 proporcionaron los kolkhozes el 86 por ciento de todas las demandas de cereales del mercado, los sovkhozes el 12½ por ciento y las granjas particulares sólo el 1½ restante. Con objeto de aliviar la escasez de ganado dió el gobierno varios decretos en el período de 1934-35 permitiendo a los miembros de los kolkhozes la posesión de una o dos vacas, unos cuantos cerdos y cierto número de ovejas y de pollos en sus parcelas particulares. Estos decretos lograron el resultado deseado al aumentar poco a poco el número de cabezas de ganado. En 1938 había ya en la Unión Soviética 30.000.000 de cerdos en comparación con 20.000.000 en 1913, y 63.000.000 de animales vacunos en comparación con 60.000.000 en 1913. Aunque el número de caballos, ovejas y cabras aumentó durante ese tiempo, en 1938 era todavía inferior al de 1913. Durante el Segundo Plan Quinquenal alcanzó la cosecha de cereales a un término medio anual de 94.000.000 de toneladas métricas. En 1940 se cosecharon cerca de 120.000.000 de toneladas. El aumento en otros renglones fué todavía más notable. La producción anual de algodón aumentó de 1.200.000 toneladas en 1932 a 2.600.000 en 1938; la de remolacha azucarera de 6.500.000 toneladas a 16.000.000.

El aumento general de la producción agrícola, que ponen de manifiesto los ejemplos anteriores, indicaba que la colectivización había arraigado firmemente en la Unión Soviética y el aumento todavía mayor de esa producción entre 1938 y 1941 demostraba que en vísperas del ataque alemán el nuevo sistema estaba por fin a punto de dar magníficos resultados. Y lo más importante para la Unión Soviética, sobre todo a la luz de los acontecimientos posteriores, fué que los miembros de los kolkhozes parecían muy satisfechos con los resultados de un sistema que habían temido en otro tiempo y contra el que habían luchado.

Aunque la reconstrucción económica de Rusia no había llegado a sus etapas finales en 1939, el nuevo régimen gozaba ya indudablemente de cierta estabilidad. La demanda de paños y otras mercaderías de consumo superaba todavía mucho a la producción, pero la situación mejoraba decididamente. La abolición de las tarjetas de racionamiento para el pan y otros productos alimenticios en 1935 y para los artículos manufacturados en 1936 era una señal característica de que mejoraba fundamentalmente el nivel de vida. La Unión Soviética había salido del período en que sólo aspiraba al nivel imprescindible para sobrevivir y entraba en el período en que podía disfrutar de mayor abundancia. La tendencia hacia

arriba era clara y precisa; sólo la sombra de la guerra demoró esa mejora y sólo la misma guerra invirtió el proceso.

6

En su campaña para socavar y destruir el prestigio de la Unión Soviética, sus enemigos en todo el mundo utilizaron las purgas de 1937-38 todavía con más provecho que las de 1935-36. La prensa capitalista y trotskista, los anticomunistas alemanes y polacos, el clero católico y los socialistas liberales, grupos que sólo tenían esta causa en común, se unieron para denunciar los "horrores bolcheviques". Con alegría maliciosa o con compasión hipócrita, según el sector del que partían las censuras, se declaró día tras día que toda la maquinaria administrativa y militar del Estado soviético había quedado tan debilitada por las purgas que su mal estado era ya permanente e irreparable. Así se hizo posible pedir el aislamiento diplomático de Moscú basándose en dos motivos: se alegaba en primer término que todo contacto con el Gobierno Soviético terrorista constituía una ofensa a la moral política, y, como los políticos realistas no se dejan mover con frecuencia sólo por consideraciones morales, se sugirió simultáneamente que ya que los Soviets eran evidentemente débiles y estaban despedazados por la disensión, cualquier acuerdo con ellos era probablemente inútil. Aunque Litvínov seguía exponiendo en Ginebra la posición de la Unión Soviética, la reputación política y militar de ésta había sido tan difamada por la prensa mundial, que entró en el año 1938, el año fatal y decisivo, sin apenas un solo amigo firme en la comunidad de las naciones.

El 10 de marzo de 1938 entraron en Austria las tropas de Hitler. Desde más de un punto de vista constituyó ese acto un golpe maestro. En esa época parecía haber pocas pruebas de que los mismos austríacos no quisiesen unirse al Tercer Reich, y aunque las principales Potencias europeas se habían opuesto anteriormente a la unión de los dos pueblos germanos, dicha unión comenzó a ser considerada como un acontecimiento natural y casi inevitable. Tal creencia predispuso inclusive a los estadistas antihitlerianos más sinceros a aceptar fácilmente el hecho, sobre todo porque la única alternativa parecía ser la guerra y nadie estaba dispuesto a morir para deshacer la unión de dos pueblos teutones, conseguida, además, sin sangre. Parecía no tener importancia que la anexión de Austria por Alemania hubiese cercado virtualmente a Checoslovaquia, sobre todo porque el gobierno yugoeslavo había empezado a negociar con Hitler y Mussolini en 1937 y a comienzos de 1938 se había comprometido definitivamente

a mantener su neutralidad, es decir, a apoyar tácitamente a Hitler.

El cambio en el equilibrio de fuerzas de la Europa Central hizo que tuviese que ser puesta a prueba muy pronto la validez de la alianza franco-checoslovaca. Desgarrada por la disensión política interna, descorazonada por no haber podido hacer frente a la amenaza surgida en España y desconfiando todavía de los propósitos de la Unión Soviética, Francia se volvió hacia Gran Bretaña en busca de orientación. La política de apaciguamiento británica se hallaba en su culminación, aunque Chamberlain se veía obligado de vez en cuando a ceder a la presión de los grupos liberales y a hacer ligeras demostraciones de sentimientos antinazis. Algunos conservadores británicos odiaban evidentemente a los Soviets con una intensidad que superaba al temor que sentían por Hitler y para ellos la política ideal consistía en llamar la atención de Alemania hacia el este, con lo que esperaban conseguir una tranquilidad relativa en Europa. Por desgracia, los acontecimientos posteriores iban a demostrar que aunque Hitler preparaba ciertamente la guerra contra Rusia, primero quería redondear sus posesiones en la Europa Central. No obstante, tenía bastante astucia para moverse con cautela, prefiriendo tomar lo que deseaba pieza por pieza y aplicando siempre que le era posible la política de "infiltración" que había expuesto en *Mein Kampf* antes que arriesgarse en una invasión directa. Si hubiese atacado a Checoslovaquia inmediatamente después de la anexión de Austria es probable que hasta el mismo Chamberlain se hubiese visto obligado a dejar que Francia hiciese honor a su alianza con los checos. Como eso era sin duda perfectamente evidente para Hitler, prefirió conseguir sus propósitos creando el problema de los sudetes. Así le fué posible apoderarse a su debido tiempo de la "Línea Maginot" checa a lo largo de la frontera septentrional de Bohemia y dejar a Checoslovaquia indefensa sin disparar un tiro.

Cuando los checos protestaron contra la amenaza de Hitler a su soberanía, los británicos enviaron a Praga una misión especial presidida por Lord Runciman, la que invirtió mucho tiempo en estudiar la situación y preparar recomendaciones con respecto a posibilidades de una avenencia. Fué una decisión desafortunada por parte de los checos la aceptación de ese método, pues, por lo menos psicológicamente, hizo casi inevitable el posterior Pacto de Munich. Con ello se hizo posible culpar de la situación explosiva a la actitud intransigente de los checos con respecto a los grupos minoritarios, y tanto los británicos como los franceses convinieron rápidamente en que, dadas las circunstancias, sería una locura luchar para "mantener a los alemanes sudetes dentro

de Checoslovaquia contra su voluntad", según se resumía la situación en los círculos que defendían la política de apaciguamiento. A pesar de ello los checos siguieron oponiéndose y en septiembre de 1938 parecía que ya no era posible evitar la guerra. Temerosos de que la avenencia deseada no se materializase, británicos y franceses se acercaron a los rusos para averiguar qué se proponía hacer la Unión Soviética en el caso de un conflicto armado. Y la Unión Soviética hizo saber con toda claridad que se proponía luchar. Litvínov expuso francamente el caso en la Sociedad de Naciones y, además, Rusia aprovechó la oportunidad para advertir a Polonia que no debía tocar a Checoslovaquia si Hitler decidía atacar. Aunque la opinión francesa estaba dividida con respecto a la cuestión y en los círculos diplomáticos prevalecía la confusión, la prensa francesa siguió insistiendo hasta mediados de septiembre en que Francia haría honor a su palabra. Chamberlain decidió en ese momento ir a Godesberg para entrevistarse con Hitler. El frente antinazi, débil e inseguro, creado en Europa, parecía estar a punto de venirse abajo por completo. Puesto que Rusia estaba obligada a intervenir sólo en el caso de que Francia cumpliese sus compromisos, el presidente Benes, de Checoslovaquia, preguntó al Gobierno Soviético, por medio de su embajador en Praga, A. Aleksandrovsky, si apoyaría a Checoslovaquia hasta en el caso de que Francia se negase a hacerlo. Una vez más la respuesta fué categóricamente afirmativa, pero al recibirla el gabinete checoslovaco había accedido ya a confiar el destino del país a Gran Bretaña y Francia. Por sugestión de Mussolini se reunieron en Munich cuatro estadistas que representaban a Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia (Chamberlain, Daladier, Hitler y Mussolini, respectivamente) con objeto de resolver el problema. Rusia no sólo no fué invitada a participar en la reunión, sino que ni siquiera se le informó de antemano de la conferencia inmediata. Tranquilamente y casi sin la menor consideración por ella, fué sellado el destino de Checoslovaquia por esos cuatro hombres, quienes a última hora de la noche del 1º de octubre decidieron entregar a Hitler la provincia de los sudetes y la "Pequeña Línea Maginot", que era la única barrera defensiva de los checos.

7

El Pacto de Munich alarmó y desalentó a los estadistas rusos. Para ellos se trataba de un franco acercamiento entre las democracias occidentales y Alemania y sus satélites, de un acuerdo que

sólo podía significar que se daba a los nazis libertad de acción en el este. Las relaciones de la Unión Soviética con Francia y Gran Bretaña nunca habían sido muy cordiales en el mejor caso, pero con la firma del acuerdo de Munich las autoridades soviéticas se vieron obligadas a abandonar por completo la pequeña confianza que tenían hasta entonces en la sinceridad y en los propósitos esenciales de las democracias. Es evidente que si Hitler se hubiese contentado en aquel momento con atacar directamente a Rusia habría encontrado poca, si alguna, oposición por parte de Francia y Gran Bretaña. Pero Hitler era codicioso y prudente; antes de atacar a Rusia quería sacar del pacto todas las ventajas posibles y fortalecer su posición consolidando toda la Europa Central. Sin embargo, sus nuevas ambiciones parecieron excesivas hasta al mismo Chamberlain. Aunque es cierto que cuando invadió a Praga el 14 de marzo de 1939 se le permitió apoderarse de todo el Estado checoslovaco sin que se le opusiera ninguna de las Potencias occidentales, es también cierto que desde entonces en adelante Gran Bretaña comenzó a prepararse para la guerra. No obstante, esos preparativos se llevaron a cabo muy despacio y ni siquiera en aquella hora postrera pareció tener el gobierno británico una idea realista del peligro, una noción exacta de las fuerzas involucradas y, sobre todo, una comprensión de la necesidad absoluta de llegar a un acuerdo inmediato y valedero con la Unión Soviética. Un indicio de la actitud británica fué el hecho de que los estadistas de ese país menospreciaron constantemente la fuerza de Rusia y de Alemania y todos sus actos revelaban su creencia de que el ejército polaco constituía un serio obstáculo para la Wehrmacht.

Bajo la presión de la izquierda, Chamberlain se vió obligado por fin a iniciar negociaciones con Rusia, pero emprendió la tarea con tan evidente mala gana que se veía claramente que no esperaba resultados positivos. En la semana siguiente a la marcha de Hitler contra Praga fué enviada a Moscú una delegación británica presidida por R. S. Hudson, pero su autoridad para actuar y hasta su derecho a iniciar conversaciones exploratorias fueron rígidamente limitados por la sorprendente advertencia de Chamberlain de que debía abstenerse de todo acto político. Como era muy natural, ese paso dado de mala gana terminó en un fracaso completo. Toda la situación política estaba tan mal manejada que algunos agudos observadores de la situación internacional, hombres como el embajador Joseph R. Davies, se sentían alarmados por temor a que la táctica de Chamberlain "pusiese a Stalin en manos de Hitler".

El 8 de abril de 1939 renunció Litvínov como Comisario de

Relaciones Exteriores y fué sustituído en ese cargo por V. M. Molotov, Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. El significado del cambio era evidente para quienquiera que se tomase la molestia de pensar en el asunto, pues Litvínov se había relacionado estrechamente durante muchos años con la política de la seguridad colectiva. Su renuncia fué un franco anuncio al mundo entero de que el Gobierno Soviético había perdido ya toda esperanza de conseguir la acción común por la que venía abogando Litvínov desde hacía tanto tiempo y estaba decidido a prescindir de los compromisos anteriores para obrar como le pareciese más conveniente. Aunque parezca extraño, sin embargo, ni británicos ni franceses comprendieron plenamente en aquel momento las consecuencias del acontecimiento. Los alemanes apreciaron mucho mejor la situación. Se dieron cuenta de que, puesto que Chamberlain prefería desempeñar el papel de apaciguador en el oeste a expensas de Rusia, Stalin se hallaba dispuesto a hacer el mismo juego a la inversa. No obstante, Stalin no cerró inmediatamente las puertas a las negociaciones con las democracias y el 17 de abril propuso Molotov a los embajadores de Francia y Gran Bretaña en Moscú la formación de una triple alianza contra la agresión germana. Los representantes franceses se mostraron dispuestos a aceptar la proposición rusa, pero el gobierno de Londres demostró que no tenía el menor interés por ella. El 31 de mayo, en un discurso pronunciado ante el Soviet Supremo, repitió Molotov el mismo ofrecimiento y esta vez —también bajo la presión de la izquierda y de los grupos obreros— Chamberlain accedió a enviar a Moscú un delegado especial para estudiar la situación. En vez de hacerse cargo personalmente de esa misión o de confiarla a algún miembro importante del gobierno británico, envió a William Strang, hombre que no ocupaba en aquel momento ningún alto puesto oficial y a quien, además, no se le concedió la autoridad necesaria. Las negociaciones que realizó Strang en Moscú duraron varias semanas, sin que se llegase a resultados apreciables. Los rusos insistieron en que se diese garantías, tanto a Polonia como a los Estados Bálticos, contra una agresión directa o indirecta. Los británicos no querían darlas más que contra una agresión directa. Aunque en apariencia no se trataba más que de un simple tecnicismo, eso fué lo que hizo que fracasaran las negociaciones. A los rusos les preocupaba la posibilidad de la "infiltración" alemana en uno o más de los Países Bálticos y deseaban protegerse mediante las garantías de los Aliados a los Estados fronterizos contra el desmembramiento sufrido por Checoslovaquia. La posición británica al respecto era fija: no quería dar esa garantía por temor a que Rusia estuviese entonces en situación

de decidir por sí misma en qué circunstancias debían ir los británicos a la guerra.

Como no era posible hacer progreso alguno en las conversaciones con Gran Bretaña y estaban convencidos de que lo único que querían los ingleses era demorar cualquier decisión, los rusos hicieron un gesto amistoso en dirección de Berlín y emprendieron nuevas negociaciones para un tratado comercial con Alemania. Ni aun entonces, empero, se interrumpieron las conversaciones con Gran Bretaña y Francia, sino que entraron en una nueva etapa, la de las cuestiones militares. Una vez más, las misiones militares anglo-francesas enviadas a Rusia recurrieron a la táctica dilatoria. Ante una situación diplomática que empeoraba constantemente, las misiones se dirigieron a Moscú por mar, a través del Mar del Norte, hasta Leningrado, la ruta más larga posible en la época de los viajes aéreos. Inmediatamente después de su llegada se iniciaron las conversaciones, pero pronto volvieron a tropezar con un obstáculo. Los rusos insistieron en que se adoptase un plan que les autorizara a enviar tropas a Polonia y los Países Bálticos en el caso de un ataque alemán. Pero los británicos temían que ese plan dejase abierta Europa a los ejércitos rusos y tanto Polonia como los Países Bálticos se oponían a que se dejase entrar en sus territorios al Ejército Rojo. Los rusos declararon inmediatamente que en esas circunstancias no podía trazarse ningún plan de cooperación realista y eficaz. El hecho de que en el mismo momento en que pretendían elaborar un plan de guerra se opusiesen las democracias a dar a la Unión Soviética la libertad que necesitaba convenció a las autoridades rusas de que el único modo de mantener al país fuera de la guerra consistía en decidirse por la alternativa: llegar a un acuerdo con Alemania.

El 21 de agosto se firmó en Berlín un nuevo tratado comercial ruso-germano, en virtud del cual los alemanes se comprometían a conceder a la Unión Soviética un crédito de 200.000.000 de marcos. Dos días después, el 23 de agosto, llegó a Moscú en avión el ministro de Relaciones Exteriores del Reich, Joachin von Ribbentrop. Tras de una conversación que duró toda la tarde y la noche, se firmó a la 1 de la mañana del 24 un pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética. Según las disposiciones de ese pacto, las dos partes contratantes se comprometían a "abstenerse de toda violencia, de toda acción agresiva y de todo ataque de la una contra la otra, ya fuese individualmente o ya en unión de otras Potencias". Todas las disputas o todos los conflictos que surgiesen en el futuro entre las dos Potencias debían ser resueltos "exclusivamente por medios pacíficos, mediante un cambio

amistoso de puntos de vista". El pacto debía estar en vigor durante diez años.

El 25 de agosto replicó Gran Bretaña firmando un pacto de ayuda mutua con Polonia. La acción británica era una demostración de valentía, pero también demostraba que ese país no juzgaba la situación de una manera realista. No hizo nada para evitar la conclusión final del acuerdo entre Rusia y Alemania y el 31 de agosto, seis días después, el Soviet Supremo ratificó por unanimidad el pacto ruso-germano.

CAPÍTULO XIX

LA CULTURA RUSA BAJO LOS SOVIETS

(1917 - 1941)

1

La segunda mitad del siglo XIX y el comienzo del XX fueron, como hemos visto, un período de desarrollo rápido e ininterrumpido de la cultura rusa, una época que presenció el florecimiento de la literatura, las artes y las ciencias en el país. Habiéndose iniciado en las clases superiores, los progresos culturales se extendieron rápidamente a los otros grupos y, especialmente cuando aumentaron las facilidades docentes hacia fines del siglo XIX, alcanzaron de manera notable al pueblo. Aunque la primera guerra mundial constituyó, por supuesto, un gran obstáculo para la actividad cultural, la verdadera crisis en la vida cultural de Rusia se produjo durante el período de sufrimientos, inanición y agotamiento físico que trajo consigo la guerra civil. Las personas cultas fueron las que más sufrieron a causa del cataclismo y un martirologio de los estudiantes y maestros que murieron a consecuencia del hambre de 1920-21 incluiría los nombres de muchas de las figuras científicas y docentes más destacadas del país. Después de la victoria de los comunistas, la emigración de centenares de millares de hombres, mujeres y niños —un alto porcentaje de los cuales se dedicaba anteriormente a labores docentes, artísticas y científicas— intensificó el empobrecimiento cultural de la nación. La mayoría de los que huyeron en esa época se vieron obligados a salir de la Unión Soviética a causa de sus relaciones directas o indirectas con los gobiernos blancos y sus ejércitos; otros huyeron porque no querían aceptar los métodos violentos de la dictadura comunista; con menos frecuencia eran deportadas ciertas personas por el Gobierno Soviético a causa de sus opiniones

"idealistas" o burguesas, consideradas peligrosas para el nuevo régimen. El número total de emigrantes rusos llegó probablemente a un millón, la mayoría de los cuales fijó su residencia en los países europeos y asiáticos, aunque muchos se trasladaron a América, Australia y hasta a Africa. No pocos fueron a vivir a Alemania, y como entre ellos había algunos miles de origen judío o de tendencias políticas democráticas o socialistas, tuvieron que volver a huir después de la ascensión de Hitler al poder. Algunos se refugiaron en Francia, y después de la derrota de ese país en 1940 tuvieron que buscar una vez más la salvación en la huída. Los que consiguieron por fin llegar a los Estados Unidos se consideraron muy afortunados por el solo hecho de encontrar un lugar en el que podían tratar por tercera o cuarta vez de reconstruir sus vidas.

Cuando al final de la guerra civil se dieron cuenta de la magnitud de la destrucción causada por los dos conflictos devastadores, tanto los rusos como los extranjeros predijeron tétricamente que la cultura rusa había recibido un golpe terrible, si no mortal, y que desde el punto de vista cultural los Soviets habían hecho retroceder al país medio siglo. Estos pronósticos, en el sentido en que fueron hechos, demostraron ser enteramente infundados. El hecho de que Rusia pudiera sobrevivir al holocausto y, después de la primera conmoción, progresar rápidamente con una nueva base cultural, no sólo es una prueba de la enorme vitalidad innata del pueblo ruso y de su sed insaciable de conocimientos y educación, sino también un indicio de la manera como había arraigado el progreso cultural entre la masa de la población, inclusive antes de la primera guerra mundial.

No menos importante que la vitalidad demostrada por Rusia en la reconstrucción cultural del país fué la política vigorosa seguida por el Gobierno Soviético al estimular y patrocinar la creación de gran número de instituciones culturales. Hasta en una época en que la desolación y el empobrecimiento de la guerra civil parecían estar a punto de anular todos sus planes, las autoridades soviéticas dedicaron su atención al mantenimiento de por lo menos una parte de los laboratorios, escuelas y museos del país, así como del personal de esas instituciones, y a la preparación de planes para su mayor desarrollo y extensión tan pronto como lo permitiesen las circunstancias. Desde luego, toda la educación fué confiada a inspectores marxistas y al principio sólo se consideraron merecedores de ayuda los tipos de cultura evidentemente "proletarios". No obstante, cuando disminuyeron las restricciones del "comunismo de guerra" en el período de la N. E. P., se concedió una libertad mucho mayor a las actividades culturales

y docentes, y puesto que el Plan Quinquenal tenía por objeto abolir todas las "clases", la relación de dichas "clases" con la cultura fué posteriormente revisada o abandonada en favor de una interpretación más amplia de las necesidades culturales.

Una consecuencia interesante del federalismo político soviético y una característica importante de la manera como los rusos encararon la tarea especial de reeducar al pueblo fué la atención que se prestó a las necesidades de las minorías nacionales. En la Unión Soviética no existe el problema de las razas ni el sentimiento de inferioridad o superioridad nacional. Por lo contrario, se ha tenido siempre un cuidado especial en dar todas las facilidades para el desarrollo más completo de las culturas nacionales, no sólo de los grupos minoritarios principales, como el ucranio, el ruso blanco, el armenio y el georgiano, sino también de las tribus nativas más pequeñas del Cáucaso o del Lejano Oriente. Debe añadirse, por supuesto, que todos los esfuerzos en esta dirección están sujetos a una limitación general: la de que el desarrollo de las diversas culturas de las numerosas nacionalidades de la Unión Soviética se ajuste siempre a los principios generales de la educación socialista, basada originariamente en la doctrina marxista. Esta salvedad no es, sin embargo, diferenciadora en sentido alguno, sino que se aplica igualmente a los mismos rusos. Aunque después de la revolución se abandonaron por completo todos los esfuerzos para lograr la rusificación forzosa, la importancia del idioma y de la cultura rusos en la vida de la Unión Soviética en general no ha disminuído ciertamente. Por lo contrario, a causa del sentimiento de igualdad general y de la estrecha cooperación social y económica entre las diversas repúblicas, la importancia del idioma ruso como lazo de unión entre todas las partes componentes de la nación ha aumentado sustancialmente durante los últimos veinte años. Parece probable que la experiencia de la segunda guerra mundial, al soldar todavía más fuertemente a los diversos grupos nacionales, contribuya a reforzar el prestigio del idioma ruso como un vehículo literario común para todos los pueblos soviéticos.

2

El constante progreso de la educación en Rusia desde 1890 hasta 1914 se realizó en base al programa a que nos hemos referido en los capítulos XI y XII de este libro. Aunque ese plan no se aplicó con la misma eficacia en todo el país, en general tuvo como consecuencia el constante aumento anual del número de es-

tudiantes y de instituciones docentes en toda Rusia. Con el propósito de extender y mejorar la organización ya existente, la Duma aprobó en 1908 un plan amplio y completo con respecto a la preparación de maestros y comenzó a construir escuelas en una proporción que, si hubiera continuado, habría permitido a Rusia llegar a la educación primaria general en 1922. En las ciudades, sobre todo, se puso en práctica un programa de educación primaria para adultos basada principalmente en clases especiales nocturnas y dominicales a cargo de maestros voluntarios, entre los cuales figuraban millares de hombres y mujeres pertenecientes a la clase intelectual y las universidades. Aunque la policía se mostraba de vez en cuando recelosa del movimiento, a causa de las evidentes oportunidades que proporcionaba a los propagandistas políticos, el sistema continuó adelantando. A causa, principalmente, del buen éxito de este programa, se redujo considerablemente al analfabetismo durante los primeros años del siglo XX. Según los datos recogidos en el censo de 1897, sólo el 24 por ciento de la población del Imperio mayor de los diez años podía leer y escribir. La cifra correspondiente en 1914 era aproximadamente del 45 por ciento. Las cifras revelaban otros hechos con respecto a la situación docente en Rusia: el número de personas que sabía leer y escribir era mayor en las ciudades que en las aldeas, mayor entre los hombres que entre las mujeres, entre los jóvenes de diez a treinta años que en las generaciones más viejas. Esto explica que en 1914 supiese leer y escribir el 73 por ciento de los soldados del ejército. Tomado en conjunto, demuestra también que el número de personas que sabía leer y escribir siguió aumentando rápidamente desde 1890, hasta que se dejaron sentir los efectos destructores de la guerra civil, hecho importante que pasan por altos con frecuencia los estudiosos de la historia rusa.

La destrucción causada por la primera guerra mundial y sobre todo la interrupción completa que acompañó a los años iniciales de la revolución hicieron estragos en el sistema docente ruso. Durante la guerra civil se intensificó la desorganización de los servicios docentes, no sólo por la destrucción física de millares de edificios escolares, sino también a causa de las deficiencias generales, como la escasez de combustible, que hizo imposible que continuaran las clases ni siquiera en los edificios que quedaban en pie. La pérdida de vidas en la primera guerra mundial y la guerra civil fué mayor, por supuesto, entre los jóvenes en edad militar y, como la generación más joven era también la mejor educada del país, la consecuencia fué un serio revés en los progresos culturales que se habían realizado en los años anteriores. Sólo con el retorno gradual a las condiciones relativamente nor-

males y la curación de las heridas de la guerra civil en los años que siguieron a la implantación de la N. E. P. fué posible realizar nuevos progresos en la educación. Casi inmediatamente después de haber sido restaurado el orden se reanudó la tendencia ascendente interrumpida por la guerra. En 1926 contaba ya el país con un 51 por ciento de personas que sabían leer y escribir, superando el nivel de 1914, y en adelante la educación en la Unión Soviética hizo progresos sorprendentes. En 1934 se alcanzó por fin la meta de la educación primaria universal para los niños en edad escolar y simultáneamente se realizaron esfuerzos especiales para liquidar el analfabetismo entre los adultos. Ya en 1925 había unas 50.000 escuelas para analfabetos adultos y puede juzgarse su eficacia por el hecho de que en 1940 el índice total de analfabetismo en la Unión Soviética había sido reducido al 10 por ciento. Hoy día no hay en toda Rusia un solo joven que no sepa leer y escribir.

Aunque es cierto que durante el primer período de la revolución la educación sufrió severas limitaciones a causa de la destrucción de las facilidades físicas, es justo añadir que durante esos mismos años los rusos se dedicaron a audaces experimentos con métodos docentes progresistas. Merece la pena observar que los encargados de la organización del nuevo sistema conocían bien los últimos adelantos de la técnica pedagógica y muchos de los métodos adoptados indicaban que algunos de ellos se dejaban influir especialmente por las teorías de John Dewey. Durante ese período experimental se adoptaron cierto número de tipos extremados de sistemas docentes "revolucionarios", como, por ejemplo, el gobierno de las escuelas por los propios estudiantes, pero tras de una breve prueba fueron abandonados o modificados en su mayor parte. A pesar de que durante un tiempo se intentaron en serio algunos planes irrealizables, el experimento en su conjunto, en la medida en que proporcionó la oportunidad para someter a prueba diversas ideas nuevas, fué indudablemente beneficioso.

Las autoridades soviéticas se interesaban por el progreso de la educación secundaria y técnica y la preparación universitaria tanto como por la instrucción elemental, y desde el comienzo del Primer Plan Quinquenal fué especialmente impresionante el aumento de las facilidades para la cultura superior. En toda Rusia se abrieron numerosos colegios nuevos y centenares de escuelas preparatorias especializadas en docenas de materias técnicas funcionaron en relación con los grandes proyectos industriales. Además de aumentar el número de instituciones de ese tipo, que entran, más o menos, dentro del modelo docente habitual, la Unión Soviética ha creado un número de nuevos tipos de centros de preparación adaptados a sus problemas especiales. Los cursos para

el manejo de los tractores son típicos de las medidas tomadas para proporcionar un adiestramiento general y profesional, y ésta tiene por objetivo particular difundir los conocimientos esenciales relacionados con la colectivización de la agricultura.

Este progreso general en la educación no podía menos de influir en la mentalidad de la nueva Rusia. La rápida expansión de las facilidades docentes de diversas clases en los diversos campos ha proporcionado a la juventud rusa los conocimientos fundamentales tan esenciales para la tarea que tiene que realizar. Aprovechándose ansiosamente de los elementos científicos y de los conocimientos técnicos que tenía ahora a su disposición hasta en las regiones más remotas del país, la juventud rusa progresó a una velocidad con la que apenas se podía soñar antes de la revolución. Al cabo de unos pocos años la Unión Soviética contaba ya con millares de científicos, médicos y sociólogos jóvenes, así como de técnicos de los que debía depender y dependía el progreso de la nación mecanizada, socializada e industrializada.

Las cifras relacionadas con el progreso de la educación durante esos años son quizá la mejor ilustración de los resultados conseguidos, aunque hay que reconocer que no responden a todas las preguntas acerca del nuevo sistema. En 1914 había 104.610 escuelas primarias con un total de 7.236.000 estudiantes dentro de los límites de Rusia correspondientes a 1921. En 1936 había ya en la Unión Soviética 164.081 escuelas elementales con unos 20.000.000 de alumnos. Entre 1936 y 1940 se crearon otras 10.000 escuelas, y el número de niños que asistía a las escuelas elementales en 1940 superaba a los 25.000.000. El número de escuelas secundarias y de universidades, así como el de alumnos inscritos en las mismas, creció en una proporción todavía mayor. Entre 1913 y 1939 el número de universidades y escuelas técnicas se elevó de 71 a 448 y el de estudiantes de 85.000 a 371.000.

La publicación de libros es otro índice del rápido aumento de la educación. En 1913 se publicaron en Rusia unos 26.000 libros, manuales y folletos, y el número total de ejemplares impresos alcanzó a unos 87.000.000. En 1937 se publicaron 37.000 libros con un total de 673.000.000 de ejemplares. Las impresiones de obras de autores particulares, tanto rusos como extranjeros, alcanza con frecuencia enormes proporciones en la Unión Soviética. Más de 23.000.000 de ejemplares de las obras de Pushkin se imprimieron durante los primeros veinte años del gobierno soviético, y no es raro que se vendan en Rusia más ejemplares de las obras de un autor extranjero que en el idioma original.

El sistema docente de la Unión Soviética, el cual, con excepción de la parte dirigida por la Comisión de Educación Superior,

se halla bajo la administración del Comisariato de Educación de cada una de las repúblicas que constituyen la Unión, se ha desarrollado en su mayor parte en base a la organización creada por los zemstvos en la Rusia prerrevolucionaria. Bajo el nuevo régimen, los deberes que estaban anteriormente a cargo de los consejos de los zemstvos han sido asumidos por los Soviets locales y adaptados a las variables necesidades de las diversas comunidades.

Los zamstvos tenían, desde luego, otras funciones en la Rusia Imperial, y entre ellas una de las más importantes era la vigilancia de la salud pública, la construcción de hospitales y la organización de la atención médica gratuita para la población. El sistema de servicios médicos administrados por los zemstvos se adaptaba admirablemente a las necesidades de la aldea rusa, y el programa ingenioso puesto en práctica por los obreros de esos organismos era, en muchos aspectos, el mejor de Europa en aquella época. Ese programa necesitaba, no obstante, una gran expansión, pues cierto número de provincias del Imperio ruso no estaban incluídas en el sistema. Lo mismo que el programa docente, la salud pública y los servicios médicos sufrieron mucho durante la guerra civil. Sin embargo, una vez que quedó restaurado el orden, el Gobierno Soviético consiguió no sólo restablecer los servicios médicos, sino también aumentarlos y mejorarlos mucho. Bajo la inspección general del Comisariato de Salud Pública de la "Unión Republicana" los Soviets locales se hicieron cargo del sistema hospitalario de los zemstvos. Utilizando los mejores elementos del mecanismo que habían heredado, pudieron organizar con el tiempo un sistema de gran alcance y bien equilibrado de medicina socializada que siguió rindiendo crecientes beneficios hasta el día de la agresión alemana.

El actual sistema de servicios sanitarios en la Unión Soviética se basa en la organización de "centros sanitarios" en todas las fábricas y en las otras grandes empresas industriales, así como en los distritos urbanos y rurales. Más de 7.000 "estaciones sanitarias" se habían creado en las fábricas en 1940. En los distritos urbanos de Rusia había en 1913 unas 90.000 camas disponibles en los hospitales, número que aumentó en casi cinco veces en 1937. Los servicios hospitalarios en las zonas rurales se triplicaron entre 1913 y 1938 y el número de camas aumentó de unas 50.000 a unas 150.000. Se prestó mucha atención a los institutos de maternidad, así como al cuidado de los niños. Se crearon instituciones médicas de nuevo tipo, como, por ejemplo, el laboratorio serológico ambulante para combatir las enfermedades infecciosas en las zonas rurales. El aumento de los servicios médicos se fundó sólidamente en la rápida expansión de la enseñanza médica durante

el período soviético. El número de médicos bien preparados aumentó de 30.000 en la época de la primera guerra mundial a 120.000 en 1940.

3

En la Rusia medieval, y en realidad en toda Europa, era el cristianismo la moral básica y el fundamento intelectual en que descansaba la estructura del Estado y de la sociedad, y la Iglesia Cristiana ejerció durante varios siglos un dominio completo y sin rival sobre el pensamiento y la acción del pueblo. Después del Renacimiento en Europa y de las reformas de Pedro el Grande en Rusia, la Iglesia comenzó a perder su posición única y el pensamiento libre, en una forma u otra, rivalizó cada vez más con el dogma religioso. La lucha fué larga, con frecuencia violenta y muchas veces indecisa, y la Iglesia defendió tenazmente cada una de sus posiciones amenazadas. En vísperas de la revolución rusa, sin embargo, el Cristianismo era considerado todavía como la base moral fundamental de la civilización tanto en Europa como en Rusia, aunque su autoridad era mucho más limitada que lo que había sido en la Edad Media. Aun después de pesar y estudiar cuidadosamente los acontecimientos de la Revolución Francesa y las tendencias anticlericales desarrolladas en Francia hacia el final del siglo XIX y comienzos del XX, uno se ve obligado a sacar la conclusión de que Rusia fué el primero y único país cristiano que rompió deliberada y francamente con la Iglesia. Pero más importante históricamente es, quizá, el hecho de que el conflicto del comunismo con la religión no surgió, como otros movimientos antirreligiosos, como una cruzada para imponer la tolerancia intelectual o asegurar para toda la humanidad la libertad de pensamiento absoluta. Por lo contrario, el comunismo buscó la destrucción de la autoridad de la Iglesia sólo con objeto de apoderarse él mismo del dominio del pensamiento social; la ideología de la Iglesia debía ser sustituída por la ideología igualmente exclusiva del marxismo. En este sentido, el régimen establecido por los comunistas puede ser considerado como una nueva ideocracia. No sólo eran obligatorios los principios del marxismo para los miembros del grupo gobernante selecto del Partido Comunista, sino que, además, se realizó un gran esfuerzo para inculcar la doctrina marxista en la mente del pueblo.

Puesto que el marxismo asumió en Rusia el puesto de una doctrina oficial que tenían que aceptar necesariamente todos los que se dedicaban a cualquier campo de la actividad intelectual,

es conveniente que estudiemos con brevedad las características esenciales de esa filosofía, prestando una atención especial a su interpretación y aplicación en el Estado soviético. A este respecto es importante distinguir el núcleo filosófico del marxismo de sus aspectos políticos, y las doctrinas originales de Karl Marx (1818-83) y Frederick Engels (1820-95) de las modificaciones posteriores que sufrieron sus teorías. La evolución de los conceptos enunciados por primera vez por ellos ha sido un proceso constante que se ha reflejado hasta en las variaciones del nombre bajo el cual ha actuado el movimiento. El término "leninismo" fué el primero que hubo que agregar y más recientemente se ha empleado el de "stalinismo" en un sentido descriptivo, de modo que actualmente se ha hecho necesario un término de tres palabras separadas por guiones, "marxismo-leninismo-stalinismo", para designar adecuadamente la base teórica del sistema de pensamiento oficial de Rusia.

La doctrina marxista original es una consecuencia directa de la rama de la filosofía llamada habitualmente hegeliana. Al derivar sus teorías, como lo hace, esencialmente de la lógica dialéctica formulada por Hegel (1770-1831), ha llegado a ser conocida con el tiempo con el nombre de "materialismo dialéctico". En su aspecto político, el marxismo se basa ante todo en la teoría de la "lucha de clases" y en la creencia de que a causa de la relación de las fuerzas económicas la clase trabajadora tiene que desempeñar un papel especial y revolucionario. A consecuencia del hincapié que hace en la importancia decisiva del cambio económico y social, el marxismo ha sido llamado también "materialismo económico", término utilizado con frecuencia por M. N. Pokrovsky, el autorizado historiador ruso. En otro de sus aspectos, el del "socialismo científico", el marxismo pretende proporcionar la fórmula para un progreso social igualmente aplicable a todas las formas modernas de la sociedad.

Según Marx, el capitalismo, por su misma naturaleza, es arrastrado constante e inexorablemente hacia su destrucción. El comunismo, el instrumento social de la clase trabajadora, se eleva al mismo tiempo irresistiblemente para apoderarse del dominio que ya no puede ejercer el capitalismo. La era del industrialismo contiene en su seno tanto las semillas de la destrucción del sistema capitalista como los elementos de la revolución obrera. Lenin llevó más adelante esas ideas marxistas. En su estudio del imperialismo como la etapa final del capitalismo, elaboró los aspectos internacionales del último que había descrito Marx y analizó el papel de los países coloniales y semicoloniales en el desarrollo capitalista de las naciones muy industrializadas. Otra

contribución —quizá más importante— de Lenin fué su definición concreta del papel activo que debía desempeñar el partido revolucionario en la dirección de las clases trabajadoras con objeto de destruir el Estado y el sistema capitalista. Según la interpretación corriente del marxismo clásico, la revolución, que debía producirse primero en las naciones más industrializadas, sería el resultado inevitable de la dialéctica del proceso histórico. De ello se deducía que los revolucionarios no necesitaban más que esperar el día y prepararse para dar la bienvenida a los acontecimientos revolucionarios a medida que se presentasen. Ésta era, esencialmente, la actitud adoptada por el Partido Social-Demócrata alemán y por los mencheviques rusos. Lenin, sin embargo, insistió en la necesidad de crear un partido revolucionario compacto y disciplinado que estuviese preparado para forzar la solución en el momento crítico y dominar la situación antes de que el moribundo sistema de explotación económica pudiese despojar al mundo en su violenta agonía de muerte.

Sucedía que Lenin era ruso y cuando en 1917 se produjo en su propio país la situación revolucionaria que esperaba desde hacía tanto tiempo, no le disuadió de poner en práctica sus planes el hecho indiscutible de que en aquella época Rusia era el menos industrializado de todos los principales Estados europeos. Argumentaba que era necesario romper en alguna parte y de algún modo el frente capitalista, y puesto que la oportunidad se presentaba en Rusia, allí debía ser explotada. Pensaba que una vez roto el anillo otras naciones mejor preparadas para el mayor desarrollo del nuevo sistema asumirían la dirección a medida que los trabajadores ascendían al poder.

Así se dió la paradoja de que la primera revolución comunista se produjese en un país al que los socialistas habían considerado siempre como "semifeudal". Tanto Lenin como Trotsky pusieron todas sus esperanzas en la difusión inmediata de la revolución por todo el continente europeo. Esas esperanzas no se cumplieron, por supuesto, pero para cuando se hizo evidente que no se podía esperar apoyo del exterior los comunistas habían conseguido ya dominar el gobierno ruso. Luego no les quedó otra alternativa que la de proceder a la consolidación de su posición en la Unión Soviética con objeto de mantener y asegurar la fortaleza recién conquistada para la revolución mundial que iba a seguir. Entre tanto, para impedir la completa decadencia del sistema económico ruso, fué necesario llegar a una avenencia con el capitalismo. Esto se hizo por medio de la N. E. P. Después de la muerte de Lenin y de haberse restablecido la Unión Soviética de la devastación causada por la guerra civil, Trotsky, en representación de

una rama del Partido Comunista, siguió concentrando su interés en el fomento de la revolución mundial. Para entonces, no obstante, la gran mayoría de la población rusa se interesaba principalmente por la reconstrucción de su propio país más bien que por un programa político que ofrecía únicamente la perspectiva de envolverla en interminables aventuras internacionales. La fuerza de Stalin estribaba principalmente en su capacidad para valorizar adecuadamente esas nuevas tendencias y se aprovechó del sentimiento público para organizar su gobierno bajo un lema que prometía al pueblo el triunfo final del socialismo en su propio país.

La diferencia entre el stalinismo y el leninismo no es menor que la existente entre el leninismo y el marxismo. Lenin había decidido audazmente llevar adelante una revolución en un país cuya industria no estaba desarrollada lo suficiente para funcionar de manera conveniente bajo el nuevo sistema. Pudo alcanzar su objetivo inmediato, pero durante un tiempo la debilidad industrial de Rusia puso en peligro el buen éxito del socialismo en aquel país. Para hacer frente a ese peligro Stalin se vió obligado a reforzar la base industrial de modo que pudiera sostener con seguridad al socialismo. Así, desde el punto de vista del marxismo clásico, la revolución rusa fué en realidad una serie de paradojas. En cierto sentido, el proceso histórico había sido invertido: el superindustrialismo, que según toda la lógica del pensamiento marxista debía preceder a la revolución, se produjo después en la realidad. En Rusia no sólo la economía no determinó el curso de los acontecimientos políticos, sino que el sistema político fué utilizado como una palanca para revisar y reformar el sistema económico. Por lo tanto, y al parecer, la parte de la teoría marxista que hace hincapié en el materialismo económico resultó ser errónea o sin importancia en la situación rusa. Aunque en la Unión Soviética se profesa todavía la doctrina filosófica marxista, el principio fundamental de la "dialéctica" es la única parte de esa doctrina que funciona realmente. Desprovista de los componentes morales y filosóficos, la "dialéctica" puede servir para casi todos los propósitos. En la Unión Soviética es utilizada al presente para promover un sistema nacional de realismo político.

4

La hostilidad de Marx a la religión se pone de manifiesto en su frase tantas veces citada describiéndola como "el opio del pueblo". Aunque los social-demócratas alemanes reconocían la fór-

mula de Marx en principio, en la práctica adoptaron un programa mucho más moderado que consideraba a la religión como asunto privado de cada individuo. Entre los socialistas rusos, los mencheviques seguían la política de los social-demócratas alemanes. Los social-revolucionarios —quienes eran también partidarios de la filosofía marxista— no se mostraban hostiles a la religión generalmente; en realidad, algunos de sus jefes estaban dispuestos a conceder a la religión un lugar importante en la reconstrucción de la sociedad. El gobierno de Kerensky no sólo siguió una política de completa tolerancia religiosa, sino que, además, se mostró muy prudente al no cercenar ninguno de los privilegios históricos de que había gozado la Iglesia Ortodoxa. La actitud de los bolcheviques fué hostil a ésta desde el principio. Lenin no sólo sospechaba de ella como institución, sino que le disgustaban y le inspiraban desconfianza todos los sentimientos religiosos. Como estaba dispuesto a tomar al pie de la letra la definición marxista de la religión, el ateísmo fué obligatorio para todos los miembros del Partido Comunista. Aunque los caudillos de la revolución comprendían que era imposible destruir por completo las creencias religiosas en Rusia y sustituirlas por el ateísmo de la noche a la mañana, se esforzaron, no obstante, en los primeros años, patrocinando un programa de propaganda atea, por debilitar la posición de la Iglesia y socavar la autoridad de todas las religiones.

Es evidente que las convicciones filosóficas personales de Lenin y otros dirigentes comunistas con respecto a las cuestiones religiosas fueron en gran parte la causa de la política antirreligiosa del Gobierno Soviético. Otras razones que se han aducido de vez en cuando para explicar la actitud del partido —como el temor de los dirigentes soviéticos al papel reaccinario de la Iglesia— eran, en último análisis, sólo de importancia secundaria. La campaña del Gobierno Soviético estaba dirigida contra todas las creencias religiosas, y aunque la Iglesia Ortodoxa fué la que más sufrió las consecuencias del ataque comunista, otras religiones fueron sometidas posteriormente a idénticas restricciones.

También bajo el gobierno imperial habían sido restringidas en parte las actividades de la Iglesia Ortodoxa, aunque ésta conservaba todavía ciertos privilegios especiales de que no disfrutaban las demás Iglesias. El restablecimiento del Patriarcado, abolido por Pedro el Grande, era pedido desde hacía muchos años por algunos caudillos religiosos como un paso hacia la reconquista de la independencia de la Iglesia del Estado, y poco tiempo después de la revolución de 1917 se reunió un *Sobor* eclesiástico con ese propósito. Pocos días después el arzobispo Tijon fué elegido

patriarca y comenzó a desempeñar sus funciones en las peores condiciones, dada la anarquía política y la hostilidad del gobierno. Aunque éste no había prohibido las actividades religiosas, muchos de los Soviets locales comenzaban ya a perseguir a los representantes del clero y en los años transcurridos entre 1917 y 1920 fueron asesinados o murieron de hambre en las cárceles varios centenares de obispos, sacerdotes y monjes. Pero a pesar de haber publicado en enero de 1918 una severa acusación contra las medidas comunistas, el patriarca Tijon no sufrió en esa época molestias por parte del Gobierno Soviético.

Mediante un decreto publicado el 23 de enero de 1918, el Gobierno Soviético separó oficialmente a la Iglesia del Estado. Todas las propiedades eclesiásticas, inclusive los edificios de los templos, fueron "nacionalizadas", es decir, que el gobierno se quedó con ellas. Para seguir utilizando los templos en los servicios religiosos, las congregaciones se vieron obligadas a firmar contratos con los Soviets locales, siempre que los caudillos de la localidad no se habían anticipado a utilizar esos edificios para otros fines o a demolerlos. Era necesario obtener permiso de los Soviets para utilizar los artículos del ritual, como los cálices y las vestimentas, aunque por el momento esos artículos se hallaban generalmente en poder de las parroquias. A las Iglesias se les prohibió también adquirir nuevas propiedades en lugar de las que habían sido confiscadas. A pesar de todas estas restricciones, cuando se aprobó la primera Constitución de la R. S. F. S. R. el 10 de julio de 1918 se concedió todavía a la Iglesia un último vestigio de libertad mediante un artículo que garantizaba la libertad de propaganda tanto religiosa como antirreligiosa. Esta cláusula, en la misma forma sustancialmente, fué incluída más tarde en la Constitución de la Unión Soviética de 1923.

En la primavera de 1922 dió el Gobierno Soviético un decreto autorizando la requisa de los utensilios del ritual religioso, con la explicación de que el producto de su venta sería destinado a aliviar el hambre. Acompañó a esta requisa de las propiedades eclesiásticas una nueva ola de persecuciones en la que muchos sacerdotes fueron detenidos y algunos ejecutados, entre éstos el obispo de Petrogrado, Veniamin. Al mismo tiempo el patriarca Tijon fué encarcelado en uno de los monasterios de Moscú.

El Gobierno Soviético trató durante ese tiempo de instigar la desorganización interna en la Iglesia Ortodoxa apoyando a un grupo de sacerdotes que formaban la llamada Iglesia Viviente y realizaban una campaña en favor de la revisión radical de la organización eclesiástica. En la primavera de 1923 ese grupo convocó a los representantes de parte del clero y de los legos a una

reunión que luego fué declarada como *Sobor* legal de la Iglesia Ortodoxa. Aunque este *Sobor* acusó al patriarca Tijon de opiniones contrarrevolucionarias y lo despojó de su cargo, fué puesto poco después en libertad por el Gobierno Soviético. Hasta su muerte, el 7 de abril de 1925, Tijon siguió siendo considerado como patriarca por la mayoría de los fieles de la Iglesia Ortodoxa. Después de su fallecimiento, su *locum tenes,* el metropolitano Pedro se convirtió en jefe de la Iglesia. Cuando él también fué encarcelado por el Gobierno Soviético, ocupó el trono patriarcal el metropolitano Sergio, quien en el verano de 1927 declaró su lealtad al Estado soviético.

En 1925 se organizó la Liga de Ateos Militantes, que emprendió inmediatamente una campaña nacional contra la Iglesia. Aunque el ateísmo había alcanzado gran popularidad en esa época, sobre todo entre los jóvenes, y aunque el número de miembros de las Iglesias había disminuído correspondientemente durante los años precedentes, el tono vulgar y blasfemo de la propaganda atea pareció repeler más que convencer. En 1928 la Liga sólo había reclutado 123.000 miembros, cifra que representaba menos del 10 por ciento de los afiliados al Partido Comunista. Más tarde aumentó rápidamente ese número, pero los miembros mostraban, en conjunto, poco entusiasmo por su causa. Cuando se emprendió la gran tarea del Primer Plan Quinquenal y la colectivización de la agricultura, el gobierno trató de asestar un golpe mortal a la religión. Puesto que el plan tenía por objeto la colectivización completa y se suponía que no habría lugar para las actividades religiosas en los kolkhozes, las autoridades soviéticas esperaban confiadamente que la religión quedase totalmente eliminada en las aldeas. Sin embargo, para hacer doblemente segura la destrucción de la Iglesia, el gobierno publicó el 8 de abril de 1929 un nuevo decreto, prohibiendo que las asociaciones religiosas participasen en toda clase de actividad cultural o social, con excepción de los mismos servicios religiosos. El 22 de mayo del mismo año fué enmendada la Constitución para incluir en ella ese reglamento. La nueva declaración acerca de la actitud del gobierno contenía una modificación importante. En vez de garantizar tanto *la propaganda religiosa como la antirreligiosa,* proclamaba "la libertad de *culto* religioso y de la propaganda antirreligiosa"; un cambio en la fraseología que permitía a los ateos realizar una campaña militante al mismo tiempo que prohibía a los fieles dedicarse a actividades proselitistas. La redacción del decreto de 1929 fué repetida en la cláusula sobre el culto religioso insertada en la nueva Constitución soviética de 1936.

A pesar de todas las restricciones de que se le hizo objeto, la

religión mostró una tenacidad y una elasticidad notables. El presidente de la Liga de Ateos Militantes, Emelian Yaroslavsky, calculó en 1937 que, aunque más de la mitad de los obreros de las ciudades se consideraban ateos, más de la mitad de la población de las aldeas manifestaba todavía su creencia en Dios. Si esta afirmación es exacta, significaría que al cabo de veinte años de gobierno soviético el 50 por ciento de la población de Rusia era todavía religiosa. Sin embargo, sería más seguro calcularla en un 30 por ciento. En todo caso se sabe que en 1940 había más de 30.000 comunidades religiosas de todas clases en la Unión Soviética. Es muy significativo que mientras que en los primeros años de la revolución los jóvenes, especialmente los niños, habían abandonado en masa la Iglesia, en 1930 fué posible organizar un Movimiento de Jóvenes Cristianos, el *Christomol*, como paralelo al *Komsomol*, o Movimiento de Jóvenes Comunistas. Puesto que el Gobierno Soviético no publica estadísticas oficiales con respecto a la religión, es imposible decir qué importancia tiene el nuevo movimiento numéricamente. No se dispone, desde luego, de datos con respecto a la distribución de los fieles cristianos en las distintas Iglesias, pero puede suponerse que la Iglesia Patriarcal tiene todavía mucha más influencia que la Iglesia Viviente. En los años recientes han conseguido muchos fieles las Iglesias protestantes, sobre todo la baptista. Es probable que con la gradual disminución de las restricciones de que eran objeto anteriormente todos los grupos religiosos vayan aumentando los miembros de todas las Iglesias.

En 1937 hubo un aumento súbito y relativamente breve de propaganda antirreligiosa y algunos obispos y sacerdotes fueron detenidos y procesados. Esta vez, sin embargo, las consecuencias no fueron tan claras como lo habían sido anteriormente. Aunque se puso muy en claro que se trataba de miembros de la jerarquía eclesiástica, no se los acusó de actividades religiosas ilegales, sino más bien de estar vinculados a los grupos de espías y saboteadores sometidos entonces a proceso o bajo investigación. Cualesquiera que fuesen los propósitos de esa acción, el número de eclesiásticos de quienes se sospechaba no era grande y desde entonces no se produjo en la Unión Soviética un nuevo estallido de anticlericalismo.

En los años recientes se ha producido un cambio notable en la actitud del Gobierno Soviético con respecto a la religión. Una de las primeras señales de la vuelta a una actitud más tolerante fué la franca admisión del fracaso de la Liga de Ateos Militantes y la reducción gradual del apoyo que recibía del gobierno. Poco más tarde ocurrió una serie de acontecimientos que indicaban que

el gobierno revisaba su opinión acerca del lugar de la Iglesia en la historia. En una sesión conjunta del Instituto Histórico de la Academia de Ciencias y del Comité Central de la Liga de Ateos Militantes realizada en diciembre de 1938 se admitió en términos generales el papel esencialmente progresivo de la Iglesia en el proceso histórico y la estrecha relación del cristianismo con el desarrollo del arte y la literatura rusos en los períodos primitivos de la historia del país. Las mismas tendencias eran visibles en muchas de las actividades oficiales y semioficiales del gobierno. Alejandro Nevsky —un príncipe de la Rusia medieval canonizado por la Iglesia— fué glorificado en la Unión Soviética como un gran héroe nacional que había defendido valientemente al país contra la invasión germana en el siglo XIII. Una década antes habrían sido pocos los rusos que se habrían atrevido a honrar abiertamente a Alejandro Nevsky.

En 1939 adoptaron los Soviets una nueva política religiosa en la práctica, si no en la legislación. Desde entonces el gobierno ha mostrado una actitud cada vez más tolerante con respecto a la Iglesia y la religión en general. Durante ese tiempo se ha mostrado la Iglesia dispuesta a cooperar lealmente con las autoridades y sobre todo desde el comienzo de la guerra con Alemania ha hecho todos los esfuerzos posibles para ayudar al gobierno a animar al pueblo para que hiciera frente a la situación. Las cordiales relaciones establecidas entre el gobierno y la Iglesia durante los primeros meses de la guerra culminaron con el restablecimiento del Patriarcado en Moscú. Fué el *locum tenens*, el metropolitano Sergio, quien fué elegido patriarca el 12 de septiembre de 1943. Esto fortaleció indudablemente tanto a la Iglesia como a la nación. Mientras se mantengan las actuales tendencias liberales no parece haber motivo para esperar el retorno a la intolerancia religiosa de los primeros años de la revolución.

5

Desde el mismo comienzo, la actitud de la Unión Soviética con respecto a las ciencias fué tan entusiastamente favorable como era hostil con respecto a las enseñanzas de la Iglesia. Los motivos que tenía el gobierno para interesarse por el progreso de la cultura científica eran, en su mayor parte, evidentes por sí mismos. En primer lugar, el mismo marxismo es considerado como una ciencia por sus partidarios y, en realidad, como la forma científica del socialismo que afirma que las ciencias naturales y sociales han desempeñado un papel importante en el progreso humano.

En segundo lugar, los socialistas marxistas creen que a medida que la ciencia explora el vasto mundo desconocido en que vive el hombre y revela más secretos de la estructura y la función del universo, va desplazando a la religión, la cual, en su opinión, no ha sido fundamentalmente más que un sistema de creencias destinadas a explicar los misterios ocultos más allá del horizonte de la comprensión humana. Un tercer motivo —y eminentemente práctico— era la simple necesidad. Las ciencias físicas y matemáticas constituyen la base en la que debe fundarse el progreso social y técnico de la Unión Soviética. La técnica es, evidentemente, el instrumento más necesario para la construcción de la nueva sociedad, para la creación del socialismo, el cual, según las palabras de Lenin, debe ser "Soviet más electrificación".

Aunque los marxistas se han mostrado, en general, generosos en su ayuda al desarrollo de los conocimientos científicos, sus métodos políticos dictatoriales han creado con frecuencia dificultades a los estudiosos. En la época en que escribía Marx, los científicos abandonaban ya la concepción mecanicista extrema del mundo típico de los siglos XVII y XVIII y, en consecuencia, el materialismo marxista era un paso hacia adelante en comparación con la doctrina de los filósofos materialistas del período de la "Ilustración" francesa. Sin embargo, el progreso de la ciencia en el período de casi un siglo transcurrido desde que Marx formuló por primera vez su doctrina ha sido tan rápido que ahora es posible estudiar la naturaleza y la realidad de una manera enteramente nueva. Es cierto que algunos de los conceptos científicos modernos, como los referentes a la naturaleza de la electricidad y del átomo, pueden ser interpretados de acuerdo con las leyes básicas de la dialéctica marxista, pero en conjunto ningún sistema filosófico rígido, sea idealista o materialista, puede ya monopolizar el desarrollo de la ciencia moderna. Es característico de la rigidez de las doctrinas marxistas, tal como fueron aplicadas en la Unión Soviética en los primeros años de la revolución, que ciertas doctrinas científicas, como la teoría mendeliana y la llamada teoría de los cuantos de la física moderna, fuesen consideradas durante cierto tiempo con desagrado por el gobierno. Parece, sin embargo, que en el período de desarrollo audaz y vigoroso de la ciencia rusa que siguió, los científicos pudieron echar a un lado esas y otras restricciones semejantes que los maniataban.

Los obstáculos con que tropezaron los estudiosos soviéticos en el campo de las humanidades fueron mucho más serios y desde el comienzo de la revolución el dogmatismo marxista oficial puso trabas a la enseñanza de la filosofía y la sociología. Pero aunque en la época de los juicios sumarios eran muy pocos

los estudiosos que se atrevían a oponerse a las directivas oficiales y los que lo hacían eran eliminados rápidamente, la situación fué mejorando poco a poco a medida que se ampliaba la interpretación oficial del significado de los procesos "dialécticos". No obstante, en los primeros años de la revolución se suspendió por completo la enseñanza de la historia en la mayoría de las universidades y fué sustituída por cursos de sociología ajustada a la interpretación comunista de las relaciones sociales. Los profesores que habían enseñado la historia rusa se hallaban en una situación nada envidiable, puesto que, como grupo, se sospechaba que eran nacionalistas y que mantenían una actitud reaccionaria. Entre los principales historiadores rusos de la generación más vieja sólo había dos marxistas: N. A. Rozhkov y M. N. Pokrovsky, y ambos fueron puestos inmediatamente a cargo de la nueva organización académica. Pokrovsky llegó a ser bajo el régimen soviético el más importante de ambos y durante muchos años actuó como expositor oficial de las teorías de Marx aplicadas a la historia rusa. Era un erudito capaz y contribuyó mucho a la reorganización de los archivos históricos y a la publicación de documentos históricos importantes, entre ellos la conocida serie de documentos diplomáticos rusos del período de la primera guerra mundial. Su manera general de considerar la historia era la de un "materialista económico" y era un enemigo especialmente violento del espíritu nacionalista ruso, al que combatía dondequiera que lo descubría. Durante el período en que disfrutó de la posición de un dictador virtual de los estudios históricos en la Unión Soviética, Pokrovsky sometió a todos los maestros y estudiantes en ese campo a una estricta vigilancia que los obligó a mantenerse dentro de los rígidos límites que él había establecido. Quienes se mostraban recalcitrantes o no cooperaban lo bastante eran castigados con frecuencia con la cárcel o el destierro, técnica disciplinaria que tuvo como consecuencia la muerte prematura de muchos de los sabios más capaces de Rusia, entre ellos Sergio Platonov, quien, después de la muerte de V. O. Kliuchevsky en 1911, era considerado como el decano de los historiadores rusos. Otro historiador notable, Eugenio Tarle, estuvo desterrado varios años en el Asia Central y regresó después de la muerte de Pokrovsky para ingresar en la Academia de Ciencias. Actualmente goza de gran reputación en Rusia y una de sus obras, que trata de la invasión de Rusia por Napoleón, se ha publicado recientemente en inglés. El régimen de terrorismo académico implantado por Pokrovsky en el campo de la historia terminó con su muerte en 1932. Más tarde se hizo evidente que ese falle-

cimiento no se había producido demasiado pronto, pues las actividades del historiador se hacían cada vez más sospechosas.

Era característico de la situación de la ciencia en la Unión Soviética que fuese necesaria una decisión del Comité Central del Partido Comunista y otra del Consejo de Comisarios del Pueblo para establecer condiciones más normales en el campo de la investigación y la enseñanza de la historia. Según las "tesis" propuestas por Stalin, Kirov y Zhdanov, la historia debía ser enseñada en adelante como un tema aparte y no como una subdivisión dentro del marco de la sociología. No se debía deformar y tergiversar deliberadamente el pasado de Rusia, como se había hecho durante la dictadura académica de Pokrovsky, sino que, por lo contrario, se debía destacar los elementos constructivos del trasfondo ruso para explicar adecuadamente la posición histórica de la Unión Soviética. La nueva política permitió que los sabios prosiguieran sus estudios sin exponerse a las represalias y en los años posteriores han realizado los historiadores rusos una cantidad impresionante de investigaciones dentro del fecundo campo en que actúan.

Bajo el gobierno de los Soviets se han llevado a cabo importantes cambios, tanto en el tipo como en la organización y administración de los centros de enseñanza. Al comienzo de la revolución se hizo hincapié casi exclusivamente en la creación de instituciones de tipo estrictamente marxista, como por ejemplo la Academia Comunista fundada en 1918 y el Instituto Marx y Engels organizado en 1920. Posteriormente, sin embargo, el gobierno dedicó más atención al mantenimiento y el desarrollo de instituciones más viejas, como la Academia de Ciencias y las universidades existentes antes de la revolución. La Academia de Ciencias, que incluía un número creciente de institutos de investigaciones especiales en diversos campos, se convirtió en el centro principal de investigaciones científicas de la Unión Soviética. Se crearon sucursales en diversas partes del país y se fundaron academias separadas en algunas de las repúblicas de la Unión, como Ucrania, Rusia Blanca y Georgia. Puesto que una de las funciones de la Academia de Ciencias consistía en fomentar la exploración y vigilar la explotación de los recursos naturales de la Unión Soviética, se ha tendido siempre a relacionar las actividades de la Academia con las necesidades concretas de la industria del país. Sin embargo, debe hacerse notar que hay cierto número de institutos de investigación dedicados a la "ciencia pura" y que el gobierno no parece tener la intención de restringir o abandonar esa clase de estudios.

La Unión Soviética ha hecho esfuerzos extraordinarios para

proveer de técnicos bien preparados a las industrias que crecen rápidamente. Para asegurar una afluencia constante de personal científico, se fundó una escuela de "aspirantes" en la Academia de Ciencias y en todas las universidades e instituciones de investigación. Recientemente se creó una gran red de institutos de investigación, los cuales se relacionan con la industria todavía más estrechamente que las academias, y ésta constituye una de las fases más interesantes de la educación soviética. El Comisariato del Pueblo para la Industria Pesada solamente patrocinó en 1935 más de un centenar de esos institutos científicos en los que cerca de 12.000 hombres y mujeres se dedicaban a los trabajos de investigación con la ayuda de unos 10.000 técnicos, ingenieros y ayudantes de laboratorio. Es evidente que un programa tan intenso de estudio e investigación científicos producirá con seguridad importantes frutos en el futuro próximo. Pero no se trata únicamente del futuro, pues ya en la actualidad el tremendo progreso de la ciencia y la medicina rusas contribuye enormemente al buen éxito militar de la Unión Soviética, tanto en el campo de batalla como en el frente de la producción.

Los lectores de este libro no pueden esperar que informemos en él, ni siquiera brevemente, acerca de los trabajos y los descubrimientos de los sabios rusos más destacados de nuestra época, pero quizá merezca la pena mencionar por lo menos los nombres de quienes más se han distinguido en las diversas ramas de la ciencia, como, por ejemplo, A. N. Krylov en las matemáticas, V. N. Ipatiev (quien reside en los Estados Unidos desde 1929), A. E. Favorsky y N. D. Zelinsky en química; N. I. Vavilov en genética, L. Mandelstam, P. Lazarev y Kapitsa en física; S. A. Chaplygin y A. N. Tupolev en aerodinámica, A. Karpinsky y Gubkin en geología, Vladimiro I. Vernadsky y A. E. Fersman en mineralogía y biogeoquímica, y L. Berg en geografía. Esta lista podría ser ampliada enormemente, puesto que sólo contiene los nombres de unos pocos entre los numerosos científicos rusos prominentes que viven todavía o que han fallecido recientemente.

Aunque el estudio de las ciencias sociales y las humanidades fué estorbado por las restricciones políticas al comienzo de la revolución, su situación actual en la Unión Soviética ha mejorado mucho. Se ha realizado una labor impresionante en el período del régimen soviético, especialmente en los campos de la historia, la arqueología y los estudios orientales, y es particularmente significativo que hasta en esos campos "no productivos" hayan continuado los estudios y las investigaciones durante la guerra con Alemania. El Gobierno Soviético se dedica a llevar a la práctica un programa que promete la distribución más amplia posible de

las oportunidades docentes, y en los últimos años ha mostrado una buena voluntad creciente para conceder la libertad intelectual que exige ese programa.

6

En el invierno de 1917 escribió Alejandro Blok su famoso poema *Los Doce*, quizá la interpretación más perspicaz, con que contamos todavía, del espíritu tumultuoso de las primeras semanas de la revolución. El poema, traducido al inglés por Babette Deutsch y Avrahm Yarmolinsky, es simbólico, pero no obstante da una idea dramática y realista de la vida en Petrogrado durante esos días intensos y turbulentos. Es un cuadro de caos y destrucción, de desenfreno y borrachera, de sangre y miseria, pero revela bajo la concha de violencia la fe firme y sencilla con que los obreros y soldados contemplaban el futuro glorioso de la fraternidad internacional. Los doce Guardias Rojos que recorren las calles frías y desiertas simbolizan a los doce apóstoles y en la imaginación del poeta los conduce el propio Cristo, aunque se declaran ateos tan convencidos que hasta se hallan dispuestos a disparar contra su imagen.

El poema se publicó durante la primera convulsión destructora de la revolución, cuando sólo la visión profética del poeta podía predecir su curso posterior. Sólo ahora, cuando el martirio de la segunda guerra mundial ha revelado la abnegación del Ejército Rojo y del pueblo ruso, puede ser plenamente apreciada la interpretación intuitiva y profética de Blok. Bajo la fea violencia de la revolución sentía el poeta la fe esencial en el hombre y la lealtad a los principios superiores que ahora reaparecen en actos como el de la Iglesia bendiciendo al Ejército Rojo que defiende a la nación contra la agresión germana. *Los Doce* es indudablemente el fruto más elevado de la poesía rusa en el período revolucionario. Fué también el canto del cisne de Blok, pues éste falleció en 1920.

Los ajustes sociales y políticos del "comunismo de guerra" y de la guerra civil se reflejaron, por supuesto, en la literatura rusa. En la época de la revolución los escritores de la Rusia pre-revolucionaria adoptaron diversas actitudes con respecto a los Soviets. Leónidas Andréev, quien vivía en Finlandia, convertida entonces en Estado independiente, prefirió permanecer fuera de Rusia, e Iván Bunin, el ganador del Premio Nobel en 1933, emigró. Ambos criticaron violentamente los métodos dictatoriales de los comunistas. Alejo Tolstoy y A. Kuprin emigraron también, pero al

cabo de un tiempo se sintieron desarraigados y sin hogar en Europa, y en 1923 regresó el primero a Moscú, donde ha gozado desde entonces de gran popularidad. Algún tiempo después, Kuprin regresó también a Rusia; era un hombre enfermo y anciano cuyo único deseo consistía en morir en su patria.

Máximo Gorky, quien a causa de su mala salud vivía la mayor parte del tiempo en la isla de Capri, volvía regularmente a Rusia, donde pasaba varios meses al año. Al principio se opuso al programa comunista, pero en vez de limitarse a adoptar una actitud negativa y crítica, ofreció al Gobierno Soviético su ayuda y sus sugestiones. Desarrolló una actividad particular con el propósito de aliviar las penalidades que sufrían los escritores, artistas y científicos rusos, y esa actividad lo llevó a asociarse estrechamente con el gobierno. Puesto que era de origen "proletario" y había demostrado su simpatía por la lucha revolucionaria de las masas en muchas de sus novelas y comedias, pronto llegó a ser el amigo y el maestro querido de muchos autores jóvenes, especialmente de los de la escuela proletaria. Gorky falleció en 1936.

Era muy natural que los comunistas se esforzaran en los primeros años de la revolución por crear una literatura de clase que sirviera a la causa de la dictadura del proletariado. Se organizaron estudios especiales o escuelas de "cultura proletaria" *(proletkult)* destinadas a los escritores y artistas jóvenes de origen obrero. Aunque se hubiera basado en principios sólidos, semejante proyecto habría tardado años en dar frutos, pero como la mayoría de los alumnos de las escuelas de "cultura proletaria" se sintieron pronto impacientes a causa de su aislamiento de la vida artística y literaria normal de Rusia, el intento fracasó sin producir obras importantes. El poeta más destacado del período, Sergio Esenin (1895-1925) no debió ciertamente nada a la *proletkult,* aunque era de origen campesino y gran parte de su poesía se refiere a la vida en las aldeas. Verdadero genio creador, se elevó muy por encima de los estrechos límites del "arte proletario" oficial.

En aquellos días de crisis y de caos el gobierno necesitaba escritores capaces que llegaran al pueblo, y como entre los revolucionarios había pocos artistas maduros, se vió obligado a buscar la cooperación de unos pocos autores liberales, no marxistas, de la generación anterior, hombres como Andrés Biely y Valerio Briúsov, dispuestos a apoyar el programa de la nueva sociedad. La figura más llena de colorido de la época de transición fué quizá el futurista Vladimiro Mayakovsky (1894-1930), poeta de gran talento, quien, comprendiendo que el gobierno necesitaba la propaganda en las artes, trató audazmente de convertir

ese campo en monopolio del futurismo. Si bien tanto Mayakovsky como sus partidarios consiguieron crear un estilo distintivo propio en la literatura y el arte propagandísticos, la actitud del ciudadano corriente con respecto al futurismo era claramente fría, si no enteramente negativa. La mayoría de los viejos jefes comunistas, incluyendo a Lenin, quien había sido educado en el arte y la literatura realistas, se cansaron pronto del nuevo estilo. El primer Comisario para la Educación, Lunacharsky, simpatizaba más con el modernismo, pero también se negó a entregar el monopolio a los futuristas.

La inauguración de la Nueva Política Económica trajo consigo cambios sustanciales en el campo de la literatura, así como en el de la educación, y a medida que la vida volvía a las condiciones relativamente normales se fué haciendo posible un cultivo más liberal de la literatura. Puesto que ya no se consideraba necesario escudriñar los antecedentes familiares de un autor antes de leer sus obras, se destacaron en ese período algunos escritores no marxistas. Como estaban dispuestos a aceptar el nuevo régimen *de facto,* aunque se negaban todavía a identificarse con la ideología marxista, León Trotsky les puso el sobrenombre de "compañeros de viaje". Al principio encontró su obra la oposición apasionada de los marxistas más ortodoxos y fué censurada acerbamente por los escritores que se jactaban de ser "proletarios". El público, sin embargo, cansado de la propaganda que se le daba a guisa de literatura, los apoyó y los dirigentes soviéticos fueron aceptándolos poco a poco. El Comité Central del Partido Comunista aprobó en 1925 una resolución concediendo a todos los escritores libertad para elegir los temas que quisiesen y para desarrollarlos como lo creyeran conveniente, con tal, únicamente, de que estuvieran dispuestos a aceptar los principios básicos de la dictadura proletaria. En aquel tiempo se llamó a esa resolución, con alguna exageración, la Carta Magna de la literatura rusa. No obstante, a pesar de los aspectos algo ridículos de la formalidad, la supresión de las restricciones más onerosas impuestas a la literatura produjo sus efectos y hubo un marcado aumento tanto en la cantidad como en la calidad de la producción literaria.

Los temas que trataban con más frecuencia las novelas y comedias publicadas durante la N. E. P. eran la guerra civil y el esfuerzo nacional de reconstrucción de las industrias y la agricultura. Hubo también cierto número de libros escritos según el modelo familiar de la novela histórica y psicológica. En conjunto, el estilo literario que prevalecía era el realismo, aunque algunos autores, sobre todo los que escribían acerca de la guerra civil, se inclinaban un poco al romanticismo. Al mismo tiempo hubo un

saludable aumento de experimentos con la técnica literaria, como, por ejemplo, la cronología invertida empleada con notable habilidad por K. Fedin en *Las ciudades y los años.*

Durante este período llamaron la atención del público muchos escritores, pero aquí sólo mencionaremos a unos pocos. Uno de los más destacados fué Bábel, cuyas novelas breves estaban escritas en un estilo que mostraba la influencia de Guy de Maupassant. La obra más conocida de Bábel, *Caballería Roja,* fué publicada en 1926, y sus *Cuentos judíos* en 1927. Leónov (n. 1899) es el autor de *Tuatamur,* un relato triste y bello del período de la invasión mogol, de acuerdo con la tradición romántica más bien que la histórica. En *Los tejones,* publicada en 1925, Leónov volvió a un tema moderno con un relato sobre la vida campesina. A. Fadeiev obtuvo su fama con la serie de coloridos relatos del período de la guerra civil, el más conocido de los cuales es *Los Diecinueve,* publicado en 1927. Yuri Olesha (n. 1899) es conocido principalmente como autor de *Envidia,* notable novela psicológica basada en el choque entre la vida vieja y la nueva de Rusia. M. Zóschenko (n. 1895) goza de una popularidad única y universal por sus cuentos humorísticos y sus relatos breves, tomados directamente de la vida cotidiana. M. Bulgákov (n. 1891) escribió una novela que fué llevada al teatro con el título de *La época de las turbinas* y cuyo lugar de acción es Ucrania en 1918, en la época de la guerra civil y de la ocupación alemana. Fué estrenada por el Teatro de Arte de Moscú y luego se representó en los Estados Unidos.

Sería inútil añadir más nombres a esta lista, aunque se podría incluir en ella a otros muchos escritores. Sólo recordaremos a la más famosa de las novelas rusas de ese período, la monumental *Y el Don corre tranquilo,* de M. Shólojov, que ha sido comparada por muchos lectores entusiastas con *La guerra y la paz* de Tolstoy. Aunque no es tan extensa y sí ciertamente más débil en aquellas partes en que el autor se aparta de la vida de los cosacos del Don, que es la que mejor conoce, y trata de esbozar personajes de otras clases, la novela de Shólojov posee indudablemente algo del estilo épico de Tolstoy en la literatura histórica.

La inauguración del Primer Plan Quinquenal en 1928 ejerció un efecto directo en la actitud del gobierno con respecto a la literatura. En opinión de los dirigentes soviéticos, el esfuerzo tremendo de la revolución industrial y de la colectivización de la agricultura exigía la cooperación plena y liberal de todos los ciudadanos soviéticos, la concentración de todos sus esfuerzos en la tarea gigantesca de asegurar a Rusia un lugar en el mundo. El

estado de ánimo de ese período se parecía mucho al de una nación en guerra, y el deseo del gobierno de utilizar al máximo la energía física y mental del pueblo para el logro de la meta común es fácil de comprender. Sin embargo, el intento de adaptar la literatura a las tareas del momento estaba cargado de peligros para la libertad personal del escritor y del artista. Dándose cuenta de que las reglamentaciones restrictivas no hacían más que secar la literatura en su fuente, las autoridades se ingeniaron para que el principio del "mandato social" sirviese a sus propósitos. Se esperaba que los escritores ilustrasen el desarrollo del Plan Quinquenal y contribuyeran a su realización aclarando y ensalzando sus fines y enardeciendo la imaginación del pueblo con la importancia inmensa de la nueva política. Se les permitió una crítica constructiva de los errores que se cometían en los detalles del funcionamiento del plan. Pero hasta esta política demostró ser demasiado rígida y mecánica para que durara mucho tiempo con eficacia, y poco a poco se fueron anulando las reglamentaciones. Otra revisión de la política oficial que tuvo gran importancia literaria fué el abandono final del patrocinio de la "literatura proletaria" por el gobierno. A medida que desaparecían los restos del capitalismo de la N. E. P. y eran "liquidados" los kulaks, Rusia comenzó a entrar en la etapa de una "sociedad sin clases", o, por lo menos, así lo anunció el gobierno. En esas circunstancias se hizo posible abolir las distinciones entre los escritores proletarios y no proletarios, y en 1932 fueron aceptados todos en la Unión de Escritores Soviéticos.

En 1934 se reunió el primer Congreso Literario de toda la Unión Soviética para estudiar el papel del escritor en el país y establecer los principios generales a que debía atenerse la obra literaria creadora. La tendencia de la época era a adaptar la literatura lo más estrechamente posible a las necesidades sociales y políticas contemporáneas. Se argumentaba que la función principal del escritor soviético auténtico consistía en ser "un ingeniero de almas humanas" y se estaba de acuerdo en que el principio del "realismo socialista" era el que expresaba mejor la tendencia esencial que debía seguir la literatura. Los críticos literarios soviéticos pusieron en claro que si bien la actitud crítica con respecto a las realidades de la vida era una característica del realismo burgués, el realismo socialista debía ser constructivo más bien que destructor, positivo más bien que negativo, optimista más bien que pesimista. Era un deber del escritor soviético aceptar la vida como fundamentalmente buena y bella. Aunque esta limitación no debía impedir la crítica de los restos del "pasado repugnante" ni la discusión de los errores en la construcción

socialista, se debía inspirar al lector un sentimiento de fe y esperanza en el futuro del nuevo sistema colectivizado.

Aunque el principio del "realismo socialista" ampliaba algo los límites que había impuesto anteriormente la política de "mandato social" a la labor literaria, pronto se hizo evidente que no todos los escritores podían ajustarse a los nuevos requerimientos. En consecuencia, gran parte de las obras escritas durante los dos primeros años del Plan Quinquenal fueron indiscutiblemente flojas y sin vigor. Por otra parte, los escritores cuyo interés y cuyo estilo coincidían con la interpretación oficial del "realismo socialista" pudieron crear obras que tenían fuerza y distinción. Se escribieron muchas novelas alrededor del tema de la colectivización de la agricultura, y entre ellas, *Semillas del futuro* de Shólojov, publicada en 1935, es quizá la más notable. Se trata de una descripción crudamente realista de la lucha civil derivada de la "deskulakización" de una aldea de cosacos del Don. A pesar de las circunstancias en que fué escrita, no se trata de un libelo político, sino de una verdadera obra de arte que describe un mundo en el que los kulaks poseen virtudes tanto como vicios y los comunistas tienen defectos tanto como méritos.

Quizá la novela más notable del período, y característica del espíritu de la época, aunque su tema se refiere a los primeros días de la revolución, es *La formación de un héroe,* de Nicolás Ostrovsky (1904-1936). Además de tratarse de una obra literaria de primera clase, interesa también desde un punto de vista histórico y psicológico, pues revela con claridad excepcional las cualidades de la nueva juventud soviética, su ardor, su fuerza de voluntad, su actitud realista con respecto a la vida, sus facultades constructivas. No menos interesante desde el mismo punto de vista es *El poema pedagógico* de Makárenko, que consiste en el diario medio fingido de un maestro de un reformatorio. A medida que uno lo lee comienza a comprender los usos docentes, únicos en su género, de las organizaciones juveniles soviéticas y se da cuenta de algunas de las ventajas del sistema pedagógico soviético. El relato sigue los pasos que se dan para que algunos de los jóvenes delincuentes lleguen a convertirse en fervientes *komsomolets* y ciudadanos conscientes.

En los últimos años se ha dedicado mucha atención a la novela histórica. En su novela *Pedro I,* publicada en 1934, Alejo Tolstoy traza un notable retrato de Pedro el Grande. Aunque trata extensamente de los aspectos "bárbaros" de la vida rusa en aquella época y de las características brutales de la personalidad poderosa del zar, destaca también la sed de conocimientos de Pedro, su amor a los progresos técnicos y los fines progresistas

de sus reformas. Tomada en su conjunto, la descripción no es desfavorable y, en realidad, el zar es presentado como un precursor del comunismo. Poco tiempo antes de la invasión alemana, un autor de la generación anterior, Sergeev-Tsensky, quien había alcanzado una modesta reputación con anterioridad a la primera guerra mundial pero nunca se había distinguido mucho, escribió una novela monumental sobre el sitio de Sebastopol durante la guerra de Crimea de 1854-55. El libro, titulado *El martirio de Sebastopol,* fué publicado en tres partes en el curso de 1939 y 1940 y está escrito en el gran estilo histórico de *La guerra y la paz,* aunque no alcanza el nivel de la obra de Tolstoy. Fué una amarga coincidencia que algunos de sus primeros lectores tuvieran que defender otra vez a Sebastopol, en esta ocasión contra los alemanes.

Otra novela histórica en un estilo completamente distinto es *Dimitri Donskoi,* escrita por un joven autor soviético, Sergio Borodín. La lucha ruso-mogol, ocurrida en la época del Gran Duque de Moscú cuyo nombre aparece como título, sirve de fondo a un relato singularmente animado. Aunque la novela contiene algunas descripciones realistas de la vida rusa en el siglo XIV, así como de la Horda Mogol en esa época, su mayor importancia estriba en el estudio psicológico de los personajes. El verdadero héroe del relato parece ser un niño pensativo llamado Andrés que ha sido enviado a un monasterio por su guardián; se trata de un intento de representar la infancia del famoso pintor de iconos Andrés Rublev. El método del autor apenas puede ser llamado realista en un sentido estricto, y a pesar del fondo histórico bastante exacto, el libro tiene un sabor romántico preciso.

7

Durante los primeros años del régimen soviético las artes gráficas, como la literatura, cayeron al principio en un estado de confusión y luego pasaron por las mismas etapas de futurismo y experimentación de la *proletkult.* Poco tiempo después de la revolución de noviembre emigraron algunos pintores destacados pertenecientes al grupo original del *Mundo del Arte,* entre ellos A. Benois, Dobuzhinsky y Somov. Se reunieron en el destierro con otro grupo de pintores rusos más jóvenes, algunos de los cuales alcanzaron luego la fama en el exterior, como Grigóriev, Iakovlev y Shukhaev. Sin embargo, algunos de los que huyeron al principio, temiendo que la separación de su país natal redun-

dase en la pérdida de sus facultades creadoras, regresaron a Rusia tras de vivir unos pocos años en el destierro.

En la época de la revolución los artistas más jóvenes, especialmente los pertenecientes a la escuela futurista encabezada por el poeta Mayakovsky, pusieron su arte al servicio de la nueva sociedad. El mismo Mayakovsky, quien inspiraba a la mayoría de quienes lo rodeaban, exhortaba a sus seguidores a que abandonasen las tradiciones asfixiantes y pasadas de moda del pasado y creasen un nuevo arte revolucionario libre de restricciones académicas, un arte monumental que glorificase la fuerza proletaria en vez de las viejas obras ilustrativas que sólo servían para adornar el *intérieur bourgeois*. "Las calles son nuestros pinceles, las plazas nuestras paletas", gritaba Mayakovsky. Su grito era más que una figura de lenguaje, pues en realidad se realizaron intentos para utilizar las plazas urbanas como otros tantos grandes lienzos; el color se extendió en ellas a toneladas y hasta los árboles de las avenidas de Moscú fueron pintados de rojo y púrpura. Estatuas colosales —en la mayor parte de los casos de yeso y arcilla, pues no había tiempo que perder— se erigieron en honor de los padres del marxismo y los héroes de la revolución. Más tarde debían ser reemplazadas por monumentos de materiales más duraderos, pero el entusiasmo por este tipo de glorificación se desvaneció y la mayoría de esos primeros tributos al heroísmo proletario se derrumbaron y perdieron entre las ruinas de la revolución.

Ésta abrió campos vastos y fértiles a las artes aplicadas. Las paredes de las ciudades fueron cubiertas de carteles de una variedad infinita de colores y modelos, y esta rama del arte cayó pronto bajo la dirección de la escuela futurista de Mayakovsky. Las caricaturas políticas asumieron naturalmente una nueva importancia en esa época y las más populares pertenecían a un grupo de tres artistas conocidos colectivamente con el nombre de *Kukryniks*, combinación fonética de sus iniciales. Entre las docenas de conocidos caricaturistas de esa época se hizo especialmente famoso B. Efimov por sus caricaturas de las figuras más destacadas en la política internacional. No sólo los artistas que trabajaban con los medios más efímeros, sino también los pintores cuya obra tenía un alcance y un estilo más "académicos" y cuyos cuadros colgaban en los museos y exposiciones, se volvieron en ese período hacia la revolución en busca de tema. Descripciones de los acontecimientos ocurridos durante la revolución bolchevique, escenas de la guerra civil y retratos de Lenin y otros dirigentes soviéticos eran producidos en abundancia; muchos de ellos

constituían intentos mediocres de pintura modernista; otros estaban pintados a la manera tradicional y académica.

La implantación de la Nueva Política Económica estableció en el reino del arte la misma libertad creciente que había impuesto en la literatura. Cierto número de artistas de la escuela del *Mundo del Arte* tenían ahora la oportunidad de reanudar su trabajo y con el tiempo asumieron en su campo una posición semejante a la de los "compañeros de viaje" en la literatura. La inauguración de los Planes Quinquenales en 1928 trajo consigo la aplicación al arte de la política del "mandato social" y más tarde del "realismo socialista", con los mismos efectos aproximadamente que en la literatura.

Los artistas rusos son quizá menos conocidos en el exterior que los escritores y músicos de la Unión Soviética, y no está de más mencionar aquí brevemente la obra de algunos de ellos. El primer lugar entre los pintores soviéticos lo ocupa quizá Igor Grabar (n. 1871), quien en un tiempo fué miembro del grupo del *Mundo del Arte* en Moscú. Se trata de un artista talentoso que en el curso de su vida de creación ha adoptado varios estilos diferentes y es llamado el Cézanne ruso a causa de las naturalezas muertas que pintó en su juventud. No sólo es pintor, sino que además ha intervenido en muchas actividades artísticas de la Unión Soviética, inclusive la fundación de museos y la organización de exposiciones. Además de todos esos trabajos artísticos ha encontrado tiempo para hacerse famoso como historiador del arte ruso. Otros tres miembros se destacan entre los pintores de la generación anterior: M. V. Nesterov (1862-1942), B. Kustodiev y K. Petrov-Vodkin. Debemos decir inmediatamente que la manera artística de los tres tiene poco en común. Nesterov, como Vasnetsov (véase cap. XII, sec. 8) se destacó antes de la revolución como estudioso e intérprete del arte medieval ruso, especialmente de la pintura de iconos. La mayoría de sus primeros cuadros son de asunto religioso y quizá el más célebre es *La visión del niño Bartolomé* (San Sergio). A Nesterov le resultó difícil ajustarse a los cambios súbitos que siguieron a la revolución y durante una década no produjo nada especialmente notable. No obstante, en 1928 pintó un autorretrato que, según se ha dicho, es una de sus obras más bellas y en 1932 hizo una serie de retratos de los jefes soviéticos. Kustodiev era miembro del *Mundo del Arte* y al comienzo de su carrera artística se hizo famoso por sus interpretaciones de la vida de la clase media en Moscú. Sus retratos, interiores y paisajes son célebres por su riqueza de color. Petrov-Vodkin, quien en su juventud sufrió la fuerte influencia del impresionismo francés, tiene predilección por el estilo decorativo monu-

mental, cuyos principios parece aplicar hasta a sus naturalezas muertas.

En los últimos años han llamado la atención de la crítica otros muchos artistas. Alejandro Gerasimov (n. 1884), quien ingresó en la Asociación de Artistas Revolucionarios en 1926, se ha hecho famoso en la pintura de retratos. En 1936 terminó un enorme cuadro titulado *Los fundadores de la Caballería Roja,* que produjo sensación en los círculos artísticos, aunque la obra es, en su conjunto, bastante convencional. Hay mucha más audacia en la obra de A. Deineka (n. 1900). Su cuadro más conocido es *La defensa de Petrogrado* (contra los blancos en la guerra civil), que terminó en 1928. Aunque este cuadro es de estilo "constructivista", Deineka se hizo más tarde realista, en parte a causa de la presión de la crítica de arte soviética. También ha sido objeto de elogios la obra de otro artista de la nueva generación, el pintor de Leningrado A. V. Serov. El más célebre de los grabadores rusos es V. A. Favorsky. Otros muchos artistas gozan de amplia reputación en la Unión Soviética y su número aumenta rápidamente a causa de la energía extraordinaria que ha desplegado el gobierno para fomentar el arte en todas las nacionalidades de la Unión. Los diversos tipos de arte popular han sido estimulados asimismo en las "décadas" y en las exposiciones de arte nacional que se realizan con frecuencia en Moscú.

En la época devastadora de la guerra civil hubo pocas oportunidades para el desarrollo de la arquitectura y, en consecuencia, ésta se libró de la disensión que desorganizó en ese período al arte y la literatura. Con el comienzo del período constructivo de la revolución, y especialmente después de iniciarse la gran empresa de los Planes Quinquenales, los arquitectos rusos tuvieron una amplia oportunidad para contribuir plenamente a la construcción de las unidades industriales básicas en las que iba a fundarse el sistema y para la creación de estructuras monumentales adaptadas a la nueva sociedad. En la construcción de nuevas fábricas y grandes empresas industriales el apresuramiento, la escasez de materiales y las necesidades de la ingeniería se impusieron a las consideraciones puramente arquitectónicas. Pero los proyectos para los "palacios" del Gobierno Soviético y el Partido Comunista, la construcción de teatros, museos y bibliotecas, el trazado de planos para los conjuntos arquitectónicos de las calles y plazas de las nuevas ciudades estuvieron a cargo de los arquitectos.

El trazado de los planos y la construcción de los templos constituía en la antigua Rusia una parte importante de la labor de los arquitectos. Desde 1917 cesó, por supuesto, la construcción de

templos, o, por lo menos, se redujo a proporciones insignificantes, y durante muchos años el número de los templos destruídos fué mayor que el de los contruídos. Pero la construcción de edificios oficiales sustituyó a la de los religiosos y el más ambicioso de los nuevos proyectos fué el Palacio de los Soviets en Moscú, erigido en el lugar que ocupaba la Iglesia del Redentor terminada en 1884 y demolida después de la revolución. El concurso para la construcción de ese edificio lo ganó un arquitecto llamado Iofan y las obras se iniciaron en 1938. La invasión alemana, sin embargo, se produjo cuando faltaba todavía mucho para terminar la obra y ésta tuvo que ser suspendida temporariamente durante la guerra.

Además de Iofan, podemos citar aquí a otros muchos arquitectos rusos destacados, especialmente a Shchusev, quien hizo sus estudios antes de la revolución. Ha trabajado en diversos campos y es popular como autor de varios edificios monumentales de la Unión Soviética, algunos de ellos de acuerdo con la moderna arquitectura funcional. Entre sus obras más conocidas figura el famoso Mausoleo de Lenin en la Plaza Roja. También proyectó el Instituto Marx-Engels-Lenin de Tbilisi. En los primeros años de la revolución, cuando en la arquitectura soviética dominaba el estilo "constructivista", los proyectos concebidos por Tatlin despertaron mucho interés, particularmente sus planes para el Palacio del Trabajo en Moscú y para el Monumento a la Tercera Internacional en Leningrado. Los proyectos de Tatlin aspiraban a sustituir a las viejas formas burguesas con los nuevos conceptos "dinamo-monumentales". Concebidos en la escala más grandiosa, esos planes han sido abandonados probablemente porque eran demasiado costosos y difíciles de ejecutar.

8

El teatro es una rama potente del arte, que ha sido definida como el puente entre la literatura y las artes pictóricas. A causa de su situación peculiar puede ser tratado como un arte puro o bien como un medio práctico para la propaganda y la educación de grandes sectores del pueblo. No es sorprendente, por lo tanto, que desde el mismo comienzo de la revolución se interesara el Gobierno Soviético por utilizarlo como un instrumento extraordinariamente eficaz para la construcción de la nueva sociedad. Los directores y empresarios, los actores y escenógrafos, por otra parte, consideraban al teatro como un arte y en su mayoría se interesaban ante todo por la expresión de sus propias doctrinas

artísticas, las que en algunos casos coincidían con los planes del gobierno, aunque no en otros casos. Estas dos concepciones divergentes tuvieron por consecuencia, lo mismo que en otros campos del arte y la literatura, un largo y enconado conflicto entre los críticos y consejeros oficiales soviéticos y la gente de teatro, la que en algunos casos siguió insistiendo en su derecho a la libertad artística.

Si bien el pueblo ruso parece poseer facultades histriónicas innatas poco comunes, el teatro, en su forma moderna, no arraigó en Rusia hasta fines del siglo XVII. En la Edad Media y en los siglos XVI y XVII la necesidad de expresión dramática se manifestó en parte en los ritos de los festivales populares y en parte en las procesiones religiosas y las dramatizaciones de los episodios bíblicos realizados bajo el patrocinio de la Iglesia. Sin embargo, en el curso del siglo XVIII los rusos conocieron las formas del teatro occidental —incluyendo el drama, la ópera y el *ballet*— y desde entonces se ha desarrollado el teatro ruso con notable rapidez. La clase media terrateniente fué la primera que se aficionó al teatro y muchos nobles formaron sus propias compañías de actores con los sirvientes de sus propiedades. Ayudado por la aparición de cierto número de actores y actrices de gran talento —muchos de ellos siervos que habían iniciado su carrera en los escenarios particulares de sus amos— el teatro ruso alcanzó su primer gran período creador en el siglo XIX. Hasta en esa época temprana siguió dos tendencias principales, la realista y la romántica, y cada una de ellas produjo un grupo de actores hábiles en la técnica interpretativa de sus escuelas respectivas. La división ha subsistido hasta el presente, aunque a fines del siglo XIX comenzó a dominar el teatro realista. El Teatro Imperial Alejandra de San Petersburgo y el Pequeño Teatro Imperial de Moscú alcanzaron gran fama, basada principalmente en una serie de grandes actores y actrices célebres por sus interpretaciones de papeles tanto trágicos como cómicos. Había otros muchos teatros en Rusia además de los imperiales, y una de las mejores actrices rusas modernas, Vera Komissarjevsky, alcanzó la fama sólo después de dejar el Teatro Alejandra.

El Teatro de Arte de Moscú, creado por K. Stanislavsky (1863-1938) y V. I. Nemiróvich-Dánchenko (1858-1943) llevó al teatro realista a su expresión más bella. Su gran éxito se basó principalmente en la insistencia de Stanislavsky en que el conjunto de la representación tenía más importancia que el despliegue de talentos deslumbrantes de unos cuantos grandes actores y actrices, principio que tuvo como consecuencia una serie de magníficas interpretaciones por un conjunto perfectamente pre-

parado en el que el actor principal lo eran todos y cada uno de los actores. El teatro de Stanislavsky contaba con artistas extraordinarios, y él mismo era un gran actor, pero exigía a cada miembro de la compañía que sacrificase su propia distinción en beneficio de una interpretación de conjunto más perfecta y luminosa.

Cuando fué fundado el Teatro de Arte de Moscú en 1898 y durante varios años después, se prestó poca atención a la calidad artística de las decoraciones o al lugar del artista pictórico en la representación. Más tarde, sin embargo, se corrigió este defecto y desde 1909 en adelante varios pintores del *Mundo del Arte* —entre ellos Dobuzhinsky, Roerich y A. Benois— colaboraron con Stanislavsky y Nemiróvich y añadieron nueva belleza a las representaciones de ese teatro. Desde el mismo comienzo de la revolución, los directores del Teatro de Arte de Moscú declararon su lealtad al gobierno y, en consecuencia, no se interrumpieron las actividades del teatro. Temporada tras temporada fué aumentando el repertorio con obras nuevas. Entre las que han obtenido más éxito en los últimos años figuran *La época de las turbinas* de Bulgákov y, en 1937, la dramatización de *Anna Karenina* de Tolstoy, representada también en París el mismo año.

En la época de la revolución hubo también en Rusia otros directores y empresarios prominentes. Uno de ellos, Teodoro Komissarjevsky, emigró y después de vivir una veintena de años en Inglaterra, durante los cuales puso en escena diversas obras en Londres, París y otras ciudades europeas, fué a los Estados Unidos y abrió un estudio en Nueva York. Los más conocidos de los que quedaron en Rusia son, quizá, V. Meyerhold y A. Tairov. Meyerhold, aunque surgido de la escuela de Stanislavsky, llegó a ser uno de los opositores más decididos de aquél. Se rebeló contra el realismo y adoptó las teorías "constructivistas", abogando por un estilo de representación "biomecánico". Su actitud se parecía a la de Mayakovsky y, como el poeta, alcanzó cierta popularidad con el gobierno durante los primeros años de la revolución, pero más tarde comenzó a disgustarle la política oficial y se opuso al principio del "realismo socialista". Finalmente cayó en desgracia y se le impidió continuar su tarea dentro de los grupos importantes. Según las informaciones de la prensa norteamericana, fué detenido en junio de 1939.

Alejandro Tairov (n. 1885) inició la organización de su Teatro de Cámara *(Kamerny Teatr)* en Moscú en 1914. La revolución lo ayudó a realizar sus planes en favor de una revisión radical de las relaciones entre el actor y los espectadores, que esperaba conseguir abandonando el escenario de tres dimensiones tradi-

cional. "El actor no debe ser en adelante una simple parte componente del *decorado*", era una de las máximas favoritas de Tairov. En el curso de sus experimentos empleó muchas disposiciones nuevas del escenario, como bastidores verticales, "decoraciones dinámicas" y superficies móviles en diversas combinaciones. Su objetivo básico, según sus propias palabras, era la creación de un "teatro sintético". El "realismo orgánico" de Tairov, comparado con el teatro convencional y naturalista, era difícil de armonizar con el principio del "realismo socialista" y en 1935 fué objeto por parte de la prensa soviética de una serie de enconadas censuras que señalaban sus "errores" y su "falta de ideas". En 1937 fué destituído como director del *Kamerny Teatr.*

El cinematógrafo se presta todavía más que el teatro para la propaganda y la educación del pueblo. Sin embargo, en las películas rusas, lo mismo que en el teatro ruso, aunque el gobierno las ha utilizado como medio para difundir los principios económicos y las teorías sociales en que se funda, los directores y productores han luchado constantemente por conseguir la excelencia artística. Casi siempre lo han logrado y han contribuído no poco al desarrollo del arte cinematográfico.

De todas las artes rusas es quizá el cinematógrafo la más conocida fuera de la Unión Soviética, por lo que aquí sólo diremos acerca de él breves palabras. Los tres cineastas más destacados de la Unión Soviética al presente son V. I. Pudovkin (n. 1893), S. M. Eisenstein (n. 1898) y el ucranio A. Dovzhenko. La fama de las películas soviéticas quedó firmemente establecida por la primera producción de Eisenstein, *El acorazado Potemkin,* en la que aparecían varios episodios memorables de la fracasada revolución de 1905. En 1938 alcanzó un éxito igualmente grande con *Alejandro Nevsky,* cuadro patriótico e histórico de la derrota de los invasores germanos de la Rusia septentrional en el siglo XIII. El paralelo con los acontecimientos modernos es tan evidente que cuando se firmó el pacto de no agresión ruso-germano en 1939 tuvo que ser retirada la película, aunque volvió a exhibirse después del ataque de Hitler en 1941, y sigue exhibiéndose todavía.

9

La música, la más abstracta de las artes, tiene con las otras artes la misma relación que las ciencias físicas con las humanidades. Más limitada en su manera y menos polemística en su contenido, podía haberse esperado que escapara a algunos de los efectos del movimiento revolucionario, pero aunque se libró de

algunas restricciones políticas de la época, no pudo evitar la confusión en que cayeron todas las artes. La interrupción de la vida intelectual y psicológica normal del país y las privaciones y los sufrimientos físicos de los años de guerra civil y "comunismo de guerra" tuvieron como consecuencia la desorganización, temporaria por lo menos, de las actividades musicales. Muchos músicos se unieron al éxodo de los intelectuales después de la revolución y entre los *émigrés* y desterrados figuraron, por supuesto, algunos compositores de talento. París se convirtió en el hogar de Stravinsky ya antes de la revolución y algún tiempo después se trasladó a los Estados Unidos. Rachmanínov, Grechaninov, Medtner y más tarde Glazunov prefirieron emigrar. Prokofiev, por otra parte, después de pasar varios años en Europa, regresó a Rusia.

En los primeros años de la revolución hubo un breve estallido de tendencias futuristas y ultramodernistas en música, pero las formas musicales extremas atrajeron a las masas todavía menos que la pintura y la literatura futuristas. Como sólo un círculo relativamente pequeño de aficionados a la música podía apreciar las sutilezas del nuevo estilo, la pequeña popularidad que éste alcanzó se limitó a ese grupo. No tuvo mejor éxito el intento de "democratizar" las orquestas eliminando el poder "dictatorial" del director. En 1922 se organizó una orquesta sin director llamada Primer Conjunto Sinfónico *(Persimfans)* y aunque al principio fué acogida con entusiasmo por los auditorios, pronto se hizo evidente hasta para sus mismos partidarios que esa innovación no llevaba a ninguna parte.

Una de las empresas más provechosas en el campo de la música soviética fué el estudio de las melodías populares nativas y tradicionales. Produjo resultados duraderos y creadores ese nuevo interés por las canciones populares y otros tipos de "música folklórica" del pueblo ruso y de las nacionalidades más pequeñas, inclusive de las tribus montañesas del Cáucaso. Este tipo de música no sólo fué objeto de un estudio científico a cargo de expediciones etnográficas especialmente organizadas, sino que además se le dió todas las facilidades prácticas convenientes para su desarrollo y expresión. Patrocinado por el Gobierno Soviético así como por los Soviets de las distintas repúblicas, este programa dió origen a un verdadero renacimiento de la música, llena de colorido, de las múltiples nacionalidades rusas. Ese renacimiento de la música popular es estimulado, además, por los festivales musicales que se realizan periódicamente en Moscú en relación con las "décadas de arte popular".

En conjunto, tras de un período más bien breve de agitación, se dejó que la corriente principal de la música rusa fluyese a su

voluntad, y aunque son evidentes las tendencias modernistas en las obras de algunos compositores soviéticos, la tendencia general ha sido y sigue siendo hacia el pleno uso de la sólida herencia prerrevolucionaria de la música clásica. El restablecimiento del orden social que siguió a la adopción de la Nueva Política Económica tuvo por efecto terminar con los tipos más extremados de experimentación y en adelante la educación y la instrucción musicales se basaron una vez más en cimientos sólidos. Hoy día se presta mucha atención al dominio completo de los detalles de la técnica mecánica. El número de escuelas musicales ha aumentado constantemente durante las dos últimas décadas; en 1936 había en la Unión Soviética doce conservatorios y noventa y cinco institutos técnicos musicales, muchos de ellos excelentes.

De una manera característica, la mayoría de las autoridades musicales soviéticas, al hablar de la música rusa del siglo XIX, se inclinan a menospreciar la obra de los compositores del "Grupo Poderoso", o sea de "los cinco", como se lo llama en el exterior (véase Cap. XII, sec. 9), sobre todo por el esfuerzo como de "aficionados" que se percibe en la música de todos ellos, con la excepción de Rimsky Kórsakov. Por otra parte, Chaikovsky, así como A. Rubinstein y A. N. Serov, todos ellos músicos profesionales muy bien preparados, han vuelto a ocupar un alto lugar en la constelación soviética. Así, se ha logrado por fin un equilibrio moderado en la misma esfera en que se libraron rudas batallas entre los críticos pertenecientes a una y otra de las dos escuelas. En la actualidad se realiza un esfuerzo evidente para aprovechar todo lo realmente valioso en las obras de los compositores del período clásico de la historia de la música rusa.

El nombre de Prokofiev es ciertamente uno de los más grandes de la música contemporánea. Los críticos y los músicos pueden seguir discutiendo si sirve o no a la "música pura" plenamente y si debe ser llamado "clásico" o "impresionista". Pero cualesquiera que sean los argumentos que aduzcan las autoridades en favor de sus opinones respectivas, es evidente para el público musical que aunque Prokofiev ha aprovechado su estudio de las obras de los compositores del período "armónico" tanto como del "clásico", especialmente de las de Chaikovsky y otros clasicistas rusos, su arte es moderno en el mejor sentido de la palabra y, además, muy original. Ha compuesto varias sinfonías y conciertos, algunos de los cuales han sido ejecutados en los Estados Unidos ante auditorios entusiastas. Poco tiempo después del comienzo de la guerra en Europa compuso Prokofiev la música para la película histórica de Eisenstein *Alejandro Nevsky* y más recientemente una ópera, *La guerra y la paz.*

Mientras que Prokofiev alcanzó el buen éxito desde la primera ejecución de sus obras juveniles, otro compositor ruso que se ha destacado recientemente, N. Ya. Miaskovsky (n. 1881) tuvo que esperar años para que el público reconociese sus méritos. Miaskovsky es discípulo de Liadov y Rimsky Kórsakov, pero también ha sufrido profundamente la influencia de Glazunov. Su música fué despreciada durante muchos años por considerársela demasiado "sombría" y "triste", pero recientemente ha adoptado un estilo en el que los críticos soviéticos han descubierto "optimismo y fe". Ha compuesto muchas sinfonías, y dos de las más conocidas son la *Duodécima,* llamada a veces la *Sinfonía de los Kolkhozes,* dedicada al décimoquinto aniversario de la revolución, y la *Décimonona,* dedicada al Ejército Rojo. Ha escrito también música vocal, incluyendo una colección de canciones basadas en los poemas de Lérmontov.

El más famoso de los compositores soviéticos y en verdad el más conocido en los Estados Unidos es Demetrio Shostakovich (n. 1909). Aunque se ha dicho que entre todos los maestros de la música del pasado y del presente sólo reconoce a Bach y Chaikovsky, en sus obras combina el tradicionalismo con las tendencias modernistas. Su ópera *Lady Macbeth de Mtsensk,* cantada en la Metropolitan Opera House de Nueva York en 1935, es, según sus propias palabras, un intento de "hacer una música todo lo sencilla y expresiva posible". Dicho sea de paso, a pesar del gran éxito obtenido por esta ópera en los escenarios soviéticos, produjo al compositor muchas molestias, pues fué acusado por los comunistas rígidos de "tendencias formalistas" y de "naturalismo vulgar". Pero lo rehabilitó por completo su *Quinta Sinfonía,* ejecutada por primera vez en enero de 1938. Su *Séptima Sinfonía* le conquistó en 1942 la fama universal. Fué compuesta durante el sitio de Leningrado y el sentimiento patriótico contribuyó al entusiasmo con que fué acogida la obra.

Otros compositores rusos contemporáneos siguieron distintas orientaciones musicales. N. A. Roslavets, modernista, ha sido llamado el "Mayakovsky de la música" y criticado por su tendencia "formalista". Nació en 1880, es hijo de un campesino, y se graduó en el Conservatorio de Moscú a la edad de 22 años. Su cantata *Octubre*[1] fué escrita en 1927 y el año siguiente compuso una sinfonía, *Komsomolia,* muy bien recibida. M. F. Gnesin (n. 1883), discípulo de Rimsky Kórsakov, es un compositor que se dedica a empresas muy diversas. Se ha interesado especial-

[1] El título se refiere al mes de octubre de la revolución rusa, que corresponde al mes de noviembre del calendario gregoriano.

mente por el fomento de la música hebrea y en relación con sus estudios en este campo hizo una visita a Palestina en 1914 y otra en 1921-23. Ha tratado también de crear una nueva síntesis de música y drama y durante varios años colaboró con Meyerhold, componiendo música para algunas obras teatrales representadas en el estudio de aquél. R. M. Glier (n. 1875) fué al principio discípulo de Chaikovsky, pero posteriormente sufrió la influencia de Borodín y Rimsky Kórsakov, especialmente después de haberse interesado mucho por la música oriental. Compuso el famoso *ballet Amapola roja* (1927) en el que utilizó como uno de los temas la canción popular de la guerra civil llamada *Yablochko.* Al presente comienzan a destacarse varios músicos de la nueva generación. I. Dzerzhinsky (n. 1909) ha escrito las óperas *El Don tranquilo* y *La tierra revuelta,* ambas basadas en novelas de Shólojov y que le han dado renombre. Otro joven compositor soviético cuyas obras han despertado mucho interés es Demetrio Kabalevsky, uno de los discípulos de Miaskovsky.

La música se destaca en la Unión Soviética entre las demás artes, tanto por el favor que le dispensa el gobierno como por la estimación del pueblo. Sus maestros y críticos han mantenido vivo lo mejor de la tradición musical y han estimulado una cantidad impresionante de investigaciones del pasado y un sano espíritu de experimentación de las formas y técnicas modernas. El mismo gobierno se ha mostrado muy generoso al dar toda clase de facilidades a los músicos jóvenes talentosos de todo el país. Con la reciente aparición de buen número de compositores muy bien dotados parece haberse asegurado la música soviética un porvenir brillante.

CAPÍTULO XX

RUSIA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

(1939 - 1943)

1

La segunda guerra mundial comenzó en circunstancias que diferían mucho de las que prevalecían al iniciarse la primera. La neutralidad de Rusia en 1939 fué, por supuesto, la diferencia más notable. En el sistema de alianzas organizado por Gran Bretaña y Francia durante las dos décadas transcurridas entre ambas guerras, los Aliados contaban con Polonia —país que no existía en 1914— para que asumiese el papel de la Rusia imperial. Había otras diferencias. Austria, ahora una sombra del poderoso Imperio de 1914, había sido anexada a Alemania y absorbida por la economía nazi. Hungría se hallaba reducida al estado de nación satélite y bajo el firme dominio alemán. La Italia fascista, en 1939 como en 1914, se hallaba unida a Alemania por una alianza, pero esta vez los actos y las repetidas declaraciones de los dos dictadores habían puesto muy en claro que las naciones totalitarias se atendrían a las estipulaciones del pacto. En la segunda guerra mundial el conflicto que llevó a las hostilidades cristalizó en la zona del Báltico y no en la de los Balcanes, pero las consecuencias fueron tales que los Balcanes no podían esperar no verse envueltos en ellas y, en realidad, cayeron en la vorágine cuando les llegó su turno.

No obstante, a pesar de todas las diferencias evidentes que podrían enumerarse, las causas fundamentales de las dos primeras guerras fueron esencialmente las mismas. El mismo espíritu agresivo que había caracterizado a la Alemania del Káiser fué proclamado en forma mucho más violenta en los principios de la ideología nazi. Entre Alemania y Gran Bretaña se había

producido la misma rivalidad que culminó veinticinco años antes con la primera guerra mundial. La inquietud que producía en Rusia el *Drang nach Osten* alemán —el conflicto de la Europa oriental viejo de siglos— se agravaba diariamente a causa de las diferencias en las ideologías oficiales y los sistemas de gobierno de los países, aunque durante todo el período inicial de la guerra se esforzaron ambas partes por ocultarla, un poco torpemente, bajo la capa del pacto de no agresión.

Cualquiera que pudo ser la situación aparente en los meses inmediatamente anteriores al estallido de la guerra, las autoridades políticas y militares de la Unión Soviética se daban plena cuenta de la tensión. Recordaban muy bien las lecciones de 1914. Recordaban que, aunque había sido Austria y no Rusia la que asestó el primer golpe en la primera guerra mundial, la movilización rusa había constituído uno de los factores que contribuyeron a extenderla. Si el gobierno imperial ruso no hubiera movilizado al ejército, Alemania, según creían, no habría tenido un pretexto para movilizar a su vez y la guerra se habría localizado temporariamente a expensas de Servia. Los dirigentes soviéticos resolvieron, al parecer, aplicar las lecciones de la primera guerra mundial a la nueva situación y decidieron, antes que lanzarse de cabeza a un conflicto que no deseaban, tratar de reducirlo a los límites de Polonia. Esta decisión fué reforzada, sin duda, por su inseguridad con respecto a la actitud de Gran Bretaña y Francia con la Unión Soviética y por la negativa de Polonia a permitir el paso de las tropas rusas por su territorio. Dado lo inseguro e incierto de la situación, el Gobierno Soviético eligió el camino del realismo riguroso. Tuvo en cuenta ante todo los intereses del país y lo que mejor servía a éstos en aquel momento era la neutralidad.

En aquellas circunstancias, empero, si bien era relativamente fácil proclamar la neutralidad de Rusia, resultaba evidentemente difícil definir sus límites, y todavía más mantenerse dentro de esos límites una vez establecidos. Además, la actitud de neutralidad y los actos que se derivaban lógicamente de ella acarrearon a la Unión Soviética la censura casi general de las democracias. La firma del pacto de no agresión con Alemania y la ocupación de la Rusia Blanca y la Ucrania occidentales provocaron una indignación violenta no sólo en Gran Bretaña y Francia, sino también en los Estados Unidos, indignación nacida (por lo menos en parte) de que los países anglosajones no eran capaces de comprender las peculiaridades y los embrollos del trasfondo político de la Europa oriental. La tensión inicial abrió una brecha que ampliaron los acontecimientos subsiguientes.

Cuando se produjo la guerra ruso-finlandesa surgió el peligro real e inmediato de una intervención franco-británica contra Rusia —tanto en la Transcaucacia como en Finlandia— y el fracaso de la neutralidad soviética parecía ser sólo cuestión de horas. Además, la Unión Soviética objetaba en principio el bloqueo británico de Alemania, que amenazaba su comercio marítimo. Durante todo el período de neutralidad, las relaciones entre la Unión Soviética y las democracias occidentales se mantenían en un equilibrio tan inestable que sólo con grandes esfuerzos —resultado, en parte, de la previsión de unos pocos estadistas y sabios británicos, como Sir Stafford Cripps y Sir Bernard Pares— se conservó la apariencia externa de normalidad.

No menos complicadas eran las relaciones entre la Unión Soviética y Alemania. Tanto en la prensa como en las declaraciones oficiales de los dirigentes soviéticos se hacían con frecuencia y ostentación manifiestaciones de amistad a Alemania, y el gobierno mostraba una gran prudencia al eliminar todo lo que podía servir como pretexto para que se irritasen los alemanes. Esta política se extendió a casi todas las actividades oficiales, desde la suspensión de la película histórica antigermana *Alejandro Nevsky* hasta la observación meticulosa de todas las cláusulas de los tratados comerciales que regían el envío de mercaderías a Alemania.

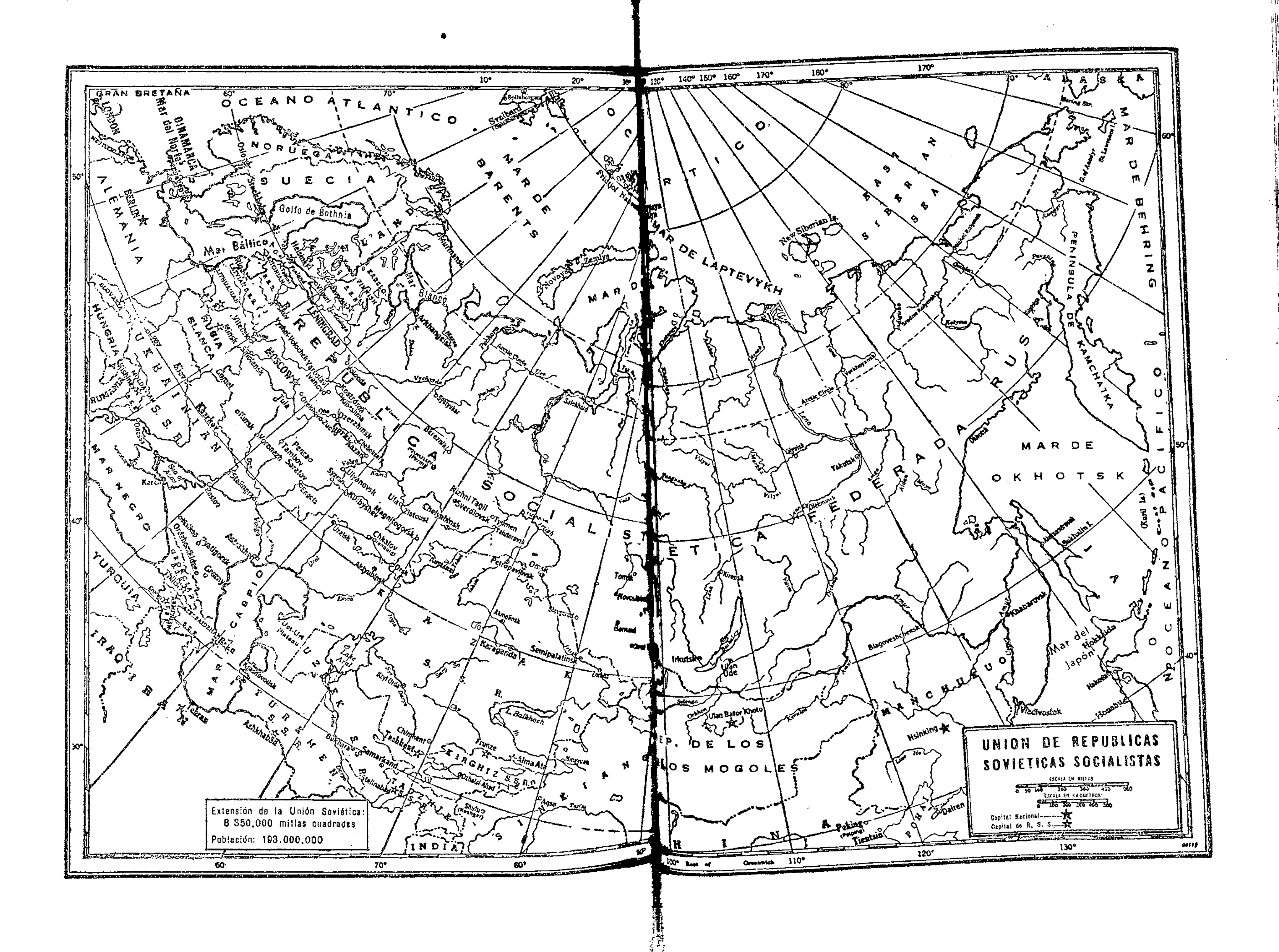
Aunque hacía todos los esfuerzos posibles para evitar el conflicto con Alemania, el Gobierno Soviético se daba plena cuenta de que subsistía el peligro de un ataque nazi y, sobre todo después de la caída de Francia, dió pasos diplomáticos y militares de carácter preventivo. Fué principalmente la necesidad de asegurar la defensa nacional lo que le obligó a ocupar las regiones estratégicas situadas a lo largo de la frontera rusa occidental. Estos movimientos en las zonas fronterizas fueron reforzados al mismo tiempo con reajustes internos. Se dedicó gran atención al adiestramiento del Ejército Rojo y a la modernización de su táctica y sus servicios de abastecimientos. Las industrias fueron puestas en pie de guerra y se tomaron severas medidas para aumentar la producción. La jornada de trabajo de siete horas aumentó a ocho. Para detener el traslado de obreros y asegurar la producción de las fábricas de guerra, se "congeló" a los trabajadores en las industrias a que pertenecían y se les prohibió trasladarse de una fábrica a otra sin permiso especial. En los años de 1940 y 1941 fueron trasladadas las fábricas de armamentos desde las zonas en peligro de la Rusia Blanca y Leningrado hasta los Urales, y se aceleró la terminación de otras a lo largo del Volga y al otro lado de ese río, como las refinerías de gasolina

de Ufa y Saratov. Los rusos esperaban la paz... y se preparaban para la guerra.

2

Durante los primeros meses de la contienda los rusos concentraron sus actividades en la rectificación y el fortalecimiento rápidos de su frontera occidental. La invasión germana de Polonia el 1º de septiembre de 1939 y la declaración de guerra por parte de Gran Bretaña y Francia, que la siguieron inmediatamente, se produjeron cuando la Unión Soviética se hallaba en una posición de neutralidad nueva y geográficamente algo desventajosa. Su objetivo inmediato, por lo tanto, fué la mejora de su situación estratégica a todo lo largo de sus fronteras occidentales, y la neutralidad no le impidió conseguir ese fin, por medios diplomáticos cuando le era posible y mediante operaciones militares cuando no le quedaba otro camino.

La actitud de las autoridades soviéticas en esa época se comprenderá mejor, quizá, si se tiene en cuenta el efecto de los cambios territoriales en las fronteras occidentales de Rusia, producidos al término de la primera guerra mundial y como consecuencia de la intervención extranjera durante la guerra civil. Esas revisiones territoriales fueron de diversas clases. El mismo Gobierno Soviético, por iniciativa de Lenin, había concedido la independencia a Finlandia en diciembre de 1917. Los Países Bálticos, la Rusia Blanca occidental y el oeste de Ucrania fueron arrabatados a Rusia por Alemania como una de las condiciones de la firma del Tratado de Paz de Brest-Litovsk en 1918. Estas regiones no habían sido devueltas a Rusia por los Aliados después de la victoria de éstos sobre Alemania. Por el contrario, los Países Bálticos fueron organizados como Estados independientes y en 1920 se permitió que Polonia atacase a Rusia y luego se anexase la Rusia Blanca y la Ucrania occidentales. En el sur, los Aliados habían consentido y luego aprobado que los rumanos se apoderasen de Besarabia. El Gobierno Soviético se negó siempre a reconocer la soberanía rumana en Besarabia, pero con el tiempo terminó por aceptar todos los demás cambios. Los aceptó por una variedad de motivos: primero, porque en aquella época se hallaba en una situación tan debilitada que no tenía otra alternativa; en segundo lugar porque en aquel período los rusos creían en la revolución mundial y sus caudillos confiaban todavía en difundir el comunismo fuera de las fronteras nacionales; en tercer lugar, porque esa aceptación hacía posible la paz europea,


UNION DE REPUBLICAS SOVIETICAS SOCIALISTAS
ESCALA EN MILLAS
ESCALA EN KILOMETROS
Capital Nacional
Capital de R. S. S.
Extensión de la Unión Soviética: 8 350,000 millas cuadradas
Población: 193.000.000
GRAN BRETAÑA
OCEANO ATLANTICO
OCEANO ARTICO
NORUEGA
SUECIA
DINAMARCA
Mar del Norte
ALEMANIA
BERLIN
Golfo de Bothnia
Mar Báltico
MAR DE BARENTS
Mar Blanco
Arkhangelsk
LENINGRAD
MOSCOW
RUSIA BLANCA
HUNGRIA
RUMANIA
UKRAINIAN S.S.R.
MAR NEGRO
TURQUIA
IRAQ
CASPIO
Stalingrad
Saratov
Voronezh
Penzao
Tambov
Ulyanovsk
Kuibyshev
Kazan
Dzerzhinsk
Sverdlovsk
Nizhni Tagil
Tyumen
Chelyabinsk
Magnitogorsk
Chkalov
Zlatoust
Petropavlovsk
Omsk
Akmolinsk
Karaganda
Semipalatinsk
Alma Ata
Frunze
Tashkent
Samarkand
Bukhara
Ashkhabad
Stalinabad
INDIA
KIRGHIZ S.S.R.
L. Balakhash
Lake Aral
TURKMEN S.S.R.
UZBEK S.S.R.
Novaya Zemlya
MAR DE KARA
MAR DE LAPTEVYKH
New Siberian Is.
MAR DE SIBERIA ORIENTAL
Salekhard
Tomsk
Novosibirsk
Barnaul
Irkutsk
Ulan Ude
Kirensk
Yakutsk
Lena
Arctic Circle
REPUBLICA SOCIALISTA SOVIETICA FEDERADA RUSA
REP. DE LOS MOGOLES
Ulan Bator Khoto
MANCHUKUO
Hsinking
Blagoveshchensk
Khabarovsk
Vladivostok
Amur
Sakhalin I.
MAR DE OKHOTSK
PENINSULA DE KAMCHATKA
MAR DE BEHRING
Bering Str.
ALASKA
Mar del Japón
Hokkaido
JAPON
OCEANO PACIFICO
Kuril Is.
CHINA
Peking
Tientsin
Dairen
100° East of Greenwich

aunque inestable, y puesto que las relaciones con Alemania eran amistosas, parecía no haber un peligro inmediato de que alguna de las grandes Potencias atacase a Rusia.

La ascensión de Hitler al poder en Alemania había cambiado, sin embargo, todo el panorama internacional. Rusia ya no podía excluir de sus cálculos la posibilidad de la nazificación de los Países Bálticos. Además, la tensión que entonces existía entre la Unión Soviética y la Alemania nacional-socialista había hecho necesario que los dirigentes rusos se preparasen para cualquier eventualidad. Desde los primeros años del Primer Plan Quinquenal y la inauguración del programa de construcción del socialismo en un solo país habían sentido ya los Soviets la necesidad de contar con la zona báltica para fines tanto económicos como estratégicos. Leningrado, el único puerto báltico que le quedó a Rusia a la conclusión de la primera guerra mundial, no bastaba evidentemente para atender a las necesidades de todo su comercio en el Báltico ni a la rápida expansión de la economía rusa en aquel momento, y mucho menos a la que se preveía para el futuro. Esta situación se hizo urgente al estallar la segunda guerra mundial, y cuando Gran Bretaña y Francia se negaron a volver a considerar los intereses rusos en el Báltico, no quedó otra alternativa que la de tratar de obtener concesiones de Alemania en esa zona a cambio de la neutralidad rusa. La paradoja de esta situación consistía en que la Unión Soviética necesitaba esas regiones fronterizas para reforzar su situación contra un futuro ataque alemán. Aunque los países anglosajones comprendieron mal, al parecer, esa situación, Alemania se daba plena cuenta de la finalidad con que serían utilizados los nuevos territorios. No obstante, no se hallaba entonces en situación de oponerse, y se vió obligada a aceptar a regañadientes las revisiones que luego iban a resultar tan decisivas.

Ahora parece evidente que en esa atmósfera de desconfianza mutua tenía que llegarse a un acuerdo entre Alemania y la Unión Soviética con respecto a sus esferas de influencia en la Europa oriental. Aunque nunca se hizo público ese acuerdo y muchos de sus detalles no se han puesto todavía en claro, los acontecimientos subsiguientes han revelado sus estipulaciones principales. Alemania accedió, al parecer, a la anexión por la Unión Soviética de la Rusia Blanca y la Ucrania occidentales y al establecimiento de un protectorado en Latvia y Estonia. La mejora de la posición estratégica de Rusia con respecto a Finlandia parece haber sido aceptada también en principio. Finalmente, reconoció los derechos rusos a la Besarabia y hay razones para creer que al principio aceptó tácitamente ciertos intereses rusos en Bulgaria.

Aunque el alto comando soviético, en contraste con el británico y el francés, no se hacía ilusiones con respecto a la capacidad de Polonia para hacer frente a un ataque alemán en gran escala, no previó, al parecer, la rapidez sin precedentes de la victoria germana. El derrumbamiento de la resistencia polaca hizo necesario que la Unión Soviética actuase inmediatamente, y en la mañana del 17 de septiembre las tropas del Ejército Rojo cruzaron la frontera polaca y avanzaron hacia el oeste con el propósito de detener el avance alemán lo más lejos posible de la frontera rusa. A pesar de los acuerdos anteriores, los alemanes no esperaban sin duda una reacción soviética tan rápida y la aparición del Ejército Rojo muy adentro de Polonia provocó varios choques de poca importancia entre las avanzadas rusas y alemanas, el más serio de los cuales se produjo en las cercanías de Lvov. Su ofensiva inicial llevó a los rusos a las márgenes del Vístula, pero luego se retiraron a la línea demarcatoria a lo largo del Bug occidental que había sido fijada en el acuerdo de septiembre. Mediante esta maniobra la Unión Soviética retuvo bajo su dominio una zona cuya población era predominantemente no polaca. Con pequeñas excepciones, los campesinos de la región ocupada eran rusos blancos y ucranios y un gran porcentaje de la población urbana de ese territorio era judía.

En las elecciones para las Asambleas del Pueblo de la Rusia Blanca y la Ucrania occidentales, realizadas el 22 de octubre de 1939, intervinieron más del 90 por ciento de los votantes elegibles, y de ellos más del 90 por ciento votaron en favor de los "candidatos de las organizaciones sociales", sindicatos, sociedades cooperativas, etc. Pocos días después las dos Asambleas del Pueblo aprobaron resoluciones expresando su deseo de unirse a la Rusia Blanca Soviética y a la Ucrania Soviética, respectivamente, y el 1º de noviembre aprobó su incorporación el Soviet Supremo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Aunque algunos observadores extranjeros objetaron la validez de las elecciones, apenas puede caber duda de que la unión de la Rusia Blanca y la Ucrania occidentales a sus regiones naturales fué aprobada con entusiasmo por la mayoría de sus poblaciones, tanto por motivos étnicos como sociales. También desde el punto de vista económico tenían los campesinos motivos para acoger con entusiasmo el reparto entre ellos de las grandes propiedades de la nobleza polaca, medida que fué tanto mejor recibida a causa de la prudente decisión de la Unión Soviética de no insistir en la inmediata colectivización forzosa de la tierra.

Todavía antes de quedar legalizada la anexión de la Rusia Blanca y la Ucrania occidentales inició el Gobierno Soviético una

serie de actividades diplomáticas en los Estados Bálticos. Representantes de Estonia, Latvia y Lituania fueron invitados particularmente a ir a Moscú para negociar pactos de amistad entre sus países y la Unión Soviética, pactos que incluían en cada caso una estipulación que concedía a los Soviets el derecho a establecer y guarnecer con soldados del ejército y de la armada rojos ciertas bases navales y aéreas en el territorio del otro país. En el caso de Lituania los rusos dieron una muestra de buena voluntad que fué recibida con entusiasmo por los lituanos: se ofrecieron a devolverles su antigua capital, la ciudad de Vilna, de la que se habían apoderado los polacos en 1920 y que había quedado en poder de los rusos cuando ocuparon la Polonia oriental. El aspecto interesante de este arreglo consistía en que aunque los alemanes nunca habían considerado a Lituania dentro de la esfera de influencia rusa, las circunstancias los obligaron a acceder, aparentando la mejor voluntad que pudieron. Que no les fué posible ni siquiera guardar las apariencias lo indica el hecho de que posteriormente accedieron también a evacuar de los Países Bálticos a unos 100.000 alemanes, la mayoría de los cuales pertenecían a familias residentes en esas regiones desde hacía siglos. No se necesita un profundo conocimiento de la psicología nacional alemana para comprender el terrible efecto que produjo sin duda en el orgullo del Reich esa derrota diplomática.

La situación en el Báltico parecía ya estabilizada, al menos por el momento, pero en junio de 1940 cambió de pronto radicalmente la situación política de los tres Países Bálticos. Latvia, Estonia y Lituania fueron incorporadas a la Unión Soviética y a cada una de ellas se le concedió el estado legal de república constituyente de la Unión. Este nuevo paso de la Unión Soviética parece haber sido provocado por el derrumbamiento inesperado y alarmante de Francia ante el ataque alemán en mayo y junio de 1940. La reacción inmediata de las autoridades soviéticas fué apresurar todos los esfuerzos diplomáticos para terminar y consolidar la ocupación estratégica de la zona del Báltico en el momento más próximo posible. Siguiendo el mismo procedimiento adoptado en la Rusia Blanca y la Ucrania occidentales, se estableció un Gobierno del Pueblo en cada uno de los Países Bálticos, a base de unas elecciones realizadas apresuradamente y que dieron por resultado que más del 90 por ciento de los electores votasen a favor de la reforma. Estos nuevos gobiernos pidieron casi inmediatamente la admisión en la Unión Soviética, lo que se les concedió en seguida. No ha habido, desde luego, una oportunidad para juzgar la validez de esas elecciones y hasta qué punto pueden haber reflejado los verdaderos deseos del pueblo.

Simultáneamente se envió un ultimátum al gobierno rumano y al expirar el plazo las tropas soviéticas ocuparon la Besarabia y el norte de la Bukovina. Las partes de esos dos distritos en que dominaba la población ucrania fueron incorporadas a la Ucrania soviética, y el resto del territorio, poblado principalmente por moldavos, fué organizado como una república de la Unión Soviética con el nombre de República Socialista Soviética Moldava.

Esta serie de maniobras diplomáticas rápidas y audaces, ejecutadas ante la creciente irritación de los alemanes, quienes todavía no se hallaban en situación de oponerse con eficacia, restablecieron en el término de pocos meses las fronteras occidentales del Imperio ruso, con excepción de la saliente polaca que no reclamaba la Unión Soviética. Los territorios anexados incluían a la Galitzia oriental y el norte de Bukovina, con una población ucrania que nunca había pertenecido al Imperio ruso, aunque durante la Edad Media formaba parte de la federación de Kiev. En general, desde el punto de vista soviético, esas revisiones habían traído consigo una nueva alineación favorable de las regiones fronterizas del centro y del sur y sólo quedaba en peligro inmediato la frontera del norte.

La rectificación de este último segmento, la frontera con Finlandia, fué la más difícil y peligrosa de todas. Esa frontera pasaba a sólo treinta kilómetros de Leningrado, la segunda ciudad de Rusia en importancia, y a sólo unos pocos kilómetros de ella se hallaba la Línea Mannerheim, una de las fortificaciones más formidables de toda Europa. Los rusos veían al otro lado de su frontera esa línea, que atravesaba por completo el istmo de Carelia, defendida por el mar y el lago Ladoga en cada uno de sus extremos, fortificada en profundidad y dotada con grandes cañones que apuntaban hacia Leningrado. Pensaban en lo que podía suceder si esa línea fuese utilizada por las tropas alemanas en una ofensiva contra la zona de Leningrado, y decidieron que había que eliminar esa amenaza. Pero aunque los Soviets se inspiraban en el deseo de mejorar su situación estretégica previendo un futuro choque con Alemania, su plan, mal concebido y realizado, estuvo a punto de provocar un rompimiento con Francia y Gran Bretaña. El pedido inicial de que Finlandia cediese el istmo de Carelia a la Unión Soviética a cambio de una gran extensión de territorio al norte del lago Ladoga parece no haber sido irrazonable, y al rechazar el ofrecimiento soviético los finlandeses se dejaron aconsejar mal, sin duda, por sus admiradores de los países occidentales. Por otra parte, el Gobierno Soviético, al emprender la guerra, no tuvo en cuenta, al parecer, todas sus peligrosas consecuencias. Acaso no esperaba que los

finlandeses se defendiesen tan resueltamente y contaban, sin duda, con el resurgimiento del movimiento comunista finlandés que había sido reprimido cruelmente por los blancos y los alemanes mediante el terror de 1918. Al mismo comienzo de la guerra ruso-finlandesa, O. Kuusinen, el caudillo de los finlandeses rojos en 1918, y dirigente destacado de la Internacional Comunista, se apresuró a organizar un Gobierno del Pueblo en su país, pero sus esfuerzos no despertaron entusiasmo entre sus compatriotas. A pesar de ello, el Gobierno Soviético firmó un tratado de amistad con el gobierno de Kuusinen y siguió la guerra como protector de ese nuevo gobierno contra los "finlandeses blancos". Esta ficción de legalidad no impidió, sin embargo, que la Sociedad de Naciones acusase a la Unión Soviética como Potencia agresora y la expulsase de la Sociedad. Pero se había despertado de su letargo demasiado tarde. Puesto que durante muchos años no había hecho nada para impedir los actos de agresión cada vez más violentos por parte de Italia, el Japón y Alemania, no podía esperarse que su súbita reacción contra la Unión Soviética produjese el efecto moral saludable que se deseaba. Los efectos políticos fueron, por supuesto, infinitesimales.

Inmediatamente después del comienzo de la guerra, el 29 de noviembre se hizo evidente que la Unión Soviética, por haber estimado exageradamente la fuerza de las tendencias comunistas en algunos sectores de la población finlandesa y confiado en ellas para provocar una guerra civil paralizadora en ese país, no había reunido el poderío militar suficiente para aplastar la resistencia que enfrentaba. Los finlandeses, unidos y animados por un patriotismo ardiente, conocían muy bien el terreno en que luchaban y se aprovechaban de ello para defenderse firmemente. Además, los estimulaban las manifestaciones de simpatía y las promesas de envíos de equipos y voluntarios que les llegaban de casi todos los países del mundo y cada día aumentaba su esperanza de que pronto recibirían una ayuda concreta. Sólo Alemania, que aún no había podido resolver su dilema, permaneció apartada. A pesar de no haber olvidado las tradiciones de 1918, Berlín se vió obligado a reprimir toda manifestación de simpatía por los finlandeses. De una manera paradójica, el comandante en jefe del ejército finlandés, general Mannerheim, quien había pedido y recibido la ayuda de Alemania para subir al poder en 1918, no tuvo más remedio que mostrarse cortés en sus relaciones con las democracias occidentales.

Durante los dos primeros meses de la guerra los finlandeses pudieron rechazar la mayoría de los ataques rusos, pero en febrero de 1940 fué reorganizado el Ejército Rojo de manera que

pudiese hacer frente a las realidades de la situación y comenzó a librar la guerra en serio. En poco tiempo, acometiendo al centro de la Línea Mannerheim en pleno invierno ártico, las tropas soviéticas redujeron materialmente a polvo las fortificaciones que los militares consideraban inexpugnables. Los finlandeses, que habían recibido del mundo exterior más promesas que ayuda real, no tuvieron otra alternativa que la de pedir la paz, la cual se firmó el 12 de marzo en condiciones menos favorables para Finlandia que las involucradas en las demandas rusas originales. La Unión Soviética se anexó, además del istmo de Carelia, la ciudad y el distrito de Vyborg. Los finlandeses tuvieron también que ceder a Rusia la Península de Hankoe por un término de treinta años, condición que habían rechazado concretamente durante las negociaciones que precedieron a la guerra. Con el territorio tomado a Finlandia y una parte de la Carelia Soviética se constituyó una nueva república de la Unión Soviética, y Kuusinen fué designado presidente del Presidium de su Soviet Supremo.

Uno de los resultados más importantes de la guerra ruso-finlandesa fué el descubrimiento por las autoridades soviéticas de muchas serias deficiencias en la organización del Ejército Rojo. Los defectos y los errores fueron reconocidos con franqueza y discutidos por los jefes militares, y bajo la dirección del Comisario de Guerra, general Timoshenko, se emprendió inmediatamente un trabajo febril para mejorar la eficiencia de todo el ejército. Se prestó una atención particular a las cuestiones de la organización, así como al adiestramiento, la táctica y los servicios de abastecimientos. Una de las dificultades más serias con que se tropezó era la confusión y la demora que se derivaban de los conflictos surgidos entre los comisarios políticos y los oficiales del ejército, puesto que los últimos no podían tomar decisiones de importancia sin el consentimiento de los consejeros políticos. La institución de los comisarios políticos había sido objeto de discusiones casi desde la creación del Ejército Rojo. Fueron designados por primera vez en la época de la guerra civil con el doble propósito de dirigir la educación política de los soldados y de fiscalizar la actuación de los jefes militares. Más tarde fueron suprimidos, luego restablecidos en el período que siguió inmediatamente a la ejecución de Tukhachevsky, y por fin eliminados una vez más.

Los primeros meses de la segunda guerra mundial fueron tensos y difíciles para la Unión Soviética. No obstante, y a pesar de la oposición, tanto de las naciones fascistas como de las democracias, pudo fortalecer durante ese período turbulento su posición estratégica y, hasta cierto punto, asegurar sus fronteras

más expuestas. Su acción fué con frecuencia apresurada y a veces, quizá, poco meditada. Los rusos se daban cuenta, sin embargo, de que ya no había tiempo para pensar en los métodos y de que sólo debía preocuparlos la consecución, en el tiempo más breve posible, de su objeto principal: la preparación inmediata de la defensa de la Unión Soviética.

3

Durante el verano de 1940 comenzó a disiparse la atmósfera de amistad aparente que había caracterizado a las relaciones entre Alemania y Rusia y a hacerse cada vez más evidentes las realidades de la situación. Aunque no bruscos, los cambios tenían gran importancia por sus posibles consecuencias, como podemos comprender ahora claramente si recordamos que el propio Hitler admitió más tarde, en una proclama emitida al comienzo de la guerra con Rusia, que su decisión de invadir a la Unión Soviética había sido tomada ya en agosto de 1940. Pero por el momento la tensión se mantuvo oculta. En el acuerdo de 1939 había reconocido Alemania los intereses de la Unión Soviética, no sólo en la zona del Báltico, sino también, hasta cierto punto, en los Balcanes. Hitler, según parece, creía que las circunstancias obligarían a los rusos a actuar con lentitud y cautela y que, en consecuencia, el acuerdo había sido obtenido a costa de sacrificios relativamente pequeños por parte de Alemania en la zona del Báltico. Sin embargo, la rapidez con que actuaron los rusos para absorber a los Estados Bálticos en su sistema defensivo y para consolidar su dominio de toda esa región alarmaron sin duda a los jefes militares del Reich. Una vez vencida Francia, los alemanes se sintieron lo bastante seguros para decidirse a dar los pasos necesarios con el objeto de impedir una nueva expansión de Rusia hacia Occidente. Lo primero que acordaron fué excluirla de los Balcanes. Besarabia había sido concedida a la Unión Soviética, pero la anexión del norte de la Bukovina pareció a los alemanes nada menos que una impertinencia política que requería contramedidas inmediatas y vigorosas. En consecuencia, enviaron tropas a Rumania, dando a entender discretamente que serían empleadas para "proteger" a aquel país contra una nueva agresión rusa. Sirvieron también para otro propósito, pues poco tiempo después esos "protectores" obligaron a los protegidos a ceder grandes partes de su territorio a Hungría y Bulgaria, lo cual no costaba nada a los alemanes y, en cambio, les aseguraba el apoyo de los dos países beneficiados. En cuanto a Rumania, se le pro-

metió calladamente una amplia compensación en la forma del territorio que se obtendría con el futuro desmembramiento de Rusia.

La Unión Soviética se daba plena cuenta del siniestro significado que tenía la penetración alemana en la península balcánica, pero sus autoridades se veían obligadas a proceder con cautela para hacer frente a la amenaza. La política exterior rusa giraba alrededor de una finalidad: evitar el conflicto con Alemania o, en el caso de no conseguirlo, demorarlo hasta que la Unión Soviética estuviese completamente preparada. Aunque el ataque alemán parecía ya casi inevitable, era evidentemente esencial que los rusos eludiesen toda provocación directa que apresurara el estallido de las hostilidades. Por otra parte, la misma inminencia del ataque alemán hacía tanto más necesario que los Soviets diesen pasos inmediatos para asegurarse contra un golpe simultáneo en el Lejano Oriente que produjese la división de sus fuerzas en dos enormes frentes separados por una distancia de diez mil kilómetros. Al Kremlín le preocupaba profundamente esa posibilidad desde la firma del Pacto Tripartito. Durante cierto tiempo se realizaron negociaciones preliminares con el Japón y el 13 de abril de 1941 firmó la Unión Soviética con aquel país un importante pacto de neutralidad que hasta cierto punto reducía el peligro. El artículo 2º del acuerdo disponía que "si una de las partes contratantes fuese objeto de hostilidades por parte de una o varias terceras Potencias, la otra parte contratante se mantendría neutral durante todo el conflicto". Este acuerdo, si bien fortalecía la posición del Kremlín al debilitar los lazos entre el Japón y Alemania, contribuyó todavía más a empeorar las relaciones entre Rusia y Berlín, que iban de mal en peor. Ya en noviembre de 1940, Molotov, el Comisario de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, había ido a Berlín en un intento de resolver los conflictos diplomáticos por medio de una discusión directa y franca de la situación. Su misión, aunque se caracterizó por una exhibición de cordialidad y cortesía, había sido infructuosa, y el avance germano hacia el sur continuó durante todo el invierno. Con el ataque a Yugoeslavia y Grecia en abril de 1941 se hizo evidente que habían desaparecido todas las posibilidades de un entendimiento ruso-germano.

La desastrosa derrota de las Potencias democráticas en Grecia y la invasión espectacular de Creta por los alemanes hicieron creer a los observadores que se preparaba un ataque inmediato a Egipto. La prensa mundial especulaba con respecto a la fecha y al método de ese ataque, y los alemanes fomentaban asiduamente esa creencia como una nueva arma en la guerra de nervios.

No obstante, como sabemos ahora, los planes germanos habían sufrido ya una revisión radical y a cubierto de la amenaza de atacar al Cercano Oriente se hacían febriles preparativos para invadir a Rusia. Una vez expulsada Gran Bretaña del continente y amenazadas con la invasión las mismas islas británicas, Alemania podía mirar con confianza al futuro y esperar un período de tranquilidad relativa en Europa que le permitiría arrojar todo el peso del ejército nazi contra los rusos. En realidad, Hitler creía, según parece, enteramente posible que, dada la situación en que se hallaba Inglaterra, una promesa alemana de no desmembrar al Imperio británico bastaría para alistar a ese país en una cruzada contra el comunismo.

Impulsado por esta creencia, el dirigente nazi Rudolf Hess realizó su sorprendente vuelo a Escocia el 10 de mayo de 1941. Según la declaración de Anthony Eden, el ministro de Relaciones Exteriores británico, el 22 de septiembre de 1943, Hess sugirió que se diera a Inglaterra libertad de acción en el Imperio británico y a Alemania esa misma libertad de acción en Europa, y que Rusia fuese "encerrada en Asia". Sin embargo, Alemania estaba dispuesta a negociar sólo con un gobierno británico "razonable", y no con el de Churchill. Si sus condiciones eran rechazadas, Hitler se hallaba dispuesto a "destruir por completo a Gran Bretaña". Las condiciones expuestas por Hess no hicieron más que dejar pasmados a los ingleses, quienes, como contestación, declararon a aquél prisionero de guerra. No obstante, e inclusive después del fracaso brusco e ignominioso de la misión de Hess, Hitler siguió confiando, al parecer, en que sus propios ejércitos alcanzarían una victoria rápida y resonante sobre los rusos, la cual demostraría de una vez por todas la invencibilidad de Alemania y haría que Gran Bretaña se decidiese a negociar.

Los motivos que impulsaron a Hitler a lanzar sus ejércitos contra la Unión Soviética en un momento en que se hallaba envuelto en una guerra larga con Gran Bretaña son oscuros en el mejor caso. Su decisión se basó en parte, sin duda, en su creencia intuitiva de que el mundo se uniría tras él para extirpar el comunismo. La intensa propaganda fundamentada en el peligro del "bolcheviquismo" lo había llevado al poder en Alemania y por lo visto le parecía razonable esperar que lo llevara a nuevos triunfos. La confianza en su capacidad para realizar sus planes con la seguridad de un final victorioso fué fortalecida sin duda por el desprecio que desde hacía siglos sentían los alemanes por los eslavos y sus obras. Pero bajo esas argucias ideológicas se ocultaba un motivo concreto y más importante: el deseo, la necesidad más pronto o más tarde, de destruir la máquina militar rusa cuya

misma existencia constituía una amenaza potencial para Alemania. Sin duda habría sido más prudente por parte de ésta que hubiera aplazado el intento de eliminar esa amenaza hasta después de terminada la guerra con Gran Bretaña, evitando así los riesgos de una guerra desastrosa en dos frentes. Pero otro temor arrastró a Hitler inexorablemente al ataque. Mientras Alemania consumía su poderío humano y su material bélico sin la esperanza de alcanzar una victoria rápida y completa sobre Gran Bretaña, los rusos, trabajando día y noche, aumentaban su poderío militar y económico a una velocidad increíble. Las autoridades militares alemanas se daban cuenta, sin duda, de que el año 1941 podía ser muy bien el último en que dispusieran de una superioridad decisiva y de que una nueva demora podía permitir a los rusos igualarlos o superarlos en soldados bien adiestrados y potencial industrial. Comprendían, además, que en 1941 estaban ocupados los rusos en llevar a cabo reformas que eclipsaban a las de 1905-14 y que habían aumentado la eficacia de su ejército. En ambos casos las reorganizaciones, aunque prometían grandes mejoras, no pudieron ser terminadas. Los alemanes, calculando la fuerza adicional que daría a la Unión Soviética esa reorganización militar, decidieron asestar el golpe lo más pronto posible, con objeto de impedir la consolidación del poderío económico ruso.

Que los alemanes esperaban confiadamente destruir al ejército ruso en el término de unos pocos meses —si no de unas cuantas semanas— lo demuestran claramente sus declaraciones oficiales. Con el tiempo resultó evidente que habían menospreciado la fuerza del Ejército Rojo, error que Hitler atribuyó más tarde con amargura a los ardides rusos para ocultar su verdadero poderío militar. Es probable que los alemanes no confiaran solamente en los triunfos en el campo de batalla para llevar a cabo la destrucción de la Unión Soviética, sino que también contaran con la desintegración política de ese Estado, y que, sobre todo, esperaran aprovecharse de los numerosos levantamientos campesinos que creían iban a producirse, sobre todo en Ucrania. Al parecer, esperaban que el resentimiento contra la colectivización de las tierras se uniese con el movimiento separatista que, hasta cierto punto, había sido fomentado desde Berlín, para producir una guerra civil paralizadora. Era una vana esperanza, una esperanza que quizá se habría convertido en realidad en 1933, cuando el sistema de los kolkhozes se hallaba todavía en su infancia. Pero en 1941 habían cambiado tanto las condiciones físicas como el estado de ánimo de la población, y fué una desgracia para Alemania que los consejeros políticos nazis comprendieran mal esos cambios o los ignoraran. Y así, llevado por el

temor y seducido por falsas esperanzas, Hitler hizo pedazos el pacto de no agresión que había firmado y el 22 de junio de 1941 lanzó a las tropas germanas contra la frontera de Rusia para la prueba suprema del sistema soviético y del Ejército Rojo.

El Ejército Rojo de la Unión Soviética no era el de la Rusia imperial; no era ni el mal preparado de 1905 ni el escaso de armas y municiones de 1914. Las diferencias eran muchas y profundas y casi inmediatamente se reflejaron en el funcionamiento de toda la maquinaria militar. El abismo social que separaba a los oficiales de los soldados en el ejército del zar y socavaba su eficacia había desaparecido; en su lugar existían ahora una unidad y una comprensión que creaban y mantenían el espíritu de lucha. El soldado del Ejército Rojo era más culto que el zarista; en tanto que en 1905 sólo sabían leer y escribir el 50 por ciento de los soldados, y que en 1914 había todavía un 27 por ciento de analfabetos entre los reclutas, en 1941 sabían leer y escribir todos los soldados del Ejército Rojo. En realidad, el plan docente del Ejército Rojo en tiempo de paz tenía por objeto no sólo familiarizar al recluta con la técnica y los procedimientos de la guerra, sino también prepararlo para que ocupase un lugar importante en la vida civil. Ese ejército se hallaba, por supuesto, muy mecanizado, y, lo que es más importante en la guerra moderna, la mayoría de sus oficiales conocían muy bien todas las cuestiones relativas a la mecanización y el personal especial se había ejercitado en el empleo de las armas modernas. La rápida industrialización y mecanización de la Unión Soviética había contribuído mucho a ello. Citaremos un ejemplo: alrededor de un millón de conductores de tractores bien preparados en las granjas colectivas sirvieron luego como excelentes tripulantes de los tanques en las numerosas divisiones motorizadas, y las fábricas en que se habían construído esos tractores se convirtieron fácilmente en fábricas productoras de tanques. La estrecha coordinación entre las investigaciones científicas, la industria y el ejército, establecida y consolidada durante las dos décadas de gobierno soviético, era en sí misma una fuente de fuerza. En contraste con la producción patéticamente insuficiente de armas y municiones que habían podido proporcionar en 1914 las fábricas de armamentos rusas, cuyo número aumentaba, pero que seguían siendo inadecuadas, el enorme desarrollo industrial de los Planes Quinquenales garantizaba en 1941 una vasta y creciente producción de equipos para el Ejército Rojo.

También la armada rusa se iba a revelar como un factor importante en el conflicto. Casi completamente destruída en la guerra ruso-japonesa de 1904-05, había sido ya reconstruída en

parte en 1914, y aunque todavía pequeña en número, era moderna y estaba bien equipada. La revolución de 1917 y la guerra civil que la siguió trajeron consigo, sin embargo, la completa desorganización y dispersión de la flota rusa; la parte de la escuadra del Mar Negro que sobrevivió cayó en poder de los blancos y los Aliados y después de la evacuación de las fuerzas de Wrangel en 1920 los pocos buques restantes fueron a refugiarse para siempre en Bizerta. Aunque la Unión Soviética apenas se preocupó por la creación de una fuerza naval durante los primeros años de la revolución, una vez iniciados los Planes Quinquenales emprendió la construcción de una pequeña flota moderna. En los astilleros rusos se construyeron cierto número de destructores y cruceros y por lo menos un acorazado fué botado en Nikolaev, en el Mar Negro. Sin embargo, no estaba terminado en el momento de la invasión alemana y los rusos lo volaron antes de abandonar aquel puerto. La armada soviética es probablemente más fuerte en submarinos, y aunque el número de los buques de esa clase que se han construído ha sido siempre un secreto celosamente guardado, se sabe que hay muchos de ellos estacionados en el Pacífico y que otros operan en el Báltico y el Mar Negro. En cuanto al personal y al adiestramiento bélico, la armada soviética, reorganizada, como el ejército, después de la guerra con Finlandia, puede compararse, al parecer, favorablemente con las de los otros beligerantes, y las escuadrillas del Mar Negro y el Báltico han desempeñado un gran papel durante la guerra. Las unidades que operan en el Océano Artico y en el Mar de Barents, a lo largo de las principales líneas de convoyes procedentes de Gran Bretaña y los Estados Unidos, se han distinguido particularmente y han contribuído de una manera sustancial al buen éxito de los envíos de abastecimientos y de su descarga en los puertos árticos.

Durante la primera guerra mundial crearon los rusos una fuerza aérea incipiente, pero como el arma aérea de todos los ejércitos en esa guerra, desempeñó en las hostilidades un papel de importancia secundaria. Después de la contienda, el Gobierno Soviético estimuló las investigaciones en el campo de la aeronáutica y dió facilidades a los hombres de ciencia y los mecánicos para que intervinieran plenamente en el rápido desarrollo de la técnica que revolucionó la industria de la aviación. Los rusos se dedicaron a producir, experimentar y mejorar los modelos nacionales y extranjeros de aviones, tanto militares como comerciales, y por lo menos uno de los aviones de combate que más se han destacado en esta guerra, el *Stormovik*, es creación soviética. Se dió gran publicidad a todas las fases de la aviación y se realizó

un esfuerzo extraordinario para despertar el interés del pueblo y conseguir su participación por medio de la *Osaviatkhin* (Asociación para la Defensa por medio de la Aviación y la Guerra Química), la que en 1939 contaba ya con varios millones de miembros. Los rusos se dedicaron principalmente al estudio de los nuevos usos de la aviación en la guerra y la Unión Soviética fué la primera nación que perfeccionó la técnica del empleo de paracaidistas en gran escala, utilización de los aeroplanos que había sido descubierta, pero no explotada plenamente al principio, en los Estados Unidos. Durante los meses de gran tensión que precedieron al comienzo de la segunda guerra mundial visitaron la Unión Soviética muchos técnicos y observadores extranjeros relacionados con la aviación, y algunos de ellos, sobre todo Charles Lindbergh, declararon su convicción de que la Fuerza Aérea Roja era ineficiente y anticuada, opinión que quedó desmentida totalmente desde el mismo comienzo de la guerra. Aunque es cierto que los alemanes contaban con una gran superioridad numérica en el aire durante sus primeras campañas y anunciaron repetidamente que habían aniquilado por completo a la flota aérea soviética, —anuncios que iban acompañados con un despliegue impresionante de cifras astronómicas— la aviación rusa siguió mostrándose muy activa a lo largo de todo el frente de tres mil kilómetros. Los aviones de combate rusos no sólo continuaron disputando a los alemanes el dominio del aire sobre los campos de batalla esenciales, sino que, además, siguieron saliendo de las fábricas rusas durante toda la guerra nuevos modelos de aviones de combate y de bombarderos. La fuerza aérea soviética aumentó, por otra parte, con la afluencia constante de aviones procedentes de Gran Bretaña y los Estados Unidos, y en el verano de 1943 igualaba ya, por lo menos, a la de los alemanes y en algunos teatros de operaciones la superaba decisivamente.

En la mañana del 22 de junio asestaron los alemanes al Ejército Rojo un golpe que quizá no haya tenido semejante en toda la historia militar, un golpe calculado para atontar a los rusos y preparar el camino para derrotarlos antes de que pudieran organizar bien sus defensas. El peligro inmediato a que tuvo que hacer frente el Ejército Rojo en ese momento era enormemente mayor que el de 1914. En la primera guerra mundial las fuerzas alemanas tenían que pelear en dos frentes, en tanto que la embestida de 1941 fué dirigida contra Rusia solamente y estaba apoyada por toda la fuerza de la formidable máquina militar e industrial alemana. Además, ese ataque había sido preparado meticulosamente y los alemanes podían contar con el apoyo, voluntario o forzoso, de los países conquistados y satélites de toda Eu-

ropa, entre ellos Francia, Finlandia, Eslovaquia, Hungría, Rumania y Croacia, más las fuerzas de su aliada Italia. El hecho de que el Ejército Rojo fuese capaz de sobrevivir a un golpe asestado sin advertencia alguna por la que era entonces la organización militar más poderosa del mundo, una maquinaria sostenida por la industria de casi todo el continente europeo, constituye una hazaña que demuestra por sí sola una fibra de la que podría enorgullecerse con justicia cualquier pueblo.

Antes del ataque alemán, y con el objeto de fortalecer la administración rusa y de coordinar las instituciones del Partido y el gobierno, José Stalin asumió el puesto de Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, es decir, de jefe del gobierno (7 de mayo de 1941). Inmediatamente después de recibirse la noticia de la invasión se creó un Consejo Supremo de la Defensa presidido por Stalin, el que se encargó de dirigir en su conjunto la resistencia nacional. El consejo estaba constituído por funcionarios comunistas que representaban a todas las fases de la vida soviética e incluía a una sola figura militar, el mariscal Shaposhnikok, quien actuaba como consejero de Stalin. (En 1943 cayó enfermo y fué sustituído por el mariscal Vasilevsky). Más tarde asumió el propio Stalin el puesto de comandante en jefe de las fuerzas armadas soviéticas, y algún tiempo después le confirió el Ejército Rojo el título de mariscal de la Unión Soviética. En una alocución dirigida a la nación el 3 de julio de 1941 por radiotelefonía, Stalin advirtió con franqueza: "Un grave peligro se cierne sobre nuestro país". Admitiendo lisa y llanamente los triunfos iniciales de los ejércitos alemanes que avanzaban hacia el corazón de Rusia, preguntó a sus oyentes: "¿Es realmente cierto que las tropas fascistas alemanas son invencibles, como proclaman incesantemente con jactancia los propagandistas fascistas?" Y él mismo se respondió: "No lo son, por supuesto. La historia demuestra que no hay ejércitos invencibles ni los ha habido nunca". Esta valiente afirmación constituyó la nota tónica de la resistencia rusa. Hecha en el momento en que el Ejército Rojo se hallaba todavía en plena retirada y en que una serie continua de victorias alemanas parecía tener hechizados a todos los pueblos del mundo, contribuyó mucho a infundir nuevas esperanzas y a afirmar la decisión de las fuerzas que se oponían al hitlerismo.

Para hacer frente a la invasión germana, el comando del Ejército Rojo fué dividido en tres sectores. Al mariscal Timoshenko se le asignó el frente central, que era el decisivo, y dos héroes de la guerra civil se hicieron cargo del mando en las dos alas, el mariscal Voroshilov en la del norte y el mariscal Budenny en la del sur. Los jefes militares soviéticos habían estudiado, por su-

puesto, todos los detalles de la táctica y la estrategia alemanas en las campañas de Francia y los Balcanes y estaban convencidos de que sería inútil y probablemente desastroso tratar de contener el ataque germano en la frontera. El tiempo necesario para movilizar una fuerza suficiente, junto con lo inadecuado de la red ferroviaria rusa, habrían tenido como consecuencia el envío al frente de fragmentos de ejército que habrían quedado agotados uno por uno sin poder organizar una defensa sólida. El plan de guerra soviético que había sido preparado y que fué puesto inmediatamente en funcionamiento disponía la concentración del cuerpo principal del Ejército Rojo muy en el interior del territorio ruso, y, en consecuencia, en el momento en que se produjo el ataque alemán se hallaban estacionadas en la zona fronteriza fuerzas relativamente ligeras. Aunque estas tropas de avanzada se encontraron pronto en una situación desesperada, los comandantes del Ejército Rojo se atuvieron firmemente al plan que habían adoptado, o sea la retirada, con contraataques locales, con objeto de demorar el avance del enemigo y gastar a éste. A medida que se retiraba lentamente, el ejército evacuaba gran parte de los equipos industriales y agrícolas a las regiones remotas de más allá de los Urales y según abandonaba un sector tras otro aplicaba la política de "tierra arrasada" y destruía todo lo que tenía algún valor militar y que no podía ser retirado. Para impedir que los retrocesos continuos afectasen al espíritu combatiente, tanto del ejército como de la población civil, y para facilitar la coordinación de las fuerzas regulares con los guerrilleros que hostigaban al enemigo en la retaguardia, una orden impartida el 16 de julio restableció el sistema de comisarios políticos, llamados ahora comisarios militares.

El golpe principal de la primera ofensiva alemana fué asestado en el sector central, en dirección a Minsk, y a mediados de julio las tropas invasoras habían penetrado ya hasta la región de Smolensko. Sólo entonces se decidieron los comandantes rusos a ofrecer su primera resistencia firme. La siguiente batalla de Smolensko, choque titánico que duró desde mediados de julio hasta fines de septiembre, fué, quizá, una de las batallas decisivas de la guerra. Los rusos consiguieron contener por primera vez el avance alemán, y aunque esa detención fué sólo temporaria, bastó para impedir que los alemanes se apoderasen de Moscú y para condenarlos a un terrible invierno de sufrimientos. La batalla tuvo también otro valor para los rusos, pues permitió que los estrategos del Ejército Rojo estudiasen la capacidad de lucha, la táctica y el equipo de los dos ejércitos y les dió la oportunidad

de mejorar sus métodos y ajustarlos exactamente a las exigencias de la guerra mecanizada.

La falta de adiestramiento en el verdadero campo de batalla de una guerra moderna fué costosa para los rusos en otras partes del vasto frente. Mientras la maquinaria bélica nazi seguía atascada en la zona de Smolensko durante más de dos meses, avanzaba peligrosamente al norte y al sur. Después de atravesar los Países Bálticos con escasa resistencia, la vanguardia de los ejércitos alemanes llegó a los arrabales de Leningrado. En el sur ocuparon Kiev el 20 de septiembre y forzaron el istmo de Perekop el 30 de octubre. Aunque Voroshilov y Budenny mostraron el mismo espíritu valeroso que en la guerra civil, cuando se hizo evidente que no dominaban lo suficiente la nueva técnica relacionada con la mecanización, ambos renunciaron a sus puestos y se les asignó otros menos peligrosos en la retaguardia. En noviembre, las pinzas germanas que se extendían por los sectores del norte y el sur amenazaban con hacer inútil la heroica resistencia en Smolensko y durante un tiempo pareció que la misma Moscú se hallaba a punto de caer a consecuencia de un enorme movimiento envolvente.

La confianza de Hitler en la victoria llegó a su culminación el 3 de octubre, día en que declaró: "El enemigo está ya destruído y nunca volverá a rehacerse". Su discurso fué la señal para el comienzo de una violenta ofensiva que tenía por objeto aplastar a los ejércitos rusos de Smolensko y seguir adelante para apoderarse de Moscú mediante un asalto frontal directo. En ese momento se produjo otro cambio en el comando soviético: Timoshenko fué trasladado al frente meridional y a Zhukov se le asignó la difícil tarea de defender las líneas que rodeaban a Moscú. Durante todo el mes de noviembre lanzaron los alemanes una serie de feroces ataques contra los frentes central y del sur. En el momento culminante de su avance en el sur, el 22 de noviembre, se apoderaron de Rostov, pero una semana después reconquistaron los rusos esa ciudad en una contraofensiva que detuvo a los invasores en las puertas del Cáucaso. Entre tanto, la situación de Moscú parecía desesperada, pues el ejército alemán se concentraba en las cercanías de la ciudad y envió tropas alrededor de la capital para cortar las comunicaciones rusas con la retaguardia. En medio del duro invierno, centenares de miles de soldados avanzaban y retrocedían en el campo de batalla que resonaba con el estruendo de millares de cañones mientras los dos grandes ejércitos se preparaban para asestar un golpe mortal. Y allí, cuando el Kremlín se hallaba al alcance de su artillería, cuando estaba

a punto de alcanzar la victoria, el ejército alemán fué detenido definitivamente.

El 6 de diciembre lanzó el Ejército Rojo contra los alemanes, mal vestidos y ateridos de frío, una contraofensiva cuidadosamente preparada y ejecutada con brillantez. Armados con equipos de invierno especiales, ideados para que funcionaran con eficacia a temperaturas muy inferiores a cero, y vestidos con uniformes adaptados al clima ruso, los soldados del Ejército Rojo pudieron aprovechar la situación en que se hallaban las fuerzas alemanas y explotar todas las brechas que consiguieron abrir en las líneas germanas. El semicírculo que formaban éstas alrededor de Moscú fué roto y las tropas soviéticas, presionando sin descanso al ejército alemán helado y desmoralizado, lo obligaron a emprender una penosa retirada que duró hasta que el deshielo de la primavera puso fin a la campaña en marzo de 1942. Después de sufrir tremendas pérdidas y de soportar una de las pruebas más crueles de la historia militar moderna al terminar la primera etapa de la guerra, los alemanes pudieron por fin establecer un frente en la línea que iba de Rzhev a Viazma.

4

La guerra conmovió la conciencia nacional rusa profundamente, mucho más profundamente y de muchas más maneras que la primera guerra mundial. La misma naturaleza de esa guerra "total" devastadora la diferenciaba de todos los conflictos anteriores de los tiempos modernos. La misma primera guerra mundial, a pesar de su violencia y de su magnitud, parece ahora "victoriana" en comparación con la segunda. La guerra actual no es sólo una batalla entre dos ejércitos, sino también, en su sentido más amplio, una lucha entre pueblos, y los golpes que recibe la población civil son casi tan tremendos como los que se asestan mutuamente las fuerzas armadas.

En la primera guerra mundial no fué la derrota militar la que obligó a Rusia a abandonar la contienda. La desintegración que la llevó a buscar la paz se inició, no en el ejército, sino en la retaguardia, entre una población que carecía de la completa unidad esencial para proseguir con buen éxito una lucha larga y agotadora. El Imperio ruso estaba desgarrado por las disensiones. En la esfera más alta existía el conflicto político entre el Zar y la Duma; en el pueblo aumentaba la inquietud social alimentada por la lucha de clases. A medida que la guerra se prolongaba se advertía en todo el Imperio un espíritu apático, una grave falta de

patriotismo nacional central. Entre los campesinos, en particular, era visible la falta de interés por los problemas y las posibles consecuencias de la guerra. "Nosotros somos de Kaluga. El enemigo nunca llegará a nuestra región", era un dicho típico de millones de rusos. Por debajo de esta actitud tibia se advertía la falta de comprensión del alcance del peligro. Entonces parecía inconcebible que los alemanes quisieran ni pudieran subyugar nunca a Rusia y hacía tanto más remota esa posibilidad el hecho de que Alemania librara al mismo tiempo una reñida lucha con los Aliados en el oeste de Europa. A causa de esas divisiones, la nación, en su conjunto, no prestó un apoyo moral suficiente a los ejércitos, los cuales, sin embargo, continuaron luchando valientemente en todos los frentes hasta la víspera de la revolución. La falta de unidad nacional contribuyó también a que el gobierno no pudiese proporcionar a las tropas las armas y los equipos necesarios, lo que disminuyó mucho su eficacia al comienzo de la guerra, aunque esa deficiencia fué subsanada en parte hacia fines de 1916.

En 1941 había cambiado mucho la situación en la Unión Soviética y los cambios se reflejaron tanto en la actitud de la población en general como en la de las tropas. Por de pronto, un conflicto político —entre Stalin y el Soviet Supremo, por ejemplo— era sencillamente imposible, ya que ambos representaban la voluntad de un solo partido todopoderoso. Además, veinticinco años de vida bajo un sistema de economía nacional planificada habían producido su efecto; la propaganda gubernamental organizada y las mismas condiciones de vida y de trabajo habían inculcado un profundo sentimiento de interdependencia en todos los ciudadanos, tanto los obreros de las fábricas como los miembros de los kolkhozes. Todas y cada una de las amas de casa de Moscú comprendían que la pérdida de Ucrania significaría muy pronto menos alimentos para su mesa, que la ocupación de Bakú por los alemanes involucraría la falta de petróleo en Moscú. Sabían, como lo sabían los miembros de las granjas colectivas de más allá de los Urales, que si los alemanes se apoderaban del petróleo, los tractores quedarían al poco tiempo inutilizados en los campos y los rusos no tendrían pan. Durante muchos años antes de que comenzara la segunda guerra mundial había advertido el gobierno al pueblo el aislamiento peligroso en que se hallaba "el único país socialista del mundo" y lo había preparado para la posibilidad de un ataque por parte de una o más "Potencias capitalistas". No obstante, durante los meses que siguieron al pacto de no agresión con Alemania la actitud del gobierno había sido confusa. Al tratar de evitar toda acción que pudiesen considerar los ale-

manes como un pretexto para atacar, la prensa oficial hablaba de las relaciones ruso-germanas como fundamentalmente sólidas. Además, en las declaraciones oficiales se manifestaba con frecuencia la creencia de que aunque se produjese la guerra los invasores serían rechazados y la victoria o la derrota se decidiría en territorio enemigo. Este cambio en la actitud del gobierno, aunque no había borrado los efectos de la propaganda de las dos décadas anteriores, desarmó hasta cierto punto al pueblo ruso. Cuando los alemanes descargaron su golpe, cayó como un rayo del cielo, de una manera completamente inesperada y mucho más aturdidora que si se hubiera producido de otro modo.

Pero los rusos se recobraron muy pronto de los efectos de ese golpe. Inmediatamente se organizó entre la juventud una campaña nacional con objeto de conseguir voluntarios para los servicios tanto civiles como militares y los jóvenes de ambos sexos respondieron con entusiasmo al llamamiento. Los obreros de las fábricas aumentaron voluntariamente su jornada de trabajo e imprimieron una mayor actividad a sus máquinas para aumentar la producción de equipos militares y municiones. La reacción de los campesinos parece haber sido algo más lenta en general. Sin embargo, la población de las aldeas comprendió pronto el verdadero significado de la guerra gracias a las mismas autoridades de ocupación alemanas, las cuales instituyeron un régimen que consistía en la toma de rehenes, la deportación de obreros rusos a Polonia y Alemania y la requisición de todos los alimentos con que se contaba. Los relatos de lo que habían hecho los alemanes en la Rusia Blanca circularon por toda la Unión Soviética y llegaron a las regiones situadas muy al este, para advertir a la población de la Rusia Central lo que podía significar para ella una victoria del enemigo. Los excesos de los conquistadores contribuyeron más que toda la propaganda soviética a fortalecer la voluntad de resistencia rusa.

A medida que los alemanes avanzaban hacia el este y se apoderaban de nuevos territorios ucranios y rusos, tenían que emplear a cierto número de ciudadanos soviéticos en la administración civil de las ciudades y aldeas conquistadas. Algunos separatistas ucranios y monárquicos rusos emigrados, que habían seguido a los ejércitos alemanes hacia el este, obtuvieron puestos de importancia secundaria en la administración alemana de los territorios ocupados, y algunos habitantes locales tuvieron que servir, voluntaria o forzosamente, como alcaldes, empleados, oficiales de policía, etc. La mayoría de los que accedieron a desempeñar puestos pertenecían a los restos de la burguesía o de la clase de los kulaks. Sin embargo, su número fué en conjunto

pequeño y, en la medida en que puede juzgarse por los datos de que disponemos, disfrutaban de poco o ningún prestigio entre la población. Siempre que los contrastes militares obligaban a los alemanes a retirarse, la suerte de los "colaboradores" era segura y sangrienta. La población a la que habían hecho sufrir se apresuraba siempre a deshacerse de ellos y puede imaginarse la venganza que se tomaban los guerrilleros.

En el otoño de 1941 se había aglutinado ya firmemente la unidad del pueblo ruso. Todos los grupos se unieron al gobierno para producir un gran renacimiento del sentimiento patriótico. Los autores soviéticos más famosos —hombres como Alejo Tolstoy, Ilya Ehrenburg, Eugenio Petrov y otros— se ofrecieron voluntariamente como corresponsales de guerra y muchos de ellos, inclusive Petrov, murieron en el frente. Los artistas aportaron sus servicios mediante sus organizaciones y pintaron carteles alusivos a todas las fases de las actividades militares y ciudadanas. El renacimiento del patriotismo se venía reflejando desde hacía años en la literatura (el florecimiento de la novela histórica), en la educación (especialmente en la enseñanza de la historia), en el arte (sobre todo en el cinematógrafo), en el ejército (el énfasis en las gloriosas tradiciones del ejército ruso) y en la religión (la actitud más humilde con respecto a la Iglesia). El movimiento llegó entonces a su culminación. Todos se referían a la lucha como a la "sagrada guerra patriótica" o "la segunda guerra de la Patria"; la primera fué la de 1812. Pronto aparecieron una serie de nuevas novelas y obras teatrales sobre el tema de la guerra, muchas de ellas escritas apresuradamente y mediocres, pero otras de excelente calidad literaria. La literatura de la época destacaba uniformemente la importancia de la unidad nacional y pedía al pueblo que olvidase la vieja división de clases. En algunas de las novelas y comedias se presentaba, por ejemplo, a un ex oficial zarista interviniendo decididamente en la guerra de parte del Ejército Rojo (como en el drama *El pueblo ruso,* de Constantino Simonov). En otras, en cambio, se presentaba a algún jefe anticuado de la guerra civil que no estaba a la altura de sus tareas en la guerra moderna, y se ofrecía como ideal el nuevo tipo de oficial conocedor de los secretos de la mecanización (como en el drama *El frente,* de A. Korneichuk). Pero cualquiera que fuese la situación particular o el acontecimiento que le sirviese de base para su obra, el artista o el intelectual se esforzaba siempre por ayudar de algún modo a la prosecución de la guerra.

Pruebas del renacimiento del espíritu nacionalista se encontraban en casi todos los organismos y en todos los campos de

actividad. Los cambios en la actitud del ejército eran, quizá, los más característicos. La glorificación de la historia rusa se manifestó mediante la creación de nuevas condecoraciones militares para premiar las hazañas excepcionales de heroísmo: las órdenes de Alejandro Nevsky, Kutúzov y Suvórov, por ejemplo. Un cambio igualmente revelador se produjo en enero de 1942, cuando el diario del ejército, *Estrella Roja,* sustituyó el viejo lema revolucionario que aparecía desde hacía mucho tiempo en su primera página, "Proletarios del mundo entero, uníos", por el más bélico de "¡Mueran los invasores alemanes!" También fué significativa la acogida que dispensaron todos los grupos religiosos a la campaña en favor de la unidad nacional. El metropolitano Sergio y los jefes de la Iglesia Viviente, los baptistas, las congregaciones judías y los musulmanes enviaron mensajes a Stalin y pedían para él la bendición del Cielo como caudillo nacional. Muchos grupos religiosos se organizaron y tomaron parte activa en las campañas que tenían por objeto recaudar dinero para el esfuerzo bélico y para que la población se suscribiese a los empréstitos de guerra. La cantidad de dinero recogida de ese modo fué muy grande, lo cual, por sí mismo, indica que la situación material de las Iglesias había mejorado durante los años que precedieron inmediatamente a la guerra, a pesar de que todavía se hallaban en vigor las restricciones legales. La reacción de los obreros industriales y de los miembros de los kolkhozes fué, por supuesto, no menos entusiasta que la de otros grupos. Contribuyeron generosamente a costear financieramente la guerra y constituyeron un factor muy importante en el buen éxito del empréstito nacional de la primavera de 1943, que fué suscrito con exceso. Además, sus organismos intervinieron en la organización del frente interno y desempeñaron un papel importante en actividades civiles, como la evacuación de los niños, la atención de los heridos, el alojamiento de los refugiados, etc. Las mujeres se apresuraban a ofrecer sus servicios voluntarios para sustituir a los hombres que habían tenido que abandonar la agricultura y la industria para servir en el ejército y mostraron un valor y una decisión magníficos al tomar a su cargo tareas difíciles y peligrosas. En todo el país, en las ciudades, las aldeas y las granjas, la población se mostró deseosa de cooperar cumpliendo toda clase de deberes, desde la ayuda heroica al ejército en la defensa de Leningrado y Stalingrado hasta el cuidado de los niños.

A pesar de los cuidadosos planes del gobierno y de la ayuda, especialmente de los Estados Unidos, que recibió la Unión Soviética por medio de la ley de préstamo y arriendo, la población civil tuvo que sufrir severas privaciones y penalidades. A causa

de la pérdida de regiones enormemente ricas, como la de Ucrania en 1942, y el norte del Cáucaso —esta última estuvo en poder de los alemanes sólo por breve tiempo, mas, desgraciadamente para los rusos, en un período que coincidió con la cosecha— la provisión de alimentos básicos se redujo peligrosamente. En el norte de Rusia, especialmente, se hizo alarmante la escasez, y para asegurar la distribución de alimentos aunque fuese en cantidades imprescindibles para la vida, fué necesario imponer un racionamiento estricto. Puesto que toda la capacidad industrial del país se consagró a la producción de abastecimientos militares inmediatamente después de la invasión, la escasez de paños y de otros artículos de consumo causó pronto nuevas penalidades. Si bien los medios de fiscalización del Gobierno Soviético funcionaron con una eficacia mucho mayor que en 1914-17, parece cierto que el sufrimiento de la población civil ha sido en esta guerra mucho mayor que en cualquier momento de la primera guerra mundial.

A pesar de todas las conmociones y todos los esfuerzos, de todas las presiones a que había estado sometido el pueblo soviético, en esta guerra ha manifestado una gran devoción a la causa nacional. En ninguna parte se ha insinuado siquiera una revuelta por parte de ningún gran grupo nacional o social; en ninguna parte se ha comprobado ni siquiera una resistencia pasiva como las que se produjeron desde el comienzo de la guerra anterior. Aunque escribimos esto cuando todavía se libra la lucha (diciembre de 1943), podemos decir con seguridad que la organización social de la Unión Soviética ha demostrado ser inmensamente más fuerte que la de la Rusia zarista. Esa fuerza es, por lo menos en parte, psicológica. El creciente espíritu nacionalista soviético lo abarca todo, es un patriotismo que incluye a todas las nacionalidades pertenecientes al Estado ruso, no amenaza a nadie y parece inspirar igualmente a todas ellas en la defensa de la Unión Soviética. Hoy día uno puede hablar del nacionalismo soviético en el sentido más amplio y general como del desarrollo maduro de un sentimiento de responsabilidad nacional.

5

Antes del ataque de Hitler a Rusia, las relaciones entre la Unión Soviética y los países anglo-sajones se habían caracterizado, como hemos visto, por la desconfianza y las sospechas mutuas. El primer resultado de la invasión germana fué la instalación inmediata de ese país en el campo de los Aliados. Se

reconociese o no oficialmente el hecho, la lógica de la situación hizo inmediatamente de Rusia un aliado de Gran Bretaña. Las circunstancias obligaron a los dos países a coordinar sus esfuerzos contra un enemigo común, y, tal como se desarrollaron los acontecimientos, fué la Unión Soviética la que, durante los dos años siguientes, tuvo que soportar todo el peso del ataque alemán. Es posible que inclusive después del internamiento de Rudolf Hess esperasen los alemanes que Gran Bretaña aceptase tácita, si no francamente, su mensaje y no pusiera obstáculos a la ofensiva germana en Rusia. Si en realidad tenían esas esperanzas, muy pronto quedaron desilusionados. En el término de unas cuantas horas declaró Winston Churchill la completa solidaridad de su país con la Unión Soviética. Sir Stafford Cripps fué enviado inmediatamente a Moscú para establecer un contacto eficaz con el Gobierno Soviético y el 12 de julio de 1941 se firmó un solemne pacto para la acción conjunta de ambos países.

Un resultado secundario del ataque de Alemania a Rusia fué que el pueblo británico, víctima de los bombardeos aéreos y del cansancio, comenzase a sentir algún alivio. A medida que los alemanes penetraban más profundamente en la Unión Soviética iban trasladando al este todas las fuerzas de que disponían, y Londres y otras ciudades británicas destrozadas se vieron libres, al menos por el momento, de las devastadoras incursiones aéreas de los meses precedentes. El británico medio no podía menos de sentir agradecimiento por los rusos, los que, con su heroica resistencia, proporcionaban a Gran Bretaña un largo período de respiro. Es cierto que aún quedaban círculos conservadores en los que se ponía de manifiesto una actitud de temor y frialdad con respecto a la Unión Soviética. A principios de septiembre, por ejemplo, un miembro del gabinete británico, J. T. C. Moore-Barbazon, declaró su esperanza de que el Ejército Rojo y el alemán se exterminasen mutuamente. No obstante, declaraciones tan viles como ésa fueron relativamente raras y se limitaron por lo general a los grupos ultraconservadores y nunca representaron la opinión general del pueblo británico.

En los Estados Unidos —que en esa época no intervenían oficialmente en la guerra— la opinión pública cambió con más lentitud. Sin embargo, el presidente Roosevelt, en una conferencia de prensa mantenida dos días después del ataque alemán, manifestó claramente que los Estados Unidos ayudarían a Rusia. El Departamento del Tesoro liberó en seguida una parte de los fondos soviéticos que habían sido congelados en los Estados Unidos en la época de la guerra ruso-finlandesa y el 30 de octubre concedió a la Unión Soviética un préstamo de mil millones de

dólares para la compra de armas y abastecimientos. Seguía existiendo, no obstante, una diferencia muy tangible entre la actitud británica y norteamericana con respecto a Rusia. Los Estados Unidos se hallaban todavía en paz oficialmente; estaban alejados de la guerra psicológica y geográficamente; nunca habían caído bombas en una ciudad norteamericana. En consecuencia, el cambio de la opinión pública con respecto a Rusia no se produjo con tanta rapidez como en Gran Bretaña, ni tuvo tanto alcance. Durante largo tiempo fué considerada la Unión Soviética en una categoría especial: no tanto como una aliada sino más bien como un enemigo de nuestro enemigo. Más tarde, después de Pearl Harbor y de la declaración de guerra alemana a los Estados Unidos, y después de que la heroica resistencia de Rusia había despertado un sentimiento de admiración en amplios sectores de la población norteamericana, el acercamiento a los Soviets encontró un apoyo más amplio y auténtico. Con el tiempo se organizó un grupo de Ayuda de Guerra a Rusia, que tenía por objeto realizar un trabajo semejante al de los organismos creados para ayudar a Gran Bretaña y China, y sus campañas obtuvieron un éxito muy grande. En el otoño de 1942 la Ayuda de Guerra a Rusia recibía ya el apoyo de la mayor parte de la población norteamericana y en la mayoría de las ciudades del país contaba con la cooperación suficiente para que fuese posible unir todas las campañas de auxilio nacionales en un solo esfuerzo combinado.

Así como no era fácil para los Estados Unidos y, en menor grado, para Gran Bretaña aceptar de todo corazón a Rusia como un aliado, así también era difícil para la Unión Soviética ajustar su actitud a la nueva situación. Las autoridades soviéticas no podían liberarse de la noche a la mañana del temor a que los países anglosajones tratasen de utilizar a Rusia como un peón de ajedrez, y declaraciones como las de Moore-Barbazon y algunos artículos en publicaciones irresponsables alimentaban esas sospechas. En un discurso pronunciado el 3 de julio de 1941 manifestó Stalin la esperanza de que en su guerra de liberación pudiese contar Rusia con "aliados leales en los pueblos de Europa y América", pero tuvo cuidado de evitar toda alusión concreta a los países anglosajones. La Unión Soviética necesitaba la ayuda de Gran Bretaña, y cuando la magra corriente de abastecimientos que le llegaba al principio comenzó a asumir poco a poco proporciones importantes se mostró agradecida. Esos abastecimientos eran necesarios y todos los rusos los aceptaron con agradecimiento. Pero a medida que pasaba el tiempo necesitaban una ayuda más directa; comenzaron a esperar un esfuerzo militar más activo por parte de Gran Bretaña, esfuerzo que no se hizo efec-

tivo durante dos años. Sin embargo, la Unión Soviética se mostró completamente dispuesta a llegar a un acuerdo, tanto con Gran Bretaña como con los Estados Unidos, como lo demostró adhiriéndose a la Carta del Atlántico el 14 de agosto de 1941, así como firmando la Declaración de las Naciones Unidas el 1º de enero de 1942.

A medida que la táctica defensiva rusa se hacía más firme al final del primer año de la guerra ruso-germana crecía la confianza de británicos y norteamericanos en la seriedad del esfuerzo ruso. La mejora de las relaciones trajo consigo la visita del Comisario de Relaciones Exteriores soviético, Wyacheslaw Molotov, a Londres y Washington en junio de 1942. En Londres se firmó un tratado de alianza por veinte años entre Gran Bretaña y la Unión Soviética, tratado que disponía no sólo la acción común de ambos países durante la guerra, sino también su colaboración posterior para "la organización de la seguridad y la prosperidad económica de Europa". En Washington no obtuvo Molotov tan buen éxito como en Londres; los Estados Unidos no quisieron firmar una alianza oficial con la Unión Soviética, con toda probabilidad a causa de su renuncia a reconocer el dominio soviético en los Estados bálticos. Esto no quería decir que el gobierno norteamericano no continuaría dando su ayuda al esfuerzo militar ruso. La Unión Soviética fué incluída en el plan de préstamo y arriendo y ambos países firmaron un acuerdo a ese respecto. En adelante se le enviaron abastecimientos, tanto por el puerto de Murmansk como por el Irán, en cantidades constantemente crecientes, y en julio de 1943 los Estados Unidos habían alcanzado ya la meta de entregar un millón de toneladas de equipos al mes por la ruta del Irán únicamente.

Parece, sin embargo, que el propósito principal de la visita de Molotov fué conseguir la apertura del llamado segundo frente en Europa. A este respecto ni el presidente Roosevelt ni el Primer ministro Churchill podían hacer más que manifestar su deseo de establecer ese segundo frente antes de que terminara la guerra, pero tanto Stalin como Molotov parecen haber considerado esa declaración como una promesa concreta. La mala inteligencia que se produjo, al parecer, tuvo como consecuencia un gran desengaño en Moscú cuando llegó el verano y pasó sin que los Aliados emprendiesen acción alguna. En su carta del 4 de octubre de 1942 a Henry Cassidy, corresponsal norteamericano en Moscú, declaró Stalin claramente que "la ayuda de los Aliados a la Unión Soviética había sido hasta entonces poco eficaz", y pedía que aquéllos "cumpliesen sus obligaciones plenamente y a tiempo". El desembarco de tropas aliadas en el Africa del Norte

en noviembre de 1942 mejoró algo la situación, ya que en Moscú se reconoció que en adelante se dividiría necesariamente la atención de Alemania y la campaña en Africa proporcionaría a la Unión Soviética una ayuda psicológica, si no material. El desembarco en el Africa del Norte no fué aceptado, sin embargo, por los rusos como un verdadero segundo frente y continuaron recordando a las democracias que su promesa de invadir a Europa no se había cumplido todavía. El 23 de febrero de 1943, en un discurso pronunciado en ocasión del veinticinco aniversario de la creación del Ejército Rojo, Stalin declaró mordazmente que "en vista de la ausencia del segundo frente en Europa, el Ejército Rojo por sí solo está soportando todo el peso de la guerra".

El gobierno de los Estados Unidos, por otra parte, encontraba a veces que la situación en Rusia no era completamente de su agrado. El almirante Standley, embajador norteamericano en Moscú, en una declaración pública hecha el 8 de marzo de 1943, manifestó su disgusto por la renuencia del Gobierno Soviético a cambiar informaciones con respecto a la dirección de la guerra. Se quejó también de que la ayuda norteamericana a Rusia —por medio de la ley de préstamo y arriendo, el Socorro de Guerra y otros procedimientos— no era bien apreciado por el pueblo ruso porque el gobierno no le hablaba de ella. Esta acusación fué rechazada por muchos norteamericanos, entre ellos el senador Connaly, el representante Bloom y Edward C. Carter, presidente del Socorro de Guerra a Rusia. Estas personas declararon su creencia de que el pueblo ruso estaba bien enterado de la ayuda norteamericana e informaron que había sido reconocido debidamente cada uno de los envíos de abastecimientos militares y de ropa de su organización. Observaron que la aparición de aviones y tanques norteamericanos en el frente ruso no podía ser ignorada por el Ejército Rojo aunque las autoridades soviéticas tuviesen la intención de ocultarla y era bien sabido que algunos alimentos norteamericanos —la manteca, por ejemplo— se había hecho ya muy popular entre las amas de casa de Moscú. El incidente, aunque carecía de importancia en sí mismo, produjo mala impresión en ambos países. Sin embargo, es quizá significativo que, con objeto de impedir que se repita, el Gobierno Soviético haya dado desde entonces gran publicidad a la ayuda norteamericana por medio de la prensa y de la radio.

A medida que la guerra seguía y que las democracias comenzaban a mostrarse más activas en su prosecución se produjo una notable mejora en las relaciones entre la Unión Soviética y los países anglosajones. En su orden del día 1º de mayo de 1943 reconoció Stalin las victorias de los Aliados en Africa. La toma

de Túnez, que constituyó una gran derrota alemana, y sobre todo el desembarco en Sicilia el mes de julio, parecen haber convencido a los rusos de que los Aliados libraban la guerra en serio. Se convencieron de la sincera intención de las domocracias de abrir un segundo frente, aunque la cuestión de cuándo sería abierto siguió siendo un asunto penoso.

6

El 26 de abril de 1942 declaró Hitler inequívocamente que la guerra se decidiría en el frente oriental, y así se advirtió a la Unión Soviética que era inminente una nueva ofensiva alemana. A pesar de las victorias importantes que habían alcanzado durante las campañas del invierno anterior, los rusos no menospreciaron los peligros que volvían a amenazarlos. La concentración de casi todo el poderío humano de Europa y las facilidades industriales de que disponía Hitler hacían del ejército alemán la maquinaria bélica más formidable del mundo. Las incursiones de la aviación británica sobre Alemania y Francia, que más tarde iban a contribuir mucho a la reducción de la producción industrial alemana, se hallaban todavía en una etapa experimental y el sistema industrial alemán no mostraba en parte alguna señales de desorganización. Es probable que en 1942 llegase a su máximo la producción de armas y municiones en Alemania y en los países dominados por ella, y, a pesar de las grandes pérdidas germanas en hombres y materiales en las campañas de 1941, los rusos podían esperar razonablemente que el ejército alemán fuese en 1942 más fuerte que un año antes.

Sin embargo, el Ejército Rojo había aumentado también su fuerza durante el año anterior. Contaba ya con una valiosa experiencia tanto en la guerra defensiva como en la ofensiva; un porcentaje importante de las tropas se había adiestrado en el mismo campo de batalla y la dirección se hallaba en todas partes en manos competentes. Las industrias rusas situadas en las zonas seguras de los Urales producían grandes cantidades de equipos y los envíos de materiales británicos y norteamericanos comenzaban a llegar en una escala mayor. Lo más importante, quizá, era el fortalecimiento de la moral nacional que habían traído consigo las victorias del invierno anterior. La eliminación de los "comisarios militares" el 9 de octubre de 1942 fué una demostración concreta de que las autoridades soviéticas tenían fe en el nuevo espíritu, un espíritu de confianza mutua entre el ejército y la nación en general.

Con el propósito de demorar, si no de impedir por completo, la esperada ofensiva alemana, el comando del Ejército Rojo decidió lanzar, en la primavera de 1942, una ofensiva propia, aunque tuviera que ser limitada. El 12 de mayo atacó Timoshenko en dirección a Kharkov. Aunque sufrió grandes pérdidas sin conseguir tomar esa ciudad, obligó a los alemanes a emplear las reservas y a llevar refuerzos de otros sectores, con lo que desbarató por el momento los planes alemanes en aquella zona. Entre tanto, no obstante, las defensas rusas eran superadas en otras partes del extenso frente. Los alemanes se apoderaron de una parte de la Crimea oriental, lo que les dió el dominio del estrecho de Kerch y de las minas de hierro de la región y al mismo tiempo completó el aislamiento de Sebastopol. Sin embargo, hasta fines de junio no pudieron iniciar su ofensiva principal y para entonces ya se les había hecho necesario fijarse objetivos más limitados que los de 1941. En vez de atacar a lo largo de todo el frente desde el Báltico hasta el Mar Negro, tuvieron que concentrar sus fuerzas únicamente en el sur. El petróleo del Cáucaso y no el aniquilamiento del Ejército Rojo se convirtió en su principal objetivo, y la irrupción hasta el Irán que podía llevar eventualmente a la unión con los ejércitos japoneses fué concebida como un sueño que sólo podía realizarse en el caso de un derrumbamiento total e inesperado de la resistencia rusa.

Los alemanes asestaron su golpe principal contra la zona del Don, entre Voronezh y Rostov. El plan germano era muy ambicioso y si en un principio hubiesen conseguido dominar toda la línea defensiva rusa habrían obtenido cierto número de posibilidades, la más probable de las cuales habría sido un movimiento de flanqueo profundo y peligroso contra la misma Moscú. Sin embargo, Voronezh, en el extremo norte del frente, resistió los asaltos alemanes más feroces, por lo que la ofensiva sólo pudo desarrollarse en dirección del sur y sudeste, contra el Cáucaso y el Volga inferior. Esto planteó, a su vez, otros problemas: con objeto de proteger su flanco occidental mientras penetraban en el Cáucaso, los alemanes no tenían más remedio que establecer su dominio completo en Crimea. Para ello tenían que llevar a cabo a toda costa la conquista del último bastión ruso en Crimea, la ciudad de Sebastopol. Aunque sólo fuera porque los alemanes se habían asegurado el dominio completo del aire en aquella zona. Sebastopol estaba condenada desde el comienzo del sitio. Era una fortaleza que podía ser tomada, pero sólo a un precio espantoso. Los alemanes tenían que apoderarse de la ciudad y los defensores estaban decididos a resistir hasta perder el último hombre, pues sabían que con su resistencia infligirían grandes

pérdidas al enemigo y podían demorar a éste de modo que le fuera imposible alcanzar su objetivo principal aquel año. Los sitiadores atacaron a la ciudad con enorme cantidad de fuerzas y armamentos, y, a medida que pasaban los días y el sitio duraba ya semanas se fué haciendo evidente que por segunda vez en un siglo y, a pesar de la tremenda desigualdad de las fuerzas, Sebastopol se defendía con una tenacidad increíble y su heroismo iba a quedar inscrito con letras de oro en la historia. Los rusos defendieron la ciudad, palmo a palmo y piedra por piedra. Cuando por fin cayó Sebastopol, no era más que un montón de escombros, una lápida sepulcral.

Una vez arrancada Crimea al dominio ruso, los alemanes se hallaron en libertad de continuar su ofensiva desesperada en procura de los campos petrolíferos del Cáucaso. El 24 de julio los rusos, fuertemente presionados, se vieron obligados a abandonar otra vez Rostov, y las tropas alemanas que avanzaban, reforzadas con un ejército que había atravesado Crimea y cruzado el estrecho de Kerch, irrumpieron en el norte del Cáucaso. Se apoderaron de los importantes yacimientos petrolíferos de Maikop —aunque sólo después de haber sido destruídos e incendiados por los rusos— y amenazaban a Ordjonikidze (Vladikavkaz), en la entrada septentrional de la vital carretera militar georgiana que atraviesa las montañas caucásicas, y a los campos petrolíferos de Grozny, de los que obtenían los rusos una gran parte de sus abastecimientos de petróleo. El puerto de Novorossiisk, en el Mar Negro, cayó en poder de los alemanes, por lo que, no pudiendo contar ya tampoco con el puerto de Sebastopol, la flota rusa del Mar Negro tuvo que retirarse a Batum, pequeño puerto que no disponía de facilidades como base naval. Puesto que las tropas soviéticas se retiraban a todo lo largo del frente del sur, nada podía impedir, al parecer, que el ejército alemán victorioso se apoderase de los yacimientos de Grozny y prosiguiese su avance hasta su meta principal en Bakú. Los mismos alemanes, sin embargo, no confiaban tanto en su situación como algunos observadores extranjeros. Antes de iniciar su avance habían eliminado la amenaza que significaban para su flanco occidental los ejércitos rusos de Crimea; pero a medida que sus líneas se extendían en el Cáucaso aumentaba para su flanco oriental la amenaza de la saliente rusa del Volga inferior que no habían podido dominar. Así como les había sido necesario destruir a Sebastopol, no les quedaba más remedio que reducir otro bastión soviético, una ciudad del Volga: Stalingrado.

La historia de la defensa de Stalingrado pertenecerá en lo futuro al poeta épico más bien que al historiador. Es una his-

toria de resistencia increíble en las condiciones más abrumadoramente difíciles, de derramamiento de sangre y sacrificio en una escala no igualada en la historia militar moderna. La resistencia rusa fué tan tenaz y Hitler se hallaba tan decidido a vencerla que la conquista de esa única ciudad situada en una curva del Volga se convirtió finalmente en una cuestión esencial para el honor militar alemán. Como hipnotizados por la magnitud de la tarea que habían tomado a su cargo, los alemanes, durante todo el otoño de 1942, enviaron división tras división, oleada tras oleada de fuerzas, a romperse contra la ciudadela soviética. Retrocediendo de casa en casa y luego de habitación en habitación, cobrando un precio terrible en sangre por cada metro cuadrado de las calles destruídas, los rusos quedaron reducidos finalmente a una estrecha franja de tierra de unos pocos centenares de metros cuadrados. Apoyado en ese espacio reducido, el Ejército Rojo resistió todos los ataques de los alemanes. Y en ese rincón, en esas ruinas, prepararon sus jefes la destrucción del ejército que los rodeaba. Al norte y al sur de la ciudad comenzaron las tropas rusas a hostigar los flancos de los atacantes. El comando alemán menospreció esos ataques considerándolos como intentos desesperados de aliviar la presión en el centro y lanzó una cantidad todavía mayor de tropas contra el pequeño pero firme núcleo de resistencia que se apegaba todavía a la orilla helada del Volga. Entre tanto, las sólidas pinzas rusas se fueron cerrando alrededor del ejército alemán, y, al parecer antes de que el comando germano se diera cuenta del peligro, rodearon por completo a 350.000 soldados nazis agotados. El Ejército Rojo, a las órdenes del mariscal Zhukov y del general Rokosovsky, procedió metódicamente al aniquilamiento de esa tremenda fuerza, destruyéndola pedazo a pedazo dentro de ese anillo de hierro. En enero de 1943 se rindieron unos 90.000 soldados alemanes, que eran todos los que quedaban del poderoso ejército que había luchado delante de Stalingrado.

Algunos escritores militares rusos han llamado a la victoria de Stalingrado una triple venganza por la derrota de 1914 en Tannenberg. Fué eso por lo menos. Mirada a la luz de los acontecimientos subsiguientes, la batalla de Stalingrado constituyó, sin duda alguna, el hecho decisivo de la campaña de 1942, probablemente el acontecimiento más importante de la guerra mundial y quizá, en un sentido más amplio, la línea divisoria entre dos mundos.

Mientras se libraba la batalla de Stalingrado, los soviéticos habían podido atacar en otros sectores. Las ofensivas que iniciaron en la zona de Voronezh y en las cercanías de Ordjonikidze

llegaron a amenazar con el tiempo a todos los ejércitos alemanes del frente sur y por fin los obligaron a retirarse para evitar una catástrofe semejante a la que habían sufrido en Stalingrado. También en el extremo norte se aprovecharon los rusos del cambio en la situación, para mejorar sus posiciones alrededor de Leningrado. En enero de 1943 consiguieron reconquistar Schluesselburg, en la costa del lago Ladoga, y expulsar a los alemanes del ferrocarril de Leningrado a Volodga. Si bien estas operaciones no fueron suficientes para aliviar el sitio de Leningrado, establecieron por lo menos una comunicación ferroviaria con la retaguardia y con ello mejoraron algo la situación desesperada de la población de la ciudad. Mientras tanto, el Ejército Rojo prosiguió su acción ofensiva en todo el frente del sur. Rostov fué reconquistada y golpeando audazmente a los ejércitos alemanes en retirada en la región del Donets, los rusos siguieron avanzando, hasta que a fines de febrero de 1943 habían ocupado ya Kursk, Belgorod y Kharkov. Como los ejércitos soviéticos proseguían su avance desde esos puntos fuertes recién conquistados, durante un tiempo pareció que los alemanes se iban a ver obligados a retirarse hasta el Dniéper. Pero los rusos habían extendido demasiado sus líneas. Los ferrocarriles reconquistados, de los que dependían para el transporte de gran parte de sus abastecimientos, habían sido adoptados por los alemanes a la trocha angosta europea, por lo que tenían que ser readaptados a la trocha ancha rusa. En su rápido avance a través de la cuenca del Donets, el Ejército Rojo se había adelantado mucho a ese trabajo de readaptación y había debilitado peligrosamente sus extensas líneas de comunicaciones. Mientras tanto, dándose cuenta de que la amenaza aliada de invadir la Europa occidental no podía realizarse aquel verano —las mismas operaciones en Túnez habían adelantado poco todavía—, Hitler se consideró en situación de poder enviar al Donets suficientes reservas para contener a los rusos y obligarlos a retirarse de las posiciones avanzadas que no habían tenido tiempo de fortificar.

Este resurgimiento del poderío alemán obligó a los rusos a tratar de atraer a parte de los ejércitos nazis del frente meridional mediante la creación de un "segundo frente" propio en el sector del lago Ilmen y de Velikie Luki. El Ejército Rojo obtuvo en esta nueva ofensiva un triunfo importante al eliminar el poderoso triángulo formado por las fortalezas alemanas de Rzhev, Gzhatsk y Viazma, las que durante todo el invierno habían constituído una amenaza potencial para Moscú. Aunque el avance hacia Smolensko, quizá el bastión defensivo alemán más importante y mejor fortificado en el norte, fué disminuyendo poco a

poco, la ofensiva soviética consiguió impedir que los alemanes enviasen sus reservas hacia el sur para explotar sus ventajas en la cuenca del Donets. El ejército alemán pudo reunir la fuerza suficiente para volver a apoderarse de Kharkov y Belgorod a fines de marzo, pero todos sus intentos para cruzar el río Donets fracasaron después de tres semanas de violenta lucha. A principios de abril se había estabilizado una vez más el frente oriental y ambos ejércitos aprovecharon el período de los deshielos primaverales para descansar y preparar nuevas ofensivas de verano.

La segunda campaña de invierno fué para los rusos todavía más provechosa que la primera. Si bien los alemanes habían podido retener el puerto, estratégicamente importante, de Novorossiisk y la cabecera de puente de la península de Tamán, habían perdido prácticamente todo el norte del Cáucaso con sus vitales yacimientos petrolíferos y sus grandes riquezas agrícolas. La ofensiva alemana en el sur, que se había iniciado con victorias tan aplastantes, se convirtió al final en poco más que una aventura muy costosa que involucraba la pérdida de una enorme cantidad de materiales bélicos y un gasto desastroso de potencial humano. Los rusos, por otra parte, habían aprovechado el invierno para mejorar su situación a todo lo largo del frente. En el norte habían roto el cerco estrangulador de Leningrado. En el centro habían cortado la punta de la saliente alemana que amenazaba más directamente a Moscú y puesto a los invasores a la defensiva en la zona de Smolensko. Al cortar el ferrocarril de Moscú a Kharkov en Kursk impidieron que los alemanes lo utilizaran para reforzar sus posiciones avanzadas más poderosas: Orel y la recién reconquistada Kharkov. En la extremidad del frente meridional habían encerrado a los ejércitos alemanes en Novorossiisk y en la península de Tamán y ocupaban posiciones que amenazaban a las tropas nazis situadas en el Cáucaso y en Crimea. En el breve intervalo de descanso forzoso entre el invierno y la nueva lucha estival, los rusos pudieron mirar al futuro con una confianza que se basaba en su fuerza creciente. En cambio, a los alemanes les acosaba la creciente necesidad de terminar rápidamente una empresa que superaba ya a todo lo que habían esperado y cuyo fin parecía cada vez más remoto.

7

Las circunstancias que rodearon al estallido de la segunda guerra mundial y los acontecimientos de los dos primeros años del conflicto revelaron con bastante claridad que, en contra de lo

que muchos esperaban, la división de fuerzas se había producido en base a las nacionalidades más bien que a las clases sociales; que las fronteras nacionales, más bien que las clases internacionales, separaban a los grupos contendientes. El énfasis que se ponía en el patriotismo ruso reflejaba el reconocimiento soviético del carácter nacional de la guerra y anunciaba que la Unión Soviética tomaría otras medidas para ponerse de acuerdo con la situación. La Internacional Comunista era, por supuesto, un símbolo de la interpretación revolucionaria de la solidaridad de clases internacionales. Dado el carácter de la guerra y a consecuencia de la mejora de las relaciones entre la Unión Soviética y los países anglosajones, se fué convirtiendo cada vez más en un anacronismo. Ya no estaba de acuerdo con las realidades de la política nacional rusa y subsistía únicamente como una fuente de irritación y de inquietud para los aliados democráticos en la guerra. En realidad, perjudicaba positivamente al esfuerzo bélico soviético, pues su existencia proporcionaba argumentos a la propaganda nazi dentro y fuera del país y constituía un pretexto para que se mantuviesen alianzas como la creada mediante el Pacto contra el Comintern, a la cual se adherían todavía los países neutrales como España. Siendo inútil para la lucha inmediata y peligrosa para las relaciones amistosas entre los Aliados, la Internacional Comunista se hallaba madura para la disolución que la esperaba.

Ya hemos visto (en el Cap. XVIII, sec. I) que el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista reunido en 1935 reveló una disminución de las actividades y un marcado decaimiento del espíritu luchador de ese organismo. Por diversas razones, principalmente el temor a la oposición trotskista, no se volvieron a reunir más congresos y en los años posteriores a 1935 el Comité Ejecutivo de la Internacional asumió cada vez más el carácter de un órgano subsidiario del Partido Comunista ruso. Se ponía de manifiesto siempre y cuando la política exterior de la Unión Soviética requería su ayuda, pero hasta en esas ocasiones relativamente poco frecuentes —sobre todo en el caso de la guerra ruso-finlandesa— sus actividades resultaron a veces más perjudiciales que beneficiosas. Como resultado de este desuso progresivo del organismo, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista propuso el 22 de mayo de 1943 la disolución del cuerpo. Después de destacar el importante papel desempeñado por la Internacional en el cumplimiento de funciones históricamente necesarias, el Presidium concluía afirmando que, puesto que en la presente guerra la división de los contendientes no correspondía a diferencias de clases, sino que se trataba más

bien de un conflicto entre la maquinaria militar hitlerista y una coalición antihitlerista, la Internacional ya no servía a ningún propósito político esencial. Los partidos comunistas nacionales que se habían afiliado a la Internacional debían ajustar su política a su propio juicio con respecto a la situación nacional. La resolución fué sometida a consideración de los partidos comunistas de todo el mundo y con la aprobación de éstos dejó de existir la Tercera Internacional.

La noticia produjo la impresión de una bomba a aquellos que no conocían íntimamente los acontecimientos de la historia rusa reciente. La maquinaria de propaganda nazi, siempre rápida en reponerse de los golpes recibidos, trató inmediatamente de hacer frente a la nueva situación proclamando que esa resolución representaba poco más que un servicio puramente verbal a los inquietos aliados de Rusia; que sólo se trataba de ocultar la intensificación de la penetración comunista en todos los países y que, aun en el caso de que la Internacional fuese abolida temporariamente, se la resucitaría con seguridad después de la guerra. Hasta en los mismos países aliados se recibió el anuncio con sentimientos encontrados y muchas veces se manifestaron dudas con respecto a la sinceridad de la medida. Aunque estas líneas son escritas demasiado poco tiempo después del acontecimiento para que se puedan hacer predicciones concretas, es posible comentar las circunstancias que rodearon a la disolución de la Internacional. La resolución del Presidium fué una consecuencia lógica de las tendencias de la política rusa y de la evolución social en la Unión Soviética desde el comienzo del Primer Plan Quinquenal. En cierto sentido, pone fin a la controversia entre Stalin y Trotsky y puede ser considerada como una consecuencia de los procesos de 1936-38 que tuvieron como resultado la eliminación de Zinoviev y de otros caudillos del viejo grupo internacionalista. También es evidente que el apartamiento de la política internacionalista se halla completamente de acuerdo con la actitud general soviética con respecto a la guerra. Finalmente —lo que es quizá más importante para las democracias— la adopción y la amplia publicidad que se dió a esa resolución, aunque se demostrase que ésta no es completamente sincera, prueban que en el espíritu soviético se ha producido un importante cambio que puede tener tremendas consecuencias en el mundo de la postguerra.

En coincidencia con el debilitamiento y la disolución final de la Internacional Comunista y junto con el desarrollo del nacionalismo soviético se produjo el renacimiento del pan-eslavismo. Enterrado al parecer para siempre con el régimen imperial, el movimiento pan-eslavo reapareció dramáticamente en Moscú, quizá

como un corolario inevitable del cambio de la política rusa de una base internacional a una nacional. Habiendo abandonado la palanca comunista como un método para influir en la política mundial, la Unión Soviética volvió a su antigua técnica de buscar amigos, fuera de sus fronteras, entre sus allegados. Decir que "volvió" al pan-eslavismo es quizá inexacto, pues entre el presente movimiento y el que estimulaba la Rusia zarista hay diferencias esenciales. En tanto que las vinculaciones religiosas entre la Rusia imperial y los pueblos eslavos ortodoxos de la península balcánica constituían en otro tiempo los lazos más firmes, las afinidades étnicas y culturales constituyen al presente los vínculos principales.

Sin embargo, los actuales dirigentes soviéticos no descuidan por completo los aspectos religiosos, y el restablecimiento del Patriarcado en Moscú el 12 de septiembre de 1943 no puede menos de producir una impresión favorable en los pueblos ortodoxos de los Balcanes. En todo caso, la diferencia básica y fundamental entre los movimientos pan-eslavos viejo y nuevo es política. El pan-eslavismo de la Rusia imperial era un instrumento de los elementos políticos conservadores de la época. El pan-eslavismo de la Unión Soviética, en cambio, tiene una base democrática y cuenta con el apoyo de los grupos democráticos de todas las naciones eslavas.

El verdadero fundador del pan-eslavismo moderno no fué, por supuesto, otro que el propio Hitler. Mediante su difusión de la doctrina de la superioridad de la raza germana con respecto a la eslava, mediante sus brutales intentos de reducir a los pueblos eslavos a una masa amorfa de siervos de los alemanes, gracias al exterminio sistemático de todos los representantes de la cultura en Bohemia, Polonia y Servia, el mismo Hitler hizo que los eslavos se unieran para protegerse contra quienes se ungían a sí mismos como raza de amos. El fanatismo nazi se hundió en abismos sin precedentes en Rusia cuando los alemanes aprobaron oficialmente el saqueo insensato de museos y laboratorios y la destrucción desenfrenada de las reliquias históricas y artísticas, tan caras para el pueblo ruso. El asesinato de los caudillos reales y potenciales de la resistencia rusa ,constituyó, por supuesto, uno de los principios más importantes del plan de conquista nazi. El Gobierno Soviético ha tratado de distinguir, de una manera muy característica, entre el gobierno nazi y el pueblo alemán, pero el pueblo ruso, los millones de personas que han sido arrebatadas de sus hogares incendiados y sometidas a atrocidades inimaginables por parte de los alemanes no pueden menos de sentir un odio violento contra el pueblo germano en su conjunto.

La persecución de todas las poblaciones eslavas por los nazis preparó así el terreno, tanto en la Unión Soviética como en los otros países eslavos, para que se organizase una cooperación muy estrecha. Representantes de todos los pueblos eslavos intervinieron en el primer Congreso Pan-eslavo que se reunió en Moscú en agosto de 1941 y entre los organizadores y oradores figuraron muchos escritores, historiadores y artistas preeminentes. En esa reunión se destacaron naturalmente los lazos culturales que unen a todos los pueblos allí representados en una unidad étnica, y ése es el tema con el que el pan-eslavismo ha seguido desarrollándose con firmeza. Su órgano literario, la revista *Los Eslavos (Slaviane)* se publica en idioma ruso, pero cuenta con el apoyo activo y la colaboración de dirigentes importantes de otros países, entre ellos el presidente Benes de la república de Checoslovaquia.

Como siempre, las relaciones ruso-polacas planteaban un problema delicado que se convirtió pronto en un obstáculo en el camino de la unidad eslava. El antagonismo de los polacos a los rusos tiene una larga historia y es muy natural que los viejos resentimientos hayan aumentado con la ocupación de la Polonia oriental por la Unión Soviética en septiembre de 1939. Por otra parte, Rusia no podía olvidar fácilmente el ataque polaco de 1920, que tuvo como consecuencia la anexión por Polonia de una gran parte de la Rusia Blanca y la Ucrania occidentales. La reocupación de ese territorio en 1939 representaba, desde el punto de vista soviético, nada más que la recuperación de tierras que habían sido quitadas a Rusia por la fuerza durante los disturbios de la guerra civil. Además de estos motivos de disputa concretos, el tono general de las relaciones entre los dos países durante el intervalo de 1921 a 1939 había sido todo menos amistoso y a veces lo habían complicado especialmente las medidas antirreligiosas de la Unión Soviética y la violenta oposición del catolicismo polaco al comunismo en todos sus aspectos.

Cuando el ataque alemán colocó a Rusia del lado de los Aliados, en cuyo campo figuraba Polonia, por supuesto, desde el principio de la guerra, se hizo imperativo alguna especie de acuerdo básico entre la Unión Soviética y el gobierno polaco desterrado. Un arreglo preliminar, en el que se eludieron problemas tan espinosos como el de las fronteras, se firmó el 30 de julio de 1941. Dos semanas después los representantes de ambos países firmaron un acuerdo militar que disponía la creación en Rusia de un ejército polaco que debía participar en la lucha común contra los invasores alemanes. Las relaciones parecían mejorar sobre una base mutuamente satisfactoria y el 3 de diciembre, al final de una conferencia amistosa realizada en Moscú con el general Sikorski, jefe

del gobierno polaco en el destierro, Stalin aprovechó la oportunidad para manifestar su creencia de que una Polonia fuerte era esencial para una paz duradera en Europa.

Las relaciones entre las dos naciones no iban a seguir, sin embargo, el mismo curso tranquilo. El ejército polaco cuya creación se había acordado en el convenio de 1941 debía ser reclutado entre los oficiales y soldados polacos tomados prisioneros por el Ejército Rojo en la época de la ocupación de la Polonia occidental en 1939. Estos hombres, que habían sido internados en diversos lugares —la mayoría de ellos en Kazakhstan—, fueron puestos en libertad en cuanto se firmó el acuerdo militar e inmediatamente se emprendió la organización del ejército, el cual debía ser equipado con abastecimientos procedentes de Gran Bretaña. Pero era difícil a ambas partes olvidar los agravios del pasado y al poco tiempo se produjo una nueva fricción entre el Gobierno Soviético y los jefes polacos. Por fin, en los últimos días de enero de 1942, se decidió trasladar al Irán el ejército polaco recién constituído, para que operase allí bajo la jurisdicción británica. El incidente dejó una impresión desagradable en las dos naciones, y quienes quedaron más disgustados fueron los rusos, ya que esperaban la participación inmediata de los polacos en la guerra en el frente oriental.

Si bien el Gobierno Soviético tendía a abrigar cada vez más sospechas con respecto al gobierno polaco en el destierro, hizo todos los esfuerzos posibles para establecer y mantener relaciones estrechas con el pueblo polaco. A este respecto era significativo que muchos de los polacos que habían sido internados en Rusia, o que se habían refugiado allí voluntariamente, manifestaran un espíritu mucho más democrático que algunos de los emigrados en Londres. Un grupo de los refugiados en la Unión Soviética formó en 1942 la Unión de Patriotas Polacos e inició en Moscú la publicación de un diario en idioma polaco titulado *Polonia Libre*. Este grupo, uno de cuyos miembros dirigentes era la escritora Wanda Wasilewska, pedía, como parte esencial de su programa, la cooperación más estrecha posible entre los polacos y la Unión Soviética. Mientras tanto, en Londres aumentaba el sentimiento antisoviético de algunos grupos de emigrados polacos y a principios de 1943 iniciaron algunos de ellos una campaña en la prensa británica y norteamericana incitando a los Aliados a que diesen garantías de que sería restablecida después de la guerra la frontera oriental de Polonia de 1921-39. Esta campaña provocó un amargo resentimiento en la Unión Soviética y el diario *Pravda* publicó en febrero un artículo escrito por el destacado dramaturgo ucranio A. Korneichek, en el que advertía que los

ucranios y los rusos blancos nunca consentirían en volver al dominio polaco. En abril de 1943 se hicieron todavía más tensas las relaciones a causa de que el gobierno polaco en el destierro pidió una investigación internacional de supuestas atrocidades rusas cometidas con prisioneros polacos y que los alemanes pretendían haber descubierto en el territorio ocupado por ellos desde hacía dos años. Este último episodio llevó el 26 de abril a la ruptura oficial de las relaciones entre el Gobierno Soviético y los polacos desterrados en Londres. En algunos círculos aliados se manifestó el temor de que la Unión Soviética reconociese a la Unión de Patriotas Polacos como gobierno legal de Polonia con objeto de utilizarla como peón en el juego político, pero si bien ese organismo ofreció su apoyo a los Soviets, éstos no le otorgaron el reconocimiento oficial.

Además de las dificultades con Polonia, el pan-eslavismo tropezó con otras complicaciones en Yugoeslavia. La lucha de los guerrilleros contra el Eje, que se inició en ese país inmediatamente después de su conquista por los alemanes, no presentaba, por desgracia, un frente unido contra los invasores, sino que se había dividido en dos grupos antagónicos cuyos caudillos rivalizaban entre sí por la dirección de las fuerzas patriotas. Uno de los grupos, encabezados por el general D. Mijailovich, operaba bajo los auspicios del gobierno yugoeslavo en el destierro. El otro grupo, el de los "guerrilleros", dirigido por Josef Broz, más conocido por Tito, mantenía relaciones con el Gobierno Soviético y, aunque no oficialmente comunista, era más radical que el primero. En sus filas actuaban servios y croatas, en tanto que el grupo de Mijailovich representaba un aspecto más estrecho del nacionalismo servio. De ambos grupos, el de los guerrilleros de Tito es el que ha venido actuando más activamente y, además, puede esperarse que establecerá mejores relaciones con el pueblo búlgaro, país que conserva la forma de gobierno de antes de la guerra bajo la dominación del Eje, aunque gran parte de su población se opone a éste. En otros dos países eslavos, Eslovaquia y Croacia, los gobiernos títeres creados y sostenidos por los ejércitos del Eje no pueden contar con el apoyo de parte apreciable alguna de sus poblaciones. Hasta la capitulación de Italia estuvo dividida Eslovenia entre ese país y Alemania. En el caso de un derrumbamiento prematuro o súbito del Eje pueden esperarse revoluciones populares en todos aquellos países y en ese período el movimiento pan-eslavo será sometido a verdadera prueba. Pero suceda lo que suceda en el mundo eslavo, parece seguro que, por lo menos en sus aspectos culturales, el movimiento pan-eslavo seguirá asu-

miento una importancia creciente, inclusive después de terminada la guerra.

8

En la primavera de 1943 habían mejorado mucho para los Aliados los acontecimientos de la guerra en todas sus fases internacionales. El 9 de mayo terminó victoriosamente la campaña de Túnez y las tropas aliadas se aprestaron a todo lo largo de la costa septentrional de África para emprender su ofensiva, a través del Mediterráneo, contra la fortaleza europea de Hitler. Winston Churchill fué una vez más a Washington para estudiar con el ex presidente Roosevelt los aspectos más amplios de la guerra en una conferencia en la que se podía consagrar la atención principal al Japón y las operaciones en el Pacífico, tema que excluía automáticamente a Rusia de las entrevistas. Con respecto a la situación en la Europa occidental, los conferenciantes parecen haber convenido en no apresurar el desembarco de tropas en Francia u Holanda, sino concentrar primero sus esfuerzos en el intento de destruir la industria y debilitar la resistencia de Alemania por medio de los ataques aéreos. Siguió inmediatamente a las entrevistas una serie de poderosas incursiones aéreas de la fuerza aérea británica y de las Fortalezas Volantes norteamericanas contra los centros industriales del Ruhr principalmente. En julio de 1943 calcularon los técnicos británicos que sólo en el Ruhr habían sido destruídas por las bombas un millón de casas y que las autoridades alemanas habían tenido que evacuar de esa zona no menos de tres millones de personas. Estos obstáculos en la labor productora del área industrial más concentrada de Europa, junto con la destrucción segura, total o parcial, de las mismas fábricas, ha ejercido sin duda un efecto paralizador en la entrega de abastecimientos militares esenciales procedentes de toda esa región.

Sin embargo, no se había iniciado la verdadera invasión de la Europa occidental, ni había indicios de que fuese inminente, y Hitler creyó, sin duda, que contaba todavía con tiempo para realizar otro intento de asestar a los rusos un golpe aplastante antes de que se materializase el segundo frente. En consecuencia, tan pronto como lo permitió el estado del tiempo, en abril y mayo, los alemanes hicieron varios intentos de mejorar sus posiciones en los alrededores de Novorossiisk y de la cabecera de puente de Tamán. Esos ataques fueron desbaratados por los rusos sin necesidad de sacar fuerzas del frente central, donde sabían que habían concentrado los alemanes el grueso de sus divisiones meca-

nizadas y de su fuerza aérea. Mientras los dos ejércitos acumulaban hombres y materiales a lo largo de este frente, los aviadores soviéticos realizaron una serie de incursiones de hostigamiento sobre las plantas ferroviarias y los centros de comunicación alemanes en la retaguardia, y los bombarderos germanos atacaron, por su parte, a la fábrica de automóviles de Gorky (Nizhni-Novgorod), a la refinería de nafta de Saratov y a otros centros industriales soviéticos.

Según parece, como preparación para la campaña militar, los alemanes se proponían introducir una cuña política en las líneas rusas. No disponiendo de una quinta columna dentro de la Unión Soviética, Hitler trató de crear una en la misma Alemania organizando un ejército ruso "anticomunista" para emprender una "cruzada" contra los bolcheviques. Ya desde la primavera de 1943 se venía diciendo en la prensa alemana que un ex general del Ejército Rojo, tomado prisionero por los germanos en 1942, había accedido a organizar un "ejército ruso de liberación". Más tarde se dió su nombre como general Vlasov, un ruso blanco, desde luego. Sus agentes pronunciaron cierto número de discursos ante públicos compuestos por emigrados rusos blancos en París y en otras ciudades europeas, pretendiendo hacer creer que el ejército de Vlasov, reclutado principalmente entre los prisioneros de guerra, alcanzaba a varios centenares de miles de soldados. A fines de 1943 ese "ejército" no había merecido todavía mención alguna en los comunicados de ninguno de los dos bandos contendientes, y puede darse por seguro que, si existió alguna vez, nunca fué más que un grupo de rusos blancos aspirantes a oficiales, que cobraban sus sueldos de la Tesorería alemana.

El 5 de julio se inició la ofensiva principal alemana a lo largo de todo el frente desde Orel hasta Kharkov. Puesto que Orel se hallaba muy adelante en la saliente alemana que se introducía en las líneas rusas, los nazis podían realizar una vez más un esfuerzo para flanquear a Moscú, y, en el caso de que volviesen a fracasar, acaso podía presentárseles la oportunidad de avanzar hacia el sur en un movimiento envolvente contra las fuerzas soviéticas situadas en la saliente, muy expuesta, de Kursk. Pero esta vez, en vez de adoptar su táctica habitual de retirarse mientras agotaban al enemigo, los rusos se decidieron a permanecer firmes en sus líneas y hacer frente a sus atacantes. Fué una decisión trascendental, pues, si no hubiese conseguido mantenerse firme, el Ejército Rojo habría sufrido con seguridad tremendas pérdidas y quizá habría quedado desorganizado. Durante casi diez días se libraron furiosas batallas a lo largo del frente, mientras ambos bandos arrojaban a la refriega enormes cantidades de aviones y

tanques. Durante los primeros días avanzaron un poco los alemanes en los alrededores de Orel y de Belgorod, pero los rusos consiguieron cerrar las brechas abiertas en sus líneas o impedir que fuesen ampliadas. El 15 de julio habían decaído ya los ataques de los alemanes, que daban señales de agotamiento, y el Ejército Rojo eligió ese momento para tomar la iniciativa en el frente de Orel y lanzarse hacia adelante en la primera ofensiva soviética de verano.

El objetivo inmediato del Ejército Rojo era la eliminación de la saliente de Orel, la reconquista de Belgorod y Kharkov y el restablecimiento de las comunicaciones ferroviarias entre Moscú y Kharkov, lo que facilitaría enormemente el transporte de abastecimientos a todo el frente central y permitiría a los rusos lanzar grandes ofensivas en el sur con dirección a Crimea. Después de tres semanas de dura lucha los rusos pudieron anunciar la conclusión victoriosa de todas las ofensivas preliminares en ese teatro de guerra: el 6 de agosto estaban ya en su poder las plazas fuertes de Orel y Belgorod y dos semanas más tarde reconquistaron Kharkov las tropas del Ejército Rojo. Disminuyó, sin embargo, el alcance de los triunfos rusos el hecho de que los alemanes se habían entregado a una orgía de destrucción sistemática en todas las ciudades y aldeas que se veían obligados a abandonar. En Kharkov, por ejemplo, habían incendiado y reducido a ruinas el 65 por ciento de los edificios antes de que los rusos reconquistasen la ciudad, y muchos de los que todavía quedaban en pie estaban tan gravemente dañados que no eran habitables. Orel quedó convertida en un montón de ruinas tan irreconocible como Kharkov.

La destrucción física insensata de ciudades rusas florecientes y activas no era, quizá, el aspecto más horrible de la retirada alemana. Los sobrevivientes destrozados y lastimosos que daban la bienvenida al Ejército Rojo relataban escenas de terror y de inanición bajo la ocupación alemana, actos que habrían sido increíbles de no ser por la enorme cantidad de pruebas testimoniales que se encontraban en todas partes. Una descripción detallada del estrago y de los horrores que descubrían los rusos en esas ciudades fué hecha por Alexander Werth en un despacho enviado a *The New York Times*, y otras informaciones acerca de atrocidades semejantes siguieron apareciendo con repugnante regularidad. Es muy interesante que, según se ha revelado, los templos de Orel —que fueron casi los únicos lugares en que las autoridades alemanas de ocupación permitieron que se reunieran unos pocos rusos— se convirtieran en los puntos de reunión de los habitantes de la ciudad.

Una vez terminada la primera etapa de la ofensiva soviética, los jefes del Ejército Rojo eligieron como su próxima meta la barrera natural del Dniéper. Muchos observadores extranjeros manifestaron en ese tiempo su temor de que los rusos extendieran demasiado sus líneas y casi todos parecían seguros de que la línea del Dniéper sería el límite extremo de toda ofensiva de verano que pudiesen realizar los soviéticos. La aproximación al Dniéper constituía una operación excepcionalmente difícil, que requería, para alcanzar buen éxito, la sincronización y la coordinación casi perfectas de todos los esfuerzos. En el sector del norte era necesario tomar por asalto fortalezas germanas tan formidables como las de Briansk y Smolensko; en el sector central había que dominar centros ferroviarios tan importantes como los de Konotop y Poltava; y en el sur la liberación de la cuenca carbonífera del Donets constituía una necesidad, tanto económica como estratégica.

El Ejército Rojo se mostró a la altura de esas tremendas tareas. Metódicamente, uno por uno, fueron eliminados los puntos fuertes de la resistencia alemana en cada uno de los sectores del frente. Los rusos avanzaron paso a paso a lo largo de la enorme línea que se extendía desde Smolensko hasta Rostov, y a medida que progresaban en el centro asestaban violentos golpes simultáneos a los alemanes fuertemente presionados en el norte, en los alrededores de Velikie Luki y del lago Ladoga, y en el sur, en la zona de la península de Tamán. Además, emprendieron una serie de audaces operaciones anfibias en Novorossiisk y a lo largo de la costa septentrional del Mar de Azov. Con el tiempo, cada una de esas ofensivas secundarias asumió una importancia particular; la del norte amenazaba potencialmente a los ejércitos alemanes situados en las vecindades de Leningrado y en la costa del Báltico, y la del sur ponía en peligro el dominio alemán en Crimea.

El 1º de octubre habían llegado ya los rusos a la línea del Dniéper en un amplio frente que se extendía desde Kiev hasta Zaporozhie. Al apoderarse de Smolensko, no sólo dominaban la parte superior del río, sino que, además, se habían extendido más hacia el oeste. Entre Smolensko y Kiev alcanzaron sus tropas en todas partes una línea situada a corta distancia del Dniéper y la fortaleza de Gomel era casi la única que quedaba a los alemanes en esa zona. Hacia el sur, los rusos no sólo habían reconquistado la cuenca del Donets, sino que al apoderarse de la península de Tamán habían cerrado la puerta del Cáucaso. Los alemanes se apegaban todavía desesperadamente a una línea que se extendía desde Zaporozhie, en la curva del Dniéper, hasta el Mar de Azov, pues sabían muy bien que en el caso de una irrupción rusa en

ese sector quedarían embotelladas todas las fuerzas alemanas de Crimea.

A medida que se veían obligados a abandonar una ciudad tras otra los alemanes proseguían la misma orgía de destrucción que habían iniciado en las primeras etapas de su retirada. Hasta ponían en práctica nuevas técnicas de brutalidad. Impulsados al parecer por el deseo de reunir toda la mano de obra que les fuera posible para trabajar en las fábricas alemanas, trataron de llevarse con ellos hacia el oeste a las poblaciones enteras de muchas ciudades rusas. En algunos casos lo consiguieron, como, por ejemplo, en Novorossiisk, ciudad que los rusos encontraron casi vacía cuando la reconquistaron. Otras veces, sin embargo, como en el caso de Poltava, fué tan rápido el avance ruso que los alemanes tuvieron que abandonar a grandes grupos de hombres y mujeres que llevaban consigo.

La mayoría de los observadores y técnicos militares extranjeros esperaban que la ofensiva rusa se detuviese en ese punto, por lo menos hasta muy entrado el otoño. Se aducía que los alemanes habían fortificado evidentemente la línea del Dniéper y su prolongación por tierra desde Zaporozhie hasta Melitopol, y se creía que podrían ofrecer una firme resistencia en toda ella. Y hasta se llegó a informar desde Estocolmo que Hitler había ordenado a las tropas alemanas de Kiev y Melitopol que mantuvieran sus posiciones a toda costa. Finalmente, se consideraba que la proximidad de la estación de las lluvias era desfavorable para que los rusos emprendiesen nuevos avances, sobre todo porque habrían tenido que reemplazar las líneas férreas reconquistadas a los alemanes para reajustarlas a la trocha ancha rusa.

Si bien eran bastante lógicas en sí mismas, estas consideraciones demostraron ser válidas sólo en parte, pues el intervalo entre la segunda y la tercera etapa de la ofensiva soviética fué muy breve. El 7 de octubre rompió el Ejército Rojo la línea alemana del Dniéper arriba de Kiev, en Pereiaslav y Kremenchung, y estableció tres sólidas cabeceras de puente en la orilla occidental del río. Los esfuerzos concentrados de los alemanes no consiguieron rechazar a los rusos, y el Ejército Rojo fué extendiendo poco a poco su base hacia el oeste de cada uno de esos puntos. Esto sólo fué, por supuesto, el comienzo de otra operación gigantesca, pero las consecuencias de esas ventajas iniciales eran evidentes.

A medida que terminaba el otoño y comenzaba el invierno fué extendiendo el Ejército Rojo sus ataques a todas las líneas alemanas del frente ucranio. La barrera de Zaporozhie a Melitopol fué destruída y las tropas rusas, descendiendo por el istmo de

Perekop, embotellaron en Crimea a un gran ejército alemán y avanzaron hasta la desembocadura del Dniéper. Hacia el sur y hacia el oeste de la cabecera de puente de Kremenchung las fuerzas soviéticas se acercaron a Krivoi Rog para amenazar a los restos de las tropas nazis que permanecían a ambas orillas en la gran curva del Dniéper. Otros poderosos ejércitos rusos avanzaron hacia el oeste desde Kiev hasta sobrepasar Korosten y Zhitomir. Allí, sin embargo, mientras las tropas rusas presionaban a menos de cien kilómetros de la antigua frontera polaca, los alemanes realizaron un esfuerzo desesperado para impedir que sus ejércitos del sur fuesen cercados o expulsados hacia el sur hasta Rumania, y librando enconadas batallas obligaron a las avanzadas del Ejército Rojo a abandonar las ciudades de Zhitomir y Korosten, recién capturadas. Más al norte los rusos reconquistaron Gomel y se lanzaron a perseguir de cerca a las tropas nazis que huían a través de los campos helados hacia Zhlobin y Mozyr.

Mientras caía la nieve en toda la parte norte del frente ruso en el tercer invierno de la guerra, el Ejército Rojo descansaba para una nueva serie de ofensivas desde Leningrado hasta el Mar Negro. En la misma Leningrado circulaban rumores de que se organizaba una ofensiva para liberar a la ciudad por completo de la amenaza de los ejércitos alemanes acampados desde hacía tanto tiempo en sus alrededores. Desde Velikie Luki apuntaba una saliente rusa hacia el oeste, en la dirección general de Riga, saliente que significaba la amenaza constante de un ataque que podía aislar a todo el sector septentrional de los ejércitos alemanes. En el centro los rusos podían elegir la punta de lanza de Gomel o la base más amplia que se extendía desde Kiev, para una ofensiva de invierno que bordease los pantanos helados del Pripet hacia la línea del Bug. En el sur el Ejército Rojo podía lanzar un ataque a través de los anchos deltas del Dniéper y del Bug hacia la Besarabia y la frontera rumana.

En Rusia, en Italia, en la misma Berlín bombardeada, en todas partes tenía que hacer frente el gobierno nazi a dificultades crecientes. Es cierto que las armas alemanas eran todavía capaces de asestar fuertes golpes, de organizar nuevas líneas defensivas alrededor del corazón de la patria, pero ésa era al mismo tiempo la fuerza y la debilidad de Alemania. Si bien podía, a un costo espantoso, demorar la derrota por un tiempo, la ofensiva estratégica que le había dado la victoria y la conquista había pasado ya a manos de los Aliados.

9

Éstos, que se mostraban todavía algo escépticos con respecto a la fuerza ofensiva del Ejército Rojo, quedaron favorablemente impresionados por las campañas rusas del verano y el otoño de 1943. Los rusos, por otra parte, no podían menos de sentirse complacidos por la conquista de Sicilia por los anglo-norteamericanos y su subsiguiente amputación del pie de la "bota" italiana. Así se iban acercando lentamente el teatro oriental y el teatro occidental de la guerra, y la posibilidad de que se uniesen en alguna parte de los Balcanes, en un futuro no demasiado distante, comenzaba a ser tenida en cuenta por los estadistas aliados. Evidentemente, la coordinación de los esfuerzos militares y de la acción política de todos los Aliados era ahora una necesidad urgente. Aunque ya existía unidad fundamental de propósitos entre todas las naciones aliadas contra la Alemania nazi, y aunque se comprendía muy bien en todas las capitales que la lógica de la situación había hecho de la sincronización de la gran estrategia un imperativo absoluto, la conclusión en la práctica de un acuerdo tan fundamental fué frustrada repetidas veces.

A pesar de la "autodisolución" del Comintern, ciertos grupos aislacionistas y católicos de los Estados Unidos temían todavía la posible difusión del comunismo en Europa, especialmente en el caso de que el Ejército Rojo consiguiese una victoria rápida y decisiva en el frente oriental. Por otra parte, —y precisamente en los mismos círculos— se difundía de vez en cuando el rumor de que rusos y alemanes estaban a punto de llegar a un "acuerdo". Hubo pocas ocasiones en que no se tomase una u otra de esas actitudes. Cada vez que el Ejército Rojo rompía las líneas alemanas surgía una ola de temores de que los comunistas fuesen los primeros en llegar a Berlín, "con consecuencias horribles y desastrosas para el mundo". Si los rusos se detenían para reorganizar sus abastecimientos y preparar nuevas operaciones, se hablaba inmediatamente de que Moscú no quería enviar a sus ejércitos más allá de sus viejas fronteras y volvían a circular los rumores de que habían llegado a un acuerdo con Alemania.

También los rusos tenían sus aprensiones, sólo que mucho más fundadas. Veían que si bien tanto los Estados Unidos como Gran Bretaña les habían prestado ayuda en la forma de envíos de materiales bélicos, la participación militar aliada en Europa era insuficiente. Argumentaban que mientras más de doscientas divisiones alemanas se hallaban concentradas en el frente ruso, los ejércitos aliados no tenían que enfrentar más que a cinco

—seguramente no más de diez— divisiones nazis en su avance desde Nápoles hacia Roma y que toda la fuerza potencial de las tropas germanas concentradas en el norte de Italia se limitaba a veinticinco divisiones. Por lo tanto, los rusos seguían insistiendo en que se abriese "un verdadero segundo frente" en Europa, en que los Aliados lanzasen una gran ofensiva que obligase a los alemanes a retirar del frente oriental por lo menos cincuenta divisiones. El Ejército Rojo confiaba en que si eran retiradas de su frente la cuarta parte de las tropas alemanas en previsión de un ataque desde el oeste, podría destruir las líneas germanas debilitadas y terminar rápidamente la guerra.

Otra cuestión delicada que los Aliados encontraban difícil de resolver era el problema de llegar a un acuerdo común con respecto al método que había de seguirse para administrar políticamente a Alemania. El lema de la "rendición incondicional", anunciado por el presidente Roosevelt y el Primer ministro Churchill en la Conferencia de Casablanca, no era en opinión de los rusos una política realista que se pudiera aplicar en la situación. Ellos seguían un camino claramente distinto y dieron a entender con franqueza que habrían preferido ver que los Aliados empleaban otros métodos —en su opinión más eficaces— para socavar la moral alemana. Había, quizá, una divergencia más fundamental por debajo de esta cuestión de táctica. Si bien tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos declaraban que era su intención destruir por completo a Alemania y, si fuera posible, desmembrarla después de la guerra, los rusos debían mantener serias dudas con respecto a las ventajas que podían esperar de semejantes planes. En opinión de algunos observadores extranjeros, la Unión Soviética estaba justificada al oponerse a semejante conclusión de la guerra, pues si Alemania hubiese sido destruída por completo como unidad política, los rusos habrían tenido que hacer frente por sí solos a un bloque anglosajón enormemente poderoso que habría estado en situación de dictar la política que habían de seguir a todas las demás naciones, inclusive Rusia.

El 21 de julio de 1943 se anunció en Moscú la creación de un Comité de Alemania Libre. Firmaban su manifiesto treinta y tres alemanes más o menos prominentes, entre ellos cinco ex miembros del Reichstag. Aunque el Comité incluía a varios comunistas alemanes conocidos, no era, según todas las apariencias, un organismo de partido. Su presidente era el poeta alemán Erich Weinert, y el conde Heinrich von Einsiedel, nieto de Bismarck, figuraba como uno de los vicepresidentes. Si bien no había prueba alguna de que el Gobierno Soviético hubiese dado su apoyo oficial al Comité, el hecho significativo de que el anuncio fuese

destacado en la prensa soviética era suficiente para que en el exterior se hiciesen toda clase de especulaciones. El manifiesto del grupo de "Alemania Libre" decía en parte lo siguiente: "Los hechos demuestran implacablemente que la guerra está perdida para Alemania. Si el pueblo alemán muestra el coraje necesario en el momento oportuno y prueba con sus actos que desea seguir siendo una nación libre y está decidido a liberar a Alemania de Hitler, entonces se conquistará el derecho de decidir por sí mismo su destino y las otras naciones le reconocerán ese derecho".

Además de esta primera organización de los civiles alemanes desterrados, se constituyó algún tiempo después en Rusia una Unión de Oficiales Alemanes. Compuesto de prisioneros de guerra convencidos de que los nazis habían llevado a Alemania a una catástrofe militar, este grupo apeló al ejército para disociarlo de los sueños nacional-socialistas de conquista mundial que habían llevado al Reich al borde del desastre. Hablando, como lo hacía, con la autoridad de la tradición militar de sus miembros, este grupo parecía más apto que el primero para la tarea de destruir la moral alemana y abrir una brecha entre el Alto Comando y Hitler.

Enfrentadas con un *fait accompli* en este modo como abordaba la Unión Soviética el problema germano, las democracias occidentales se vieron obligadas a reajustar de algún modo rápidamente su actitud con respecto a los alemanes antihitleristas. Los Estados Unidos se mostraban, al parecer, renuentes a comprometerse en una política concreta y dejaron que el asunto siguiese adelante sin tomar nota de él oficialmente. El gobierno británico, sin embargo, siguió el camino señalado por la Unión Soviética permitiendo que se organizase en suelo británico un Comité de emigrados alemanes antihitleristas cuyos objetivos eran semejantes a los del grupo constituído en Rusia.

En la conferencia anglo-norteamericana de Quebec, realizada en agosto de 1943, no intervino ningún delegado soviético. Si bien ciertos sectores de la prensa norteamericana parecieron haber descubierto siniestros significados en la supuesta mala voluntad de la Unión Soviética para asistir a la conferencia, Stalin, en una declaración característicamente franca, anunció que el Gobierno Soviético no había sido invitado a participar a causa de la naturaleza especial de la reunión. Se entendió que ello significaba que los problemas relativos a la guerra en el Pacífico constituían una parte importante del programa de las deliberaciones y que la Unión Soviética se mostraba prudente en sus esfuerzos para impedir que sufriese la precaria neutralidad que mantenía ese país con el Japón. Sin embargo, esa explicación era, al parecer, in-

completa, pues más o menos al mismo tiempo se manifestó el disgusto velado de Rusia en el retiro de sus representantes diplomáticos en Londres y Washington. Iván Maisky fué reemplazado en Londres por Feódor Gusev, ex ministro ruso en Ottawa, y a Andrés Gromyko se le asignó el puesto que ocupaba hasta entonces Litvínov en Washington. En ambos casos, diplomáticos capaces y experimentados, estrechamente relacionados con la política de cooperación internacional, fueron sustituídos por hombres jóvenes y hábiles cuya preparación los identificaba con el espíritu realista y nacionalista ruso de los años más recientes. La insinuación, si había alguna, quedó algo mitigada mediante la declaración soviética de que no debía verse un propósito ulterior en el cambio y que el Gobierno Soviético había llamado a Maisky y Litvínov a Moscú solamente para aprovechar plenamente sus consejos y su ayuda en un período difícil.

No mucho tiempo después, en septiembre, el embajador de los Estados Unidos, almirante Stanley, fué llamado de Moscú a Washington para que informase acerca de la situación en Rusia. Poco después renunció a su puesto por razones personales, según dijo. Fué sustituído el 1º de octubre por W. Averell Harriman, quien, a causa de sus anteriores vinculaciones con el programa de préstamo y arriendo, era persona grata para el Gobierno Soviético. La designación, el 25 de septiembre, de Edward R. Stettinius, ex administrador del programa de ayuda, como subsecretario de Estado, fué también una medida que produjo impresión favorable en la Unión Soviética.

Ya en la Conferencia de Casablanca tanto el presidente Roosevelt como el Primer ministro Churchill habían expresado su deseo de mantener una entrevista personal con el mariscal Stalin para eliminar, mediante una discusión directa y franca, todas las desavenencias que podían existir todavía entre los Aliados. Después de la Conferencia de Quebec reiteraron ese deseo. Los rusos, aunque parecían deseosos de llegar a un acuerdo con los Aliados, propusieron que antes de que se reunieran los jefes de Estado se realizase una conferencia de ministros de Relaciones Exteriores para preparar el terreno. Suponiendo que Londres sería el lugar lógico para esa reunión, Gran Bretaña y los Estados Unidos aceptaron en seguida esa conferencia. Pero los rusos insistieron en que tuviese lugar en Moscú. Motivaban, quizá, esa demanda consideraciones de prestigio, pero también, en parte, el deseo del comisario de Relaciones Exteriores, Molotov, de poder contar directamente con el consejo de Stalin en el caso de que durante las conversaciones surgiesen problemas inesperados. Después de alguna vacilación, Londres y Washington aceptaron la proposi-

ción soviética e inmediatamente se iniciaron los preparativos para la Conferencia de Moscú en el mes de octubre.

En las semanas que siguieron a esa discusión se mostraron los rusos más dispuestos a la cooperación, especialmente en los problemas diplomáticos relacionados con el teatro de guerra del Mediterráneo. Cuando Italia declaró la guerra a su anterior aliada, Alemania, el 13 de octubre, la Unión Soviética se asoció a los Estados Unidos y Gran Bretaña para aceptar a ese país como cobeligerante, y a tal efecto se publicó una declaración conjunta firmada por el presidente Roosevelt, el Primer ministro Churchill y el mariscal Stalin. Los rusos accedieron también a participar en la Comisión Aliada del Mediterráneo, enviando como delegado al Vicecomisario de Relaciones Exteriores, Andrés Vyshinsky. Pidieron también, inesperadamente, que se diese a la Comisión plena autoridad en vez de reducirla a un organismo exclusivamente "investigador", como habían proyectado originariamente Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Poco tiempo antes de que se iniciase en Moscú la conferencia de ministros de Relaciones Exteriores, se alteró algo la calma que prevalecía en las relaciones de los Aliados a consecuencia de una serie de declaraciones poco meditadas hechas por cinco senadores de los Estados Unidos que habían regresado en octubre de una excursión por los teatros de guerra principales. Los británicos desaprobaron parte de sus observaciones; y una propuesta de que se investigara el funcionamiento del plan de ayuda parecía ir dirigida contra Rusia, especialmente porque se trató evidentemente de relacionar esa investigación con un pedido de que la Unión Soviética cediese bases en Siberia a los Estados Unidos para facilitar la prosecución de la guerra contra el Japón. La cuestión de las bases fué abandonada inmediatamente y el Senado de los Estados Unidos aprobó más tarde una resolución en favor de la participación del país con las otras Potencias aliadas en un sistema de cooperación después de la guerra.

La Conferencia de Moscú se inició bajo buenos auspicios. El 18 de octubre llegaron a Moscú los señores Cordell Hull y Anthony Eden, acompañado cada uno de ellos de un grupo de técnicos. A Hull le acompañaban, además, el nuevo embajador de los Estados Unidos en la Unión Soviética, W. A. Harriman, y el mayor general John R. Deane, jefe de la misión militar norteamericana recién creada. Al día siguiente se firmó en Londres el tercer acuerdo sobre el programa de ayuda entre Gran Bretaña, los Estados Unidos y la Unión Soviética, además de Canadá, que intervenía por primera vez. El mismo día iniciaron su trabajo los ministros de Relaciones Exteriores en el palacio de Spiridonovka, de

Moscú. La conferencia duró dos semanas, a razón de dos sesiones diarias. Al terminar las reuniones, los representantes de las potencias participantes destacaron el buen éxito obtenido con un entusiasmo que sólo podía reflejar la profunda satisfacción de todos ellos.

Los resultados de la Conferencia de Moscú fueron dados a conocer, al terminar la misma, en una declaración conjunta. En ella se afirmaba que la acción unida de las cuatro grandes Potencias participantes —los Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y China— "garantizada para la prosecución de la guerra contra sus enemigos comunes, continuaría para la organización y el mantenimiento de la paz y la seguridad". Con este fin, los cuatro gobiernos declaraban que "reconocían la necesidad de establecer en la fecha más próxima posible una organización central internacional basada en el principio de la igualdad soberana de todos los Estados amantes de la paz y abierta a todos esos Estados, grandes y pequeños". Se declaraba, además que los cuatro gobiernos "realizarían consultas entre sí, y, cuando la ocasión lo requiriese, con otros miembros de las Naciones Unidas, con vistas a una acción conjunta en favor de la comunidad de naciones". En una sección especialmente importante, los cuatro gobiernos convenían en que "después de la terminación de las hostilidades no emplearían sus fuerzas dentro de los territorios de otros Estados, excepto con el propósito previsto en esta declaración y luego de consultas conjuntas".

Los resultados de la Conferencia de Moscú parecieron satisfacer a todas las partes interesadas e inmediatamente se iniciaron los preparativos para la reunión de los jefes de gobierno: el presidente Roosevelt, el Primer ministro Churchill y el mariscal Stalin. Los Tres Grandes se reunieron en Teherán, Irán, el 28 de noviembre de 1943. en el edificio de la Embajada Soviética. Conferenciaron durante cuatro días, después de los cuales, el 1º de diciembre, firmaron una declaración conjunta en la que manifestaban su decisión "de que nuestras naciones trabajen juntas en la guerra y en la paz subsiguiente... Y en cuanto a la paz, estamos seguros de que nuestra buena inteligencia hará de ella una paz duradera". En cuanto a la guerra, se declaraba que: "Hemos llegado a un completo acuerdo con respecto al alcance y al momento de las operaciones que serán emprendidas desde el este, el oeste y el sur... Buscaremos la cooperación y la participación activa de todas las naciones, grandes y pequeñas, cuyos pueblos están dedicados, en cuerpo y alma, como nuestros propios pueblos, a la eliminación de la tiranía y la esclavitud, de la opresión y la intolerancia". En su conjunto se trataba de un anuncio de

que los Aliados se consideraban ahora más firmemente unidos y más dispuestos a hacer frente a las tareas comunes que en ningún otro momento desde el principio de la segunda guerra mundial.

10

A fines de 1943 era ya evidente que los Aliados habían arrancado la iniciativa de las manos del Eje, por lo menos, y que Alemania, si bien era todavía capaz de ofrecer una resistencia tremenda, se hallaba a la defensiva. Aunque los Aliados se hallaban separados todavía geográficamente por grandes distancias, disponían de mayores fuerzas y, lo que tenía una importancia especial en esta guerra mecanizada, su producción de armas y municiones, así como la de abastecimientos, superaba ya mucho a la del Eje y seguía creciendo constantemente. La única alternativa que le quedaba a Alemania era un esfuerzo para prolongar la guerra con la esperanza de que las disensiones internas separasen a los países anglosajones y la Unión Soviética antes de poder alcanzar la victoria.

En el momento actual apenas parece posible que se produzca un antagonismo de importancia entre las democracias anglosajonas y la Unión Soviética antes de la terminación de la guerra. Pero la tarea que tienen por delante los Aliados no terminará con la victoria militar. Si esta guerra ha de traer consigo una paz duradera, los Aliados deben crear alguna organización internacional estable, capaz de hacer frente a todas las violencias sociales y políticas; deben llegar, por lo menos, a un acuerdo permanente que haga para siempre imposible una tercera guerra mundial. De otro modo no se podría hablar realmente de una victoria aliada.

Algo se ha comenzado a hacer ya para resolver este problema mundial, el más urgente de todos. Entre Gran Bretaña y la Unión Soviética existe un pacto de veinte años que dispone la mutua ayuda militar durante la guerra y la cooperación durante la reconstrucción. En los Estados Unidos y la Unión Soviética se aprecian cada vez mejor los problemas y las aspiraciones de cada una de esas naciones. Los tres países, como signatarios de la Carta del Atlántico, han manifestado su intención de procurar una paz justa y duradera. La Conferencia de ministros de Relaciones Exteriores de las tres Potencias, realizada en Moscú en octubre de 1943, así como la declaración de Teherán, parecen haber sellado ese acuerdo conjunto. Y, no obstante, nadie puede predecir en este momento el rumbo que tomarán las relaciones internacionales en el mundo de la postguerra. Pero por lo menos

hay algo que puede afirmarse categóricamente: de una manera fundamental, no hay base alguna para un conflicto entre la Unión Soviética y los Estados Unidos en ningún momento del futuro.

La posición de la Unión Soviética es clara para todos aquellos que traten honradamente de comprenderla. Habiendo sido atacados por los alemanes, es muy natural que los rusos deseen restablecer sus fronteras tal como existían antes del ataque. Ninguna nación victoriosa aceptaría menos que eso, y sobre todo, después de haber sufrido durante más de dos años todo el peso de la guerra, la Unión Soviética espera de los Aliados el pleno reconocimiento de su derecho a recuperar todo aquello que le han arrebatado los alemanes. Para ella es ésta la primera condición de la estabilidad europea en el porvenir.

Además, es también muy natural que Rusia espere hacer oír su voz en la organización de la paz. Espera particularmente que se le permita intervenir en la reorganización de los Estados eslavos y no eslavos situados a lo largo de su frontera occidental, desde Polonia hasta los Balcanes, puesto que una repetición del plan de *cordon sanitaire* hallaría su oposición más decidida. Esto no significa, por supuesto, que la Unión Soviética se proponga anexar a esos Estados. Mucho depende del espíritu que inspire a las relaciones internacionales en el período de la postguerra. Si Rusia se sintiese segura de que los Aliados no tratarán de preparar el terreno en Europa para una futura coalición antisoviética, la cuestión de las fronteras estratégicas no desempeñará un papel importante en la política soviética. No obstante, si Rusia considera que no se ha creado una verdadera estabilidad en Europa, es muy posible que insista en contar con las fronteras estratégicas y las "esferas de influencia" que juzgue esenciales para su seguridad. La Unión Soviética ha quedado más devastada y desangrada que cualquier otra nación a consecuencia de la guerra. En julio de 1943 se calculaba ya que habían perecido o quedado permanentemente fuera de combate 5.000.000 de soldados del Ejército Rojo. La mortalidad entre los prisioneros rusos en los campamentos de Alemania y sus naciones satélites ha alcanzado proporciones espantosas. Citemos un ejemplo: según las informaciones de la prensa, en el espacio de unos pocos meses murieron de hambre más de 20.000 prisioneros rusos solamente en Finlandia. A todo esto deben añadirse las bajas civiles. Es probable que en los territorios soviéticos ocupados por los alemanes hayan muerto asesinados o a consecuencia del hambre más de 5.000.000 de civiles. La Unión Soviética no estará en condiciones de emprender una nueva guerra en un futuro próximo. Debe hacer y hará todo lo que le sea posible para establecer las condiciones de una paz duradera.

La población de la Unión Soviética tiene ante sí tareas suficientes para mantenerse ocupada durante muchos años. Las pérdidas materiales han sido tremendas; lo han incluído todo, desde la más tosca choza campesina hasta la famosa represa del Dniéper, y han sido particularmente grandes en lo que respecta a los ferrocarriles, las fábricas y las instalaciones industriales de todas clases. La obra de reconstrucción requerirá todas las energías de la nación, del gobierno y del pueblo. Como todas las naciones, la Unión Soviética tendrá que hacer frente a la tarea de adaptar su organización industrial de tiempo de guerra a la producción de mercaderías de tiempo de paz. A pesar del rápido desarrollo de la industria soviética desde el comienzo del Primer Plan Quinquenal, la Unión Soviética ocupaba todavía en 1941 el tercero o cuarto lugar entre todas las naciones industriales en lo que respecta a la producción por cabeza, aunque, en conjunto, su industria era mayor que la de algunos de esos países. Además de todas las otras tareas de la postguerra, Rusia tiene que resolver el problema de aumentar en gran escala sus industrias existentes, especialmente en lo que se refiere a los artículos de consumo. Es evidente, por lo tanto, que la atención tanto del gobierno como del pueblo soviéticos se concentrará seguramente en la reconstrucción interna durante muchos años.

No puede esperarse cambio alguno en los principios básicos del sistema económico soviético. El socialismo —la administración de la industria y la agricultura por el Estado— ha demostrado plenamente su eficacia en la guerra, por lo que seguirá en vigor probablemente. No obstante, el hecho de que la economía rusa siga siendo colectivista no significa en modo alguno que sea inevitable un conflicto con los países capitalistas. Desde que se inició la tarea de "construir el socialismo dentro de un solo país" el socialismo se ha convertido en parte del régimen nacional ruso y como tal puede coexistir pacíficamente con los regímenes capitalistas de otros países. Sólo es necesario para ello que cada una de las partes reconozca el derecho de la otra a establecer y desarrollar cualquier sistema que considere necesario para sí misma, y que cada una se decida firmemente a no intervenir en las cuestiones internas de la otra. Estas concesiones parecen lo bastante pequeñas para que las haga sin reservas cualquier nación y, no obstante, bastan para asegurar el mantenimiento de la paz y la prosperidad en el porvenir.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

ABRAHAM, G., *On Russian Music* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1939).
CHAMBERLIN, W. H., *The Russian Enigma* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1943).
DALLIN, D. J., *Soviet Russia's Foreign Policy, 1939-1942* (New Haven: Yale University Press, 1942).
FISCHER, L., *The Soviets in World Affairs*, 2 vols. (Nueva York: Jonathan Cape & Harrison Smith, 1930).
HINDUS, M., *Mother Russia* (Garden City, Nueva York: Doubleday, Doran & Co., 1943).
KARPOVICH, M., *Imperial Russia* (Nueva York: H. Holt & Co., 1932).
KAUN, A., *Soviet Poets and Poetry* (Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1943).
KLIUCHEVSKY, V. O., *History of Russia*. Traducida por Hogarth. 4 vols., (Nueva York: E. P. Dutton & Co., 1911-26).
KORNILOV, A. A., *Modern Russian History*. Traducida y ampliada por A. S. Kaun (2ª ed. 1943; Nueva York: A. A. Knopf, 1926).
LONDON, K., *The Seven Soviet Arts*, (New Haven: Yale University Press, 1938).
MASARYK, T. G., *The Spirit of Russia* (Londres: George Allen & Union, 1915).
MAYNARD, SIR JOHN, *Russia in Flux* (Londres: V. Gollancz, Ltd., 1941).
MAYNARD, SIR JOHN, *The Russian Peasant* (Londres: V. Gollancz, Ltd., 1942).
MILIUKOV, P. N., *Outlines of Russian Culture*. Editada por M. Karpovich. 3 vols. (Filadelfia; University of Pennsylvania Press, 1942).
MIRSKY, PRÍNCIPE D. S., *A History of Russian Literature* (Nueva York: A. Knopf, 1927).
MIRSKY, PRÍNCIPE D. S., *Contemporary Russian Literature* (Nueva York: A. Knopf, 1926).
NEWMARCH, R., *The Russian Arts* (Londres: H. Jenkins, 1916).
PARES, SIR BERNARD, *A History of Russia* (2ª ed. 1928; Nueva York: A. Knopf, 1926).
PARES, SIR BERNARD, *Russia* (Nueva York: Penguin Books, 1943).
PLATONOV, S. F., *History of Russia*. Traducida por E. Aronsberg, editada por F. A. Golder, Nueva York: The Macmillan Company, 1925).
POKROVSKY, M. N., *History of Russia*. Traducida y editada por J. D. Clarkson y M. R. M. Griffiths (Nueva York: International Publishers, 1931).
SCOTT, J., *Behind the Urals* (Cambridge, Mass.: Houghton Mifflin Co., 1942).
SCOTT, J., *Duel for Europe* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1942).
SHOTWELL, JAMES T., director general, *Economic and Social History of the (First) World War, Russian Series*. 12 vols. (New Haven: Yale University Press, 1928-1932).
SIMMONS, E. J.,*An Outline of Modern Russian Literature* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1943).
STRUVE, G., *Soviet Russian Literature* (Londres: Routledge & Sons, 1935).
SUMNER, B. H., *A. Short History of Russia* (Nueva York: Reynal & Hitchcock, 1943).
TIMASHEV, N. S., *Religion in Soviet Russia* (Nueva York: Sheed & Ward, 1942).
VERNADSKY, G., *Lenin: Red Dictator* (New Haven: Yale University Press, 1931).

VERNADSKY, G., *Political and Diplomatic History of Russia* (Boston: Little, Brown & Co., 1936).
VERNADSKY, G., y KARPOVICH, M., *A History of Russia.* Vol. 1, *Ancient Russia,* por G. Vernadsky (New Haven: Yale University Press, 1943).
WALLACE, D. M., *Russia* (Londres, 1912; Nueva York, Cassel & Co., edición revisada y ampliada).
WEBB, S. y B., *Soviet Communism* (2ª edición, 1938; Nueva York: Scribner's Sons, 1936).
WHITE, D. FEDOTOFF, *The Growth of the Red Army* (Princeton: Princeton University Press, 1944).
WILLIAMS, H. W., *Russia of the Russians* (Nueva York: Scribner's Sons, 1914).
YUGOW, A., *Russia's Economic Front for War and Peace* (Nueva York: Harper & Brothers, 1942).

PESOS Y MEDIDAS DE RUSIA

El Gobierno Soviético ha introducido el sistema métrico.

1 kilómetro = 0,9 *versta.*

1 hectárea = 0,9 *desiatina.*

1 tonelada métrica = 61 *pud.*

VALOR DE LA MONEDA RUSA

1 *rublo* = 100 kopeks = $ 0,515.

1 *chervonets* = 10 rublos.

1 dólar norteamericano = 1,94 rublos.

INDICE GENERAL